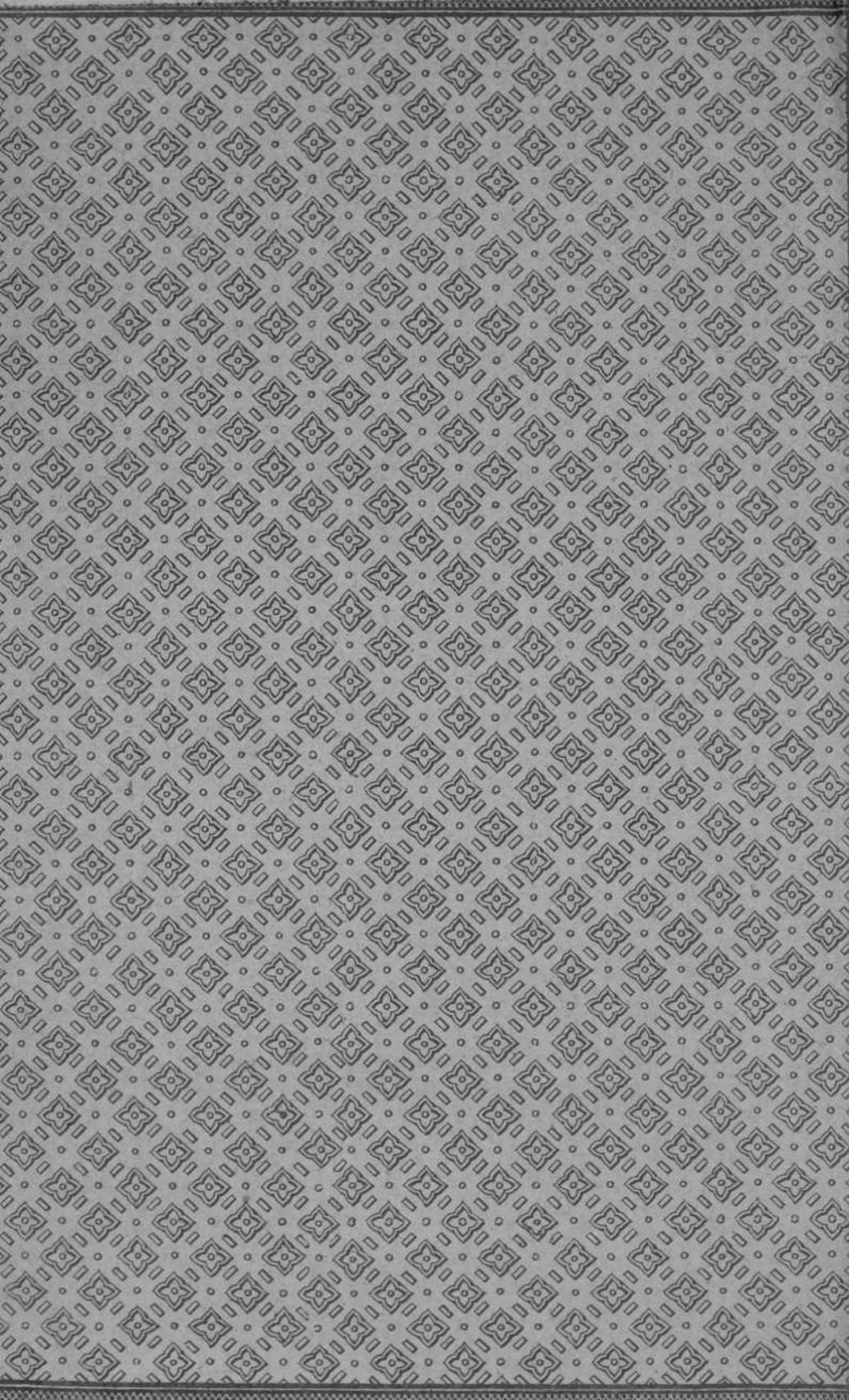


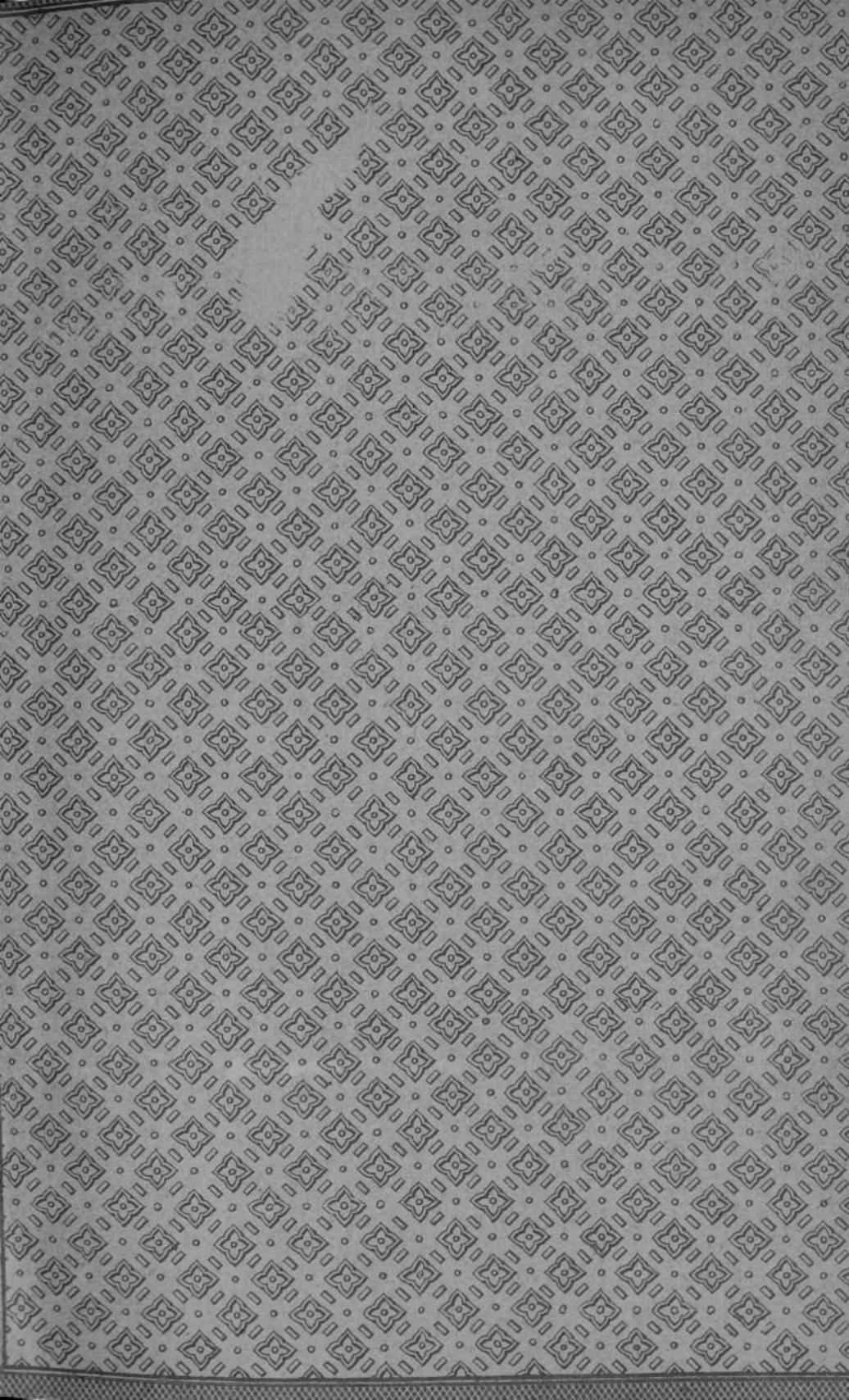
# CANTARES



-1900- *V. Riquier*

J. ROCA.





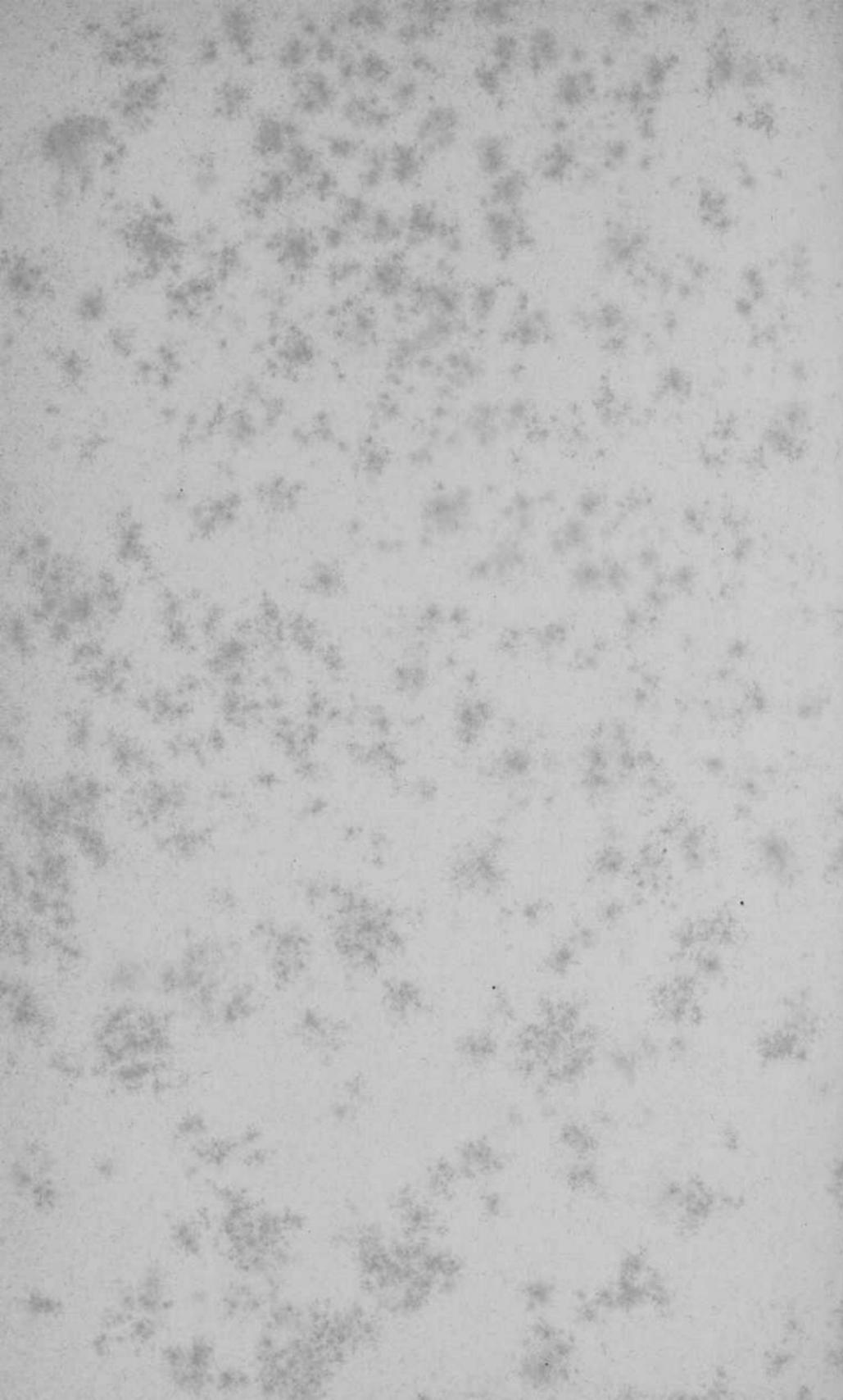


D6

D

+ 176178

C.



CANTARES

POPULARES Y LITERARIOS



DGCL  
D

BIBLIOTECA UNIVERSAL

---

# CANTARES POPULARES

Y

# LITERARIOS

RECOPIRADOS

POR D. MELCHOR DE PALÁU

---

EDICIÓN ILUSTRADA

---

BARCELONA

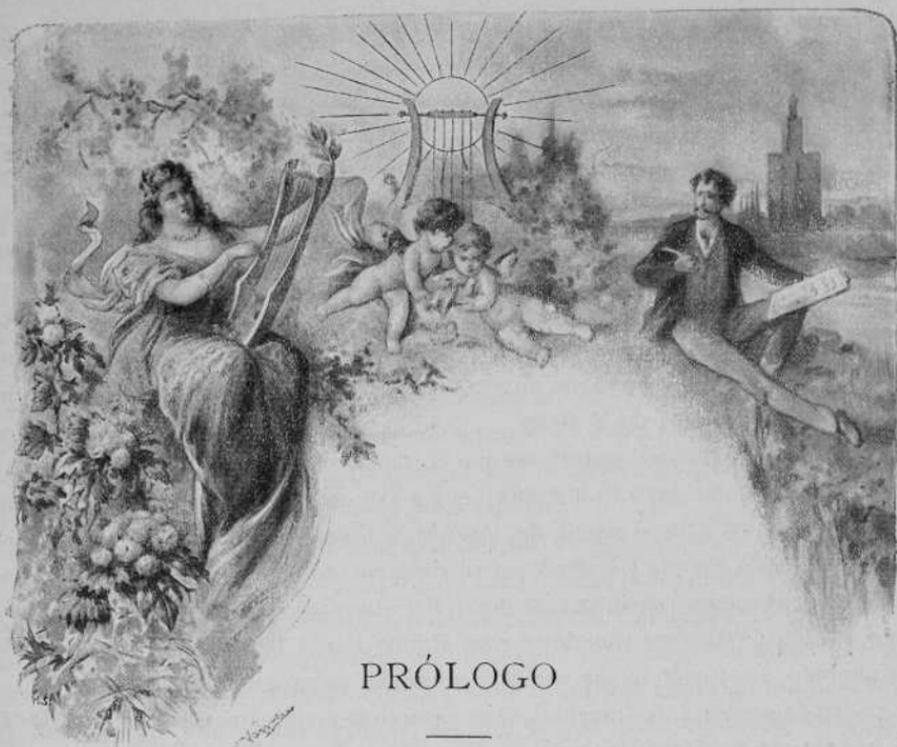
---

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMS. 309 Y 311

1900

Es propiedad



## PRÓLOGO

---

Se ha dicho de España que es la patria del Romancero; yo me atrevo á añadir algo á ya tan halagüeña frase: á decir que es la patria del Romancero y de los Cantares. Los literatos alemanes, á quienes principalmente se debe la definición primera, quizá no desdeñen la segunda.

El Romancero es el ayer, es la estereotipación de nuestras hazañas, de nuestras leyendas y tradiciones, es el jugo no evaporado de nuestros caballerescos amores; eminentemente objetivo, conserva en sí el encanto de las lejanías, el aparato de la gloria, el nimbo de lo heroico, el dejo atractivo de lo que se va; los Cantares son el hoy, son el siempre, son lo interno, lo sincero, lo pasional. Ayes, quejas, máximas, amenazas, ansias, consejos, burlas, plegarias y exageraciones de un pueblo, constituyen su alma entera, lo revelan tal cual es, con sus animosas virtudes, con sus simpáticos defectos: autobiografía en que las venideras edades estudiarán sus costumbres, su lengua, sus amores, su filosofía y su religiosidad, forman además, y sobre todo, un acervo de encantadoras bellezas, en que la poesía culta puede hallar, y halla, sanos elementos

para su desarrollo, al tiempo que sencillo yugo á fin de que no se aparte de las apacibles sendas de la naturaleza.

Hállase en el Cantar como una concentración de los caracteres y condiciones de las diversas razas que se han sucedido en nuestro suelo y aun mucho de lo que han aportado de lejanos países: no fuera difícil señalar en él la hierática melodía egipcia, la parsimonia fenicia, la nebulosidad septentrional, la caballería normanda, el individualismo godo, el lujo árabe, el reposo semita, la elegancia griega, la dicción latina, y sobre ello, como dominándolo, como unificándolo, el influjo autóctono, el carácter español formado por condensación desde los siglos medios, la belleza del país, la fuerza de los rayos solares encendiendo la sangre directamente y transmitiéndose además por los espumosos productos de la tierra.

Son para Cervantes «agudezas que á modo de blanda espina os atraviesan el alma y como rayo os hieren en ella;» «síntesis de la poesía,» en opinión de Bécquer; «fugitivos rasgos de ingenio y flores silvestres que nacen sin cultivo,» según García Gutiérrez en su discurso de recepción en la Academia Española; «espejos del alma,» al decir del ingenioso autor de *La Primavera y el Estío*; «suspiros rimados,» para Emilia Pardo Bazán; y pueden definirse también «la pasión hecha verbo y vibrando acompasadamente.»

Uno de sus encantos mayores es su naturaleza genuinamente española: no es el *lied* alemán ni el *outa* japonés, aunque algo se les parece. «Palabra muy difícil de verter en nuestro idioma, donde no tiene equivalente,» dice de él Antonio de Latour en la *Revue Britannique* (1), y la eminente escritora antes citada así se expresa en un artículo publicado en la *Revue des Revues* acerca del movimiento literario de nuestra patria: «Recordaré que existe en España una forma poética completamente original, los Cantares. Trátase de coplas de origen popular y de poetas ignorados, tesoro que algunos poetas cultivados han venido á aumentar;» y después de mencionar los que á su juicio han sobresalido en dicho género — lo cual omito, — añade: «Los Cantares, como su nombre indica, se cantan con acompañamiento de guitarra en las fiestas gitanas, mientras rebosa la dorada espuma de la manzanilla en estrechos vasos. La voluptuosa melancolía del Cantar se adapta perfectamente á la música andaluza de los polos, playeras, peteneras y *soleares*. El Cantar es una compensación de la poesía académica y docta, que aún asoma su rugosa faz en concursos y juegos florales, pero cuyo reino, salvo en tales casos, puede darse por definitivamente acabado.»

Llevan, en efecto, los Cantares en sus notas y palabras gérmenes de la tierra en que han nacido: de ahí su marcado carácter regional: ¡qué diferencia entre

(1) Enero de 1867.

una jota canfranera, la más brava y ruidosa entre las aragonesas, de corazón de granito como sus enhiestos montes, una movediza *seguidilla*, una *rondeña* viva y apasionada, un lánguido *zortzico*, y una *soleá* entrecortada, inacabable, con arrullos de tórtola y sartas de ayes quejumbrosos!

Y pues es el Cantar genuinamente español, y de ello debemos gloriarnos, no puedo pasar en silencio la pena con que vi que mi docto amigo el agustino P. Blanco García hacía caso omiso de ellos en su notable libro *La Literatura española en el siglo XIX*, mencionándolos ocasionalmente en el capítulo «Traductores é imitadores de Heine,» en vez de dedicarles capítulo aparte.

Sin duda que en los de Ferrán – según propia confesión además, – en los de Dacarrete y en algunos otros de aquella época se siente el influjo del autor del *Intermezzo*; pero quizá, quizá estuviera más en lo cierto quien considerara á Heine imitador de nuestra poesía popular, por la que sentía gran cariño, como lo acredita uno de los títulos dados á sus poesías.

Aunque dicho poeta no hubiese existido, no por eso hubiera dejado de constituirse el género literario principal objeto del presente libro; al contrario, tengo para mí que entonces, ya desde los tiempos primeros, hubieran sido más puros, más castizos, sin el amargor, sin la obscuridad que sabía imprimir á sus composiciones el poeta *francisé*, como Hannequín le llama. Sin conexión ninguna con Heine escribió Trueba los suyos, y los han escrito Ruiz Aguilera, Montoto, Guiteras, Tobar, Casañal y otros.

Por ser el Cantar una de las características de la poesía de este siglo, no debe ser desatendido por quien trace su historia literaria. Podrán en antiguos tiempos Fernán Pérez de Guzmán, Valladares Sotomayor, Torres Villarroel y otros más cercanos haber escrito á modo de cantares, pero no imitando los del pueblo; téngase además en cuenta que el Cantar ha sido una agraciada forma del naturalismo en España, bien distinto del funestamente seguido en otros géneros literarios al influjo de tan fangosa corriente.

Admitido que el pueblo español expresa en cantares sus alegrías y penas, sus enojos y cariños; que por medio de cantares zahiere, aconseja, reza y amenaza, ¿quién le suministra tan vario y adecuado material? ¿Sale de él con la espontaneidad de la silvestre flor, ó lo toma por selección de libros y comedias y en general de la *casa de los hombres* que saben?

Punto es este de importancia literaria y social, acerca del que, antes de dar nuestra humilde opinión, citaremos algunas de respetables hombres de letras.

«El pueblo es un gran poeta – dice Trueba – porque posee el sentimiento, que á mi entender es el alma de la poesía;» y en otro lugar de sus encantadores libros: «Desde mi niñez ha sido mi embeleso la poesía popular; desde mi niñez

han derramado en mi alma inefables delicias esas coplas desaliñadas, pero ingenuas y frescas, y gratas como las alboradas de San Juan, que el pueblo compone y canta para expresar sus alegrías y sus tristezas, sus placeres y sus dolores, sus amores y su fe, su patriotismo y sus glorias.»

El coleccionador de cantares y erudito académico de la Historia D. Emilio Lafuente Alcántara así emite su parecer: «A cada paso llegan á nuestros oídos millares de composiciones bellísimas de *un ingenio desconocido y siempre oculto*, pero el más fecundo de los ingenios, porque se inspira de sus propios sentimientos; *este poeta es el pueblo*, esta poesía *sus cantares*.» El mismo diligente colector añade en otro lugar, que «á cada instante, en fiestas, en serenatas, en romerías, aun en la soledad de los campos, brotan á centenares *de la mente de un inculto labriego* estas breves composiciones, insulsas frecuentemente, llenas á veces de entusiasmo y de poesía, ó del mayor gracejo y chiste; y se oyen una vez para no volverse á oír jamás, conservándose sólo, y corriendo de boca en boca y de pueblo en pueblo, aquellas más conformes con el común sentir, que más se adaptan á situaciones frecuentes, ó que más profunda impresión causan en el ánimo por la verdad de su concepto, por la belleza de su forma, por su oportuno chiste, y á veces por sus extrañas imágenes.»

«En todos tiempos y circunstancias, en cualquier grado de cultura que se halle la sociedad — dice D. Agustín Durán, — es imposible que el común de los que lo constituyen sea de poetas.» «Los cantos populares — añade, — por bárbaros y sencillos que parezcan, siempre se realizan por personas más dotadas de ingenio que el vulgo en general. En todas las sociedades nacientes el poeta se distingue de la multitud, ya que no por la ciencia adquirida, por lo que revela la naturaleza y se desarrolla más ó menos entre ciertos hombres de organización privilegiada.»

D. Manuel Cañete, en el prólogo con que se sirvió honrar la primera colección de mis cantares, tratando magistralmente el asunto, escribe: «¿Y habremos de presumir, por grande que sea la intuición poética del vulgo, que entendimientos sin ningún cultivo produzcan frutos sazonados y saludables, como los cantares sellados con el sello de muy agudo discurso, engalanados con máximas de altísima filosofía, ó enriquecidos con preceptos de la más sana experiencia? ¿Podrán salir á cada paso de la mente de un labriego inculto pensamientos tiernos, profundos, ingeniosos, epigramáticos, ó de cualquiera otra clase, que en los reducidos límites de un corto número de versos sonoros y bien contruídos, como destinados al canto, aparezcan completos y expresados castizamente con deleitosa amenidad ó pintoresca energía? ¿Tendremos por único autor de lo que es tan difícil crear, á quien no posee calidad á propósito para

crearlo? Y no se diga que un tosco labriego es tan capaz de sentimientos y pensamientos poéticos como el hombre de mayor ilustración. No se diga que por carecer de cultura conserva intactos el vigor y virginidad nativa de su ingenio, y se halla más en aptitud de dar espontáneamente flores hermosas. Tanto valdría suponer que mientras menos se conozca el arte se está en mejor condición de producir bellos cantos. La facultad poética así puede residir y reside en el hombre culto como en el rudo aldeano. Pero aun concediendo por un instante que éste sobrepuje á aquél en disposición natural para percibir con vehemencia todo género de poesía, siempre nos veremos obligados á reconocer que no es lo mismo sentir poéticamente, que revelar en metros cadenciosos y en lenguaje exacto y expresivo el poético sentimiento que abrigamos en el alma.

»Ni la poesía popular, ni ninguna otra clase de poesía, puede ser fruto espontáneo de la ignorancia y rudeza. Abrojos y cardos, que no rosas y claveles, nacen en los eriales. Por regla general, el *vulgo*, en quien se pretende con avieso espíritu vincular el nombre de *pueblo*, lejos de producir hermosas flores poéticas, vicia y afea las que se apropia engendradas en las casas de los hombres que saben. De esta mala propensión del vulgo hay ejemplos muy antiguos. Citaré uno que me parece curioso, y de quien nos ha conservado memoria el infante D. Juan Manuel.

»Un caballero de Perpiñán, que vivía en tiempos del rey D. Jaime I y era un gran trovador, oyó al pasar por cierta calle que un zapatero se recreaba en decir la mejor y más popular de sus cantigas. Pero la decía tan erradamente en las palabras y en el son, que enojado el poeta descendió del caballo y se sentó junto á él. El zapatero siguió cantando, y cuanto más decía más confundía la cantiga; hasta que indignado el trovador de la torpeza del artesano que tan malparaba sus versos, tomó unas tijeras é hizo muchas cortaduras en cuantos zapatos encontró á mano. Así vengó en las obras del zapatero la falta de inteligencia con que éste estropeaba la suya. ¡Cuántos zapateros no hay aún como el de Perpiñán, que pasan á los ojos de algunos por poetas populares, y sólo saben echar á perder felices inspiraciones de verdaderos poetas!»

Oigamos lo que dice Selgas: «Todavía es más difícil que el pueblo sea autor de ninguna poesía que esté dentro de las condiciones del arte; en primer lugar, porque el pueblo es multitud y ninguna multitud ha producido jamás ninguna obra de arte; antes por el contrario, lo que suele hacer es destruirlas.

»Hoy mismo se oye al pueblo cantar coplas sin sentido y sin gramática, lo cual prueba que si son obras suyas, no tiene ni gramática ni sentido, y si son obra de otro, al pasar por el pueblo han perdido el sentido y la gramática, como cosas inútiles.

»¿De dónde, pues, se ha sacado que hay poesía popular?

»¿Quiere determinarse con esto esa poesía de expresión sencilla, que tiene por objeto los afectos más comunes, los sentimientos más universales y las más vulgares sentencias?

»Y entonces pregunto yo: ¿Acaso no es esa la fuente de toda poesía?»

Las afirmaciones de ambos ilustres académicos hicieron saltar — como vulgarmente se dice — á Fernán Caballero, para quien «el pueblo inventa más fácilmente que aprende, é improvisa con más gusto y afición que repite.» En una carta autógrafa suya que poseo y que guardo más que oro en paño por referirse á mis modestos Cantares, dice que «no mira mis composiciones como una usurpación, sino como un homenaje á su querida poesía popular, de agua de fuente no destilada, pero por lo mismo más fresca y tranquila.»

¿Puedo atreverme á manifestar mi dictamen después de los tan valiosos que preceden? Pues la ocasión me brinda y casi á ello me obliga, diré que, á mi entender, el verso no es artificial, como no lo es el canto, como no lo es un granate á pesar del paralelismo y brillo de sus caras, sin negar que haya versos, cantos y piedras preciosas artificiales.

De fijo que si se lograra sorprender y poner en nota el lenguaje apasionado de dos amantes, se descubriría una especie de balanceo de ondulaciones regulares, como en los períodos de un orador en el paroxismo de su inspiración.

La poesía es la fiebre de la expresión; como ella, tiene su cadencia; y una de sus formas espontáneas, dentro de los elementos del idioma castellano, es indudablemente el Cantar, que en otro lugar hemos definido: «la pasión hecha verbo y vibrando acompasadamente.»

«Hablar en verso — escribe el malogrado Guyot — es decir: sufro mucho, soy demasiado feliz para expresar en lengua vulgar lo que siento »

Tiene el Cantar la exactitud de la prosa y la armonía del verso; corto como la emoción, que es su causa primera, posee el ritmo natural que la fisiología ha demostrado coexistir con los movimientos supremos, cuando, como en las expansiones del gozo y en los sacudimientos de la ira, nuestros nervios vibran al unísono.

El Cantar tiene música en sí, y aunque lo leamos sin ella, la sentimos vagamente, como cuando se mira un instrumento que ha deleitado repetidas veces nuestros oídos.

Las mentadas vibraciones son en rigor cosmopolitas, pero en cada pueblo han tomado forma diversa en relación con su espíritu y con la lengua traductora.

En la nuestra el verso que mejor se ha prestado á ello ha debido de ser el

octosilabo, «primero que fabricó la poesía castellana – según un entendido escritor, – aunque los antiguos documentos no lo corroboren.» La sencillez de su medida, la ambulante situación de sus acentos, su natural ritmo, el fácil empleo de asonantes, la riqueza de éstos, el ser tránsito de la prosa, y quizá mejor diríamos á la prosa, lo hicieron elemento temprano del cantar y del romance, que en cuanto á la forma puede considerarse su repetición.

El Cantar, por tanto, primer aliento musical y poético de nuestra lengua, puede por su espontaneidad y condiciones señaladas ser hijo del pueblo, y á él son debidos algunos de los que figuran en esta y otras colecciones; pero como la sensibilidad exquisita y el buen gusto – raros entre los individuos de clases elevadas – lo son más entre los que ni la herencia ni la educación han refinado, pocos son, en realidad, los debidos á tal procedencia.

Para demostrar lo burdo del sentir del pueblo no acudiré á dos casos que me refirió el malogrado Bartrina, referentes á dos reos de muerte, para que no diga que se trata de la hez de la plebe; respecto á sentimiento, sabido es el distinto que experimentan – aun la gente del campo – si una desgracia acaece á una bestia de sus establos ó á una persona de su familia, y en lo tocante al gusto debo referir, por mi parte, que, ansioso de recoger cantares, hube de renunciar á pedirlos directamente de los cantadores y ciegos, aunque los hubiese oído bellísimos de su boca al son de la guitarra, pues no me soltaban entonces más que sandeces, creyéndolas extremadas maravillas. Recuerdo que hallándome en Nacimiento, pintoresco pueblo de Almería, hubo de percatarse el *cantador* de que yo escribía de cuando en cuando sus coplas, y dirigiéndose á mí: «Apunte usted,» me dijo irguiéndose; y aquel hombre, de quien aprendí el estribillo de la seguidilla, que sin él figura en Fernán Caballero, en Lafuente y otras colecciones:

Si las aves de Arabia  
viven eternas,  
viven porque no saben  
lo que son penas;  
*que si penaran*  
*ya no habría en el mundo*  
*aves de Arabia,*

de tan elegante factura, y otras coplas delicadísimas, me soltó con aire de satisfacción la siguiente:

Del Africa vino un mágico  
á preguntar el por qué  
había tanto perlático;  
yo al punto le contesté:  
Tu padre fué catredático.

¡Cuántos y cuántos miles de bellísimos cantares no existirían ya si el pueblo fuese verdadero poeta! Véase en contrario apoyo lo limitado de las colecciones, la abundancia de variantes, el paso de unas provincias á otras de los que tienen algún mérito, la rapidez con que ha prohiado los de Ruiz Aguilera, Montoto y otros, según se demuestra en la colección de Rodríguez Marín, que como populares los incluye, ora á sabiendas, ora creyéndolos tales. Reléase el sentido prólogo de Trueba en la segunda edición de su más bella obra, cuando aquellos amantes, «dulce personificación de la poesía,» acuden para expresar su cariño á cantares *ya usados*, lo cual he visto repetidas veces en declaraciones amorosas, demostrándose así la escasez, ya que no la carencia de expresión poética en el pueblo.

¿Quién, por otra parte, reputará populares las siguientes antiguas coplas?

¡Oh loca esperanza vana,  
cuántos siglos ha que voy  
engañando el día de hoy  
esperando el de mañana!

—  
En el campo me metí  
á lidiar con mi deseo:  
conmigo mismo peleo.  
Defiéndame Dios de mí.

—  
Por entre casos injustos  
me han traído mis engaños  
donde son los daños daños  
y los gustos no son gustos.

¿Cómo no ver la firma de Moreto al pie de

En tanto que el amor dura,  
toda locura es fineza;  
luego que el olvido empieza,  
toda fineza es locura:

la de Calderón en

Pide, si quieres, mi vida,  
mas no me pidas mi honor,  
que es patrimonio del alma  
y el alma sólo es de Dios:

la de Lista en la seguidilla tan popular en Sevilla y Cádiz:

Ven hermosa serrana,  
ven á mi selva,  
que el sol por esos campos  
tu rostro quema:  
ven y no tardes,  
que aquí hay fuentes y sombras  
y amor y amante:

omitiendo ejemplos de Montalbán, de Rojas y de poetas vivientes?

No son los cantares, á mi entender, hechos *por* el pueblo, sino *para* el pueblo; éste es crítico más que autor.

Al que objete que su sencillez no es asequible á la gente culta, he de constatarle que no ha estudiado el asunto *sobre el terreno*; antes bien, los poetas nacidos del pueblo (cuya existencia esporádica hemos reconocido) tienen á gala demostrar erudición en sus cantos, y es en ellos abusivo el uso de calificativos sonoros, cuyo sentido no siempre conocen exactamente; mientras que los poetas que llamaremos populares por haber sabido interpretar el común sentir de las gentes, saben despojarse de todo artificio ú ocultarlo cuando menos al producir sus obras.

Ejemplo al canto.

Obligado por mis deberes profesionales á residir una temporada en el Bearne, cuando los estudios de los grandes túneles internacionales, llamaron poderosamente mi atención los cantos populares de aquella histórica comarca francesa. ¡Qué encanto para mí oír en lenguaje parecido al que arrulló mi cuna, cuando al caer de la tarde regresaba fatigado á Bedous ó á algún otro de aquellos hospitalarios pueblecitos, de boca á veces de mis peones ó de un tranquilo rabadán hallado al paso, el allí célebre y melancólico:

*La haut les montagnes un pastour malhouroux  
assis al pied d'un arbre, bagnat en plours,  
somniaaba al cambiament de ses amours,*

con otros no menos poéticos, no menos arrobadores!

Sin embargo, tales canciones no son — como pudiera creerse á su audición campestre — hijas de ninguno de aquellos incultos boyeros, que como emanadas de su ser las entonan: son de un poeta fino y delicado, de una especie de Alfredo de Musset, de un *sportman*, como diríamos ahora, en cuya vida se cuen-



tan varios extraños desafíos; de Cipriano Despourrins, en fin, *lou plus aimat é tou plus aimistous*, como le llama Navarrot en la tumba que sus admiradores han elevado sobre el cono de ofita en que le complacía pasar horas y más horas en fecunda meditación.

Tales vaguedades al tratarse del origen y evolución de este género poético, y el escaso interés que hasta hace poco han despertado, proceden principalmente de la falta de coleccionadores. Los cantares no han tenido en épocas lejanas un *Cancionero General*, ni un Barcellos, un Baena ó un Colocci; ni en tiempos más dados á la investigación crítica, un Agustín Durán, un Manuel Milá, un marqués de Valmar.

La primera colección que aparece es recentísima; data de 1799, y es debida á D. Juan Antonio Zamacola, quien firmaba con el seudónimo de *Don Preciso*. Fué éste un notario de la villa de Madrid, gran tañedor de guitarra, y publicó, además de nuevas ediciones de la mencionada obra, otra sobre *Tribunales de España* (1) y una *Historia de las naciones bascas de una y otra parte del Pirineo septentrional y costas del mar Cantábrico* (2), en cuyo prólogo anuncia que «si sus desgracias le dexan algún momento de reposo, no tardará en concluir otra obrita jocosa que llevará por título: *Don Preciso en Francia*»

Tales son los datos que he podido recoger del emigrado vascuence, y siento no sean más, pues le estimo de gran importancia en la historia de los cantares, no sólo como indudable coleccionador, también quizá como autor, aunque no lo declare; véanse sus seguidillas y se notará en ellas una uniformidad de dicción, una exquisitez de pensamiento, una afición al retruécano, que revelan una individualidad ó cuando menos una época.

No así en las coplas para polos y tiranas, donde se reconocen procedencias, gustos y tiempos varios.

Siguen á la colección de *Don Preciso* la de Ataide y Portugal (D. Enrique), que consta de 426 seguidillas y 715 coplas, publicada en Madrid en 1802, nueva edición en 1807, y la anónima de Barcelona, imprenta de Agustín Roca, cuya segunda edición (única que he podido adquirir) es de 1825.

El móvil de los mencionados libros fué la música; en época de boleros, tiranas y polos faltaban asuntos ó se aplicaban mal, y de ahí - como se ve en el discurso que encabeza la colección de *Don Preciso* - la necesidad de divulgar la letra acomodable á la música, y en odio manifiesto al recién importado *bel canto* italiano.

(1) Madrid, hijo de Ibarra, 1806.

(2) Auch, 1818.

Transcurren años en silencio; en 1859 el *folk-lorismo* — como diríamos ahora — mueve á Fernán Caballero á publicar un precioso ramillete de *Cuentos y de cantares*, y nuevamente Alemania nos da aviso y se goza con nuestras bellezas literarias publicando en Leipzig (1862) una colección — no exenta de erratas — reunida por D. Tomás Segarra, *español nativo*, según dice la portada, y una nueva edición (1874) de la obra de Fernán arriba mencionada.

Tras las huellas de Cecilia Bohl, el erudito académico de la Historia don Emilio Lafuente Alcántara da á luz en 1865 su *Cancionero popular*, en dos tomos, de seguidillas el uno y de coplas el otro, precedido de un discurso preliminar en que hace gala de sus conocimientos en la materia.

La colección más completa es la del literato sevillano D. Francisco Rodríguez Marín; avalóranla copiosas notas puestas al pie de cada grupo de cantares, llegando á 8174 el número de éstos, incluyendo las *nanas*, ó canciones de cuna, y algunas composiciones de autores modernos, aunque prohibadas por el pueblo y tomadas de sus labios.

La que hoy publicamos no lleva el intento de vencer en número á las anteriores, tarea sumamente fácil tratándose de bienes comunales; la constituyen en primer lugar los cantares que en mi ya larga carrera de ingeniero he recogido al amor de la lumbre unas veces, en medio del campo otras, ya en Castilla, ya en Aragón, ya en Andalucía, ora en Asturias, ora en Cataluña; y en segundo los escogidos de las diversas colecciones publicadas y de otras sin publicar que atentamente se me han facilitado, debiendo mencionar entre éstas — por resultar anterior á la de *Don Preciso* — la del poeta rondeño del siglo XVIII D. Cristóbal Avilés Casco y Castro.

No comienza esta colección — como las de Fernán y de Lafuente — por los cantares religiosos, que, relativamente escasos, son de carácter infantil tocando hasta á lo irrespetuoso y nada tienen de la mística literaria española, sensual, plástica si se quiere, pero admirable por la intensidad de sus sentimientos y delicadeza de su expresión.

Errado camino emprendería quien intentase probar con ello la irreligiosidad de nuestro pueblo: débese el fenómeno al momento de producción del cantar, ordinariamente reflejo de una viva emoción; de ahí que sean notables algunas *saetas* lanzadas al encuentro de un paso en las procesiones de Semana Santa — hechas hasta hace poco á lo vivo en algunos pueblos — y las que se refieren al ferviente culto á la Virgen. De unos y otros presentamos ejemplos en el lugar que corresponde, ofreciendo un grupo de cantares *A la Virgen del Pilar*, tan idolatrada de los aragoneses.

Es el amor el más individual y el más universal á la vez de los sentimientos,

y el que más campea, por tanto, en la musa de los cantares, *presque tous roulent sur l'amour*, dice el escritor francés ya aludido; por los amorosos hemos comenzado nuestra colección, en sus diversas fases de *Piropos y Flores* y *Declaración*, en lo cual sentimos también diferir de García Gutiérrez, que no la reconoce ó admite.

Se ha dedicado un capítulo especial al amor á las madres, tema hermoso y característico de esta clase de poesía popular que algunos poetas literarios han imitado, sobrepujádola en ocasiones.

Entre los sentenciosos y morales son muchos los de gran valía; la ciencia del pueblo es profunda, como fundada en la observación y en la experiencia, y hay ciertamente cantares cuyos versos golpean el ánimo haciéndolo estremecer, tal es el peso y la vibración de la verdad que encierran.

Lo histórico y lo tradicional ha producido sólo toques aislados en esta clase de poesía, lo cual no se explica fácilmente al hojear los nutridos romanceros españoles; débese, á mi ver, á que el Cantar no es narrativo, sino recordatorio de un hecho brillante ó que ha afectado hondamente el ánimo, estrella fugaz que un instante ilumina, no de las que destellan tranquila luz siglos y siglos.

El apego á la comarca, el regionalismo de que tanto ahora se habla, muéstrase evidente y vivo en los cantares.

Camino de Castilla  
ya no va nadie,  
sí no es polvo y arena  
que lleva el aire,

he oído en Asturias, y muchos son los de esta índole que se oyen en Aragón, aparte de los que pudiéramos llamar regionales por otro concepto, como el siguiente recogido al son de una jota, orillas del Gállego:

Mi pañuelo y tu pañuelo  
son cortados de una pieza;  
tú lo llevas en el cuello,  
yo lo llevo en la cabeza,

de labios de uno á quien decían por mote *el del Cahiz*, por levantar fácilmente doce fanegas en sus brazos. \*

Son notables los cantares que se refieren á profesiones ó estados del individuo: ayes escapados á través de las rejas de oscuros calabozos parecen los que á presos hacen referencia; bostezos de hambre y de amor los que entonan los estudiantes; impregnados de nostalgia, mejor dicho, de añoranza, los de los soldados y marineros, afanosos ambos por regresar á sus hogares; temerosos é in-

teccionados los de los mineros, rodeados de riqueza en la más espantable miseria; ternos y bravatas en redondilla los de contrabandistas y jaques, llegando los de éstos más allá de los límites de la exageración, como en el que dice:

Para que no escale el cielo  
un *divé* me tiene preso:  
me ha dado el mundo por jaula  
y la mar por bebedero.

Varia, alegre, satírica, burlona, doblemente intencionada y no siempre tan casta como la supone García Gutiérrez es la musa popular, lo cual se demuestra en la parte última de la colección que lleva por título *Cantares joco-burlescos*, en la que se ha debido suprimir no poco de lo recogido por esos andurriales.

\* \* \*

Sigue á la colección de cantares populares escogidos - comprendiendo coplas, seguidillas manchegas, seguidillas gitanas, soledades y trobos - la primera colección hecha en España de cantares literarios, la cual demuestra plenamente la existencia y la vitalidad de género tan característico de nuestra literatura.

Tres fases ó épocas señala el erudito D. Agustín Durán en su discurso acerca del *Romancero*, atinentes á dicha poesía: la espontánea, la de los juglares y la erudita y artística, admitiendo coexistencias como el *Poema del Cid* y los *Cantos de Berceo* en tiempos de evidente producción popular.

Los cantares han tenido marcha análoga, aunque con retardo manifiesto.

Dadas su sencillez y brevedad, parece que debiera haber acontecido lo inverso; mas téngase en cuenta que en las sociedades - y claramente lo comprueban las lenguas, que son su expresión - lo real, lo objetivo precede á lo anímico y abstracto. Punto es este que estimo de interés en nuestra historia literaria, acerca del cual espero que personas más entendidas ilustren y quizá modifiquen mi pobre opinión.

Es lo cierto que aquí los *cantaos* y los ciegos han hecho las veces de juglares, y, como ellos, modificado lo existente, creando en ocasiones: Juan Breva, *El Fillo*, Perico *el Ciego* y la de Manzanares lo comprueban, y es lo cierto además que el cantar literario ha nacido y prosperado en la segunda mitad del siglo actual, cuando el romance de igual índole desaparecía con el duque de Rivas y con Zorrilla, quedando hoy sólo los que podemos llamar imitadores de los imitadores.

A pesar del paralelismo que nos hemos complacido en indicar entre el *Romancero*, realizado por gente literata, y el *Cantarero*, de igual origen, existen

diferencias entre ambos muy interesantes y dignas de ser tenidas en cuenta por la crítica.

La época que D. Agustín Durán llama erudita no se presenta en los cantares nacionales. Es el Cantar refractario á la erudición, escollo de las literaturas, que movió á la griega por las sendas de su decadencia.

No contradicen lo expuesto las citas de Venus, Cupido y otras entidades mitológicas: el clasicismo y la ornamentación de jardines las habían hecho populares, como hoy acontece con la Cibeles, punto de comparación que tomar suele la gente de los barrios bajos madrileños.

No cabe decir lo mismo de la combinación artificiosa, mal que los atacó á principios del presente siglo, y del culteranismo trasnochado que á ellos llegó tardíamente, como todo lo que al pueblo llega, haciendo más estrago en las seguidillas, por prestarse su factura y estribillo en mayor grado á la invasión.

Es el Cantar además más austero, más desprovisto de adornos que el romance, donde descripciones y paréntesis caben perfectamente; contados son los adjetivos que emplea, todos ellos de una sencillez primitiva.

No son de temer aquí los desastres ocasionados en algunos géneros literarios por irse alejando el autor del público al cual se dirige; el contacto es constante, inmediato: público y autor se confunden, se reflejan y mutuamente se corrigen.

El romance literario es retrospectivo por su índole; tiene en sí el frío de las tumbas, el polvo de los archivos, hijo de la mente más que del corazón, aparece falto del calor vital y de la independencia de época que avaloran los cantares bien hechos, y por tanto asimilables para el pueblo.

De «empresa difícil, ya que no imposible,» califica García Gutiérrez en su varias veces mentado discurso de recepción en la Academia Española, la imitación de los cantos populares, y, sin embargo, á la sazón (11 de mayo de 1862) ya andaban por esos mundos los cantares de Ferrán (1861) demostrando lo contrario, y, aun sin contar con los de Trueba — muy anteriores, — publicaba Asquerino en *La América* los de Dacarrete y Ventura Ruiz Aguilera, y leía Terencio Thós los suyos en la Academia de Buenas Letras de Barcelona; el empuje estaba dado, la corriente se deslizaba, aunque no muy caudalosa aún, siendo raro que no supiese verla el inspirado autor de *Venganza catalana*, como tampoco más tarde otro académico, D. Francisco de Paula Canalejas, quien al reseñar la literatura contemporánea en el Ateneo (1868), hace mención única de los cantares de Campoamor, de mérito indiscutible, pero eminentemente *campesininos*, y alejados por tanto de la levadura popular.

La colección que presentamos, no tan completa como hubiéramos querido,

por impedirlo, aparte de otra razón, el tamaño del libro y la preferencia que en él corresponde á los estimados populares, viene á contradecir la opinión de los que toman al *labriego inculto* por único origen de dicha poesía. Si se exceptúa el grupo final (colocado por exigencias de editor), en todos los demás se hallarán bellezas que no ha desdeñado el pueblo, puesto que los ha hecho suyos, según puede verse en la colección de Rodríguez Marín, de *Demófilo* y otras, y puede oirse dondequiera que una guitarra puntea: flores son de huerto, pero no flores artificiales.

No he sido duro — como han dicho algunos — al tratar en otro lugar (1) de la obra poética de Trueba; parafraseador de cantares, el desconocimiento de éstos — casi total en su tiempo — le dió visos y fama de creador, pero su influencia en promover la afición al género, en hacer descender la poesía del barroco sitial en que se hallaba empingorotada, fué grande y decisiva, y en la historia de los cantares literarios le corresponde, como propagandista, uno de los primeros puestos, no menos que á Bécquer, que tendió hacia ellos por su forma y por su fondo, siendo, en combinación con el pueblo, maestro de algunos de nuestros primeros autores de verdaderos cantares.

Rendido tributo á los precursores, considero que debe ocupar sitio preferente en una colección de cantares literarios Augusto Ferrán — aunque el Padre Blanco y Emilia Pardo Bazán le antepongan otro nombre, — y que han de seguirle Ventura Ruiz Aguilera, Angel Dacarrete, á quien sus contemporáneos no han hecho justicia, Campoamor y otros de más difícil ordenación.

Por lo dicho se ve que soy enemigo de las clasificaciones por orden alfabético de apellidos; la cronología, especialmente en los comienzos; la cantidad de producción y la popularidad adquirida — popularidad no del nombre, sino de la cosa, — son á mi parecer excelentes bases taxonómicas, y á ellas me hubiera atendido á disponer de tiempo y de medios. La falta de noticias bibliográficas, existiendo tan sólo un notable trabajo de Luis Montoto, editado por el marqués de Xerez de los Caballeros en 1892; la necesidad de dar tiempo al tiempo para ver cuáles de los autores están llamados al envidiable lauro de la *popularidad incógnita*, y el mutismo de la crítica en esta clase de obras, negado por algunos hasta el derecho á la vida, dificultan empresa que intento realizar otro día.

A desvanecer tales prejuicios, á facilitar tales estudios se encamina la colección que al público ofrecemos, la cual, por otra parte, es expresiva por sí sola y economiza todos los comentarios que pudiéramos aducir. Sólo diremos que son muchos los cantares inéditos que en ella figuran: Salvador Rueda, Terencio

(1) *Acontecimientos literarios*, 1889.

Thós, Angel Avilés, Blanca de los Ríos, Salvador Anaya y otros me han favorecido con nuevos productos de su ingenio al tener noticia del libro que estaba preparando, y los que llevan la firma del gran Zorrilla copia son de un autógrafo que de él poseo, cariñoso regalo del marqués de Valmar, quien se los vió improvisar en una sesión de la Academia Española (1).

MELCHOR DE PALÁU.

---

(1) En nuestro deseo de que el presente libro apareciera en las condiciones que por su importancia merece, hemos conseguido reunir en él varios dibujos del inspirado artista sevillano Sr. García Ramos, hechos unos expresamente para esta colección y publicados otros en revistas artísticas, de donde los hemos reproducido.

Por lo que á estos últimos se refiere, cúmplenos dar las más expresivas gracias al señor don Torcuato Luca de Tena, director-propietario de *Blanco y Negro*, de Madrid, por habernos autorizado para reproducir los que en su revista se publicaron.

*Los editores.*



## PIROPOS Y FLORES

---

¿Sabes á quién te pareces?  
¿Sabes á quién te das aire?  
Al sol cuando está más alto  
y á la luna cuando sale.

---

Soñé y vi que eras un ángel  
que del cielo te escapabas,  
y Dios quiso detenerte  
y se quedó con las alas.

---

No sé como no florece  
la escalera de tu casa,  
subiéndola quien la sube,  
bajándola quien la baja.

---

Pequeñita y redondita  
como grano de cebada;  
lo que tienes de pequeña  
lo tienes de resalada.

---

Tú eres el clavel de abril  
y la rosita de mayo,  
la hermosa luna de enero,  
que me tienes hechizado.

---

Eres una clavellina  
rodeada de claveles:  
como eres tan peregrina,  
hechizadito me tienes.

Eres la flor de las flores,  
eres rosa entre las rosas,  
eres la que estimo y amo,  
eres tú la más hermosa.

---

Eres más apetecible  
que el fresco de la mañana,  
y más hermosa y más bella  
que rosa de abril temprana.

---

Al verte las flores lloran  
cuando entras en tu jardín,  
porque las flores quisieran  
todas parecerse á ti.

---

A tu puerta llamo puerta,  
y á tu ventana ventana,  
á tu madre jardinera,  
y á ti rosita encarnada.

---

Cuando va mi niña á misa  
la iglesia se respandece,  
hasta la hierba que pisa,  
si está seca, reverdece.

Un pajarillo alegre  
picó en tu boca,  
pensando que tus labios  
eran dos rosas.

Capitanes de guerra  
son tus dos labios,  
y tus dientes en fila  
son los soldados.

Sin duda que tu padre  
fué confitero,  
y te hizo los labios  
de caramelo.

Tienes una boquita  
tan embustera,  
que á batalla de besos  
me la comiera.

Bendita sea tu casa  
y el albañil que la hizo,  
que por dentro está la gloria  
y por fuera el paraíso.

Eres tú la que le quitas  
el color á la manzana,  
y la blancura á la nieve,  
y la frescura á las aguas.

El día que tú naciste  
nacieron todas las flores,  
y en la pila del bautismo  
cantaban los ruiseñores.

Tus cabellos son tales,  
hermosa niña,  
que me matan de amores,  
y al sol de envidia.

La nieve por tu cara  
pasó diciendo:  
como aquí no hago falta,  
no me detengo.

Es tu cara una rosa  
que colorea,  
y tu cintura el tallo  
que la menea.

¿Para qué vas por lumbre  
la calle arriba,  
si sale de tu cara  
la llama viva?

Niña que vas á lavar  
al río del Manzanares,  
¿para qué quieres jabón  
si tus manos son cristales?

Es tu pecho una alcobita  
hecha con tanto primor,  
que me parece á la vista  
de la gloria el resplandor.

Son tus manos palmas reales,  
tus dedos diez azucenas,  
tus labios finos corales,  
tus dientes menudas perlas.

¡Ay, qué dedos para anillos,  
qué pecho para un diamante,  
qué orejas para zarcillos,  
qué niña para un amante!

¡Qué manitas para guantes,  
para sortijas qué dedos,  
qué cuello para collares,  
qué boquita para un beso!

Eres hermosa y robas  
los corazones:  
¿dónde pondré yo el mío,  
que no lo robes?

Ven acá, almacén de gracia  
cuerpo de sal y salero,  
que eres más agradidita  
que la flor que echa el romero,

Eres hermosa en extremo,  
tu color no tiene igual,  
tu cuerpo se gallardea  
como barquilla en el mar.

Tienes la cara pecosa  
como huevo de perdiz;  
en cada peca una rosa,  
y en medio una flor de lis.

Tienes pecas en la cara;  
pero no te dé cuidado,  
que mejor parece el cielo  
cuando está más estrellado.

Tienes en tu cara pecas,  
y en tu garganta lunares,  
y en tu pecho más virtudes  
que rosas en los rosales.

Tiene la prenda que adoro  
un lunar en un carrillo,  
y en el otro lado tiene  
la estrella del cielo empíreo.

¿Con qué te lavas la cara,  
ojitos de palomita?  
¿Con qué te lavas la cara,  
que la tienes tan bonita?

- ¿Con qué te lavas la cara,  
que tan colorada estás?  
- Me lavo con agua clara,  
y Dios pone lo demás.

Parece mi morena,  
cuando va á misa,  
pajarita de nieve,  
que anda y no pisa.

Tienes el rostro serio  
y el mirar grave,  
y en el andar sereno  
pareces nave.

Prende, cuando se peina  
mi dueño hermoso,  
en agujas de plata  
cabellos de oro.

Entre la nieve y la grana  
se formaron tus mejillas,  
y como la nieve es blanca,  
lo encarnado es lo que brilla.

Muchas veces estoy viendo  
las rosas de tu ventana,  
y muchas veces me engaño,  
creyendo que son tu cara.

Las rosas y los claveles  
se dieron una batalla,  
y los claveles ganaron,  
porque reinan en tu cara.



Cuando voy al Pirineo  
y paso por su espesura,  
y veo la blanca nieve,  
me acuerdo de tu hermosura.

Mira si he corrido tierras,  
que he estado en Benamejí;  
no he visto cara más bella  
que la de este serafín.

Tienes en tu cara pecas,  
y en tus carrillos colores,  
y en tu cuello gargantillas,  
y en tu corazón amores.

Hoyos tienes en la cara  
de viruelas que te han dado,  
en cada hoyo una rosa  
y un clavel disciplinado.

Dame una clavellina  
de tus claveles,  
dámela tan hermosa  
como tú eres.

Del donaire de Filis  
y el garabato  
dos mil corazoncillos  
están colgando.

Mariquita María,  
la de mi barrio,  
hasta el agua bendita  
toma con garbo.

Así como corre el agua  
por debajo de la adelfa,  
así corre por tu cara  
la gracia de Dios, morena.

En enero no hay claveles,  
porque los marchita el hielo;  
en tu cara los hay siempre,  
porque lo permite el cielo.

De tu cara sale el sol,  
de tu garganta la luna:  
morenas he visto yo,  
pero como tú ninguna.

Con lo blanco de tu cuello,  
salada, me cautivaste;  
átame con tu cabello  
hasta que venga el rescate.

Quítate esta mantellina,  
que te quiero ver el pelo;  
que para ver una imagen  
antes se descorre el velo.

Eres rubia como el sol,  
y en tus cabellos hay fuego  
que abrasa los corazones  
aunque parezcan de hielo.

Tienes el pelo rubito  
de perlas claveteado;  
así me tiene á mí  
el corazón traspasado.

Con esos rizos hermosos  
que te cuelgan por la cara,  
pareces la Magdalena,  
cuando por el mundo andaba.

Los cabellos de mi rubia  
se los ha robado al sol;  
á mí me ha robado el alma,  
la vida y el corazón.

Esos rizos que te adornan  
esa peregrina cara  
son flechas con que me has hecho  
herida que nunca sana.

Con ese pelito rubio  
y esa cara tan divina  
es usted la encantadora  
de toda la estudiantina.

Rubita, sol de los soles,  
tu cara es una custodia,  
y tu pecho la escalera  
para subir á la gloria.

Eres como el trigo rubio  
escogido grano á grano;  
eres tú la más hermosa  
que mis ojos han mirado.

Vivan los cabellos rubios,  
vivan los rubios rubiales,  
y vivan los de mi niña  
que son rubios naturales.

Eres más rubia que el sol  
y más blanca que la nieve;  
eres rosa alejandrina,  
que todo el año florece.

Los cabellos de las rubias  
dicen que tienen veneno:  
he de casarme con una,  
aunque me mate con ellos.

De tu pelito, rubita,  
corté, rubita, un cabello,  
é hice una cadenita,  
rubita, y me la eché al cuello.

Del cabello más sutil  
que tienes en tu trenzado  
he de hacer una cadena  
para traerte á mi lado.

Dicen que la reina inglesa  
tiene los cabellos rubios;  
y yo te digo: princesa,  
ningunos como los tuyos.

Las estrellas y luceros  
que salen por el oriente  
los tengo comparaditos  
con los rizos de tu frente.

Bendita sea la madre  
que te parió en este mundo,  
para encanto de los hombres,  
con ese pelito rubio.

Con ese pelito rubio  
que te cuelga por la frente  
pareces campana de oro  
que va llamando á la gente.

El que quisiere á una rubia  
ha de dormir al sereno,  
que no se gana una rubia  
con las manos en el seno,

Unos dicen que lo blanco  
y otros dicen que lo negro;  
otros que lo colorado,  
yo digo que lo moreno.

En la soledad del campo  
me puse á considerar  
los pesos duros que vale  
una morena con sal.

Una morena se vende:  
dicen los apreciadores  
que la sal de una morena  
no se paga con doblones

Puede una mujer morena,  
con una mirada que eche,  
poner á un hombre en la cama  
y en un hospital diez meses.

Vivan los aires morenos,  
vivan los morenos aires,  
vivan los de mi morena,  
que son como los de nadie.

Sosas eran en lo antiguo  
todas las aguas del mar,  
pero escupió mi morena,  
y se volvieron *salds*.

El que muere sin probar  
el querer de una morena,  
se va de este mundo al otro  
sin saber lo que es canela.

Viva todo lo moreno,  
lo moreno amorenado;  
lo moreno de tu cara  
es lo que más me ha gustado.

De los tres colores, madre,  
lo moreno es lo bonito;  
morenos fueron los clavos  
que le pusieron á Cristo.

Yo soy blanco, y te diré  
la causa de estar moreno:  
estoy adorando á un sol  
y con sus rayos me quemó.

Todas las morenas son  
dulces como el caramelo,  
y yo, como soy goloso,  
por una morena muero.

Moreno pintan á Cristo,  
morena á la Magdalena,  
moreno es el bien que adoro,  
¡viva la gente morena!

Moreno es el bien que adoro,  
por eso lo quiero tanto,  
porque la tierra morena  
se señorea en el campo.

Vale más lo moreno  
de mi morena  
que toda la blancura  
de la azucena.

No importa, niña, que seas  
morenita de color  
si tienes en esa cara  
toda la gracia de Dios.

En pasando mi morena  
tropieza el que va detrás,  
que va llenando la calle  
de terroncitos de sal.

Morenita, morenita,  
dame de tu morenura:  
más vale de ti la gracia  
que de muchas la hermosura

Viva todo lo moreno,  
lo moreno es lo mejor,  
que en el jardín de Cupido  
lo moreno es una flor.

- Estrella, sol y luna,  
sal á la calle.  
- Lucero, no me deja  
salir mi madre.

Estrellas y luceros  
van con la luna,  
pero como tu cara  
no va ninguna.

La luna por el cielo  
va serenita;  
así va por la calle  
mi morenita.

Morena es la cebada,  
moreno el trigo,  
moreno es el espejo  
en que me miro.

Morena tiene que ser  
la tierra para claveles  
y la mujer para el hombre  
morenita que si quieres.

Morena tiene que ser  
la tierra para ser buena,  
y la mujer para el hombre  
también ha de ser morena.

Lo moreno lo hizo Dios,  
lo blanco lo hizo un platero:  
tome lo blanco el que quiera  
yo por lo moreno muero.

Viva todo lo moreno,  
lo moreno de buen aire:  
lo digo porque me toca  
de lo morenito parte.

Es mi amante morenito  
como el triguito tremés  
que hace el pan obscurito,  
gustosito de comer.

Yo nací en Sierra Morena  
y á una morenita quiero:  
lo moreno es de mi gusto,  
yo por lo moreno muero.

No te quiero por bonita,  
que bonita no lo eres;  
te quiero por morenita  
y por la gracia que tienes.

Con la sal que derrama  
una morena  
se mantiene una blanca  
semana y media.  
Viva el salero,  
viva la sal graciosa  
de lo moreno.

Mi moreno es tan moreno  
que ya parece gitano,  
pero tiene á puñadicos  
la sal molida en los labios.

Los ojos de mi morena  
tienen un mirar extraño,  
que matan en una hora  
más que la muerte en un año.

A todos los ojos negros  
los aprisionan mañana:  
bien puedes tú, que los tienes,  
echar empeño á la Sala.

Son tus ojos dos luceros,  
tu boca un clavel de mayo,  
son tus mejillas dos rosas:  
hazme dueño de ese ramo.

Los ojos de mi morena  
son un tren de artillería,  
que nada dejan derecho  
cuando hacen la puntería.

Tus ojos tienen la culpa,  
cuando los flechas, indina,  
de que yo tenga esté cuerpo  
lo mismo que jaletina.

Los ojos de mi morena  
me parecieron ayer  
ese lucero que sale  
á eso del amanecer.

A la mar, por ser honda,  
se van los ríos,  
y detrás de tus ojos  
se van los míos.

Tienes unos ojillos  
muy halagüeños,  
porque dan esperanzas  
y no tormentos.

Amarillo es el oro,  
blanca la plata,  
y pardos son los ojos  
que á mí me matan.

Para pasear tu calle  
no necesito farol;  
son tus ojos dos luceros  
que relumbran más que el sol.

Tus cejas son medias lunas,  
tus ojos son dos luceros,  
que alumbran de noche y día  
mucho más que los del cielo.

Ojos como los tuyos  
no van al Prado,  
ni tampoco salero  
tan resalado.

Que Amor busque tus ojos  
no es cosa extraña,  
pues como ciego, busca  
lo que le falta.

Tus ojos son ladrones  
que roban y hurtan;  
tus pestañas el monte  
donde se ocultan.

A tu cara la llaman  
Sierra Morena,  
y á tus ojos ladrones  
que andan por ella.

Con esos ojos gachones,  
serrana, con que me miras,  
el corazón me lo partes,  
y el alma me la lastimas.

La luna en el Océano  
con sus rayos argentinos  
no da tanta luz al mundo  
como tus ojos divinos.

Son tus ojos dos luceros  
puestos en tan alta estima,  
que en sólo haberlos mirado  
se me ha turbado la vista.

A la Sala del crimen  
llevé tus ojos,  
porque son dos ladrones  
facinerosos;  
y cuando entraron  
se ha quejado el Regente  
que le robaron.

No hay ojos más hermosos  
que son los tuyos,  
y más cuando me miras  
con disimulo;  
y si los pones  
un poquito adormidos,  
¡caramba, entonces!

Tienes ojos azules,  
ojos de gloria,  
y los míos te piden  
misericordia.

Anoche soñaba yo  
que dos negros me mataban;  
¡y eran tus hermosos ojos,  
que enojados me miraban!

A la salida de un carmen  
unos ojos negros vi;  
de quién eran, no lo sé;  
que me cautivaron, sí.

Ojos morenos del alma,  
apacibles y risueños,  
desde el día en que los vi,  
me estoy muriendo por ellos.

Ojos negros y risueños,  
boquita de serafín,  
estoy soñando contigo  
desde el día en que te vi.

Toda mi vida en el mar,  
no me cautivaron moros,  
y una vez que entré en tu casa  
me cautivaron tus ojos.

Tus ojos me cautivaron,  
blanca paloma sin hiel,  
tus ojos me cautivaron,  
que no los moros de Argel.

Tienes unos ojitos  
que me los clavos  
en el último centro  
de mis entrañas.

A esos ojillos negros  
échalas llave,  
que me matas con ellos  
cuando los abres.

Los ojos y los labios  
de cierta niña  
son los depositarios  
del alma mía.

Tienes cierto no sé qué,  
que me haces perder el tino  
con el mirar halagüeño  
de tus ojos peregrinos.

Son tus ojos dos cañones  
cargados de munición,  
y tus palabras son balas  
que pasan mi corazón.

Son tus ojos dos señores  
jueces de chancillería,  
los que sentencian el pleito  
y á mí me quitan la vida.

Salga el sol, si ha de salir,  
y si no, que nunca salga,  
que para alumbrarme á mí  
la luz de tus ojos basta.

Para todos en el mundo  
sale el sol por la mañana,  
para mí sale tan sólo  
cuando contemplo tu cara.

Con las estrellas del Norte  
se guían los marineros;  
yo me guío con tus ojos,  
que parecen dos luceros.

Ojos disimulados  
son los mejores,  
porque logran á tiempo  
las ocasiones.

El que estrellas estudia  
ve su destino;  
y yo estudio tus ojos  
por ver el mío.

Las estrellas del cielo  
no están cabales,  
porque están en tu cara  
las principales.

Las estrellas del cielo  
son mil y siete,  
con las dos de tu cara  
son mil y nueve.



Envidia tengo á las flores  
que coronan tu anoto:  
antes que el aire las mueva,  
ya tu aliento las orca.

Garcia Ramos dibujo



Esos ojos gachones  
con que me miras  
infunden en mi pecho  
cierta fatiga.

—  
¿Qué tienen esos ojos,  
dime, alma mía,  
que no entiendo si matan  
ó si dan vida?

—  
Tienes unos ojillos  
tan rehuscones,  
que con una mirada  
matas á un hombre.

—  
Si por el mirar matas,  
niña, pregunto:  
¿dónde vas enterrando  
tanto difunto?

—  
Tan cautivo me tienen  
tus dos luceros,  
que aunque busco el rescate  
jamás lo encuentro.

—  
Manojos de alfileres  
son tus pestañas,  
cada vez que me miras  
todo me clavás.

—  
Tus ojos no son ojos,  
que son saetas:  
cada vez que me miras  
me dejás muerta.

—  
Cuando Dios creó los cielos  
le sobraron dos estrellas  
y las puso en tu carita  
para alumbrarse con ellas.

—  
Pequeñita es la boca,  
negros los ojos,  
suelto y airoso el talle  
de la que adoro.

—  
A tus ojos les llaman  
Extremadura,  
porque son extremados  
en hermosa.

Ojos negros son traidores,  
los azules embusteros,  
los ojos acastañados  
son fieles y duraderos.

—  
Tienes unos ojitos  
adormilados,  
que es preciso quererlos  
á ojos cerrados.

—  
Del cielo de tus ojos  
dí una caída,  
no puedo levantarme  
si no me miras.

—  
Me he levantado,  
señal de que tus ojos  
me habrán mirado.

—  
Sólo tus bellos ojos  
hacer pudieron  
que algún día mis ojos  
quedasen ciegos;  
pues ciego vivo,  
sé tú, dueño adorado,  
mi lazarillo.

—  
Son tus ojos dos negros  
con arco y flecha,  
que aun dormidos disparan  
y al pecho aciertan:  
dígalo el mío,  
que lo mismo fué verte  
que hallarse herido.

—  
Tus ojos me han rendido,  
porque no puedo  
resistirme al influjo  
de dos luceros:  
sólo les pido  
que ya que son luceros,  
que sean hijos.

—  
El objeto adorado  
de mis desvelos  
son tus ojos divinos,  
luz de los cielos;  
y brillan tanto,  
que me quitan la vista  
sin dar quebranto.

Luego que vi tus ojos,  
dije á los míos:  
ya tenemos al frente  
los enemigos;  
respondió el alma:  
ya nos han sorprendido  
las avanzadas.

En el anchuroso mar  
navegando me perdí,  
y con la luz de tus ojos  
un puerto de España vi.

Tienes unos ojos, niña,  
que si los dieras á censo,  
no faltara quien te diera  
un veinticinco por ciento.

Tienes unos ojos, niña,  
tan hechos á la humildad,  
que cuando vas por la calle,  
pareces la Soledad.

Todos los aragoneses  
han salido de Aragón  
en busca de unos ladrones:  
morena, tus ojos son.

Tus ojos, bella paloma,  
llevan pleito con el sol;  
porque el sol es uno solo,  
tus ojos dos soles son.

Tus ojos son de esmeralda  
y tu boca de carmín;  
son tus mejillas dos rosas  
que se comienzan á abrir.

Son tus ojos dos espejos;  
en ellos me miro yo.  
¡No los cierres, que me matas!  
¡No los cierres, ábrelos!

Tienes unos ojitos  
de picaporte,  
cada vez que los cierras  
siento yo un golpe.  
Échales llave,  
porque me mortificas  
cuando los abres.

La cosa que yo quiero  
más que á mi vida  
son tus dos ojos negros  
que me asesinan:  
he de mirarte,  
y con tal que me mires  
aunque me mates.

Es tu cara lo mismo  
que luna blanca,  
y tus ojos luceros  
que la acompañan.

Yo no sé lo que tienes  
en tus ojuelos,  
que cuanto más los miro,  
más gana tengo;  
porque al mirarlos  
bien sé yo lo que siento,  
pero lo callo.

Yo no sé lo que siento  
cuando te miro,  
que suspiro y no acierto  
por qué suspiro;  
y sólo siento  
que acá dentro del alma  
me dan tormento.

Corre al espejo, niña,  
mira tus ojos,  
que el sol de mediodía  
no es más hermoso.  
Mucho lo siento,  
pues de tus ojos nacen  
mis sufrimientos.

Tienen tus dulces ojos  
tan bellas niñas,  
que sólo por mirarlas  
perdí las mías;  
y no pondero,  
que por haberlas visto  
quedé yo ciego.

Tus ojos son dos tinteros;  
tu nariz, pluma cortada;  
tus dientes, letra menuda;  
tu boca, carta cerrada.

Tienes unos ojos, niña,  
más negros que el azabache,  
y una carita más blanca  
que la leche que mamaste.

Unos ojos negros vi,  
y dije: ¡válgame el cielo!  
¡Tanto luto para mí!  
No sé cómo no me muero.

Al campo de tu frente  
salí á pasear,  
me prendieron dos negros  
del mismo lugar;  
fueron dos negros...,  
¡ay Jesús!, niña mía,  
tus ojos fueron.

Ni son chicos, ni son grandes  
los ojos de mi amadora;  
son como quesos de Flandes,  
que entran dos en cada arroba.

Tienes ojos de paloma,  
carita de leche y sangre,  
y los cabellitos rubios,  
como la Virgen del Carmen.

Esos ojitos azules  
se los has robado al cielo,  
y al cielo le darás cuenta  
del mal que hiciste con ellos.

Los ojos de mi morena  
son lo mismo que mis males:  
grandes como mis fatigas,  
negros como mis pesares.

Por la Sierra Morena  
vienen bajando  
unos ojillos negros  
de contrabando.

De tus hermosos ojos  
no tengo queja,  
que ellos quieren mirarme,  
tú no los dejas.

Los ojos de mi niña  
son de pan tierno,  
y los míos de hambre  
se están muriendo.

Tienes unos ojitos  
de alcalde mayor,  
que sentencian á muerte  
sin apelación.

Unos ojillos negros  
me han cautivado.  
¡Quién dirá que morenos  
cautivan blancos!

Al mirarme tus ojos,  
bajo los míos,  
que tus ojos abrasan  
más que el estío.

Si me miras, me matas;  
si no, me muero:  
mírame, vida mía,  
que morir quiero.

Dicen que espinan tus manos:  
para mí son amorosas,  
más espinan los rosales  
y se les cortan las rosas.

De los juncos sale el agua,  
de los álamos el viento,  
y de tí, dama pulida,  
memoria y entendimiento.

Mozuelas murmuradoras  
que todo lo murmuráis,  
no murmuréis de esta rosa,  
mirad que la deshojáis.

Tengo un molino que muele  
azúcar, canela y clavo,  
lo que mi chiquilla tiene.

Mi amante viste á lo majo  
y en la cintura se pone  
una fajita grosella  
que roba los corazones.

Que en el cielo hay ladrones  
no dude nadie,  
porque á mí me ha robado  
la vida un ángel.

Aunque seas chiquitita,  
á mí no me da cuidado,  
porque el árbol chiquitito  
cría fruto regalado.

Aunque vives en rincón,  
no vives arrinconada,  
que en los rincones se crían  
las mejores ensaladas.

De dos hermanas que son  
no hay diferencia ninguna:  
es la una como el sol,  
la otra como la luna.

Señor alcalde mayor,  
no prenda usted á los ladrones,  
porque tiene usted una hija  
que roba los corazones.

En la corte de Madrid,  
salada, vi tu retrato;  
era un cuerpo tan gentil,  
que hiciera pecar á un santc.

En la mar se crían peces,  
y en la orilla caracoles,  
y en el jardín de mi dama  
clavellinas á montones.

Eres paloma torcaz  
y tórtola en el arrullo,  
por dondequiera que vas  
no hay salero como el tuyo.

¡Salero, viva el salero,  
carita de serafín!  
¡Cuántas horitas de sueño  
tengo perdidas por ti!

Salero, viva el salero,  
salero, viva la sal,  
que tiene usted más salero  
que el salero universal.

Vivan las mozas *juncuales*,  
que se pasean con rumbo,  
las que quieren sus amantes  
con el salero del mundo.

Eres perla de las perlas,  
lucero de los luceros,  
eres palma de las palmas,  
salero de los saleros.

Tienes, niña, en tus labios  
dos clavelitos;  
échales agua fresca,  
que están marchitos;  
pero si quieres,  
me darás la licencia  
de que los riegue.

En tu abanico, niña,  
quiero pintarte,  
para que tu retrato  
te dé algún aire;  
pues no hay pintor  
que dibuje con aire,  
gracia y primor.

Tienes tal atractivo  
con tu modestia,  
que todo el que te mira  
prendado queda;  
y así se advierte  
que cuantos te conocen  
todos te quieren.

El templo de tu imagen  
tantos veneran,  
que á competencia todos  
perfumes queman:  
cruzando mares  
llegan, pues, á rendirte  
sus estandartes.

Más hermosa eres que el sol  
cuando sus rayos dispara,  
más hermosa que la luna  
cuando va serena y clara.

El sol se quedó eclipsado,  
enternecido de amores;  
cuando el sol se ha enamorado,  
niña, ¿qué serán los hombres?

En la ciudad de Alicante,  
niña, me acordé de ti,  
que relumbra una estrella  
y se parecía á ti.

Las estrellas he contado,  
y la del Norte aparté,  
y por ser la más hermosa,  
contigo la comparé.

Eres hermana del sol,  
prima hermana de la luna,  
sobrina del alabastro,  
del alba prima segunda.

La luna clara salió,  
y viendo que le ganabas,  
tras un nublo se metió  
corrida y avergonzada.

¡Qué linda moza te has hecho,  
qué alta y qué gallardona!  
El mismo rey coronado  
se merece tu persona.

Eres reina y más que reina,  
en lo dicho me mantengo,  
desde la punta del pie  
á la punta del cabello.

A la luz del cigarro  
te vi la cara,  
no he visto clavellina  
más encarnada.

Viva el lujo y quien lo trujo,  
y también quien lo mantiene,  
y también digo que viva  
el salero y quien lo tiene.

Cuando en ancas de mi potro  
yo te lleve á Gibraltar,  
dirán los mozos al verte:  
¡ay qué moza tan *salá!*

Para guisar esta liebre  
sólo me falta la sal:  
usted, que de sobra tiene,  
¿me la quiere usted prestar?

Eres Valle en lo bonita,  
y en lo garbosa Dolores,  
y en lo lozana y alegre  
eres un ramo de flores.

De lo más alto del cielo  
cayeron nueve claveles,  
tres Anas y tres Marías,  
tres pulidas Isabeles.

De la raíz de la palma  
nacieron las Isabeles,  
delgaditas de cintura,  
y de corazón alegres.

Cuando te pusieron Ana  
estaba borracho el cura,  
porque debieron ponerte  
ramillete de hermosura.

Viva todo lo serrano,  
que por lo serrano muero,  
porque serranito soy  
y á una serrana camelo.

Vivan los cuerpos *variles*,  
viva la murmuración,  
y también digo que viva  
tu salero, Encarnación.

Tienes cuélllo de marfil,  
cinturita de campana;  
catorce leguas de aquí  
tiene tu hermosura fama.

Dicen que la golondrina  
tiene la pechuga blanca,  
y mi serranilla tiene  
la pechuga y la garganta.

Con la luz te he comparado,  
¡mira qué comparación!,  
que sin la luz no se puede  
decir la misa mayor.

Tan sólo en el mundo hay una  
con quien poder compararte,  
y la encontré por fortuna  
pintada en un estandarte.

Una guinda partida  
son tus dos labios,  
pintura más galana  
que hagan los sabios.

Con ese pie pulidito  
y ese modito de andar  
tiene usted más hombres muertos  
que arenas tiene la mar.

Con ese delantal blanco  
y esas *naguas* de indianilla  
el corazón me has robado,  
pícara retrecherilla.

La campana de la Vela  
no tiene tanta balumba  
como tienes tú, morena,  
con ese cuerpo sandunga.

Yo pensé que era la luna  
la que estaba en el balcón,  
y salió la capitana  
de Navarra y Aragón.

La luz del amanecer,  
al verte, se quedó tibia,  
y atrás se quiso volver  
porque le has causado envidia.

¿Cómo quieres que el sol salga,  
si lo tienes en prisiones,  
hasta que tú te levantes  
y á la ventana te asomes?

Por los colores de rosa  
que tienes cuando te veo,  
por lo mismo, niña hermosa,  
en el corazón te llevo.

De la rama de un espino  
vi yo salir un clavel,  
porque le tocó mi niña  
con la puntilla del pie.

Eres como la avellana,  
chiquita y llena de carne,  
chiquita y apañadita,  
como te quiere tu amante.

Eres chiquita y bonita,  
eres como yo te quiero,  
pareces campanillita  
hecha á mano de un platero.

Échame, niña bonita,  
lágrimas en un pañuelo,  
y las llevaré á Granada  
que las engarce un platero.

Tienes una boca, niña,  
como un capullo cerrado;  
de buena gana lo abriera  
con el soplo de mis labios.

Los dientes de tu boquita  
me tienen cautivo y preso;  
en mi vida he visto yo  
cadenas hechas de hueso.

De todas las de tu calle  
eres tú la más hermosa:  
¿cómo no pones bandera,  
capitana generosa?

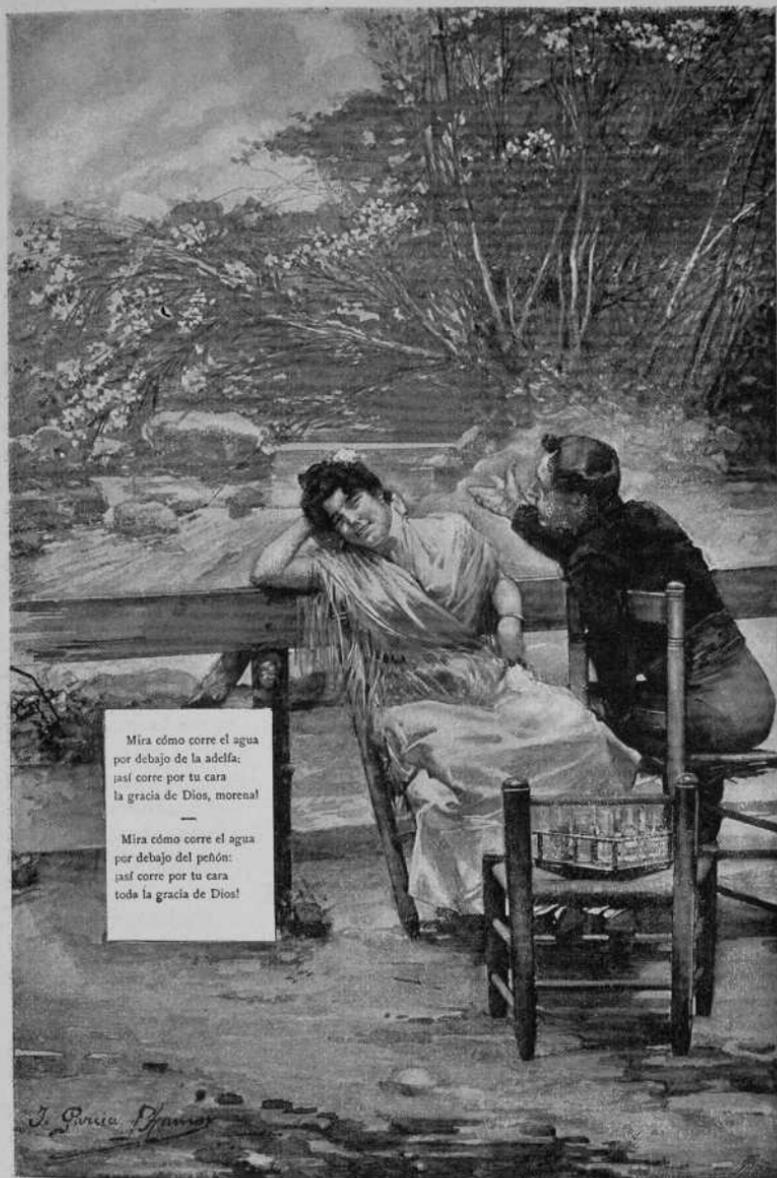
Quien te dió por nombre Paca  
no te supo poner nombre,  
que debió de haberte puesto  
la perdición de los hombres.

María sé que te llamas,  
y por apellido Luna:  
alúmbrame con tus rayos,  
porque está la noche oscura.

Dolores, flor de las flores,  
maravilla de las Indias,  
cara de quitapesares,  
ramillete de celindas.

Hazme, María, una torta,  
aunque sea de centeno,  
porque en siendo de tu mano,  
se volverá trigo bueno.

En el vasar hay un vaso,  
y en el vaso una bebida,  
en la bebida una rosa,  
y en la rosa una María.



Mira cómo corre el agua  
por debajo de la adelfa:  
¡así corre por tu cara  
la gracia de Dios, morena!

—  
Mira cómo corre el agua  
por debajo del peñón:  
¡así corre por tu cara  
toda la gracia de Dios!

*J. Goncia P. Gomez*



Entre los árboles todos  
se señora el laurel,  
entre las mujeres Ana,  
y entre flores el clavel.

Toda la calle Mayor  
he venido preguntando  
dónde habita la hermosura,  
y aquí me han encaminado.

Eres delgada de talle,  
como junco de ribera:  
de las niñas de tu calle  
tú te llevas la bandera.

Delgadita de cintura,  
como junco marinero,  
ni eres alta, ni eres baja,  
que eres como yo te quiero.

Tienes una cinturita  
que parece contrabando:  
yo, como contrabandista,  
por ella vengo penando.

Tienes una cinturita  
tan delgada, que parece  
un clavel en la maceta,  
que con el aire se mece.

Eres hermosa y tienes  
mala fortuna;  
¡siempre va la desgracia  
con la hermosura!

Morenita agraciada,  
quítate el manto;  
no por ser agraciada  
te tapes tanto.

Con la luz te comparo,  
¡mira qué dicha!  
Sin la luz no se puede  
celebrar misa.

Con la luna de enero  
te he comparado,  
que es la luna más clara  
de todo el año.

Tengo yo comparado,  
niña, tu rostro  
con la luna de enero  
y el sol de agosto.

El día que tú naciste  
¡qué triste quedara el sol  
al ver que otro sol salía  
con mucho más resplandor!

El naranjo de tu patio,  
cuando te acercas á él,  
se desprende de sus flores  
y te las echa á los pies.

Tus colchones son jazmines,  
y tus sábanas mosquetas,  
azucena tu almohada,  
y tú rosa que te acuestas.

Rosa, clavellina y dalia  
me has parecido al mirarte,  
y también me has parecido  
perla engastada en diamantes.

Eres mosqueta olorosa,  
eres el fresco jazmín,  
eres la rosa fragante  
en la floresta de abril.

Eres el mejor clavel  
de las orillas del Darro,  
que se abrió con el rocío  
de las mañanas de mayo.

Eres la palma gallarda  
y hermosísimo laurel,  
eres azucena blanca  
y bellissimo clavel.

Al pasar por tu puerta  
vi pelearse  
dos piedras, pretendiendo  
que las pisases;  
yo dije entonces:  
si hacen esto las piedras,  
¿qué harán los hombres?

Esos zapatos blancos  
que llevas, Juana,  
¿cómo con ellos pisas  
que no los manchas?

Y ella responde:  
es porque voy pisando  
los corazones.

—  
Ande usted, prenda morena,  
cabellos de soberana,  
cuerpecito malagueño,  
cintura de valenciana.

—  
Ande usted, almacén de gracia,  
cuerpo de corregidora:  
si yo fuera rey de Holanda,  
le pusiera una corona.

—  
Los ángeles te coronen,  
y te lleven á la gloria,  
y te pongan á los pies  
de la Divina Pastora.

—  
No te diré sol ni luna,  
pero te diré diamante;  
que la luna crece y mengua,  
y en ti no cabe menguante.

—  
Si la luna no menguara,  
te comparara con ella;  
pero te compararé  
con el sol y las estrellas.

—  
Enfrente del sol saliente  
tiene mi niña el balcón:  
sale el sol, sale mi niña,  
salen mi niña y el sol.

—  
El marco de tu ventana  
todo está lleno de estrellas,  
y así que te asomas tú,  
sale el sol y se van ellas.

—  
Sale el sol por la mañana  
y obscurece las estrellas;  
y tú obscureces al sol  
cuando sales á tu puerta.

Serrana, tu perfección  
la dibujé con tal arte,  
que la luna se eclipsó  
y el sol se paró á mirarte.

—  
Si quieres que salga el sol  
tres horas antes del día,  
vete á la plaza Mayor  
y pregunta por María.

—  
Si te digo sol, te ofendo;  
y si luna, te maltrato;  
y si te digo lucero,  
me parece que te mato.

—  
Te comparo con la luna,  
con el sol y los luceros,  
y si no fuera pecado,  
con la Reina de los cielos.

—  
Al sol de los siete soles  
y á la luna de Aragón  
comparo yo tus colores  
cuando sales al balcón.

—  
Si el hoyo de tu barba  
fuera pilita,  
más de cuatro tomaran  
agua bendita.

—  
Ese lunar que tienes  
junto á la boca,  
no se lo des á nadie,  
que á mí me toca.

—  
De marfil torneado  
tienes el pecho,  
y con venas azules  
de trecho en trecho.

—  
En el hoyo de tu barba  
puse una confitería,  
los angelitos del cielo  
por caramelos venían.

—  
El encarnado clavel  
viene publicando agravios,  
porque no le han hecho á él  
hermoso como tus labios.

Del color y del brillo  
de los rubíes  
tienes, niña, los labios  
cuando te ríes.

A tus labios rosados,  
divina diosa,  
van á buscar almíbar  
las mariposas.  
Dame licencia  
de que gocen los míos  
la preferencia.

Ole con ole, con ole,  
ole con ole, salero,  
fatigas me dan de muerte  
cuando veo un cuerpo bueno.

Ese garbo y hermosura  
y ese rostro tan salado  
los comparo, vida mía,  
con las rositas de mayo.

Un pajarito de oro  
puesto en una verde rama,  
mira si será bonito;  
pero tu cara le gana.

En todo lo que el sol baña  
y las estrellas cobijan,  
no he visto cara más bella  
ni imagen más peregrina.

Tienes un hoyo en la barba  
que parece una cunita:  
¿quieres que me meta en él  
y me cantas la nanita?

La hermosura de los cielos  
cuando Dios la repartió,  
no andarías tú muy lejos  
cuando tanta te tocó.

Eres paloma en lo blanco  
y tórtola en el arrullo;  
en el mundo no se encuentra  
salero como ese tuyo.

Desde que te vi, morena,  
al andar, tu lindo pie,  
me relamo yo la boca  
como si tuviera miel.

Eres alta y delgada,  
cenceña y lisa,  
eres como la vara  
de la Justicia.

Ya no se llaman dedos  
los de tu mano,  
que se llaman claveles  
de cinco en ramo.

Tiene la prenda que adoro  
un lunar en un carrillo,  
que me tiene prisionero  
sin haberme echado grillos

Eres la plata labrada,  
eres del oro la espuma,  
eres la rosa encarnada,  
en ti no hay falta ninguna.

Eres como la verbena  
que sola en el campo nace,  
eres como el caramelo  
que en la boca se deshace.

Siempre viva te diré  
y lirio del campo no,  
que los lirios se marchitan  
y las siemprevivas no.

Cuando yo te conosí,  
te conosí sembraíta  
e rosas pitimini.

No valen lo que tú vales  
la blanca flor del almendro,  
ni las mañanas de mayo,  
ni el prado de rosas lleno.

Cuando te pones, morena,  
á la puerta de tu calle,  
pareces la palma verde  
que la bambolea el aire.

¿Sabes con quién te comparo?  
Con la que está en la capilla  
de la Virgen del Rosario.

—  
La iglesia se ilumina  
cuando tú entras,  
y se llena de flores  
donde te sientas.

Ya te saliste  
y se quedó la iglesia  
solita y triste.

—  
Es tanta la claridad  
que por tu ventana sale,  
que dice la vecindad:  
ya da la luna en la calle.

—  
Las estrellitas del cielo  
están quejasas de Dios,  
porque no las ha criado  
tan hermosas como vos.

—  
Eres águila real  
que en el pico llevas flores,  
en las alas azucenas  
y en el corazón amores.

Su color te dió la rosa,  
el cielo su azul turquí,  
te dió su talle la palma  
y su blancura el jazmín.

—  
¿En qué jardín te has criado,  
bella maceta de flores,  
que no tienes quince años  
y cautivas á los hombres?

—  
Cuando el poderoso Dios  
bajó del cielo á la tierra,  
dejó aquí la semillita  
para que tú florecieras.

—  
La vi por la serranía:  
¡pintores no la pintaran,  
bonita como venía!

—  
Quise retratarte,  
pero puso Dios  
en ti más belleza  
que en mí discreción.



## DECLARACIÓN

---

Desde que te vi te amé,  
perdona si no fué antes:  
no tienes que perdonar,  
que ya te amaba endenantes.

---

Yo no sé lo que siento  
cuando te miro,  
que suspiro y no acierto  
por qué suspiro.

---

Anda, vete de mi reja;  
anda, vete retirando,  
que mi reja no se ha hecho  
reja de confesonario.

---

Aunque te vuelvas culebra  
y te vayas á la mar  
y te entierres en la arena,  
contigo me he de casar.

---

Acá dentro del pecho  
tengo un gusano  
que me roe, me roe,  
de cuando en cuando;  
y siento, siento  
que acá dentro del alma  
me da tormento.

---

Mi corazón se abrasa,  
no sale humo;  
esto sí que es quemarse  
con disimulo.

Desde que te vi, alma mía,  
prendadito me quedé,  
y más cuando me dijeron  
que eras firme en el querer.

---

Limosna á mi pecho  
dásela por Dios,  
que el pobrecito viene mal herido  
del mal del amor.

---

Arrímate á mi querer  
como las salamanquesas  
se arriman á la pared.

---

Mi corazón dice, dice  
que se muere, que se muere,  
y yo le digo, le digo  
que confiese, que confiese.

---

Si usted me quisiera á mí  
como yo la quiero á usted,  
nos llamaran á los dos  
los amantes de Teruel.

Eres, niña chiquita,  
 flor de la cera:  
 ¿cómo no he de quererte  
 si soy abeja?

Al demonio del infierno  
 yo mi alma le daría,  
 por hablar contigo á solas  
 siquiera una horita al día.

Quisiera ser onza de oro,  
 mi vida, y tener dos caras  
 para parecerle bien  
 á todo el que me mirara.

Mañana á la misma hora  
 pásese usted por aquí,  
 que á mí me cuesta vergüenza  
 decir tan pronto que sí.

¡Válgame Dios! ¿No conoces  
 que tengo en ti el amor puesto?  
 ¡Válgame Dios, y qué escaso  
 eres de conocimiento!

Mucho tengo que decirte,  
 pero lo digo al silencio;  
 mucho te digo callando,  
 si tienes entendimiento.

Muchos hay que te dirán:  
 salero, por ti me muero;  
 ¡y yo no te digo nada  
 y soy el que más te quiero!

Como que sale de ti,  
 pregúntale si me quiere,  
 y si te dice que no,  
 dile qué motivos tiene.

A mi triste camarada  
 quiérela, que bien te quiere:  
 delante de mí ha jurado,  
 serrana, que por ti muere.

Ole con ole, con ole,  
 ole de ti para mí,  
 quiéreme, chatita mía,  
 como yo te quiero á ti.

Yo no pretendo, serrana,  
 que me quieras á la fuerza;  
 pero sí quiero que mires  
 las penillas que me cuestan.

Si me quieres, dímelo,  
 y si no, dame veneno:  
 no serás tú la primera  
 que ha dado muerte á su dueño.

Quiéreme y adórame,  
 que me aborrezcas no quiero,  
 y si me has de aborrecer,  
 dame la muerte primero.

Desde aquí te estoy mirando  
 cara á cara y frente á frente,  
 ¡y no te puedo decir  
 lo que este corazón siente!

Considera tú, por ti,  
 mi alma cómo estaría:  
 estando enfrente de ti,  
 quise hablarte y no podía.

Hermanita, tú solita  
 reinas en mi corazón;  
 si yo en el tuyo reinara,  
 mi dicha fuera mayor.

¡Válgame Dios de los cielos,  
 qué penosillo es mi mal!  
 Te estoy queriendo á montones,  
 y tú no me quieres *ná*.

Desde aquella vez primera  
 que en tu presencia me vi,  
 el corazón, vida y alma  
 á tu obediencia rendí.

Desde que te vi, rubita,  
 ese rostro tan sereno,  
 las alas del corazón  
 á los pies se me cayeron.

Desde que te vi te amé,  
 desde que te amé me muero,  
 y si me muero por ti,  
 dichoso me considero.

Desde que te vi te amé,  
pésame que ha sido tarde,  
que yo quisiera, bien mío,  
desde que nací adorarte.

Verte, quererte y amarte,  
todo ha sido de improviso;  
y no sé qué fué primero,  
amarte ó haberte visto.

Hermosísima paloma,  
cara de cielo español,  
con tu mirar retrechero  
me robas el corazón.

Si tu madre no me quiere,  
le echaré una maldición:  
que se le pierda su hija  
y que me la encuentre yo.

Entra corriendo y no temas,  
entra y díselo á mi madre,  
que no te dirá que no,  
que mi corazón lo sabe.

A tu madre se lo dije,  
á tu padre no me atrevo:  
en sabiéndolo tu madre,  
tu padre lo sabrá luego.

¡Válgame Dios! ¿No conoces  
que tengo en tí mi amor puesto?  
¡Válgame Dios, y qué falto  
eres de conocimiento!

Salero, que me miraste;  
salero, que te miré;  
salero, que me gustaste;  
salero, que te gusté.

El corazón te daré,  
también te daré la vida;  
el alma no te la doy,  
porque no es tuya ni mía.

Te quiero más que á un *divés*,  
más que á mi padre y mi madre,  
y si no fuera pecado,  
más que á la Virgen del Carmen.

Ni tu padre, ni tu madre,  
ni el Dios que á ti te crió,  
tienen de quererte tanto  
como te he querido yo.



Dame, paloma, la mano,  
subiré á tu palomar,  
que me han dicho que estás sola  
y te quiero acompañar.

A mi padre y á mi madre  
les quiero como es debido;  
pero en tocando á mi amante,  
pierdo los cinco sentidos.

Si me mandarás morir,  
al momento me muriera.  
¿Qué me mandarás tú á mí,  
salero, que yo no hiciera?

De lo que viste la noche,  
viste la prenda que estimo;  
la noche viste de negro  
y mi prenda de lo mismo.

Mira si tiene salero  
que los limoncitos agrios  
por dulces los va vendiendo.

Si tu madre te pregunta  
que si me quieres á mí,  
di con la boca que no,  
con el corazón que sí.

Esos divinos ojos,  
niña morena,  
¿quieres que los juguemos  
á la rayuela?

Si tú los pierdes,  
yo te daré los míos  
que por ti mueren.

Entra en mi pecho y registra  
hasta el último rincón,  
y ver cómo tú reinas  
donde ninguno reinó.

Ven acá, luz de mi cara;  
ven aquí, prenda querida:  
eres clavel encarnado,  
por ti perderé la vida.

Yo te quiero como á Dios,  
y de eso no hay que admirarse;  
á Dios como á Dios le quiero  
y á ti como fino amante.

Si alguna vez se perdiere  
el retrato de tu cara,  
búscalo y lo encontrarás  
en el fondo de mi alma.

Mal haya quien no te quiere,  
mal haya quien no te ama,  
mal haya quien no se fuere  
contigo de buena gana.

Es tanto lo que te quiero,  
que te quisiera llevar  
metido en la faltriquera  
como pedazo de pan.

Más te quiero enojada  
que placentera,  
que haces una enojada  
muy hechicera.

No tienes tú la culpa,  
ni yo te culpo,  
de que Dios te haya hecho  
tan de mi gusto.

Todos los cuerpos chiquitos  
los miro con afición,  
porque es chiquita la prenda  
que adora mi corazón.

Digo que no hay en el mundo  
hombre que mi gusto tenga,  
que estoy queriendo á una niña  
más chiquita que una almendra.

Quisiera ser por un rato  
de tu zarcillo el arete,  
para decirte al oído  
lo que este corazón siente.

A la orilla del mar fuí  
y me senté en la ribera,  
y empecé á considerar:  
¿si esta niña me quisiera!

María, no eres María,  
que eres ramo de virtud:  
á tu puerta hay un enfermo,  
dale por Dios la salud.

Mariquita, tú solita  
reinas en mi corazón.  
Si yo reinara en el tuyo,  
¡qué dichoso fuera yo!

Son tus labios dos cortinas  
de tafetán carmesí,  
y entre cortina y cortina  
estoy esperando el sí.

Las estrellas y luceros  
todos se rinden al día,  
y yo me rindo á tus plantas,  
morena del alma mía.

Estudiante quise ser,  
y así que vi tu hermosura,  
á los infiernos tiré  
tintero, papel y pluma.

Cuando yo te vi venir,  
le dije á mi corazón:  
¡qué bonita piedrecita  
para dar un tropezón!

Compañerilla del alma,  
cuando mis ojos te vieron,  
se me arrancó el corazón  
de fatigas que me dieron.

Una mañanita, apenas  
salió el sol por el oriente,  
me echastes una cadena  
con los rizos de tu frente.

Desde que te vi, morena,  
en la calle de Mesones,  
me echastes una cadena  
con veinticinco eslabones.

Dime, niña, dónde vives,  
que te quiero conocer,  
y si no tienes amante,  
yo te vengo á pretender.

El clavel que tú me diste  
el día de la Ascensión,  
no fué clavel, sino clavo  
que clavó mi corazón.

Al alto cielo subí  
á preguntar por tu nombre,  
y me dijo un serafín  
que te llamabas Dolores.

María sé que te llamas,  
tu apellido no lo sé;  
si por la calle te encuentro,  
María te llamaré.

Pregunté si eres casada,  
que tu garbo me embelesa;  
el preguntar no es errar,  
si la pregunta no es necia.

Como soy forasterito,  
á todo el mundo pregunto:  
¿quién es esa morenita  
que está vestida de luto?

¡Tan chiquita y tienes luto!  
Dime, ¿quién se te murió?  
Si se te ha muerto tu amante  
no llores, que aquí estoy yo.

Morenita y enlutada,  
¡qué bien que te sienta el luto!  
Nos casaremos los dos,  
y Dios perdone al difunto.

Gracias á Dios que he llegado  
á declarar mi pasión  
á una dama tan hermosa  
como los rayos del sol.

Eres rosita en capullo,  
sin acabar de salir;  
si todavía no amas,  
ámame primero á mí.

¡Ay, qué ventana tan alta!  
¡Ay, qué balcón tan dorado!  
¡Ay, qué niña tan bonita!  
¿Quién será su enamorado?

Ya no me alegran á mí  
las rosas ni los jardines;  
lo que me alegra es tu cara:  
dime, niña, ¿dónde vives?

Por fuerza me has de querer,  
por justicia me has de amar,  
cariño me has de tener,  
ó el diablo te ha de llevar.

Toma, niña, esta naranja:  
te la doy porque te quiero;  
no la partas con cuchillo,  
que mi corazón va dentro.

Dicen que lo azul es celos  
y lo encarnado alegría;  
vístete, niña, de verde,  
serás la esperanza mía.

Determinate á quererme,  
no me seas temerosa;  
de los riesgos que vinieren  
te sacaré victoriosa.

Palomita amartelada  
del palomar de Cupido,  
no sientas levantar vuelo  
y vente á volar conmigo.

Ya se acabaron las chanzas  
y entra la formalidad;  
si me quieres, yo te quiero,  
vamos á ver la verdad.

Hasta la última gota  
de sangre diera por ti  
sólo porque te mantengas  
siempre diciendo que sí.

Supongo que tú me quieres,  
siempre constante serás:  
¡Dios nos libre de una vieja  
que nos comience á enredar!

Sólo te encargo que guardes  
el secreto hasta que quiera  
darnos el cielo ocasión  
de lograr la dicha nuestra.

Si viniera San Francisco  
á pedirme el corazón,  
al santo se lo negara  
y á una de su nombre no.

Si san Rafael me diera  
licencia para quererte,  
toda mi vida estuviera  
vestida de azul celeste.

Le dije: ¡Jilguero mío,  
¿qué remedio me darás  
para una mujer que quiero  
y no la puedo olvidar?

El jilguero me responde:  
Quiérela tú con firmeza,  
porque al fin ella es mujer  
y ablandará su dureza.

Tú tienes mi corazón,  
el tuyo me lo has de dar,  
que el que roba corazones  
con el suyo ha de pagar.

Si me quieres, dímelo,  
y si no, di que me vaya:  
no me tengas al sereno,  
que no soy cántaro de agua.

Yo me llamo *si hay lugar*,  
pariente *si hay ocasión*,  
primo hermano de *si puedes*,  
guardando el sí ó el no.

Te diera, porque me dieras  
de tu linda boca el sí,  
las alfombras de Turquía  
y el oro del Potosí.

Haré por ti una fineza,  
la que tú por mí no harás;  
quererte aunque no me quieras:  
¿qué más quieres?, ¿quieres más?

Si supiera que por flores  
te había de conseguir,  
te trajera yo más flores  
que tienen mayo y abril.

Si usted me quisiera á mí  
como yo la quiero á usted,  
nos llamaran á los dos  
la fundación del querer.

Socorro pide en el mar  
el marinero perdido,  
y yo que estoy en la tierra,  
Socorro, Socorro pido.

Tengo vergüenza y me callo,  
tengo amor y no lo digo;  
no sé cómo te dijera:  
¿te quieres casar conmigo?

Estoy adorando á un sol  
y venerando á una imagen,  
no siento sinò una cosa,  
que la quiero y no lo sabe.

Dos corazones heridos  
de la misma enfermedad,  
ambos se quitan la vida  
por no decir la verdad.

Las campanas de la iglesia  
están doblando por mí:  
dime, niña, si me quieres;  
resucitaré por ti.

Bien sabe Dios que te diera  
por ese color moreno  
los ojitos de mi cara,  
aunque me quedara ciego.

Si por hazañas de monta  
se pudiera á usted ganar,  
tomara yo por asalto  
el peñón de Gibraltar.

Serrana, tú eres la lima,  
y tu padre es el limón,  
y tu madre la naranja:  
la lima la quiero yo.

Por vida de las estrellas  
que están en el cielo azul,  
que te tengo de querer  
aunque no me quieras tú.

Desde que te vi te amé,  
porque amar y verte, cielo,  
bien pudieron ser dos cosas,  
pero ninguna primero.

Los pensamientos me animan  
de querer á esta serrana:  
sólo llegaré á sentir  
que me deje con la gana.

Si me das un ramillete  
compuesto con tu cariño,  
yo te daré el corazón,  
la prenda que más estimo.

Viendo que no me querías,  
á un arroyuelo bajé;  
oí cantar á un jilguero,  
con su voz me consolé.

Tantas letras tiene el *sí*  
como letras tiene el *no*;  
con el *sí* me das la vida,  
y la muerte con el *no*.

Yo me muero no sé cómo,  
y mi mal es no sé qué;  
yo sanaré bien sé cuándo,  
si me cura quien yo sé.

Yo quisiera y no quisiera,  
que son cosas diferentes:  
quisiera que me quisieras  
y quisiera no quererte.

Una gotera continua  
ablanda un duro peñón:  
¡y mis suspiros no pueden  
ablandar tu corazón!

La pena de un ciego es grande,  
que no ve por dónde va;  
pero más grande es la mía,  
que no sé tu voluntad.

Las estrellitas del cielo  
cada cual tiene su nombre;  
la mía se llama Rita,  
la llamo y no me responde.

Contigo me dan matraca,  
¡ojalá fuera verdad!,  
que nunca los rayos caen  
donde la tormenta está.

Aunque me digas que no,  
á tu casa siempre acudo,  
que al cabo saca limosna  
el pobre que es importuno.

Desde Madrid he venido,  
pisando espinas y abrojos,  
sólo por llegar á verte,  
clavellina de mis ojos.

Aquí me pongo á cantar  
á la sombra de la luna,  
por ver si puedo alcanzar  
de las dos hermanas una.

La menor no tiene el tiempo,  
la mayor pasa la edad;  
la de en medio es la que quiero,  
si su padre me la da.

Te dije si me querías  
y me dijiste: veré.  
Bastante tiempo has tenido  
para tomar parecer.

Ya me despido, mi vida,  
de tu hermosura y belleza;  
para vivir ó morir,  
sólo aguardo tu respuesta.

Tú eres el juez de mi causa,  
y yo soy el delincuente;  
acaba de sentenciar  
si soy de vida ó de muerte.

No te quiero dar el sí  
hasta ver cómo te portas,  
que no muy lejos de aquí  
me han dicho que tienes otra.

Si supiera que era yo  
la causa de tu tristeza,  
dejaría padre y madre  
y te amara con firmeza.

Si eres galán dulce y fino,  
siempre firme en la pasión,  
yo hallaré en ti mi destino  
y te daré el corazón.

Amor, si tú fueras firme  
como la palma en verano,  
yo te entregara las llaves  
de mi pecho soberano.

Si tu madre te regaña  
porque me piensas querer,  
dile que ya no me quieres,  
y con eso quedas bien.

Palomita amartelada  
dentro de tu palomar,  
palomos de lejas tierras  
te vienen á visitar.

Si duermo, sueño contigo;  
si despierto, pienso en ti:  
dime, dime, compañero,  
qué es lo que te pasa á ti.

Más te quieren mis ojos  
disimulando,  
que otros dándote voces  
y alborotando.

Serrana, ¿quién te camela?  
Dime la verdad, por Dios;  
si no te camela nadie,  
quiero camelarte yo.

Si mi corazón te estorba,  
anda, y échalo á la calle,  
que se lo coman los perros,  
si no lo recoge nadie.

No me mires de reojo,  
que es mirada de traidor;  
mírame así, cara á cara,  
que es miradita de amor.

Mi corazón á tus pies  
lo ves, y no lo levantas:  
¡lástima de corazón,  
que no duerme ni descansa!

Tienes unos ojos, niña,  
enseñados á vivir:  
cariñosos para todos  
y tiranos para mí.

Te quiero más que á mi vida  
y más que á mi corazón,  
y si no fuera pecado  
te querría más que á Dios.



## FINEZAS Y JURAMENTOS

---

Ya viene marzo con flores  
y con sus rosas abril,  
y mayo con sus claveles  
para coronarte á ti.

---

Escúchame, compañera,  
que te lo quiero jurar:  
primero que yo te olvide,  
la tierra me ha de tragar.

---

Cuando vayas á la iglesia  
ponte un velito en la cara,  
que los santos, con ser santos,  
miran dónde estás sentada.

---

Cada vez que paso y veo  
que á la ventana no estás,  
voy acortando los pasos  
por ver si te asomará.

---

En tu puerta planté un pino  
y en tu ventana una parra  
porque los rayos del sol  
no te dieran en la cara.

---

En tu puerta sembré un guindo  
y en tu ventana un manzano  
sólo por verte coger  
las ramitas con la mano.

En tu puerta puse un guindo,  
en tu ventana un cerezo:  
por cada guinda un abrazo,  
por cada cereza un beso.

---

Es tanto lo que te quiero,  
que te quisiera llevar  
en las ancas de mi mula  
cuando me vuelva al lugar.

---

Dame un poco de agua  
fría ó caliente,  
no por la sed que tengo,  
sino por verte.

---

Aunque tú no me quieras,  
tengo el consuelo  
de saber que tú sabes  
que yo te quiero.

Dame de tus entrañas  
 todo el cariño,  
 y acaba de criarme,  
 que soy muy niño;  
 y en siendo hombre,  
 yo te daré el cariño  
 que corresponde.

Es tanto lo que te quiero,  
 serrana, que te matara  
 y con sangre de mis venas  
 luego te resucitara.

Dicen que no nos queremos  
 porque no nos ven hablar:  
 á tu corazón y al mío  
 se lo pueden preguntar.

Eché un candado en mi pecho  
 desde que vi tu belleza  
 porque ninguna entre en él  
 sin que tú le des licencia.

Es tu querer como el viento;  
 el mío como la piedra,  
 que no tiene movimiento.

¿Para qué, ingrata, quieres  
 saber mis males?  
 Con saber que te quiero,  
 todos los sabes.

Hermosura del alma,  
 vete á una aldea:  
 ya que yo no te hable,  
 que no te vea.

Por Dios, si no me quieres,  
 que no me mires:  
 ya que no me rescates,  
 no me cautives.

Un limón me tiraste  
 desde la torre:  
 en el alma me diste,  
 sangre me corre.

Hábito de Dolores  
 tiene mi dama:  
 con los siete cuchillos  
 me parte el alma.

Me han dicho que estás malita,  
 y á Dios le pido llorando  
 que me quite la salud  
 y á ti te la vaya dando.

Agua menudita llueve  
 y correrán las canales:  
 ábreme la puerta, cielo,  
 que soy aquel que tú sabes.

Si se volvieran luceros  
 los besitos que te he dado,  
 pareciera tu carita  
 un cielecito estrellado.

De terciopelo negro  
 tengo cortinas  
 para enlutar mi cuarto  
 si tú me olvidas.

Si sientes como siento,  
 prenda querida,  
 los tormentos mayores  
 tienes en vida.

Soy peñasco, soy risco,  
 soy dura piedra;  
 para todos soy bronce,  
 para ti cera.

Sueño en ti, vida mía,  
 pero entre sueños  
 sueño lo que quisiera  
 no fuera sueño.

De mi casita á la tuya,  
 morena, no hay más que un paso;  
 desde la tuya á la mía,  
 ¡ay qué camino tan largo!

El primer amor que tuve  
 se me llevó el corazón:  
 no hay amor como el primero,  
 que se lleva lo mejor.

¿Qué importa que los labios  
amando callen,  
cuando amor por los ojos  
sabe explicarse?

Porque, en amando,  
tienen lengua los ojos  
más que los labios.

Tus ojos y mis ojos  
miran atentos,  
y callando se dicen  
sus pensamientos.  
Cosa es bien rara  
que sin hablar se entiendan  
nuestras dos almas.

Por Dios que disimules  
lo que me quieres,  
que tú no logras nada  
y á mí me pierdes;  
porque estas cosas,  
en ser comunes, pierden  
el ser preciosas.

Mi corazón volando  
se entró en el tuyo;  
se quebraron las alas,  
salir no pudo:  
y está contento,  
como que el pobrecito  
se halla en su centro.

Bien sabe Dios que te diera  
lo que merecido tienes:  
una corona imperial  
que coronara tus sienes.

Si sabes los mandamientos,  
el primero es el amar;  
es tanto lo que te quiero,  
que no te puedo olvidar.

Los sacramentos son siete,  
y te los vengo á explicar:  
escucha con atención,  
si me quieres escuchar.

De todos los sacramentos  
el primero es el bautismo.  
Ya sé que estás bautizada,  
podrás casarte conmigo.

Segundo, confirmación.  
Te ha confirmado el obispo,  
y cada vez que te veo,  
yo en tu querer me confirmo.

El tercero, penitencia.  
Y por ella el otro día  
me han mandado que te olvide,  
y no he podido cumplirla.

El cuarto, la comunión.  
Recíbela con anhelo;  
si estás en gracia de Dios,  
seguro tienes el cielo.

El quinto, la extremaunción.  
Extremo es lo que te quiero,  
y á la hora de mi muerte  
serás mi solo consuelo.

El sexto, el sacerdotal.  
Sacerdote no he de ser;  
hasta la hora de la muerte  
seré firme en tu querer.

El séptimo, matrimonio.  
Eso vengo yo á buscar,  
y aunque tu padre no quiera,  
contigo me he de casar.

Quiéreme poquito á poco,  
salero, no te apresures,  
que este cariñito nuestro,  
salero, quiero que dure.

No me hables de comida,  
ni me mientes el comer,  
que yo estoy alimentado  
tan sólo con tu querer.

Cuando me siento á la mesa,  
de pensar en ti no como:  
tus palabras me alimentan,  
tus labios me dan socorro.

Con hablarte como y bebo,  
y sólo el verte me engorda,  
y el día que no te veo  
las fatiguillas me ahogan.

Eres para mí el reposo,  
eres para mí el recreo,  
eres clavel oloroso,  
eres el bien que poseo.

Por ti me muero de amor,  
por ti deliro y suspiro,  
por ti se abrasa mi pecho,  
por ti muero y por ti vivo.

El sol me parece obscuro  
y oscura la luna clara,  
la música me entristece,  
sólo me alegra tu cara.

Bien sabe Dios que te quiero  
sin interés ni maldad,  
y por tus buenas partidas  
te tengo de querer más.

Si la sangre de mis venas  
la hubieras de menester,  
bien puedes contar con ella,  
que yo me la sacaré.

A la soda y la barrilla  
les gustan los saladares,  
y á ti te place vivir  
orillita de los mares.

Tus ojos y los míos  
se han enredado  
como las zarzamoras  
por los vallados.

Mal hizo en tenerte sola  
la bendita de tu madre;  
angelitos como tú  
se deben tener á pares.

¡Qué contentita estará  
la madre de esa doncella!  
Estando el cielo tan alto,  
tiene en su casa una estrella.

Ayer tarde en el paseo,  
niña, de azul te vestiste;  
que también hay en la tierra  
ángel que de azul se viste.

En el cielo de tu casa  
te vi, salada, ayer tarde;  
bien puede llamarse cielo,  
porque en ella vive un ángel.

No llores, ángel humano,  
aunque veas que me muero;  
porque si te ven llorar,  
pensarán que me condeno.

Dije que no te quería  
y otra vez vuelvo á buscarte  
con el corazón partido,  
llorando gotas de sangre.

Si te he querido de veras,  
pregúntaselo á la Virgen  
de Consolación de Utrera.

Cuando intenté el olvidarte,  
se me previno la muerte:  
como la vida es amable,  
volví de nuevo á quererte.

Dime, niña, que me quieres,  
antes que de amor me muera,  
que en una palabra tuya  
cifrada está mi existencia.

Cuando mi niña se pone  
la saya para ir á misa,  
sale el sol y se oscurece,  
sale la luna y se eclipse.

A la flor de la violeta  
mezclada con el jazmín,  
á eso me huele tu cuerpo  
cuando estoy cerca de ti.

Dicen que no nos queremos,  
porque no nos visitamos;  
las visitas son de noche  
para los enamorados.

Fuentecilla cristalina,  
agua y río caudaloso,  
para dos que bien se quieren,  
largos caminos son cortos.

Debajo de tu ventana,  
por pintarte á ti, pinté  
una rosa catalana  
y un clavel aragonés.

¡Qué linda clavellinera  
que estoy viendo desde aquí!  
Como soy forasterito,  
¿no hay un clavel para mí?

¿En qué jardín te has criado  
bella maceta de flores,  
que no tienes quince años  
y cautivas á los hombres?

Alcarraza de tu casa,  
chiquilla, quisiera ser  
para besarte en los labios  
cuando fueras á beber.

No sé qué para mí tienes,  
que cada vez que te veo  
me quedo, como San Juan,  
señalando con el dedo.

Si te ves aborrecida  
del galán que te adoraba,  
vuelve, vuelve á mi querer,  
ovejita descarriada.

Suspiros del corazón  
salen de mi pecho ardiendo  
y se van á aposentar  
donde está mi amor durmiendo.

De tu corazón al mío  
hay una larga cadena  
toda llena de suspiros,  
de suspiros toda llena.

Suspiros, salid, salid,  
y trasminad las paredes,  
y mirad si está dormida  
la reina de las mujeres.

Si á media noche sintieres  
en tu cara un aire frío,  
no te muestres enojada,  
que son los suspiros míos.

Vuela, pensamiento mío,  
al lecho de mis amores,  
y la estancia de su dueño  
perfúmalala con olores.



Clavellina colorada  
nacida en el mes de enero,  
¿quién ha visto cortar flores  
en el rigor del invierno?

Ojos de color de cielo,  
azules como los míos,  
no perdáis las esperanzas,  
que yo no las he perdido.

¿Qué tenías ayer tarde,  
amante mío moreno,  
que tan aprisa llamabas  
á Jesús el Nazareno?

Hermoso sol de los soles,  
¿en dónde estuviste ayer,  
que te buscaron mis ojos  
y no te pudieron ver?

A San Nicolás me voy,  
de San Nicolás me vengo,  
á pedirle al santo mío  
por una novia que tengo.

Fuí anoche á Capuchinos  
á rezarle á Cristo un credo;  
por decir: «Creo en Dios padre,»  
dije: «Creo en la que quiero.»

El nombre de mi moreno  
eso no lo diré yo,  
porque no quiero que sepan  
donde tengo mi afición.

Enamoradita estoy,  
pero no lo sabe nadie:  
tengo el amor forastero  
y no me ronda la calle.

Todos me dicen qué tengo  
ojitos de religiosa,  
y yo digo que los tengo  
de casada cariñosa.

No soy bonita que asombre,  
ni fea que cause miedo:  
soy morenita con gracia,  
y así me quiere mi dueño.

La pimienta es chica y pica  
y sazona los guisados,  
y tú, como pequeñita,  
hasta el alma me has picado.

Una rubia como tú  
y de tu propio salero  
me tiene robada el alma  
y el corazón prisionero.

A mí me llaman silencio,  
y el silencio es el que vale;  
anoche estuve en tu puerta  
y no me sintió tu madre.

Si en tu casa te regañan,  
di á voces que no me quieres:  
con esto quedarás bien,  
y háblame cuando pudieres.

Aunque para mí no seas,  
siempre te tendré afición,  
porque eres disimulada  
cuando llega la ocasión.

Anoche me dió la una  
platicando con mi amor;  
esta noche, si Dios quiere,  
me dan lo menos las dos.

Me han quitado el ir á misa,  
me han quitado el confesar,  
me han quitado que te quiera:  
¿qué más me pueden quitar?

Cuando te encuentro en la calle  
la sangre se me rebota,  
y se me quiere salir  
el corazón por la boca.

Cuando te encuentro en la calle  
y no me dices adiós,  
ni las ánimas benditas  
penan tanto como yo.

A Jesús triste le rezo,  
¿y sabes lo que le pido?  
Que el día que tú te mueras  
también me muera contigo.

Dueño mío, si te vieres  
en la presencia de Dios,  
le pedirás que me muera,  
que sin tí no vivo yo.

El día que tú naciste,  
aquel día nació yo;  
el día que tú te mueras  
nos moriremos los dos.

Si con el mirar te ofendo  
y con el hablar te agravio,  
yo me vendaré los ojos  
y me coseré los labios.

Si mi Soledad quisiera,  
le regalara un pañuelo  
con cuatro borlitas de oro  
y mi corazón en medio.

Al verte llaman la muerte,  
y al no verte llaman vida:  
más quiero morir y verte,  
que no verte y tener vida.

Por dondequiera que voy  
parece que te voy viendo,  
y es la sombra del querer  
que me viene persiguiendo.

Si yo *abiyelara* el mando  
que un *divé* le dió á la muerte,  
yo quitara de este mundo  
á quien me estorba quererte.

Desde tu casa á la iglesia  
he de plantar una parra  
para que vayas á misa  
sin darte el sol en la cara.

Al pie de la hierbabuena  
cinco claveles te dí,  
y eran los cinco sentidos,  
serrana, que puse en ti.

Yo no sé lo que me has dado  
para que tanto te quiera,  
que me has hecho que me olvide  
de mi familia y mi tierra.

A esa niña de mis ojos  
no me la pongas delante,  
que como la quiero tanto,  
el corazón se me parte.

Bendita sea la hora  
que te comencé á querer,  
benditos tu padre y madre,  
y tú bendita también.

Como la campana tiene  
fundidos siete metales,  
así tengo tu cariño  
en la masa de la sangre.

En el mirar solamente  
conocerás que te quiero,  
y también conocerás  
que quiero hablarte y no puedo.

Tus ojitos y los míos  
se miran con afición  
y parece que se dicen  
lo que siente el corazón.

Si las piedras de tu calle  
se volvieran migueletes,  
todos los atropellara  
sólo por venir á verte.

Al que me estorba quererte  
en tu calle mataré;  
si al salir ves una cruz,  
no preguntes por quién es.

Salero, por tu salero  
á la mar me arrojaría;  
pero por otro salero  
en mi casa me estaría

Si mi madre fuera mora  
y me pariera en Argel,  
renegara de Mahoma  
sólo por venirte á ver.

Al león, con ser león,  
dicen que lo rinde el sueño;  
y yo, criatura humana,  
de pensar en ti no duermo.

Si lo que de noche sueño,  
de día lo ejecutara,  
á la casa de los locos  
de seguro me llevaran.

Ni comiendo, ni bebiendo,  
ni andando, ni trabajando,  
tiene mi penita alivio,  
sino que te estoy mirando.

Las fatigas de un enfermo  
cuando está para morir,  
son las que paso, bien mío,  
cuando me acuerdo de ti.

A los moros que te vayas  
á renegar de la fe,  
tengo de marchar contigo  
á renegar yo también.

Más humilde que la tierra  
me parió mi madre á mí;  
dime, niña, quién te ofende,  
verás á un león reñir.

Si supiera ó entendiera  
que el sol que sale te ofende,  
con el sol me peleara  
aunque el sol me diera muerte.

¿Sabes á lo que me atrevo,  
mozuela, por tu querer?  
A meterme en los infiernos  
y hablar con el Lucifer.

Mándame, niña, que vaya  
á la gran Constantinopla,  
y verás cómo te traigo  
del gran turco la corona.

Se me oprime el corazón  
al ver tu vestido negro,  
que la sombra de tu pena  
á mí me da sentimiento.

¡Mal haya la ropa negra  
y el sastre que la cortó,  
que mi niña tiene luto  
sin haberme muerto yo!

Dime por quién tienes luto  
para usarlo yo también,  
porque tú triste y yo alegre,  
eso no parece bien.

Cuando te veo con pena,  
en mí no cabe alegría,  
pues como te quiero tanto,  
siento la tuya y la mía.

Si con vender yo mis carnes  
le diera alivio á tus penas,  
á la voz de un pregonero  
por las calles las vendiera.

Al que expiró en el madero  
le pidó de corazón  
que no te cases con nadie  
hasta que me muera yo.

Hasta que vea tu fin  
en lo que viene á parar,  
ni le doy palabra á nadie,  
ni menos me he de casar.

Tienes dos corazones,  
yo no lo dudo,  
porque tienes el mío  
dentro del tuyo.

Cada vez que te veo,  
para mí digo:  
á mi prójimo amo  
como á mí mismo.

Tengo yo mi corazón  
tan hehecito á mis mañas,  
que le digo «llora» y llora,  
que le digo «canta» y canta.

Como carnerillo manso  
sales al campo á buscarme,  
y yo te estoy aguardando,  
sangrecilla de mi sangre.

Pide á Dios por mi salud,  
morena, que si me muero,  
la casilla de los locos  
ha de ser tu paradero.

Compañerita del alma,  
arrímate á mi querer,  
como las salamanquesas  
se arriman á la pared.

Mañana voy á cabildo  
á ver echar el sorteo,  
y si le toca á mi amante,  
diré que por él me quedo.

Debajo de tu ventana  
me quisieron dar la muerte,  
lucero de la mañana,  
sólo por venir á verte.

Compañerita del alma,  
hazme con los ojos señas,  
que en algunas ocasiones  
los ojos sirven de lengua.

Mi amante me dijo anoche  
que cantara y no llorara;  
que echara penas al aire,  
pero que no lo olvidara.

Nadie de amor se burle,  
y en mí escarmiente,  
que amor también se burla  
de sus rebeldes;  
y yo confieso  
que desprecié sus grillos  
y ahora los beso.

El sol de tu belleza  
todo lo alumbra,  
menos á mi esperanza,  
que deja á obscuras;  
y entre tinieblas,  
mi amor en tus desdenes  
siempre tropieza.

Si quieres venirte, vente;  
si quieres estarte, estáte;  
nos quedaremos á solas,  
que tengo que platicarte.

Valientemente, muchacha,  
Dios te dió sabiduría;  
una palabra que hablas  
vale por doscientas más.

¡Qué triste y qué pensativa  
está la prenda que adoro!  
¿Qué carñito le haré  
para quitarle el enojo?

Mi morena se ha enojado  
porque no le dije adiós.  
Adiós, morena del alma;  
s, morenita, adiós.

Tengo yo mi corazón  
hechito cuatro pedazos;  
pero me queda el consuelo  
que he de morir en tus brazos.

¿Sabes por qué no me caso  
considerándote á ti?  
Porque en viéndome en tus brazos  
pienso que me he de morir.

Mirando estoy desde aquí  
la que tiene que ser mía,  
la que tiene que juntar  
su carita con la mía.

Encimita de tu frente  
te lo tengo de escribir:  
pondré una *a* y una *m*,  
y entre las dos una *i*.

¿Cuándo querrá Dios del cielo  
que yo te encuentre en la calle  
y te diga: Mira, oye,  
dónde persiste la llave?

Si con hechizos pudiera  
esta noche hablar contigo,  
bien sabe Dios que lo hiciera  
por dar á mi pena alivio.

No sé lo que tiene  
la hierbabuena de tu huertecito,  
que tan bien me huele.

Mi pañuelo y tu pañuelo  
son cortados de una pieza:  
tú lo llevas en el cuello,  
yo lo llevo en la cabeza.

Ese querer tuyo y mío  
parece que está de Dios;  
cuanto más nos lo murmuran,  
más nos queremos los dos.

Gitana, vamos despacio,  
que este camino es muy corto  
y yo quiero hacerlo largo.

Mi amor me dice de usted  
y yo lo mismo le digo,  
y en estando los dos solos,  
de tú por tú nos decimos.

Ya no se estila decir:  
¡viva el oro, viva el oro!,  
que sólo se dice ahora:  
¡viva la prenda que adoro!

Viva Cádiz, viva el Puerto,  
viva quien sabe querer,  
viva quien pasa en el mundo  
penas por una mujer.

He estado en el purgatorio  
y he visto todas las penas,  
y he visto que por querer  
ningún alma se condena.

Yo quiero bien, y no puedo  
decir á quién quiero bien;  
tan sólo diré que quiero  
sólo por sólo querer.

Mis amores son del campo  
y no vienen al lugar;  
mis suspiros son correos,  
que unos vienen y otros van.

Del hueso de una aceituna  
tengo que hacer una nave  
para que vayan y vengan  
mis suspiros por el aire.

Las estrellas he contado  
para ver la que me sigue:  
á mí me sigue una estrella  
chiquitita, pero firme.

Tengo una puñaladita  
que me la dió una mujer;  
en toda mi vida he visto  
puñalada más cruel.

La dulce tiranía  
de la hermosura  
rinde, triunfa, avasalla,  
mas poco dura.

Y es la desgracia  
que pasa desde el trono  
á ser esclava.

Dicen que me has de matar  
con un puñal valenciano:  
yo te perdono la muerte  
si me matas con tu mano.

Te quiero más que á la sangre  
que me corre por las venas;  
el día que no te veo  
me ahoga la pena negra.

No sé qué estrella es la tuya  
que domina sobre mí:  
á nadie me he sujetado  
y me sujeto ahora á ti.

El día que me dijiste  
que era tuya el alma mía,  
las lágrimas de los ojos  
de gozo se me caían.

Cuando me dijeron que era  
trabajo en balde el quererte,  
me pareció que llegaba  
el tránsito de mi muerte.

Acuérdate que te dí  
la llave de mi pecho:  
algunos la pretendieron,  
y á ti te la dí solito.

Si el rey, con ser rey, me diera  
escudo, cetro y corona,  
no lo apreciara yo tanto  
como aprecio tu persona.

Dentro de mi pecho tengo  
una sala de cristal  
y una antesala de oro  
donde habita esa deidad.

Desde aquel feliz instante  
que alma y vida te rendí,  
hice voto de adorarte  
y no adorar más que á ti.

Aunque soy pequeñita  
como un tomillo,  
me pretende un muchacho  
como un castillo.

Por tres cosas te he querido:  
por morena, por alegre  
y por los ojos dormidos  
que aprisionado me tienen.

Mis padres dicen que quiera  
á una que tenga doblones;  
yo no quiero la moneda,  
que en ti he puesto mis amores.

Los mocitos de mi barrio  
dicen que no soy valiente;  
contéstales tú, morena,  
que me he atrevido á quererte.

Entre Úbeda y Baeza  
hay un molino que muele  
azúcar, canela y clavo,  
lo que mi morena tiene.

Si queréis saber, señores,  
cómo se llama mi majo,  
acordaos de aquel ángel  
que tiene al diablo debajo.

Si queréis saber, señores,  
el nombre de mi querido,  
acordaos de aquel santo  
que lleva un ramo florido.

Pepe quiero, Pepe adoro,  
Pepe tengo en la memoria;  
cada vez que digo «¡Pepe!,»  
parece que digo «¡gloria!»

La cartilla del amor  
la pasé letra por letra,  
y así que llegué á la P,  
me quedé diciendo: ¡Pepa!

Por una Pepita muero,  
Pepita y no de melón,  
que es Pepita que yo tengo  
dentro de mi corazón.

Cada vez que digo ramo  
se me alegra el corazón  
porque Ramona se llama  
la prenda que adoro yo.

No salga la luna,  
que no tiene á qué:  
con los ojitos de mi compañera  
yo me alumbraré.

San Antonio portugués,  
devoto de lo perdido,  
mi amante se perdió anoche:  
¡buscádmelo, santo mío!

Gracias á Dios, madre mía,  
que ya pareció el perdido;  
nunca se puede perder  
pájaro que tiene nido.

¡Mira con qué disimulo  
te vas esa calle arriba,  
sin reparar que te dejas  
á una serrana cautiva!

La noche que tronó tanto  
fuí á buscar á mi novia,  
por si se acababa el mundo,  
irme arrimando á la gloria.

Por el camino real  
va una doncellita triste  
en busca de sus amores:  
no hay mata que no registre.

Santa Teresita tiene  
la paloma en el oído,  
y yo quisiera tener  
de mi amante el apellido.

A San José pido el ramo,  
á San Francisco el cordón,  
á Santa Rita la espina,  
y á mi amante el corazón.

Mi querer y tu querer  
son dos queres en uno,  
y siempre estamos riñendo  
por si es mío ó por si es tuyo.

Siempre que te vas, me dices:  
«Adiós, hasta la primera.»  
Como no me dices cuándo,  
siempre me dejas con pena.

Amor, no digas adiós  
cuando por la calle vas,  
que parece que me dices:  
¡adiós para nunca más!

Morena, si bien me quieres,  
no se lo digas á nadie,  
ponte la mano en el pecho,  
dile al corazón que calle.

Pensando en ti me dormí,  
hermosura de los cielos,  
y al despertar me encontré  
sin mí, sin ti y sin consuelo.

De la uva sale el vino,  
de la aceituna el aceite,  
y de mi pechito sale  
cariño para quererte.

Toma este puñal dorado  
y ábreme el pecho con él:  
por el color de la sangre  
verás si te quiero bien.

Quitarme de que te quiera  
es quitarme la salud,  
porque á la chiticallando  
mi vida la tienes tú.

A la mar van á parar,  
María, todos los ríos,  
y allí se irán á juntar  
tus amores y los míos.

Me dices que no me quieres,  
y es mentira, que me engañas;  
que estoy leyendo en tus ojos  
lo que me quiere tu alma.

En los llanos de Motril  
me puse á echar un cigarro,  
y acordándome de ti,  
se me cayó de la mano.

Tus bellos ojos matan,  
roban, saltean,  
y con ser malhechores,  
no hay quien los prenda:  
porque, homicidas,  
jamás rinden sus armas  
á la justicia.

Si mirando risueña  
tus ojos matan,  
¿qué será, vida mía,  
mirando airada?  
Si vibran rayos  
tus dos ojos, serenos,  
¿qué harán nublados?

Hasta el alma me ha llegado  
la raíz de tu querer:  
si no es verdad lo que digo,  
mala *puñalá* me den.

Te quiero más que me quieres,  
mis obras te lo dirán;  
y si no, déjalo al tiempo,  
que es padre de la verdad.

Te quiero más que me quieres,  
en eso no admitas duda;  
que una mujer arrestada  
no teme cosa ninguna.

Te quiero sin que me quieras,  
que es verdadero querer;  
que querer porque nos quieran  
es querer por interés.

La fundación del querer  
á mí me pueden llamar,  
porque he sido en tus amores  
la piedra fundamental.

Es tu pelo cadena  
de muchas almas,  
y cuanto más lo sueltas,  
mejor las atas;  
y como es de oro,  
la prisión no hace mella,  
porque da gozo.

Dame, niña, tus ojos  
por esta noche,  
porque quiero con ellos  
matar á un hombre:  
y no te admire  
que te pida unas armas  
que tanto rinden.

Como tú me llevaras  
adonde fueras,  
en yendo yo contigo,  
mas que no vuelvas.

Todas las enfermedades  
se me curan si me miras:  
sin duda tus ojos son  
bálsamo de mis heridas.

Tendido sobre una estera,  
vestido con la mortaja,  
si te viera entrar á ti,  
de fe que resucitaba.

Es preciso que soñando  
te hable con el deseo:  
mis fatigas son tan grandes,  
que estoy durmiendo y te veo.

Todas las horas del día  
le estoy pidiendo á Jesús  
que por su pasión y muerte  
me lleve donde estás tú.

Tengo yo mi corazón  
más negro que el terciopelo  
de ver que no puedo hablarte  
todas las horas que quiero.

Permita el cielo que un rayo...  
Pero no..., ¡detente, lengua!,  
que no quiero que por mí  
daño á mi amante le venga.

¡Qué triste que va la luna  
cuando no lleva lucero!  
Así está mi corazón  
el día que no te veo.

Aquel lucero que sale  
por detrás de las cabrillas  
es el que á mí me acompaña  
cuando voy á verte, niña.

Cuando por tu puerta paso  
y te veo en la ventana,  
se me alegra el corazón  
para toda la semana.

Si el amor en el mundo  
llega á perderse,  
se ha de hallar en mi pecho,  
que aquí está siempre;  
pero está sólo  
empleado en la prenda  
que firme adoro.

Échame una maldición,  
una maldición gitana:  
que los ángeles me lleven  
en procesión á tu cama.

Morena, morena eres,  
mal haya tu morenura,  
que me tienes en la cama  
sin frío y con calentura.

No desprecies lo moreno,  
que vale más que la plata,  
porque morenita es  
la prenda que á mí me mata.

¡Válgame Dios, qué dolores,  
qué fatigas y qué penas  
pasan á veces los hombres  
por una cara morena!

En el río la encontré,  
asentadita en la arena;  
ella no me dijo nada;  
yo le dije: abur, morena.

Mira si he corrido tierras,  
que he estado en la Gran Turquía:  
en ninguna parte vi  
morena como la mía.

Ay, que se me lleva el aire,  
ay, que el aire se me lleva,  
ay, que se me lleva el aire,  
el aire de mi morena.

Tú encendistes el fuego  
del pecho mío,  
y ahora vas á apagarle  
con tus suspiros:  
¡válgame el cielo,  
y qué poco que entiendes  
de estos incendios!

Quiero que en mi sepulcro  
se pongan cirios,  
prendidos en el fuego  
de mis suspiros;  
y si se apagan,  
que acudan á mi pecho  
y hallarán llama.

El alma me has robado,  
dame la tuya,  
que el ladrón es preciso  
que restituya.

Amores, amores tengo,  
no los quisiera tener,  
que un hombre se pone tonto  
en queriendo á una mujer.

Si supiera que en el mundo  
se vendían corazones,  
para mí comprara uno,  
porque el mío está en prisiones.

- Corazón enamorado,  
dime, ¿quién te enamoró?  
- Una niña de quince años  
que á dieciséis no llegó.

Una mora me enamora,  
una blanca me da pena,  
una descoloridita  
me tiene preso en cadena.

Una mora me enamora,  
y no es mora de nación;  
es mora porque ella mora  
dentro de mi corazón.

Una morena me mata,  
una rubia me hace el hoyo,  
y una muchacha de á quince  
me saca del purgatorio.

Dichoso es aquel que tiene  
amores en el lugar,  
que yo, que los tengo fuera,  
los tengo que ir á buscar.

Si porque te quiero, quieres  
que yo la muerte reciba,  
cúmplase tu voluntad:  
muera yo, porque otro viva.

No me mates con cuchillo,  
que tiene el acero fuerte,  
mátame con un suspiro  
y te perdono la muerte.

Para rey nació David,  
para sabio Salomón,  
para llorar Jeremías,  
y para quererte yo.

Todas las mañanas voy  
á la orillita del río  
á preguntar á sus aguas  
si han visto al cariño mío.

María del alma mía,  
imán de mi corazón,  
serafín de mi albedrío  
y norte de mi pasión.

María, tu enamorado  
ronda la calle á deshora,  
y de ver que tú no sales,  
gotitas de sangre llora.

Dame una rosa, María,  
y cógela con tu mano,  
porque me han dicho que tienes  
un rosalito temprano.

Bien de mi vida, María,  
consuelo de mi dolor,  
flor la más bella y más pura  
de un fragantísimo olor.

La sirena de la mar  
embelesa á quien la oye;  
también me embelesa á mí,  
María, tu dulce nombre.

Todas las aves del mundo  
nacieron para volar,  
y las manos de María  
para coser y bordar.

Hágame usted un San Joaquín  
que sea de plata fina,  
que la prenda que yo adoro  
también se llama Joaquina.

Tomaré una calavera  
y un Santo Cristo de estambre  
y me iré á hacer penitencia  
con Mariquita del Carmen.

San Antonio está en el cielo,  
eso no lo ignoro yo,  
y también está en la tierra  
la Antonia que adoro yo.

La estampa de San Antonio  
siempre la llevo en el pecho:  
cuando me acuerdo de Antonio,  
saco la estampa, y la beso.

San Antonio lleva el niño,  
Santo Domingo la estrella,  
y San Juan lleva la palma:  
entiéndame quien me entienda.

Por un Pepe diera un cuarto,  
por un Francisco un doblón,  
y por un Antonio diera  
alma, vida y corazón.

Mucho quiero á San Francisco,  
porque tiene cinco llagas;  
pero más te quiero á ti,  
porque Francisca te llamas.

Pescador soy, señora,  
que en la ribera  
tiendo al amor las redes  
para que muera;  
pero es el cuento  
que, trocadas las suertes,  
caigo yo dentro.

Vieron los ojos míos  
tu cara bella,  
y ahora la tal mirada  
cara me cuesta;  
pues dijo el alma:  
¡qué cara tan divina!  
pero ¡qué cara!

Si mil almas tuviera,  
te diera juntas:  
toma, pues no las tengo,  
mil veces una:  
que si lo adviertes,  
es más que las mil juntas  
una mil veces.

Ya sabes que estoy á gusto  
cuando te tengo á mi vera;  
las fatigas de Dios paso  
cuando te vas y me dejas.

Siéntate á la vera mía,  
siquiera por un minuto,  
y le darás á mi cuerpo  
ese ratillo de gusto.

Ya que no te puedo hablar  
ponte donde yo te vea;  
le daré gusto á mis ojos,  
ya que otra cosa no sea.

Vale más la bizarría  
del galán que me enamora,  
que toda la Andalucía  
y la vega de Carmona.

Muchos hay que no pueden  
decir sus penas,  
porque al querer decirlas  
se ahogan con ellas:  
y así las más  
no podrás comprenderlas,  
ni yo decirlas.

Cada vez que me miras  
y yo te miro,  
te digo con los ojos  
lo que no digo.  
Como no hallo  
que tú me correspondas,  
te miro y callo.

Con un sí de tus labios  
mi amor se paga:  
mira qué poco pido,  
dos letras, nada.  
Sé compasiva,  
que con un sí tan sólo  
me das la vida.

Toda mi vida estuviera  
preso en la cárcel de amor,  
siendo tú la carcelera  
y yo el alguacil mayor.

Si tu casa fuera cárcel,  
y tu cuarto calabozo,  
y tus brazos la cadena,  
yo prisionero gustoso.

Si tu casa fuera iglesia,  
y tu cuarto fuera altar,  
y tu cama sepultura,  
vivo me fuera á enterrar.

¡Quién tuviera un cordón de oro  
tan largo como esta calle,  
para sacar á una niña  
del dominio de su padre!

Envidia le tengo al oro  
que tienes en los zarcillos,  
porque siempre está tocando  
esos divinos carrillos.

¡Ay, quién fuera clavo de oro  
donde cuelgas el candil,  
para ver tus dos ojitos  
cuando te vas á dormir!

Aunque tu padre te meta  
debajo de los ladrillos,  
yo te tengo de sacar  
y me he de casar contigo.

Una paloma blanca  
como la nieve  
me ha picado en el alma,  
mucho me duele.

Acá dentro del pecho  
tengo un gusano,  
que me roe, me roe  
de cuando en cuando.

¿Para qué vas y vienes,  
doctor confuso,  
si el mal que á mí me aqueja  
no sale al pulso?

Sin vida tu amor me tiene,  
sin salud voy por la tierra:  
cuando la Muerte me busque,  
sin duda que no me encuentra.

Por ti no tengo camisa,  
por ti no tengo capote,  
por ti no he cantado misa,  
por ti no soy sacerdote.

Nacen en el campo flores,  
nace la perla en el mar,  
y tú naciste, bien mío,  
para hacerme á mí penar.

Tengo pena si te veo,  
y si no te veo, doble;  
no tengo más alegría  
que cuando escucho tu nombre.

Al peñón de la Gomera  
tu madre quiere llevarme  
porque te quiero de veras.  
¡Vaya unos motivos grandes!

Más veces de ti me acuerdo  
que hojas tienen los laureles,  
y botes un boticario,  
y un escribano papeles.

Tengo una pesadumbre  
que al alma llega:  
viva quien me la ha dado,  
aunque yo muera.

Todas las arañas negras  
que se salgan de sus nidos  
y piquen mi corazón,  
si mi querer es fingido.

Al principiar á amarte  
hice promesa  
de olvidar tus amores  
cuando fallezca.

Dos cosas en el mundo  
me harán perderte:  
si vivo, un desengaño;  
si no, la muerte.

No quisiera quererte  
con tanto extremo,  
y aun me parece poco  
lo que te quiero.

Hágame usted unos zapatos  
con el tacón que levante;  
que soy chiquita y no alcanzo  
á los brazos de mi amante.

Envidia tengo á la tierra,  
y también á los gusanos  
que te tienen que comer  
ese cuerpo tan gitano.

Quisiera ser poderoso  
y mantenerte en el aire,  
y ya que yo no te gozo,  
que no te gozara nadie.

Si yo fuera basilisco,  
con la vista te matara,  
y te sacara del mundo  
porque nadie te gozara.

Cuatro esquinas tiene el horno,  
cuatro la panadería,  
cuatro pilares la cama  
donde duerme el alma mía.

Las cortinas de tu cama  
son de seda y algodón,  
y entre cortina y cortina  
descansa mi corazón.

Átame con un cabello  
á los bancos de tu cama,  
que aunque el cabello se rompa,  
seguro está que me vaya.

Serrana, dile á tu madre  
que si te quiere vender,  
en la mano está el dinero  
y en la puerta el mercader.

Aunque nos vayan celando  
por balcones y ventanas,  
lograremos nuestro intento;  
no tengas pena por nada.

Me dicen que si te quiero,  
y yo digo que ni verte:  
es menester disimulo  
por el hablar de las gentes.

Más quisiera contigo  
vivir en guerra,  
que estar en paz con otra  
que me quisiera.

La primera clavellina  
que eche mi clavellinero  
se la tengo que poner  
á mi amante en el sombrero.

Ojos de blanca paloma,  
serafín idolatrado,  
benditas tus perfecciones,  
que me tienen hechizado.

Eres el sol que yo adoro  
y la luna que venero,  
eres cadena de amor  
que me tiene prisionero.

Las estrellas en el cielo  
están alumbrando á Dios,  
y tú, como eres mi estrella,  
alumbras mi corazón.

Toma esa rosa encarnada,  
ábrela, que está en capullo,  
y verás mi corazón  
abrazado con el tuyo.

Debajo de tu ventana  
me puse á atar una liga:  
quien bien ata, mal desata;  
quien bien quiere, tarde olvida.

Tengo yo una prima hermana  
y la quiero tanto y cuanto,  
que la he de llevar á Roma  
que la vea el Padre Santo.

Sobre gusto no hay disgusto:  
yo quiero á aquel caballero  
que está vestido de luto;  
que á mí me gusta lo negro.

Todos me dicen que adoro  
un clavel de mal color:  
diga el mundo lo que quiera,  
á mí me parece un sol.

Todo el mundo me da vaya  
porque quiero á un hombre chico;  
yo digo que por el *aire*  
se compran los abanicos.

Dicen que mi amante es feo:  
para mí es el sol dorado;  
en estando yo gustosa,  
todo el mundo está pagado.

Cuando yo estaba en prisiones,  
en lo que me divertía  
era en escribir tu nombre  
en los ladrillos que había.

Cuando voy á la besana,  
llevo los bueyes arando,  
con la mano en la manquera,  
y en ti, serrana, pensando.

Al que se muere lo entierran,  
dice un antiguo refrán;  
á mí, que por ti me muero,  
¿no me vendrán á enterrar?

Aunque padezca fatigas  
y sienta mi corazón,  
más quiero en ti la esperanza  
que en otra la posesión.

Si las estrellas del cielo  
todas se volvieran lanzas  
punta abajo para el suelo,  
no pierdo las esperanzas.

Ya te he dicho que no vayas  
á misa donde voy yo:  
ni tú rezas, ni yo rezo,  
ni estamos con devoción.

En mi alma manda Dios,  
en mi persona mis padres,  
pero en cuanto á mi gusto,  
en ese no manda nadie.

Mi padre y mi madre son  
dueños de lo que yo gano,  
pero de mi personita  
yo soy el único amo.

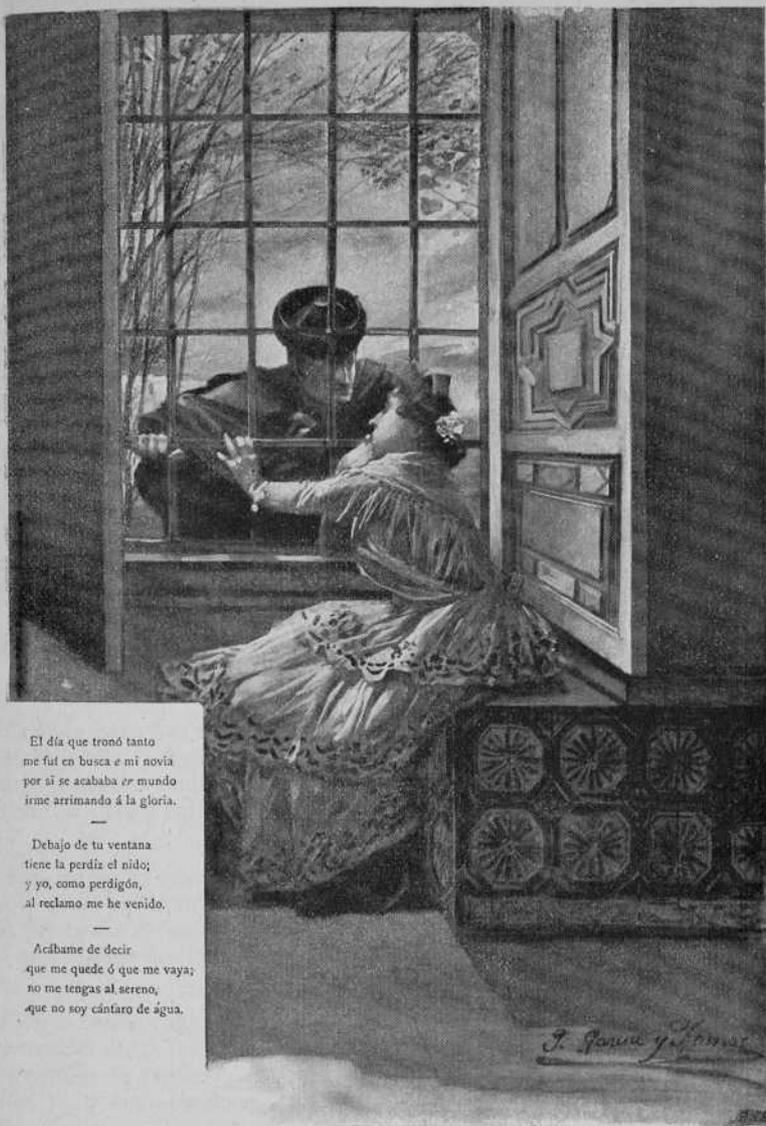
En el alma te tengo  
tan á lo vivo,  
que despierto soñando  
siempre contigo;  
y en despertando,  
me digo yo á mí mismo:  
vamos soñando.

Tu padre y tu madre dicen  
que no los dejo dormir;  
dentro de la casa tienen  
la que no me deja á mí.

Estoy durmiendo y soñando  
que estás á la vera mía;  
despierto, y me hallo sin ti:  
vuelvo á la misma fatiga.

Jamás pensé, vida mía,  
quererte como te quiero;  
cuando me voy á acostar,  
no puedo cuajar el sueño.

Las campanas de maitines  
todas las noches las cuento,  
y pensando en tu querer  
pierdo las horas del sueño.



El día que tronó tanto  
me fui en busca e mi novia  
por sí se acababa *er* mundo  
irme arrimando á la gloria.

—  
Debajo de tu ventana  
tiene la perdiz el nido;  
y yo, como perdigón,  
al reclamo me he venido.

—  
Acábase de decir  
que me quede ó que me vaya;  
no me tengas al sereno;  
que no soy cántaro de água.

J. García Ramos dibujó



¿Hasta cuándo, dueño mío,  
me tengo de estar así,  
las horitas de la noche  
pasándolas sin dormir?

Te quiero más que al vivir,  
más que á la tierra y al cielo,  
más que á mi padre y mi madre,  
y más quererte no puedo.

Ni tu padre, ni tu madre,  
ni los que vayan naciendo  
te pueden á ti querer  
como yo te estoy queriendo.

Ayer en misa mayor  
hice un pecado mortal:  
puse los ojos en ti  
y los quité del altar.

Soñé que me querías  
la otra mañana,  
y soñé al mismo tiempo  
que lo soñaba;  
que para un triste  
aun las dichas soñadas  
son imposibles.

Quando paso por tu puerta,  
si estás solilla, te hablo;  
si acompañadita estás,  
agacho la vista y callo.

Baja, niña, al cuarto bajo,  
hablaremos por la reja  
dos palabritas de amor,  
sin que lo sepa la vieja.

Con mi puro y mi guitarra  
me tendrás todas las noches  
al frente de tu ventana  
antes que suenen las doce.

Marinero, boga, boga,  
y que vuele la barquilla,  
que al otro lado del río  
me espera el bien de mi vida.

Quando te veo venir  
hasta el alma se me alegra;  
no te salgo á recibir  
por causa de malas lenguas.

Amor mío, ven temprano,  
no me vengas á deshora,  
que la vecina de enfrente  
es algo murmuradora.

Ahí tienes mi corazón,  
ábrelo con esa llave,  
y verás como allí dentro  
sola tu persona cabe.

En mi casa me dicen  
que si te quiero;  
yo digo que ni verte...  
¿quando no puedo!

Al cavar mi sepultura,  
hallarán mi corazón  
con cien cadenas atado  
como si fuera un ladrón.

Como triste mariposa  
camino de noche y día  
hasta que los cielos quieran  
que te publiquen por mía.

La luna se ha parado  
en su carrera,  
admirada de verte  
tan hechicera.

Pasionera, pasionera,  
disimula tu pasión,  
como yo la disimulo  
dentro de mi corazón.

Mucho te quiero callando,  
y tu callar agradezco,  
que para un firme querer  
no hay cosa como el silencio.

Quando paso por tu puerta  
y me miras con desprecio,  
me dejas la sangre helada  
y el corazón sin consuelo.

Ya sé que por mi querer  
tus padres te dan pesares;  
quédate con Dios, perлита,  
no quiero que tú lo pagues.

Quisiera que Dios me diera  
un olvidar cariñoso,  
que te pudiera olvidar  
y tú quedaras gustoso.

Toma allá mi corazón,  
échalo en esa candela;  
mas no agarres las cenizas,  
que te has de quemar con ellas.

Ahí tienes mi corazón  
entre dos flechas metido,  
y para mayor dolor,  
entre cadenas y grillos.

¡Quién fuera fino coral,  
perla de tu gargantilla,  
de tu cintura clavete,  
de tu zapato la hebilla!

¡Qué consuelo y qué dulzura  
será tenerte á mi lado!  
¿Cuándo llegará ese día  
para mí tan deseado?

¿Cuándo querrán Dios del cielo  
y la Virgen de allá arriba  
que te coja de la mano  
y diga: Esta prenda es mía?

Cuando paso por tu vera  
y me rozas el vestido,  
hasta los huesos me tiemblan.

El retrato de mi amante  
lo llevo siempre en el pecho:  
cuando no está junto á mí,  
saco el retrato y lo beso.

Con esa gorrita negra  
me pareces un ladrón,  
que aunque no robas á nadie,  
me robas el corazón.

Si me volviera paloma,  
¡qué gustosa que quedara!  
Dentro de tu corazón,  
allí mi nido formara.

Tengo pleito con mi madre;  
si no lo gano, me muero,  
porque quiere que me case  
con uno que yo no quiero.

El sentido se me pierde,  
cuando con ella platico,  
en ver que tengo una novia  
cantadora y con buen pico.

Yo no sabía querer,  
dueño de mi corazón,  
y contigo me enseñé:  
ya te puedo dar lección.

Si se pudiera escribir  
lo que te quiero, morena,  
no habría papel bastante  
en el reino de Valencia.

Si la mar fuera de tinta  
y de papel fuera el cielo,  
no te pudiera escribir  
lo mucho que yo te quiero.

Es tanto lo que te quiero,  
y lo que te quiero es tanto,  
que el día que no te veo  
no le rezo á ningún santo.

Aunque te subas al cielo  
y te sientes junto á Dios,  
no te han de querer los santos  
como á ti te quiero yo.

Aunque te subas al cielo  
y te escondas en las nubes,  
te tengo de conocer  
por el amor que te tuve.

Si te veo, me aturullo,  
y si en la calle te encuentro,  
hace un movimiento el alma  
para salirse del cuerpo.

Cuando te encuentro en la calle,  
el sentido se me quita  
y me agarro á las paredes  
hasta perderte de vista.

Si me quieres ver morir  
sin calentura y sin mal,  
no tienes más que decir  
que me quieres olvidar.

Anoche soñé un ensueño,  
y en el ensueño soñé  
qué me habías olvidado.  
¡Si vieras cuánto lloré!

Compañerita del alma,  
el sueño no me alimenta:  
duermo soñando contigo,  
y tu querer me despierta.

Si en tu cara sintieres  
un aire frío,  
son suspiros del alma  
que yo te envío:  
porque en mi cuarto  
suspirando y gimiendo  
paso los ratos.

No quiero que te vayas,  
ni que te quedes,  
ni que me dejes sola,  
ni que me lleves.  
Quiero tan sólo...,  
pero no quiero nada,  
lo quiero todo.

Por tus hermosos ojos  
juró la suerte  
que á unos daría vida  
y á otros la muerte;  
¡mas quién creyera  
que quien por ellos vive,  
por ellos muera!

Quisiera verte, bien mío,  
treinta días cada mes,  
siete días en semana,  
cada minuto una vez.

Fatigas me dan de muerte  
en no viéndote en un día;  
si no te viera en un año,  
pienso que me moriría.

El día que no te veo,  
tengo yo mi corazón  
como un jardín sin recreo,  
como una flor sin olor.

¡Válgame Dios, Padre Adán,  
lo que quiero á esta mujer!  
El día que no la veo  
la retrato en la pared.

¡Si supieras cómo estoy  
el día que no te veo!  
Ni mis ojos tienen luz,  
ni mi corazón consuelo.

Como barquillo en el mar,  
que va pegando vaivenes,  
se queda mi corazón  
cuando te vas y no vienes.

Cuando paso y te miro  
á la ventana,  
me parece que asoma  
ya la mañana.  
Te miro, y luego  
á la luz de tus ojos  
me quedo ciego.

Confesé con un fraile,  
¡qué bueno era!,  
me echó por penitencia  
que te quisiera;  
y yo te quise,  
porque las penitencias  
deben cumplirse.

El confesor me ha dicho  
que no te quiera,  
y yo le dije: «Padre,  
¡si usted la viera!..»  
Después me ha dicho:  
«Haces bien en quererla,  
que ya la he visto.»

Si me acuesto, pienso en ti;  
 si me levanto, en ti pienso;  
 te quisiera preguntar  
 si te pasa á ti lo *mesmo*.

—  
 Por tus querereros serrana,  
 me voy quedando en la espina;  
 estoy que me lleva el viento  
 al revolver de una esquina.

—  
 Si me encuentras en la calle  
 no me debes conocer,  
 que estoy hecho un esqueleto  
 de pensar en tu querer.

—  
 Como el panal de la cera  
 tengo yo mi propia carne,  
 que me ha puesto tu querer  
 que no me conoce nadie.

—  
 Suspiritos menuditos  
 salen de mi pecho triste,  
 y se meten en el tuyo  
 como granitos de alpiste.

—  
 No me mires, que miran  
 que nos miramos,  
 miremos la manera  
 de no mirarnos;  
 no nos miremos,  
 y, cuando no nos miren,  
 nos miraremos.

—  
 Con los ojos del alma  
 te estoy mirando,  
 y con los de la cara  
 disimulando:  
 que este es el modo  
 de que nuestro cariño  
 se oculte á todos.

Así como el muchacho  
 que cuando salta,  
 cuanto más se retira,  
 mejor avanza;  
 del mismo modo,  
 si me retiro, vuelvo  
 más animoso.

—  
 La luna solitaria  
 brilla en el cielo,  
 como de amor la llama  
 arde en mi pecho.  
 La diferencia  
 es que la luna pasa  
 y el amor queda.

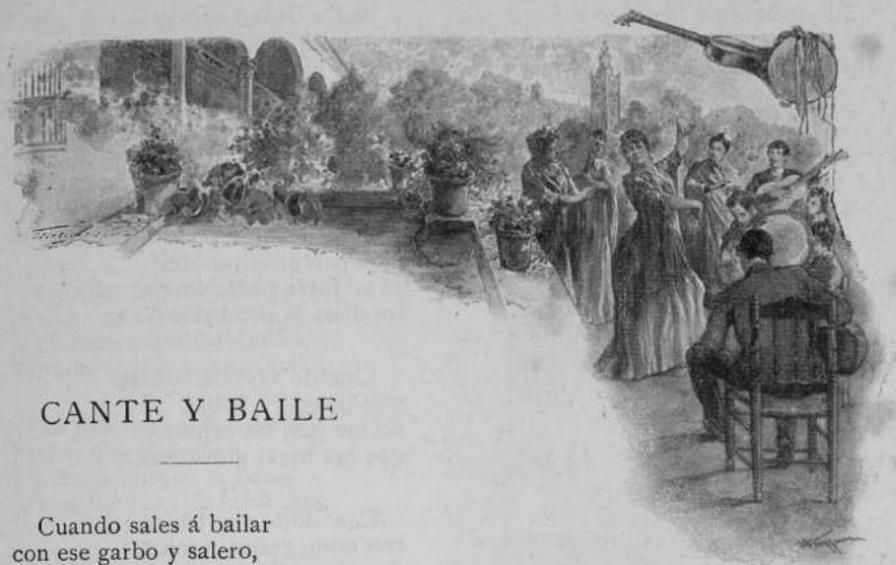
—  
 Si se muere el novio mío,  
 yo me acostaré en su tumba  
 para que no tenga frío.

—  
 Permita Dios de los cielos  
 que te vuelvas á acordar  
 de la que te quiere tanto  
 como los peces al mar.

—  
 De los huesos de mi cuerpo  
 tengo de hacer una cruz  
 y me he de enclavar en ella  
 pidiendo por tu salud.

—  
 Me han dicho que estás malita,  
 chiquilla, y que ya te has muerto:  
 yo te resucitaré  
 con el calor de mi cuerpo.

—  
 Alma y vida te rendí,  
 y todo por adorarte:  
 ¿qué quieres pedirme á mí  
 si ya no tengo qué darte?



## CANTE Y BAILE

—  
Cuando sales á bailar  
con ese garbo y salero,  
una campana de plata  
pareces de pie en el suelo.

—  
La madre que te parió  
bien podía parir otra:  
la una para el que canta,  
la otra para el que toca.

—  
La blanca es rayo de luna  
y la morena de sol:  
quiero luz de noche y día  
y me quedo con las dos.

—  
¿Cómo quieres que tenga  
gusto en el cante,  
si la prenda que adoro  
no está delante?

—  
Esta guitarra que toco  
me sirva de sepultura  
si á otra quiero más que á ti,  
después de la Virgen pura.

—  
Quiero cantar ahora  
que tengo gana,  
por si acaso me toca  
llorar mañana.

—  
El cantar es muy propio  
de los alegres,  
y el que canta tristezas  
ya las divierte.

—  
Aunque canto á lo gitano,  
no soy gitanillo yo;  
mas de andar con los gitanos  
el canto se me pegó.

—  
En la montaña de Jaca  
me acordé de ti, salero,  
porque me faltó la sal  
cuando estaba de ranchero.

—  
La guitarra es de caoba  
y las cuerdas de marfil:  
el que la toca es un ángel,  
la que baila un serafín.

—  
¡Atención, que ha salido  
la reina á bailar!  
¡Qué hermoso cuerpo tiene  
su real majestad!

El mocito que baila  
bien puede decir  
que baila con la reina  
sin ir á Madrid.

Ya está puesta en el baile  
la que no quiere  
que le digan la reina  
de las mujeres;  
y yo le digo:  
«Reina de las mujeres,  
baila conmigo.»

Tienes un baile tan chulo  
y una vuelta tan galana,  
que dejas en ese suelo  
pintadita una campana.

A la que está bailando  
echadle rosas,  
porque se lo merece  
por buena moza.

Zapatéate, serrana,  
hazte ese cuerpo pedazos;  
que si no tienes dinero,  
yo te mercaré zapatos.

Pulido bailadorcito,  
átate los alpargates,  
no vayas á tropezar  
y á esa niña me la mates.

Bailad, muchachas, bailad  
y romped muchos zapatos,  
que mañana os casaréis  
y lavaréis muchos trapos.

La guitarra lo dice,  
yo no lo digo,  
los dos que están bailando  
lo han entendido.

Si no fuera mi prima  
la que bailara,  
no fuera mi boquita  
la que cantara.

Señor bailadorcito,  
mire usted al hoyo,  
que la niña que baila  
tiene su novio;  
mire usted al suelo,  
que la niña que baila  
ya tiene dueño.

Esos dos que están bailando,  
¡qué parejitos que son!  
Si yo fuera padre cura,  
les diera la bendición.

Cuando vayas á la fiesta  
y te pongas á bailar,  
no me seas retrechera,  
que me harás prevaricar.

Cuando te veo bailar  
con tanta gracia y salero,  
digo: ¿Quién se llevará  
ese cuerpo sandunguero?

Con ese andar tan ligero  
y ese modo de bailar  
has revuelto á los mozuelos  
de todito este lugar.

Cuando sales á bailar  
con los brazos extendidos,  
pareces águila real  
cuando sale de su nido.

¡Válgame Dios, qué serena  
es usted para bailar!  
Si para todo es lo mismo,  
¡vaya una serenidad!

Pulido bailadorcito,  
báilala bien, que es mi hermana,  
y si no la bailas bien,  
saldrá su hermano á bailarla.

¿Qué tiene ese bailador  
que no menea los brazos  
y parece un avión  
que le han dado taramazo?

Esa señora que baila  
se parece á San Miguel,  
y el bailador que la baila  
al que está debajo de él.

La niña que está bailando  
me la comiera yo solo,  
y al bailador que la baila  
que se lo coman los lobos.

La niña que está bailando  
parece una altramucera.  
¡Altramuces dulces, dulces!  
Serrana, ¡quién te comiera!

La niña que está bailando  
parece una clavellina,  
y el bailador que la baila  
parece un Juan de las Viñas.

Dicen que la reina ha muerto:  
todos dicen que es verdad,  
y yo digo que es mentira,  
porque ha salido á bailar.

La bailadora es la luna,  
el bailador es el sol;  
á los rayos de la luna  
me voy arrimando yo.

Ya salió mi niña al baile,  
ya salió la resalada,  
ya salió la que me tiene  
todita el alma robada.

Entran en esta fiesta  
cuatro figuras:  
uno canta, dos bailan  
y otro murmura.

Cuerpo bueno con sandunga,  
menéate poco á poco,  
que los bienes de fortuna  
cuestan mucho y duran poco.

Jaléate, cuerpo bueno,  
que te vas aniquilando  
con la calor del invierno  
y los fríos del verano.

La niña que está bailando  
parece un pimpollo de oro:  
pregúntale, compañero,  
si es casada ó tiene novio.



Un clavel y una rosa  
están bailando;  
la rosa es encarnada  
y el clavel blanco:  
porque la rosa  
cuanto más encarnada,  
es más hermosa.

La dama que está bailando  
se parece á Santa Rita,  
y el galán que está cantando  
ermitaño de su ermita.

Tengo mi pecho de coplas  
que parece un avispero:  
se empujan unas á otras  
por ver cuál sale primero.

Si quieres saber coplas,  
 vente á mi pecho,  
 que se ha vuelto poeta  
 mi pensamiento.

Si estuviera cantando  
 una semana,  
 una copla dos veces  
 no la cantara.

La guitarra sin la prima  
 es como un hijo sin madre:  
 todo el día se le va  
 suspirando y dando ayes.

La guitarra que toco  
 no tiene prima,  
 mas tiene los bordones  
 de plata fina.

¡Qué voces tan cariñosas  
 son las que escucho cantar!  
 ¿Son los ángeles del cielo  
 ó las sirenas del mar?

La primera por el amo,  
 la segunda por la dueña,  
 tercera por la criada,  
 que es la que á mí me da pena.

Aunque no canta, aquí viene,  
 salada, tu enamorado;  
 aunque no canta, aquí viene,  
 aquí le tengo á mi lado.

Tengo que morir cantando,  
 ya que llorando nací;  
 que las penas de este mundo  
 no todas son para mí.

Si supiera que cantando  
 daba gusto á mi morena,  
 toda la noche cantara  
 y á la mañana durmiera.

Despierta, calandria hermosa,  
 que en tu puerta hay un jilguero,  
 en tu garganta una rosa  
 y en tu pecho un prisionero.

Ya sé que estás en la cama;  
 ya sé que no duermes, no;  
 ya sé que estás escuchando  
 las coplas que canto yo.

Asómate á esa ventana,  
 niña, si quieres oír  
 las coplas de un firme amante,  
 que las canta un serafín.

Asómate á esa ventana,  
 bella dama, y te veremos,  
 y con la luz de tus ojos  
 la vihuela templaremos.

Asómate á esa ventana,  
 cara de piñón de oro:  
 quiero encender un cigarro  
 en las niñas de tus ojos.

Asómate á esa ventana,  
 hermosísima diadema,  
 que aunque está la noche oscura,  
 tú de claridad la llenas.

Canta tú y cantaré yo,  
 pajarito en verde rama;  
 canta tú y cantaré yo,  
 cante quien amores ama.

Para cantar quiere gana,  
 para bailar quiere brío,  
 para tocar la guitarra  
 quiere tener buen oído.

Las cuerdas de mi vihuela  
 yo te diré cuántas son:  
 prima, segunda, tercera,  
 cuarta, quinta y el bordón.

Si la gracia me ayudara  
 como me ayuda el deseo,  
 á todo el mundo agradara;  
 pero sin gracia no puedo.

Seguidillas manchegas  
 son las que canto,  
 porque las de mi tierra  
 no valen tanto.

Ninguno, por cantar bien,  
hable mal de aquel que canta;  
unos cantan lo que saben,  
y otros saben lo que cantan.

Esta noche ha de llover,  
que esté raso, que esté nublado;  
han de llover buenos palos  
en las costillas de alguno.

Compañero, canta, canta,  
y no le temas á nadie,  
que en la punta de mi espada  
traigo á la Virgen del Carmen.

Canta, compañero, canta,  
no temas á los miñones;  
si no tienes corazón,  
yo tengo corazón doble.

Canta, compañero, canta,  
y no le temas á nadie,  
porque nunca se han escrito  
valentías de un cobarde.

El mozo que está cantando  
no tiene pelo de barba;  
pero si se ofrece un lance,  
tiene pelos en el alma.

Corre, que viene la ronda  
y comienza el tiroteo;  
yo no lo siento por mí,  
sino por mi compañero.

Cuatro chavales venimos,  
todos sin pelo de barba;  
y si hay alguno valiente,  
que salga por la guitarra.

Voy á cantar las coplas  
que me han mandado,  
que no quiero que digan:  
malo y rogado.

Esta noche, si Dios quiere,  
yo me voy á divertir  
con licencia del alcalde  
y de la guardia civil.

Gracias á Dios que he llegado  
donde no pensé llegar:  
á darte las buenas noches,  
paloma, en tu palomar.

Gracias á Dios que he llegado  
al palacio donde habita  
esta paloma zurita,  
desvelo de mi cuidado.

Asómate á la ventana,  
á la que da sobre el río,  
manejo de clavellinas  
cogidas con el rocío.

Asómate á esa ventana,  
si te quieres asomar;  
ten cuidado no te rompas  
ese pecho de cristal.

Asómate á esa ventana,  
hermosura de la tierra,  
y verás en el instante  
al sol parar su carrera.

El galán que aquí cantare  
á la puerta de esta dama,  
alce un poquito la voz,  
porque está lejos la cama.

A mí me tocó la suerte,  
como mejor director,  
de venir á despertar  
del barrio la mejor flor.

Si supiera, vida mía,  
que me estabas escuchando,  
toda la noche estaría  
como un ruseñor cantando.

Coplillas y más coplillas,  
coplillas he de cantar,  
porque tengo un arca llena  
y un costal por desatar.

En el campo nada importa  
cantar bien ó cantar mal;  
mas llegando donde hay gente,  
cantar bien ó no cantar.

La luna para salir  
le pide al cielo licencia,  
y para cantar yo aquí  
la pido con reverencia.

Á la puerta de mi novia  
mi compañero cantó;  
á la puerta de la suya  
es razón que cante yo.

Si quieres saber, hermosa,  
quién te ha venido á cantar,  
un mocito aragonés  
que te tiene voluntad.

Si tuviera el pecho claro,  
te cantara la rondeña;  
pero como no lo tengo,  
te canto la malagueña.

Aquí me tienes penando,  
dueño de mi corazón,  
pues vengo de contrabando  
y no puedo alzar la voz.

Ahora sí que canto claro,  
que he tomado caramelo,  
que me lo dió una gitana  
con muchísimo salero.

Asómate á esa ventana,  
cara de luna redonda,  
lucero de la mañana  
y espejo de quien te ronda.

Asómate á esa ventana,  
cara de luna brillante,  
que aunque yo no te pretendo,  
conmigo viene tu amante.

La luna se va, se va,  
déjela usted que se vaya:  
la luna que á mí me alumbrá  
está en aquella ventana.

Asómate á ese balcón,  
asómate, luz divina,  
verás con tu resplandor  
tu amante que está en la esquina.

Asómate á esa ventana,  
si te quieres asomar,  
verás tu calle barrida  
con la capa de un galán.

Asómate á esa ventana,  
cara de limón florido,  
y échale una bendición  
al que ha de ser tu marido.

Asómate á ese balcón,  
y si no, á la ventanilla,  
y si no tienes ventana,  
á la puerta, vida mía.

Yo no canto porque sé,  
ni porque escuchen mi voz;  
canto porque no se junte  
la pena con el dolor.

No canto porque me escuchen,  
ni tampoco porque sé;  
canto porque soy mandado  
y es preciso obedecer.

Por la calle abajo viene  
una guitarra de plata,  
y la prima va diciendo:  
«Una morena me mata.»

La guitarra es de marfil,  
de oro las cuerdas y el puente,  
y el tañedor que la tañe,  
salada, tu pretendiente.

Dame de tu pelo rubio  
cuerdas para mi vihuela,  
que se me ha roto la prima,  
cuarta, segunda y tercera.

¿A qué vienen al baile  
tantos mirones?  
Bailan mozas con mozas  
por falta de hombres.

Con esta copla y otra  
se acaba el baile:  
por la puerta, señores,  
se va á la calle.



## DESPEDIDA

---

Desde la Cruz de la Legua  
volví la cara llorando.  
¡Adiós, Málaga la bella,  
qué lejos te vas quedando!

---

Adiós, quédate con Dios;  
adiós, que el cielo te guarde:  
una estrella que te guíe  
y un ángel que te acompañe.

---

Dicen que nada cuesta  
la despedida.  
Dile al que te lo ha dicho  
que se despida.

---

Quédate con Dios, salada;  
mucho me duele el dejarte;  
pero también considero  
que siempre no puedo hablarte.

---

Dame un besito, y adiós,  
salero, vete á la cama,  
que no quiero que por mí  
pases frío en la ventana.

---

Quédate con Dios, ventana,  
y dile á la que te cierra  
que si se acuerda de mí  
como yo me acuerdo de ella.

---

Niña, de ti me despido,  
que viene la luz del día  
y no quiero ver más sol  
que el que me quita la vida.

Gracias á Dios que he llegado  
á tu puerta, bella Aurora,  
que me parece que he echado  
en cada paso una hora.

---

Gracias á Dios que he llegado,  
gracias á Dios que llegué,  
gracias á Dios que he cantado,  
gracias á Dios que canté.

---

Ya sé que estás en tu cama,  
ya sé que no duermes, no;  
ya sé que estás escuchando  
las coplas que canto yo.

---

Ya sé que estás en camisa  
tras la ventana escuchando  
y en un papel escribiendo  
las coplas que estoy cantando.

---

Despiértate, noble dama;  
despiértate, hermosa niña:  
la dama que tiene amores  
no debe de estar dormida.

---

Despierta, calandria hermosa,  
que en tu puerta hay un jilguero,  
en tu garganta una rosa  
y en tu pecho un prisionero.

Despierta si estás dormida,  
vuélvete del otro lado,  
dale un beso á la almohada,  
piensa que á mí me lo has dado.

Ya tú me habrás conocido  
en el eco de mi voz  
y dirás desde la cama:  
Ese que canta es mi amor.

No se asombre usted, señora:  
un soldado es el que canta,  
con el pan de munición  
tiene seca la garganta.

Gracias á Dios que he llegado  
á la luz de ese farol  
para quitarme una espina  
que traigo en el corazón.

Si supiera que cantando  
te había de divertir,  
toda la noche cantara  
aunque perdiera el dormir.

Despierta, doncella hermosa,  
de ese sueño tan profundo,  
que no es razón que tú duermas  
y yo pene por el mundo.

Quien la música ha traído  
no está aquí ni viene aquí,  
pero está tan retirado  
como la ropa de mí.

La luna para salir  
le pide licencia al cielo,  
y para cantar aquí  
licencia pido primero.

Por ser la primera vez  
que á tu puerta, niña, canto,  
sea en el nombre de Dios  
y del Espíritu Santo.

A tu puerta estamos cuatro,  
todos cuatro te queremos;  
sal á la puerta y escoge  
y los demás nos iremos.

Dios te dé muy buenas noches,  
hermosísimo lucero,  
en teniéndolas tú buenas,  
yo muy felices las tengo.

Cansado de correr vengo  
con la mano en la montera  
por ver si podía ser  
mi coplita la primera.

Aunque me voy, no me voy;  
aunque me voy, no me ausento;  
aunque me voy de palabra,  
no me voy de pensamiento.

Me despido de tu puerta  
como el sol de las paredes,  
que por las tardes se va  
y por las mañanas vuelve.

Adiós, corazón amado;  
adiós, palma de hermosura;  
adiós, clavel; adiós, rosa;  
adiós, hermosa pintura.

Adiós, dueño de mi vida;  
adiós, hechizo del alma;  
adiós, norte de mi amor;  
adiós, mar de mi esperanza.

Con esta copla, señores,  
de mi niña me despido;  
que mi madre ya dirá:  
¿Dónde estará ese perdido?

Señores, *ustés* perdonen  
de lo poco y mal cantado,  
que soy del oficio nuevo  
y no estoy examinado.

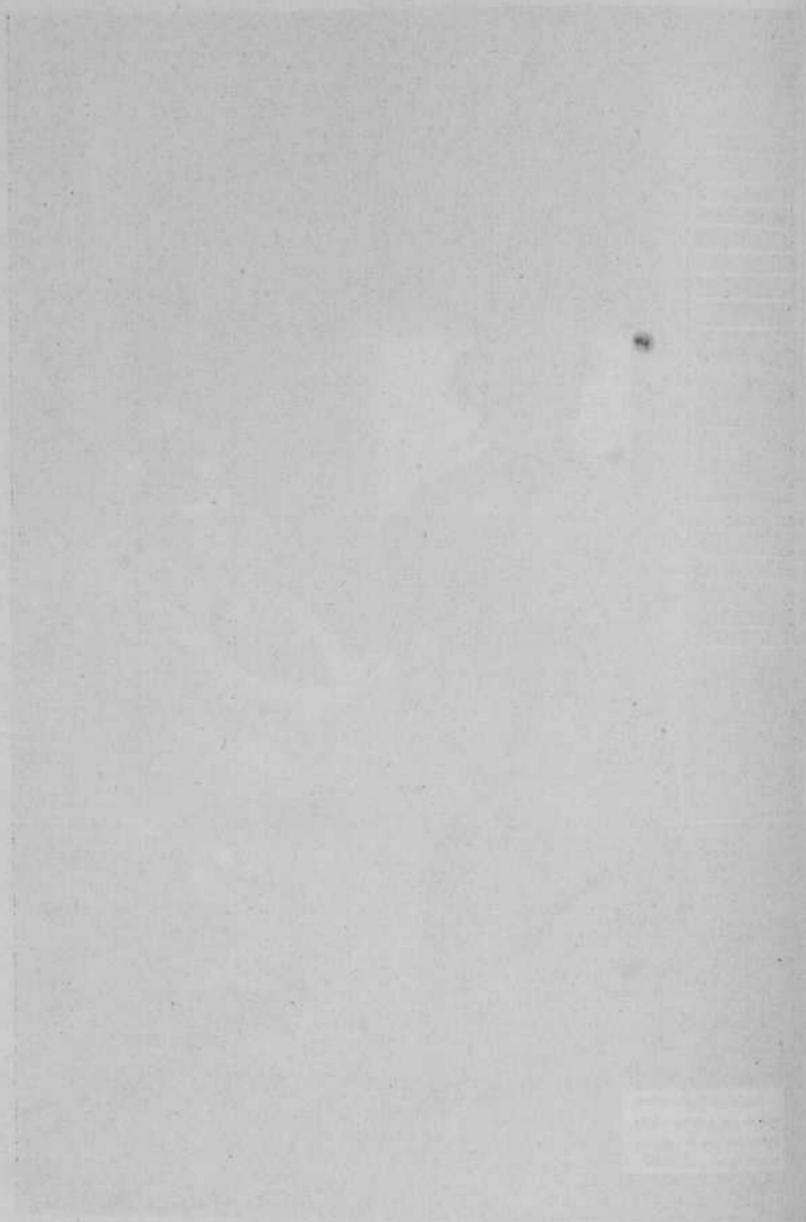
A la gente de esta casa  
Dios les dé salud y vida,  
trigo para todo el año:  
¡esta sí que es despedida!

Del cielo bajará un ángel  
con una cruz en la mano,  
á acompañar á esta niña,  
porque nosotros nos vamos.



Nunca me digas adiós,  
que es una palabra triste;  
corazones que se quieren,  
nunca deben despedirse.

J. García Ramos dibujó



Adiós, adiós, que me voy  
y no me quisiera ir;  
dame los brazos del alma,  
que me vengo á despedir.

Tengo yo mi corazón  
como el de San Agustín,  
llorando gotas de sangre  
porque me aparto de ti.



Dos amantes se despiden  
al pie de una verde oliva;  
como la oliva es amarga,  
amarga es la despedida.

Llorando me dejás  
al claro de luna:  
por dondequiera que el cielo te guíe  
Dios te dé fortuna.

Adiós, puente de Tudela,  
ya se van los cazadores;  
por debajo pasa el agua,  
por encima mis amores.

Ya se van los quintos, madre,  
por la puerta de Alcalá;  
ya se van, madre, los quintos:  
¿sabe Dios si volverán!

¡Ay, mal haya mi fortuna  
y también mi mala suerte!  
que el galán que yo idolatro  
quieren que de mí se ausente.

Mi corazón pena y muere  
en diciendo que te vas;  
para que tanto no pene,  
dime cuándo volverás.

Vámonos, compañeritos,  
que las cabrillas van altas,  
y la luz del día viene  
descubriendo nuestras faltas.

Adiós, dueño querido,  
prenda adorada,  
que aunque de ti me ausento,  
vas en el alma.

Anda, vete, que es tarde,  
moreno mío,  
ya sabes con la pena  
que te lo digo.

En los clavos de tu puerta  
se queda mi corazón;  
levántate tempranito,  
no te lo marchite el sol.

La despedida te echo,  
no te la quisiera echar:  
con lágrimas de mis ojos  
queda regado el umbral.

Lo último que se pierde  
es la esperanza,  
y este débil consuelo  
á mí me falta,  
porque me ausento  
para nunca más verte,  
querido dueño.

La luna se va á poner,  
ya hacen sombra los tejados:  
¿cómo me despediré  
de estos claveles dorados?

Echemos la despedida  
al uso de mi lugar:  
más vale poquito y bueno,  
que no mucho y enfadar.

Echemos la despedida,  
echémosla muy corteses,  
que es hija de buenos padres  
y ella bien se lo merece.

Te echaré la despedida  
de rositas y claveles,  
y un ramito de albahaca  
para que de mí te acuerdes.

Si tuviera una naranja,  
contigo la partiría;  
pero como no la tengo,  
te canto la despedida.

Ahí te va la despedida  
con corona, ramo y palma;  
esta sí que es despedida  
de dos amantes del alma.

Mis amiguitos me dicen  
que no me sé despedir:  
adiós, clavel; adiós, rosa;  
adiós, precioso jazmín.

La despedida te doy,  
la despedida, y no puedo,  
que despedirme de ti  
es despedirme del cielo.

Adiós, vida de mi vida;  
adiós, corazón amado;  
adiós, que me voy sin verte,  
porque la ausencia ha llegado.

Adiós, adorada prenda,  
que me vengo á despedir  
y las piedras se quebrantan  
al ausentarme de ti.

El que quiera ver dolores  
vaya á la orilla del mar  
y verá dos corazones  
que se quieren separar.

De todas las despedidas  
es la mía la mejor,  
porque ninguno te ha dicho:  
«Queda con Dios, blanca flor.»

De todas las despedidas  
es la mía la más alta:  
adiós, clavel; adiós, rosa;  
adiós, mata de albahaca.

Quédate con Dios, salada:  
tú te quedas, yo me voy;  
el aire que entre en tu cuarto  
son suspiros que yo doy.

Nunca me digas adiós,  
que es una palabra triste:  
corazones que se aman,  
nunca deben despedirse.

Adiós, mi adorado bien,  
no me olvides por tu vida,  
que yo no te olvidaré  
si la muerte no me priva.

Adiós, mi estrella y mi gloria:  
no pongas en mi lugar  
otro galán en memoria,  
ni me llegues á olvidar.

¡Cuántas veces, vida mía,  
te asomará al balcón  
y te quitarás llorando  
de ver que no paso yo!

Dicen que te vas mañana;  
no te vayas hasta el martes,  
que tiene mi corazón  
muchos consejos que darte.

El sábado es esperanza,  
el domingo es alegría;  
mas el lunes es tristeza,  
pues se va la prenda mía.

Dicen que te vas el lunes;  
vente á mi puerta á embarcar,  
mis brazos serán los remos  
y mis lágrimas el mar.

Dicen que te vas, te vas,  
y muy pronto, dueño mío;  
mira, no bebas el agua  
de la fuente del Olvido.

---

No estaré jamás sin ti;  
que sólo podrá el rigor  
separarte de mis ojos,  
mas no de mi corazón.

---

Lucero de la mañana,  
préstame tu claridad  
para seguirle los pasos  
á mi amor, que se me va.

---

Echemos la despedida,  
echémosla con dolor:  
en los hierros de tu reja  
se queda mi corazón.

---

Echemos la despedida  
al uso de caballeros,  
con el sombrero en la mano:  
quede usted con Dios, salero.

---

Echemos la despedida  
al uso de Barcelona:  
la madre que te parió  
merece palma y corona.

---

Te echaré la despedida,  
como hacen los carreteros,  
con la zurriaga en la mano:  
quédate con Dios, salero.

---

Echemos la despedida  
con un ramito de nueces,  
que la música no ha sido  
como tú te la mereces.

---

La despedida te doy,  
la despedida voy dando:  
esta sí que es despedida,  
que me despido cantando.

---

Precipicio cauteloso,  
mañana voy de partida:  
si la ausencia causa muerte,  
¡qué corta será mi vida!

---

Amor mío, si te vas,  
en tu ausencia yo me muero;  
cuando vuelvas me hallarás  
muerto y sin tener consuelo.

---

Si de tu ausencia no muero,  
y con ella he de morir,  
digan que soy en el mundo  
la mujer más infeliz.

---

Si oyes que tocan á muerto,  
no preguntes quién murió;  
porque, ausente de tu vista,  
¿quién puede ser sino yo?

---

Por en medio de esos mares  
me voy á buscar la vida;  
acuérdate, si no vuelvo,  
de quien tanto te quería.

---





## AUSENCIA

---

Todas las horas del día  
le estoy pidiendo á Jesús  
que por su pasión y muerte  
me lleve donde estás tú.

---

De una hierba me han hablado  
que cura males de ausencia:  
no quiero hierbas ni flores,  
que lo que quiero es que vuelvas.

---

Que me matas, que me matas,  
que me muero, que me muero,  
con tu ausencia, con tu ausencia,  
sin remedio, sin remedio,

---

Disputaban dos sabios  
cual es más muerte,  
si ser aborrecido  
ó estar ausente.

---

El que se va se divierte  
con las flores del camino:  
y el que queda va diciendo:  
«¿Dónde estará el peregrino?»

---

La penilla de no verte  
me tiene sobre la arena:  
cuando no me he muerto yo,  
nadie se muere de pena.

---

Para el dolor de un ausente  
no hay alivio ni consuelo,  
porque tiene cerca el daño  
y muy lejos el remedio.

Si supieras caminar,  
corazón, te enviaría  
á que fueras á trocar  
tristezas por alegrías.

---

Un sabio, que de ausencia  
penaba, dijo:  
«No encuentro entre lo humano  
mayor martirio.»

---

Cuando se arranca una rama  
el tronco siente dolor,  
las raíces lloran sangre,  
de luto viste la flor.

---

En la ausencia se prueba  
lo que es cariño,  
que aunque un siglo se pase  
dura lo fino.

---

Dicen que el águila real  
pasa volando los mares.  
¡Ay, quién pudiera volar  
como las águilas reales!

Más siento la ausencia tuya  
que la muerte de mi padre:  
por mi padre no lloré,  
por ti mis ojos son mares.

Pájaro que vas volando  
por cima de aquel convento,  
toma, llévale estas letras  
á mi amor que está allí dentro.

Tomé papel, tinta y pluma  
para escribirte amoroso,  
y en el primer renglón puse:  
«Vuela, papel venturoso.»

Vuela, papel venturoso,  
que á manos de un ángel vas:  
no digas que yo te envió,  
sino que solo tú vas.

Le agarré la mano  
y la llevé al muelle:  
¡que las olitas del mar la acompañen!  
¡que Dios la consuele!

Para placeres tu amor,  
para dichas tu presencia,  
para tormento tus celos  
y para muerte tu ausencia.

¡Quién estuviera tan alta  
como la estrella del Norte  
para ver lo que está haciendo  
mi morenito esta noche!

Pensamiento que vuelas  
más que las aves  
llévale este suspiro  
á quien ya sabes:  
sé mensajero  
y dime si suspira  
también su pecho.

Ausente estoy de tu vista,  
mis ojos ya no te ven,  
mi corazón se marchita  
de pensar en tu querer.

Ni veo, ni respiro,  
ni oigo ni siento,  
como que está sin alma  
todo mi cuerpo;  
y ello depende  
de ser la ausencia ensayo  
para la muerte.

Sacan un pez del agua  
y al punto es muerto,  
porque lo han separado  
de su elemento:  
yo soy lo mismo  
así que me separan  
de mi cariño.

¿Qué he de hacer sin tu vista,  
triste y ausente,  
si estaré todo el día  
siente que siente,  
y hasta que muera  
estará el pecho mío  
pena que pena?

Aunque de ti me aparto,  
nunca me ausento,  
pues llevo tu retrato  
dentro del pecho;  
y éste me alienta,  
aliviando los males  
de larga ausencia.

Aunque de ti me ausente,  
ten entendido  
que te llevo en el pecho  
siempre conmigo:  
que allá en su centro,  
por más que te retires,  
siempre te encuentro.

Nunca de ti me acuerdo,  
dueño querido,  
porque aquel que se acuerda  
supone olvido;  
y yo en mi mente  
tengo la imagen tuya  
siempre presente.

Camino de la Sierra  
van mis suspiros,  
derribando carrascas,  
robles y pinos.

—  
Por papel van suspiros,  
por letras ansias,  
por sobrescrito penas,  
por firma el alma;  
y son los celos  
los que llevan la carta,  
por más ligeros.

—  
Una pena te envío,  
dueño adorado,  
que es la prenda que tengo  
más á la mano;  
tantas me quedan  
que el número compite  
con las estrellas.

—  
No me mandes papeles,  
que no sé leer;  
mándame tu persona,  
que la quiero ver.

—  
¿Cómo quieres que tenga  
gusto sin verte,  
si eres la que más quiero  
y estás ausente?

—  
A los santos les pido  
que en esta ausencia  
á ti te den constancia  
y á mí paciencia.

—  
No siente el pecho mío  
más alegría  
que el día que se acuerda  
de tu venida.

—  
La esperanza de verte  
me tiene viva,  
que si no, ya tuviera  
la tierra encima.

—  
Si supiera la pena  
que era no verte,  
me hubiera resignado  
á no quererte.

Por más firmeza que haya  
en nobles pechos,  
es la ausencia madrastra  
de los afectos:  
conque los míos  
los veo en este lance  
casi perdidos.



Las estrellitas del cielo  
se visten de azul celeste,  
y yo me visto de negro  
porque mi amor está ausente.

—  
No supe qué era ausencia  
hasta no verte,  
y ahora digo que quiero  
mejor la muerte:  
pues en muriendo  
se acabarán mis penas  
y sufrimientos.

—  
Ya no voy ni vengo al muelle,  
porque no tengo á quién ver;  
que un amante que tenía  
tendió la vela y se fué.

Mal haya quien hizo el barco,  
y el que lo arrojó á la mar,  
y el que cortó la madera,  
y el que la mandó cortar.

Triste está mi corazón  
y no sabe lo que tiene,  
que está muy lejos de aquí  
el que consolarlo puede.

Si mi corazón volara  
y fuera donde lo envió,  
¡qué bien recibido fuera,  
si supieran que era mío!

Cuando suspiro ausente,  
con tu memoria  
encuentran dulce calma  
mis penas todas.

Anoche fuí al correo,  
no tuve carta:  
se vistieron de luto  
mis esperanzas.

Cartas van, cartas vienen  
por el correo:  
nada me satisface  
si no te veo.

¡Ojalá no te hablara,  
nunca te viera,  
ni gozara tu dulce  
correspondencia!  
Que es menos ansia  
carecer de la dicha  
que abandonarla.

Nunca supe lo mucho  
que te quería  
hasta que dió la hora  
de la partida:  
porque se ignora  
el valor de los bienes  
mientras se gozan.

Si rigores de la ausencia  
tuvieran fuerza en tu pecho,  
ni tú estuvieras sin mí,  
ni yo estuviera con ellos.

¿Cómo ha de ser la memoria  
el correo en las ausencias,  
si no lleva los recados  
ni vuelve con las respuestas?

Lucero del mes de abril,  
estrella del mes de mayo,  
di, ¿cómo te va sin mí,  
pues yo sin ti no me hallo?

Ausente del bien que adoro,  
sin esperanza de verle,  
no puede haber para mí  
más consuelo que la muerte.

Con la pena de no verte  
estoy viviendo en la tierra,  
y cuando yo no me he muerto,  
nadie se muere de pena.

Estrellita relumbrante,  
¿cuándo será tu venida,  
que yo te estoy aguardando  
para la Pascua florida?

Con lo que me consuelo  
cuando estoy triste,  
es con ver el camino  
por donde fuiste.

Si me muero en tu ausencia,  
será preciso  
que los aires se partan  
á darte aviso:  
porque sin duda  
me servirá tu pecho  
de sepultura.

Ausente de tu vista,  
mucho más vivo,  
porque cada momento  
se me hace un siglo;  
pero, mi dueño,  
más que vivir ausente,  
morirme quiero.

Cuando salí de Marbella,  
hasta el caballo lloraba,  
que me dejé una doncella  
que al sol los rayos quitaba.



Siempre que de ti me acuerdo  
las lágrimas se me saltan;  
no sé de qué ni por qué,  
pero lloro con el alma.

J. García Ramos dibujó



El día que me aparté  
de tu presencia divina,  
más lágrimas derramé  
que lleva el Guadalmedina.

Mi amante cuando se fué  
me dijo que no llorara,  
que echara penas á un lado,  
pero que no le olvidara.

Ya tu dueño se ausentó,  
te ha dejado sin compañía;  
se ha llevado tus sentidos,  
las tres potencias del alma

Ojos que te vieron ir  
por aquellos olivares,  
¿cuándo te verán volver  
para alivio de mis males?

En una cama de ausencia  
cayó mala mi esperanza;  
lágrimas, tened paciencia,  
que el tiempo todo lo alcanza.

Marinero, sube al palo  
y dile á mi compañera  
que si se acuerda de mí  
como yo me acuerdo de ella.

Ausente del bien que adoro,  
¿qué dicha podré tener?  
En mí no reina alegría  
hasta que lo vuelva á ver.

Acaba de dar, acaba,  
reloj de la catedral,  
que quiero contar las horas  
que ausente mi amor está.

Si por esos andurriales  
te encuentras á mi morena,  
dile que estoy trabajando  
para sacarla de penas.

Se fué mi dueño querido  
y solito me ha dejado,  
como pajarito triste  
de rama en rama volando.

Ausente estoy de tu vista,  
pero no del pensamiento,  
que con los ojos del alma  
te veo á cada momento.

¿Qué importa que no te vea,  
si yo tengo un gran alivio?  
Yo tengo mi corazón  
todas las horas contigo.

Aún hay autores que dicen:  
«Ausencias causan olvido;»  
yo estoy ausente y no puedo  
olvidarte, dueño mío.

El día que te ausentaste  
le eché un candado á mi pecho  
y á mi corazón le dije:  
«Tú quedarás satisfecho.»

Hasta el muelle fuí con ella,  
en el muelle la dejé;  
¡allí fueron los lamentos  
cuando de ella me aparté!

Dame esa carta, serrana,  
que yo se la llevaré  
al amante de tu vida  
y en su mano la pondré.

Pajarito que volando  
cruzas el aire ligero,  
aquí te estoy aguardando;  
que has de ser el mensajero  
de un alma que está penando.

Este papel con cuidado  
has de llevar en el pico  
á mi dueño idolatrado;  
y advierte que te suplico  
que lo des disimulado.

Y si acaso te dijere:  
«¿Quién ha escrito estos renglones?»  
dile que el amante suyo,  
que está metido en prisiones.

Firme estoy en tu ausencia,  
firme presente,  
firme después de muerto,  
y firme siempre;  
y aunque me olvides,  
en todas ocasiones  
estoy yo firme.

Sólo llevo en mi ausencia  
por compañero  
el recuerdo terrible  
del bien que pierdo.  
¡Qué feliz fuera,  
si pasadas memorias  
borrar pudiera!

¡Ay de aquel desterrado  
que sin delito  
padece en sus tormentos  
cruel martirio;  
y en tal ausencia  
sólo tiene el alivio  
cuando se queja!

He recibido tu carta  
con mucho gusto y placer;  
si no me pongo en camino,  
no dudes que moriré.

Cuando á mis manos llegó  
tu carta, dueño querido,  
todo el pesar que tenía  
se convirtió en regocijo.

Nunca supe lo mucho  
que te quería  
hasta sonar la hora  
de tu partida.  
Porque se ignora  
el valor de los bienes  
mientras se gozan.

Pensativa en mi cuarto  
mil veces digo:  
«Ausente de quien amo,  
¿cómo es que vivo?»  
Porque conserva  
el amor esta vida  
para más penas.

Orillita de un sauce,  
junto á una fuente,  
suspiraba un amante  
de verse ausente,  
y así decía:  
«¡Cuándo volveré á verte,  
bien de mi vida!»

Pajarillo amoroso,  
que estás llamando  
con tus dulces gorjeos  
á mi cuidado,  
por Dios te pido  
que me digas si sabes  
del dueño mío.

Dicen que la ausencia es  
semejanza de la muerte,  
y yo digo que es mentira,  
porque te adoro sin verte.

Te la escribí con la pluma,  
te la noté con el alma,  
no preguntes de quién es,  
ya sabes cómo se llama.

¡Papelito venturoso,  
quién fuera dentro de ti  
para darle mil abrazos  
al ángel que te ha de abrir!

Porque mi letra no ves,  
piensas que de ti me olvido;  
y en el fondo de mi pecho  
á cada instante te escribo.

Llorando te la escribí,  
llorando te la mandé;  
las lágrimas de mis ojos  
no me la dejaron ver.

Una carta tengo escrita,  
no tengo quien se la lleve  
al amante de mi vida  
y en su mano se la entregue.

Suspiros que de mí salgan  
y otros que de ti saldrán,  
si en el camino se encuentran,  
¡qué de cosas se dirán!

Se engaña aquel que dice  
que el que está ausente  
olvida lo pasado  
por lo presente.

¿Cuál de los dos amantes  
tendrá más pena?  
¿El que se ausenta libre  
ó el que se queda?

Se oyeran los suspiros  
del que se ausenta,  
si no hicieran más eco  
los que están cerca.

Amor, mientras caminares  
caminarán mis suspiros:  
dondequiera que te pares  
tendrán mis penas alivio.

Cuando salí de Sevilla,  
volví la cara llorando:  
Adiós, tierrecita mía,  
¡qué lejos te vas quedando!

Me mandastes una carta  
con una cintita azul;  
no quiero carta ni cinta,  
que quiero que vengas tú.

Un viudo me considero  
porque de ti vivo ausente,  
que la ausencia del amor  
la comparo con la muerte.

Ya los ojitos me duelen  
de mirar tanto el camino  
por ver si veo venir  
el espejo en que me miro.

Por aquel camino llano  
alcé los ojos por verte:  
los tuyos no me miraron.

Cuando mi gitano  
se apartó de mí,  
de las fatiguitas que me dieron, madre,  
al suelo caí.

Si con el pensamiento  
se caminara,  
más de cuatro ratitos  
te acompañara.

El pañuelo rosado  
que tú me diste,  
lo desdoble y lo beso  
cuando estoy triste.

No estaré jamás sin ti,  
que sólo podrá el rigor  
separarme de tu vista,  
mas no de mi corazón.

Deseando estoy, madre,  
que llegue el viernes:  
es víspera del día  
que mi amor viene.

Mi amante está de camino,  
la Virgen vaya con él,  
y le guíe y le acompañe  
hasta que le vuelva á ver.

Todas las mañanas  
me levanto y digo:  
«El lucerito que á mí me alumbraba  
ya no está conmigo.»

Madre, yo me voy con él,  
que se ha llevado ese hombre  
la raíz de mi querer.

Con la pena de no verte,  
no sé cómo tengo vida;  
pero Dios, con su poder,  
me tiene fortalecida.

No siente el pecho mío  
más alegría  
que el día que se acuerda  
de tu venida.

En la ventana me puse  
hasta verte transponer,  
y el pañuelo que me diste  
en lágrimas lo empapé.

A la Dolorosa  
le ayuno los viernes  
para que me ponga, compañera mía,  
en donde te viere.

Si supiera la estrella  
que te guiaba,  
la metiera en mi pecho,  
la venerara.

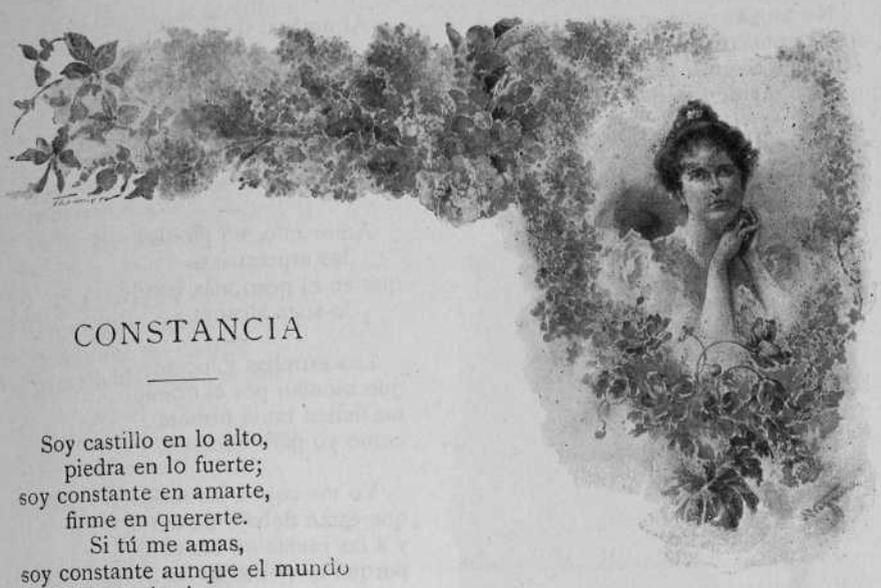
Cuatro son las heridas  
que me atormentan:  
tu hermosura, tu gracia,  
mi amor, tu ausencia;  
mira si puedo  
vivir con tanta herida  
por mucho tiempo.

El día que yo me entere  
que el barco está en la bahía,  
todas las penas que tengo  
se volverán alegrías.

Válgame un *divé*, serrana,  
lo que me cuesta tu ausencia:  
dos años de enfermedad  
y tres de convalecencia.

El querer que te tengo  
parece sombra:  
cuanto más apartado,  
más cuerpo toma.  
La ausencia es aire  
que apaga el fuego chico  
y enciende el grande.





## CONSTANCIA

---

Soy castillo en lo alto,  
piedra en lo fuerte;  
soy constante en amarte,  
firme en quererte.  
Si tú me amas,  
soy constante aunque el mundo  
sobre mí caiga.

---

Diez años después de muerto,  
la tierra me preguntó  
si te había ya olvidado  
y yo le dije que no.

---

Todos los caracolillos  
que hay á la orilla del mar  
me aconsejan que te olvide  
y no te puedo olvidar.

---

El confesor me ha dicho  
que no te quiera,  
y yo le dije: «¡Padre,  
si usted la viera!  
Es tan bonita,  
que á las ánimas muertas  
las resucita.»

---

Entre Sevilla y Triana  
hay un río caudaloso;  
entre dos que bien se quieren  
no hay nada dificultoso.

---

Yo te tengo de querer  
hasta que la muerte fiera  
ponga á mi cuerpo en prisiones  
debajito de la tierra.

Fragua, yunque y martillo  
rompen los metales;  
el juramento que yo á ti te he hecho  
no lo rompe nadie.

---

Firmo, confirmo y afirmo,  
firmo y confirmo mi fe,  
firmo que yo seré firme,  
firmo que firme seré.

---

Más allá de la vida  
he de quererte:  
que amor está en el alma  
y ésta no muere.

---

Cuando se quiere de veras  
no se mira el qué dirán;  
quien tiene fe en el camino  
nunca vuelve el paso atrás.

---

Me tiraste de la cuerda  
por ver si me blandaba,  
y me encontraste más firme  
que el muro de la Giralda.

No tengas pena, morena,  
que primero ha de faltar  
el sol en Sierra Morena,  
que yo olvide tu amistad.

De tu querer no me aparto,  
aunque puñales me maten  
y me lleven entre cuatro.

Deja que la gente diga,  
deja que la gente hable;  
en queriéndonos los dos,  
aunque no nos quiera nadie.

Te he de seguir queriendo,  
aunque me cueste  
morir en un madero  
públicamente;  
que no es afrenta  
morir en un madero  
por la belleza.

Este querer tuyo y mío,  
parece que está de Dios,  
mientras más nos lo critican,  
más nos queremos los dos.

Déjales que digan, digan,  
y de mí formen historia,  
que el que se muere queriendo  
se va derecho á la gloria.

Todos me dicen que adoro  
un clavel de mal color;  
diga el mundo lo que quiere,  
á mí me parece un sol.

Aunque me ves encogida  
y que tengo pocos años,  
en tocando á la firmeza,  
ni la cruz de San Fernando.

Soy río que no se enturbia  
aunque caiga una tormenta,  
y me mantengo más claro  
que los caños de la huerta.

Juramento tengo hecho  
con el Señor de la Sangre  
de no olvidar tu querer  
hasta que el Señor lo mande.

Al umbral de la puerta  
le he preguntado:  
«¿Mientras yo he estado ausente  
quién ha reinado?»

Me ha respondido  
que, en ausencia y presencia,  
yo sólo he sido.

Amor mío, no pierdas  
las esperanzas,  
que en el pozo más hondo  
la soga alcanza.

Las estrellas y luceros  
que asoman por el oriente  
no tienen tanta firmeza  
como yo para quererte.

Yo me cojo á las raíces  
que están debajo de tierra,  
y á las ramas no me cojo  
porque el viento se las lleva.

El querer es cuesta arriba  
y el olvidar cuesta abajo:  
quiero subir cuesta arriba  
aunque me cueste trabajo.

Á mi corazón le han dado  
hiel y vinagre á beber,  
y con gusto lo ha tomado  
por no dejar tu querer.

Yo soy como aquel buen viejo  
que moritos cautivaron:  
por martirios que le dieron,  
nunca dejó su *rosario*.

Ojos de color de cielo,  
azules como los míos,  
no perdáis las esperanzas,  
que yo no las he perdido.

Si quieres que yo te olvide,  
pídeselo á Santa Rita,  
abogada de imposibles.

Primero que yo me aparte  
del querer de los Manueles,  
han de echar los olivitos  
racimos de uvas lairenes.

Si al pie de mi sepultura  
me vinieras á llorar,  
las cenizas de mi cuerpo  
se habían de menear.

Échame una penitencia  
que yo la pueda cumplir;  
pero que llegue á olvidarte,  
ya no depende de mí.

Cuatro velas encendidas  
y un hábito franciscano  
necesitaba mi cuerpo  
para olvidar á quien amo.

Yo le dije á un platero:  
«Hazme de plata  
una mujer constante  
que no sea falsa.»  
Y él me responde  
que de mujer constante  
no tiene molde.

Las estrellitas del cielo  
se han de caer á millares,  
flamenca, porque te olvide,  
y esto no lo verá nadie.

Aunque pase más fatigas  
que clavos tiene una puerta,  
yo te tengo de querer;  
que el mundo da muchas vueltas.

Yo bien fuera constante,  
pero me temo  
que me tengan por monstruo  
los de mi sexo.

Ni mi padre, ni mi madre,  
ni San Antonio bendito  
me pueden á mí quitar  
que yo te quiera un poquito.

Todo aquel que venga y diga  
que te olvide, vida mía;  
aquel será mi enemigo  
mientras me dure la vida.

Estoy queriendo á un chaval  
que á mi padre no le gusta,  
y yo digo que el querer  
tiene licencia absoluta.



A las plantas de la Virgen  
quiero llegar á hacer voto  
de no olvidarte en la vida,  
ni dejarte á ti por otro.

Por darle gusto á mi madre  
y á mi corazón dolor,  
dije que no te quería,  
queriéndote más que á Dios.

Aunque en mil años no vuelvas,  
yo seré como la mimbre,  
que la bambolea el aire,  
pero se mantiene firme.

El alma que tengo es tuya  
 en una conformidad:  
 que si presente te quiero,  
 ausente te quiero más.

Más firme soy en quererte  
 que las horas del reloj:  
 el reloj muda las horas,  
 pero mi firmeza no.

Los árboles de Aranjuez  
 unidos de siete en siete  
 no tienen tanta firmeza  
 como yo para quererte.

Soy más firme que un navío  
 cuando lo están carenando;  
 mientras más golpes le dan,  
 más firme se va quedando.

Seré para ti más firme  
 que la Isla de León,  
 que el año del terremoto  
 tembló, pero no cayó.

Mi corazón en quererte  
 es un monte de espesura;  
 mientras más ramas le cortan,  
 tiene la raíz más dura.

Cuanto más hondillo un pozo,  
 más fresquita sale el agua;  
 cuanto más retiradito,  
 más firmes son mis palabras.

¿Cómo quieres que te olvide  
 si has sido mi compañera  
 y el amor echa raíces  
 como la planta en la tierra?

Por aquellas estrellitas  
 que están en el cielo azul,  
 que te tengo de querer  
 aunque no me quieras tú.

Se me puso en la cabeza  
 que te había de querer,  
 aunque hubiera más contrarios  
 que moros hay en Argel.

Si por tu querer me expongo  
 á riesgo de que me maten,  
 vaya el mundo enhorramala,  
 que yo no quiero olvidarte.

Por tu querer quebranté  
 las leyes de la obediencia,  
 y atrás no me he de volver,  
 porque me llamo firmeza.

Firma tú y firmaré yo,  
 y se juntarán dos firmas;  
 veremos cuál de los dos  
 con más firmeza camina.

Aunque me ves niña, tengo  
 las palabritas muy firmes;  
 si tus promesas son falsas,  
 las mías nunca se rinden.

Estrellas del alto cielo,  
 bajad y firmad por mí;  
 que cumpliré la palabra  
 que al que está ausente le dí.

Tú sola reinas en mí:  
 te lo dije, y no receles,  
 porque no ha de reinar nadie,  
 bien mío, donde tú reines.

Soy prisionero de amor  
 y lo seré mientras viva;  
 que el prisionero de amor  
 primero muere que olvida.

Desecha todo temor,  
 vive alegre y placentero;  
 que el que fué primer amor  
 siempre ha sido verdadero.

Tu querer y mi querer,  
 tu pensamiento y el mío,  
 son como el agua del río,  
 que atrás no puede volver.

Dame tu sangre, serrana,  
 que yo te daré la mía  
 y haremos una contrata  
 que dure toda la vida.

Aunque toquen á rebato  
las campanas del olvido,  
no podré apagar el fuego  
que esta gitana ha encendido.

Con la sangre de mis venas  
te firmara una escritura  
de no dejar tu querer  
ni en la misma sepultura.

Yo no te puedo olvidar,  
porque es mi querer muy grande:  
yo te tengo á ti metida  
en la masa de la sangre.

Yo te quiero y te requiero  
y te tengo de querer  
hasta mudar el pellejo  
como San Bartolomé.

Yo te tengo de querer  
aunque le pese á mi estrella,  
aunque contra mí se opongan  
aire, fuego, mar y tierra.

Aunque las piedras den gritos,  
y el sol deje de correr,  
y el agua del mar se acabe,  
yo te tengo de querer.

Mi fortuna ó mi desgracia  
hizo que te conociera  
para ser esclavo tuyo  
todo el tiempo que viviera.

Si yo te faltara en algo  
de lo que te prometí,  
que me vuelva piedra mármol,  
mi cuerpo tenga mal fin.

Tan imposible lo hallo  
el olvidar tu cariño  
como llegar á quitarle  
á San Antonio su Niño.

Permita Dios, si me olvidas,  
te trague la mar serena;  
y si yo te olvido á ti,  
pase por la misma pena.

Yo no sé lo que me has dado,  
que no te puedo olvidar;  
parece que me has tocado  
con la piedrecita imán.

Mientras más ausente estoy,  
más firme estoy en amar;  
la luz del cielo me falte  
si yo te llevo á olvidar.

Tan imposible lo hallo  
que tú puedas olvidarme,  
como escribir en el agua  
y echar una piedra sangre.

Primero que yo te olvide,  
¡mira qué comparación!,  
ha de calentar la luna  
y ha de refrescar el sol.

No pienses, dueño querido,  
que yo te podré olvidar;  
lo que en mi pecho se encierra  
mis obras te lo dirán.

Por darles gusto á mis padres  
y á mi corazón pesar,  
dije que no te quería,  
¡y no te puedo olvidar!

Me quieren quitar á mí  
el que yo tu cara vea:  
por cima de quien lo estorbe  
he de hacer una vereda.

Mi padre, porque te quiero,  
me castiga con rigor:  
mucho puede la obediencia,  
pero más puede el amor.

Una palabra te he dado;  
y primero he de morir  
y faltarle al sol sus rayos  
que dejarla de cumplir.

Al pie de la sepultura,  
ya para echarme ó no echarme,  
no pudo la ingrata muerte  
de tu querer apartarme.

Diez años después de muerto  
y de gusanos comido,  
letreros tendrán mis huesos,  
diciendo que te han querido.

Al pie del suplicio estuve  
con la sentencia leída:  
¡si olvidaba tu querer,  
me perdonaban la vida!

Y yo le dije al verdugo:  
— Compadre, aprieta muy firme,  
que olvidar á esa mujer  
es una cosa imposible.

Hasta la sepulturita  
te tengo de estar queriendo,  
porque has tenido conmigo  
partidas de caballero.

Á la sepultura iremos,  
tú detrás y yo delante;  
yo no me aparto de ti  
hasta que Dios nos aparte.

Aunque me digan de ti  
lo que dicen del demonio,  
yo te tengo de querer,  
carita de San Antonio.

Me dicen que te despida,  
no soy de tal parecer;  
me daré muerte primero  
que tal cosa llegue á hacer.

Consejillos que me daban  
y cuenta no me tenían,  
por un oído me entraban  
y por otro me salían.

Todos me dicen á mí  
que te olvide, que te olvide;  
y el olvidarte será  
tenerte el amor más firme.

Todos los santos del cielo,  
ángeles y serafines,  
me aconsejan que te deje,  
y yo cada vez más firme.

Todo el mundo me aconseja  
que deje yo tu amistad;  
y yo les digo: — Señores,  
¿es envidia ó caridad?

Aunque me dieran más palos  
que le dan al martinete,  
no te tengo de olvidar,  
porque es mi gusto quererte.

Aunque pase más trabajos  
que arenas tienen los ríos  
y pinos tienen los montes,  
no te he de olvidar, bien mío.

Aunque tu querer me mate,  
no he de dejar de quererte,  
que te quiero con el alma,  
y el alma nunca se muere.

Todo el mundo en contra mía,  
serrana, porque te quiero;  
todo el mundo en contra mía,  
y yo contra el mundo entero.

Sentenciado estoy á muerte  
si me ven hablar contigo;  
¡mira si te quiero bien  
que no le temo al castigo!

Si el querer bien es delito,  
padre mío, que me prendan  
y me lleven á la cárcel,  
que en mi querer no hay enmienda.

Subí á la sala del Crimen  
y le dije al presidente:  
— Si el querer es un delito,  
que me sentencien á muerte.

Porque te quiero me echan  
á la garganta un cordel  
y á los pies una cadena:  
ahora te quiero más bien.

Aunque me vea en dos palos,  
y un Capuchino á los pies,  
y un dogal á la garganta,  
yo siempre te he de querer.

Aunque me veas cadáver  
á la puerta de una ermita,  
á ti no te dé cuidado,  
que los muertos resucitan.

Aunque te vea difunta,  
con cuatro velas ardiendo,  
hasta la sepulturita  
te tengo que estar queriendo.

Dicen que me han de matar  
si me ven hablar contigo:  
ya le pueden levantar  
á la escopeta el gatillo.

Mi padre me tiene dicho  
que me tiene que sacar  
los ojos con que te miro,  
y yo que te he de mirar.

Ni tu padre, ni tu madre,  
ni el que dispone en los cielos,  
me apartan de tu querer,  
mientras tú me estés queriendo.

Aunque todos se opusieran,  
contigo me he de casar;  
que más estimo mi gusto  
que cuanto me puedan dar.

Los confesores me dicen  
que te olvide, y no lo haré;  
los confesores no saben  
lo que cuesta un buen querer.

Aunque me digan que eres  
mujer de mala conducta  
y de malos procederes,  
te quiero porque me gustas.

Todo el mundo me lo dice  
que te deje, que te deje;  
y yo le respondo al mundo:  
- Con la muerte, con la muerte.

Me aconsejan que te olvide,  
¡mira qué barbaridad!  
¡Como no saben querer,  
no saben aconsejar!

Hasta el confesor me ha dicho  
que te olvide, y digo yo  
que primero olvidaría  
la madre que me parió.

Los confesores me mandan  
que te olvide, Manolillo;  
los confesores no saben  
lo que vale un buen cariño.

Arrepentida me eché  
á los pies de un confesor;  
me dijo que te olvidara:  
como un insulto me dió.

El Padre Santo de Roma  
me dijo que te olvidara;  
yo le dije: - Padre mío,  
aunque me recondenara.

- Hombre, olvida á esa mujer.  
- Padre mío, yo no puedo;  
echadme otra penitencia,  
que cumplir esa no quiero.

El decirme que te olvide  
es predicar en desierto,  
machacar en hierro frío  
y platicar con un muerto.

A los presidios de Orán  
me llevan porque te olvide:  
aunque me lleven á Ceuta  
olvidarte es imposible.

Corazón de filigrana  
embutido en fino acero,  
¿cómo quieres que te olvide  
si has sido mi amor primero?

Tan imposible lo hallo  
que te deje de adorar  
como tomar un caballo  
y pasar con él la mar.

Agua me nieguen las fuentes,  
el cielo me desampare,  
lluevan las plagas de Egipto,  
serrana, si te olvidare.

Los cuatro elementos juntos,  
agua, tierra, viento y fuego,  
no podrán hacer que olvide  
lo mucho que yo te quiero.

---

Para olvidar tu querer,  
he de ver yo dos señales:  
que se caigan las estrellas  
y que se sequen los mares.

---

Todo el tiempo de mi vida  
amándote pasaré,  
y si me olvidas por otro,  
en ti y en Dios pensaré.

No pienses que por muerte  
he de olvidarte,  
porque hasta mis cenizas  
han de adorarte.

---

En Dios y en ti pensaré  
sin que haya dificultad;  
á Dios le amaré por siempre,  
y á ti por siempre jamás.

---

Para olvidarte yo á ti  
era preciso que hubiera  
otra tierra y otro cielo  
y otro Dios que dispusiera.



## CELOS

---

Con el abaniquito  
que te hace aire  
estás haciendo señas  
á quien ya sabes;  
con ese tema,  
lo que á ti te da aire  
á mí me quema.

---

«¡Yo te adoro!,» una noche  
dije dormido,  
y desperté celoso  
de haberme oído.

---

Te entraste por los ojos  
con tal estrago  
que, del amor herido,  
ciego he quedado;  
y si algo veo,  
son las dichas en sombra,  
claros los celos.

---

Una peseta les mando  
á las ánimas benditas  
porque no ronde tu casa  
aquel que te solicita.

---

Dicen que los celos matan,  
yo digo que no es así;  
que si los celos mataran,  
me hubieran matado á mí.

---

Desempedraré tu calle  
y la cubriré de arena,  
para mirar las pisadas  
de los que rondan tu reja.

Tengo un clavel encarnado  
á la sombra y bajo llave,  
para que el sol no lo vea  
y con mirarlo lo aje.

---

Si yo supiera las piedras  
que mi amor pisa en la calle,  
las volviera del revés,  
que no las pisara nadie.

---

No quiero que hables con nadie  
sino con el confesor,  
con tu padre y con tu madre,  
con tus hermanos y yo.

---

Sé que finezas haces  
á otro sujeto;  
bien puedes, pues he sido  
yo tu maestro:  
no te equivoques,  
y, por costumbre, en ellas  
á mí me nombres.

El sarmiento en la lumbre  
y el que enamora,  
por un lado se encienden,  
por otro lloran;  
tú eres lo propio:  
cuando lloras por verme,  
te vas por otro.

En tu corazoncito  
me diste un cuarto,  
y no pude barrerlo  
por tanto trasto.  
Yo no lo quiero,  
á menos que no quites  
trastos de en medio.

Yo pensé que de tu pecho  
yo solo tenía llave;  
mas he llegado á entender  
que todo el que quiere abre.

Que un buen mozo te guste  
nadie lo extraña,  
que á mí una buena moza  
también me agrada;  
pero me espanto  
de verte enamorada  
de un currutaco.

En insufrible fuego  
de celos ardo;  
por eso determino  
morir matando;  
porque me alivia  
ver á la que me mata  
también herida.

¿Para que me diste el sí,  
traidora, teniendo dueño,  
si sabes que no se logra  
con gusto lo que es ajeno?

¿Para qué me andas diciendo  
que me quieres y me adoras,  
si en volviendo las espaldas  
de cualquiera te enamoras?

Ingrata, mala mujer,  
de Dios te venga el castigo:  
sí te has de casar con otro,  
¿para qué tratas conmigo?

Yo te quise, no pensando  
que me habías de olvidar;  
tú juegas con dos barajas  
y yo con una no más.

¿Cómo quieres que una luz  
alumbre á dos aposentos?  
¿Cómo quieres que yo quiera  
dos corazones á un tiempo?

Esperando estoy las doce  
para salir disfrazada  
por ver si hallaré á mi amante  
hablando con otra dama.

Porque te quiero, te celo;  
que si no, no te celara;  
que si yo no te quisiera,  
aunque el diablo te llevara.

Tengo un vestido en el arca,  
que tiene cuatro colores:  
la ilusión y la esperanza,  
los celos y los amores.

Mi amor es una viña  
donde yo miro  
pendientes de una cepa  
muchos racimos.  
Sepa mi amante  
que yo no quiero cepa  
tan abundante.

Es verdad, lo confieso,  
pues lo preguntas,  
que tus falsas caricias  
ya me disgustan:  
porque conozco  
que estos mismos halagos  
haces á otros.

Siempre que de tu vista  
me aparto, lloro,  
temiendo que mis dichas  
las logre otro:  
que en mis pesares,  
las dichas son ligeras,  
largos los males.

La gloria de mirarte  
será un infierno,  
si se van tus miradas  
hacia otro dueño:  
que es muy amargo  
ver en poder ajeno  
bienes logrados.

Dices que no la quieres  
ni vas á verla;  
pero la veredita  
no cría hierba.

Por esta calle, que es larga,  
me tengo que pasear  
por darle gusto á una dama,  
y á un majito en qué pensar.

Si me quieres á mí solo,  
seré una muralla firme;  
pero si quieres á otro,  
seré un rayo para irme.

Si es que piensas darme enojos  
con esos amores nuevos,  
aunque niña y criatura,  
no me acobardan los celos.

Si usted me quiso de golpe,  
yo le quise de quedito;  
si usted tiene su pichona,  
yo tengo mi pichoncito.

Soy constante y soy mudable,  
pero con tal distinción:  
constante con quien me ama,  
y mudable con quien no.

Si por beber de una fuente  
has dejado secar otra,  
olvidar para querer,  
esa es ignorancia loca.

Si por querer á un paisano  
olvidas á un militar,  
hazte cuenta que has cambiado  
oro fino por metal.

Si todo el mundo corrieras,  
fácil te será encontrar  
otro amante á quien tú quieras,  
mas no que te quiera más.



Quítate de esa ventana,  
no me seas ventanera;  
que la cuba de buen vino  
no necesita bandera.

¿De qué te sirve llorar  
y dar vueltas como un loco,  
si tú te mueres por ella  
y ella se muere por otro?

Un rayo caiga del cielo  
y me parta por mitad  
antes de verte, morena,  
en manos de otro galán.

Haré un hoyito en la arena  
y vivo me enterraré  
por no ver en mano ajena  
prenda que tanto adoré.

Dicen que te casas pronto,  
y yo pretendo saber  
el cómo, con quién y cuándo,  
el cuándo, cómo y con quién.

Mi marido es mi marido,  
que no es marido de nadie:  
la que quisiere, marido  
vaya á la guerra y lo gane.

A servir al rey me voy  
con intención de volver,  
y si te encuentro casada,  
de tu sangre he de beber.

Debajo de tu ventana  
tengo un puñal escondido  
para clavarlo en tu pecho  
si no te casas conmigo.

De tus finezas hice  
los escalones  
para subir al trono  
de mis amores:  
poco han durado,  
que en batalla los celos  
me han destronado.

Yo me embarqué en la nave  
de amor tirano;  
desembarqué en el puerto  
del desengaño;  
y estuve amante  
en el golfo de celos  
para anegarme.

Tengo amor, tengo ausencia  
y tengo celos,  
tengo desconfianza,  
pues no te tengo:  
si te tuviera,  
celos ni otros disgustos  
me compitieran.

Más quiero un desengaño  
que me confunda,  
que no vivir penando  
por una duda:  
pues mis recelos  
hacen de leves dudas  
muy graves celos.

¿Para qué vienes á verme,  
si tienes quien te lo estorbe?  
Dale gusto á esa persona  
y ten partidas de hombre.

De tres colores se viste,  
señora, mi corazón:  
encarnado, azul y verde,  
que son tres flechas de amor.

Encarnado, con que rabio  
contra tan duro rigor  
desde el punto, niña hermosa,  
que en ti puse mi afición.

Azul, que me matan celos  
cuando me acuerdo de ti;  
te suplico, dueño amado,  
tengas compasión de mí.

Y lo verde es esperanza,  
porque alcanzarte pretendo;  
pues por ti, prenda del alma,  
no vivo sino muriendo.

— Diga usted, señor platero:  
¿cuánta plata es menester  
para engazar unos celos  
que me ha dado una mujer?

Y le responde el platero:  
— Si esa mujer fuera mía,  
yo le engazara los celos  
con palos y mala vida.

Bien parece á todos,  
mas, sin dobleces,  
que á todos bien parezcas  
mal me parece:  
¡y á ti, bien mío,  
parecer bien á todos  
te ha parecido!

Me dicen que á otro quieres,  
pero lo dudo,  
que mujer tan amante  
fingir no pudo;  
pero te advierto  
que deseo con ansia  
saber si es cierto.

Más quisiera, bien mío,  
verte difunta,  
que no que otro mancebo  
te llame suya:  
que de ese modo,  
ya que mía no fueras,  
no fueras de otro.

Tú quieres á dos juntas  
y esto me agravia:  
quíereme á mí solita  
ó á mi contraria,  
porque más vale  
que haya una satisfecha,  
que dos con hambre.

Yo pensé, dueño mío,  
que en tu oratorio  
no se daba más culto  
que á un santo solo;  
pero reparo  
que tiene más santitos  
que el calendario.

Mi amante es muy veleidoso  
y no le veo venir:  
¡si se estará divirtiendo  
con flores de otro jardín!

El día que yo te vea  
hablando con quien tú sabes  
te cayó la lotería  
de los números cabales.

Los celos se parecen  
á la pimienta:  
siendo poca, da gusto;  
si mucha, quema;  
y el que es machaca  
más bien atiza el fuego  
que no le apaga.

Al sol es parecido  
quien celos tiene,  
que levanta vapores  
que lo oscurecen;  
y las tormentas  
se forman de las nubes  
de las sospechas.

Al que fuere celoso  
cuando hay motivo,  
no le llamen celoso,  
sino advertido;  
porque los celos,  
en habiendo motivo,  
dejan de serlo.

El que ausente idolatra,  
siempre los celos  
son los procuradores  
de sus desvelos:  
todo le altera,  
y como todo es miedo,  
todo es quimera.

Pasa el hombre celoso  
la vida inquieta  
por descubrir la causa  
de sus sospechas;  
mas no ve el necio  
que le mata este mismo  
descubrimiento.

Los celos sólo sirven  
para obligarnos  
á que el fuego soplemos  
medio apagado:  
porque los celos  
el amor resucitan  
aunque esté muerto.

Celos son unos recelos  
de la gente enamorada:  
si son algo, no son celos;  
si son celos, no son nada.

Tú no me pagas la casa,  
tú no me das de comer:  
me vienes pidiendo celos,  
¿á fundamento de qué?

Los celos y las olas  
del mar son unas,  
que parecen montañas  
y son espuma:  
y olas y celos  
se aplacan al instante  
que cambia el viento.

El que sin causa ceta  
tal vez consigue  
ver que lo imaginado  
se verifique,  
porque fomenta  
la idea del agravio,  
que estaba muerta.

En los impertinentes  
suelen los celos  
pasar de imaginados  
á verdaderos:  
y así no dudo  
que las desconfianzas  
maten á muchos.

El marido á su esposa  
no pida celos,  
que tal vez obligada  
los dará ciertos:  
calle y observe,  
castigando el delito  
cuando le encuentre.

Mucho se para en tu puerta  
el sereno de tu calle,  
yo le diré que se vaya  
con la música á otra parte.

Los celos no son nada  
más que sospechas;  
si es algo, no son celos,  
son evidencias;  
y así el amante  
no confunda aprensiones  
con realidades.

«¿Qué son celos?» pregunta  
un hombre sabio;  
y un rústico responde:  
«Ama, y sabráslo.»

Yo estoy agonizando,  
yo estoy cadáver,  
que los pícaros celos  
muerto me traen;  
porque los celos  
matan al que no sabe  
vivir sin ellos.

Cuando miras á otro  
me desbarato  
porque con las miradas  
se hacen los tratos,  
y yo quisiera  
que todas las miradas  
para mí fueran.

Cuando pican los celos,  
claro se infiere  
que tiene más cariño  
quien más los siente.

Te diviertes con quien quieres,  
luego vienes, me lo niegas,  
y quieres con tu saber  
hacer á la gente ciega.

Si piensas que nada sé,  
te advierto que nada ignoro;  
que no das paso en la calle  
que no me lo cuenten todo.

Yo sé los pasos que traes,  
aunque me lo niegas siempre;  
ádate en ese camino:  
cántaro que va á la fuente...

Te quiero más que si fueras  
hijito de mis entrañas;  
pero si quieres á otra,  
¿por qué no me desengañas?

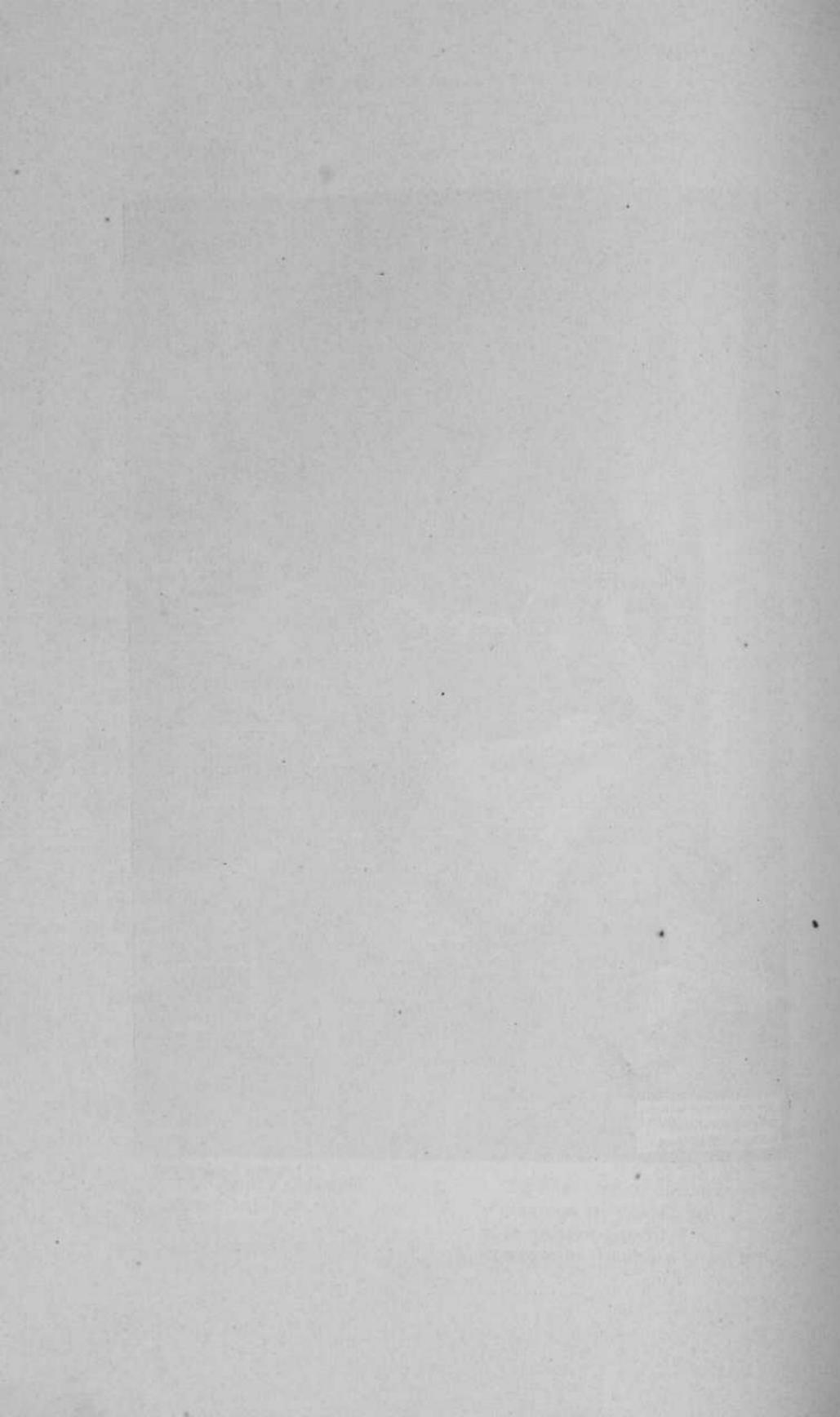
Tú tienes amor con otra  
y quieres amor conmigo;  
tú quieres partir amor,  
yo no quiero amor partido.

Tú tienes amor con otra,  
y conmigo las chancitas;  
si te quieres divertir,  
compra un trompo y una guita.



No me llores, no me llores,  
que me pareces llorando  
la Virgen de los Dolores.

J. García Ramos dibujó



El verme en paz contigo  
ya lo deseo,  
porque es muy dura guerra  
la de los celos;  
y así el dejarte  
será el único medio  
de hacer las paces.

Por no sentir mi dama  
tanto mi ausencia,  
busca quien la consuele  
de su tristeza;  
y aunque me escribe,  
la que por mí se muere  
con otros vive.

Al balcón de mis ansias  
salgo, luz mía,  
pero siempre te miro  
por celosía;  
y no es impropio,  
pues el que tiene celos  
es todo ojos.

Me preguntó un amigo  
lo que eran celos;  
no sabe el bien que tiene  
con no saberlo.  
De buena gana  
trocara yo mi ciencia  
por su ignorancia.

De que todos te quieran  
yo no me asusto,  
porque quiero que todos  
tengan mi gusto;  
pero te aviso  
que no les correspondas,  
que no es preciso.

Plato de segunda mesa  
nunca en mi vida lo he sido;  
si ahora quieres que lo sea,  
estás muy mal entendido.

Cuando por tu puerta paso,  
el corazón se me enluta  
de ver que no hay más que un árbol  
y hay muchos para la fruta.

Tú desprecias mis trapitos  
y te vas con los galones:  
¡un remiendo mal pegado  
se lleva las atenciones!

Si tuviera cristales  
tu pecho hermoso,  
no viviera este mío  
tan receloso.

Si quieres que yo te quiera,  
sahúmate con romero,  
que se te quite el olor  
de tus amores primeros

En amantes dolencias  
suelen los celos  
ser á veces sangrías  
hechas á tiempo.

Te den un tiro y te maten  
como sepa que diviertes  
á otro gaché con tu cante.

Tengo celos del aire  
que da en tu cara;  
si el aire fuese hombre,  
yo le matara.

Hasta al agua que bebes  
le tengo envidia;  
mira si tendré celos  
de quien te mira.

Considera por ti propia,  
si tú me vieras á mí  
estar hablando con otra,  
qué gracia te hiciera á ti.

En el cementerio entré  
dando voces como un loco,  
y hasta la muerte me dijo  
que tú querías á otro.

Como pájaro humilde  
vengo á tu mano;  
me desprecias por otro  
que va volando.

Me llaman el celoso,  
¡mira qué penal:  
soy labrador y quiero  
guardar mi hacienda.

Pajarito que lloras  
con tus gorjeos  
porque en tu pecho sientes  
el mal de celos,  
no te sonrojes,  
que por los celos lloran  
también los hombres.

Los ojos de mi morena,  
Santa Lucía, guardadlos;  
y si no son para mí,  
venid, cuervos, y sacadlos.

Si supiera que algún guapo  
pretendía tu salero,  
le daba más puñaladas  
que estrellitas tiene el cielo.

Al amanecer del día  
me despido de tu calle;  
que la prenda que yo adoro  
no quiero que otro la guarde.

Todo el mundo me lo dice,  
digo que tiene razón:  
que hombre que trata con muchas  
á ninguna tiene amor.

Todo el mundo me lo dice,  
yo acredito esta verdad:  
en estando un hombre ausente,  
otro ocupa su lugar.

Causa de mi perdición,  
quiero apartarme de ti:  
la mujer que quiere á dos  
no puede tener buen fin.

Yo pensé que era á mí solo,  
serrana, á quien tú querías,  
¡y te diviertes con otro  
todas las horas del día!

En el jardín de mi reina  
era jardinero yo,  
y en tiempo de coger rosas  
otro jardinero entró.

Yo te quería á ti sola  
y tú querías á dos;  
tú querías repicar  
y andar en la procesión.

Si piensas tú que es ganancia  
el tener á muchos ley,  
es tan sólo una ignorancia  
que las mujeres tenéis.

Como estás esta noche  
tan celosita,  
pareces una rosa  
con espinitas.

Te quiero, pero quiero  
que tú no quieras  
á quien te quiere y quiere  
que no me quieras.

Dame, mi bien, pesares,  
dame desvelos,  
dame lo que quisieres,  
no me des celos.

No quiero pedir celos  
á mi morena,  
porque sintiera mucho  
que me los diera.

Me han dicho que tú te casas:  
así lo dice la gente;  
y todo será en un día,  
tu casamiento y mi muerte.

Primera amonestación  
que en la iglesia se leyere  
será el primer parasismo  
que á mi corazón le diere.

Segunda amonestación,  
pasarás por San Antonio  
y les dirás á los frailes  
que vengan á darme el óleo.

Última amonestación,  
ya me estaré yo muriendo,  
y tú estarás con tu novio  
echándole mil requiebros.

Aquel día te pondrás  
tu gran vestido encarnado,  
y á mí me estarán poniendo  
un hábito franciscano.

Cuando á ti te estén poniendo  
la ropita del baúl,  
á mí me estarán poniendo  
los pies en el ataúd.

Cuando á ti te estén poniendo  
la sortija de brillantes,  
á mí me estarán poniendo  
cuatro velas por delante.

Te llevarán á la iglesia  
la madrina y el padrino,  
y á mí me estarán llevando  
en hombros de cuatro amigos.

Te llevarán á acostar  
con alegría y contento,  
y á mí me estarán echando  
en la tierra con los muertos.

Cada vez que considero  
que te has casado por fin,  
llamo á la muerte y le digo:  
¿Cuándo has de venir por mí?

No quiero que á misa vayas,  
ni á la ventana te asomes,  
ni tomes agua bendita  
donde la toman los hombres.

En sabiendo tú que estoy  
en tierra de Andalucía,  
el *gachó* que te camele  
bien puede buscar su vida.

Por pillar á uno en tu puerta  
ando que bebo los vientos:  
como lo llegue á pillar,  
tienes en tu puerta un muerto.

Si te veo hablar con otro,  
te lo juro por Jesús,  
que á la puerta de tu casa  
tiene de haber una cruz.

Si la mujer que camelo,  
otro me la camelara,  
sacara yo mi cuchillo  
y á los pies me lo dejara.

¿Para qué pides celos  
á tus cuidados,  
si has de rabiarse con ellos  
si llego á darlos?

Días ha que lo verde  
me da inquietudes,  
porque mis esperanzas  
se han vuelto azules.

Si los hombres se calaran  
como se cala un melón,  
ya le hubiera yo calado  
á mi amante el corazón.

El corazón tengo herido  
y la sangre la provocho  
desde que te vi ayer tarde  
pelar la pava con otro.

Más quisiera verte, niña,  
embarcadita en el mar,  
que no pasar por tu puerta  
y verte con otro hablar.

Quisiera abrir en tu pecho  
una pequeña ventana  
para ver tu corazón  
con quién comunica y trata.

No siento que en tu casa  
entre ó no entre,  
¡que se siente á tu lado  
sí que se siente!

Yo no sé lo que haga  
con unos celos,  
que estoy ya para darlos  
por no tenerlos.

Yo te quiero y no quiero,  
que son dos cosas,  
yo te quiero, y no quiero  
que hables con otra.

Son los celos el tronco  
de la firmeza:  
no puede querer mucho  
quien poco cela.

Si supiera ó entendiera  
que otro mozo te procura,  
debajo de tu ventana  
le abriera su sepultura.

La furia de un celoso,  
dice Cupido,  
no es aborrecimiento,  
sino cariño.





## QUEJAS

---

Todavía no soy tuya,  
picarillo, ¿y me amenazas?  
Mira que tengo en mi huerto  
la flor de la calabaza.

---

Ayer al entrar en misa  
te vi casada con otro:  
¡quiera Dios que á lo pasado  
no vuelvas nunca los ojos!

---

En mi juventud jamás  
pudo sujetarme el hierro,  
mas ahora me sujeta  
una mujer con el dedo.

---

Si no me querías,  
¿por qué me llamabas?  
Para achicharrarme el corazoncito  
en vivitas llamas.

---

Tú te fuiste por tu gusto,  
nadie te ha echado á la calle:  
ahora para hablar conmigo  
necesitas memoriales.

---

Fundida como campana  
es menester que estuvieras  
para que sin recelarme  
á tus querer volvieras.

---

Yo ya te voy á dejar,  
porque no tengo qué darte:  
considera, compañera,  
si mis fatigas son grandes.

La maldición que te echo  
desde hoy en adelante,  
es que el dinero te sobre,  
pero que el gusto te falte.

---

Por aquella cruz bendita  
que está en aquella pared,  
que te has de quedar en blanco  
como pliego de papel.

---

Mi corazón enfermó  
de la pena que le dieron;  
la pena y quien se la dió  
la penará en los infiernos.

---

Cuando más firme te quiero,  
tú aborreciéndome vas;  
ya que así me has olvidado,  
como pagas cobrarás.

---

A la mar te pareces  
en enojarte,  
porque la mar se enoja  
sólo del aire.

---

Tienes una carita  
de San Antonio,  
y una condicioncita  
como un demonio.

Acuérdate, mi vida,  
cuando algún tiempo  
me dijiste llorando:  
— Por ti me muero.

¡Válgame Dios, mi vida,  
qué ingrata que eres!  
Mil finezas me has hecho,  
y una no quieres.

¿Qué te han hecho mis ojos,  
que no los miras  
con aquel cariñito  
que tú solías?

Anda y pregúntale á un sabio  
cuál de los dos perdió más:  
tú perdiste la vergüenza,  
yo perdí mi libertad.

Tú me dices que soy loco,  
yo te confieso que sí;  
que si loco no estuviera,  
¿cómo te quisiera á ti?

Ya no te quiero, no, no;  
ya no te quiero, ni verte;  
que has de ser mi perdición  
y la causa de mi muerte.

Tu falsa correspondencia  
puso fin á mi alegría.  
Es verdad que no te quiero;  
no me hables más en tu vida.

Porque sabes que te quiero,  
tú te haces de rogar:  
tanto tiras de la cuerda,  
que al fin se vendrá á quebrar.

Si me quieres, dímelo,  
y si no, desengañarme:  
como se mudan los tiempos,  
se mudan las voluntades.

Ven acá y haremos paces,  
que no es razón, vida mía,  
que entre dos finos amantes  
esté la amistad perdida.

Confieso que eres linda,  
mas por lo mismo,  
porque el pero no falte,  
no tienes juicio;  
y así te advierto  
que, si eres más juiciosa,  
no tendrás pero.

Tú me estás dando lugar  
á que eche la capa al toro  
y que tire de la manta  
y que se descubra todo.

Tú pensabas engañarme  
con palabras melositas;  
pero me parió mi madre  
más pícara que bonita.

Esta gitana está loca,  
loca que la van á atar,  
que lo que sueña de noche  
quiere que salga verdad.

Parece que jugamos  
al escondite:  
te busco y no te encuentro,  
corazón triste.

La desgracia me sigue,  
según voy viendo,  
pues cuando yo te busco,  
tú vas huyendo.

Dime, ¿por qué motivo  
de mí te apartas?  
Dímelo, dueño mío,  
porque me matas.

¿De qué sirve el cariño  
que yo te tengo,  
si tú me pagas siempre  
con mil desprecios?

Si con hambre castigas  
á quien te ama,  
advierte que el desmayo  
quita la gana.

Tú me das esperanzas,  
mas no me dices  
el día que mis ansias  
serán felices.

La cinta que me diste  
por esperanza,  
tan corta fué, mi dueño,  
que no me alcanza.

No me trates de burlas,  
sino de veras,  
pues aquéllas me enojan  
y éstas me alegran:  
que las mujeres,  
si tratan de casarse,  
las veras quieren.

Si el hablar te costara  
tanto trabajo  
como el ser generosa,  
no hablaras tanto;  
pero tú tratas  
de ser muy dadivosa  
sólo en palabras.

Compañera de mi alma,  
algún día querrá Dios  
que la fortuna se vuelva  
y pases por mi dolor.

Algún día llorarás  
cuando ya no haya remedio:  
me verás y te veré...,  
pero no nos hablaremos.

Ya sé yo que en este mundo  
de estorbo te estoy sirviendo:  
anda con Dios, compañera,  
que ya me echarás de menos.

Déjala que vaya y venga  
al pilarillo por agua,  
que puede ser que algún día,  
en el pilarillo caiga.

Échale tú á mi caballo  
hojitas de limón verde,  
que puede ser que algún día,  
serrana, de mí te acuerdes.

Es preciso, compañera,  
que nuestro querer se acabe;  
pongamos tierra por medio  
para que la gente no hable.

De aquí tengo que ausentarme,  
mi querer está en peligro,  
raíces va ya criando  
como en el suelo el olivo.

He sabido ya quien eres,  
conque cesen mis pesares;  
de mi devoción no esperes  
más incienso en tus altares.

La camisa de mi cuerpo  
pídela y te la daré;  
pero no por eso esperes  
que te vuelva mi querer.

Ya no quiero querer más,  
quiero seguir tu opinión,  
que un querer con mucho extremo  
es causa de perdición.

Dicen que tú no me quieres  
porque me ves chiquitito:  
pues mira, la gente compra  
por el aire el abanico.

¡Bien me dijeron á mí  
que tu querer era vano  
y que por fin pasaría  
como nube de verano!

¿Te acuerdas cuando pusiste  
tus manos sobre las mías,  
y llorando me dijiste  
que nunca me olvidarías?

¿Te acuerdas cuando dijiste  
en cierta conversación,  
que los montes se mudaban,  
pero tu firmeza no?

¿Te acuerdas que estando un día  
en mi pecho reclinado,  
de mi corazón sentiste  
los golpes acompasados?

Un amor tenía yo  
que me decía, llorando,  
que nunca me olvidaría,  
¡y ya me estaba olvidando!

¿De qué te sirve tener  
esta cara tan hermosa,  
si tiene tu corazón  
espinas como la rosa?

Acaba de quererme  
tarde ó temprano,  
no seas como el perro  
del hortelano.

Morena, tú me matas  
con tus rigores;  
quieres que paguen justos  
por pecadores.

Ó finges ó no finges,  
tirano dueño:  
si finges, acabóse;  
si no, acabemos.

Una cición componen  
tu amor y el mío,  
yo con la calentura,  
tú con el frío.

Camaradita del alma,  
usted no sabe querer:  
las mujeres se manejan  
con la puntilla del pie.

El querer que puse en ti  
tan firme y tan verdadero,  
si lo hubiera puesto en Dios,  
hubiera ganado el cielo.

Con venderte no me pagas  
lo mucho que te he querido,  
aunque tu cuerpo valiera  
valor de treinta navíos.

No quiero que me des gloria,  
porque no la he merecido;  
lo que quiero es que me pagues  
el tiempo que te he querido.

Vamos á ajustar la cuenta  
del tiempo que te he querido:  
me darás carta de pago  
y yo te daré recibo.

No tienes que comparar  
tu voluntad con la mía,  
que es sin fin mi voluntad  
y la tuya duró un día.

Escribistes en la arena  
y firmastes en la mar;  
el viento fué tu correo:  
¡vaya una seguridad!

Aquella firmeza tanta  
y aquel ponderar amor,  
aquel no vivir sin verme,  
¡qué pronto se te acabó!

Sólo porque te alivies  
pienso ausentarme,  
pues sin duda mi vista  
causa tus males;  
y esto lo infiero  
de que á quejarte empiezas  
así que llego.

Se parece á los olmos  
el amor tuyo,  
que todo es hojarasca,  
pero sin fruto;  
y yo no quiero  
árbol que no da fruto  
para mi huerto.

Siempre estás inventando  
dos mil embustes,  
mas fingir que me quieres  
no se te ocurre:  
¡buena desgracia  
no encontrar quien me quiera  
siquiera en chanza!

Si olvidarte fuera fácil,  
bien te olvidaría yo;  
mi corazón gozaría  
la libertad que perdió.

Pues los cariños te ofenden,  
le pido á Dios de los cielos  
que de aquel á quien estimas  
tengas que sufrir desprecios.

—  
Todo el mundo me lo dice,  
que yo me tengo la culpa  
de amar á quien no me ama,  
buscar á quien no me busca.

—  
Es el querer que me tienes  
piedra que cae de lo alto,  
que en una parte da el golpe  
y á mí viene de rechazo.

—  
El avefría en el campo  
claramente dice: «Nieve;»  
y eso lo dice por ti,  
sabiendo que á nadie quieres.

—  
Esclavo de unos ojos  
fui largo tiempo:  
pretendía favores,  
logré desprecios;  
y en mi desgracia  
ni aun me queda el alivio  
de la esperanza.

—  
Si yo me hubiera sabido  
que era tu pecho traidor,  
no me hubiera yo embarcado  
en tan mala embarcación.

—  
Una escopeta en que yo  
tenía mi confianza,  
al fin me dió gatillazo:  
¿qué será las que son falsas?

—  
Tengo que hacer un castillo  
encima de un alfiler  
y ha de tener más firmeza  
que ha tenido tu querer.

—  
De la torre de mis gustos  
en lo más alto me vi;  
fueron los cimientos falsos,  
y en lo profundo caí.

¡Mal haya el amor, mal haya,  
y quien del amor se fía,  
que puse yo mi querer  
en quien no lo merecía!

—  
Yo tuve un árbol sembrado  
y regado con querer,  
y á lo mejor se ha secado:  
¡mal haya quien quiere bien!



—  
Me dijiste que era fea;  
al espejo me miré:  
algún salerillo tengo,  
á algún tonto engañaré.

—  
Arbolito, te secaste  
teniéndlo el agua en el pie,  
en el tronco la firmeza  
y en las ramas el querer.

—  
Cuando bien te parecí,  
¡con qué ojitos me miraste!  
¿Quién te ha hablado mal de mí  
que tan pronto me olvidaste?

¡Mal haya este pecho tierno  
que tanto te ha idolatrado;  
mientras más enternecido,  
ha sido más despreciado!

Te fuiste y me abandonaste  
cuando yo más te quería:  
no hubieran hecho otro tanto  
los moros de Berbería.

Dicen que ya no me quieres,  
tú me vendrás á buscar  
como el agua busca al río  
y el río busca á la mar.

De enojada y quejosa  
tú punto haces;  
he de hacer, si me apuras,  
punto y aparte:  
sufrir no puedo  
el paréntesis largo  
de tus desprecios.

Nuestro trato y cariño  
nadie lo entiende;  
tú eres *galán fantasma*,  
yo *dama duende*;  
y estos amores  
serán dentro de poco  
*secreto á voces*.

¡Ay de mí que te amo!,  
¡ay que te quiero!,  
¡ay que tú me aborreces!,  
¡ay que yo muero!  
Reniego en vano  
de quien soy, de quien eres  
y de mi estado.

Yo me enamoré del aire,  
del aire de una mujer;  
como la mujer es aire,  
en el aire me quedé.

Corazoncito leal,  
bien te lo decía yo  
que te habían de olvidar,  
y tú decías que no.

Corazón, te lo decía  
que vivías engañado,  
y vives aborrecido  
pudiendo ser estimado.

Mi corazón tú lo tienes,  
dámelo si no te sirve;  
se lo daré á otra paloma  
que con su calor lo abrigue.

Alza la voz, pregonero,  
y di lo que yo dijere:  
«¿Quién me compra un corazón  
despreciado de mujeres?»

»A la una y á las dos,  
á las tres, ¡que se remata!  
¿Quién me compra un corazón  
despreciado de una ingrata?»

Tú te ves elevada  
y yo abatido,  
señal que estuve en alto  
cuando he caído;  
y espero ver  
cómo después alguno  
te hace caer.

En la escuela de amores  
soy principiante;  
dame lecciones, niña,  
para no amarte:  
pues te aseguro  
que, como salga de ésta,  
seré buen tuno.

Yo no puedo negarte  
que te he querido:  
fué una pasión honesta  
y amor novicio:  
no he profesado,  
que es religión estrecha  
la del casado.

¿Para qué me dijiste  
rosa temprana,  
si soy la más tardía  
que hay en la rama?

Déjala que cante y ría  
y de mis penas se goce,  
que puede ser que algún día  
lágrimas de sangre lllore.

Algún día tu caerás  
en aquel yerro que hiciste;  
cuando quieras no podrás  
recobrar lo que perdiste.

Con el corazón partido  
llorando gotas de sangre,  
y arrastrando por los suelos,  
has de venir á buscarme.

Vestida de negro luto  
te he de encontrar en la calle,  
y me has de pedir por Dios,  
compañera, que te hable.

De tu maldita lengua  
quiero un guisado,  
que tu lengua maldita  
me ha deshonrado.

Es más grande mi querer  
que la voluntad de Dios;  
porque Dios no te perdona  
lo que te perdono yo.

Toma el camino de Roma,  
con el Padre Santo habla,  
y dile que te perdone  
que has querido á dos hermanas.

Dios perdona á quien fué causa  
de mis trabajos perdidos,  
y advierte que con la vara  
que mida ha de ser medido.

Aunque en una cruz te pongas,  
para mí acabaste ya;  
porque quisistes á un tiempo  
con dos barajas jugar.

Eres como la veleta  
que está encima de la torre:  
viene un viento y otro viento,  
y á todos les corresponde.

Tu querer es como el toro,  
que adonde lo llaman va;  
el mío como la piedra,  
donde la ponen se está.

Tu querer es como el charco,  
el mío como la fuente:  
sale el sol, se seca el charco  
y la fuente permanece.

Tu querer lo he comparado  
con los pesos de la carne,  
que aunque los den muy corridos,  
nunca resultan cabales.

Tu querer lo he comparado  
con el correo de Vélez,  
que en cayendo cuatro gotas,  
se le mojan los papeles.

Te has vuelto en poco tiempo  
tan embustera,  
que aunque la verdad busques,  
ya no la encuentras:  
que es delicada,  
y á quien no la respeta  
vuelve la cara.

Favores y desprecios  
no los archivo,  
que los doy al instante  
que los recibo.  
De esta manera  
le pago á cada uno  
con su moneda.

En el jardín de tu pecho  
jardinero soy de amor,  
y cuando yo le cultivo,  
todo el fruto queda en flor.

Déjame, prenda, por Dios,  
platicar aunque sea pobre;  
que un grillo vale dos cuartos,  
y con todo, se le oye.

Corre, ve y dile á tu madre  
que no hable mal de mí,  
que pérdidas y ganancias  
todas caerán sobre ti.

Contigo, siempre contigo,  
contigo y hasta morir;  
pero con tu madre no,  
porque ha hablado mal de mí.

Me han dicho que andas haciendo  
pesquisas de mi linaje;  
¡como si tú descendieras  
de algunos Abencerrajes!

Serás dueña de mi vida,  
si sabes corresponder;  
sólo temo la mudanza,  
porque al fin eres mujer.

¿Cómo quieres que navegue  
un barco que está en la playa?  
¿Cómo quieres que yo quiera  
un cuerpo que está sin alma?

Me solicitas cobarde,  
me amas y te retiras;  
tiras la piedra y escondes  
la mano con que la tiras.

Yo no te solicité;  
recuerda que me buscaste,  
te marchaste por tu gusto,  
y volviste sin llamarte.

Fuiste mi primer amor,  
tú me enseñaste á querer;  
no me enseñes á olvidar,  
que no lo quiero aprender.

Como estoy ciego por ti,  
me estás poniendo con maña  
tus encantos por delante  
para que tropiece y caiga.

Si río, me desprecias;  
si lloro, cantas;  
si canto, no me atiendes;  
si te hablo, callas.  
¡Dolor funesto!,  
¡cada vez el cariño  
muda de afectos!

Yo vivo de lo que como,  
y bebo lo que me dan;  
pero masco algunas cosas  
que no las puedo tragar.

De la retama la rama,  
del saúco la corteza,  
no son cosas más amargas  
que amor donde no hay firmeza.

Entre todos sus vasallos  
no ha conocido el amor  
mujer más falsa que tú,  
ni hombre más firme que yo.

Eres una y eres dos,  
eres tres y eres cuarenta,  
eres iglesia mayor  
donde todo el mundo entra.

Porque te vi desde lejos,  
por eso te quiero tanto;  
haces bien en no acercarte:  
de cerca pierde lo falso.

Una serrana me ha dicho,  
de tu misma serranía,  
que ningún hombre pequeño  
puede hacer buenas partidas.

A mí no me queman chispas  
de la más ardiente fragua,  
las que me queman á mí  
son tus partidas serranas.

Mientras más caricias me haces,  
más en confusión me pones;  
porque tus caricias son  
vísperas de tus traiciones.

Por ser tú tan mirado  
quieren casarme:  
¡fuego de Dios en hombre  
que es tan cobarde!

Los martirios que le dieron  
los judíos á un *divé*,  
esos te mereces tú  
porque no sabes querer.

Quiera Dios que en donde pongas  
 todos tus cinco sentidos  
 le paguen á tu querer  
 como tú pagas al mío.

¡A qué precio tan costoso  
 dispones de mi amistad!  
 Si una hora me das de gusto,  
 me das ciento de pesar.

Compañerilla del alma,  
 esta gitanilla perra  
 me trae mortificado  
 queriendo que no la quiera.

Compañerita del alma,  
 yo no sé por qué motivo  
 lo hace tan malamente  
 esta gitana conmigo.

A ninguna en este mundo  
 he querido más que á tí;  
 que tú no lo reconozcas,  
 ese es mi mayor sentir.

Tu persona no es persona,  
 tu persona es un castigo,  
 tu persona no se enmienda,  
 si no se viene conmigo.

Hasta al sabio Salomón  
 yo le conté tus partidas,  
 y me respondió llorando:  
 «No paga ni con la vida.»

Como sé que te mudas  
 á todos aires,  
 no suspiro, mi vida,  
 por no mudarte:  
 que aunque es muy leve,  
 el aire de un suspiro  
 mudarte puede.

Aquellas palabritas  
 que me dijiste,  
 si no fueran falaces,  
 fueran felices;  
 y de este modo  
 no las creo yo tanto,  
 que no soy tonto.

Ya conozco tus tramas  
 y tus designios,  
 pues ya sabes, ingrata,  
 que por el hilo...

Y no lo extrañes,  
 pues eres un ovillo  
 de falsedades.

Todas mis esperanzas  
 olas parecen,  
 que montes aparentan  
 y espumas mueren;  
 y tu inconstancia  
 es también por las olas  
 representada.

Amor mío, vienes tarde  
 y luego te vas temprano.  
 ¿De qué me sirven á mí  
 visitas de cirujano?

Toda la noche al sereno  
 cantando porque te asomes,  
 y no he podido lograr  
 que respondas á mis sonos.

Me dijiste: «Luego bajo,»  
 y te fuistes á dormir:  
 te esperé toda la noche,  
 y no quisiste venir.

Resaladita del alma,  
 anoche en tu puerta estuve,  
 estabas á la ventana  
 y no me dijiste: «sube.»

¿Constante no te adoré?,  
 ¿y fino no te serví?,  
 ¿no hice cuanto fué tu gusto?  
 ¿Pues por qué me olvidas, di?

Yo no sé por qué motivo  
 me olvidas á sangre fría,  
 cuando se le toma ley  
 á un perrillo que se cría.

Camaradita del alma,  
 usted no sabe querer:  
 por una cosa tan leve  
 no se olvida á una mujer.

¡Al cabo de tanto tiempo  
que mi corazón te amó  
has tenido atrevimiento  
para decirme que no!

¡Ay, por Dios, que eso es matarme,  
eso es quitarme la vida,  
eso es echarme á la calle  
como cosilla perdida!

El corazón tengo herido  
de una puñalada tuya,  
de ver que me has olvidado  
sin tener causa ninguna.

Por haberte yo querido,  
quisiera que te casaras  
con otra mejor que yo,  
y de mí no te acordaras.

Permita Dios que te vea  
en un calabozo obscuro,  
y que pase por mi mano  
todo el alimento tuyo.

Aunque pase más fatigas  
que clavos tiene una puerta,  
anda con Dios, compañero,  
que el mundo da muchas vueltas.

En el querer no hay venganza,  
y te has vengado de mí;  
si no hay castigo en la tierra,  
del cielo te ha de venir.

Quisiera que Dios me oyera,  
y que las piedras hablaran,  
y que el castigo viniera  
como yo lo deseara.

Por quererte, mala hembra,  
eché mi cuerpo á perder:  
el que en mala tierra siembra,  
mal fruto puede coger.

En los libros del olvido  
manda mi Dios que te ponga,  
porque tu querer ha sido  
como cangilón de noria.

Otras veces mi capote  
andaba en el contrabando  
arropándote de noche,  
¡y ahora me preguntas cuándo!

En mi vida solicito  
al que de mí se retira;  
que he tomado por venganza  
olvidar á quien me olvida.

Me quisistes y te quise,  
me olvidaste y te olvidé:  
los dos tuvimos la culpa,  
tú primero y yo después.

Por querer á un serafín,  
olvidé á un hermoso cielo:  
dos glorias no puede haber,  
volvamos á lo primero.

Anda con Dios, mala sangre;  
ya se te ha cumplido el gusto  
de encontrarme por la calle  
todo vestido de luto.

Debajo de tu ventana  
hay un ramito de olivo,  
un manojito de esparto  
y un sarmiento florecido.

El esparto es que me aparto,  
el olivo que te olvido,  
el sarmiento me arrepiento  
del tiempo que te he querido.

Allá va mi corazón  
metido en un azafate:  
no me lo niegues, traidora,  
que algún día fuí tu amante.

Si en el transcurso del tiempo  
en la calle me encontrases,  
á Dios le pido, alma mía,  
que te pares y me hables.

Aunque vayas y te bañes  
en el agua del romero,  
no se te quita la mancha  
de los amores primeros.

Anda, vete por el mundo,  
hombre que ya me dejaste;  
ya no tienes qué pedirme,  
ni yo tampoco qué darte.

Yo te quiero, tú á mí no;  
yo te amo, tú me aborreces;  
yo te trato con cariño,  
y tú á mí con esquiveces.

Te quise porque te vi  
y te vi porque Dios quiso,  
y al ver cuán poco me quieres,  
me pesa de haberte visto.

Mi vida la escribiré,  
y la llevaré á la imprenta,  
y á voces publicaré  
lo que tu querer me cuesta.

En el fuego en que me abraso  
te quisiera ver arder,  
para que sepas, ingrata,  
lo que cuesta un buen querer.

¡Ya no te acuerdas de mí,  
corazón de piedra dura,  
sabiendo que yo por ti  
paso ratos de amargura!

Si fueras serrana pura  
y tuvieras buena sangre,  
te pusieras la mantilla  
y vinieras á buscarme.

Si de mi cuerpo sacaran  
la sangre por cuarterones,  
no lo sentiría tanto  
como siento tus razones.

Yo no sé ya lo que hacerme  
atento de tu querer,  
si lo deje por la mano  
ó si me pierda por él.

Yo te iré sobrellevando  
hasta que no pueda más;  
que muchas gotas de cera  
hacen un cirio pascual.

Anda, vete, que no quiero  
pasar por ti más fatigas;  
te portas como quien eres:  
¿qué más quieres que te diga?

Si porque te ves querida  
me niegas la voluntad,  
yo he visto una casa nueva  
derribarla un vendaval.

Si porque te ves querida,  
haces de mí lo que haces,  
mira que Dios no es tan viejo,  
que todos los años nace.

Con cuatro letras vivo,  
con cinco muero,  
con siete me cautivan,  
con doce peno;  
y son la causa  
amor, celos, finezas,  
desconfianza.

Tres prodigios muy raros  
admiran todos:  
tu hermosura es el uno,  
mi amor el otro,  
y es el tercero,  
que tu nieve no pueda  
calmar mi fuego.

Si quieres que te lo diga,  
te lo diré en dos razones:  
eres hombre de dos caras  
y de malas condiciones.

Aunque te pongas en cruz,  
no te tengo de creer,  
porque ya sé lo que valen  
juramentos de mujer.

El querer que me tenías  
en una rama quedó;  
vino un fuerte remolino,  
rama y tronco se llevó.

Si me quieres escribir,  
yo te diré dónde vivo:  
en la calle de Firmeza,  
donde tú nunca has vivido.

Ya yo no vivo en la calle  
donde usted me conoció;  
ahora vivo en la plazuela  
del Desengaño mayor.

Pareces una paloma  
cuando por la calle vas;  
con el meneo que llevas,  
¡á cuántos engañarás!

Me quisiste, me amaste,  
me has olvidado,  
y hoy vienes á buscarme:  
¡mujer al cabo!

Déjame pasar, que voy  
por agua á la mar serena  
para lavarme la cara,  
que dicen que soy morena.

Si quieres que yo te diga  
la pura de la verdad,  
mucho tienes de bonita,  
pero más de vanidad.

Eres Ana y eres vana,  
eres cardo, eres jazmín,  
eres buena y eres mala,  
eres diablo y serafín.

Eres una alabanciosa  
que, cuando vas á comprar,  
todo te cuesta más caro  
y dices que te lo dan.

Tú has hablado mal de mí,  
yo de ti no he dicho *ná*,  
que las campanillas suenan  
según tienen el metal.

Eres como la perdiz  
que por el pico se pierde,  
que te has dejado decir,  
salada, que no me quieres.

Te quiero, y me aborreces  
con tal porfía,  
que ni puedo ser de otra,  
ni tú ser mía.

Ya está el carro cargado  
de tus desprecios,  
mira no falte el eje  
del sufrimiento.

Ya me voy enfadando  
de tus quererres,  
que hay pocas ocasiones,  
y esas las pierdes.

¿Para qué me dijiste:  
«Toma mi alma,»  
si bebes en la fuente  
de la inconstancia?

Anoche estuve en tu puerta;  
tres golpes dí en el candado:  
para tener amor, niña,  
tienes el sueño pesado.

Eres la madre del sueño,  
hermosísima María;  
siempre que te vengo á ver,  
he de encontrarte dormida.

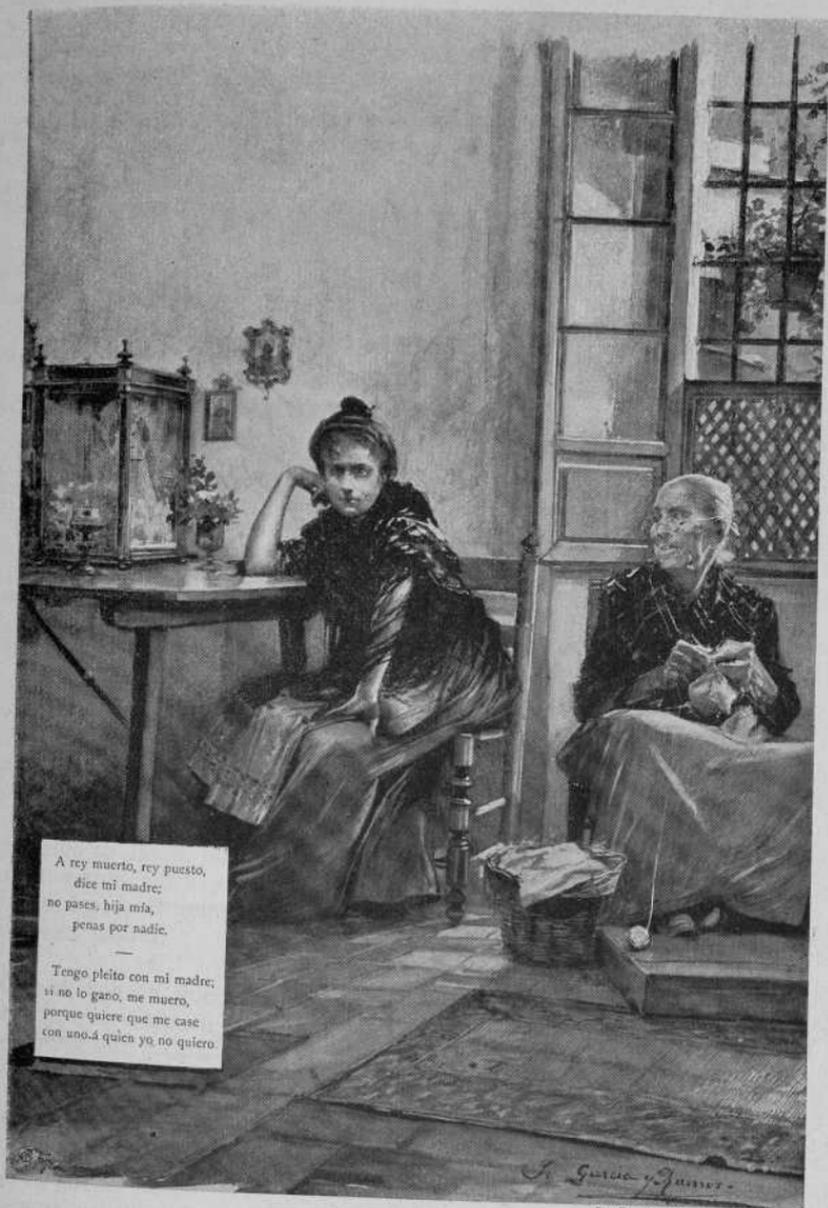
Una vez que vengo á verte  
al cabo de la semana,  
te encuentro triste y llorosa  
y me pones mala cara.

Me consumo la vida  
cuando te miro,  
pues te digo, y no entiendes  
lo que te digo.

El alma ya me duele  
de suplicarte  
que me des un remedio  
para olvidarte.

Como ves que yo me esmero  
en adorarte y quererte,  
por eso, claro lucero,  
me pagas tan malamente.

Si el querer bien se pagara,  
¡cuánto me fueras debiendo!;  
pero como no se paga,  
ni me debes, ni te debo.



A rey muerto, rey puesto,  
dice mi madre;  
no pases, hija mía,  
penas por nadie.

Tengo pleito con mi madre;  
si no lo gano, me muero,  
porque quiere que me case  
con uno. ¿quién yo, no quiero.

J. García Ramos dibujo



Como sabes, ángel bello,  
que yo me muero por ti,  
tienes el gusto cifrado  
en darme á mí qué sentir.

Cual nave combatida  
se halla mi pecho,  
nafragando en las olas  
de tus desprecios,  
con la esperanza  
que he de llegar al puerto  
de la bonanza.

Quien hubiese encontrado  
una esperanza,  
por Dios que me la vuelva,  
que me hace falta;  
mas... bien mirado,  
que se quede con ella  
quien la haya hallado.

¿Cómo quieres que le diga  
á tu madre «madre mía,»  
ni á tus hermanas «cuñadas,»  
si tú no quieres ser mía?

¿Cuándo querrá Dios del cielo  
que mis deseos se cumplan?  
Según lo que yo voy viendo,  
será tarde, mal ó nunca.

Cuando te llamo, no vienes;  
cuando vienes, no hay lugar;  
así se nos pasa el tiempo,  
así se nos pasará.

Que sí, que no, que sería,  
que hoy, que mañana, que ayer,  
que ahora, que luego, que cuando...:  
¿quién diablos te ha de entender?

Estoy predicando en ti  
como padre misionero,  
y no te puedo traer  
á camino verdadero.

En el mundo no se ha visto  
mujer de mi *caliá*;  
que tengo el semblante alegre  
y la sangre *achicharrá*.

Toda la noche me tienes  
al sereno y al rocío,  
y luego por la mañana  
me preguntas si he dormido.

Si piensas que porque callo  
tus sinrazones no entiendo,  
advierte que aquel que calla  
hablará en llegando el tiempo.

Sólo quiero me digas  
si te ha quedado  
algún triste recuerdo  
de lo pasado;  
pero me temo  
que ya de tu memoria  
no serás dueño.

En tu corazoncito  
me diste un cuarto,  
y no pude barrerlo  
por tanto trasto.

Yo no lo quiero,  
á menos que no quites  
trastos de en medio.

Para que vuelva á quererte  
tú me tienes que traer  
escritos de puño y letra  
los informes de un *divé*.

Mira que poquito á poco  
vas pagando lo que debes:  
por tus malitas partidas,  
nadie en el mundo te quiere.

Te ha castigado un *divé*:  
eso te ha pasado á ti  
por no saberme querer.

Anda con Dios, amor mío,  
que yo sembraré en mi huerto  
la semilla del olvido  
y la flor del escarmiento.

¿Cómo quieres que tenga  
finos colores,  
si me los van quitando  
tus sinrazones?

¡Mal haya la veleta  
que el aire mueve!  
¡Mal haya quien se fía  
de las mujeres!

Es doctrina fingida  
de aquí adelante  
que una cosa produce  
su semejante:  
pues mi cariño  
en tu pecho produce  
sólo desvío.

¡Ay de mí, que enojada  
te considero,  
cuando pensé que nunca  
se airaba el cielo!

Bajo por la calle abajo,  
paso por tu puerta y digo:  
— Aquí vive la morena  
que algún tiempo me ha querido.

Cada vez que paso y miro  
donde mi amante vivió,  
me contento con la jaula,  
que el pájaro ya voló.

Por agravios que me hagas  
de ti no me vengaré,  
porque te vale el sagrado  
de haberte querido bien.

Cuando te encuentro en la calle,  
se me alegra el corazón:  
donde candela se hizo,  
siempre ceniza quedó.

Tienes de sol el rostro,  
cosa es segura;  
pero tienes el alma  
como la luna:  
y es cosa clara  
que, siendo el sol muy fijo,  
la luna es varia.

Desciendes de mala rama,  
no lo puedes remediar:  
las mujeres y caballos  
por casta se han de buscar.

Del jardín salen las rosas,  
de la marina los peces,  
de mi corazón traiciones  
para ti que las mereces.

Dentro de mi pecho tengo  
una mesa de cristal  
donde juegan á los naipes  
mi amor y tu falsedad.

Tengo yo un cofrecito  
donde ir echando  
todas las pesadumbres  
que me vas dando;  
pero algún día,  
si rompo el cofrecito,  
será la mía.

Tengo en el pecho escritas  
tus falsedades,  
tengo de publicarlas  
aunque te enfades;  
pues no creyera  
que me hubieses vendido  
de esta manera.

Si me has dado calabazas,  
me las comí con vinagre;  
pero los besos y abrazos,  
que te los quite tu padre.

Te tengo comparadita  
con las piedras de la calle,  
que las pisa todo el mundo  
y no se quejan de nadie.

Tienes el amor puesto  
con alfileres  
y tan pronto me dejas  
como me quieres.

Dicen que hay damas firmes,  
no sé cuál sea,  
pues la que me ha tocado  
se bambolea.

De los hábitos de Judas  
he de hacerte un delantal  
para que llesves delante  
insignias de falsedad.

Con mucho gusto te miro,  
con poco gusto me ves;  
mira, pues, si hay diferencia  
de tu amor á mi querer.

Si tienes un corazón,  
para amarme, tan de hielo,  
acércate, ingrata, al mío  
y verás como es de fuego.

Mi corazón se derrite  
de pena y de sentimiento  
de ver que tú no me quieres  
tanto como yo te quiero.

Ayer tarde me alargaste  
por la ventana un limón,  
lo partí, y estaba seco:  
¿está así tu corazón?

Si en tu casa no me quieren,  
á ti tampoco en la mía;  
nos iremos á una cueva,  
como Santa Rosalía.

¿De qué le sirve á tu madre  
machacar en hierro frío,  
si ha de tener á su lado  
lo que tiene aborrecido?

Se pone tu madre y dice  
que se alegra de mi mal;  
si la lengua se le balda,  
yo también me he de alegrar.

Tu gente no está gustosa  
de que me quieras á mí;  
no es ninguna penitencia  
que se tenga de cumplir.

Cada cual siente su pena,  
yo siento la mía doble:  
no me quieren en tu casa,  
porque dicen que soy pobre.

A la mar tengo de irme  
á llorar mi sentimiento,  
pues que puse mi querer  
en un molino de viento.

Puse al cielo una querella  
y respondieron los aires  
que mi querer no lo ponga  
donde firmeza no halle.

Yo no sé qué le dije,  
que ella lloraba:  
propiedad de mujeres,  
llorar por nada.

Tienes nubes como el cielo,  
mareas como la mar,  
mudanzas como los vientos,  
y luego te ha de pesar.

Deja las expresiones,  
muda el concepto,  
no des satisfacciones  
antes de tiempo.

Mira y discurre:  
satisfacción sin tiempo  
malicia arguye.

Te quise en la creencia  
de que tu pecho  
de tórtola tenía  
los sentimientos;  
pero ya miro  
que era tu amor el llanto  
del cocodrilo.

Mal haya quien me dió á mí  
tanto amor para quererte,  
y ahora para olvidarte  
son mis penillas de muerte.

Toma, niño, estos dos cuartos  
y dile á aquella mujer  
que quiero darla un consejo,  
porque la he querido bien.

Si en adelante no quieres  
hacer más caso de mí,  
la vida que me has robado  
me debes restituir.

Aunque ahora me desprecias,  
en algún tiempo fuí bueno;  
calla tú y callaré yo,  
y así los dos callaremos.

Ya yo he caído en desgracia.  
¡Paciencia!, ¡cómo ha de ser!  
Aunque yo santos pintara,  
diablos te han de parecer.

Otras veces era yo  
en tu casa el más querido,  
y ahora por mi desgracia  
soy el más aborrecido.

Ayer me dijiste que hoy,  
hoy me dices que mañana,  
y mañana me dirás:  
«Ya se me quitó la gana.»

Estoy, como San Alejo,  
debajo de la escalera  
esperando la ocasión,  
y la ocasión nunca llega.

Yo le he preguntado al Tiempo,  
y el Tiempo me contestó:  
— Ya vendrá tiempo en que tengas  
tiempo, lugar y ocasión.

— Dame un besito. — No quiero.  
— Dame un abrazo. — Tampoco.  
— Dame una puñaladita,  
dámela poquito á poco.

Siempre me echabas achaques  
para no salirme á hablar;  
lo que es tiempo te sobraba,  
te faltaba voluntad.

Tres veces me quisiste,  
tres me negaste;  
otro San Pedro fuiste,  
mas no lloraste.

Llegará ocasión  
que quizá cante el gallo  
de nuestra pasión.

Acuérdate, falsa, ingrata,  
del tiempo de cuando entonces  
bajabas descalza á abrimme,  
¡y ahora no me conoces!

Eres hermosa en extremo,  
pero tienes una falta:  
que en el campo hay varias flores,  
y tú también eres varia.

Si querrá Dios que concibas  
el desdén con que me tratas:  
con tus ojos me cautivas  
y con tus obras me matas.

Las sombras que me dices  
que te desvelan,  
serán de tus mudanzas  
las consecuencias:  
porque es muy propio  
en todos los culpados  
fingir enojos.

Me han dicho que tú has dicho  
que soy mudable:  
si yo soy la veleta,  
tú eres el aire:  
que la veleta,  
si el aire no la mueve,  
siempre está quieta.

Me llamas á la reja  
para decirme  
que la mujer es varia  
y el hombre firme;  
por el contrario,  
la mujer es muy firme  
y el hombre vario.

Es tu baile tan lindo,  
que me embelesa:  
si esto hacen las mudanzas,  
¿qué harán firmezas?  
Mas no te admire,  
que sólo en las mudanzas  
eres tú firme.

Hazme, mi bien, desdenes,  
que todo el tiempo  
que se tarda la dicha  
vive el deseo,  
y en mi amor noble  
suponen esperanzas  
más que favores.

Algún día era yo rey  
y ahora soy un mal vasallo;  
pudiendo yo gobernar,  
me están á mí gobernando.

Me has dicho que me quieres,  
dueño del alma;  
dímelo con las obras,  
no con palabras.

Como la lejía turbia  
es, mozueta, tu amistad,  
que nunca puede salir  
á puerto de claridad.

Puse al cielo una querella  
y respondieron los aires  
que mi querer no lo ponga  
donde firmeza no halle.

Tienes cara de buen mozo,  
cuerpo de corregidor;  
pero tienes una falta:  
que eres falso en el amor.

Me dijistes «¡agua va!»  
al tiempo que me la echaste:  
anda con Dios, picaronas,  
que bien que me remojaste.

Al principio de quererte,  
quien te conoce me dijo  
que de ti no me fiara,  
que eres falsa en el cariño.

Tu querer ya pongo en duda,  
porque me vienes haciendo  
las apariencias de Judas.

Soy más leal que el caballo,  
más humilde que la tierra,  
más carnícero que el lobo:  
trátame, pues, con cautela.

Mi corazón es leal  
para la persona tuya;  
el tuyo para mí no,  
que siempre va con segundas.

Dueño mío, no jures,  
que te condenas:  
si tienes otra dama,  
¿por qué lo niegas?

A tu querer lo comparo  
con la torre de Babel,  
que subió más de cien millas  
y al fin se vino á caer.

Se parece tu cariño,  
muchacha, á la golondrina:  
viene por la primavera  
y al invierno se retira.

Yo te quise una semana,  
no sabiendo, flamenquita,  
la leña que tú quemabas.

Yo soy aquel que murió  
y he vuelto á resucitar,  
y en el cementerio supe  
quién me quiso bien y mal.

Cuando en la calle te encuentro,  
te hago la ceremonia  
como si estuvieses muerto.

Yo estaba queriendo á un hombre  
un punto menos que á Dios:  
hizo una mala partida,  
de juro que no hace dos.

Este querer que te tengo  
es una locura grande:  
yo de ti no saco nada,  
lo que saco es condenarme.

Tú me estás dando lugar  
á que eche la capa al toro,  
y que tire de la manta,  
y que se descubra todo.

Tu querer y mi querer,  
aunque los rieguen con llanto,  
no pueden prevalecer.

Siempre mercándote peines  
y siempre despeinadita;  
gitana, di lo que tienes.

Eso no lo manda Dios:  
que tú te comas la carne  
y que roa el hueso yo.

Te enojas cuando te miro;  
si no te miro, te ofendes:  
de parte de Dios te digo  
que me digas lo que quieres.

Yo te estoy queriendo á ti  
con el más grande silencio,  
y tú me vas pregonando  
como aquel que vende lienzo.

No te afanes, compañera,  
por sacar fruto de mí,  
que al árbol que no se riega  
se le seca la raíz.

Como los torillos bravos  
tienes, gitana, el arranque:  
sólo te acuerdas de mí  
cuando me tienes delante.

Si el querer que puse en ti  
lo hubiese puesto en un perro,  
se viniera tras de mí.

El sereno de mi calle  
me quiere quitar la novia;  
ya se lo diré esta noche  
con el chuzo y las pistolas.

Serrana, si tú me quieres  
y me tienes voluntad,  
al gachón que te camele  
dile que no vuelva más.

Si quieres que yo te quiera,  
has de olvidar á quien amas;  
que sopitas añadidas  
las como de mala gana.

Por Dios te pido, bien mío,  
que cuando con otra estés,  
no le hagas los cariños  
que á mí me sueles hacer.

Ven acá, falsa y refalsa,  
falsa, te vuelvo á decir:  
el día que me vendiste  
¿cuánto te dieron por mí?

El que te quiero soy yo,  
y el que te lleva en el pecho;  
pero no quiero que quieras  
á ese que yo me sospecho.

En tu casa y con idea  
entra y sale cierto amigo:  
¿cómo quieres que yo crea  
que nada tiene contigo?

¿Qué tenías ayer tarde,  
que en la ventana llorabas?  
¿Te había dicho que no  
aquel que en la esquina estaba?

No siento haber perdido  
tanto una alhaja,  
como que ya no brille  
como brillaba:  
que en otra mano  
el color de sus perlas  
está empañado.

Si á otro, cuando me quieres,  
la mano das,  
cuando ya no me quieras,  
¿qué le darás?  
Mas no lo digas,  
que yo estaba creyendo  
que eras más fina.

Todas mis esperanzas  
se me han frustrado,  
pues te he visto esta tarde  
con otro al lado:  
yo te observaba,  
pero tú no atendías  
á mis miradas.

Todas cuantas finezas  
haces conmigo  
son prolijos ensayos  
de otro cariño;  
y yo no quiero  
vestirme con alhaja  
que es de otro dueño.

Si supiera ó entendiera  
que á otro quieres más que á mí,  
de puñaladas le diera  
y al rey me fuera á servir.

Lloro entre los halagos  
de una esperanza,  
y como es hembra, tengo  
desconfianza:  
pues en las hembras  
se encuentran más mudanzas  
que en las estrellas.

He de hacer un castillo  
con cuatro torres:  
esperanza, firmeza,  
celos y amores;  
y por remate  
he de poner la estatua  
de un firme amante.

Ven acá, mala gitana,  
¿qué es lo que quieres de mí,  
si ando pidiendo limosna  
porque no te falte á ti?

Si tienes quejas de mí,  
mátame, si te parece;  
pero no vuelvas la cara  
cuando en la calle me encuentres.

—Tienes, niña, una mañita,  
que te la vengo á reñir:  
que te quitas de la puerta  
en cuanto me ves venir.

—Si has notado que me quito,  
yo no me quito por ti,  
sino por tus amiguitos,  
que no tengan qué decir.

—Ya mis amigos lo saben  
que yo adoro tu persona;  
que tú te estés en la puerta  
es para mí una corona.

Olvidé padre y madre  
por ir contigo,  
y me dejaste sola  
por el camino.

No serás tú el primer hombre,  
ni yo la primer mujer,  
que se quieran y se olviden  
y se vuelvan á querer.

Piedra fuí, perdí mi centro,  
y me tiraron al mar;  
mas con la fuerza del tiempo  
mi centro volví á buscar.

Está mi amor tan gachón,  
que lo tengo comparado  
con los niños en la escuela,  
que siempre están enojados.

Dime, ¿no eres tú mi bien?,  
¿no eres tú mi cielecito?  
Dime, ¿qué te he hecho yo,  
que estás tan enojadito?

Por Dios te pido, mi bien,  
que no me propongas medio:  
ó márame de una vez,  
ó haz por mudar ese genio.

Si mi corazón pudiera  
hablar con tu corazón,  
en breve rato te diera  
de todo satisfacción.

Tú y yo nos parecemos  
mucho á la nieve,  
tú en lo blanca y lo fría,  
yo en deshacerme.

El jardín de mis gustos  
se ha marchitado  
con la fuerza del hielo  
que tú has sembrado.

Corazones partidos  
yo no los quiero,  
que cuando doy el mío,  
lo doy entero.

Corazón de leona  
tienes á veces:  
aunque me ves qué lloro,  
no te enterneces.

¿Qué haré yo con contarte  
todas mis penas,  
si aunque tú las escuches,  
no las remedias?

—  
Cuando te veo con pena,  
te digo: «Bien empleado;  
que no has querido tomar  
los consejos que te he dado.»

—  
Anda, vete, pero advierte  
que si para mí hay castigo,  
también para ti le habrá  
más riguroso que el mío.

—  
Si te adoro, me olvidas;  
si hablo, te enojas;  
si callo, te entristeces;  
si me voy, lloras.  
¡Oh amor supremo,  
todo eres tú distancias,  
todo tú extremos!

—  
Si te busco, te ausentas;  
si te hallo, riñes;  
si te riño, te alegras;  
si bailo, gimes.  
¡Terribles ansias!  
¿Quién hallará firmezas  
donde hay mudanzas?

—  
Si soy fino, tú ingrata;  
si amante, esquivas;  
si rendido, soberbia;  
si humilde, altiva;  
si fiel, tú falsa;  
si soy tierno, tú dura;  
si firme, varía.

—  
Tus ojos y los míos  
se miran y hablan,  
pero los corazones  
no se declaran;  
mas te prevengo  
que si tú no te explicas,  
yo no te entiendo.

—  
Yo soy serranita buena  
por todos cuatro costados:  
si tengo malas partidas,  
de ti se me habrán pegado.

Tan fácil es ver un hombre  
que tenga buenas partidas,  
como el hacer un bautizo  
en tierra de morería.

—  
De tu ventana á la mía  
me tirastes un limón:  
el limón cayó en el suelo,  
el agrio en mi corazón.

—  
Dentro de mi pecho tengo  
dos escaleras de vidrio;  
por una baja el amor,  
por otra sube el olvido.

—  
En medio de mis fatigas  
una maldición te eché:  
— La sal no te llegue al agua,  
si olvidas á tu querer.

—  
No me seas retrechera,  
que te habré de comparar  
con el reloj de Pamplona,  
que apunta, pero no da.

—  
Si me pagas con desdenes,  
seré como el ruiseñor,  
que me pondré entre las hojas  
á llorar mi perdición.

—  
Permita Dios de los cielos  
que como me matas mueras,  
y que te vean mis ojos  
querer sin que á ti te quieran.

—  
Dime ya si me quieres  
ó si me engañas,  
porque no me alimento  
con esperanzas:  
maduran tarde,  
y entretanto yo puedo  
morirme de hambre.

—  
Vivo con la esperanza  
de un desengaño,  
pero el tiempo se pasa  
y aún no le hallo;  
y si esto dura,  
aún peor que la herida  
será la cura.

Se ha marchitado el árbol  
de mi esperanza:  
un traidor le ha cortado  
sus verdes ramas;  
pero él no advierte  
que, mudando terreno,  
mejor florece.

Si mi amante fuera amante  
que me supiera estimar,  
tengo yo para mi amante  
un corazón muy leal.

La hierbabuena se cría  
en la corriente del agua.  
¿Para qué me quieres hoy,  
si me has de olvidar mañana?

Si me has de olvidar mañana,  
olvidame luego al punto,  
porque yo quiero que sea  
el llanto sobre el difunto.

No sé cómo tienes manos  
para lavarte la cara  
ni peinarte los cabellos,  
sabiendo lo que me pasa.

Que quiera el que disfruta  
no es cosa nueva;  
el quererte sin verte  
sí que es fineza;  
porque hoy en día  
la mudanza en ausentes  
es ley precisa.

A la luna parece,  
Laura, tu afecto,  
que tiene mil mudanzas  
y mil aspectos;  
sé luna llena,  
y deja los manguantes,  
porque te afean.

Anda, ve y dile al maestro,  
al que te enseñó á querer,  
que te vuelva tu dinero,  
porque no te enseñó bien.

Te has hecho, vida mía,  
tan miserable,  
que niegas que te quiero  
por no pagarme;  
pero esta deuda  
te perdono gustoso  
como me quieras.

¿Cómo quieres que te tenga  
una firme voluntad,  
si eres venta de camino,  
que á todos posada das?

Compadécete de mí,  
que tienes el corazón  
más duro que las columnas  
del templo de Salomón.

Tengo pasadas por ti  
más penas y más fatigas  
que pasan los marineros  
en el Callao de Lima.

Por ti no tengo sosiego,  
por ti no duermo ni como,  
y aunque ves que estoy muriendo,  
te desentiendes de todo.

La guitarra y la escopeta  
las acabo de vender;  
de todo tiene la culpa  
el querer á esa mujer.

No me mates quejosa,  
mátame bella,  
que, armada de hermosura,  
sobra la queja;  
y es suficiente  
para que tú me mates  
sólo yo verte.

De los cuatro elementos  
tres me acompañan:  
ardo, suspiro, lloro...,  
tierra me falta.  
¡Ay, dueño ingrato,  
la tierra que me falta  
vas preparando!

Agua tengo en los ojos,  
 sangre en los labios,  
 y el corazón herido  
 de tus agravios;  
 pero la cura  
 ha de ser á tu costa,  
 si este mal dura.

Siempre al tercero día  
 vienes á verme:  
 dime si son tercianas  
 lo que padeces;  
 pues manifiestos  
 los males, ya se curan  
 con más acierto.

A mí no me gustan plantas,  
 mozo bueno, escuche usted:  
 lo que me gustan son obras.  
 y esas no las tiene usted.

Una palabra me diste  
 que nunca me cumplirás;  
 yo sí cumpliré la mía  
 de no olvidarte jamás.

Aunque en una cruz te pongas  
 vestido de Nazareno  
 y las tres caídas des,  
 en tus palabras no creo.

La palabra que me diste  
 á la orilla de la fuente,  
 como fué cerca del agua  
 se la llevó la corriente.

La vara de San José  
 todos los años florece:  
 la palabra de los hombres  
 en nada se le parece.

Algún día, algún día  
 fuí yo tu amante,  
 y ahora me voy quedando  
 de sobrestante.

¡Mal haya el gitanillo  
 que culpa tiene  
 de no ser yo la reina  
 de las mujeres!

Si me quieres de balde,  
 toda soy tuya,  
 pero por el dinero,  
 cosa ninguna.

El amor todo lo puede,  
 dice un refrán, y es así;  
 tú me dices que no puedes,  
 luego no hay amor en ti.

Si estás en la puerta, cierras;  
 si en la ventana, te escondes;  
 dime qué te he hecho yo,  
 que tan mal me correspondes.

Toda la noche me tienes  
 en conversaciones varias,  
 y luego al amanecer,  
 con un suspiro me engañas.

La guitarra sin prima  
 suena quejosa,  
 como estoy yo contigo  
 por cierta cosa.

El alma tengo llena  
 de confusiones  
 desde que me dijiste  
 ciertas razones.

Por entre espinas y abrojos  
 descalzo me atrevo á entrar  
 sólo por quitarte enojos  
 y volver á tu amistad.

Hasta los árboles sienten  
 que se les caiga la hoja:  
 ¿cómo quieres que no sienta,  
 morena, cuando te enojas?

Por aquella cruz bendita  
 que hay en aquel campanario,  
 que me vuelvas á querer,  
 que con otra no me apaño.

Hasta el corazón me duele  
 de rogarte con la paz;  
 pero tú quieres la guerra,  
 y luego te ha de pesar.

Yo no sé lo que tú tienes,  
ni si te han dado consejos;  
que no encuentro tu querer  
como estaba de primero.

Del cielo caiga una piedra  
que pese cien mil quintales  
y le rompa la cabeza  
á quien quiebra voluntades.

Ya vienen las aguas turbias,  
mañana se aclararán:  
el amor que ha sido firme  
á su tiempo volverá.

Dicen que la mar es grande  
y caben muchos navíos,  
¡y en ese pecho no puede  
caber un recuerdo mío!

Válganme las tres Marías  
y el Cristo del Gran Poder:  
¡tanto como me querías,  
y ya no me puedes ver!

Quise bien y aborrecí,  
que no es delito en quien ama;  
que cuando yo aborrecí,  
más que aborrecido estaba.

Cuando hables de mi persona,  
no digas que me has querido;  
di que fué un capricho sólo  
que los dos hemos tenido.

Compañerilla del alma,  
por la salud de tu madre,  
lo que pasó entre los dos  
no se lo cuentes á nadie.

No me mires, que me matas,  
con esos ojos tan tristes,  
porque se me representa  
el mal pago que me diste.

Como la memoria es frágil,  
no recuerdo si te quise;  
pero recuerdo, serrana,  
el mal pago que me diste.

En busca de firmezas  
mi amor andaba,  
y encontró un desengaño  
que no buscaba.

Eres mujer, y fueras  
materia rara,  
si firmeza en tu pecho  
mi fe encontrara.

Si compras el sombrero,  
cómpralo fino,  
y ponle galón falso,  
como tú has sido.

Si quieres que te quiera,  
dame fianza,  
pues de ti no me fío,  
que eres muy falsa.

Si quieres que te quiera,  
dame primero  
fianzas con que pueda  
pedirte luego.

Muchachos, apedreadme;  
salid, perros, y mordedme,  
que una niña de esta calle  
me ha dicho que no me quiere.

A todos les da claveles  
la morena de la plaza,  
á todos les da claveles,  
y á mí me da calabazas.

La flor de la calabaza  
es una maldita flor  
que se la dan á los hombres  
á la mejor ocasión.

Las calabazas de mayo  
dicen que son las tempranas,  
y yo se las di á mi amante  
en abril una mañana.

Si me diste calabazas,  
me las comí con pan tierno;  
más quiero las calabazas  
que una mujer sin gobierno.

Por la calle venden juicio;  
di á tu madre que te compre,  
porque más falta te hace  
que á una ventana los goznes.

---

Mi padre y mi madre son  
los dueños de mi persona;  
si te he dado calabazas,  
amante mío, perdona.

---

Porque anoche no vine,  
te has ofendido;  
ya no siento yo tanto  
no haber venido:  
pues satisfecho  
de que tú lo sentiste,  
menos lo siento.

---

No dupliques los males  
á mis fatigas,  
que está de más la muerte  
donde no hay vida.

No me mires de lado,  
que es de traidores;  
mírame cara á cara,  
que es de señores.

---

Me puse á ahondar un pozo  
con mucho gusto y placer:  
salióme amarguilla el agua,  
le eché tierra y lo cegué.

---

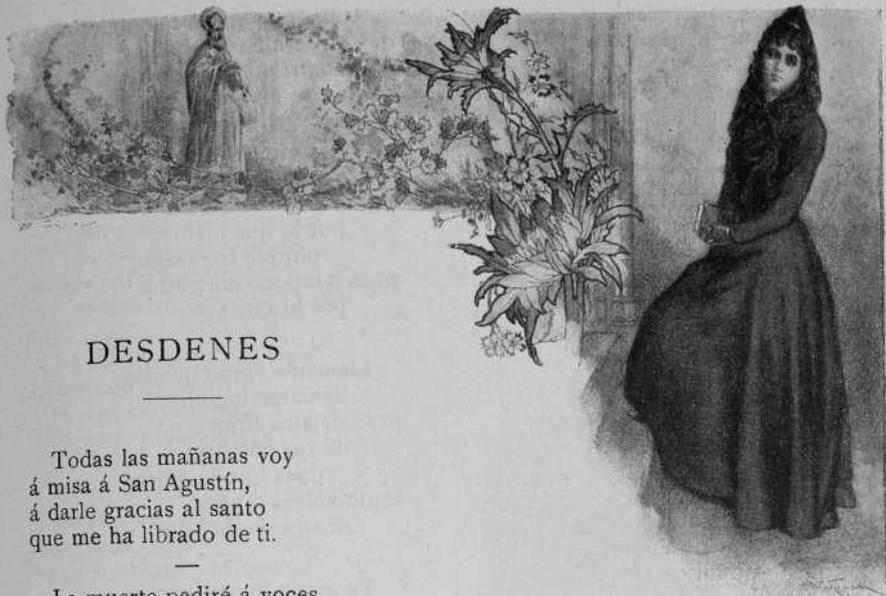
Si oyes doblar las campanas,  
no preguntes quien ha muerto,  
que á ti te lo ha de decir  
tu propio remordimiento.

---

Por consejos que me han dado  
no me han podido vencer,  
y tú con uno tan sólo  
te apartas de mi querer.

---

Si supieras mi dolor,  
mi sentimiento y mi pena,  
tú me pusieras cariño  
por muy ingrata que fueras.



## DESDENES

---

Todas las mañanas voy  
á misa á San Agustín,  
á darle gracias al santo  
que me ha librado de ti.

---

La muerte pediré á voces  
si á curarme vienes tú:  
de tí no quiero la gloria,  
cuanto menos la salud.

---

Tú vienes de mala rama,  
no lo puedes remediar,  
nacida en malos pañales,  
hecha en pecado mortal.

---

No tengo nada tuyo:  
si lo tuviera,  
á la lumbre lo echara  
para que ardiera.

---

¡Anda, loca, y ten talento,  
que estás oliendo á pañales  
y ya quieres casamiento!

---

Permita Dios que te veas  
en un calabozo obscuro,  
y que pase por mis manos  
todo el alimento tuyo.

---

Mal tiro le den, que muera,  
á aquel que tuvo la culpa  
de que tú me aborrecieras.

Anda, no presumas tanto,  
que otras, mejores que tú,  
quedan para vestir santos.

---

Permita Dios de los cielos  
que, cuando vuelva á quererte,  
se me salten los ojillos  
de un dolor de clavo fuerte.

---

Satisfacciones me pides,  
yo no te las quiero dar;  
que darte satisfacciones  
es volver á la amistad.

---

Si piensas darme pesares  
con decir que tienes otra,  
yo tengo para ganarte  
caballo, malilla y sota.

---

Si piensas que con halagos  
me derrito como cera,  
soy yo de tal calidad  
que el mismo fuego me hiela.

Tus ojos para soles  
son muy pequeños;  
para estrellas son grandes,  
serán luceros.

¡Ay, que te quise!  
Como no fué de veras,  
no te lo dije.

Mi madre me aconseja  
que yo te ame,  
y yo, que no me gustas  
digo á mi madre;  
que es fuerte empeño  
el querer que yo quiera  
lo que no quiero.

Nada de cuanto digas  
quiero creerte,  
que una vez engañado,  
lo seré siempre:  
llama á otra puerta,  
porque la de mi casa  
cerrada queda.

Tienes el amor trompero,  
como se suele decir;  
cuantas veo, tantas quiero...  
No me engañarás á mí.

Eres como el gallo inglés,  
que á todos les haces cara,  
y á mí no me la has de hacer,  
porque te conozco, pava.

Poco me importan á mí  
tu amor ó tu malquerencia;  
porque el que está sin pecado,  
no teme la penitencia.

Haz cuenta que me morí  
y estuvistes en mi entierro,  
que me vistes enterrar  
y asististes á mi duelo.

Anda, vete, que no quiero  
pasar por ti más fatigas;  
si digo que no te quiero,  
¿qué más quieres que te diga?

Anda, que ya no te quiero,  
que ya se me fué el amor;  
ya te barrí con la escoba  
dentro de mi corazón.

Dices que no me quieres  
porque soy sordo;  
yo tampoco te quiero  
por lo que oigo:  
porque soy ciego;  
pues tampoco me gustas  
por lo que veo.

Llámame como quieras,  
llámame ingrato,  
pero déjame libre  
de tus enfados;  
pues lo que quiero  
es no volver á verte  
ni aun desde lejos.

Tu genio impertinente  
se me resiste;  
yo no sé quién aguante  
siempre á una chinche;  
porque mi genio  
prefiere á lluvias mansas  
un aguacero.

Ya no me queman á mí  
las llamas de tu candela,  
que lo que ha sido y no es,  
como si en la vida fuera.

Ya no quiero más pan tuyo,  
que me amarga la corteza;  
ni conversación contigo:  
la que he tenido me pesa.

Ya te he dicho, compañera,  
no vengas en busca mía,  
que va mucha diferencia  
de tu persona á la mía.

Acaba de partir nueces  
y echa las piedras al río:  
lo que ha sido y ya no es,  
como si no hubiera sido.

Quítate de mi presencia,  
que no te quiero mirar,  
que te tengo aborrecido  
como al pecado mortal.

Algún día lloraba  
tus esquiveces,  
hoy de que otros las lloren  
estoy alegre:  
que en este mundo  
suelen llorar los otros,  
si ríen unos.

El amor que tú me diste  
lo metí en un agujero,  
y lo tapé con estopa,  
y luego le pegué fuego.

Coge la rama de un roble  
y tírala á mi tejado;  
cuando la rama eche flores,  
te daré entonces la mano.

Una silla en mi casa  
no te la niego;  
pero te desengaña  
que no te quiero.

Algún día te quise  
porque no supe  
del pie que cojeabas,  
ni tus embustes;  
mas ya te entiendo;  
no serás tú la maula  
que me dé celos.

Los amores se me han ido,  
la causa yo no la sé;  
piensan que me han agraviado,  
y me han hecho gran merced.

Cuando me dieron la nueva  
de que tú no me querías,  
se me quedó el corazón...  
lo mismo que lo tenía.

Cuando me dieron la nueva  
de que tú no me querías,  
hasta el gato de mi casa  
me miraba y se refa.

Gitanilla como yo  
no la tienes de encontrar  
aunque gitana se vuelva  
todita la cristiandad.

¡Cuántas veces pasarás  
por donde yo esté enterrado,  
y ni siquiera dirás:  
¡que Dios te haya perdonado!



Recuerdo que fuí tu novia,  
te casaste y no conmigo:  
siempre que me encuentras, lloras;  
siempre que te encuentro, río.

Tú pensarás que me has hecho  
agravió con enojarte;  
y me has hecho un beneficio  
que no sé con qué pagarte.

¿Fuiste tú la que dijiste  
ayer en el lavadero  
que te casabas conmigo?  
Eso será si yo quiero.

Dueño mío, este es mi genio,  
yo no me muero por ti.  
que en otro papel más fino  
me enseñaron á escribir,

Parece que me miras:  
¿quieres comprarme?  
No tienes tú dinero  
para pagarme.

Si piensas que te quiero,  
mal has pensado;  
porque tengo yo un gusto  
muy delicado.

Si piensas que en ti pienso,  
mal has pensado;  
tengo mi pensamiento  
por otro lado.

Tan ofendida me tienes  
con obras y con palabras,  
que aunque difunto te viera,  
ni agua bendita te echara.

Tantas hojas como tiene  
la alameda de Genil,  
tantos demonios te lleven  
cuando te acuerdes de mí.

Dicen que usted no me quiere,  
se me dan tres caracoles;  
más arriba ó más abajo,  
me están queriendo á montones.

Dicen que usted no me quiere;  
á mí no me da cuidado;  
mañana me pongo luto  
de tafetán encarnado.

Pensaba la muy tontona,  
pensaba que lloraría:  
no sabe que en la taberna  
venden cañas de alegría.

Tienes de caballero  
tan sólo el nombre,  
pues no lo manifiestas  
en tus acciones:  
y es vana cosa  
tener buenos dictados  
y malas obras.

¿Qué cuidado le da al rey  
de que se muera un soldado?  
Lo mismo que me da á mí  
de que me hayas olvidado.

Anda diciendo tu madre  
que te mereces la reina;  
anda, ve y dile á ese trapo  
que vaya á Madrid por ella.

Niña de los veinte novios,  
que con ninguno te casas,  
si te guardas para un rey,  
cuatro tiene la baraja.

Oyendo falsedades  
vine á quererte,  
pero has dado, amiguita,  
con quien te entiende.  
¡Ay que no es nada!,  
¡con lo que se nos viene  
la buena maula!

Si no me correspondes,  
no correspondo;  
mala cara me pones,  
mala te pongo;  
con tal despejo,  
que si tú me la pegas,  
yo te la pego.

Si, porque yo te quiero,  
tú te imaginas  
que has de jugar conmigo...,  
naranjas chinas:  
no hay que dudarlo,  
porque tú muy bien sabes  
que soy naranjo.

Yo tengo sal, aunque poca,  
pero has de saber, y escucha,  
que la gasto con quien quiero,  
con personas que me gustan.

Deja de escandalizar  
la calle con tus paseos,  
que los suspiros que das  
ni los oigo, ni los creo.

Me quisiste, me olvidaste  
y me volviste á querer:  
zapato que yo deseche,  
no me lo vuelvo á poner.

Zapato que yo deseche  
y lo tiro al muladar,  
que otro venga y se lo ponga  
¿qué cuidado se me da?

De la lechuga romana  
el cogollo me comí;  
que otros se coman las hojas,  
¿qué cuidado me da á mí?

Aunque te vea con otra,  
no se me alborota el pecho,  
que se han de tomar las cosas  
conforme son los sujetos.

El que logra su intento  
nada apetece,  
luego toma el camino  
que le parece.

Dicen que me quieres dar  
solimán para que muera;  
yo sé quien está pidiendo  
que á ti te trague la tierra.

Hubo un tiempo, vida mía,  
que era mi alegría el verte:  
ahora se me da un cuarto  
que te encuentre ó no te encuentre.

Niña de los veinte novios,  
y conmigo veintiuno;  
si todos son como yo,  
nunca has tenido ninguno.

Compañerilla del alma,  
de mí no tengas recelo,  
que me tienes tan seguro  
como el agua en un harnero.

Cuando yo te quise á ti,  
no estaba yo en mi sentido;  
porque si lo hubiera estado,  
otra cosa hubiera sido.

Si piensas que yo te quiero  
porque te miro y me río,  
soy un poquillo burlona,  
y tú no lo has conocido.

Si piensas que yo te quiero,  
porque te miro á la cara,  
es como el que va á la feria  
á ver y no comprar nada.

Si piensas que en tu ausencia  
me pongo triste,  
para suplir tu falta  
tengo yo quince.

Supuesto que no quieres  
nada conmigo,  
cuando te pareciera  
toma el camino.

Que tienes muchos majos  
dicen que dices;  
mira, cuando reclames,  
no halles perdices.

Anda y dile á tu madre  
que te empapele,  
que la que te quería  
ya no te quiere.

Cuando paso por tu puerta  
compro pan y voy comiendo,  
porque no diga tu madre  
que de verte me mantengo.

Anda diciendo tu madre  
que yo á ti te he entretenido,  
y te tengo yo apuntada  
en el libro del olvido.

Acuérdome de un tiempo  
que en ti vivía,  
y por ti hago memoria  
que me moría:  
no hay bien estable;  
sébase que no hay cosa  
que no se pase.

De las dichas que hallaba  
mi cautiverio,  
ahora que estoy libre  
ya no me acuerdo;  
que aquellas dichas,  
por ser hijas de un ciego,  
no tienen vista.

Del templo de Cupido  
fuí yo devota,  
y el santo que adoraba  
se fué con otra:  
no me da pena,  
que ya tengo otro santo  
que más me quiera.

Hoy que ya sin cadenas  
libre respiro,  
la libertad disfruto  
de mi albedrío;  
y estoy contento  
de verme tan distante  
del cautiverio.

A la sierra me he de ir  
á buscar una morena,  
que las chicas de mi pueblo  
ninguna me da ya pena.

Eres avellana vana,  
eres almendro sin flor,  
eres rosa sin capullo,  
eres clavel sin olor.

Debajo de tu ventana  
me encontré un pañuelo azul  
con un letrado que dice:  
¡qué poco me gustas tú!

Me llamaste «mi blanca»  
por hacer burla;  
morenita soy, majo,  
pero no tuya.

Si piensas que por ti son  
los colores que me salen,  
en mi vida me enamoro  
de un hombre que poco vale.

Que tenga la boca grande,  
ó tenga la boca chica,  
¡si no has de ser mi marido,  
á qué me tomas medida?

Pensabas que te quería,  
y era por entretenerme;  
mientras otro me salía,  
me servías de juguete.

¡Qué bien te habrás divertido  
en el tiempo de mi ausencia!  
Yo también hice lo mismo  
por descargar tu conciencia.

Échale trigo á la era  
y conmigo no platiques,  
que tengo yo quien me quiera  
desde el día que te fuiste.

Dígale usted al mozo  
que está en la esquina,  
si tiene calentura,  
que tome quina.

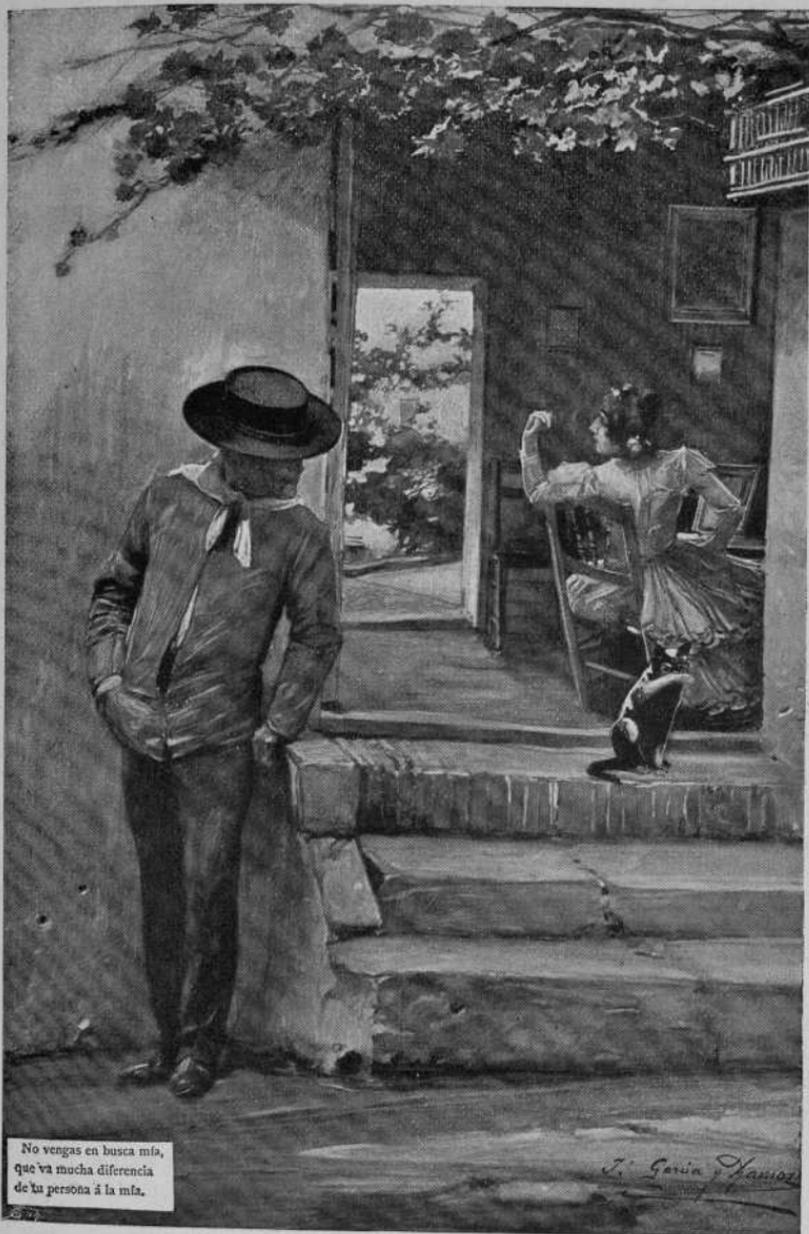
Dicen que no me quieres,  
ya me has querido:  
váyase lo ganado  
por lo perdido.

Es cierto que te he querido,  
que te he querido y te quiero;  
pero casarme contigo,  
no lo permitan los cielos.

Otros más altos que tú,  
pajarillos de más cuenta,  
me están mirando á la cara  
para ver si estoy contenta.

Por mirarte, algún día  
suspiros daba,  
y ahora por no verte  
vuelvo la cara.

Ya se acabó aquel tiempo  
(¡todo se acaba!)  
que sólo con mirarte  
me alimentaba.



No vengas en busca mía,  
que va mucha diferencia  
de tu persona á la mía.

J. García Ramos dibujó

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

Se pensaba el mozo vano  
que yo por él me moría;  
desde que no hablo con él,  
se me ha alargado la vida.

¿Qué cuidado me da á mí  
que pases y no me hables,  
si sabes que yo no como  
con buenos días de nadie?

Yo como y bebo sin ti,  
tu querer no me hace falta;  
ni el mundo se encierra en ti,  
ni los hombres se rematan.

Anda con Dios, bien te logres,  
no te quiero mal ninguno:  
hora de salud no tengas  
mientras vivas en el mundo.

Una caña de pescar  
tengo para mi consuelo:  
si un amante se me va,  
otro queda en el anzuelo.

Toda la calle á lo largo  
la he sembrado de melones:  
me han salido calabazas  
para darlas á los hombres.

Piensas que me vuelven loca  
tus patillas y cuchillo,  
y yo no quiero galanes  
que escupen por el colmillo.

Como no tengo fines  
particulares,  
no siento que te enojas,  
ni que te enfades.

El amor que te tengo  
y el que me tienes,  
puestos en la balanza,  
ni van ni vienen.

El amor que te tuve  
fué de bayeta;  
se le ha caído el pelo;  
ya no calienta.

Si la ocasión se presenta  
de verte en alguna parte,  
te he de volver las espaldas,  
me he de marchar sin hablarte.

Si te mueres, lloraré  
por la falta que me haces,  
y otro en tu lugar pondré,  
que todo lo nuevo place.

Si piensas que han de volver  
las nueces al cantarillo,  
á ti se te fué el amor,  
á mí el amor y el cariño.

Si me quieren, sé querer;  
si me olvidan, olvidar;  
si me desprecian, desprecio,  
porque este es mi natural.

Si vienes, bien te recibo,  
y si no, no me haces falta:  
has de saber, dueño mío,  
que yo no contemplo gaitas.

Te pones por todas partes  
á publicar que te quiero,  
y hasta al santo de tu nombre  
aborrecido lo tengo.

Aunque en una cruz te pongas,  
para mí acabaste ya  
por haber querido á un tiempo  
con dos barajas jugar.

El querer que puse en ti  
un cuervo se lo llevó,  
y en medio de aquellos mares  
abrió el pico y lo soltó.

El querer que te tenía  
era poco y se me fué;  
y como vino San Juan,  
á otra parte lo mudé.

Algún día te quería  
y ahora ya no te quiero,  
porque he encontrado paloma  
que remonta más el vuelo.

Que te quise, cierto fué;  
que te olvidé, no es mentira:  
que en los árboles las hojas  
no duran toda la vida.

Una vez tuve una novia  
y ella pretendió dejarme,  
y yo tomé pan con tiempo  
antes que me diera hambre.

Anda, vete, no te quiero,  
que ya me cansé de amarte,  
que eres farol encendido  
que alumbras á todas partes.

Pensabas tú que tenías  
el pájaro de la cola,  
y luego que se te ha ido,  
te has quedado como boba.

De San Juan quiero la palma,  
de Santiago la cruz:  
de tu cuerpo, compañera,  
no quiero ni la salud.

Cuando quise, no quisiste;  
ahora que quieres, no quiero;  
pasa tú la vida triste,  
que yo la pasé primero.

Aunque tu padre me diera  
la mula y el carretón,  
no me casara contigo  
por tu mala condición.

Tus malas intenciones  
bien las conozco:  
á un santo desnudaste  
por vestir otro;  
pero te digo  
que el que tú desnudaste  
ya está vestido.

Desde que usted se pasea  
por las calles del lugar,  
está perdida la venta  
de las cañas de pescar.

Aunque seas buena moza,  
no te lo presumas tanto,  
que también las buenas mozas  
se suelen quedar en blanco.

Compañerita del alma,  
¿por dónde la llevas tú?  
Yo camino por la arena,  
y tú por el cielo azul.

El zapato tengo roto,  
¿con qué lo remendaré?  
Con picos de malas lenguas  
que dicen lo que no es.

Merecía esta serrana  
que la fundieran de nuevo,  
como funden las campanas.

Siendo tan buena moza,  
no te has casado;  
algún pero en el arca  
tendrás guardado;  
pero que es pero,  
pero que no es de Ronda,  
yo no lo quiero.

Al balcón del desprecio  
sola me asomo,  
al ver lo bien que pago  
lo mal que cobro:  
que si cobrara,  
al balcón del desprecio  
no me asomara.

Como el rostro disfrazas  
con mil colores,  
mis ojos al mirarte  
te desconocen;  
vuelve á tu tono,  
y deja á la vergüenza  
salir al rostro.

Anda diciendo tu madre  
que yo contigo no igualo:  
esto será en el dinero,  
porque en la sangre te gano.

Tengo yo para un sujeto  
la cajita y los blandones,  
cirios y acompañamiento.

Me han dicho que estás mala,  
Dios te levante...  
de la cama á la caja  
para enterrarte.

Cuervos te saquen los ojos,  
y águilas el corazón,  
y serpientes las entrañas,  
por tu mala condición.

Que se piquen de gangrena  
la boca con que me ofendes,  
la mano con que me pegas.

Permita Dios que te veas  
aborrecida y queriendo,  
y que las penas te roan  
las entrañas de tu cuerpo.

La maldita lengua  
que de mí murmura,  
yo la cogiera por en medio, en medio,  
la dejara muda.

Escuche usted, buena moza,  
no me gaste *fantesía*,  
que el carro de la basura  
también gasta campanillas.

No te pongas tan alta,  
que no eres reina;  
yo me atrevo á alcanzarte  
sin escalera.

Anda y dile á quien te quiere  
que por mí esté descuidado,  
pero que tenga la pena  
de comer de mi sobrado.

Como mi amor desprecias,  
yo marchó en posta  
á dar estas noticias  
á doña Otra;  
que es el remedio  
con que presto se curan  
tales desprecios.

Tú tienes muy poca sal:  
anda y vete á la salina,  
que te la acaben de echar.

Si tu madre tiene *usía*,  
anda y ve y dile á tu madre  
que yo me llamo Rosquillas  
y me estoy muriendo de hambre.

Tienes mucha *fantesía*:  
¡si parece que has pisado  
la flor de la tontería!

A qué tienes esos ojos  
siempre á la tierra mirando:  
si eres capaz de sacarle  
los dientes á un ahorcado.

Ayer tarde vi vender  
en la plazuela Real  
la palabrilla de un hombre:  
¡nadie la quiso comprar!

San Juan con una concha  
bautizó á Cristo;  
yo, con las que tú tienes,  
me desbautizo:  
sigue tu trama,  
que si tú tienes conchas,  
yo tengo escamas.

Tienes tanto atractivo,  
tanta hermosura,  
que para no quererte  
no hallo disculpa;  
mas me detiene  
el temor de llevarme  
gato por liebre.

¿Qué importa que yo quemé  
en tus altares  
más incienso que llanto  
dan mis pesares,  
si allá en tu templo  
el último que llega  
quema el incienso?

San Antonio me perdone  
por lo que voy á decir:  
que ninguno de su nombre  
nunca me ha gustado á mí.

Sentido vienen vendiendo,  
tu madre que te lo compre,  
porque te hace mucha falta,  
como á una puerta los goznes.

Si me diste calabazas,  
me las comí con pan tierno:  
mejor quiero calabazas  
que una mujer sin gobierno.

Al principio de quererte  
estaba ciego y no *vía*:  
ya se me quitó la venda  
que en los ojillos tenía.

Me llamaste «mi cuñada,»  
pensando que ya lo era:  
no me siento yo en tablado  
de tan endeble madera.

Por dondequiera que voy  
me dicen que yo soy tuyo:  
¿qué cadena me has echado  
que me tienes tan seguro?

El quererte yo á ti, sí;  
y el tomar, cuanto me dieres:  
pero casarme contigo,  
créelo cuando lo vieres.

Tonta tú, tonta tu madre,  
tontas tu abuela y tu tía:  
¿cómo quieres que te quiera  
si eres de la Tontería?

Entre la hija y la madre  
están echando unas cuentas,  
las mismas que no les salen.

No vengas en busca mía,  
que va mucha diferencia  
de tu persona á la mía.

Me han dicho que estás sembrando  
calabazas para mí:  
yo las tengo ya con flores,  
adelante te cogí.

Gastas mucha *jantesía*  
y te tienes de quedar  
señalando con el dedo  
como se quedó San Juan.

Quisiera ser basilisco,  
por horas y por momentos,  
matar á quien yo quisiera,  
y descansara mi cuerpo.

A aquel que tuvo la culpa,  
madre, de mi perdición,  
á cachitos se le caigan  
las alas del corazón.

Tierra, ¿por qué no te abres  
y te sales de tu centro  
y tragas á esa mujer  
de tan malos sentimientos?

Dicen que por el pelo  
tienes amores:  
echa el pelo en la olla,  
verás qué comes.

En medio del corazón  
un navajazo te dieron:  
mira si lo tienes duro  
cuando rechazó el acero.

Permita Dios que te veas  
sacando agüita de un pozo  
y con el cubo no puedas.

No te extiendas, verdolaga,  
arrecógete un poquito,  
que no es la huerta tan grande,  
ni el hortelano tan rico.

Vestida de negro luto  
te he de ver por esas calles,  
y te has de hincar de rodillas  
para que me ponga á hablarte.

Al barquillo que en la mar  
está pegando vaivenes  
tengo yo comparadita  
la voluntad que me tienes.

Te he comparado, niña,  
con un pimiento,  
que nadie ve las pipas  
si no está abierto.

He sabido ya quién eres,  
conque cesen mis pesares:  
de mi devoción no esperes  
más incienso en tus altares.

No quiero comer contigo  
gallinas ni pavos reales;  
quiero pan de munición  
con persona que me agrade.

No quiero que tú me quieras,  
que yo quien me quiera tengo,  
y de tu vida y milagros  
muy largas noticias tengo.

Aunque me ves tan chiquita,  
huérfana de padre y madre,  
no se cría esta lechuga  
para tan flojo vinagre.

Yo me enamoré de noche  
y la luna me engañó:  
otra vez que me enamore,  
será de día y con sol.

Dicen que tú no me quieres,  
porque no tengo qué dar;  
cásate con el reloj,  
que á todas las horas da.

El amor y el interés  
salieron al campo un día;  
pudo más el interés  
que el amor que me tenías.

Por interés del dinero  
te fuiste de la cabeza;  
dijiste que eras gitana,  
te volviste montañesa.

Aunque me ves tan bajito  
y tú tan alta te ves,  
no pienses que soy escoba  
que conmigo has de barrer.

Un día, por verte,  
dinero yo daba;  
compañerita, ahora por no verte  
vuelvo yo la cara.

Lo mismito que los perros  
que andan sueltos por la calle  
buscando huesos que tiran,  
has de andar tú por buscarme.

Eres como el atambor,  
que mete mucho ruido,  
y si se mira por dentro,  
se encuentra que está vacío.

Del clavel que me distes  
anacarado,  
toma tú las cenizas,  
que lo he quemado.

Si esta mujer no me quiere,  
¿qué hago yo con afligirme?  
¡A mí no me ha de faltar  
otra con quien divertirme!

Anda, vete enhoramala,  
y en tu cara te lo digo:  
que eres tú muy poca cosa  
para casarte conmigo.

Se puso tu madre y dijo  
que la reina para ti:  
anda, ve y dile á tu madre  
que la reina está en Madrid.

Dueño mío, este es mi genio:  
yo no me muero por nadie:  
si vienes, bien te recibo;  
y si te vas, buen viaje.

Me han dicho que tienes, niña,  
catorce novios contados:  
conmigo no cuentes ya,  
que tengo el hato aviado.

¡De qué te sirve tener  
bastón de quiquiricaña,  
si te dicen las mozuelas:  
— Buen mozo, pero no apaña!

Se puso tu madre y dijo  
que eras tú mejor que yo.  
¿En qué libro lo ha leído  
ó en qué sueño lo ensoñó?

La primer vez que te vi  
me pareciste muy guapa;  
mas luego me pareciste  
un saco lleno de paja.

Eres alta como un huevo,  
derecha como una hoz,  
blanca como el azabache:  
¡buenas noches nos dé Dios!

Eres alta como un sapo  
y rubia como un caldero;  
ojos de garza pelada  
y escapada del infierno.





## AMARGURAS Y PENAS

---

Las sábanas de mi cama  
todas las noches las lavo  
con lágrimas de mis ojos,  
al ver que me has olvidado.

---

El viento barre las nubes  
y vuelve la claridad:  
el nublado de mis penas  
con ningún viento se va.

---

Yo no soy, no, quien he sido,  
no soy quien solía ser:  
soy un cuadro de tristeza,  
arrimado á una pared.

---

Ya no hacen las golondrinas  
sus nidos en mi portal:  
¡era preciso que fuese  
completa mi soledad!

---

Si las piedras de tu calle  
tuvieran conocimiento,  
sólo de verme pasar  
lloraran de sentimiento.

---

Una tórtola te traigo,  
de su nido la cogí:  
por ella llora su madre  
como yo lloro por ti.

---

¡Cuándo querrán Dios del cielo  
y la Virgen del Pilar  
que tu ropita y la mía  
vayan juntas á lavar!

Desde que te conocí  
estoy sufriendo trabajo,  
que me ha puesto tu querer  
como vela boca abajo.

---

Ven que te diga el oído  
las cosas que me suceden:  
estoy enfermo del alma  
y el médico no lo entiende.

---

Ni en el sueño halla reposo  
este pobrecito cuerpo,  
que la pena que le roe  
no descansa ni un momento.

---

Ya se acabó aquel tiempo,  
triste corazón,  
que esperabas la noche  
para ver el sol.

---

Cualesquiera que me vea  
dirá que no tengo pena,  
y tengo mi corazón  
como una bayeta negra.

En medio de mis fatigas,  
por querer, quise dormirme;  
que el que vive como yo  
cuando duerme es cuando vive.

Al pie del almendro estuve  
y no le cogí la flor,  
y así que me retiré,  
otro llegó y la cogió.

¡Ay soledad, soledad,  
soledad en la cañada!  
La mujer es la que pierde,  
que el hombre no pierde nada.

Si piensas que duermo, velo  
y me suelo despertar;  
sobre la cama me siento  
y te comienzo á llamar.

Pájaro que vas volando  
y en el pico llevas hilo,  
dámelo para coser  
mi corazón, que está herido.

Me dicen que soy hermosa;  
mas me retiro del mundo,  
que tengo mi corazón  
dentro del pecho difunto.

Más quisiera que al principio  
me hubieras aborrecido,  
que no verme aprisionado  
de un bien que lloro perdido.

Es un fuego de alquitrán  
este en que me estoy ardiendo,  
que más se aviva la llama  
mientras más lágrimas vierto.

¡Válgame Dios de los cielos,  
qué desgraciado nací!  
En la pila del bautismo  
faltó la sal para mí.

¡Válgame Dios de los cielos,  
qué grande es la pena mía!  
Que me he caído en un pozo  
y no encuentro la salida.

Rosa me puso mi madre  
para ser más desgraciada,  
que no hay rosa en el rosal  
que no muera deshojada.

«Si no me quieres, me mato,»  
dicen unos ojos negros;  
y dicen unos azules:  
«Si no me quieres, me muero.»

Aguarda, caminante,  
detén el paso,  
y enjuga de mis ojos  
el triste llanto:  
porque aquí yace  
la fúnebre esperanza  
de un triste amante.

Corazón desdichado,  
tú no estás bueno,  
que suspiras, te agitas  
y tienes miedo:  
sé más constante,  
que el mal que estás sufriendo  
no es incurable.

Porque quiero, bien mío,  
de amores muero,  
mas las ansias que sufro  
no es porque quiero:  
que entre mis penas,  
si quisiera yo esto,  
¿qué más quisiera?

¡Oh cruël, rigurosa  
fortuna mía!,  
¿cuándo de ser humana  
llegará el día?  
¿Cuándo tu rueda  
parará la inconstancia  
de su carrera?

A la mar fuera y me echara,  
pero ¿qué dirá la gente?  
Que vivo desesperado  
y ando buscando la muerte.

El sueño tengo perdido  
y no sé dónde buscarlo;  
lo buscaré en el olvido...  
y el olvido ¿dónde hallarlo?

Vámonos de aquí, que corre  
la mala fortuna nuestra:  
ayer se cayó la torre,  
mañana caerá la iglesia.

Tengo una pena conmigo  
y una congoja mortal:  
me encuentro con dos caminos,  
sin saber por cuál tomar.

Te lo juro por mi madre,  
que si tú caes malita  
te doy caldo de mis carnes.

De la raíz del querer  
salió mi madre gitana;  
y yo, como soy su hijo,  
salí de la misma rama.

En un cuartito los dos,  
veneno que tú me dieras,  
veneno tomara yo.

¡Qué amarillita que estás  
y qué llenita de ojeras!  
Yo te volveré á querer,  
que no quiero que te mueras.

Del Padre Santo de Roma  
espero la excomuni3n,  
porque sabe que yo he dicho  
que te quiero más que á Dios.

Parece que te han sembrado:  
vas derramando mosquetas  
y claveles encarnados.

¡Quién lo había de decir  
que una cosita tan dulce  
tuviera amarguito el fin!

¡Desgraciado el arbolito  
que solo en el campo nace!  
Todas las aves del mundo  
contra sus ramas combaten.

Le dije al carrero,  
con mucho dolor,  
que me la arropara la mi compañera  
con un cobertor.

A los árboles blandec,  
á un toro bravo lo amanso,  
¡y á ti, flamenca, no puedo!

¡Ay, pobre corazón mío!  
Por más golpes que recibe,  
nunca se da por vencido.

Cada día me parece  
que no puedo sufrir más,  
y cada día me trae  
un aumento de pesar.

¡Qué más quieres que te diga,  
si el corazón por la boca  
se me sale de fatiga!

¡Ay de mí, que triste estoy  
y triste siempre estaré!  
¡Yo nací para estar triste,  
y triste me moriré!

Con el dolor que yo vivo  
es imposible vivir;  
si el mundo no da otra vuelta,  
dará de mi vida fin.

Siempre que miro al cangrejo,  
me pongo á considerar  
que se parece á mis dichas,  
que caminan hacia atrás.

Dicen que tras la alegría  
suele venir el dolor;  
yo conozco los dolores,  
pero la alegría no.

De dolor y sentimiento  
dicen que no muere nadie.  
Yo me tengo de morir  
por ver si se muere alguien.

Siempre que miro hacia el cielo  
las lágrimas se me saltan:  
no sé de qué ni por qué...,  
pero lloro con el alma.

Todo el día estoy tranquilo,  
y en llegando la oración,  
una piedra de molino  
parece mi corazón.

Voy á la fuente y bebo,  
no la aminoro,  
que aumenta su corriente  
con lo que lloro.

En un pozo muy profundo  
de penas estoy nadando,  
y yo solo me confundo  
de ver lo que estoy pasando.

Más valiera que mi madre,  
al punto que me parió,  
me hubiera dado la muerte,  
y no padeciera yo.

Mil delicias amantes  
logré algún tiempo,  
y ahora sólo pesares  
son los que tengo:  
amor tirano,  
hazme otra vez presentes  
tiempos pasados.

Cuando del bien no supe,  
viví contento;  
hoy que sé dónde mora,  
por él me muero;  
y en tal conflicto,  
voluntad y memoria  
son mi cuchillo.

Amor, ya te conozco,  
déjame quieta,  
que estoy desengañada  
de tus promesas:  
marcha á otra parte,  
que acá ya conocemos  
lo que tú vales.

Hoy se hacen las exequias  
de una esperanza  
que murió cuando menos  
ella pensaba;  
y en este entierro  
su mismo desengaño  
sirve de duelo.

Aquel que tiene la culpa  
de que yo fatigas pase  
se vea en Argel cautivo  
sin tener ningún rescate.

La piedra, con ser la piedra,  
al golpe del eslabón  
echa lágrimas de fuego:  
¡qué será mi corazón!

A un Santo Cristo de acero  
le hice yo que llorara;  
cuando de acero lloró,  
¿qué fuera de carne humana?

¿A qué santo llamaré  
para aliviar esta pena  
que me ahoga la garganta  
cual si fuera una cadena?

Si las aves de Arabia  
viven eternas,  
viven porque no saben  
lo que son penas;  
que si penaran,  
ya no habría en el mundo  
aves de Arabia.

Fueron mis esperanzas  
flores de almendro,  
que nacieron temprano,  
se helaron presto.

Corazón, que tu alivio  
penando encuentras,  
si en la pena descansas,  
¿de qué te quejas?

Aunque me ves que canto,  
canta la boca,  
que en mi corazón tengo  
pena, y no poca.

¿Cómo quieres que tenga  
gusto y contento?  
Tres días de casada,  
mi amante muerto.

Penita sobre penita,  
sobre penita más pena:  
vengan, vengan sobre mí,  
que yo soy la madre de ellas.

Estoy tan hecho á la pena  
que me sirve de compaña,  
que el día que no la tengo  
me parece cosa extraña.

Quien canta, su mal espanta,  
y aquel que llora lo aumenta:  
yo canto por divertir  
el dolor que me atormenta.

Triste estoy de verte triste:  
alégrate, vida mía;  
que algún día querrá Dios  
que tengamos alegría.

¡Ay de mí, que siendo niña,  
le dí palabra á un mancebo,  
y por temor á mi padre  
á cumplirla no me atrevo!

Empecemos, corazón,  
á padecer y penar,  
pues adoro un imposible  
que no he de poder lograr.

Un imposible me mata,  
por un imposible muero;  
imposible es alcanzar  
el imposible que quiero.

Compañerita del alma,  
¡qué penas que pasa aquel  
que tiene el agua en los labios  
y no la puede beber!

Soy pájaro que en el agua  
tengo el alimento mío;  
me estoy muriendo de sed,  
siendo del agua nacido.

Dentro de mi pecho tengo  
una penilla mortal,  
porque quiero á una rubita  
y no me la quieren dar.

Aunque tengo mal color,  
no te pienses cosa mala;  
son penas del corazón,  
que me salen á la cara.

No sé cómo no estoy loco  
con esta pena que tengo,  
que me ha puesto tu querer  
tonto, sordo, mudo y ciego.



No sé qué tienen las flores  
que están en el campo santo,  
que cuando las mueve el viento  
parece que están llorando.

¿No hay quien me ayude á una pena  
pagándole su jornal?  
Como mi pena es tan grande,  
nadie me quiere ayudar.

¿Qué saco yo de quererte,  
ni vivir por ti penando,  
si tú no puedes ser mía  
como Dios no haga un milagro?

¿Qué importa que tú me quieras  
y que yo te quiera á ti,  
si lo que yo solicito  
no lo puedo conseguir?

Deja de cantar, jilguero,  
que me estás atormentando;  
que es mucha pena en un triste  
oir cantar y estar llorando.

Estoy pasando más penas  
por tu cara morenita,  
que pasó aquel ermitaño  
que se le quemó la ermita.

Tengo yo mi corazón  
moradito como el lirio,  
negrito como el carbón.

Los ojillos de mi cara  
se han secado de llorar,  
porque el hombre que ellos quieren  
les ha pagado muy mal.

¿De qué te sirve llorar  
si no tienes quién te oiga,  
si el que te pudiera oír  
está gozando la gloria?

Cuando me siento en la cama,  
lágrimas como garbanzos  
se me ruedan por la cara.

A aquella torre más alta  
me tengo de ir á llorar,  
porque escuche mis tormentos  
aquel que en el cielo está.

Todo aquel que dice ¡ay!  
es seña que le ha dolido:  
¡ay!, ¡ay!, ¡cuántos ayes da  
el corazoncito mío!

Tengo una pena, una pena,  
que si esta pena me dura,  
ya me pueden disponer  
la caja y la sepultura.

A mi triste corazón  
las fatiguillas le ahogan,  
y no tiene más descanso  
que el rato que por ti llora.

Cualesquiera que me mire,  
dirá que no tengo penas:  
por Jesús de los Milagros,  
que ya no puedo con ellas.

Todo el día estoy tranquilo,  
y en llegando á la oración,  
una piedra de molino  
parece mi corazón.

Aquel que tenga penillas  
venga á juntarse conmigo,  
á ver si llorando sangre  
tenemos algún alivio.

Cuando paso por tu puerta  
y no me dices «adiós,»  
ni las ánimas benditas  
pasan las penas que yo.

Por dondequiera que voy,  
parece que te estoy viendo;  
son las sombras del querer,  
que me vienen persiguiendo.

Alegría cuando vienes,  
tristeza cuando te vas,  
siempre está mi corazón  
en un continuo penar.

Quien cante teniendo penas  
como las que tengo yo,  
bien es menester que tenga  
cerdas en el corazón.

Tengo yo una queja  
de los altos cielos,  
como sin frío ni calenturita  
yo me estoy muriendo.

Tengo una pena, una pena,  
que casi puedo decir  
que yo no tengo la pena;  
la pena me tiene á mí.

Sin querer pisé una flor  
que en su sepultura estaba,  
y de la flor salió un ¡ay!  
que se me clavó en el alma.

Estoy pasando por ti  
más penas y más trabajos  
que pasó Aquel que está arriba  
el tiempo que estuvo abajo.

Con mirar aquel sauce  
que está en el río,  
comprenderás la pena  
del pecho mío:  
pues aquel sauce  
está cerca y no goza  
de sus cristales.

¡Mal haya la ropa negra  
y el sastre que la cortó,  
que está mi niña de luto  
sin haberme muerto yo!

Dicen que en tu sepultura  
ha nacido un pensamiento;  
lo sembró mi desventura,  
nació con mi sentimiento  
y crece con mi amargura.

Yo no sé por dónde  
ni por dónde no,  
se me ha liado una sogá al cuerpo  
sin saberlo yo.

Al hombre que está queriendo,  
hasta de noche en la cama  
el querer le quita el sueño.

He estado en el Purgatorio  
y he visto lo que son penas,  
y sé que por querer bien  
ningún alma se condena.

Navegaba viento en popa  
la nave de mi esperanza,  
pero trocándose el aire,  
con el desaire naufraga.

¡Ay de mí, que me han quitado  
una rosa, siendo mía,  
y la veo en otras manos  
marchita y descolorida!

Nacimos para querernos,  
con mala estrella nacimos;  
ni tú puedes olvidarme,  
ni yo olvidarte consigo.

Quisiera verte y no verte,  
quisiera hablarte y no hablarte,  
quisiera no conocerte,  
para poder olvidarte.

Más quisiera haberme muerto  
que no haberte conocido,  
y no reinara la pena  
que está reinando conmigo.

Más valiera que mis ojos  
nunca te hubieran mirado,  
y con eso no viviera  
en sino tan desgraciado.

¡Más quisiera haber nacido  
árbol silvestre en el campo,  
que no haberte conocido  
para sentir ahora tanto!

No me digas que te olvide,  
que me lo dices llorando;  
toma tú misma el consejo  
y podrás venir á darlo.

Lo que me da más gusto  
me da más pena,  
de tormento me sirve  
lo que me alegra.

¿Quién ha visto en el mundo  
querer un ciego  
la causa de su daño  
para remedio?

Por causa de malas lenguas  
que hablan lo que no es,  
tengo mi fama perdida:  
¡cuándo la recobraré!

¡Puñaladas en mi puerta!  
¡Cielos!, ¡qué sucede aquí!  
Dos hombres se están matando:  
¿madre, si será por mí?

El corazón dió un suspiro  
y el alma le dijo: - Cesa;  
no suspires, corazón,  
que nadie de ti se acuerda.

¿Qué me importa que florezca  
el árbol de mi esperanza,  
si se marchitan las flores  
y jamás el fruto cuaja?

¡En qué confusión me hallo,  
triste, sin saber qué hacer!  
Aborrecerlo..., no puedo;  
amarlo..., no puede ser.

Ya mi mal no tiene cura  
como del cielo no venga,  
que me ha puesto tu querer  
que me va á tragar la tierra.

¿De qué sirve que yo quiera  
disimular mi dolor,  
si en los ojos y en la cara  
llevo escrita la pasión?

Yo pensé que el querer bien  
era cosa de juguete;  
y se pasa pena negra  
queriéndose firmemente.

Yo pensé que un querer bien  
era fácil de olvidar;  
y es callejón tan estrecho  
que el que entra no sale más.

Santa Teresa en la cueva  
de cilicios se vistió;  
y yo tengo que vestirme  
de los cilicios de amor.

Las penas que por ti paso  
no se pueden numerar;  
dame veneno en un vaso  
y acábame de matar.

De pura bayeta negra  
mi cuerpo se ha de vestir;  
que este es el propio vestido  
de aquel que sabe sentir.

Soy el herido sin sangre,  
soy el muerto sin acero,  
soy el que penando vivo,  
soy el que penando muero.

Tengo el corazón más duro  
que las piedras de la calle,  
y son tan grandes mis penas,  
que llora gotas de sangre.

En lo profundo del mar  
voy á sepultar mi pena,  
porque mi pena es tan grande  
que ya no cabe en la tierra.

Lágrimas pedí á una fuente  
para llorar mi tormento,  
porque es tan grande mi pena,  
que ya ni lágrimas tengo.

Suspirando descansa  
cierto afligido,  
y el descanso le dura  
lo que el suspiro.

Ya se siente mi pecho  
tan oprimido,  
que le falta el aliento  
para el suspiro.

Dando tristes suspiros  
de sentimiento,  
anegada en mi llanto  
vivo muriendo.

Corazón, no suspires;  
alma, no sientas;  
memoria, no te acuerdes  
de quien te acuerdas.

Dicen que sueño es muerte,  
mas yo lo niego,  
pues cuando duermo, vivo;  
cuando no, muero.

El corazón de mi amante  
lo van á sacramentar,  
y el mío se está muriendo  
de la misma enfermedad.

El cenador de mi huerto  
lleno está de mustias flores:  
venid, muchachas, y ved  
la imagen de mis amores.

Yo soy una triste losa,  
testigo de todo luto;  
tú serás juez de mi causa  
y de mi muerte verdugo.

Ya mi muerte decretada  
te dije con sentimiento;  
la súplica es excusada,  
porque me muero contento.

Gitana, si oyes doblar,  
no preguntes quién ha muerto,  
que ha sido mi corazón  
de penilla y sentimiento.

Dile al sacristán que doble  
y ponga negras cortinas,  
porque ya murió aquel hombre  
que rondaba tus esquinas.

Despierta y oirás el tiro,  
porque me van á matar;  
siéntate luego en la cama  
y comiézame á llorar.

¡Válgame San Sebastián,  
patrón de Villamartín!  
Todas las penas se acaban,  
la mía no tiene fin.

Angustia, pena, pesar,  
un terrible sentimiento  
en mí reina sin parar,  
y ya me falta el aliento.

Mi pensamiento al humo  
se le parece,  
porque al paso que sube  
se desvanece.

¡Cuántas y cuántas veces  
mi pensamiento  
sale á buscar alivio  
y halla tormento!

Si las penas mataran,  
ya no existiera,  
y así vivo diciendo:  
— Me matan penas.

¡Cómo quieres que el Guadiela  
en el invierno se seque!  
¡Cómo quieres que yo olvide  
á quien he querido siempre!

Tuviste la mala sangre  
de llevarme al hospital:  
si muero sin que te vea,  
un *divé* te cobrará.

Triste el corazón se queja  
y yo le pregunto triste:  
«Corazón, ¿por qué te has muerto?,»  
y él responde: «Porque quise.»

Una soledad deseo  
para aliviar mis fatigas,  
y allí regarán mis ojos  
plantas y flores marchitas.

Si quieres cambiar, cambiemos  
corazones á llorar:  
dame el tuyo y toma el mío,  
veremos quién llora más.

Anda, ve á Santa María  
y encomiéndate á un *divé*,  
que el que no pasa fatigas  
no sabe lo que es querer.

Desde que paso tu calle  
enamorado de tí,  
están llorando las piedras  
de verme llorar á mí.

¡Desgraciado labrador  
que siembra y no coge trigo!  
Más desgraciado soy yo,  
que no puedo hablar contigo.

Tengo pasadas más penas  
desde que te conocí,  
que pasó la Magdalena  
cuando se fué á convertir.

Este vivir no es vivir:  
¡verte y no poderte hablar!,  
esto, mi bien, es morir:  
¿para qué tanto penar?

¡Válgame Dios de los cielos,  
qué desgraciado he nacido:  
para todos sale el sol.  
y para mí no ha salido!

De chiquita ya lloraba  
y de grande también lloro:  
cuando chiquita por teta,  
y ahora por el bien que adoro.

Retírate al campo y llora,  
que bien tienes que llorar;  
que eres muy niña y no sabes  
quién te quiere bien ó mal.

Sola soy, sola nací,  
sola me parió mi madre,  
sola tengo de morir,  
¡la Soledad me acompañe!

Soy una pobre doncella  
que no me meto con nadie,  
y por una mala lengua  
tengo mi honor en el aire.

Ni contigo ni sin ti  
tienen mis males remedio;  
contigo... porque me matas,  
y sin ti... porque me muero.

La pena y la que no es pena,  
todo es pena para mí:  
ayer penaba por verte,  
hoy peno porque te vi.

Compañerita del alma,  
¿qué quieres que yo te diga?  
Que con penillas me acuesto,  
me levanto con penillas.

Ya te he dicho, compañera,  
no me vengas á buscar;  
déjame solo en mi casa  
con mi bien ó con mi mal.

Un corazón de madera  
tengo que mandar hacer,  
que ni sienta, ni padezca,  
ni sepa lo que es querer.

Tú penar y yo penar,  
todo es penar, vida mía;  
las penas se acabarán  
y tendremos alegría.

Tengo una pena, una pena,  
tengo un dolor, un dolor,  
tengo un clavo remachado  
en mitad del corazón.

Más agua lloran mis ojos,  
que derrama una tormenta;  
los suspiros no los digo  
porque he perdido la cuenta.

Soné que contigo estaba  
en la iglesia ante un altar,  
y el cura nos bendecía:  
¡esto sí que fué soñar!

Ya has logrado, fortuna,  
todo tu anhelo,  
abatiendo mis dichas  
del cielo al suelo.

A tal extremo he llegado,  
que estimo que me aborrezcas  
por ver si mi amor consigue  
satisfacerse de penas.

Tus lágrimas me aseguran,  
tus regalos me entretienen,  
tus favores me confían  
y tus celos me enloquecen.

Engañado el pensamiento,  
miento por ver si consigo:  
sigo aplicando remedios,  
medios no los facilito.



El hombre que nunca ha visto  
y no sabe lo que es ver  
nunca tiene tanta pena  
como el que ha visto y no ve..

J. García Ramos dibujó



Por la Carmelita hermosa,  
que no me des qué sentir;  
que tu querer será causa  
de dar á mi cuerpo fin.

Niña mía, no más penas,  
mira que no soy de bronce;  
que una piedra se quebranta  
á fuerza de darle golpes.

¿Hasta cuándo, vida mía,  
tengo de vivir penando?  
Las horitas de la noche  
me las paso suspirando.

¿Dónde estás, prenda querida,  
cielo de mis pensamientos,  
en dónde estás, que no escuchas  
mis suspiros y lamentos?

Entre la hostia y el cáliz  
á mi Dios se lo pedí,  
que no te maten las penas  
que me están matando á mí.

Si lágrimas fueran piedras,  
las que por ti he derramado,  
un fuerte castillo hiciera  
en medio del mar salado.

Compañera de mi vida,  
ya no me conocerás,  
que acaba más una pena  
que una larga enfermedad.

¡Oh mal haya, mal haya  
mi cobardía;  
que por ser yo cobarde  
no eres tú mía!

No me mates, no me mates,  
déjame que viva, viva;  
déjame que pase, pase,  
en este mundo fatigas.

En tu maceta sembré  
la semilla del encanto:  
con lágrimas la regué;  
¡mal haya quien quiere tanto!

A aquel que tiene fatigas  
se le conoce en la cara:  
á mí me están ahogando  
y no me conoces nada.

En medio de mis fatigas  
el morirme estoy sintiendo  
por no dejar en el mundo  
persona que estoy queriendo.

Ya para mí las glorias  
en este mundo  
se volvieron pavesa,  
ceniza y humo:  
siendo tan cierto,  
que aumenta más mis penas  
el pensamiento.

Tengo yo un cofre lleno  
de penas y ansias,  
de ocasiones perdidas,  
tiempo y palabras:  
que la fortuna  
tan sólo me enriquece  
de desventuras.

La calle está regada:  
dicen que han sido  
lágrimas de un amante  
que han despedido;  
y él se consuela  
con mirar las ventanas  
de su morena.

Yo me enamoré, pensando  
que el amor era ligero:  
no vi carga más pesada  
ni que más me quite el sueño.

Yo me metí en el querer,  
muchachito criatura;  
cuando vine á abrir los ojos  
me encontré en la sepultura.

Mal haya el amor, mal haya,  
y quien me lo dió á entender;  
que habiendo nacido libre,  
yo mismo me cautivé.

A mi corazón prendieron  
y á la cárcel lo llevaron,  
y sin delito ninguno  
á muerte lo sentenciaron.

Corazón, ¿dónde me llevas  
que no te puedo seguir?  
¡Ten cuidado no te metas  
donde no puedas salir!

Mi corazón dió un suspiro,  
y el alma le preguntó:  
- Corazón, ¿por qué suspiras?  
- Alma, porque tengo amor.

«¡Válgame Dios del cielo,  
dijo una niña,  
lo que descansa un alma  
cuando suspira!»

¡Válgame Dios de los cielos,  
qué penoso que es mi mal!  
Suspirando tengo alivio,  
¡y no puedo suspirar!

¿Cómo quieres que yo salga  
al campo de la alegría,  
si se marchitan las flores  
al ver esta pena mía?

¡Oh cristalina corriente,  
que vas á buscar tu centro!,  
llévate á un hombre infeliz  
que vive, pero muriendo.

De llorar me quedé ciego  
cuando supe que era muerta:  
¡de qué me sirven los ojos  
si no he de volver á verla!

¡Anda con Dios, fortunilla,  
que por fin me la pegastes!  
¡A la mejor ocasión  
te fuistes y me dejastes!

Ya no vivo yo con gusto,  
ya mi suerte se trocó;  
quien perdió lo que bien quiso,  
cuanto hay que perder perdió.

¡Virgen del Carmen, valedme,  
que yo me muero de pena;  
que perdí las esperanzas,  
como aquel que se condena!

Doblen, doblen las campanas  
y que toquen á silencio;  
vistan las flores de luto,  
que mi corazón ha muerto.

La alegría en mí no reina,  
muerto tengo el corazón:  
¡Madre mía del Amparo,  
valedme en esta ocasión!

Si no fuera por las gentes,  
me vestiría de luto,  
porque tengo el corazón  
dentro del pecho difunto.

A orillas del mar me siento  
á recorrer mi memoria,  
y al acordarme de ti  
sangre mis ojitos lloran.

De pena y de sentimiento  
no me trato con las gentes,  
en los rincones me meto  
y á voces llamo á la muerte.

Yo no sé lo que me pasa,  
ni tampoco lo que quiero:  
digo y no sé lo que digo,  
siento y no sé lo que siento.

¿Qué importa que mis amigos  
me saquen á divertir,  
si en volviendo yo á mi casa  
vuelvo de nuevo á sentir?

El día paso con pena  
y la noche con dolor;  
suspirando me anochece,  
llorando me sale el sol.

La soledad me acompaña,  
la música me entristece,  
aborreciendo la vida,  
apeteciendo la muerte.

Todas las penas del mundo  
no igualan con esta mía,  
que se me pasa llorando  
toda la flor de mi vida.

Las penas que estoy sufriendo  
me están tirando á ahogar,  
las unas sobre las otras,  
como las olas del mar.

A aquel pajarito, madre,  
que canta en el limón verde,  
su tiempo le ha de llegar,  
que él esté triste y yo alegre.

Yo me arrimé á un pino verde  
por ver si me consolaba,  
y el pino, como era verde,  
de verme llorar lloraba.

¿No hay quién me pegue un tirillo  
que me parta el corazón?  
Que estoy viviendo en el mundo  
con muchísimo dolor.

Acaba, penita, acaba,  
dame muerte de una vez;  
que con la muerte se acaba  
la pena y el padecer.

Horitas tengo en el día  
de sentimiento y de pena;  
si me viniera la muerte,  
por Dios que no lo sintiera.

¡Cuántas personillas grandes  
viene la muerte y se lleva,  
y á mí no quiere llevarme,  
que se lo pido de veras!

Nadie se acerque á mi cama,  
que estoy malito de pena,  
y á quien muere de este mal  
hasta la ropa le quema.

No te afijas, corazón,  
y cese ya tu quebranto,  
que vendrá un tiempo mejor  
y se acabará tu llanto.

Se acabará mi querer,  
se acabará mi llorar,  
se acabará mi tormento,  
y todo se acabará.

Me han dicho que estás malita  
y que te sangran mañana:  
á ti te sangran del pie  
y á mí me sangran del alma.

¿Quién ha sido el cirujano  
que te ha mandado sangrar?  
¿Siendo tú un ángel humano,  
qué sangre tienes de dar?

En el carro de los muertos  
ha pasado por aquí;  
llevaba la mano fuera...,  
¡por eso la conocí!

Los pajarillos y yo  
nos levantamos á un tiempo,  
ellos á cantar al alba,  
yo á llorar mi sentimiento.

¿Qué importa que la calandria,  
el ruiseñor y el jilguero  
canten para divertirme,  
si en mí no cabe consuelo?

Ni la tortolilla triste,  
ni el canario más sonoro,  
ni la fuente cristalina  
llorarán como yo lloro.

Calla, ruiseñor, no cantes,  
acompaña mi dolor:  
que no es razón que tú cantes,  
estando tan triste yo.

Yo pensé que con el tiempo  
mis penas se acabarían,  
y se me van aumentando  
como las horas del día.

En la soledad del campo  
me puse á llorar mis penas,  
y fué tan grande mi llanto,  
que florecieron las hierbas.

A una piedra de la calle  
le contaba mi dolor;  
¡mira lo que le diría,  
que la piedra se partió!

Me puse á llorar mis penas  
en un monte de espesura,  
y se secaron las ramas,  
quedando las raíces puras.

Ayer tarde fuí al campo  
á llorar por mi sentir,  
y á un árbol que me escuchaba  
se le secó la raíz.

A orillas del mar me siento,  
á voces llamo á quien amo,  
y como no me responde,  
muchas lágrimas derramo.

¡Ay, pobrecito de mí,  
que echo suspiros al aire!  
¡Ay que se los lleva el viento  
y no me responde nadie!

Olvidé á Dios por quererte,  
por ti la gloria perdí...  
y ahora me vengo á quedar  
sin Dios, sin gloria y sin ti.

Suspiros, ¿por qué queréis  
salir del corazón triste,  
si sabéis que adonde vais  
nunca jamás os reciben?

Quise bien, fuí aborrecido;  
adoré, fuí despreciado;  
me lamenté, no fuí oído;  
porfié, no fuí escuchado.

Entre fatigas y luchas  
mi alma es la que batalla:  
como son mis penas muchas,  
mi amor lo sufre y lo calla.

Desde que aquella morena  
me dió penillas tan grandes,  
nadie quiero que me quiera,  
ni quiero querer á nadie.

A llorar mi triste suerte  
en la cama me senté,  
considerando tan lejos  
lo que tan cerca soñé.

Yo subí como la hiedra  
hasta el último elemento,  
y luego volví á bajar  
como la piedra á su centro.

Tengo un vestido de penas  
con mangas de sentimiento,  
y los faralares son  
penillas que trae el tiempo.

Tengo una pena conmigo  
que á nadie se la diré,  
en el fondo de mi pecho  
su sepulcro labraré.

Dentro de mi pecho tengo  
una arquita con dos llaves,  
y en ella tengo metidas  
cositas que nadie sabe.

No hay corazón como el mío,  
que calle y sienta su pena:  
corazón que siente y calla,  
no se encuentra dondequiera.

«Canta, mi vida, canta,  
que con el eco  
diviertes la memoria  
y el pensamiento:»  
esto decía  
un amante del alma  
que yo tenía.

Entre las sombras tristes  
de obscura noche  
busca mi triste pecho  
quien le devore;  
pero mi suerte,  
por no darme consuelo,  
no halla la muerte.

El corazón se me parte  
de dolor y sentimiento  
de ver que estás en el mundo  
y ya para mí te has muerto.

Un suspiro me ofende  
y otro me alivia,  
pero no es favorable  
la alternativa:  
pues los que ofenden  
son más que los que alivian  
mi triste suerte.

Dejadme, pensamientillos,  
no me estéis atormentando:  
si la quise ó no la quise,  
no me lo estéis recordando.

Por Dios te lo pido, niña,  
y te lo pido llorando,  
que no le cuentes á nadie  
lo que á mí me está pasando.

Si mi corazón tuviera  
vidrieras de cristal,  
te asomaras, y lo vieras  
con cuánta penilla está.

¡Válgame Dios de los cielos,  
Virgen del mayor dolor!  
¡Como una bayeta negra  
tengo yo mi corazón!

Al infierno parecen  
mis pensamientos  
en el atormentarme  
y en ser eternos.

Ven, muerte, tan escondida,  
que no te sienta venir,  
porque el placer de morir  
no me vuelva á dar la vida.

No me digas que me vaya;  
por Dios no me digas «vete;»  
porque se me representan  
las fatigas de la muerte.

El amor me persigue  
con tal porfía,  
que á millones las penas  
me las envía.

Fuí jilguero desgraciado  
que, apenas salí del nido,  
me cogieron los muchachos:  
por dos cuartos fuí vendido.

De mi ventana á la tuya  
hay una larga cadena,  
toda llena de suspiros,  
toda de suspiros llena.

¡Ay que la enterraron  
con la mano fuera!  
Como era la pobre tan desgraciadita,  
\*faltóle la tierra.

Vivo solito en el mundo  
y de mí nadie se acuerda;  
busco en los árboles sombra,  
y los árboles se secan.

Los ojitos de mi cara,  
¿quién me los quiere comprar?  
Los vendo por traicioneros,  
porque publican mi mal.

Llorad, llorad, ojos míos;  
llorad si tenéis por qué;  
que no es vergüenza en un hombre  
llorar por una mujer.

Yo conocí quien tenía  
un pajarito en la mano,  
y por querer tener otro,  
se le escaparon entrambos.

La que tiene un pajarito  
en la mano y se le va,  
si le ha tomado cariño,  
¡qué triste se quedará!

Cuando muera, por letrado  
me pondrás en el sepulcro:  
«Aquí yace un desdichado  
que de veras querer supo.»

Si el campo santo visitas,  
pronto me hallarás allí,  
y habrá en mi losa un letrado  
que sólo diga: «¡Ay de mí!»

Si vas á mi sepultura,  
pon un pie en la losa y di:  
«Aquí yace un desdichado  
que murió de amor por mí.»

Ya se murió mi marido,  
ya se murió mi consuelo,  
ya no tengo quien me diga:  
«Ojillos de terciopelo.»

Sufro, siento, padezco,  
suspiro y lloro,  
tengo amor, y con esto  
lo digo todo:  
porque el que adora  
sufre, siente, padece,  
suspira y llora.

Ojos míos, lloremos,  
que es el arbitrio  
que les queda á los tristes  
para su alivio:  
lloremos tanto,  
que se aneguen mis ansias  
en vuestro llanto.

En el duro tormento  
que te acongoja,  
tú lloras sin consuelo,  
pero al fin lloras:  
¡ay desgraciado  
del que llorar no puede  
y está penando!

Un jilguerillo llora,  
y así le digo:  
«¿Tú también tienes penas?  
Llora conmigo:  
fiel compañero,  
tú al fin tendrás alivio,  
si hallas tu dueño.»

Es mi pena tan fuerte,  
mi mal tan grave,  
que acabaré la vida  
sin que esto acabe:  
curar podría,  
si no fuese veneno  
la medicina.

Para aliviar mis penas  
yo necesito,  
á cambio de memorias,  
comprar olvidos:  
que la memoria  
no importa que se pierda,  
cuando no importa.

Yo pienso que las dichas  
se han escondido,  
por no dar en el caso  
de dar conmigo:  
con las desdichas  
tropiezo á cada paso  
y á cada esquina.

Los ojitos de mi cara,  
¿quién los compra, que los vendo?  
Tan pobre me voy quedando  
que hasta los ojitos vendo.

Cada vez que paso y miro  
la puerta del hospital,  
le digo á mi cuerpecito:  
— Aquí vendrás á parar.

Cada vez que paso y miro  
la puerta del campo santo,  
le digo á mi cuerpecillo:  
— Aquí tendrás tu descanso.

Yo no deseo la muerte,  
porque es pecado mortal;  
pero sé que hasta que muera  
descanso no he de encontrar.

Hasta la cama en que duermo  
se queja de mi dolor:  
cuando la cama lo siente,  
¡qué será mi corazón!

Sombra le pedí á una fuente,  
agua le pedí á un olivo;  
que me ha puesto tu querer  
que no sé lo que me digo.

Dicen que la mar divierte,  
que quita pena y fatiga;  
yo me arrimaré á una fuente  
por ver si el agua me anima.

Pienso, y no sé lo que pienso;  
 pienso, y no soy desgraciado:  
 pienso que siempre la sogá  
 quiebra por lo más delgado.

Chiquilla, ¡cómo me has puesto!  
 Con un alfiler de á ochavo  
 se puede pasar mi cuerpo.

De llorar tengo canales,  
 viendo que por ti he perdido  
 á mi padre y á mi madre.

Cualquiera que me mirase,  
 dirá que no tengo penas,  
 y tengo mi corazón  
 como una bayeta negra.

Como una morcilla negra  
 tengo yo mi corazón:  
 serranilla, si lo vieras,  
 te había de dar dolor.

Comunicame tu pena,  
 yo te diré mi dolor,  
 que penas comunicadas,  
 penas con alivio son.

Dentro de mi corazón  
 tengo yo una llaga viva  
 que me ha hecho tu querer  
 de pasar puras fatigas.

Te pido por los cordeles  
 que tiene mi Dios al cuello,  
 que no me des más penillas,  
 que ya no tiene remedio.

Por aquella cruz bendita  
 que en Capuchinos está,  
 que no me des más penitas,  
 que no las puedo llevar.

Soñé la dicha de hallarme  
 en los brazos de mi dueño,  
 y al despertar sin la dicha,  
 hallé que la dicha es sueño.

Soñaba yo que tenía  
 contento mi corazón;  
 pero ¿es verdad, madre mía,  
 que los sueños sueños son?

Por culpa de malas lenguas  
 perdí la prenda que amaba:  
 si me la encuentro en la calle,  
 ni me mira ni me habla.

Ya te he dicho, corazón,  
 segunda y tercera vez,  
 que no llames á esa puerta,  
 que no te han de responder.

Ya no tengo yo en mi pecho  
 paciencia para sufrir;  
 siempre me estoy acordando  
 de quien se olvida de mí.

Tres días ha que no como  
 más que lágrimas y pan:  
 estos son los alimentos  
 que tus amores me dan.

Nadie se duela de mí,  
 solo mis tormentos pase;  
 que el que busca el mal por sí,  
 á nadie debe quejarse.

Ya no me asomo á la reja  
 que me solía asomar,  
 que me asomo á una ventana  
 que cae á la soledad.

Salí al campo y le conté  
 á una rama mi sentir;  
 de la pena que sintió  
 se le secó la raíz.

Dos cosas en el mundo  
 me harán perderte:  
 si vivo, el desengaño;  
 si no, la muerte.

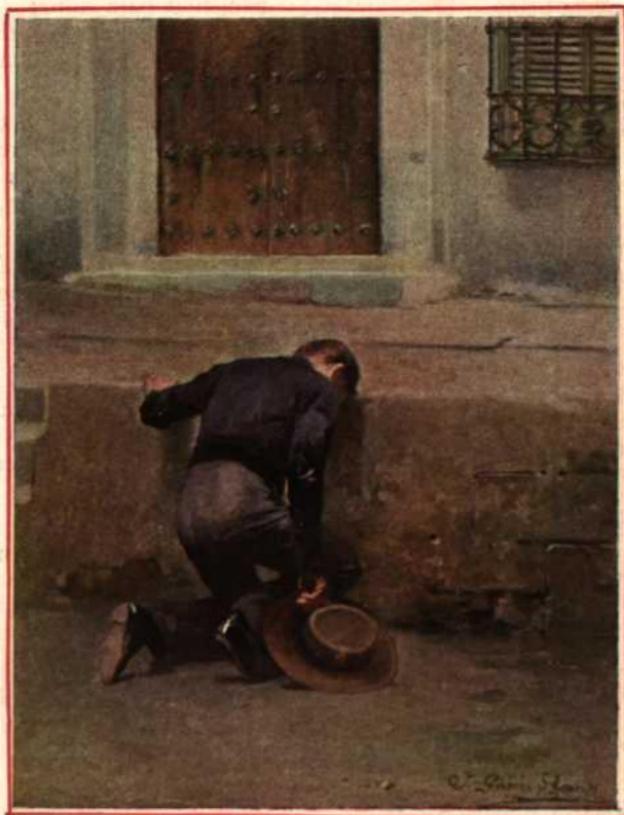
Quando yo más la quería,  
 se me volvieron pesares  
 los gustitos que tenía.

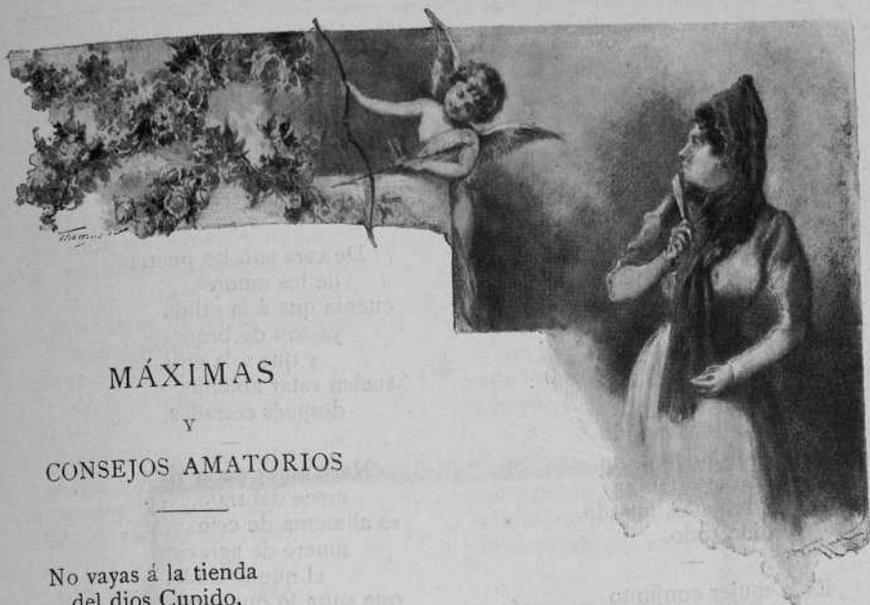
Ojitos míos, llorad;  
lágrimas, tened paciencia;  
que el que nace desgraciado,  
desde pequeñito empieza.

—  
Andaba muy poco á poco  
mi pobrecito caballo  
porque le pesaban mucho  
los pesares de su amo.

Del pino que derribé  
la tarde que ella moría,  
hice la cruz de la tumba  
donde reposa mi niña.

—  
Alegrías no las quiero  
de esas que á todos alegran;  
yo quiero las alegrías  
que al mismo tiempo dan pena.





MÁXIMAS  
y  
CONSEJOS AMATORIOS

No vayas á la tienda  
del dios Cupido,  
que por cualquiera cosa  
lleva un sentido.

No entres en ella,  
que se te irán los ojos  
tras de sus prendas.

Es amor una araña  
que, con cautela,  
en un rincón del alma  
forma su tela;  
con tal sigilo,  
que ningún sabio pudo  
cortar el hilo.

Hay querer de despecho,  
hay querer de ilusiones,  
hay querer que se alquilan  
como las habitaciones.

Un corazón sin amor  
es una planta sin fruto:  
el infeliz que no quiere  
¡para qué vive en el mundo!

El pimiento ha de ser verde  
y el tomate colorado,  
la berenjena espinosa,  
y los amores callados.

El amor es como un árbol  
que sólo tiene una rama,  
que para subir á él  
es menester que otro caiga.

Ninguno cante victoria  
aunque en el estribo esté,  
que muchos en el estribo  
se suelen quedar á pie.

Hasta lá leña en el monte  
tiene su separación:  
una sirve para santos  
y otra para hacer carbón.

Suerte negra, suerte perra  
la suerte de la mujer,  
que lo que el alma le pide  
se lo prohíbe el deber.

El amor de los hombres  
es como el vaso,  
que al menor movimiento  
se hace pedazos:  
y es evidente  
que el más fino se quiebra  
más fácilmente.

Cuatro *eses* componen  
amor perfecto:  
ser solícito, sabio,  
solo y secreto.

Las mujeres y cuerdas  
de la guitarra  
es menester talento  
para templarlas:  
flojas no suenan,  
y suelen saltar muchas  
si las aprietan.

Las mujeres al mundo  
perdido tienen,  
y los hombres al mundo  
y á las mujeres:  
y de este modo,  
hombres, mujeres, mundo,  
perdido todo.

Es la mujer conjunto  
de malo y bueno,  
en su postrera obra  
Dios echó el resto;  
nadie la gana  
cuando es la mujer buena,  
ni cuando es mala.

Es el amor, señores,  
como el cigarro:  
nadie lo deja, y todos  
quieren dejarlo;  
y el que lo deja,  
es para volver luego  
con mayor fuerza.

Es amor un embuste  
tan bien dispuesto,  
que le hacen las mujeres  
tener por cierto;  
y con engaños  
tienen á muchos hombres  
embolismados.

Lo mismo que las sombras  
son las mujeres:  
huyen del que las sigue,  
y al que huye quieren.

Amores son monedas  
imaginarias,  
que aunque no las ve nadie  
todos las pasan;  
de tal manera,  
que el comercio se hace  
con ofrecerlas.

De cera son las puertas  
de los amores,  
cuenta que á la salida  
ya son de bronce;  
y que á la entrada  
suelen estar abiertas,  
después cerradas.

Nace amor de la vista,  
crece del trato,  
se alimenta de celos,  
muere de agravios:  
el que lo dude,  
que sufra lo que sufro,  
luego lo apure.

No te cases con viejo  
por la moneda:  
la moneda se gasta  
y el viejo queda.

¿Te quieres poner conmigo?,  
le dijo el tiempo al querer:  
esa soberbia que gastas  
yo te la castigaré.

De lo profundo del mar  
suspiraba una ballena,  
y en el suspiro decía:  
«Quien tiene amor, tiene penas.»

La cadena del amor  
llévala contigo un año  
y verás qué peso tiene  
el que vive enamorado.

La cadena del amor  
tiene fuertes eslabones,  
y aquel que en ella se mete  
tarde sale de prisiones.

Es amor como el pleitista  
cuando dinero no tiene:  
ni el escribano le escucha,  
ni el abogado le atiende.

Compañero, si te casas,  
busca una mujer morena,  
que entre las blancas y rubias  
de ciento sale una buena.

Es el amor, señores,  
una carcoma,  
que se va apoderando  
de la persona.

No te fies de ojos negros,  
que ojos negros son traidores:  
unos ojos negros fueron  
causa de mis perdiciones.

Ojos verdes son la mar,  
ojos azules el cielo,  
ojos garzos purgatorio,  
ojos negros el infierno.

Más la quiero pobre y fea  
que bonita y con dinero:  
la pobre me mira á mí,  
y la bonita al espejo.

Lástima les tengo yo  
á toditas las mujeres:  
cuanto más bonitas son,  
más mala fortuna tienen.

Yo no sé quién se fía  
de la esperanza:  
basta que sea hembra  
para ser falsa.

Esperanza consuela,  
posesión cansa,  
apetecer desvela,  
no lograr mata.

Memoria que en el tiempo  
de los desvíos  
se acuerda de la dicha,  
dobla el martirio.

¡Qué gustosa va un alma  
cuando la llevan  
desde las falsedades  
á las fipezas!

Querer por sólo querer,  
sin esperanza de premio,  
es un querer desdichado,  
pero es querer verdadero.

Es de tal modo el amor  
y son sus efectos tales,  
que lo declaran los ojos  
aunque la boca lo calle.

El dinero y los amores  
no pueden estar cubiertos:  
el dinero, porque suena;  
los amores, por inquietos.

Piensan los enamorados,  
piensan y no piensan bien,  
piensan que nadie los mira  
y todo el mundo los ve.

Es una gloria el querer  
cuando es querer deseado,  
y en llegándose á perder,  
es un infierno abreviado.

Entre la tierra y el cielo  
se oyó una voz por el aire:  
«Quien quiera vivir tranquilo  
no ponga su amor en nadie.»

El tiempo con el querer  
hicieron una contrata,  
y lo que el querer dispone  
el tiempo lo desbarata.

Es el amor un niño  
que, cuando nace,  
con poquito que coma  
se satisface;  
pero en creciendo,  
cuanto más le van dando,  
más va queriendo.

Yo me acerqué á una fragua,  
dije al herrero:  
«Hágame usté un amante  
de fino acero;»  
y él me responde:  
«¿Cómo puede ser fino  
si ha de ser hombre?»

El amor ha de ser uno,  
eso bien lo sabéis vos;  
no tiene amor con ninguno  
la mujer que quiere á dos.

Nace la perla en el mar,  
en los jardines la flor,  
entre riscos el diamante,  
entre amantes el amor.

Las fatigas de la muerte  
grandes fatiguillas son;  
pero con las del querer  
no tienen comparación.

No hay amor como el primero,  
y los demás son fingidos;  
el primer amor que tuve  
se llevó el corazón mío.

No hay amante sin amante,  
no hay amor sin pena fuerte,  
no hay firmeza sin amor,  
ni vida sin tener muerte.

Dícese que nos queremos;  
yo no sé si desearlo:  
la risa de amor es dulce,  
pero su llanto es amargo.

Al amor lo pintan niño,  
y á la firmeza mujer;  
entre una mujer y un niño,  
¿qué amor firme puede haber?

Son las mujeres feas  
piedra en la calle,  
donde muchos tropiezan,  
ninguno cae.  
Si ella es bonita,  
aunque el hombre sea firme,  
se precipita.

La que es fea es discreta,  
la necia hermosa,  
cada una sirve siempre  
para su cosa.

Gusto completo  
la fea dará al alma,  
la hermosa al cuerpo.

Quien ama correspondido  
no deje de recelarse,  
que son los días de gusto  
visperas de los pesares.

Amor, no pongas amor  
donde no hay correspondencia;  
mira que te quedarás  
á la luna de Valencia.

¿Cuál será el dolor más fuerte  
ó la pena más sensible,  
el batallar con la muerte  
ó el querer un imposible?

En contiendas amorosas  
aconseja cierto autor  
herrar ó quitar el banco;  
y yo sigo su opinión.

Quien diga que ha enamorado  
sin sufrir ni padecer,  
ó siempre ha sido muy necio,  
ó nunca ha querido bien.

Quien diga que los amantes  
están divertidos siempre,  
no debió de tener celos,  
ni estuvo jamás ausente.

Dicen algunos autores  
que la ausencia causa olvido;  
eso lo dirán los necios  
que amores no hayan tenido.

Es lo esquivo en la dama  
como lo bello,  
una espuela que aguija  
más el deseo:  
pues siempre han sido  
los desdenes la causa  
para el cariño.

Tiene, como el diamante,  
la dama bella  
valor, brillo, hermosura,  
fondo y firmeza;  
y si es constante,  
no hay tesoro en el mundo  
que se le iguale.

Á mujer que sale mala  
no reñirle, ni pegarle;  
la cabra que tira al monte  
no hay cabrero que la guarde.

Dice el sabio Salomón  
que el que engaña á una doncella  
no tiene perdón de Dios  
si no se casa con ella.

La mujer que á un hombre adora  
por su gusto solamente,  
los intereses desprecia  
aunque ricos la corten.

En tu vida te enamores  
de mozo que no ha rondado,  
que el que no ronda de mozo,  
ronda después de casado.

En ningún hombre casado  
pongas nunca tu querer,  
porque al fin y á la partida  
se lo lleva su mujer.

Nace amor como planta  
en el corazón,  
el catiño la riega,  
la seca el rigor;  
y si se arraiga,  
se arranca, al apartarle,  
parte del alma.

En la cárcel del alma  
amor se encierra,  
causa cuidados preso,  
y al salir pena:  
porque quien ama  
le da, siempre que olvida,  
tormento al alma.

Los síntomas que indican  
dolor tan grave  
son un fuego que hiela  
y un hielo que arde:  
mal que recrea,  
tormento que da gusto,  
gloria que es pena.

Apetece tres cosas  
el amor ciego,  
que es el tener constancia,  
valor y tiempo;  
pero si falta  
cualquiera de estas cosas,  
amor es rabia.

No vayas solita al campo  
cuando sople el aire recio,  
porque las niñas son flores  
que hasta las deshoja el viento.

No te enamores, mozuela,  
de pájaro volantón,  
que anda de olivo en olivo  
buscando la mejor flor.

Si los hombres se calaran  
como se cala el melón,  
más de cuatro muchachitas  
no vivieran con dolor.

Ninguna, por ser bonita,  
á ningún galán desprecie,  
que un cordón de oro torcido  
da una vuelta y se destuerce.

No viváis, hermosuras,  
tan confiadas,  
que es la misma belleza  
quien más os daña;  
ni en esquivaces  
os confiéis tampoco,  
que hay quien las vence.

La dama, por esquivar,  
no hay que dejarla,  
que en el hierro más duro  
más se machaca;  
y golpe á golpe  
aun la piedra más dura  
blanda se pone.

Ya no hay Padre Santo en Roma,  
ni en España cristiandad,  
ni en las mujeres firmeza,  
ni en los hombres lealtad.

Es la mujer en rigor  
como manjar con veneno,  
que lo dulce está por fuera  
y lo amargo está por dentro.

Son las hembras arcas nuevas  
con su cerraja y su llave;  
por fuera están muy bonitas,  
y por dentro... ¡Dios lo sabel!

Si la mar fuera de tinta  
y el cielo fuera papel,  
no se pudiera escribir  
lo falsa que es la mujer.

Si la mar fuera de tinta  
y el cielo de papel doble,  
no se pudiera escribir  
lo falsos que son los hombres.

La mujer que encuentre un hombre  
fino, constante y leal,  
llévelo por cosa rara  
á la Historia Natural.

No te fíes de los hombres  
aunque digan: «Bien te quiero;»  
que en volviendo las espaldas,  
si te he visto, no me acuerdo.

La mujer y la nave  
son parecidas  
en que con sólo el viento  
las dos se guían:  
y si tropiezan,  
también son semejantes  
en que se estrellan.

Son los hombres tan vanos  
como las cañas,  
y se ponen tan huecos  
cuando los aman:  
por inconstantes  
ceden, como las cañas,  
á cualquier aire.

La mujer es una nave  
que á todo el mundo atropella;  
muy poco del mundo sabe  
aquel que se embarca en ella.

Comparadilla la tengo  
la mujer con la tormenta;  
después que pierden á un hombre,  
luego le dan la contenta.

Como maestra en amores,  
pondré un letrado en mi escuela:  
«Nadie se fíe de hombres,  
porque á lo mejor la pegan.»

Si de mujeres te prendas,  
darás fin á tu caudal;  
no hay cosa que valga menos,  
ni cosa que cueste más.

Cuando un hombre está queriendo,  
solicita y galantea;  
y así que logra su intento,  
aborrece, olvida y niega.

Cuando intentan las mujeres  
conquistar algún galán,  
humildes se manifiestan;  
pero después... ¡Dios dirá!

¡Qué triste que va la luna  
y el lucero en su compañía!  
¡Qué triste se queda un hombre  
cuando una mujer lo engaña!

De sepulcro en sepulcro  
voy preguntando  
cuál es el primer hombre  
que murió amando.  
Me dijo uno:  
«Mujeres, á millares;  
hombre, ninguno.»

Es la mujer lo mismo  
que leña verde:  
resiste, gime, llora  
y al fin se enciende.  
Luego, encendida,  
ni resiste, ni llora:  
sólo suspira.

Como encuentres un hombre  
sin un defecto,  
ven á darme el aviso,  
que aquí te espero;  
pero me marchó,  
porque ya es obra larga  
la que te encargo.

El que suspira piensa  
que así descansa,  
y si es de amor, aviva  
mejor la llama:  
se inflama el pecho,  
y cuanto más suspira,  
toma más cuerpo.

En suspiros no fíes,  
que no es prudente  
fiarse de una cosa  
que es aire leve;  
yo he conocido  
amantes que han durado  
lo que el suspiro.

Cuando el suspiro es aire  
y amor es fuego,  
lo reprimo en el alma  
por no encenderlo:  
porque esta llama,  
una vez encendida,  
tarde se apaga.

Si un afligido pecho  
no suspirara,  
el rigor de su pena  
lo devorara:  
que los suspiros  
no son la menor parte  
para el alivio.

Jugadores y amantes  
son gente rara,  
pues nunca están contentos  
con lo que ganan:  
ríen si pierden,  
y si alguna vez ganan,  
ganar más quieren.

¡Qué bien se aman los novios  
cuando hacen ambo!;  
mas cuando ya hacen terno  
les lleva el diablo:  
¡extraño juego,  
donde con más guarismos  
se gana menos!

Para olvidar amando  
no hay otro medio  
que nuevo amor, ó puesta  
tierra por medio:  
que estando ausente,  
se olvida lo pasado  
por lo presente.

Caminaba la ausencia  
por un camino,  
y el olvido seguía  
sus pasos mismos:  
que es consiguierte  
que el olvido á la ausencia  
la siga siempre.

Todo aquel que ama mucho  
vivirá poco;  
pero aunque mucho viva,  
se le hará un soplo:  
favorecido,  
las horas son minutos,  
horas los siglos.

Todos dicen que aman,  
todos que adoran,  
pero todos olvidan  
cuando no logran;  
y en tal mudanza,  
los hombres y mujeres  
todos se igualan.

Quien desconfía agravia  
al dueño amado,  
pero muchos se pierden  
desconfiados.  
No descuidarse,  
que tal vez el más listo  
suele engañarse.

Si la pasión te ciega,  
mira primero  
dónde pones los ojos,  
no llores luego:  
los ojos abre,  
mira que cuando acuerdes  
ya será tarde.

El que quisiere, amando,  
vivir sin pena,  
debe tomar el tiempo  
conforme venga:  
quiera querido,  
y cuando le desprecien,  
haga lo mismo.

Si las mujeres tuvieran  
la libertad de los hombres,  
á los caminos salieran  
á robar los corazones.

El amor que siente el hombre  
es como la leña verde,  
que llena la casa de humo  
y luego desaparece.

El amor de las mujeres  
es como día nublado,  
que tiene más pareceres  
que leyes un abogado.

El amor de las mujeres  
suele ser como el del perro,  
que aunque le sacudan palos,  
nunca desampara al dueño.

A la mujer la comparo  
con el águila real;  
en acercándose á ella,  
ella se remonta más.

Las mujeres son ladronas  
que les quitan á los hombres  
la luz del entendimiento,  
aunque la razón les sobre.

La palabra de los hombres  
es como la caña vana,  
que de lo que dicen hoy  
ya no se acuerdan mañana.

Como el amor te tome  
muy de su cuenta,  
despedirte ya puedes  
de la prudencia:  
porque es un loco,  
y en entrando en la casa  
lo enreda todo.

El carácter del hombre,  
si bien se advierte,  
no es el que manifiesta  
cuando pretende:  
que, en tales casos,  
el soberbio es humilde  
y el necio sabio.

Aunque me digan la fea,  
no me tengo de enfadar,  
porque siempre la más fea  
se lleva el mejor galán.

Todo el hombre que no cae  
á los primeros revuelos,  
en llegando á veinticinco  
necesita lazo nuevo.

Todo el que quiere casarse  
ajusta la cuenta alegre;  
luego, después de casado,  
la repasa y no la entiende.

Perlita, cástate á gusto,  
que tus padres morirán;  
no vendrán del otro mundo  
á ver si lo pasas mal.

Cástate, bella madama,  
y te dirán parabienes,  
y luego irás á comer  
á tu casa, si la tienes.

Cástate, Juan, en domingo,  
lunes estarás casado,  
y el martes preguntarás  
dónde dan el pan fiado.

No quieras casa caída,  
ni paredes derrumbadas,  
ni casamiento á disgusto:  
donde no hay gusto, no hay nada.

El hombre que se casa  
por el dinero  
no mira la cadena  
que se echa al cuello:  
que mujer rica  
es bruto que no sufre  
freno ni brida.

La que hiciere almoneda  
de sus favores,  
mire que ha de fiarlos  
al que los compre:  
porque el secreto  
ha de correr de cuenta  
del pregonero.



«Si no me quieres, me mato,»  
dicen unos ojos negros;  
y dicen unos azules:  
«Si no me quieres, me muero.»

—  
Cuando dos quieren á una  
y los dos están presentes,  
el uno cierra los ojos  
y el otro aprieta los dientes.

—  
Cuando uno quiere á una  
y esta una no le quiere,  
es lo mismo que si un calvo  
se encuentra en la calle un peine.

—  
Cuando en la calle se encuentran  
personas que se han querido,  
ó se les muda el color,  
ó se les quita el sentido.

—  
¿Qué harán dos que amando se hallan  
heridos de una centella?  
Ella de vergüenza calla,  
y él calla de temor de ella.

Anoche soñé un ensueño,  
que yo tengo por verdad:  
en estando un hombre ausente,  
otro ocupa su lugar.

—  
El que se retira y vuelve  
no tiene ningún delito,  
que el águila se remonta  
y vuelve á su mismo sitio.

—  
El amor que se va y vuelve  
lo tengo yo comparado  
con los niños de la escuela,  
que siempre van disgustados.

—  
¡Qué bien dijo aquel que dijo,  
quejándose de los celos:  
—No hay cosa para el olvido  
que otro amor, ó tierra en medio!

—  
Al que lo quieren de balde  
no venga pidiendo celos,  
que harto favor se le hace  
con quererlo pelo á pelo.

Amor resucitado  
yo no lo quiero,  
porque siempre á mortaja  
me estará oliendo;  
y yo me asusto  
con las cosas que vienen  
del otro mundo.

Una me dijo que sí,  
otra me dijo que no;  
la del sí quería ella,  
la del no quería yo.

Cuando se ve que van juntos  
una mujer con un hombre,  
les han de achacar aquello  
que cada cual se supone.

Compadre que á su comadre  
no le dice adónde va,  
no es compadre ni es comadre,  
ni se tienen voluntad.

Una mujer fué la causa  
de la perdición primera:  
no hay perdición en el mundo  
que por mujeres no venga.

Quien se fie de las hembras  
y en sus halagos creyere,  
si no se ahorcase á sí mismo,  
será porque ellas lo hicieren.

No te fies de los hombres  
aunque lloren á tus plantas,  
que son como los pepinos,  
que vienen á temporadas.

No te fies de los hombres  
que tienen poca firmeza  
y se mudan la camisa  
lo mismo que las culebras

No te fies de mujeres  
aunque las veas llorar,  
que con sus lágrimas riegan  
las calabazas que dan.

Al hombre falso y sin ley  
trátalo con segundilla;  
por si acaso te echa el rey,  
juégale tú la malilla.

El que de una dama bella  
quisiera ser bien querido,  
que haga poco caso de ella,  
que yo lo tengo advertido.

Más quisiera en una plaza  
á un toro bravo esperar,  
que no á una mujer que diga:  
¿qué cuidado se me da?

La que quiere ser amada  
sin tener correspondencia,  
quiere conservar el fuego  
sin la pensión de echar leña.

La niña que tiene uno  
y pretende tener dos,  
se quedará sin ninguno,  
que así lo dispone Dios.

La dama que quiere á dos  
no es tonta, que es advertida:  
si una vela se le apaga,  
otra le queda encendida.

La mujer que se enamora  
de la ropa y no del hombre,  
no tiene vergüenza en cara,  
porque la ropa se rompe.

Si, á pesar de desdenes,  
dura el afecto,  
pasión es incurable  
y amor perfecto.

Quien ama y no se explica,  
sin duda es muerto;  
pues sabiendo la causa,  
calla el remedio.

No fies en amores,  
que es desvarío  
tener seguridades  
de otro albedrío.

No por antecedentes  
amor inferas,  
que suelen salir falsas  
las consecuencias.

Si acaso saber quieres  
si dos se aman,  
repara si se miran  
más que se hablan.

No quiero amor con casada,  
que me ha dicho una viuda  
que á quien de ajeno se viste  
en la calle lo desnudan.

No quiero más amistades,  
quiero seguir mi opinión,  
que de pasión con extremos  
resulta una perdición.

Si se te apaga el cigarro,  
no lo vuelvas á encender;  
si te despide la novia,  
no la vuelvas á querer.

No te enamores, serrana,  
de niño de poca edad,  
que como le falta el tiempo,  
le falta la voluntad.

No te enamores, mi niña,  
de mocito forastero,  
que en volviendo las espaldas,  
si te he visto, no me acuerdo.

No elijas mujer ni tela  
á la luz artificial,  
porque la una y la otra  
grandes chascos suelen dar.

Es amor una senda  
tan sin camino,  
que el que va más derecho  
va más perdido.

El amor es un fuego  
cuya materia,  
cuanto más se consume,  
más se fomenta.

A los hombres de ahora  
quererlos poco,  
y en ese poco tiempo  
volverlos locos:  
porque los hombrés,  
en viéndose queridos,  
no corresponden.

Nadie de amor se burle,  
y en mí escarmiente,  
porque el amor se burla  
de sus rebeldes;  
que yo me acuerdo  
que desprecié sus grillos  
y ahora los beso.

El más sabio se atribula;  
quien tiene razón, la pierde;  
prevarica del sentido  
aquel que quiere y no puede.

Es tanto lo que apasiona  
una muchacha bonita,  
que al hombre de más valor  
el corazón le palpita.

No creas en ofertas  
de los amantes,  
que son como en borrasca  
los navegantes;  
dan mil palabras,  
y las olvidan luego  
que desembarcan.

Huye de amor, si quieres  
tener sosiego:  
mira que son pesados  
todos sus juegos;  
y si te coge,  
nunca podrás librarte  
de sus prisiones.

Llora, gime, suspira,  
siente, y al cabo  
lo que logra un amante  
son desengaños:  
que al menor soplo  
se convierten en humo  
de amor los logros.

Nadie se ponga á querer,  
que el querer quita el sentido:  
lo digo por experiencia,  
porque á mí me ha sucedido.

Los amantes parecen  
á los ladrones,  
que buscan á escondidas  
las ocasiones.

Cuando dos se quieren bien,  
con los ojos se saludan;  
que también los ojos hablan  
cuando la lengua está muda.

A toda mujer que vieres  
amarilla y con ojeras,  
no le preguntes qué tiene,  
porque es que quiere de veras.

A aquel que quiere de veras  
un tiro le habían de dar;  
ni come, ni bebe á gusto,  
ni lo dejan sosegar.

Una vela se consume  
á fuerza de mucho arder;  
así se consume un hombre  
al lado de una mujer.

Esperar y no venir,  
querer y que no lo quieran,  
acostarse y no dormir,  
¿cuál será la mayor pena?

A la luz de la razón  
he venido á conocer  
que son fatigas de muerte  
el querer y no poder.

Es amor una rueda  
que nunca para;  
á unos los sube mucho  
y á otros los baja.  
Tengan cuidado,  
porque tiene esta rueda  
muchos rodando.

Amor es una escuela  
de desengaños,  
que en ella siempre aprenden  
aun los más sabios;  
pero aunque aprendan,  
ciegos en sus pasiones,  
nunca escarmentan.

«Amor es un enredo,»  
dicen los sabios;  
pero yo veo á muchos  
muy enredados:  
de lo que infiero  
que son muy dulces lazos  
los de este enredo.

Yo le he preguntado á un sabio  
cómo se olvida un querer;  
el sabio me ha contestado:  
«No hay cosa como no ver.»

Las suelen llamar flacas  
á las mujeres;  
más flacos son los hombres,  
que ellas los vencen:  
y á vencer una  
no bastan muchos hombres  
si ella no gusta.

La que fie de un hombre  
debe primero  
hacer de él experiencias  
un siglo entero:  
y aun puede al cabo  
que el que parezca bueno  
le salga malo.

Que los tiempos se mudan,  
dicen, y mienten;  
los tiempos no se mudan,  
que son las gentes:  
y esta sentencia  
les comprende á los hombres  
más que á las hembras.

Pedernal que no echa lumbre  
y cuchillo que no corta,  
y el amor que no es constante,  
que se pierdan poco importa.

Amor con amor se paga,  
y con otra cosa no;  
lo que no tuviere cuenta,  
olvidarlo es lo mejor.

Pasan las dichas del mundo,  
pasa la vida y el tiempo;  
lo que no pasa jamás  
es el amor verdadero.

Amores de largo tiempo  
¡qué malos de olvidar son,  
porque han echado raíces  
en medio del corazón!

Una pena quita pena,  
un dolor quita dolor,  
un clavo saca otro clavo,  
pero amor no quita amor.

No ama mucho quien lo dice,  
sino quien mucho padece,  
porque amor sin penas y obras  
de amor sólo el nombre tiene.

Desde aquel primer instante  
que abre el corazón sus puertas,  
aunque las burle un amante,  
las suele tener abiertas.

Alza la voz, pregonero,  
y en el primer renglón di:  
«No hay plazo que no se cumpla,  
ni amor que no tenga fin»

Aquel si viene ó no viene,  
aquel si sale ó no sale,  
en los amores no tiene  
contento que se le iguale.

Amantes que siempre riñen  
y que jamás escarmientan,  
en llegando á conformarse,  
¡Dios nos la depare buena!

Los amantes y la luna  
son en todo semejantes:  
entran en cuarto creciente,  
salen en cuarto menguante.

Yo crié en mi rebaño  
mansa cordera,  
que de tanto mimarla  
se volvió fiera:  
que las mujeres,  
á fuerza de mimarlas,  
fieras se vuelven.

Quien cariño en mujeres  
pusiere loco,  
pierde mujer, cariño,  
lo pierde todo:  
que las mujeres,  
mientras más las queremos,  
menos nos quieren.

Quien camina de prisa,  
poco adelanta,  
que nada se hace bueno  
con prisa tanta:  
pues se ha notado  
que el que va más de prisa,  
va más despacio.

Si enfermedades llamas  
á mis consejos,  
la salud que tú tienes  
tener no quiero:  
cura tus males  
con lo mismo que llamas  
enfermedades.

Coliganse por plantar  
un ambicioso proyecto  
las dos potencias mayores,  
voluntad y entendimiento.

La naturaleza humana,  
según por sus hijos veo,  
creó gigante el deseo  
y la posesión enana.

La misma resistencia  
la mujer tiene  
que una gasa prendida  
con alfileres.

Píldoras y verdades,  
cuando no agradan,  
se doran; que con oro  
todo se traga.

Mañanita de San Juan  
cuajan la almendra y la nuez:  
también cuajan los amores  
cuando dos se quieren bien.

De los sabios de este mundo  
aquel que supiere más  
métele tú en el querer,  
lo verás prevaricar.

Conocí á un hombre de bien,  
tan cabal como el reloj,  
que se metió en el querer  
y en un hospital murió.

Las mujeres y el vino  
son semejantes:  
con el aire solano  
suelen picarse;  
aunque se hallan  
muchas que á todos aires  
están picadas.

Si en los hombres no hubiera  
extravagancias,  
las feas vivirían  
sin esperanza.

Todo hombre que se casa  
se parece al caracol,  
que se echa la casa á cuestras  
con más fatigas que Dios.

Es amor un comercio  
de tantas quiebras,  
que en él aquel que gana  
perdido queda;  
y al fin y al cabo,  
si hay alguna ganancia,  
la lleva el diablo.

Aunque amor es oficio,  
no tiene examen,  
porque viejos y niños  
todos lo saben;  
y en sus talleres  
las mejores lecciones  
dan las mujeres.

Es el amor pescado,  
y en su comida  
encuentran los amantes  
muchas espinas;  
pero las pasan  
por los dulces bocados  
que á veces hallan.

Ya no son los amores  
como eran antes,  
que eran adoraciones  
de los amantes:  
porque las damas  
pasaron de divinas  
á ser humanas.

Es el amor un bicho  
que, cuando pica,  
no se encuentra remedio  
ni en la botica;  
porque sus males,  
si el cura no los cura,  
son incurables.

Es el amor un monte  
muy elevado,  
y á la cumbre se sube  
con gran trabajo;  
y estando arriba,  
es peligrosa y fácil  
cualquier caída.

El amor es una cosa,  
¡Dios nos libre y Dios nos guarde!,  
que hace perder los sentidos  
al que los tiene cabales.

El amor es un bichito  
que por los ojos se mete,  
y en llegando al corazón,  
da fatiguillas de muerte.

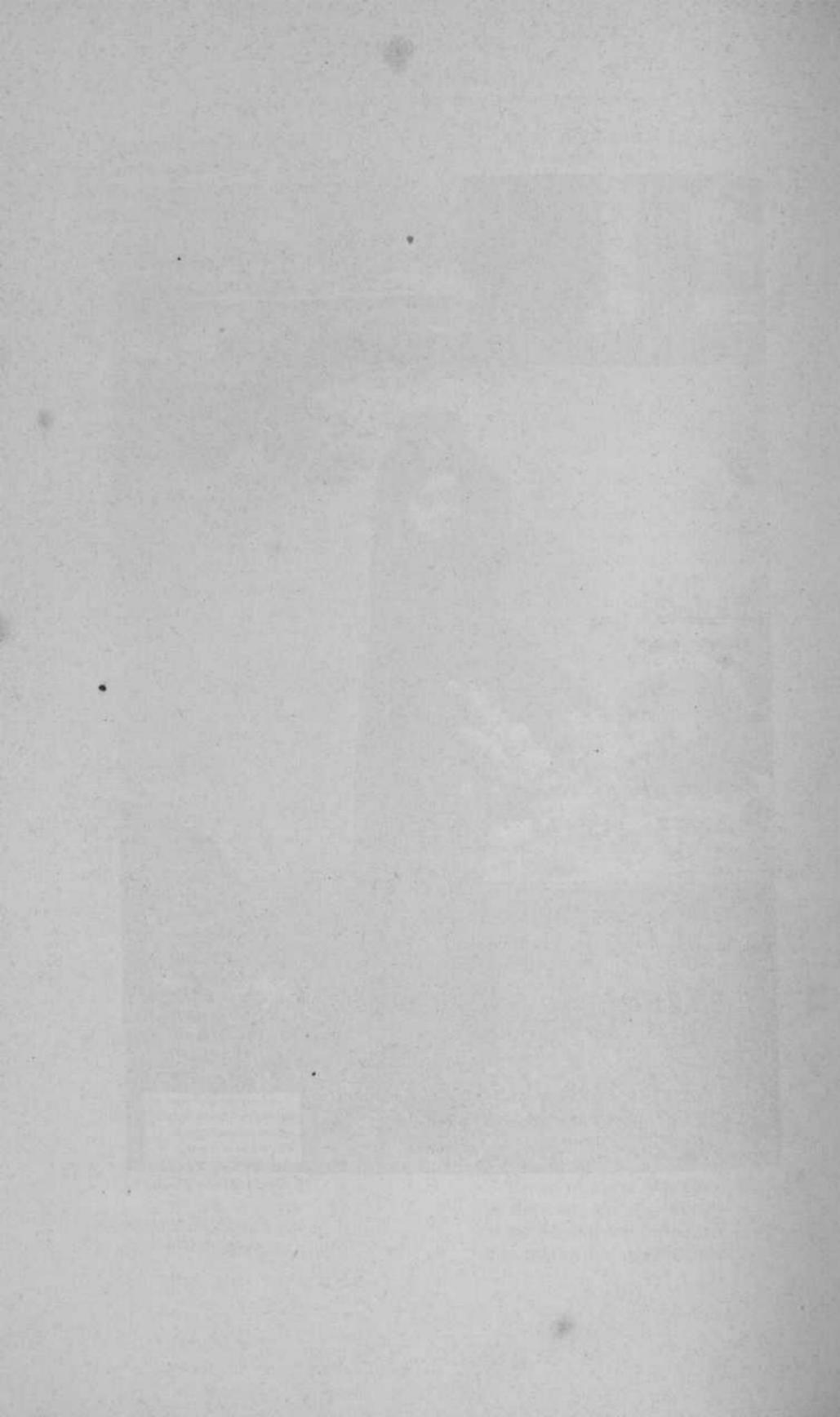
El amor es como el niño,  
que se enoja y tira el pan,  
y en haciéndole cariños,  
calla y lo vuelve á tomar.

Entra el amor por los ojos,  
se deposita en el pecho,  
le alimentan los oídos  
y le matan los desprecios.



Las flores que en tu sepulcro  
derramo yo á manos llenas  
van regadas con mi llanto,  
y por eso no se secan.

J. Garcia Ramos dibujó



Nace amor como una planta  
 en amante corazón,  
 lo alimenta la esperanza,  
 después lo seca el rigor.

Los primeros amores  
 son los que privan,  
 aunque algunos autores  
 lo contradigan.

La pasión oprimida  
 es como el rayo:  
 cuanta más resistencia,  
 mayor estrago.

Amores escondidos  
 por tiempo largo,  
 si en tragedia no acaban,  
 será milagro.

Entre ceniza envuelta  
 la lumbre vive:  
 cuanto más retirado,  
 amor más firme.

Carbón que ha sido lumbre  
 tengo entendido  
 que luego, á poco soplo,  
 queda encendido.

¿De qué sirve la riña  
 de dos amantes,  
 cuando están reventando  
 por hacer paces?

Las palabras amorosas  
 son las cuentas de un collar:  
 en saliendo la primera,  
 salen todas las demás.

La mujer que sale mala,  
 ni reñirle ni pegarle;  
 agarrarla de la mano  
 y llevársela á su madre.

A aquella mujer que quiere  
 mandar más que su marido,  
 Santo Cristo del garrote,  
 leña del Verbo divino.

Los primeros amores  
 no sé qué tienen;  
 se meten en el alma,  
 salir no pueden.

La que con muchos trata  
 y es retrechera,  
 quedará para tía  
 aunque no quiera:  
 cuadro ó no cuadro,  
 sólo si fuera monja  
 le dirán madre.

El médico me receta,  
 viendo que es mi mal de amor:  
 onza y media de escarmiento,  
 y de desengaño dos.

Yo le pregunté á un casado:  
 — Casado, ¿cómo te va?  
 Y él me respondió: — Soltero,  
 cástate tú y lo verás.

Si fueres á buscar novia,  
 que no sea en romería,  
 sino en casa de su padre,  
 con ropita de aquel día.

¿Fuiste tú la que dijiste  
 que no te casabas nunca?  
 No hay San Martín que no llegue,  
 ni plazo que no se cumpla.

Cásate y tendrás mujer,  
 si es bonita, que guardar;  
 si es fea, que aborrecer;  
 si es rica, que contentar;  
 si es pobre, que mantener.

Aprovecha el tiempo, niña,  
 y no juegues con la suerte;  
 que la vejez viene luego,  
 y luego viene la muerte.

Con su capa el torero  
 maneja el bicho,  
 y la mujer al hombre  
 con su abanico

Cupido, como niño,  
hizo diabluras,  
y ahora todos pagamos  
sus travesuras.

No la busques bonita,  
porque á lo hermoso,  
como á la miel las moscas,  
rondan golosos;  
y algunas veces  
pueden pegarse algunos  
que te la peguen.

No te cases, no te cases,  
mantente siempre mocita,  
que la rosa en el rosal  
siempre está coloradita.

La fundación del querer  
no tiene comparación;  
que le parece al que ama  
que lo suyo es lo mejor.

El amor del forastero  
es como la golondrina,  
que así que llega el verano  
á su tierra se encamina.

Todos quieren á la Antonia;  
Antonia no quiere á nadie;  
á lo mejor quedará  
como el pájaro en el aire.

No quiero que me dé nadie  
valía de un alfiler,  
porque todo en este mundo  
se da por el interés.

Porfía, y conseguirás  
del amor lo que quisieras;  
no son duros pedernales  
los pechos de las mujeres.

Quien ganar solicite  
de amor la palma,  
gaste poco cariño,  
buenas palabras;  
porque las hembras,  
más que cariño, quieren  
palabras buenas.

Se levanta el rey furioso,  
toma la pluma y escribe,  
y en el primer renglón pone:  
«Quien tiene amores no vive.»

Dejad llorar á las nubes,  
dejad alumbrar al sol,  
dejad al viejo quejarse  
y al mozo gozar su amor.

Todas las mañanas voy  
á preguntarle al romero  
si el mal de amor tiene cura,  
porque yo de amores muero.

El mal de amor tiene cura  
en sabiéndolo curar,  
en queriendo ó no queriendo  
olvidar ó no olvidar.

Al hombre que se enamora  
y tiene poca prudencia  
le vienen luego á dejar  
á la luna de Valencia.

Por más que reine el cariño,  
en llegándose á perder,  
no es fácil que se recobre  
si Dios no pone el poder.

El amor es un pleito;  
pero en su audiencia  
las mujeres son parte,  
y ellas sentencian;  
y aunque lo ganen,  
condenados en costas  
los hombres salen.

El que fuere majo y pobre  
no busque mujer bonita,  
porque en medio de sus gustos  
viene el rico y se la quita.

El amor que se oculta  
bajo el silencio,  
hace mayor estrago  
dentro del pecho;  
porque sus llamas,  
como no hallan salida,  
quemán el alma.

## MADRES É HIJOS

---

Déjame rezar un Credo  
en aquesta losa fría  
donde descansan los restos  
de la pobre madre mía.

---

Cuando murióse mi madre,  
yo los ojos le cerré,  
y la pobre, agradecida,  
lloró por última vez.

---

Tengo un bello pajarito  
que canta mejor que un ángel;  
es una cuna su jaula,  
y llama á mi esposa «madre.»

---

A los niños que duermen  
Dios les bendice,  
y á aquellos que son malos  
les da lombrices.

---

Mi niño se va á dormir,  
¡ojalá fuera verdad  
y le durara el sueño  
tres días como á San Juan!

---

Duérmete, niño chiquito,  
duérmete y no llores más,  
que se irán los angelitos  
para no verte llorar.

---

Ya se me murió mi madre,  
ya quedó el mundo vacío;  
por eso va el viento lleno  
de los suspiritos míos.



«No hay ninguna mujer buena,»  
iba á decir ayer tarde:  
de pronto volví los ojos  
y vi venir á mi madre.

---

No llores, que es tontería:  
nunca pasé yo una pena  
mientras mi madre vivía.

---

El hombre que no se affige  
cuando llora una mujer,  
ni ha conocido á su madre,  
ni sabe lo que es querer.

---

¿Cómo quieres que tenga  
gusto y contento?  
Casadita de un año,  
mi niño muerto.

---

La mano me duele  
de tanto llamar,  
y me ha respondido la madre del alma  
á la *madrugá*.

¡Ay soledad, soledad,  
soledad triste de mí;  
no tengo padre ni madre,  
ni quien se acuerde de mí!

Ya se me murió mi madre;  
ya no tengo quien me diga:  
— Hijito, que Dios te ampare.



El rosal cría la rosa,  
la clavellina el clavel,  
la madre cría á su hija  
y no sabe para quién.

Con sentimiento lloraba  
buscando la madre mía:  
¿dónde volveré á encontrar  
madre como la perdida?

A mí no me quiere nadie:  
las madres son las que quieren,  
y se me murió mi madre.

Se murió la madre mía;  
ya no hay en el mundo madres:  
¡madre la que yo tenía!

Cuando te veo llorando,  
me dan ganas de reir:  
quien tiene madre y se queja  
no es hombre, que es un mandil.

No me llores, que es tontuna:  
ninguno pasa trabajos  
mientras su madre le dura.

Hay dos cosas en el mundo  
que no pueden olvidarse:  
el primer amor del alma  
y el cariño de una madre.

Dos besos tengo en el alma,  
que no se apartan de mí:  
el último de mi madre  
y el primero que te dí.

Salí al campo y le recé  
á la *Solá* una salve,  
y luego la encomendé  
por el alma de mi madre.

Si los muertos revivieran  
á fuerza de valentías,  
levantara yo á mi padre  
aunque perdiese la vida.

Penas *tié* mi *mare*,  
penas tengo yo  
y las que más siento *son las e mi mare*,  
que las mías no.

Comparito mío,  
diga usted á madre  
que por los ojitos que en la cara tiene  
no me desampare.

No tengo padre ni madre,  
¿á quién me arrimaré yo?  
Me arrimaré á un arbolito  
que eche fruto y no eche flor.

Ya se me murió mi madre,  
y una camisa que tengo  
no tengo quien me la lave.

*Tos* los cementerios  
los traigo yo *andaos*:  
la *seportorita* de mi pobre *mare*  
yo no la he *jayao*.



Ya se me murió mi madre,  
¡qué dolor de madre mía!  
¡Dónde encontraré otra madre  
como la que yo tenía!

—  
No tengo padre ni madre  
ni quien se acuerde de mí.  
¡Válgame Dios de los cielos,  
qué desgraciada nací!

—  
Ya se me murió mi madre,  
ya no tengo quien me quiera,  
que sólo el querer de madre  
es grande sobre la tierra.

—  
Murió mi madre, ¡ay de mí!  
¡Maldita mi desventura!  
Que no hay quien pase trabajos  
mientras su madre le dura.

*J. Garcia Ramos*

J. Garcia Ramos dibujo



Si supiera *er sitio*  
*avonde* la enterraron,  
 yo sacaría *tos* sus *güesesitos*  
 para embalsamarlos.

En Puerta de Tierra,  
 en aquel rincón  
 están los huesos de la madrecita.  
 de mi corazón.

*Maresita* mía,  
 ¡qué buena gitana!,  
 de un *peasito* de pan que tenía,  
 la mitad me daba.

Si cual tengo padre  
 tuviera yo madre,  
 no andarían esos hermanitos  
 sin calor de nadie.

Si la madrecita mía  
 levantara la cabeza,  
 viera lo que estoy pasando  
 de fatigas y de penas.

Quien tiene madre y se queja,  
 no debe escucharle nadie,  
 que no hay pena sin consuelo  
 para aquel que tiene madre.

Dos cosas grandes tenemos,  
 y fuera de ellas no hay más:  
 una madre aquí en la tierra  
 y un Dios en la eternidad.

Ya murió la que yo amaba,  
 ya murió la madre mía:  
 quien pierde el amor de madre,  
 pierde todo en esta vida.

¡Jesús, qué fatigas tengo!  
 La madre de mis entrañas  
 de pena se está muriendo.

Queditos los golpes,  
 queditos, por Dios,  
 porque está mala la madre de mi alma,  
 de mi corazón.

Estos sí que son tormentos:  
 mi padre malo en la cama,  
 mi hermano mayor se ha muerto.

Lo pedí llorando,  
 ¡oh Virgen del Carmen!  
 la *salusita* que á mí me sobra  
 dádsela á mi padre.

Diga *usté* á mi madre  
 si no echa de menos  
 aquel hijo suyo de las sus entrañas  
 cuando está comiendo.

El cielo vistió de luto,  
 la tierra se echó á temblar,  
 porque se ha muerto mi madre  
 y no la vuelvo á ver más.

Deja que la bese,  
 déjamela ver  
 á mi madrecita, madrecita mía,  
 por última vez.

En el Hospital  
 me dijo mi madre:  
 «Ahí te quedan dos hermanos chicos,  
 no los desampares.»

*Jincarse e roíyas*,  
 que ya viene Dios:  
 va á recibirlo la madre de mi alma,  
 de mi corazón.

N' el hospitalito  
 á manita *erecha*  
 ayí tenía la *madrita* mía  
 la camita *jecha*.

Me dijo mi *mare*  
 con los *brazo ar cueyo*:  
 «Ahí te *quean* esos chorrecitos,  
 que mires por *eyos*.»

Yo preso en la trena,  
 malita mi madre:  
 el que hiciere caridad por ella,  
 que Dios se lo pague.

Por ver á mi madre diera  
un dedito de la mano,  
el que más falta me hiciera.

Sin querer pisé una flor  
que en su sepultura estaba,  
y de la flor salió un jay!,  
que se me clavó en el alma.

Aquel lucerito, madre,  
que va detrás de la luna,  
es el que á mí me acompaña  
la noche que voy de tuna.

En la tumba de una madre  
no hay una flor que seque  
mientras exista un buen hijo  
que con su llanto la riegue.

Se alberga en mi calabozo  
una mariposa blanca:  
es el alma de mi madre  
que viene á enjugar mis lágrimas.

Ya no se acuerda mi madre  
de la vida que me dió,  
que me la encuentro en la calle  
y no me dice ni «adiós.»

Si la madre de mi alma  
viera lo que estoy pasando,  
con lágrimas de sus ojos  
las calles fuera regando.

Todito te lo consiento  
menos faltar á mi madre,  
que una madre no se encuentra  
y á ti te encontré en la calle.

Cada vez que me acuerdo  
de aquellos besos de la madre mía,  
loquito me vuelvo.

Anda y déjame llorar,  
que se me ha muerto mi madre  
por toda la eternidad.

Aquel que no tenga madre,  
que no pare de llorar:  
para llorarla son pocas  
las gotitas de la mar.

La Vigen de Regla,  
ya se lo he rogado,  
que me libre un hermanito mío  
de salir soldado.

Cuando se murió mi madre,  
grandes penitas pasé:  
con lágrimas de mis ojos  
su sepultura regué.

*Sepultorerito,*  
toma esa *moneda,*  
ábreme la fosa donde está mi *mare*  
*pa* que yo la vea.

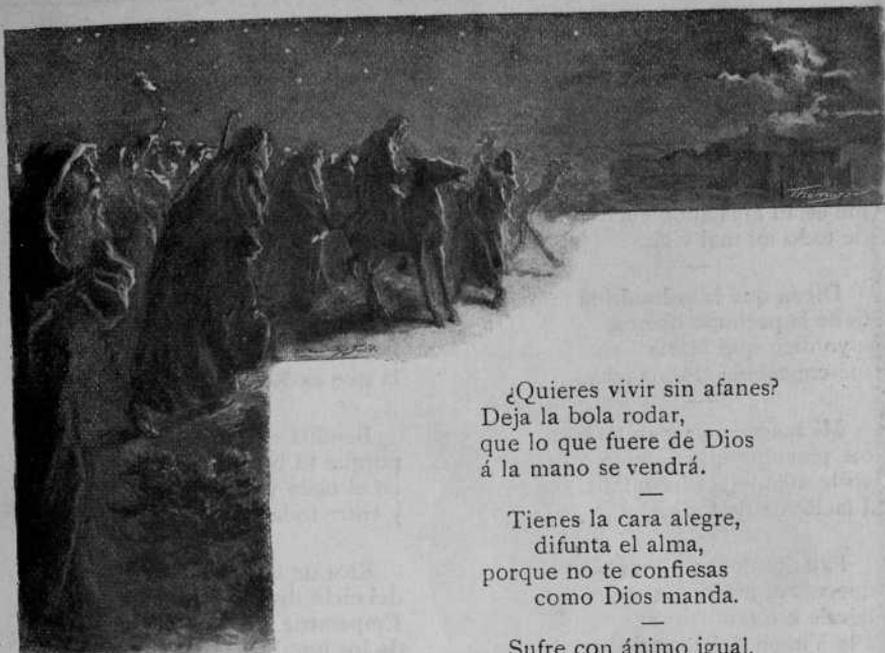
Yo me asomo á la muralla  
y á voces llamo á mi madre:  
viendo que no me responde,  
llamo á la Virgen del Carmen.

Doblan las campanas,  
doblan con dolor,  
como que se ha muerto hoy la madre mía  
de mi corazón.

Un beso di en una tumba  
y la tumba se movió:  
era que allí dentro estaba  
la madre que me parió.

Ya mi padre se murió,  
soy hijo y debo llorar:  
un bien como el que he perdido  
no lo volveré á encontrar.

Hermanita de mi vida,  
padre y madre se murieron:  
ya nos quedamos los dos  
á la clemencia del cielo.



## RELIGIOSOS

---

En Belén tocan á fuego,  
del portal salen las llamas,  
porque dicen que ha nacido  
el Redentor de las almas.

---

Por divino adoro á Dios,  
y lo admiro por perfecto,  
por bondadoso le amo,  
por justiciero le temo.

---

Yo no le temo á la muerte  
aunque la encuentre en la calle,  
que sin licencia de Dios  
la muerte no mata á nadie.

---

Yo no le temo á la muerte,  
que morir es natural:  
lo que temo es á la cuenta  
que á mi Dios tengo que dar.

¿Quieres vivir sin afanes?  
Deja la bola rodar,  
que lo que fuere de Dios  
á la mano se vendrá.

---

Tienes la cara alegre,  
difunta el alma,  
porque no te confiesas  
como Dios manda.

---

Sufre con ánimo igual,  
alma, lo que más lastima,  
que la más áspera lima  
limpia mejor el metal.

---

Para bailes y fiestas  
siempre estás lista,  
pero muy perezosa  
para ir á misa:  
¡fuerte desgracia  
es dejarlo que anima  
por lo que mata!

---

Clérigos y confesores,  
obispos y cardenales,  
en el tribunal de Dios  
todos seremos iguales.

---

Mira que te mira Dios,  
mira que te está mirando,  
mira que te has de morir,  
mira que no sabes cuándo.

---

Acuérdate, pecador,  
que tu vida es una luz  
y que te puedes morir  
antes de decir «¡Jesús!»

Desde el día en que nacemos,  
á la muerte caminamos;  
no hay cosa que más se olvide  
y que más cierta tengamos.

Ya me están amortajando,  
ya para mí llegó el fin:  
me están ajustando cuenta  
de todo mi mal vivir.

Dicen que la golondrina  
tiene la pechuga blanca,  
y yo digo que María  
fue concebida sin mancha.

Mi madre con gran ternura  
me pregunta que á quién quiero;  
yo le digo:—Madre mía,  
á la Reina de los cielos.

Pajarita de las nieves  
que vas al monte Calvario,  
llévale ese ramillete  
á la Virgen del Rosario.

La Virgen de los Dolores  
quiere mucho á los Manueles,  
porque se llama su Hijo  
Manolito de los Reyes.

¡Ay Virgen de los Remedios,  
Madre de los afligidos,  
los trigos se van secando,  
manda tu santo rocío!

Dicen que me han de matar  
y me han de llevar al campo:  
¡Virgen de la Soledad,  
tapadme con vuestro manto!

Allá en el río Jordán  
bautizaron á una dama  
y le pusieron por nombre  
María, la flor de España.

Hermosa como ninguna,  
Purísima Concepción,  
á los pies tienes la luna,  
sobre la cabeza el sol.

San Antonio bendito,  
ramo de flores,  
á las descoloridas  
dales colores.

La primera verbena  
que Dios envía  
es la de San Antonio  
de la Florida.

Aunque te llamen María,  
nunca lo tengas á menos,  
porque María se llama  
la que es Reina de los cielos.

Bendita seas, María,  
porque tú bendita eres  
en el cielo y en la tierra  
y entre todas las mujeres.

Eres de la mar Estrella,  
del cielo divina Escala,  
Emperatriz de los cielos,  
de los hombres Abogada.

¡Viva el coro celestial,  
viva Dios, que lo mantiene,  
viva la Virgen María,  
que es Reina de las mujeres!

En lo más alto del cielo  
se pasea una Doncella,  
que se llama Encarnación  
porque Dios encarnó en ella.

San José tenía celos  
del preñado de María,  
y en el vientre de su Madre  
el Niño se sonreía.

La Virgen va caminando  
por los montes de Judea,  
Santa Isabel la recibe  
en su casa placentera.

San José mira á la Virgen,  
la Virgen á San José,  
el Niño mira á los dos  
y se sonríen los tres.

Bendita la Virgen pura,  
que es relicario de amor,  
porque lleva en sus entrañas  
tan soberano Señor.

Santa Ana parió á la Virgen,  
Santa Isabel á San Juan,  
y la Virgen parió á Cristo  
la noche de Navidad.

La Nochebuena se viene,  
la Nochebuena se va,  
y nosotros nos iremos  
y no volveremos más.

Esta noche es Nochebuena  
y no es noche de dormir,  
que está la Virgen de parto  
y á las doce ha de parir.

Esta noche ha de nacer  
Manolito de Jesús,  
para morir por el hombre  
enclavado en una cruz.

La Virgen iba á Belén,  
le dió el parto en el camino,  
y entre la mula y el buey  
nació el Cordero divino.

En un portalito obscuro,  
llenito de telarañas,  
entre la mula y el buey  
nació el Redentor de almas.

Nochebuena y paridita  
pocas la suelen tener:  
la Virgen la tuvo buena,  
Nochebuena y varón fué.

Esta noche nace el Niño  
entre la paja y el hielo:  
¡quién pudiera, Niño mío,  
vestirte de terciopelo!

En el portal de Belén  
nació un clave! encarnado,  
que por redimir al mundo  
se ha vuelto lirio morado.

Esta noche no dormimos,  
que es la santa Nochebuena  
y tenemos que llevarle  
á María la enhorabuena.

Este rey niño, Jesús,  
de los cielos baja acá,  
siendo su real comitiva  
María y José no más.



La Virgen se está peinando  
al pie de Sierra Morena:  
los cabellos son de oro  
y las manos de azucenas.

Por los campos del Oriente  
sale, dando envidia al sol,  
la más bella criatura  
que de mujeres nació.

A las doce de una noche  
que más feliz no se vió,  
nació en un Avemaría,  
sin romper el alba, el Sol.

De la sacristía sale  
un clérigo revestido  
á darle la enhorabuena  
al Niño recién nacido.

En el portal de Belén  
hay estrellas, sol y luna:  
la Virgen y San José,  
y el Niño que está en la cuna.

Un pastor comiendo sopas  
en el aire divisó  
un ángel que le decía:  
«Ya ha nacido el Redentor.»

Pastores, venid, venid,  
veréis lo que no habéis visto,  
en el portal de Belén  
el nacimiento de Cristo.

Los pastores daban saltos  
y bailaban de contento,  
al par que los angelitos  
tocaban los instrumentos.

Los pastores que supieron  
que el Niño estaba en Belén  
se dejaron las ovejas  
y apretaron á correr.

Un pastor que por correr  
se le cayó la montera,  
en medio de aquellos campos  
enseñó la calavera.

Los pastores y zagalas  
caminan hacia el portal,  
llevando llenos de frutas  
los cestos y el delantal.

Los pastores que supieron  
que el Niño ha nacido ya,  
al momento le cubrieron  
de flores todo el portal.

Los pastores que supieron  
que el Niño comía uvas,  
hubo pastor que le trajo  
cien canastos de granuja.

Los pastores de Belén  
todos juntos van por leña  
para calentar al Niño  
que nació la Nochebuena.

Los pastores no son hombres,  
que son ángeles del cielo,  
que en el parto de la Virgen  
ellos fueron los primeros.

A Belén tengo que ir  
aunque me riña mi amo,  
que yo también quiero ver  
á ese Niño soberano.

¡Ay, ay, ay, qué niño tan rubio!,  
¡ay, ay, ay, qué gordito está!,  
¡ay, ay, ay, qué madre que tiene!  
Carrasclás, carrasclás, carrasclás

Todos le llevan al Niño,  
yo no tengo qué llevarle;  
las alas del corazón,  
que le sirvan de pañales.

Todos le llevan al Niño,  
yo también le llevaré  
una torta de manteca  
y un jarro de blanca miel.

Tomad ese capillito,  
hecho de flores está,  
para abrigar la cabeza  
de ese Niño celestial.

Una pandereta suena,  
yo no sé por dónde va,  
camina para Belén  
hasta llegar al portal.

Al ruido que llevaba,  
el Santo José salió:  
«No me despertéis al Niño,  
que ahora poco se durmió.

»Lo ha dormido entre sus brazos  
aquella que lo parió,  
y su canto era tan dulce,  
que pudo dormir á Dios »

Un soldadito ha llegado:  
como el orbe goza paz,  
se queda de centinela  
á la puerta del portal.

La Virgen está lavando  
y tendiendo en el romero,  
los angelitos cantando,  
y el romero floreciendo.

La Virgen quiso sentarse  
al abrigo de un olivo,  
y las hojas se volvieron  
á ver al recién nacido.

Duérmete, Niño de cuna,  
mientras voy por los pañales,  
que están tendidos en rosas  
y lavados en cristales.

La Virgen va caminando,  
va caminando solita,  
y no lleva más compañía  
que el Niño de la manita.

En el portal de Belén  
gitanillas han entrado,  
y al Niño recién nacido  
las mantillas le han robado.

Una gitana se acerca  
al pie de la Virgen pura;  
hincó la rodilla en tierra  
y le dijo la ventura.

«Madre del Amor hermoso,  
así le dice á María,  
á Egipto irás con el Niño,  
y José en tu compañía.

»Saldrás á la media noche,  
ocultando al Sol divino;  
pasaréis muchos trabajos  
durante todo el camino.

»Os irá bien con mi gente,  
os tratarán con cariño;  
los ídolos, cuando entréis,  
caerán al suelo rendidos.»

Mirando al Niño divino,  
le decía enternecida:  
«¡Cuánto tienes que pasar,  
lucero de mi vida!»

»La cabeza de este Niño,  
tan hermosa y agraciada,  
luego la hemos de ver  
con espinas traspasada.

»Las manitas de este Niño,  
tan blancas y torneadas,  
luego las hemos de ver  
en una cruz enclavadas.

»Los piececitos del Niño,  
tan chicos y sonrosados,  
luego los hemos de ver  
con un clavo taladrados.

»Andarás de monte en monte  
haciendo mil maravillas;  
en uno sudarás sangre,  
en otro darás la vida.

»Morirás en vera cruz  
levantada en el Calvario,  
que á tanto te obligará  
ese tu amor extremado.

»La más cruël de tus penas,  
te la predigo con llanto,  
será que en tus redimidos,  
Señor, hallarás ingratos.»

De Oriente salen tres reyes  
para adorar al Dios niño;  
una estrella los guiaba  
para seguir su camino.

Quien quisiese comprar pan  
más blanco que la azucena,  
en el portal de Belén  
la Virgen es panadera.

Cuando la Virgen fué á misa  
al templo de Salomón,  
el vestido que llevaba  
era de rayos de sol.

San José era carpintero,  
y la Virgen costurera,  
y el Niño labra la cruz,  
porque ha de morir en ella.

El Niño de María  
no tiene cuna;  
su padre es carpintero  
y le hará una.

Manuel se llama Cristo,  
¡qué dulce nombre!  
¡Dichoso el que naciendo  
Manuel le ponen!

José carpinterito,  
me hueles á serrín,  
á serrín de los cielos  
me hueles tú á mí.

No hay hombre como Manuel,  
ni mujer como María,  
amor como amor de madre,  
ni luz como la del día.

Mucho quiero á la Virgen  
de los Dolores,  
consuelo de los tristes  
y de los pobres.

En lo alto del cielo  
suenan clarines,  
coronando á María  
los serafines.

Los que van al rosario  
no tienen frío,  
que la Virgen María  
les da su abrigo.

Los sacerdotes en misa  
dicen: «Santo, santo, santo;»  
los ángeles en el cielo  
repiten el mismo canto.

Los sacerdotes en misa  
dicen: *Ite, missa est;*  
los ángeles en el cielo  
dicen: *Deo gratias, amen.*

Si las ánimas benditas  
fueran á pedir limosna,  
hasta los reyes les dieran  
los cetros y las coronas.

Si te quemas una mano,  
¿qué dolor no pasarás?  
Acuérdate de las ánimas  
que en el Purgatorio están.

A las ánimas benditas  
nadie les cierre la puerta;  
con decirles que perdonen,  
van las ánimas contentas.

A San Antonio le pido  
que me dé conformidad,  
que los bienes de este mundo  
Dios los quita y Dios los da.

Labrador perezoso,  
vístete aprisa,  
que después del rosario  
saldrá la misa.

Virgen de la Cabeza,  
la morenita,  
en el cerro más alto  
tienes la ermita.

Virgen de la Foncalda,  
¿cómo estás sola,  
entre montes y peñas,  
como pastora?

Virgen de Consolación,  
que estáis en ese castillo,  
¡oh, quién tuviera su alma  
donde vos tenéis el Niño!

¿Qué es aquello que reluce  
por cima del Sacramento?  
Será la Virgen María  
que va por agua á los cielos.

Hermosa Virgen del Carmen,  
vente conmigo á vivir,  
mientras que los albañiles  
componen tu camarín.

La única misa que oigo  
es la del Gallo,  
que es la más bullanguera  
de todo el año.  
Andá, morena;  
si unos van por la misa  
yo por la fuerza.



J. Garcia Ramos dibujó



La Virgen de Covadonga  
tiene escalera de piedra;  
bien la pudiera tener  
de plata, si la quisiera.

Mientras que Anás preguntaba  
á Jesús por su doctrina,  
San Pedro á la lumbre estaba  
entre muchos que allí había;  
le conoció una criada  
y le dijo: «Tú eres Pedro,  
de la compañía de Cristo.  
— Que yo me caiga aquí muerto  
si á ese hombre nunca le he visto.»

Si San Pedro no negara  
á Cristo como negó,  
otro gallo le cantara  
mejor que el que le cantó.

Míralo, por allí viene  
el mejor de los nacidos,  
atado de pies y manos,  
con el cuerpo denegrido.

Ya vienen las tres Marías  
con tres cálices de plata,  
arrecogiendo la sangre  
que Jesucristo derrama.

En el patio de Caifás  
dijo nuestro amado Bien:  
«Llorad por vuestros pecados,  
hijas de Jerusalén.»

En la calle de Amargura  
Cristo á su Madre encontró;  
no se pudieron hablar  
de sentimiento y dolor.

¿Qué es aquello que reluce  
en aquel monte florido?  
Es Jesús de Nazareth,  
que con la cruz se ha caído.

Ya murió mi Padre amado,  
ya murió mi Redentor;  
ya murió, en la cruz clavado,  
mi Dios, mi Padre y mi Amor.

El sol se vistió de luto  
y la luna se eclipsó,  
las piedras se quebrantaron  
cuando el Señor expiró.

La tierra sintió su muerte  
y los cielos se nublaron,  
las sepulturas se abrieron,  
los muertos resucitaron.

Es tan estrecha la cama  
donde Jesucristo duerme,  
que por no haber en ella,  
un pie sobre el otro tiene,

En el monte Calvario  
las golondrinas  
le quitaron á Cristo  
cientos de espinas;  
los jilgueritos  
á Cristo le arrancaron  
los tres clavitos.

Alza los ojos y mira  
ese Señor soberano:  
si quieres arrepentirte,  
el remedio está en tu mano.

Viva la Cruz, y viva  
quien la venera;  
viva el manso Cordero  
que muere en ella.

No volvamos á ofender  
á Cristo crucificado,  
á Aquel que por nuestro ser  
es tanto lo que ha pasado.

Anoche en el Sagrario  
vi un Hombre muerto,  
coronado de espinas  
y el pecho abierto;  
y al lado estaba  
una Mujer divina  
que lo adoraba.

Jueves Santo murió Cristo,  
el Viernes se hizo el entierro,  
Sábado resucitó,  
Domingo subió á los cielos,

En el portal de Belén  
hay una piedra redonda,  
donde Cristo puso el pie  
para subir á la Gloria.

En abril llueve bastante,  
las aguas no son dañinas,  
que las manda el Criador  
para que salga la espiga.

El primer día de mayo,  
en punto de mediodía,  
á visitar los sembrados  
salen Jesús y María.

Se paran de trecho en trecho,  
les echan su bendición,  
mandan que corran los vientos  
para dar la granazón.

En llegando el mes de junio  
me da mi Dios la licencia  
para que pueda segar  
de los campos la cosecha.

Por la voluntad divina,  
la que á todos nos mantiene,  
y la ayuda de los hombres,  
son recogidas las mieses.

Al pie de Sierra-Nevada  
tengo de hacer un convento,  
todo de piedra labrada,  
para el Santo Sacramento.

Todos los santos son buenos  
y San Juan es el mejor,  
porque ése tuvo la dicha  
de bautizar al Señor.

San Francisco es más que Dios,  
en cuanto á las llagas, digo,  
que al santo se las dió Dios,  
y á Dios se las dió un judío.

Los profetas y patriarcas  
y los mártires queremos,  
que son nuestros protectores  
y de Dios los mensajeros.

— ¿Qué tienes con San Antonio,  
que tanto te acuerdas de él?  
— San Antonio está en el cielo,  
¡quién estuviera con él!

Válganme San Agustín,  
Santa Rita y Santa Clara,  
y también válgame Aquel  
que con el dedo señala.

El Sagrario está abierto,  
vamos llegando,  
que la mesa está puesta,  
Dios convidando.

— ¿Quién sería la madre  
que parió á Judas?  
¡Qué hijos tan indignos  
paren algunas.

A la Virgen del Carmen  
quiero y adoro,  
porque saca las almas  
del Purgatorio.

— Si fueres á confesar,  
*desamínate* primero,  
que confesión sin *desamen*  
es leña para el infierno.

— Si te vas á confesar,  
no dejes ningún pecado,  
que harás mala confesión  
y morirás condenado.

— Hazte guerra y tendrás paz,  
ciega y hallarás la luz;  
quieres Gloria, ama la Cruz;  
sé sencillo y reinarás.

— Nacer sin querer nacer,  
sin quererlo padecer,  
vivir sin querer vivir,  
morir sin querer morir,  
— todos estamos sujetos,  
porque Aquel que nos crió,  
tan sólo para salvarnos  
libre albedrío nos dió.



## VIRGEN DEL PILAR

---

La Virgen del Pilar lleva  
encima de su corona  
dos claveles encarnados  
del Padre Santo de Roma.

---

No hayas miedo que te arranquen  
del altar donde te has puesto,  
que tu pilar *tié* raíces  
hasta debajo del Ebro.

---

Hoy salimos de parranda  
los mozos de Zaragoza,  
y á Ti cantamos primero  
porque eres la mejor moza.

---

Ayer mi novia me dijo  
antes de irnos á casar:  
«¿Sabes de quién tengo celos?  
De la Virgen del Pilar.»

---

Es la Virgen del Pilar  
un tantico presumida:  
para mirarse en el Ebro  
tiene su templo en la orilla.

---

A la cabecera tengo  
una Virgen del Pilar,  
á la que yo me encomiendo  
cuando estás en alta mar.

De las aguas de la tierra  
la mejor es la del Ebro,  
y la Virgen del Pilar  
la mejor Virgen del cielo.

---

A la Virgen del Pilar  
le he pedido que me quieras:  
ya que no lo hagas por mí,  
hazlo siquiera por Ella.

---

Aunque vengan más franceses  
que arenas tiene la mar,  
no han de entrar en Zaragoza  
por la Virgen del Pilar.

---

La Virgen del Pilar dice  
que no quiere ser francesa,  
que quiere ser capitana  
de la tropa aragonesa.

---

Me enamoré de una moza,  
buena, hermosa y muy formal;  
pero le dí calabazas  
por no llamarse Pilar.

---

Virgen del Pilar bendita,  
que estás mirando la huerta,  
no permitas que perdamos  
la cosecha que nos resta.

¿Qué es aquello que reluce  
encima del campanar?  
¿Es estrella ó es lucero  
ó es la Virgen del Pilar?

Ya bajamos de Torrero  
de tomar la sanjuanada  
y á la Virgen del Pilar  
le vamos á dar las gracias.

Virgen del Pilar hermosa,  
¿qué has hecho, que te has dormido,  
que han entrado los franceses  
por la puerta del Portillo?

A la Virgen del Pilar  
le he pedido en su capilla  
que socorra á los soldados  
que se marchan á Melilla.

Morena es la Virgen de Arcos,  
morena la *Magalena*,  
morena la del Pilar,  
¡viva la gente morena!

Cuando un forastero llega  
Zaragoza á visitar,  
lo primerico que ve  
es la Virgen del Pilar.

No importa que Madrid sea  
de España la capital,  
si en Zaragoza tenemos  
á la Virgen del Pilar.

Si Zaragoza tuviera  
el Ebro canalizado,  
con la Virgen del Pilar,  
¡qué país más envidiado!

A la imagen que más quiero  
la llevo en el corazón:  
es la Virgen del Pilar,  
la Patrona de Aragón.

El que haya visto la Mina  
y los Arcos de Teruel  
y la Virgen del Pilar,  
ya no tiene más que ver.

Dentro de mi pecho traigo  
un recuerdo que guardar,  
una estampa muy bonita  
de la Virgen del Pilar.

Por el Ebro abajo va  
una lancha cañonera  
y la Virgen del Pilar  
es la primera artillera.

Desde el monte de Torrero  
tiran bombas y *mengranas*,  
y la Virgen del Pilar  
con su manto las apara.

En Huesca está San Lorenzo  
en Cartás San Nicolás,  
en Madrid está la corte  
y en Zaragoza el Pilar.

Virgen del Pilar hermosa,  
no temas á los tiranos  
mientras haya en Zaragoza  
pechos de zaragozanos.

A la guerra me voy, madre,  
con intención de volver,  
que á la Virgen del Pilar  
tenemos que defender.

En un relicario hermoso  
te quisiera retratar,  
para llevarte en mi pecho  
como Virgen del Pilar.

Te quisiera comparar.. ,  
pero no, que me condeno,  
con la Virgen del Pilar;  
eres un poquito menos.

Adiós, Zaragoza noble;  
adiós, pulido arrabal;  
adiós, Cristo de la Seo;  
adiós, Virgen del Pilar.

Todos los aragoneses  
llevan al pecho colgada  
la imagen de su Patrona  
con una cinta morada.

De una Pilar tuí nacido,  
por una Pilar me muero,  
y la Virgen del Pilar  
es la Virgen que más quiero.

A la Virgen del Pilar  
le pido de corazón  
mitigue tanta desgracia  
como acosa á la nación.

La cama de mi morena  
no necesita guardián,  
que á la cabecera tiene  
una Virgen del Pilar.

Aunque te llamen morena,  
*chiquia*, no te sepa malo,  
que la Virgen del Pilar  
es morena y la adoramos.

De las flores de Aragón  
no hay ninguna que le iguale  
a la Virgen del Pilar,  
Patrona que mucho vale.

Como brilla el arco iris  
después de la tempestad,  
así brilla en Zaragoza  
nuestra Virgen del Pilar.

En Tudela de Navarra  
tengo mis amores, madre,  
y á la Virgen del Pilar  
le digo que me los guarde.

Si te vas de Zaragoza,  
¿qué sentirás más dejar,  
al Santo Cristo de la Seo  
ó á la Virgen del Pilar?

A las orillas del Ebro  
vive una zaragozana:  
si la quieres conocer,  
Virgen del Pilar se llama.

Virgen del Pilar hermosa,  
amparo de presidiarios,  
ampárame á mí que voy  
á presidio por doce años.

Si la Virgen del Pilar  
no fuera tan milagrosa,  
estarían los franchutes  
paseando por Zaragoza.



Si se cayera el pilar  
donde está la Virgencica,  
otro igual de corazones  
en Aragón le alzarían.

Al aragonés valiente,  
con su Virgen del Pilar,  
ni le hacen miedo las balas  
ni volver la cara atrás.

Ya no vivo en la *Andaquilla*,  
ni el *Carrel* ni el *Arrabal*:  
vivo y lloro en la capilla  
de la Virgen del Pilar.

Por el centro de una nube  
vinistes á Zaragoza,  
y por eso te llamamos  
Virgen del Pilar hermosa.

---

Todo el orgullo andaluz  
puesto en la Giralda está,  
y el orgullo de Aragón  
en la Virgen del Pilar.

---

En las orillas del Ebro  
hay una iglesia inmortal  
porque en ella se venera  
á la Virgen del Pilar.

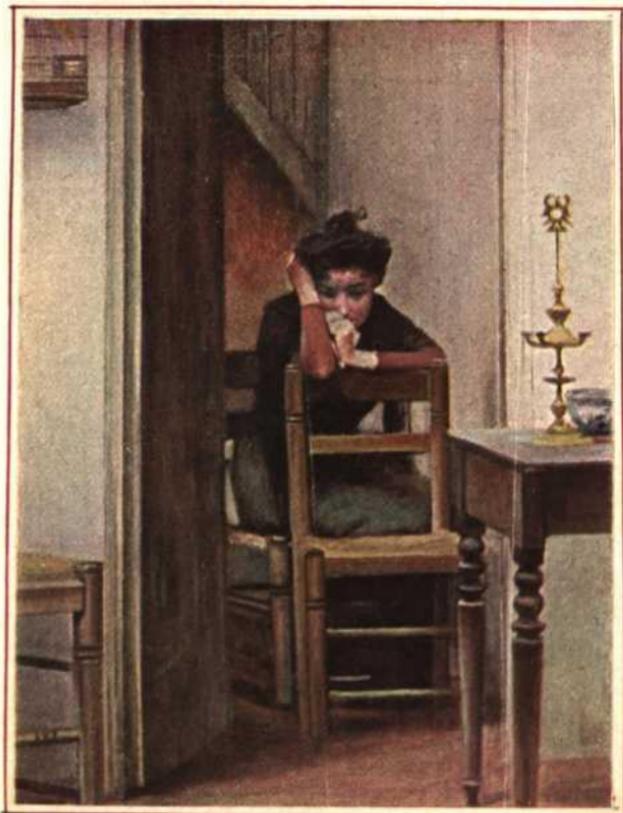
Se despide la rondalla  
al estilo de Aragón:  
«A la Virgen del Pilar  
me llevo en el corazón.»

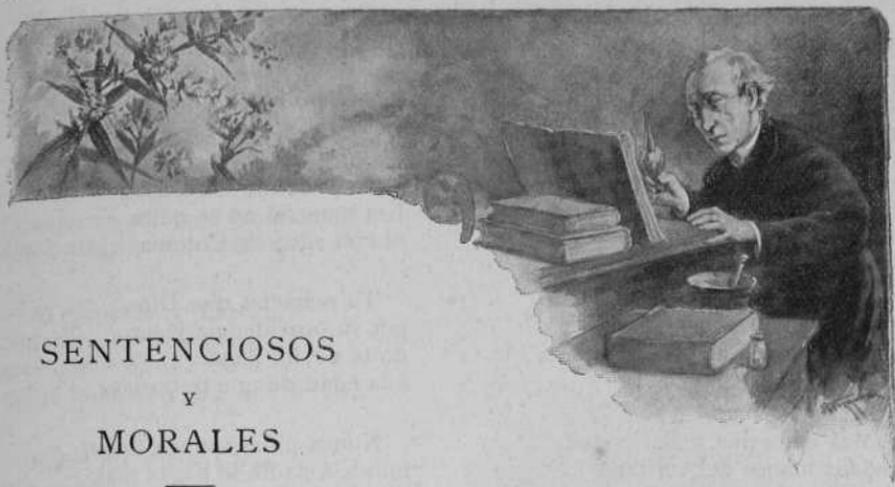
---

Morena es la Virgen de Arcos,  
morena la del Pilar;  
para morena y con gracia,  
la Virgen del Tremedal.

---

A la Virgen del Pilar  
le estoy pidiendo de veras  
que me quite este querer  
que les tengo á las mozuelas.





## SENTENCIOSOS y MORALES

---

Más vale saber que haber,  
dice la común sentencia;  
que el pobre puede ser rico  
y el rico no compra ciencia.

---

Al alma del negocio  
va todo el mundo;  
al negocio del alma  
no va ninguno.

---

Estoy tan bien con mi mal  
desde que perdí mi bien,  
que el mal me parece bien  
y el bien me parece mal.

---

Nada en este mundo dura,  
se acaban bienes y males,  
y una triste sepultura  
á todos nos hace iguales.

---

Aquel que tiene tres viñas  
y el tiempo le quita dos,  
que se contente con una  
y le dé gracias á Dios.

---

Vi que un sabio se moría  
y á su cama me acerqué;  
me dijo: «Pierdo la *vía*  
porque lo quiere un *Divé*:  
no vale sabiduría.»

---

La ciencia calificada  
sólo al hombre en gracia cabe;  
que al final de la jornada,  
sólo el que se salva sabe.

---

Sufre, si quieres gozar;  
baja, si quieres subir;  
pierde, si quieres ganar;  
muere, si quieres vivir.

---

Todo lo vence el amor,  
todo lo alcanza el dinero,  
todo acaba con la muerte,  
todo lo consume el tiempo.

---

Las cuatro más necesarias  
urgencias del hombre son,  
á mi corto parecer:  
hambre, sueño, sed y amor.

---

Ninguno cante victoria  
aunque en el estribo esté,  
que muchos en el estribo  
se suelen quedar á pie.

---

Muchos hay que se figuran  
tener la sartén del mango,  
y cuanto más se aseguran  
llevan mejor sartenazo.

Dale la mano al caído  
y ayúdale á levantar,  
mira que estás en el mundo  
y algún día tú caerás.

Con los de malas costumbres  
nunca trato has de tener,  
que un hombre malo y vicioso  
á ciento suele perder.

Hablas muy mal de lo bueno  
y Dios te ha de castigar;  
cuando hablas mal de lo bueno,  
de lo malo ¿qué será?

Más mata una mala lengua  
que las manos del verdugo;  
el verdugo mata á un hombre,  
y una mala lengua á muchos.

A ti te lo digo, espada;  
entiéndelo tú, rodela;  
el hombre que ha de ser hombre  
no ha de ser largo de lengua.

Por cosas de este mundo  
nunca te apures,  
que no hay bien que no acabe,  
ni mal que dure.

Las glorias de este mundo  
son transitorias,  
pues duran mientras pasan  
por la memoria.

En tu vida de nadie  
dádivas tomes,  
y con eso te excusas  
de obligaciones.

En mi casa hay un libro,  
dice la letra:  
«En cuidados ajenos  
nadie se meta.»

«A rey muerto, rey puesto,»  
dice mi madre;  
no pases, hija mía,  
penas por nadie.

No adelantes el discurso  
sino para pensar bien,  
porque á veces discurremos  
lo que no ha sido ni es.

¡Has dejado que tu padre  
ande pidiendo limosna!  
Esa mancha no se quita  
ni con agua de Colonia.

Tú merecías que Dios,  
por su providencia justa,  
no te dejara llegar  
á la edad de que te burlas.

Nunca pidas, nunca debas,  
nunca á nadie le bagas mal,  
siempre mira, siempre calla,  
y las gracias me darás.

Nadie murmure de nadie,  
que somos de carne humana  
y no hay pellejo de aceite  
que no tenga su botana.

Nunca acostumbres tu cuerpo  
á lo que no es menester,  
porque es una enfermedad  
cada vicio que le des.

El que no tiene *parné*,  
con el viento es comparado;  
que nadie se arrima á él,  
no le pegue un resfriado.

— Hombre pobre, ¿quién te ha muerto?  
— La propia necesidad;  
que es capaz un hombre pobre  
de apestar una ciudad.

Todo lo puede el dinero,  
porque es mucho su poder;  
ningún hombre jornalero  
puede guardar la mujer.

Ya no puede un hombre pobre  
tener la mujer bonita,  
que como le falta el cobre,  
viene el rico y se la quita.

Tanto valor tiene el pobre  
como el que tiene caudal;  
¡á cuántos ricos se han visto  
de puerta en puerta llegar!

Cuando se emborracha un pobre,  
todos dicen: «¡borrachón!»  
Cuando se emborracha un rico:  
«¡qué alegrito va el señor.»

Al empezar el diluvio  
andaban todos alegres,  
diciéndose unos á otros:  
«¡qué buen año será este!»

Entre mi oficial y yo  
hicimos este retablo:  
si está bueno, lo hice yo,  
y mi oficial, si está malo.

En la mar hay mil peligros,  
en la tierra mil tropiezos,  
y en la vida de los hombres  
se juntan todos los riesgos.

Sabemos que en el mundo  
jamás se encuentran  
el gusto y el contento  
cual se desean;  
y es nuestro daño  
que aun seguimos al mundo  
con tanto engaño.

Aquel que se pasa al moro  
por su propia voluntad  
y no procura rescate,  
es que quiso renegar.

¡Ay!, ¡desgraciado de aquel  
que pone su cara en tierra;  
que el que queda por acá,  
tarde ó temprano se alegra!

Nadie descubra su pecho  
por dar alivio á su pena;  
que el que su pecho descubre,  
por su boca se condena.

El secreto de tu pecho  
no se lo digas á nadie,  
mejor te lo guardará  
aquel que no te lo sabe.

Amiga, la más amiga,  
la más amiga la pega;  
no hay más amigo que Dios  
y un duro en la faltriquera.



A todo el que trabaja,  
premiar es fuerza;  
pero muchos trabajan  
y no los premian;  
y es su tormento  
ver premiar á otros muchos  
sin merecerlo.

Nace con la esperanza  
nuevo deseo,  
pues se acrecienta el daño  
con el remedio:  
remedio pronto  
sana en parte al enfermo  
si no en el todo.

Se dice comúnmente  
que una esperanza  
posesión suele hacerse,  
bien cultivada;  
pero yo he visto  
floridas esperanzas  
que se han perdido.

En el campo del mundo  
flor es el alma,  
que alimenta el rocío  
de la esperanza:  
espera, niña,  
conservarás el alma  
siempre tranquila.

Tendrás muchos amigos,  
si gastas oro;  
pero si no lo gastas,  
andarás solo.

Nada contiene el mundo  
que sea durable,  
excepto la inconstancia,  
que es la constante:  
sigue esta regla,  
y no hallarás errada  
jamás tu cuenta.

Mira que el tiempo corre  
rápidamente,  
y que el tiempo pasado  
ya no le tienes;  
y así aprovecha  
las horas, los instantes  
del que te queda.

Aquel que empieza una obra  
razón será que la acabe,  
para que nunca se diga  
que la dejó por cobarde.

Fortuna te dé Dios, hijo,  
que el saber poco te basta.  
¿De qué te sirve el saber,  
si la fortuna te falta?

Logra el tonto por influjo  
lo que al sabio no le dan,  
que el premio y las buenas mozas  
siempre se destinan mal.

Fuentecilla, no corras  
tan fugitiva:  
cuanto más te apresures,  
más te aniquilas,  
pues no reparas  
que tu vida la dejas  
desamparada.

No hay cosa en este mundo  
que no se mude:  
el que hoy está abatido,  
mañana sube;  
que la fortuna,  
como viene de prisa,  
pronto se muda.

Estás lleno de bienes,  
pero te falta  
saber distribuirlos  
como Dios manda;  
porque Él los pone  
en manos de los ricos  
para los pobres.

¿Para qué quieres bienes  
si no los gastas?  
Mira que hay muchos pobres  
que los aguardan:  
abre tus cofres,  
y no guardes serpientes  
que te devoren.

La conversación del necio  
es el martirio del sabio;  
mas como el número es corto,  
pocos hay martirizados.

Con saber y no tener  
no prevalece ninguno;  
que lo que le sobra al sabio  
son muchos días de ayuno.

El tiempo y el desengaño  
son dos amigos leales,  
que despiertan al que duerme  
y enseñan al que no sabe.

Grande tontería es  
ponerle calas á un muerto,  
machacar en hierro frío  
y predicar en desierto.

Más vale estarse quieto  
sin hacer nada,  
que ocuparse en las cosas  
cuando son malas;  
que la pereza  
tan sólo en este caso  
parece buena.

—  
Quien por estarse ocioso  
pide limosna,  
debe restituirla,  
porque la roba;  
pues deben todos  
procurarse el sustento  
sudando el rostro.

—  
No fíes en señores  
por su grandeza,  
que también los más grandes  
tienen flaquezas;  
pues en sus males  
hace naturaleza  
todos iguales.

—  
Todo aquel que no pone  
freno á la lengua,  
no extrañe las desgracias  
que le sucedan;  
pues las palabras  
no pueden recogerse  
ya pronunciadas.

—  
El que sincero alaba  
las obras buenas,  
en cierto modo tiene  
su parte en ellas;  
porque consigue,  
de quien oye aplaudirlas,  
que las imite.

—  
Aquel que más alto sube,  
más grande porrazo da:  
¡mira la puente de Arcos  
en lo que vino á parar!

—  
Nadie diga en este mundo:  
«De esta agua no beberé;»  
por muy turbia que la vea,  
le puede apretar la sed.

El que presume de honra  
es porque carece de ella,  
aquel que no tiene capa  
se acuerda de Grazalema.

—  
Males que el tiempo acarrea,  
¡quién pudiera penetrarlos  
para poner el remedio  
antes que llegara el daño!

—  
Es sombra lo pasado,  
niebla el futuro,  
relámpago el presente...,  
la vida es humo.  
Si bien se advierte,  
no hay cierto en este mundo  
más que la muerte.

—  
Que en el mundo hay placeres,  
bien lo concibo;  
mas también que á la vuelta  
lo venden tinto.  
No es cosa extraña,  
pues todos nuestros gustos  
caros se pagan.

—  
Todo aquel que de sabio  
tiene el aprecio,  
sabio será, si sabe  
fingirse necio.

—  
Compañerito del alma,  
¿sabe usted lo que yo digo?  
Que el que no sabe leer,  
¿para qué quiere los libros?

—  
Aquel que nunca fué cosa  
y que cosa llega á ser,  
quiere ser tan grande cosa,  
que no hay cosa como él.

—  
Deja correr el caballo,  
no le tires de la rienda,  
que puede ser que algún día  
quieras correrlo y no puedas.

—  
Ya mi caballo no anda,  
ya mi caballo paró;  
todo para en este mundo,  
y también pararé yo.

Las tertulias, que eran antes  
pasatiempo regular,  
son hoy alcahuetería  
y ocasión de murmurar.

La fortuna no envidies  
de quien se eleva,  
pues siempre las alturas  
son más expuestas;  
y en tal peligro,  
la más leve caída  
va al precipicio.

Deja los precipicios  
por donde andas,  
mira que es más segura  
la tierra llana:  
deja tropiezos,  
para no arrepentirte  
fuera de tiempo.

Las torres elevadas  
son muy expuestas  
á sufrir los efectos  
de las tormentas;  
porque los rayos  
buscan los edificios  
más elevados.

No te presumas sabio  
porque lees mucho,  
pues esto sirve poco  
sin otro estudio;  
que en la lectura  
ves la conciencia de otro,  
mas no la tuya.

Sólo los necios viven  
muy confiados,  
que el que es discreto, siempre  
va con cuidado:  
ten, pues, sabido  
que todo el que confía  
se ve perdido.

El amante es como el niño,  
que se enoja y tira el pan,  
y en haciéndole un cariño,  
se lo come y pide más.

Que mucho hayas llamado,  
lo dificulto,  
pues pobre porfiado  
saca mendrugo;  
y si te cansas,  
de conseguirlo pierdes  
las esperanzas.

El que siendo dichoso  
deja de serlo,  
en su misma memoria  
lleva el tormento;  
porque su pena,  
al querer olvidarla,  
más se le acuerda.

Si la memoria pierdes  
cuando estás alto,  
haces ver que no vales  
lo que has logrado.  
¡Fortuna loca,  
siempre eres enemiga  
de la memoria!

Tendrás, si feliz fueres,  
amigos muchos;  
pero en los contratiempos  
no hallarás uno;  
porque sus miras  
son el coger las rosas  
sin las espinas.

Amigos en el nombre  
se encuentran muchos;  
mas de los verdaderos  
casi ninguno.  
¡Fuerte desgracia  
es vivir sin saberse  
con quién se trata!

Cántaro que á la fuente  
va y viene mucho,  
que salga con victoria,  
lo dificulto.

El que siembra alcachofas,  
espinas coge;  
el que cría colmenas,  
la miel se come.

La vecina de enfrente  
mira mi casa;  
pero no ve la suya  
que se le abrasa.

No hay tormento más grande  
que la memoria,  
porque pone presentes  
pasadas glorias.

La esperanza es un árbol  
el más frondoso,  
y de sus bellas ramas  
dependen todos.

Arbol que no da fruto,  
fuera al instante,  
que suelen sus raíces  
causar mil males.

Di al tiempo lo que callas,  
que es el que sólo,  
cuando no dice nada,  
lo dice todo;  
y se ha notado  
que hasta males ocultos  
se han declarado.

Más reservado tienes  
lo que no has dicho,  
que aquello que confías  
al más amigo;  
que los secretos,  
cuando se comunican,  
no son ya nuestros.

Dios nos libre de chimes  
y horas menguadas,  
pero principalmente  
del agua mansa;  
cuyos estragos  
son más irremediables,  
cuanto más tardos.

Tus pies son muy ligeros  
para la bulla,  
y tus dedos muy torpes  
para la aguja.  
¡Fuerte desgracia  
es tener ligereza  
mal colocada!

No dejes la inocencia,  
que es buena amiga;  
pues echarás de menos  
su compañía.

Muchos dan en escollos  
insuperables,  
porque osados emprenden  
lo que no saben;  
mas no me admira,  
pues la ignorancia es madre  
de la osadía.

El vivir muchos años  
todos pretenden,  
pero pasar por viejo  
ninguno quiere.

Si un matrimonio riñe,  
no metas paces;  
el que arma la pendencia,  
que la desarme;  
que en tales riñas,  
con lo que al uno amansas,  
al otro irritas.

Por el sonoro canto  
de tantas aves,  
prefiero yo estos bosques  
á las ciudades;  
porque en aquestas,  
los cantos se oyen sólo  
de la sirena.

Si el amigo te oculta  
tus propias faltas,  
más vale el enemigo  
que te las tacha:  
que éste te enmienda,  
y aquél disimulando  
te las aumenta.

Nunca compres mula coja  
pensando que sanará;  
pues si las sanas cojean,  
las cojas ¿qué es lo que harán?

No te fíes de consejos,  
aunque te los quieran dar;  
guíate de lo que salga  
de tu propio natural.

El que hace una promesa  
tenga presente  
que ha de cumplir sin falta  
lo que promete;  
que tanto obliga,  
que hasta los enemigos  
deben cumplirla.

Cuando ofertas te hagan,  
acude luego,  
porque muchos ofrecen  
de cumplimiento;  
y un desengaño  
importa, si lo adviertes,  
más que un regalo.

Vicios hay en el hombre  
de gran tamaño,  
pero el peor de todos  
es ser ingrato;  
que hasta las fieras  
reconocen la mano  
que las sustenta.

No corran tus acciones  
tras de la fama,  
deja que ésta las busque  
para ensalzarlas;  
porque es bien cierto  
que quien mendiga aplausos,  
coge desprecios.

Un pretendiente en la corte,  
y en Valencia un estudiante,  
y un cómico en la cuaresma,  
son las tres necesidades.

Un estudiante sin capa,  
un cómico sin funciones,  
una muchacha sin novio,  
todas son cavilaciones.

Un loquito del hospicio  
me dijo en cierta ocasión:  
«Ni son todos los que están,  
ni están todos los que son.»

De las potencias del alma  
la memoria es la más cruel,  
pues me causa el mayor mal,  
recordando el mayor bien.

El feliz y el desdichado  
suspiran con diferencia:  
uno publica sus glorias  
y otro publica sus penas.

Si los honores mudan  
nuestras costumbres,  
váyanse los honores,  
vengan virtudes;  
porque sin ellas,  
las pompas de este mundo  
son muy funestas.

Desde que el mundo es mundo,  
si bien lo observas,  
no hallarás nuevo vicio,  
ni virtud nueva;  
que en todos tiempos  
ha habido muchos malos  
y muchos buenos.

Nadie diga: «bien estoy;»  
porque yo he solido estar  
en casa de balconaje  
y ahora vivo en un solar.

Hasta la leña en el bosque  
tiene su separación:  
una sirve para santos  
y otra para hacer carbón.

Desgraciado el arbolito  
que solo en el campo nace:  
todos los aires del mundo  
contra sus ramas combaten.

Trata á la gente humilde  
con cortesía,  
que la humildad merece  
ser atendida:  
en ello ganas,  
porque nada te cuesta  
y ella te ensalza.

Al hombre los trabajos  
le hacen humilde;  
mas las prosperidades  
siempre le engrían;  
pues la riqueza  
rara vez se separa  
de la soberbia.

La libertad y salud  
son prendas de gran valía,  
ninguno las reconoce  
hasta que las ve perdidas.

—

Como las esperanzas  
son los laureles,  
que sin dar fruto á nadie,  
siempre están verdes.

—

El honor y los ojos  
bien se parecen,  
pues con cualquiera sombra  
se les ofende;  
y así advertida,  
si el honor guardar quieres,  
guarda la vista.

—

En ajenos negocios  
nunca te mezcles,  
si tus obligaciones  
no lo exigieren;  
porque es un necio  
el que olvida los suyos  
por los ajenos.

—

A las prontas promesas  
andan unidas  
dos mil dificultades  
para cumplirlas:  
sé contenido,  
y ve si lo que ofreces  
puedes cumplirlo.

—

Más bien en las acciones  
que en las palabras  
se descubre lo oculto  
que hay en el alma;  
y así no fíes  
de ofertas que con obras  
no se confirmen.

—

Halagos excesivos  
en quien te trata,  
son señales bien fijas  
de que te engaña;  
pues siempre lleva  
la intención de burlarse  
de tu inocencia.

Cuando pides limosna  
molestas tanto,  
que la gana me quitas  
de darte un cuarto:  
marcha á otra parte,  
porque al pobre y soberbio  
no hay quien le aguante.

—

Rodando va el dinero,  
pero de modo  
que, como va de prisa,  
se escapa pronto;  
y en ocasiones,  
muchos echan la mano,  
caen y no cogen.

—

Cercado de miserias  
un avariento,  
sus desventuras llora  
sobre el talego;  
porque no tiene  
valor para pedirle  
que le remedie.

—

No arrojes la cadena  
de tus deberes,  
pues aunque pese mucho,  
llevarla puedes;  
y si lo miras,  
hallarás que no pesa  
lo que imaginas.

—

Si cuesta repugnancia  
ser obediente,  
como obediente seas,  
mérito tienes;  
que es cosa cierta  
que el mérito se alcanza  
con la obediencia.

—

Si quieres que viva mucho,  
pídele á Dios que me muera;  
porque siempre vive mucho  
á quien la muerte desean.

—

En la puerta de un molino  
me puse á considerar  
las vueltas que ha dado el mundo  
y las que tiene que dar.

Para excusar errores,  
la mejor regla  
es consultar las cosas  
con la prudencia;  
porque es muy docta  
y jamás aconseja  
lo que no importa.

Para que tus acciones  
todas sean buenas,  
procura bien pensarlas  
antes de hacerlas;  
y así consigues  
evitar el motivo  
de arrepentirte.

Al que se ve colmado  
de conveniencias,  
las ajenas desgracias  
poco le inquietan;  
porque es muy cierto  
que el hartó no se acuerda  
del que está hambriento.

La embriaguez en los ricos  
sólo es jaqueca,  
y el vahido en los pobres  
es borrachera;  
que en estos tiempos  
gradúan las acciones  
por los sujetos.

Piedra que ha sido rodada  
no es buena para cimientó,  
que suele desmoronarse  
con la frescura del tiempo.

Busca el pobre su acomodo,  
busca el borracho el cristal,  
el jugador el tesoro,  
y el ladrón dónde robar.

Toma el huevo de una hora,  
el pan de aquel mismo día,  
el vino que tenga un año,  
y algo menos la gallina.

Estamos en un mundillo  
tan lleno de indignidad,  
que no tenemos más honra  
que la que nos quieren dar.

A las hierbitas del campo  
les cuento lo que me pasa,  
porque no encuentro en el mundo  
persona de confianza.

Si porque me ves caído,  
me señalas con el dedo,  
no atiendas á lo que soy,  
sino á lo que fuí primero.

No hay quien levante al caído,  
ni quien la mano le dé,  
que como lo ven caído,  
todos le dan con el pie.

Al rico que á los pobres  
los favorece,  
no le falta socorro  
cuando padece;  
que en este mundo,  
quien lo ajeno pretenda,  
dé antes lo suyo.

Espera de tus hijos,  
cuando seas viejo,  
lo mismo que á tus padres  
les hayas hecho;  
porque esta deuda  
los hijos dejan siempre  
bien satisfecha.

Jamás tú te disculpes  
si no te culpan,  
pues das de culpa indicio  
con tu disculpa;  
que la inocencia,  
ella misma, aun callando,  
se manifiesta.

Nunca podrás vengarte  
de tu enemigo,  
porque el mayor que tienes  
eres tú mismo;  
pues es notorio  
que la venganza es hija  
del amor propio.

A mi corazón lo eché  
á pedir por esas calles,  
y como lo ven tan pobre,  
limosna no le da nadie.

La lumbre y las discordias  
son dos hermanas  
que, si á encenderse llegan,  
tarde se apagan;  
y así es preciso,  
para evitar el fuego,  
sufrir el frío.

Si el fuego de tu casa  
toma más cuerpo,  
cuando apagarlo quieras  
no tendrás tiempo;  
y así es preciso  
apagar los carbones  
medio encendidos.

Si en el mundo no hubiera  
quien observara,  
más de cuatro personas  
no se enmendaran;  
que muchos temen  
más el juicio del mundo  
que el de la muerte.

Sé modesta, si aspiras,  
niña, á casarte,  
no sólo en la conducta,  
sino en el traje;  
que por la muestra  
el género se infiere  
que hay en la tienda.

Cuando camina un feliz,  
se adorna con aparato  
toda la tierra de flores  
y todo el cielo de raso.

En el cielo manda Dios,  
los diablos en el infierno,  
y en este pícaro mundo  
el que manda es el dinero.

Cuando tenía dinero,  
me llamaban don Tomás;  
ahora que no lo tengo,  
me llaman Tomás no más.

¡Mal haya sea el dinero,  
en apartando las cruces,  
que el que dinero no tiene  
en ninguna parte luce!

Hombre pobre huele á muerto,  
á la hoyanca con él;  
que el que no tiene pesetas,  
*requiescat in pace, amén.*

Considera, considera,  
y siempre considerando:  
los mayores imposibles  
se suelen vencer callando.

Las malas compañías  
son una peste,  
que sólo con el trato  
se pega siempre:  
huye, pues, de ellas,  
que es el único medio  
de precaverlas.

Más importa del sabio  
tan sólo un día,  
que del simple y el necio  
toda la vida;  
porque más vale  
que muchas piedras falsas  
solo un diamante.

El hombre más dichoso  
que hay en el mundo,  
es el que no desea  
bienes algunos;  
pues todos ellos,  
si cuesta el adquirirlos,  
duele el perderlos.

Los pobres más hambrientos  
son los más ricos,  
porque todo lo comen  
con apetito:  
no así los grandes,  
que aunque todo les sobra,  
les falta el hambre.

La ciruela y la mujer  
tienen una misma falta;  
no cogiéndolas á tiempo,  
ciruela y mujer se pasan.

Yo tengo comparadita  
la mujer con el caballo,  
que es menester buen jinete  
para quitarle resabios.

Gran fortuna no quieras  
 en esta vida,  
 porque en ella los ojos  
 pone la envidia:  
 huye de honores,  
 si quieres vivir libre  
 de emulaciones.

Molino que estás moliendo  
 el trigo con tanto afán,  
 ¡tú estás haciendo la harina  
 y otros se comen el pan!

Lo que no tiene el hombre  
 siempre desea;  
 pero así que lo logra  
 ya lo desprecia:  
 esto ver hace  
 que los bienes terrenos  
 no satisfacen.

Unos quieren y piden  
 lo que otros pierden;  
 pero ninguno alcanza  
 lo que pretende;  
 que como es aire,  
 se huye de entre las manos  
 y se deshace.

No hay más amigo que Dios,  
 como es claro y evidente;  
 el más amigo es traidor,  
 y el más verdadero miente.

A mi amigo lo llevé  
 á casa de la que amaba,  
 y luego á los pocos días  
 mi amigo á mí me llevaba.

Ya pasaste el creciente,  
 como la luna:  
 ahora estás en el lleno  
 de la fortuna;  
 vete con tiento;  
 cuidado que al menguante  
 no mude el tiempo.

Los años y las mudanzas  
 dejan á muchos sujetos:  
 á unos, calvos de cabeza;  
 y á otros, calvos de dinero.

Las desgracias que sufres  
 no las extrañes,  
 que componen la vida  
 bienes y males:  
 ya has disfrutado  
 del buen tiempo, ahora resta  
 sufrir el malo.

Si piensas de aburrido  
 desesperarte,  
 sabe que te acreditas  
 de muy cobarde;  
 que está lo fuerte  
 en sufrir las desgracias  
 con rostro alegre.

Por grande que sea una viña  
 y mucho fruto que dé,  
 en teniendo muchos amos,  
 á poco podrán caber.

Los pleitos y las sangrías  
 lo mismo vienen á ser:  
 evítalos cuanto puedas,  
 si no quieres padecer.

Más mata una mala lengua  
 que las manos del verdugo,  
 que el verdugo mata á un hombre  
 y una mala lengua á muchos.

Quien de alpargatas se fía  
 y á mujeres hace caso,  
 no tendrá nunca dinero  
 y siempre andará descalzo.

Agüita que se derrama  
 nadie puede recoger  
 ni humo que va por el aire,  
 ni el honor de la mujer.



## REFRANEROS

Mujer, llora y vencerás,  
si tu amante te desdenea;  
que hay un adagio que dice:  
«lágrimas quebrantan peñas.»

Por querer á otro consorte  
te olvidaste de mi amor:  
no es urbanidad sublime  
«desnudar á un santo por...»

De ser firme y muy constante  
me hicistes un juramento;  
pero de ti no me fío,  
que dicen «quien hizo un cesto...»

Por todas sus propiedades  
peligras si no te dejas,  
porque todas las mujeres  
dicen que «cuanto más viejas...»

Bien sé que otro amante tienes  
más propio á tu natural;  
pero tiene un no sé qué,  
que dice: «tal para cual.»

Algún día querrá Dios  
que alguno de sí te arroje  
y te digas á ti misma:  
«quien bien tiene y mal escoge...»

Yo sé los pasos que traes,  
tu boca á mí me desmiente;  
ándate en ese camino:  
«cántaro que va á la fuente...»

Bien sé que vas á funciones,  
te aseguro que lo siento,  
porque suelen decir muchos  
que «siempre á río revuelto...»

Porque te quiero, mi gente  
está con notable pena,  
y con sobrada razón  
me dicen que «cada oveja...»

Sin que puedas agraviarte,  
me he de olvidar de tu amor  
para que pueda decir:  
«la gala del nadador...»

Sé con quién vas de paseo  
y quién tu persona manda,  
sin llegar á conocer  
que «quien entre lobos anda...»

Señora, mis tristes quejas  
á tu ingratitud reclaman:  
óyelas con atención,  
que «cuando los mudos hablan...»

Mis amigos me desprecian  
porque me ven abatido;  
«todo el mundo corta leña  
del árbol que se ha caído.»

Me han dicho que no me quieres,  
no me da pena maldita;  
«que la mancha de la mora  
con otra verde se quita.»

«Pierde el perro y pierde el pan,  
quien da pan á perro ajeno;»  
yo á ti no te he dado pan,  
por no perder más que el perro.

Aborreciste á otro  
para quererme,  
también te será fácil  
aborrecerme;  
que siempre en esto  
de aquel refrán me valgo:  
«Quien hace un cesto...»

—  
Mi moreno me dejó,  
pensando que lo sintiera;  
otro ocupa su lugar:  
«No hay mal que por bien no venga.»

—  
En este mundo redondo,  
«quien mal anda, mal acaba;»  
y en casa del jabonero,  
quien no se cae, resbala.

—  
Desde que te estoy queriendo  
me están dando calenturas,  
y luego dirá el refrán  
que «el amor todo lo cura.»

—  
Nadie murmure de nadie,  
que somos de carne humana,  
y «no hay pellejo de vino  
que no tenga su botana.»

—  
En la puerta de tu casa  
tengo escrito con mi sangre:  
«No hay plazo que no se cumpla,  
ni deuda que no se pague.»

—  
«De dos que se quieren bien,  
con uno que coma basta,»  
y que sea la mujer,  
por ser la parte más flaca.

—  
Yo crié un cuervo chiquito  
con intención que volara;  
pero luego me sacó  
los ojillos de la cara.

—  
Por ti y por mí lo dijeron,  
que «al cabo los años mil,  
van otra vez las agüitas  
por donde solían ir.»

La mujer que con muchos  
la pava pela,  
pasa la vida alegre,  
y al fin se queda...

—  
Por el punto se guardan  
muchas doncellas;  
pero perdiendo el punto,  
van de carrera:  
las que las ven  
dicen: «quien hace un cesto...,»  
ya entiende usted.

—  
No blasones, ingrata,  
de amor sincero;  
pues sabes que «los niños  
con cualquier juego...»

—  
Mi amor no se complace  
sólo con verte;  
que hay un refrán que dice  
que «quien más tiene...»

—  
Bien puedes estar tranquila,  
que yo la corrí de mozo;  
ya sabes lo que se dice:  
«carrera que no da el potro...»

—  
Aunque más me acaricias,  
no me conenzo;  
que hay un refrán que dice,  
que «al perro viejo...»

—  
A todos los pretendes  
con rostro afable,  
y así se verifica  
que «á buena hambre...»

—  
No podrás con desvíos  
borrar mi afición:  
tú alevosa, yo fino,  
«cada loco con...»

—  
Si entiendes que son ganancias  
el tener á muchos ley,  
mira que son ignorancias;  
pues dime, «¿adónde irá el buey?..»

En tu vida te enamores  
de mozos aragoneses,  
que son como las nogueras:  
«mucho ruido y pocas nueces.»

Mis amigos me desprecian  
porque me ven abatido;  
«¡todo el mundo corta leña  
del árbol que está caído!»

Ni tú comes ni yo como,  
todo el día estás rabiando,  
así es que haces el oficio  
de «el perro del hortelano.»

Aunque me digas que no,  
á tu casa siempre acudo,  
que al cabo «saca limosna  
el pobre que es importuno.»

«Tienes el amor trompero,»  
como se suele decir:  
«cuantas veo, tantas quiero...»  
No me engañarás á mí.

Aunque más expresiones  
hagan contigo,  
no te fíes, mi vida,  
que «el más amigo...»

De todas mis pretensiones  
nada sacaré yo al fin,  
y si con nada las pagas,  
diré, que «á gente ruin...»

Tú quieres que yo te quiera,  
no lo haré, que he recordado  
aquel adagio que dice,  
niña, que «el gato escaldado...»

En la isla de León  
se pesca con hilo y caña:  
«por la boca muere el pez,»  
cuenta con lo que se habla.

Quien mal masca, mal digiere;  
quien mal habla, mal persuade;  
quien mal tose, mal escupe;  
quien mal concibe, mal pare.

Yo me retiro, señora,  
de este tu esquivo desdén:  
anda por donde quisieres,  
que á bien que «ojos que no ven...»

Fino fué mi cariño,  
falso fué tu amor;  
bien dicen que «la sogá  
siempre quiebra por...»



Mi padre me pega palos  
y mi madre me pellizca,  
y al son de los palos digo:  
«sarna con gusto no pica.»

De que tengo que olvidarte  
es lo que á ti te desvela;  
no vives muy engañada,  
que «siempre aquel que recela...»

Por Dios te digo, señora,  
que mitigues este ardor  
y se cumpla aquel adagio  
que dice: «amor con amor...»

## MARINEROS

---

Estrella clara y serena  
que á los marineros guías  
desde que se hace de noche  
hasta que se hace de día.

---

El que no sepa rezar,  
que vaya por esos mares,  
y verá qué pronto aprende  
sin enseñárselo nadie.

---

¡Mar funesta, mar funesta,  
cuánto tragas, fiero mar!  
otra mar podría hacerse  
con lo que has hecho llorar.

---

Marinero, sube al palo  
y dile á la madre mía  
que si se acuerda de un hijo  
que en la marina tenía.

---

Es el mayor sentimiento  
que un hombre puede pasar,  
el estar enamorado  
y tener que ir á la mar.

---

Marinero es el que canta,  
marinero es el que toca,  
marinerito ha de ser  
aquel que bese mi boca.

---

Marinero soy, señora,  
en el gorro llevo el ancla,  
y en perdiéndose el barquillo  
doy fondo con mi esperanza.

---

¡Con qué pena vivirá  
la mujer del marinero,  
que al pie del palo mayor  
tiene pagado el entierro!

---

Para los marineritos  
se crían las buenas mozas;  
para la gente del campo  
las calabazas pecosas.

Un carpintero me quiere,  
un sastre me solícita,  
y un marinero ha de ser  
dueño de mi personita.

---

Morenita resalada  
me llaman los marineros;  
otra vez que me lo llamen  
me tengo de ir con ellos.

---

Un marinerito, madre,  
me tiene robada el alma;  
si no me caso con él,  
muero moza y llevo palma.

---

Al marinero en el mar  
nunca le falta una pena;  
ya se le rompe el timón,  
ó se le rifa la vela.

---

En el mar hay una torre  
y en la torre una ventana,  
y en la ventana una niña  
que á los marineros llama.

---

Marinero es mi amante  
de agua salada,  
porque los de agua dulce  
no valen nada.

---

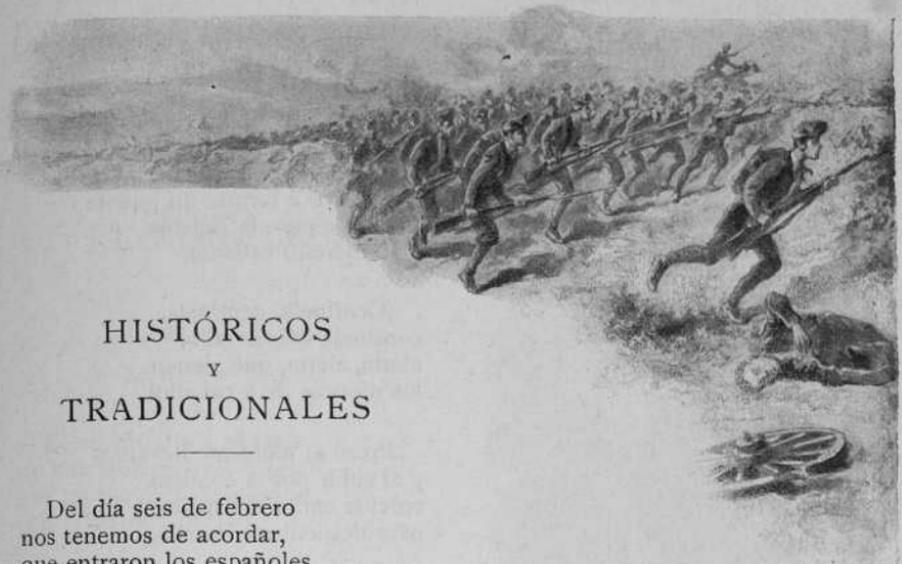
Marinero es mi amante,  
mucho lo siento;  
que andan por esos mares  
mis pensamientos.

---

Si te haces marinero  
con intención de dejarme,  
permita el divino cielo  
que el agua del mar te falte.

---

El buque que en lontananza  
se ve cruzando la mar,  
lleva á bordo mi esperanza;  
mas no viene, que se va.



HISTÓRICOS  
Y  
TRADICIONALES

---

Del día seis de febrero  
nos tenemos de acordar,  
que entraron los españoles  
en la plaza de Tetuán.

---

La reina doña Isabel  
puso sus tiros en Baza,  
y yo los he puesto en ti,  
porque me haces mucha gracia.

---

Como al marqués de Villena  
te tiene de suceder;  
que se picó en la redoma  
y no le valió el saber.

---

Calle de la Balconada  
mataron á un Arzobispo  
por celos de una Madama.

---

En los arcos de Toledo  
han hecho una cárcel nueva  
para los enamorados  
que dan palabra y la niegan.

---

Bien puedes, majito mío,  
sacarme depositada,  
porque mis padres no quieren  
verme contigo casada.

---

Si la Inquisición supiera  
lo mucho que te he querido,  
castigaran á mi cuerpo  
como si fuera un judío.

Cuando Felipe Quinto  
montó á caballo,  
la Reina de los cielos  
le dió la mano:  
«Toma esta rosa,  
toma, Felipe Quinto,  
para tu esposa.»

---

Felipe Quinto murió,  
que también los reyes mueren;  
con los cetros y coronas  
también la muerte se atreve.

---

La mar cubierta de sangre,  
los montes echando humo,  
el inglés tirando bombas,  
y España rumbo que rumbo.

---

Un navarro en Roncesvalles  
á un francés así decía:  
«Tú tienes muy buenas tropas,  
yo tengo muy malas tripas.»

---

Napoleón subió al cielo  
á pedirle á Dios la España,  
y le respondió San Pedro:  
«¿Quieres que te rompa el alma?»

Los rusos vienen por tierra,  
los ingleses por el agua;  
y yo, que soy español,  
estoy tumbado en la cama.



Al pie de Sierra Bullones  
una morita decía:  
«Ya viene la flor de España;  
ya dió fin la morería.»

Doblan las campanas  
con bien triste son;  
como mataron á Riego el valiente,  
¡miren qué dolor!

Ciento cincuenta cartuchos  
tengo yo en mi cartuchera,  
para matar las facciones  
que defienden á Cabrera.

De las costillas de un moro  
me atrevo á formar un puente  
para que pase la España  
y su ejército valiente.

¡Centinela, centinela,  
centinela del Serrallo,  
alerta, alerta, que vienen  
los moritos de á caballo!

Preso al moro me llevaron,  
y al subir por la escalera,  
volví la carita á España  
para despedirme de ella.

¿Quién me compra una chinela  
del hermano del Sultán,  
que se le cayó al salir  
huyendo de Tetuán?

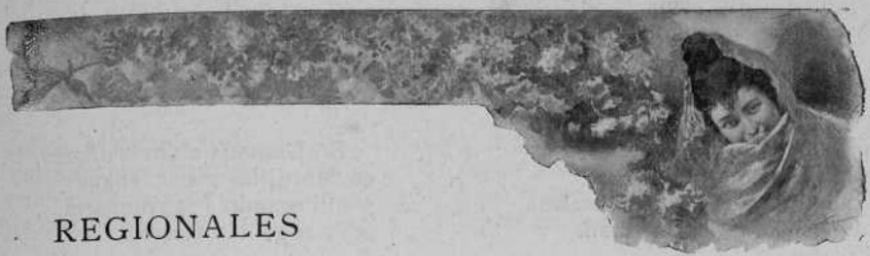
¿De qué le sirve á Marruecos  
tener bombas y cañones,  
si han perdido á Tetuán  
después de Sierra Bullones?

Permita Dios que te veas  
como se vió Novaliches  
en el Puente de Alcolea.

¡Monte Jurra, Monte Jurra,  
quién te ha visto y quién te ve:  
ayer boinas coloradas,  
hoy gorritas de cuartel!

A veintitrés de Mayo  
se casó el rey  
con su primita hermana,  
¡miren qué ley!

La Habana se va á perder,  
la culpa tiene el dinero;  
los negros se vuelven blancos,  
y los blancos aduaneros.



## REGIONALES

Y

### LOCALES

Entre la tierra y el cielo  
no hay mujeres con más sal  
que las mujeres de España  
con la mantilla *terciá*.

Camino de Castilla  
ya no va nadie,  
si no es polvo y arena  
que lleva el aire.

Más valiera á un hombre ser  
ladrón en Sierra Morena,  
que no venir á tener  
amores en tierra ajena.

Yo me ausenté de mi patria,  
¡qué dolor de patria mía!  
¿Dónde está el árbol mejor  
que en la tierra en que se cría?

Aragonesa es la luna,  
aragonés es el sol,  
aragonés es mi amante  
y aragonesita yo.

Castellano, castellano,  
no te vuelvas á Castilla,  
que tienes en Aragón  
quien te quiere y quien te estima.

No soy criada en la Mancha,  
no soy manchega;  
soy criada y nacida  
en las arenas.

A las Indias van los hombres,  
á las Indias por ganar:  
las Indias aquí las tienen  
si quisieran trabajar.

Por esos aires subía  
un serafín de los cielos,  
y al ver esta tierra, dijo:  
«No subo, que aquí me quedo.»

Si me pierdo, que me busquen  
en el sol del Mediodía,  
donde lo moreno nace  
y donde la sal se cría.

Si vas á Calatayud,  
pregunta por la Dolores,  
que es una chica muy guapa  
y amiga de hacer favores.

Sevilla del alma mía,  
Sevilla de mi consuelo,  
¡quién estuviera en Sevilla  
más que durmiese en el suelo!

La torre de Sevilla  
se está cayendo,  
Santas Justa y Rufina  
la están teniendo.  
Mira, Rufina,  
mira no se te caiga  
la torre encima.

En Sevilla las campanas  
ya no tocan á los muertos,  
porque á la señora Infanta  
le da mucho sentimiento.

Llevan las sevillanas  
 en la mantilla  
 un lebrero que dice  
 «¡viva Sevilla!»

Al Cristo de Zalamea  
 una lámpara le alumbrá,  
 que untándose con su aceite  
 todos los males se curan.

Sevilla para el regalo,  
 Madrid para la grandeza,  
 para tropas Barcelona,  
 para jardines Valencia.

Campana la de Toledo,  
 catedral la de León,  
 reloj el de Benavente,  
 y rollo el de Villalón.

No se ha podido saber,  
 ni se sabrá á punto fijo,  
 los borricos que hay en Rota,  
 porque llega á lo infinito.

Cuatro cosas tiene Ceuta  
 que no las tiene Madrid:  
 el Bonito, la Caballa,  
 el Hacho y el Rebellín.

A San Roque lo comparo  
 con el revés de una taza;  
 todas son cuestas arriba  
 hasta llegar á la plaza.

A Ronda, que es tierra honda  
 y es tierra de regadío;  
 vámonos, serrana, á Ronda,  
 que en Ronda tengo yo un tío.

Si yo tuviera un ochavo,  
 te comprara medio Rute,  
 y las huertas de la Granja,  
 y los cortijos del duque.

Antequera está en un hoyo  
 y Molina entre olivares,  
 y la triste de Pedrera  
 no tiene más que una calle.

En Málaga está la planta,  
 en Antequera el rosál,  
 y en Archidona la rosa  
 que me tengo de llevar.

En Granada están las flores,  
 en Motril las malas lenguas,  
 y en llegando á la Alpujarra...,  
 ¡viva la gente morena!

En Cádiz tengo la muerte,  
 en Sevilla la mortaja,  
 y en la isla de León  
 me están haciendo la caja.

Viva Cádiz porque tiene  
 las murallas hacia el mar,  
 y cañones apuntando  
 al peñón de Gibraltar.

Viva Cádiz porque tiene  
 las murallas á la mar;  
 vivan los cuerpos bonitos,  
 vivan las hembras *saltas*.

¡Viva Cádiz, viva el puerto!,  
 ¡vivan las hembras y el vino!,  
 ¡y vivan los mozos buenos  
 que andan por esos caminos!

Quiero entrar y no me dejan,  
 quiero salir y no puedo;  
 Cádiz no se llama Cádiz,  
 que se llama susto y miedo.

Cádiz no se llama Cádiz,  
 que se llama relicario,  
 porque tiene por Patrona  
 á la Virgen del Rosario.

Tienen las malagueñitas  
 la sal de Dios en los labios,  
 y en la punta de la lengua  
 azúcar, canela y clavo.

Malaguilla, Malaguilla,  
 el rey te quiere vender;  
 el que á Malaguilla compre,  
 dineros ha de tener.

Adiós Málaga la bella,  
tierra donde yo nací;  
para todos fuiste madre,  
y madrastra para mí.

Adiós, Málaga la bella,  
la tierra de los encantos;  
el que te llegare á ver  
tiene que pensar cien años.

Adiós, Málaga la bella,  
á popa te voy mirando,  
con el trinquete á la vela  
y la verga mareando.

Málaga tiene un castillo,  
Granada tiene su Alhambra,  
y Zaragoza su Coso,  
y el Coso zaragozanas.

Yo voy á Guadix por peras,  
á Sevilla por manzanas,  
á las Indias por dinero,  
y á la sierra por serranas.

Por las calles de Madrid  
se pasea un valenciano  
con un clavel en la boca  
y una rosa en cada mano.

Venga el gallego á segar,  
miserable jornalero;  
que los hombres de Castilla  
tienen el trabajo á menos.

En Madrid, con ser Madrid,  
se levantan de mañana,  
y comen si tienen qué,  
y almuerzan si tienen gana.

En teniendo el castellano  
vino, ajos, trigo y cebada,  
no deja la plaza en julio,  
ni en el enero la capa.

En Málaga venden uvas,  
en Torremolinos peros,  
en la Pizarra naranjas  
y en Almojía sombreros.

De Torrox la caña dulce  
y de Nerja las batatas,  
de Vélez el boquerón,  
de Málaga las muchachas.

Málaga tiene la fama  
de las muchachas bonitas,  
y no es tan fiero el león  
como las gentes lo pintan.

Si no es tan fiero el león  
como las gentes lo pintan,  
Málaga tiene muchachas  
que á los hombres dan penitas.

Málaga tiene la fama  
del vino y del aguardiente,  
de las muchachas bonitas  
y de los hombres valientes.

Málaga, tuerte muralla  
que contiene el mar soberbio,  
el mejor puerto de mar  
que tiene el rey en su reino.

Málaga está en cuatro barrios,  
y en medio está la ciudad,  
y ninguno me ha gustado  
como el de la Trinidad.

En Málaga los serenos  
van diciendo por la calle:  
«Duerma quien tuviere sueño,  
que yo no despierto á nadie.»

En Málaga no hay sereno  
y está bien dispuesto así:  
el que quiera madrugar,  
que no se acueste á dormir.

En Málaga me embarqué  
en un casco de cebolla,  
y vine á desembarcar  
en la puerta de mi novia.

El castillo Gibralfaro  
se está muriendo de risa  
de ver á las malagueñas  
con peinetas y sin camisa.

Una vez que me arresté  
á saber lo que era mundo,  
en el barrio del Perchel  
me la jugaron de puño.

La malagueñita nueva  
ha venido de Madrid,  
desde Madrid vino á Cádiz  
y desde Cádiz aquí.

Tres cosas tiene Granada  
que no las tiene Madrid:  
el Zacatín y la Alhambra  
y la puente de Genil.

A la entrada de Granada,  
calle de los Herradores,  
está la Virgen del Triunfo,  
con veinticinco faroles.

Fuí al Triunfo y le recé  
á la Virgen una Salve,  
y luego la encomendé  
por el alma de quien sabes.

A los Cármenes del Darro  
me tengo de ir á vivir,  
porque dicen que se goza  
la gloria antes de morir.

Vámonos al Avellano  
á beber agua fresquita,  
porque dicen que allí está  
la flor de la canelita.

¡Qué buena noche que hace  
para ir al Aljibillo  
con una buena guitarra  
y tres pares de palillos!

Fuente de los veinte caños,  
donde tanto se murmura,  
¿has oído si me quiere  
la sobrinica del cura?

Arbolicos de la vega,  
molinicos del paseo,  
haced que no me oiga el padre  
de la niña que yo quiero.

En la plaza de Santiago  
tiene un mercado Daroca,  
y una fuente donde abrasan  
los corazones sus mozas.

Como aquel hombre de piedra  
que en la Trinidad está,  
quiero que te vuelvas tú  
si no dices la verdad.

En la plaza de San Pedro  
se crían los ababoles:  
en la plaza de Santiago  
unas chicas como soles.

Sabrás que vengo de Dílar,  
y te traigo un estadal  
y unos garbanzos tostados...,  
pero no los probarás.

Yo tenía unos amores  
de pepitas de melón,  
y vino un aire solano  
y se los llevó á Albuñol.

El sacristán de Albolote  
y el cura de Maracena  
iban cantando y diciendo:  
«Dios nos la depare buena.»

Mira si he corrido tierras,  
cuando he estado en la Raijana,  
en el barranco del Negro  
y en la ramblita del Agua.

En Oliar y Fregenite,  
Alcázar y Torviscón:  
en estos cuatro lugares  
tengo yo mi corazón.

Buena vega tiene Lújar,  
y buen zacatín Rubite,  
y buenas muchachas rubias  
Oliar y Fregenite.

Quédate con Dios, Motril,  
con tu palma y tu palmito;  
que me voy á la Mamola  
á comer pescado frito.

No te fíes de Motril,  
aunque digan «bien te quiero;»  
pues por una caña dulce  
mataron á un artillero.

Calatorao tiene un Cristo,  
y otro Cristo Balaguer,  
Daroca sus corporales,  
y sus amantes Teruel.

Si yo tuviera dinero,  
como tiene el rey de España,  
mandara hacer una rosca  
del vuelo de la Giralda.

Mal haya quien hizo el puente  
para pasar á Sevilla,  
que me he dejado en Triana  
la flor de la maravilla.

Mañana me voy á Cádiz,  
pasar el río no puedo;  
pásame, Pepe del alma,  
en tu caballo ligero.

En el mar hay un pescado  
que le llaman el inglés;  
tiene un letrado que dice:  
«¡Viva el vino de Jerez!»

¡Viva Medina-Sidonia  
y Jerez de la Frontera,  
y también digo que viva  
Sanlúcar de Barrameda!

Un hombre sabio de Rota  
estaba pensando un día,  
que si no hubiera tomates,  
el mundo se acabaría.

Los roteños á sus novias  
acostumbran regalar  
pepitas de calabaza,  
que son confites allá.

Tres cosas tiene Cazorra  
que no las tiene Baeza:  
San Isicio, Monte Sión,  
la Virgen de la Cabeza.

Dicen que Valencia es  
jardín de todas las flores;  
yo digo que en Aragón  
se crían más y mejores.

Vivan Valencia y Murviedro  
y Castellón de la Plana,  
y vivan los cuerpos buenos  
de las chicas valencianas.

Las muchachitas de Alcoy,  
cuando van por agua al río,  
se dicen unas á otras:  
«¿Cuándo tendremos marido?»

A la una me embarqué,  
á las dos me hice á la vela,  
á las tres en Alicante,  
á las cuatro en Cartagena.

¡Cartagena de Levante,  
puerto de mar venturoso,  
descanso de los navíos  
y de los hombres reposo!

Cartagena de Levante,  
bien te puedes celebrar,  
que Murcia, con ser tan grande,  
no tiene puerto de mar.

Buena tierra es Cartagena  
porque tiene cerca el monte,  
pero es mejor Alicante  
por el barrio de San Roque.

En el muelle de Alicante  
hay una hermosa farola  
para alumbrar á mi amante  
que viene de Barcelona.

Adiós, Alicante hermoso,  
con castillo y estandarte:  
adiós, Puerta de la Reina,  
donde yo solía hablarte.

En el muelle de Alicante  
hay mucho que discurrir:  
han hecho una puerta nueva  
para entrar y no salir.

Alicante por su muelle,  
Murcia por sus arrabales,  
Orihuela por su huerta,  
Elche por sus palmerales.

Adiós, arenal de Murcia,  
paseo de militares,  
donde se pasean damas  
al lado de sus galanes.

En Elche está Calandura,  
en Villena el Orejón,  
y en Caudete está la mona  
para tocar el reloj.

Quédate con Dios, Jaén,  
y también Puerta Barrera;  
que me voy á Leganés  
á batallar con Cabrera.

El aguardiente de Ocaña  
lo llevan á Puerto Rico,  
y repican las campanas  
como si fuera el obispo.

La rondeña malagueña  
nadie la sabe cantar,  
sino los malagueñitos,  
que tienen sandunga y sal.

Más vale una vitoriana  
que doscientas percheleras;  
que las vitorianas tienen  
la sandunga de la tierra.

¡Adiós, torre de la Mar,  
castillo de San Lorenzo!  
¡Adiós, Anita María,  
que por ti me llevan preso!

Quiero vivir en Granada  
porque me gusta el oír  
la campana de la Vela  
cuando me voy á dormir.

Mira si he corrido tierras,  
que he estado en el Albaicín,  
en la carrera de Darro  
y en la puente de Genil.

No compres leña en Cosuenda,  
ni en Aguarón compres pan,  
ni mujer en Cariñena,  
que todo te saldrá mal.

No te cases, niña, en Cortes,  
ni en Fréscano ni en Mallén:  
cásate, niña, en Tabuena,  
que es lugar de mucha miel.

Adiós, Tortosa famosa,  
rodeada de balcones,  
en medio una rica fuente,  
encima un ángel de amores.

El cielo de la Navarra  
está vestido de azul,  
por eso las navarritas  
tienen la sal de Jesús.

Navarritos son mis ojos,  
navarritos han de ser;  
han salido de Navarra  
y á Navarra han de volver.

Madre, por una navarra  
diera todo cuanto tengo,  
sólo por tener amores  
al otro lado del Ebro.

Cartagena me da pena  
y Murcia me da dolor:  
¡Cartagena de mi vida!,  
¡Murcia de mi corazón!

Vámonos á Cartagena  
á ver el mar y sus olas:  
á ver los barcos del rey  
con banderas españolas.

Pensamiento tiene Darro  
de casarse con Genil,  
y le ha de llevar en dote  
Plaza Nueva y Zacatín.

¡Adiós, calle de Mesones,  
consuelo de mi barriga,  
que por cuatro cuartos dan  
caldo, chanfaina y morcilla!

Vega hermosa del Jiloca,  
con tus sombríos nogales,  
no envidies á la del Ebro;  
más que ella mil veces vales.

Zaragoza, Zaragoza,  
Zaragoza de los diablos;  
una vez que estuve en ella,  
¡qué bien me enzaragaron!

Camino de Zaragoza,  
camino carreteril,  
por donde van las noticias  
de Zaragoza á Madrid.

Adiós, noble Zaragoza;  
adiós, los siete portales;  
adiós, la calle del Coso,  
que es paseo de galanes.

Si quieres divertirte,  
vente á la corte,  
pues en ella se encierran  
dos mil primores;  
y verás tanto,  
que no sabrás si sueñas  
ó estás velando.

No me gusta el rigodón,  
ni el galop, ni la polca:  
como soy aragonés,  
sólo me gusta la jota.

Todos los navarros, madre,  
cantan la jota navarra,  
y yo como aragonés,  
canto la zaragozana.

¡Qué gusto es en Zaragoza  
oír á un niño cantar,  
con la bandurria tocando,  
si serena noche está!

Qué gusto es en Zaragoza  
el salir á pasear  
con una dama preciosa,  
por llevar toda la sal.

Navarrito, navarrito,  
no seas tan fanfarrón,  
que los cuartos de Navarra  
no pasan en Aragón.

La campana de Velilla  
causará menos espanto  
que causa en mi corazón  
esa risica en tus labios.

Mucho vale Zaragoza  
con su Coso y su arrabal;  
pero más vale Daroca  
con su hermosa Colegial.

Mucho me quiere Daroca,  
su puerta baja me llama,  
y sus muchachas hermosas  
me dicen que no me vaya.

Plaza de la Colegial,  
con tu cárcel y tu cambra,  
eres de Daroca encanto  
y de sus hermosas sala.

Cobertizos de la plaza  
frente de la Colegial,  
por algo Daroca os puso  
tan cerca el santo hospital.

Un muro tiene Daroca  
en que nadie rindió al Jaque;  
á mí me rinden tus ojos  
mirándome y sin mirarme.

A Roma se va por bulas,  
por tabaco á Gibraltar,  
por manzanilla á Sanlúcar,  
y á Cádiz se va por sal.

En Herrera del Duque  
las hay hermosas...,  
las tinajas de vino,  
mas no las mozas.

No compres mula en Teruel,  
ni en Albarracín ganado,  
ni en Francia tomes mujer,  
que todo te saldrá malo.

Castellano, castellano,  
no te vayas á Castilla,  
que tienes en Aragón  
quien te quiere y quien te estima.

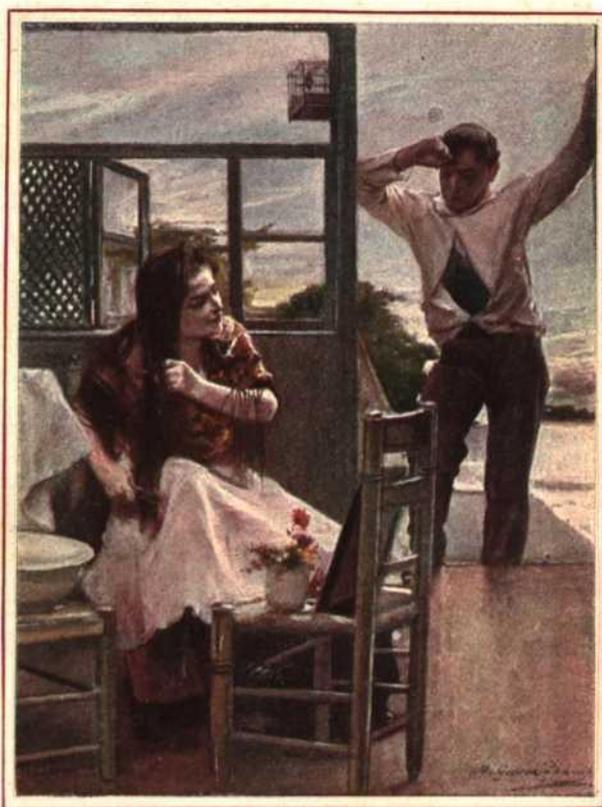
Son las niñas valencianas  
estrellitas de la mar,  
que hacen la guerra á los hombres  
con su gracioso mirar.

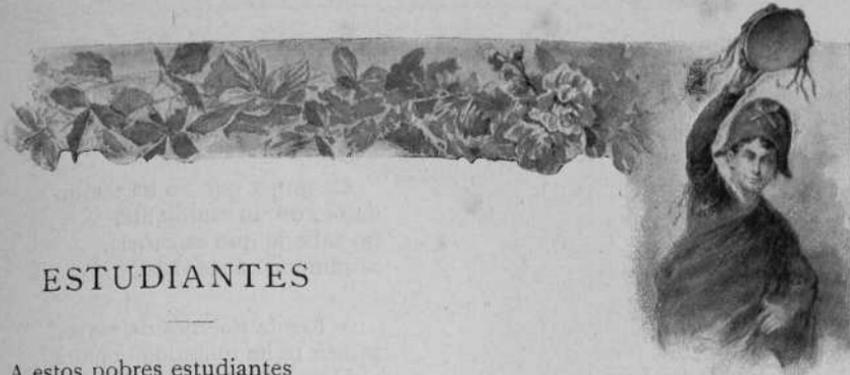
Vale más la sal que tienes  
en esa cara morena,  
que la torre de Serrano  
y el martinete de Heredia.

Sevilla dice que Triana,  
Triana dice que Sevilla;  
yo no sé dónde nació,  
si en una ó en otra orilla.

Soy de Pravia, soy de Pravia,  
y mi madre fué praviana,  
y como de Pravia soy,  
no tengo partida mala.

La jota nació en Sevilla,  
fué criada en Aragón,  
Calatayud fué su cuna  
á la orilla del Jalón.





## ESTUDIANTES

A estos pobres estudiantes  
de cuchara y aceituna,  
déles usté una peseta,  
que van corriendo la tuna.

Estudiante soy, señores,  
estudiante en Alcalá;  
por la puerta de los carros  
me han tenido que sacar.

De la mucha hambre que tengo,  
Santísima Encarnación,  
se me retuercen las tripas  
como cuerdas de violón.

Tres meses ha que no como,  
me tiene abatido el hambre,  
llevo plomo en el manteo  
porque no me lleve el aire.

No hay quien me compre una cosa  
de tres que traigo á vender:  
una hambre, una cuchara  
y unas ganas de comer.

Si en mi libro hubiera damas  
como las que estoy mirando,  
toda la noche y el día  
me los pasara estudiando.

Un estudiante á una niña  
le estaba dando besitos,  
y su madre les decía:  
«¡Miren qué par de angelitos!»

Salamanca parece,  
niña, tu calle,  
porque siempre la llenan  
los estudiantes.

Si el amor de un estudiante  
fuese un amor permanente,  
no habría en todo este mundo  
cosa más de rechupete.

Piensa mi madre que estoy  
estudiando en Salamanca,  
y estoy queriendo á una niña  
como la nieve de blanca.

Estudiante soy tunante,  
que ando corriendo la tuna,  
conquistando á las mujeres  
sin casarme con ninguna.

La sotana y el manteo,  
morena, yo te daré;  
mas si quieres la casaca,  
*libera nos, Dominé.*

Contra el no de las muchachas,  
esta receta aprendí:  
cuézase en agua de olvido  
flor de ¿qué se me da á mí?

Estudiante del alma,  
estudia, estudia,  
que en llegando á mayores  
toda soy tuya.

El primer amor que tenga  
ha de ser un estudiante;  
ya que no tenga dinero,  
que me alegre cuando cante.

Estudiante de día,  
galán de noche,  
malas pintas te veo  
de sacerdote.

Estudiante tunante,  
deja esa niña,  
que aunque va por el campo,  
no va perdida.

Abre la ventana, madre,  
que viene la estudiantina,  
cantando coplas de amor  
y coplas de hambre canina.

Señor mío Jesucristo,  
Dios y hombre verdadero,  
á mí me llegan las tripas  
hasta el mismo tragadero.

Cuando un estudiante llega  
á la esquina de una plaza,  
dicen las revendedoras:  
«¡Fuera ese perro de caza!»

Señorita del balcón,  
no corra usted la cortina,  
que la viene á visitar  
una pobre estudiantina.

Desde que soy estudiante,  
desde que llevo manteos,  
no he comido más que sopas  
con suelas de zapatero.

La capa de un estudiante  
parece un jardín de flores:  
toda llena de remiendos  
de veinticinco colores.

Yo no sé qué tienen, madre,  
la sotana y el manteo,  
que en viendo yo un estudiante  
todita me zarandeo.

Los estudiantes en clase  
se dicen unos á otros:  
«Todas las niñas bonitas  
se crían para nosotros.»

Madre, con los estudiantes  
no me lleve usted á paseo,  
que como soy chiquitita,  
me tapan con el manteo.

La mujer que no ha tenido  
amor con un estudiante,  
no sabe lo que es canela,  
ni tampoco chocolate.

— Rosita del mes de mayo,  
¿quién te ha quitado el color?  
— Un estudiante tunante  
con palabritas de amor.

Los estudiantillos, madre,  
cuando salen del estudio,  
se van á los arrabales  
y allí la juegan de puño.

Las armas del estudiante-  
yo te diré cuáles son:  
la sotana y el manteo,  
la cuchara y el perol.

Un estudiantillo, madre,  
me dijo si le quería,  
y yo le dije que no:  
¡mal haya mi tontería!

Á los estudiantes, niña,  
compara con las sardinas;  
saladitas, con escamas,  
poca carne y mucha espina.

Caballero generoso,  
dénos usted una peseta,  
que tenemos la barriga  
como cañón de escopeta.

Me comiera, me comiera,  
me comiera sin sentir,  
los poyos de la Carrera,  
plaza Nueva y Zacatín.

Un estudiante tunante  
se puso á pintar el sol,  
y de hambre que tenía  
pintó un pan de munición.

## SOLDADOS

Adiós padre, y adiós, madre;  
adiós, iglesia del pueblo,  
que voy á servir al rey  
los ocho años que le debo.

Por un pan de munición  
que el rey de España me da,  
toda la noche me tiene:  
«Centinela, alerta está:»  
por un pan de munición.

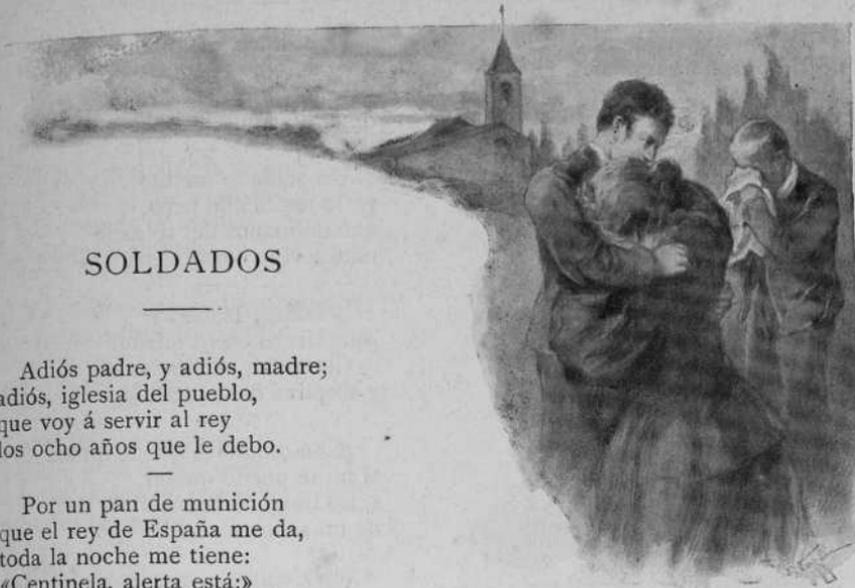
Siempre que llega ocasión  
se leen las ordenanzas;  
si de cierto no hay perdón,  
mira lo que un hombre pasa  
por un pan de munición.

El rey se pasea en coche,  
los sargentos en calea;  
yo paso toda la noche  
muriéndome de tristeza  
por un pan de munición.

La bala que á mí me hirió  
también rozó al comandante:  
á él le hicieron coronel,  
yo tan soldado como antes.

Primer domingo de abril,  
¡qué día tan señalado!  
Metí la mano y saqué  
el número de soldado.

En las montañas de Jaca  
me acordé de ti, salero,  
porque me faltó la sal  
cuando estaba de ranchero.



Un soldado me dió un ramo,  
yo lo puse en la ventana,  
el viento se lo llevó:  
¡adiós, soldado del alma!

Ojos que te vieron ir  
por aquellos verdes llanos,  
cuándo te verán volver  
con el canuto en la mano.

Soldado soy, ¿qué remedio?,  
así lo quiso mi suerte;  
y no me pesa el fusil,  
pero sí dejar de verte.

Los quintos se van mañana,  
se llevan los escogidos,  
y las muchachas se quedan  
con los que el rey no ha querido.

Viva la media naranja,  
viva la naranja entera,  
viva la Guardia civil,  
que no tiene compañera.

Tres fincas tengo en Madrid,  
siendo un pobre militar:  
la cárcel, el cementerio  
y también el hospital.

Estando de cuartelero,  
fué y se me apagó el farol;  
llegó el sargento de guardia  
y á entrambos nos alumbró.

— Soldadito, soldadito,  
¿qué llevas en tu mochila?  
— Llevo las armas del rey  
y el corazón de una niña.

Dicen que la golondrina  
pasa la mar en un vuelo:  
así la pasaré yo  
en cumpliendo, si no muero.

Ya he cumplido con mi rey  
y aquí llevo la licencia;  
voy á cumplir con mi padre,  
que es mi dios sobre la tierra.

Dicen que los migueletes  
tienen la vida vendida:  
la tengan ó no la tengan,  
¡migueletes de mi vida!

No quieras á ese soldado,  
que es cazador de Madrid,  
y en tomando la licencia,  
se marcha y te deja aquí.

No se admire usted señora,  
que un soldado es el que canta;  
con el pan de munición  
tengo mala la garganta.

De las patillas de un moro  
tengo que hacer una escoba,  
para que barra el cuartel  
la infantería española.

El amor del militar  
es como un plato de arena:  
en poniéndolo en la calle,  
viene el viento y se lo lleva.

Con todos los militares  
poquita conversación,  
porque se van alabando  
de cositas que no son.

Un soldado me dió un ramo,  
yo lo recibí con pena,  
que de manos del soldado  
nunca vino cosa buena.

— Isabel, Isabelita,  
¿qué tienes en tu tejado?  
— Claveles y mirabeles,  
y suspiros de un soldado.

¿Cómo quieres que te quiera,  
si no te puedo querer,  
si no traigo la licencia  
de mi señor coronel?

Valen más el garbo y talle  
de mi querida patrona,  
que todo el oro y la plata  
que se labra en Barcelona.

Quiéreme, que soy buen mozo  
y escribo en la Mayoría,  
y soy sargento primero,  
y corro con compañía.

¡Qué lástima de carita  
que se la coma la tierra,  
pudiéndosela comer  
un soldado de la reina!

En Málaga senté plaza,  
y en Sevilla me acordé  
del garbo de tu persona,  
y al punto me deserté.

Soy soldado de á caballo,  
lo que quieras te daré;  
pero en tocando á casaca,  
no quiere mi coronel.

Todos los soldados dicen  
que se casan, que se casan;  
y en tomando la licencia,  
todos se van á su casa.

Mi padre me da de palos  
 porque quiero á un granadero,  
 y al son de los palos digo:  
 «¡vivan las gorras de pelo!»

Todos los soldados dicen  
 que se casan, que se casan,  
 y en tomando la licencia,  
 derechitos á su casa.

Ya se van los quintos, madre,  
 los quintos de este lugar:  
 aquí quedan las penillas,  
 las alegrías se van.

Cállate, morena mía,  
 cállate, y no tengas pena,  
 que en siendo yo coronel,  
 tú serás la coronela.

Si te preguntan: «¿quién vive?»  
 responde con ligereza:  
 «los quintos de Pinos-Puente,  
 voluntarios á la fuerza.»

Mañana se van los quintos,  
 y con ellos va mi Pepe;  
 ya no tengo quien me traiga  
 horquillas para el rodete.

Ya se van los quintos, madre,  
 por la puerta de Alcalá;  
 ya se van los quintos, madre,  
 ¡sabe Dios si volverán!

Ya sabrás que salí quinto  
 y no tengo escarapela;  
 dame una gota de sangre  
 de tu corazón, morena.

Mañana se van los quintos,  
 ya se va mi corazón:  
 la Virgen de los Dolores  
 les eche su bendición.

No siento la escarapela,  
 ni tampoco ser soldado;  
 lo que siento es mi morena  
 que no la tengo á mi lado.

«Si el comer poco es salud,»  
 como dice aquel refrán,  
 los pobrecitos soldados,  
 ¿cuántos años vivirán?

De los caballos del rey,  
 ninguno como mi potro;  
 que para mover un pie,  
 le pide licencia al otro.



¿Qué es aquello que relumbra  
 por entre los olivares?  
 Será la Guardia civil  
 persiguiendo criminales.

Si te quiere un soldado,  
 quiérole, niña;  
 que no ha de ser soldado  
 toda su vida.

Quien te quiso mozo y libre,  
 también te querrá soldado:  
 ¿cómo quieres que desprecie  
 lo que el rey no ha despreciado?

Soldado tengo de ser  
mientras pueda mascar agua,  
que no quiero más mujer  
que el fusil y la canana.

Más vale servir al rey  
y ganar los cuatro cuartos,  
que no que me pidan pan  
la mujer y los muchachos.

¡Qué bien parece un soldado  
en la puerta del cuartel,  
con el cigarro en la mano,  
aguardando al coronel!

El que quisiere saber  
de qué color es la pena,  
siente plaza de soldado  
y se ausente de su tierra.

Senté plaza de soldado  
sólo por no trabajar,  
y ahora me están fastidiando  
con el paso regular.

El cuerpo me huele á rancho  
y los hombros á fusil,  
las espaldas á morral  
y el pescuezo á corbatín.

A servir al rey me voy,  
y el viento que da en tu puerta  
son los suspiros que doy.

Estando de centinela  
esta mañana en la Biña,  
si no bajo la cabeza,  
una bala me vendimia.

Cuando estoy de centinela  
y te vienes junto á mí,  
se me olvida la consigna  
y se dispara el fusil.

Cuatro cuartos me da el rey,  
y con ellos me mantengo,  
le pago á la lavandera,  
y me quedan tres y medio.

El pan y los cuatro cuartos  
nunca me podrán faltar  
en Melilla, en el Peñón  
ó en los presidios de Orán.

Ya no me quiere mi cabo,  
mi sargento ni mi alférez,  
porque soy aficionado  
un poquillo á las mujeres.

El cuartel es una venta,  
el sargento es el ventero,  
los soldados son los burros,  
los cabos los arrieros.

Los sargentos para mí,  
los cabos para mi hermana,  
y los soldaditos rasos,  
esos para mi cuñada.

Si soldado salieras  
en esta quinta,  
para tu charretera  
tengo yo cinta.

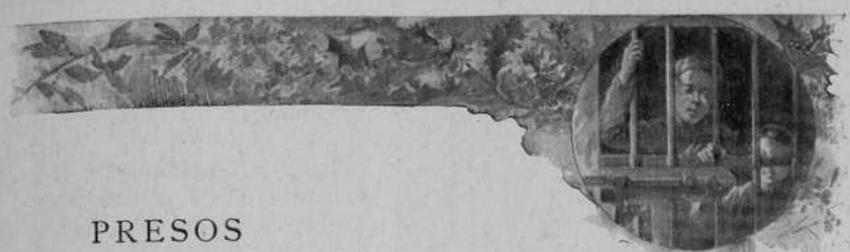
En la plaza se oyen tiros,  
en la plaza se ha de entrar:  
pena de la vida tiene  
aquel que se vuelva atrás.

Adelante, batidores,  
dad ejemplo al batallón;  
que la gente de bigote  
debe ser gente de pro.

Regimiento de Saboya,  
¡qué sólo te vas quedando!  
A unos les dan licencia,  
y otros se la van tomando.

Para borracho, un francés;  
para ladrón, un ventero;  
para mandar y dar palos,  
un cabo de escuadra nuevo.

La vida de los soldados  
es andar por los lugares,  
dormir en cama prestada,  
morir en los hospitales.



## PRESOS

El pajarito en la jaula  
se divierte en el alambre;  
así me divierto yo  
en las rejas de la cárcel.

Ahora sí que estamos bien;  
tú presa, yo prisionero,  
tú con cadenas de amor,  
yo con cadenas de hierro.

Me llevaron á la cárcel  
por dar una puñalada  
á un pícaro estudiante  
que me atormentaba el alma.

Preso en la cárcel estoy  
y no me vienes á ver:  
no creo que tengas alma  
ni corazón de mujer.

Me consuelo cuando entiendo  
que al pie de mi reja estás;  
pues que tanto te he rondado,  
bien me puedes tú rondar.

Ya se murió mi madrina,  
la duquesita de Alba:  
si ella no estuviera muerta,  
la vida no me quitaran.

En la cárcel me dejaste  
solito y abandonado:  
anda con Dios, compañera,  
que el mundo no se ha acabado.

A aquel que quiere y no puede  
gozar de su libertad,  
no es menester que le entierren,  
que enterrado en vida está.

¿De qué le sirve al cautivo  
tener los grillos de plata  
y las cadenas de oro,  
si la libertad le falta?

Llora el niño por el pecho;  
llora el viejo por la edad;  
la moza, por sus amores;  
el preso, por libertad.

Pulidita carcelera,  
sácame de esta prisión;  
te daré el anillo de oro  
que me dió el bien de mi amor.

El anillo que me diste  
se lo dí á la carcelera,  
que me quitase los grillos  
y la libertad me diera.

Estas rejas son de bronce  
y estas paredes de piedra:  
mis amigos son de vidrio...  
por no quebrarse no llegan.

¡En libertad me querías  
y ahora, preso, me aborreces!  
¡Desgraciado aquel que vive  
á voluntad de los jueces!

¡Preso en la cárcel estoy,  
amarrado á una columna,  
y no me vienes á ver,  
corazón de piedra dura!

Madrecita mía,  
dígaselo usted,  
que tan siquiera una horita al día  
que me venga á ver.

Ministriles y alguaciles,  
toda la justicia plena,  
me vinieron á prender  
en casa de mi morena.

A las doce de la noche,  
niña, me llevaron preso,  
y para mayor dolor  
me ataron con tu pañuelo.

Yo perdí mi libertad,  
la prenda que más quería;  
ya no puedo perder más,  
aunque perdiera la vida.

Estaré siempre llorando  
mi triste cautividad,  
hasta que del cielo baje  
mi carta de libertad.

Si hubiera alguno en el mundo  
que la libertad me diera,  
me echara un hierro en la cara  
y esclavito suyo fuera.

¿Eras tú la que decías  
en varias conversaciones,  
que me habías de amparar  
si me vieras en prisiones?

Aunque estoy prisionerillo,  
yo tendré mi libertad;  
y esos gustos que has tenido  
se te han de volver pesar.

Yo no siento el estar preso,  
ni en calabozo dormir;  
pero siento las razones  
que me mandas á decir.

A las rejas de la cárcel  
no me vengas á llorar;  
ya que no me quites penas,  
no me las vengas á dar.

Veinticinco calabozos  
tiene la cárcel de Utrera;  
veinticuatro llevo andados,  
y el más obscuro me queda.

Si el rey de España supiera  
lo que á los presos les pasa,  
de cárcel en cárcel fuera  
echándolos á sus casas.

La cárcel es el infierno,  
el carcelero es el diablo,  
los jueces los que condenan,  
y ellos son los condenados.

Me metieron en la cárcel  
por hacer un San Miguel;  
así que me echaron fuera  
hice un San Bartolomé.

Mi causa ya se acabó,  
ya se cerraron mis autos;  
ya ha salido la sentencia  
de presidio por diez años.

Adiós, cárcel de Guadix,  
sepultura de hombres vivos,  
donde se amansan los guapos  
y se olvidan los amigos.

Camino de Cartagena  
muchos pobrecitos van,  
desterrados hijos de Eva  
por las hijitas de Adán.

Señor alcalde mayor  
y demás señores:  
estas penitas á este cuerpo mío  
no le corresponden.

Ceuta tiene buena entrada,  
pero muy mala salida;  
y aquel que se pasa al moro  
tiene pena de la vida.

¡Pobrecitos de la cárcel,  
ya tendrán algún consuelo.  
¡Ay, pobrecito de mí!,  
ni lo tengo ni lo espero.

Los suspiros de un cautivo  
no pueden llegar á España,  
que está la mar de por medio  
y se han de hundir en el agua.



Mujer, por toda comida  
me traes cuatro bocados  
y, para mayor castigo,  
los amargas con tu llanto.

I. Garcia Ramos dibujó



Otras veces los gitanos  
gastaban medias de seda,  
y ahora, por su desgracia,  
gastan grillos y cadenas.

—  
— Gitano, ¿por qué vas preso?  
— Señor, por cosa ninguna.  
Porque he cogido un ramal  
y detrás vino una mula.

—  
Caminito de Antequera  
preso llevan á un gitano,  
porque se encontró una capa  
antes de perderla el amo.

—  
Preso en la cárcel estoy,  
no tengas pena por eso;  
no dejo de ser quien soy,  
ni yo soy el primer preso.

—  
Mi madre me lo decía  
que me tenía que ver  
en la cárcel de Almería  
preso por una mujer.

—  
Dame la mano y saldré  
de este oscuro calabozo,  
que me están acumulando  
un casamiento forzoso.

—  
Cuando yo estaba en prisiones,  
solito me divertía  
en contar los eslabones  
que mi cadena tenía.

—  
A la cárcel de Motril  
preso llevan á mi padre,  
siendo un pobrecito viejo  
que no se mete con nadie.

—  
Acaban de dar las doce  
en el reloj de la Audiencia;  
entre jueces y escribanos  
me han leído la sentencia.

—  
Soy hombre, vengan fatigas,  
nacé para padecer;  
los grillos y las cadenas  
no me caben en los pies.

En un castillo me vi  
prisionero entre cadenas,  
y acordándome de ti  
se me quitaban las penas.

—  
Cuando la requisa viene  
al cuarto de mi prisión,  
está desechando llaves  
dos horitas de reloj.

—  
¿Quién le llevará la nueva  
á la triste de mi madre,  
que en un calabozo oscuro  
me están echando la llave?

—  
Ya no tengo en este mundo  
si no es á la madre mía,  
que va pidiendo limosna  
para libertar mi vida.

—  
Preso estoy en tierra extraña:  
por ver á mi madre, diera  
un dedito de la mano,  
el que más falta me hiciera.

—  
Si la madrecita mía  
viera lo que estoy pasando,  
con lágrimas de sus ojos  
la calle fuera regando.

—  
Hablar contigo quisiera  
para vivir sin cuidado,  
pero ya sabes que estoy  
de la libertad privado.

—  
En una torre me encuentro  
con una cadena atado:  
todo lo llevo con gusto  
por tenerte á ti á mi lado.

—  
Como el aguardiente claro  
que sale del alambique,  
yo me voy purificando  
en esta cárcel de Utrique.

—  
La puerta del calabozo  
la siento abrir y cerrar;  
á voces llamo al llavero,  
porque quiero confesar...

Estoy en un calabozo  
lento de abominaciones;  
ya me suben, ya me bajan  
á tomar declaraciones.

Me preguntó el señor juez  
que de qué me mantenía:  
de comer y de beber,  
como se mantiene usía.

Aquel que entrare en la cárcel  
nunca diga la verdad,  
porque á buena confesión,  
mala penitencia dan.

Si te meten en la cárcel  
y te amarran bien los pies  
y te pregunta el notario...,  
responde siempre al revés.

Si te llevan á la cárcel,  
nunca niegues la mentira;  
la verdad por las espaldas,  
y el escribano que escriba.

En la torre de Serranos,  
en la segunda escalera,  
hay un letrado que dice:  
«Aquí la verdad se niega.»

Centinela, vive alerta,  
que hay presos que son muy pillos,  
y vigilan más que tú  
por si tienes un descuido.

Echa grillos, carcelera,  
y aprieta bien los candados,  
que paguen estos pies míos  
los malos pasos que han dado.

¡Ay cárcel, qué mala eres!,  
¡siempre te maldeciré!  
¡Entré sin pelo de barba,  
y capuchino saldré!

El que quiera ver penitas  
vaya al campillo de Arenas,  
y verá los presidiarios  
cargaditos de cadenas.

Si algún mortal por aquí  
pasa por casualidad,  
socorra á los infelices  
que en este desierto están.

Para los hombres se han hecho  
los grillos y las cadenas,  
y para las buenas mozas  
San Fernando y la Galera.

En el arco de Torrero  
la cuchara me dejé:  
si quiere Dios y no muero,  
yo por ella volveré.

¿A qué me das esos palos?  
¿Qué daño te he hecho yo?  
Si me he quedado dormido,  
el sueño rinde al león.

Cuando te miré venir,  
barco de la redención,  
de fatigas que me dieron  
se me arrancó el corazón.

Dicen que me han de matar  
y me han de sacar al campo:  
Virgen de la Soledad,  
cubridme con vuestro manto.

Di á la triste de mi madre,  
compañero, por tu vida,  
que hoy me sacan de la cárcel  
y me meten en capilla.

Ya los sacan de la cárcel,  
los llevan al Baratillo:  
de sentimiento lloraban  
hombres, mujeres y niños.

En el patio de la cárcel  
miré al cielo y dije así:  
«¿Dónde está la libertad,  
que tan niño la perdí?»

Madre, no es usted mi madre,  
que si usted mi madre fuera,  
echaría un empenito  
y de la cárcel saliera.

A un oscuro calabozo  
me llevaban la comida;  
más lágrimas derramaba  
que bocaditos comía.

Tenía mi calabozo  
una ventanita al mar,  
donde yo me distraía  
en ver los barcos pasar.

Hasta los hombres más guapos,  
todos se vuelven chiquillos  
cuando encima de los yunques  
se les remachan los grillos.

De los males de este mundo  
no sé cuál es el peor:  
el casarse ó el morirse  
ó estar en una prisión.

Porque me ves pobre y preso,  
piensas que me he muerto yo;  
puede que algún día digas:  
«El muerto resucitó.»

Perdón me pidió el verdugo,  
no se lo pude negar;  
la Justicia no perdona,  
y perdona el criminal.

Los presos cuentan los días,  
los presidiarios los años,  
y los que están en capilla  
las horas que van pasando.

En la puerta del presidio  
hay escrito con carbón:  
«Aquí el bueno se hace malo  
y el malo se hace peor.»



## MINEROS

---

Los mineros en la mina  
dicen con pena y salero:  
«Paredes de plata y oro,  
y comemos ajos, puerros.»

---

Pobrecitos los mineros,  
¡qué desgraciaditos son!  
pasan la vida en la mina  
y les mata una explosión.

---

Hermosa Virgen de Gádor,  
que estás al pie de la sierra,  
ruega por los mineritos  
que están debajo de tierra.

---

Valiente ignorante es  
el que á las minas se va,  
cuando las minas mejores  
se quedan en el lugar.

---

Los señores de la mina  
no cesan de preguntar,  
y los mineros dicen:  
«Ya va pintando en metal.»

Guardillón y sal de lobo  
es la seña del metal,  
y la piedra franciscana  
es dura de barrenar.

---

En diciendo: «gente al torno,»  
todos los mineros tiemblan,  
viendo que se han de poner  
á voluntad de una cuerda.

---

Los torneros son los guapos,  
los picadores valientes,  
y los pobres de la gavia  
son los que aprietan los dientes.

---

De capataces de gavia  
estaba el infierno lleno,  
y en el último rincón  
estaban los cocineros.

---

Dame machota y barrena,  
aguja y atacador,  
cartuchos, pajueta y mecha,  
que voy á echar un botón.

---

## CONTRABANDISTAS

Y  
JAQUES



En montando en mi caballo  
no temo á ningún valiente,  
un retaco, dos pistolas,  
un cuchillo, y venga gente.

Río Guadalhorce, río,  
deja pasar mi caballo:  
si lo paso por el puente,  
me cogen el contrabando.

Camino de Grazalema,  
¡qué caminito tan triste!,  
que no pasa una carguita  
que la guardia no registre.

Tu sandunga y un cigarro  
y una caña de Jerez,  
mi caballo y un trabuco,  
¡qué más gloria puede haber!

Todos los contrabandistas  
son hombres de corazón;  
lo cargan en Cataluña,  
lo venden en Aragón.

Dicen los contrabandistas  
cuando salen al barranco:  
«Arriba, caballo moro,  
que ya tenemos tabaco.»

Dicen los contrabandistas  
cuando salen á la playa:  
«Dios nos libre de soplones,  
carabineros y guardas.»

Mal haya el contrabandista  
que á mí me enseñó á fumar,  
que por un triste cigarro  
me llevan á Gibraltar.

— Contrabandista valiente,  
¿qué tienes que tanto lloras?  
— Se me ha muerto mi caballo,  
ya se acabaron mis glorias.

Mi mujer y mi caballo  
se me murieron á un tiempo:  
¡qué mujer ni qué demonio!,  
¡mi caballo es lo que siento!

Mi caballo me costó  
ciento cincuenta doblones,  
y mi mujer solamente  
dichos y amonestaciones.

¡Arriba, caballo moro,  
sácame de este barranco,  
que me viene persiguiendo  
el del caballito blanco!

¡Arriba, caballo moro,  
sácame de este arenal,  
que me vienen persiguiendo  
los del águila imperial!

Me metí á contrabandista  
de tabaco y de aguardiente,  
y me pillaron los guardas:  
¡ahora sí que sale fuerte!

Me metí á contrabandista  
por ver si ganaba algo,  
y he perdido el corazón  
y también el contrabando.

¿Dónde están los cuerpos buenos,  
que los busco y no los hallo?  
Unos están en presidio,  
los otros al contrabando.

Contrabandista es mi padre,  
contrabandista es mi hermano,  
contrabandista ha de ser  
aquel á quien dé mi mano.

Los hombres de corazón  
se aficianan al tabaco;  
ponen su administración,  
y lo venden sin estanco.

Es mucho lo que me gusta  
una canana corrida,  
que aunque falté algún cartucho,  
siempre queda prevenida.

A pesar de los miñones,  
contrabandista he de ser,  
y he de vender el tabaco  
á la puerta del cuartel.

Sube á la grupa, morena,  
á la grupa de mi jaco:  
no habré llevado en mi vida  
más hermoso contrabando.

Contrabandista lo quiero  
aunque le maten mañana,  
que si acaso le mataren,  
me queda caballo y carga.

Porque no escale la gloria  
un *divé* me tiene preso;  
es el mundillo mi jaula  
y es el mar mi bebedero.

Esta noche va á llover,  
que esté raso, que esté nublo,  
han de llover buenos palos  
en las costillas de alguno.

Por la Sierra Morena  
va una partida:  
al capitán le llaman  
José María;  
sus compañeros  
son Frasco el de la Torre,  
Juan Caballero.

Allá va Diego Corrientes  
con su caballo cuatralbo,  
su *jembra* en el pensamiento  
y su trabuco en la mano.

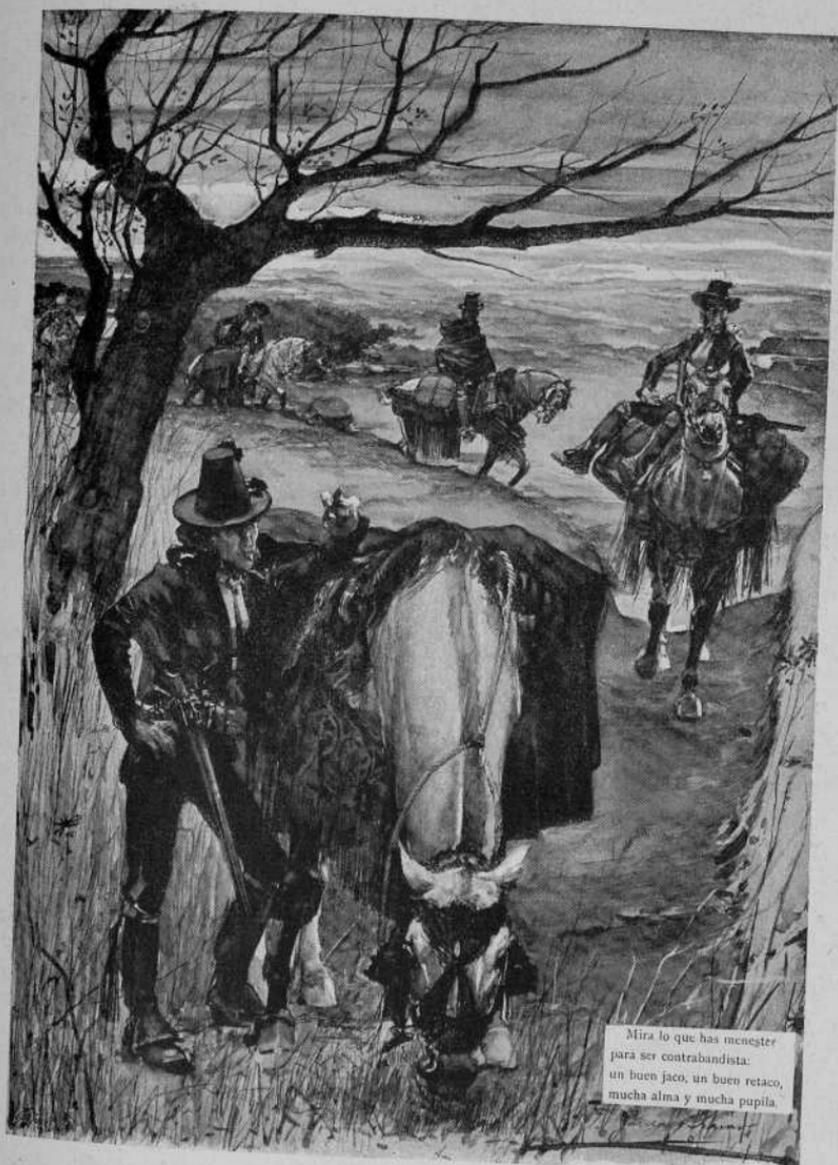
Cuando me dieron el tiro  
en los montes de Llerena,  
con las ansias de la muerte  
me acordé de ti, morena.

Veinticinco muertes tengo,  
y no cuento los piquillos...,  
que en una fiesta, bailando,  
maté una mujer y un niño.

El que no quiera morir  
al tiro de mi pistola,  
me deje la calle libre,  
que la necesito toda.

En este pueblo hay un guapo  
que presume de valiente,  
con una espada en la mano  
en una calle sin gente.

Por tu calle voy entrando,  
cabellos de emperadora:  
si tienes los novios guapos,  
diles que salgan ahora.



Mira lo que has menester  
para ser contrabandista:  
un buen jaco, un buen retaco,  
mucha alma y mucha pupila.

J. García Ramos dibujó



Un pollito me pitea  
sabiendo que soy el gallo;  
como la gallina es mía,  
por eso me aguantó y callo.

¡Qué penilla será el ver  
la prenda que un hombre estima  
en manos de otro gaché,  
por ser un hombre gallina!

No me ande usted con pinturas,  
que yo pinturas no quiero,  
que le cortaré la cara  
al que fuere pinturero.

Salid, mozos, á rondar,  
los de la guitarra nueva,  
y veréis qué gusto tienen  
los palos de avellanera.

¿Qué te sirve ser buen mozo  
y llevar trabuco nuevo,  
si no tienes corazón  
para darle mecha al fuego?

Diga usted, seó pinturero,  
prepárese usted á morir,  
porque tiene mi trabuco  
cuatro balas de fusil.

En esta calle se suena  
que me han de matar de un tiro:  
«nunca llueve cuando truena;»  
con esa esperanza vivo.

Apúntame bien al pecho,  
mira que si no me das,  
más chispas te voy á hacer  
que arenas tiene la mar.

Si Málaga tiene un muelle,  
mi navaja tiene cinco;  
como se te arrime alguno,  
no le vale San Francisco.

El cuerpo me huele á plomo  
y el corazón á puñales,  
y la sangre de mis venas  
rabiando porque no sale.

En tu reja dice un guapo  
que me ha de matar de un tiro,  
y el guapo me ve en tu reja  
y dice que no me ha visto.

Aquel que fuere gallina  
aprenda de mis lecciones,  
que traigo pólvora fina  
para matar gorriones.



Cuando me dieron el tiro  
en los montes de Jimena,  
me mataron el caballo,  
mi cuerpo cayó en la arena.

Para pasear tu calle  
no necesito cuchillo,  
porque el novio que tú tienes  
me lo meto en el bolsillo.

Me llamo Félix Pastor,  
soy capitán de ladrones,  
y á nadie tengo temor  
aunque vengan batallones.

Esta noche voy de tuna  
con mi capa y mi sombrero,  
y al revolver de una esquina,  
puñalada y tente, perro.

Esta noche voy de tuna  
con mi capa y mi zamarra,  
y el que quisiere *cané*,  
que salga por la guitarra.

Esta noche va á salir  
la fiera que nunca sale:  
al revolver de una esquina,  
capa en tierra y mano al sable.

¿De qué te sirve traer  
el sombrero á lo gachón  
y la mano en la cintura,  
si no tienes corazón?

Tengo que pasarme al moro,  
y tengo que renegar,  
y tengo que ser más malo  
que Barceló por la mar.

Sansón dicen fué valiente,  
y Oliveros y Roldán:  
á todos les diera muerte  
si pudieran pelear.

¡Cuánto vale un mozo bueno  
puesto en una bocacalle,  
con un retaco en la mano:  
«por aquí no pasa nadie!»

Nadie me tosa en el mundo,  
ni me levante la voz;  
yo soy más duro que el bronce  
y más valiente que Dios.

Salid, mocitos, salid,  
á la esquina de la plaza,  
y allí veréis relucir  
la punta de mi navaja.

Por aquella calle abajo  
tengo que formar un puente  
con las costillas de un guapo  
y los brazos de un valiente.

Ninguno por ser valiente  
eche votos temerarios,  
que á ningún potro le viene  
la silla de mi caballo.

Tengo yo unas tijeritas,  
que también las traigo aquí,  
para cortarle la lengua  
al que hablare mal de mí.

Tira la espada, cobarde,  
y arrástrala por el suelo;  
ya que no mates á nadie,  
al menos meterás miedo.

En la esquina del Campillo  
me quisieron dar la muerte;  
eché mano á mi cuchillo  
y corrieron los valientes.

Dígale usted á ese mocito  
que anda por la callejuela,  
que si no se quita pronto,  
le he de romper la montera.

Yo soy el hombre más fuerte  
de cuantos hay en el mundo;  
he corrido mucha tierra,  
y así no tiemblo á ninguno.

Yo me doy de puñaladas  
con el hombre más valiente,  
que este pellejito mío  
no ha de servir para aceite.

¡Sujétame, que me pierdo!  
Como me llegue á enfadar,  
á los hombres rebaneo  
como rebaneo el pan.

Yo fuí subiendo y subí  
hasta el último elemento,  
y puse la fama mía  
donde ninguno la ha puesto.

Todo cuanto quiero alcanzo,  
no me quejo de mi estrella,  
porque no intento cosilla  
que no me salga con ella.

Si se me ahuma el *pescao*  
y desenvaino el flamenco,  
con cuarenta *puñalds*  
se va á rematar el cuento.



## PÍCARO-BURLESCOS

Los ojuelos de la viuda  
van diciendo por la calle:  
«¿Quién quiere alquilar el cuarto  
porque no lo habita nadie?»

Como cierto *bulle bulle*,  
que siempre está *dale dale*,  
se venga con *tiquis miquis*,  
ha de haber *traque barraque*.

Una vieja en un espejo  
se miraba la barriga  
y decía suspirando:  
«¡Qué fábrica tan antigua!»

Dicen que he robado un cáliz:  
¡Jesús, qué mentira es esa!,  
desde que me bautizaron  
no he entrado en ninguna iglesia.

Montes de dificultades  
un juez en sus pleitos halla:  
bien es verdad que los montes  
siempre los allanan faldas.

Señor alcalde mayor,  
no vaya usted á procesiones,  
porque tiene usted tres hijas  
que parecen tres pendones.

Una vieja muy vieja  
dijo al pan duro:  
«¡Si te pillara en sopas,  
yo te aseguro!...»

Son los enamorados  
como las bestias,  
que sólo se mantienen  
de lo que piensan.



No enamore quien tenga  
poco dinero,  
que aunque sea buen mozo,  
quedará feo;  
pues las mujeres  
huyen como del diablo  
del que no tiene.

Muchos con la esperanza  
viven alegres:  
muchos son los borricos  
que comen verde.

No hay mejor lotería  
para una moza  
que el encontrar un tonto  
que quiera boda.

Mi marido se murió  
y lo enterré en la cocina;  
de lástima que me dió  
me puse á bailar encima.

Murió mi mujer en marzo,  
á mediados de Cuaresma,  
y quiso Dios en un año  
darme dos Carnestolendas.

Estando en gracia de Dios,  
maté á mi mujer de un palo;  
si esto fué en gracia de Dios,  
¡qué fuera en gracia del diablo!

Quien buscare una boda  
con mayorazgo,  
eche el ojo á una vieja  
y échela el gancho;  
mas vaya alerta,  
que hay dotes que se dicen  
y no se cuentan.

Una recién casada  
puso la olla  
con un cubo de agua  
y una cebolla.

Con una buena media  
y un buen zapato  
hace una madrileña  
pecar á un santo.

Dicen que tiene gracia  
la mujer fea;  
mas yo no quiero gracia  
que no se vea.

El andar de la madre  
tiene la hija:  
siempre salen los cascós  
á la botija.

En esta calle vive  
la miserable  
que hasta al agua del pozo  
le echa la llave.

«Por uno de navajas,  
madre, me muero.»  
¿quién ha visto morir  
por un barbero?

Arrierito es mi amante  
de cinco mulas;  
tres y dos son del amo,  
las demás suyas.

Mi marido es un celoso  
y á puros celos me mata;  
celos, si me voy á misa;  
celos, si me quedo en casa.

Mi marido está malito:  
yo estoy á la cabecera,  
con un rosario en la mano,  
pidiendo á Dios que se muera.

Ya se murió mi marido,  
ya se murió aquel borracho,  
ya no tengo quien me tire  
á la cabeza el cenacho.

Mi marido se murió  
no por falta de alimento,  
que á la cabecera tuvo  
una ristra de pimientos.

Al salir de la comedia  
un borrico rebuznó,  
y respondió un lechuguino:  
«Ese canta como yo.»

Por la calle abajo va  
un currutaco ligero,  
que gasta mucha fachenda  
y tiene poco dinero.

Ayer tarde en el paseo  
me dijo: uno «¡Presumida!»  
No quisiera ser tan guapa  
por no estar tan perseguida.

Ayer tarde en el paseo  
una muchacha encontré,  
que á todo me respondía:  
«¡Qué picaro que es usted!»

A eso de la media noche  
echó un galán un requiebro,  
pensando que era una dama,  
y era un gato blanco y negro.

Los mocitos de hoy en día,  
cuando tienen un realillo,  
*toico* lo cambian en *chavos*  
*pa* que suenen los bolsillos.

Las manolas de Madrid,  
cuando van á misa en coche,  
lo primero que preguntan  
si es bonito el sacerdote.

Aunque dientes no tengas,  
como no pidas,  
será para mi genio  
tu boca linda;  
pero en pidiendo,  
diré que es propiamente  
boca de infierno.

Añoche me enamoré  
de una muchacha bonita:  
esta mañana la vi,  
¡y era tuerta la maldita!

Dicen que mi amante es chico;  
esa no es falta en un hombre,  
que en el tiempo de la leva  
tras una mata se esconde.

Más allá del infierno  
cincuenta leguas,  
hay un infierno aparte  
para las suegras.

El día que á mi suegra  
le den el óleo,  
¡qué día tan alegre  
tendrá el demonio!

La vieja de mi suegra  
me dió unas medias:  
cada vez que reñimos  
me quedo en piernas.

Ya se murió mi suegra,  
voy al entierro;  
un casco de cebolla  
llevo en el pecho.

Si una suegra de azúcar  
dicen que amarga,  
¿qué será al que la tenga  
de carne humana?

Doce gallinas y un gallo  
casi siempre están conformes,  
y casi nunca lo está  
una mujer con un hombre.

La mujer y la moneda  
tienen mucha semejanza:  
algunas de oro parecen,  
y resulta que son falsas.

Querer una no es ninguna,  
querer dos es falsedad,  
querer tres y engañar cuatro...,  
eso es gracia que Dios da.

Yo tenía un *Agnusdèi*  
al cuello, como es costumbre;  
me lo quitaron, diciendo:  
*Qui tollis peccata mundi.*

Échame un cigarro, primo,  
que yo no tengo tabaco,  
y hay un perrito que muerde  
á la puerta del estanco.

En la calle no sé dónde  
mataron yo no sé á quién;  
el vivo cayó en el suelo,  
y el muerto apretó á correr.

En la calle no sé dónde  
se encuentra no sé qué santo,  
que en rezando no sé qué,  
se gana yo no sé cuánto.

Mi madre me dijo un día  
que á qué santo le rezaba;  
yo le dije: «Madre mía,  
á aquel que me da la gana.»

Santa Rita la llorona  
fué tanto lo que lloró,  
que al alma de su marido  
del infierno la sacó.

A Santa Rita de Casia  
no le tengo de rezar,  
que le pedí un imposible  
y no lo quiso otorgar.

El lunes me enamoro,  
martes lo digo,  
miércoles me declaro,  
jueves consigo,  
viernes doy celos,  
y sábado y domingo  
busco amor nuevo.

Tengo un genio, señores,  
que es cosa rara,  
que sólo estoy contenta  
cuando otro rabia.  
Yo no quisiera;  
pero tengo este genio  
de esta manera.

¡Quién tuviera la dicha  
de Adán y Eva,  
porque nunca tuvieron  
suegro ni suegra!  
También lograron  
librarse de cuñadas  
y de cuñados.

La vieja de mi suegra  
me dió unos cuadros,  
cada vez que reñimos  
los descolgamos:  
de esta manera,  
á cuestras siempre andamos  
con la escalera.

Una sartén sin rabo  
me dió mi suegra,  
cada vez que reñimos  
la sartén suena;  
pero es el caso  
que siempre que reñimos  
hay sartenazo.

Un fraile me dijo un día:  
«Dame la mano, salero;»  
yo le dije: «Padre mío,  
tome usted la del mortero.»

¿Eres tú la que decías  
que en tu casa no entran frailes,  
y los han visto salir  
como en el campo las aves?

Yo me arrimé á una beata,  
por tener algo de Dios;  
á ella se la llevó el diablo,  
y á mí poco me faltó.

Un cazador cazando  
perdió un pañuelo,  
y luego lo llevaba  
la liebre al cuello:  
eso sería  
que el cazador cazando  
se lo pondría.

El guarda de una viña  
voces me daba  
cuando ya la tenía  
yo vendimiada.  
Dije: «Compadre,  
las voces al principio,  
porque ya es tarde.»

Cuando uno quiere á una  
y esta una no le quiere,  
es lo mismo que si un calvo  
se hallara en la calle un peine.

¡Si el río de Sevilla  
fuera de vino,  
y la torre del Oro  
fuera el cuartillo...!

Glorioso San Sebastián,  
todo lleno de saetas:  
mi alma como la tuya,  
como tu cuerpo mi suegra.

La primera la hizo Dios  
y esa engañó al padre Adán;  
cuando á esa la hizo Dios,  
¿las demás cómo serán?

Quisiera estar tan cerca  
de las mujeres,  
como están las estampas  
de las paredes:  
y de mi suegra,  
como estamos nosotros  
de las estrellas.

Las mujeres de estos tiempos  
son como las avellanas:  
de ciento sale una buena  
y noventa y nueve vanas.

No son todos cazadores  
los que por el monte van:  
unos cazan las perdices,  
y otros las hijas de Adán.

A los carabineros  
no darles agua,  
porque con el bigote  
rompen la jarra.

Un usía en Granada  
murió de ahito,  
que se cenó en tres noches  
un huevo frito.

El avariento, amigo,  
es como el puerco,  
que á ninguno aprovecha  
hasta que es muerto.

Gasta la tabernera  
pendientes de oro,  
y el agua de la fuente  
lo paga todo.

Suspiraba una viudita  
con suspiritos muy tiernos,  
más por cariño del vivo  
que por lástima del muerto.

Más vale un jaleo pobre  
y unos pimientos asados,  
que no tener un usía  
*esaborio* á mi lado.

Médicos y cirujanos  
no van á misa mayor,  
porque los difuntos dicen:  
«Ese fué quien me mató.»

Un pájaro con cien plumas  
no se puede mantener,  
y un escribano con una  
mantiene casa y mujer.

— ¿Cuándo llega Narizotas?,  
le pregunté á la criada.  
— Las narices llegan hoy,  
el amo llega mañana.

Eres tonto de noche,  
tonto de día,  
tonto por la mañana  
y al mediodía:  
se me olvidaba  
que también eres tonto  
de madrugada.

Jugando á la pelota  
estaba un tuerto,  
y de un golpe le quitan  
el ojo bueno;  
y él muy conforme:  
«Tengan ustedes, dice,  
muy buenas noches.»

Aquel que inventó el coche  
fué hombre de gusto,  
porque un cuarto en la calle  
divierte mucho:  
yo lo aborrezco,  
pero es por falta de renta  
para tenerlo.

Lo que priva en este mundo  
es un pantalón de pana,  
un sombrero calañés  
y una capa jerezana.

Del año de la *nanita*  
bien te debes acordar,  
que costaban cuatro cuartos  
las dos libritas de pan.

La gorda va á ser mañana,  
mañana va á ser la gorda,  
que no tengo en el bolsillo  
dos cuartos para una rosca.

Los gitanos y gitanas,  
cuando estrenan un vestido,  
no se lo quitan del cuerpo  
hasta que lo ven *rompido*

Los gallegos en Galicia,  
cuando se van á casar,  
llevan la tripilla llena  
de mendrugillos de pan.

Me dijiste que era un gato  
lo que entró por tu ventana:  
en mi vida he visto gatos  
con bandolera de guardia.

Adiós, que me voy del mundo  
porque la muerte me llama:  
en el testamento deajo...  
que me entierren en tu cama.

Échale pan á tu perro,  
descolorida de cara;  
échale pan á tu perro,  
que siempre que paso ladra.

Cada vez que considero  
que me tengo que morir,  
tiendo una capa en el suelo  
y me hartó de dormir.

Cada vez que considero  
que tengo un amor ingrato,  
no sé como no me tiro...  
contra un colchón, y me mato.

Las cositas de este mundo  
muchos las toman á pecho;  
yo las tomo con la mano,  
y á la espalda me las echo.

A mí me llaman el tonto,  
el tonto de mi lugar;  
todos comen trabajando,  
yo como sin trabajar.

Las mozueltas no me quieren,  
ni yo á las viejas tampoco;  
iremos así pasando  
con esta vena de loco.

Las mujeres de hoy en día  
son lo mismo que palmitos;  
empezando á quitar hojas,  
sólo quedan desperdicios.

¿Dónde irá el buey que no are,  
y la yegua que no trille,  
y el caballo que no corra,  
y la mujer que no chille?

En casa de doña Justa  
ha entrado un hombre á deshora;  
si esto hace doña Justa,  
¿qué hará doña Pecadora?

¡A cuántas conozco yo  
que se tienen por santitas  
y suelen pegarle un chasco  
á las ánimas benditas!

De una costilla de Adán  
formó Dios á la mujer  
para dejar á los hombres  
ese hueso que roer.

El que quiera en este mundo  
estar de arañazos libre,  
no haga fiestas á los gatos  
ni á las mujeres se arrime.

Mi marido fué á las Indias  
por acrecer su caudal:  
trajo mucho qué decir,  
pero poco qué contar.

Eres más fea que el hambre,  
más negra que la morcilla;  
el día que tú naciste  
nació la sarna y la tiña.

Son tus brazos tan hermosos,  
que parecen dos morcillas  
de aquellas que están colgadas  
el invierno en las cocinas.

Levántate la basquiña,  
que te quiero ver el pie:  
zapatito á la cachucha,  
medias á la virulé.

¡Qué bonita que no eres!,  
¡qué gracia que no me haces!  
Por Dios te pido, mozueta,  
que por mi puerta no pases.

Tengo una novia, señores,  
que es una mujer cabal;  
tiene el hocico de perro  
y partidas de animal.

Señores, tengo una novia  
bonita, si Dios quisiera;  
blanca, si la blanquearan;  
vestida, si la vistieran.

¡Vaya que estoy aviado  
con las tres novias que tengo:  
una calva, otra pelona  
y la otra falta de pelo!

Por comer una manzana  
Adán su reino perdió:  
muchos, según fuera el árbol,  
perdieran por media dos.

¿Es posible, padre Adán,  
que siendo vuestra merced  
el primer hombre del mundo,  
le engañara una mujer?

¡A casaros, mozuelos!,  
no temáis tanto,  
que una vara en la plaza  
vale dos cuartos.

Peluqueros, modistas  
y mercaderes,  
son los tres elementos  
de las mujeres.

Cuatrocientas mujeres,  
quinientos loros,  
arman una algazara  
de los demonios.

Ya no tendrá la villa  
más barrenderos,  
porque en yendo de largo  
todas barremos.

Tanto vestido blanco,  
tanto sombrero,  
y en casa las agujas  
echando un sueño.

Tanto vestido blanco,  
tanta parola,  
y el puchero en la lumbre  
con agua sola.

Por un besito ni dos  
no echa penitencia el cura;  
pero en llegando á los tres,  
la penitencia es segura.

Si los besitos salieran  
como sale el perejil,  
más de una niña tuviera  
la cara como un jardín.

Hombre feo y sin dinero,  
enamorado y celoso,  
á esto llaman en mi tierra  
«la carabina de Ambrosio.»

Los cortejos y las viejas  
siguen una paridad,  
que en faltádoles el oro  
no valen ni la mitad.

A los árboles frutales  
se parecen los cortejos,  
que en cayéndose la hoja,  
son espantajos del huerto.

Por la mañana galbana,  
al mediodía calor,  
por la tarde los mosquitos:  
no quiero ser labrador.

— A mí me llaman Peneque:  
señor alcalde, ¿qué haré?  
— Vaya usted con Dios, Peneque,  
que yo lo remediaré.

A mí me llaman Calores  
y yo me muero de frío,  
y las mozuelas me dicen:  
«Calores, vamos al río.»

— Para no llegar á viejo,  
¿qué remedio me darás?  
— Métete á servir á un amo,  
y siempre mozo serás.

En medio de un olivar  
tengo un ochavo escondido:  
no se lo digas á nadie,  
mira que somos perdidos.

Caballito como el mío  
no lo tiene el rey de España,  
que para mover un pie  
necesita una semana.

Un navío, dos navíos,  
tres navíos por la mar;  
si hubiera cuatro navíos,  
hubiera un navío más.

Nadie trata á los tunos  
como las majas,  
que tan pronto los quieren  
como los plantan;  
y ellos á ellas,  
que tan pronto las toman  
como las dejan.

Si me quieren, soy firme;  
si no, mudable,  
porque al son que me tocan  
sigo yo el baile;  
vivo contento,  
y hallo en cualquiera parte  
divertimiento.

El que corteja y no sabe  
la cuerda que ha de tocar,  
por muy sacristán que sea,  
nunca llega á repicar.

Las mozelas son de oro,  
las casadas son de plata,  
las viudas son de cobre  
y las viejas de hojalata.

Una vieja vale un real  
y una muchacha dos cuartos,  
y yo, como soy tan pobre,  
me voy á lo más barato.

Una vieja muy revieja  
le estaba diciendo á otra:  
«Luego que yo me compongo,  
no me pongo muy malota.»

¡Mal haya del arrebol  
que venden en las boticas,  
que se quieren comparar  
las feas con las bonitas!

Las morenas hizo Dios  
y las blancas un platero,  
las coloradas un sastre,  
las negras un zapatero.

El demonio son los hombres,  
según dicen las mujeres:  
¡cuántas mujeres desean  
que el demonio se las lleve!

Por esta calle me voy  
y por otra doy la vuelta;  
la niña que me quisiere  
que tenga la puerta abierta.

Para no ser soldados  
muchos se casan,  
y es más cruel la guerra  
que luego pasan:  
y así hay casados  
que dieran una oreja  
por ser soldados.

Si de guerras no entiendes,  
vente á mi casa  
y encontrarás en ella  
dos mil batallas:  
nacidas todas  
de que uno quiere ajos  
y otro cebollas.

En el mundo se venden  
hasta los hombres,  
y siempre las mujeres  
con ellos corren;  
que son astutas  
y jamás las engañan  
en lo que ajustan.

En la regla primera  
dice Cupido  
que hay mujer que se agarra  
de un enlucido;  
y en la segunda,  
que mujer que se agarra  
no suelta nunca.

No te fíes de hombres  
con antiparras,  
que lo que no ven suplen  
con lo que palpan.

Yo lo he notado:  
todo corto de vista,  
largo de manos.

Las mujeres y el vino  
son semejantes:  
con el aire solano  
suelen picarse;  
aunque se hallan  
muchas que á todos aires  
están picadas.

Estoy buscando una vieja  
de catorce ó quince años,  
y aunque tenga diez y seis,  
que en piquillos no reparo.

Señora, yo soy un pobre,  
pobre, pero cariñoso:  
me parezco al espinazo,  
pelado, pero sabroso.

Señora, yo soy un pobre  
que no tengo qué comer:  
deme usted una limosna,  
que yo se lo pagaré.

Si yo tuviera dinero,  
te comprara un delantal,  
pero como no lo tengo...,  
no te lo puedo comprar.

Siempre vienes, vida mía,  
siempre vienes cuando cierno;  
si vinieras cuando amaso,  
te convidara á pan tierno.

Aunque seas guapa chica,  
blanca y rubia lo bastante,  
te convidaré al café  
á tomar el chocolate.

Ole con ole, con ole,  
ole de la nevería;  
échele usté á esa serrana  
de mi cuenta lo que pida.

El cencerro de la vaca  
de tu madre, que está en gloria,  
lo traigo *ponido* al cuello  
por tenerte en la memoria.

Si me das porque te dé,  
ya te entenderé la maña;  
tomaré lo que me des,  
y yo no te daré nada.

Salero resalado,  
no bebas agua de noria,  
que te pondrás amarillo  
y no te querrá la novia.

A un escolar pilongo  
de letras gordas,  
en lugar de la albarda  
le dan la toga.

A la puerta de un sastre  
todas son tiras,  
á las de un zapatero  
todas mentiras.

Llevan los zapateros  
en el cogote  
un letrado que dice:  
«¡Viva el cerote!»

Yo quiero á un zapatero  
y quiero á un sastre,  
para que uno me vista  
y otro me calce.

Quisiera y no quisiera,  
que son dos cosas;  
quisiera ser casada  
y estarme moza.

Contigo me dan vaya,  
dueño querido;  
contigo me dan vaya,  
¡vaya contigo!

Casamiento contigo  
tengo dispuesto:  
en casa no lo digo,  
que en casa miento.

Mal haya quien me casó  
con una mujer tan fea,  
que no la puedo llevar  
donde las gentes la vean.

Me casé con un sastre  
por no estar mala,  
y el aire de la aguja  
me resfriaba.

Por si acaso me caso  
con algún sastre,  
por un cuarto de agujas  
voy al instante.

De Santo Domingo vengo  
de cumplir una promesa:  
ahora, pues, que vengo santo,  
dame un abrazo, Teresa.

¡Si en tu aposento me viera  
contigo, y la llave echada,  
y el cerrajero muriera,  
y la llave se quebrara!..

Quisiera volverme aire  
y traspasar las paredes,  
y entrar en tu cuarto, niña,  
por ver el dormir que tienes.

¿Cuándo querrá Dios del cielo  
que la Pascua caiga en viernes,  
y la luna en tu tejado,  
y yo en el cuarto en que duermes?

Serrana, si yo te pillo  
en callejón sin salida,  
bien puedes decir á voces:  
¡«Me cayó la lotería!»

Haré una torre que llegue  
al cielo con su campana,  
y en medio colocaré  
al que me diere la gana.

A conejo te convido,  
mañana voy á cazar;  
si le tiro y no le mato,  
te vuelvo á desconvidar.

¿No hay quien me pegue un tirito,  
aunque sea de molletes,  
con los tacos de manteca  
y munición de aguardiente?

Hágame usted una escopeta:  
de longaniza el cañón,  
de pan blanco la baqueta,  
de vino la cazoleta  
y la caja de jamón.

Si la mar fuera de vino,  
y las montañas molletes,  
y la tierra fuera queso,  
¡qué tragos y qué zoquetes!

Si la mar fuera de leche  
y los navíos de azúcar,  
me embarcaría yo, madre,  
en el puerto de Sanlúcar.

Quando Juanillo se pone  
la camisa de la boda,  
se pone su cuerpecito  
más ancho que una amapola.

Traigo en la faltriguera  
la sal molida,  
por si acaso te encuentro  
desaborida.

Me casé con un enano  
por hartarme de reir:  
le puse la cama en alto  
y no se pudo subir.

Yo me casé con usted,  
por dormir en buena cama,  
y ahora salimos con que  
el colchón no tiene lana.

Yo me casé con usted  
y usted se casó conmigo,  
usted por tener mujer  
y yo por tener marido.

El que se casa veréis  
al principio muy gustoso:  
vosotros no lo entendéis,  
¡ay de mí, quién fuera mozo!

Cuando vayas á casa,  
ponte en lo obscuro,  
y le diré á mi madre  
que eres el burro.

Cuando sales á misa  
con saya verde,  
quisiera ser borrico  
para comerte.

Tienes una *boquirris*  
tan *chiquitirris*,  
que me la *comeriba*  
con *tomatirris*

Tienes una boquita  
como un anillo,  
que te cabe una rosca  
y un panecillo.

A tu puerta, pelona,  
perdí dos reales;  
pelona, repelona,  
tú no los vales.

Parecen tus orejas  
aventadores,  
y tu boca portillo  
de Embajadores.

La mujer del escribano  
lleva vestido de indiana:  
¡el demonio de la pluma  
cuánto dinero que gana!

Primero que suba al cielo  
el alma de un escribano,  
tintero, papel y pluma  
han de bailar el fandango.

Un escribano y un gato  
se cayeron en un pozo;  
como los dos eran gatos,  
se arañaban uno á otro.

En el cielo hay un racimo  
que es para los escribanos;  
como no sube ninguno  
no le falta ningún grano.

¿Habrá perro que se case  
para verse como yo,  
sin pretina en los calzones,  
ni cuello en el camisón?

En la ciudad de Tortosa  
se está muriendo un notario;  
los demonios del infierno  
de alegría van bailando.

El reloj y el escribano  
son de un mismo movimiento,  
que en faltándoles la cuerda,  
los dos se paran á un tiempo.

Un zapatero y un sastre  
y un oficial de barbero  
son tres personas distintas  
y ninguno verdadero.

Un zapatero y un sastre  
fueron al infierno juntos:  
el uno se fué por varas  
y el otro se fué por puntos.

Soy sastre y tengo conciencia  
y tengo temor á Dios;  
á nadie le quito nada,  
sino de tres varas dos.

— ¡Válgame Santo Tomé!,  
decía un sastre cortando;  
y el marchante le decía:  
— De aquí no, que hay poco paño.

Las tijeras de los sastres  
van diciendo: «Rapa, rapa;  
con este pedazo y otro  
tenemos para una capa.»

Cuatro vestidos tengo,  
tres no me vienen,  
porque están en el arca  
de quien los tiene.

A la mujer comparo  
con las sardinas,  
que, mientras más saladas,  
son más dañinas.

Al amor representan  
chiquirritito,  
porque se estila ahora  
querer poquito.

Unta, Juanillo, el eje,  
que chilla el carro:  
¡hasta el palo insensible  
quiere regalo!

Por eso muchas  
rechinan como el carro,  
si no las untan.

Parece el amor tuyo,  
niña, al espejo,  
que faltando el azogue  
no da reflejo;  
pues para amarme,  
es preciso no deje  
de platearte.

Gastas mucha parola,  
niño querido,  
cierra un poco la boca  
y abre el bolsillo:  
porque es de bobos  
pensar que con palabras  
se gana todo.

Pienso, cuando me pidas,  
darte consejos,  
pues ya me has apurado  
todo el dinero;  
y entonces juzgo  
que no vendrás á verme  
tan á menudo.

Más la quiero blanca y sosa  
que no morena y con gracia,  
porque antes de que anochezca  
está lo obscuro en la casa.

Como los gatos eres,  
si fiestas haces,  
pues preparas las uñas  
para arañarme.  
No seas gata,  
pues la bolsa me tienes  
bien arañada.

Una niña de este barrio  
trata con un practicante:  
si tira de las lancetas...,  
¡ten cuidado no se enfade!

Para monja no nací,  
que nací para casada:  
recorreré los oficios  
por ver si alguno me agrada.

Al sacristán lo aborrezco  
porque siempre anda de prisa,  
y enfadado puede darme  
con lo que tocan á misa.

Al tejedor lo aborrezco  
porque éste, aunque yo no quiera,  
puede urdirme alguna trama  
y echarme la lanzadera.

Si caso con carpintero,  
no me han de faltar astillas:  
tampoco me faltarán  
palos para mis costillas.

Un platero bien vestido  
viene, y sus galas me luce;  
pero veo que no es oro  
todo aquello que reluce.

Aunque sea millonario,  
no lo quiero mercader;  
porque así como me compra,  
también me puede vender.

Un confitero con dulces  
también me quiere engañar;  
mas no quiero sus dulzuras,  
porque pueden amargar.

Un cerero me desea  
cuando me ve tan bonita;  
mas no creo que por él  
mi corazón se derrita.

Un tintorero me ronda  
con mucho salero y garbo;  
pero yo no quiero oficio  
que vuelve lo negro blanco.

Un pastelero pretende  
que yo me case con él;  
mas si yo gusto le diera,  
¡sí que haría buen pastel!

Un sastre toma medidas  
para echarme la tijera;  
pero en no siendo en mi paño  
que corte por donde quiera.

Un cordelero quería  
que me casara con él,  
y si yo le diera gusto,  
bien merecía un cordel.

Zapatero no lo quiero,  
sastre no lo puedo ver;  
uno me da con la mano,  
otro me da con el pie.

Un jorobado me ronda  
las tapias de mi corral:  
¡sí pensará el jorobado  
que á mí me ha de jorobar?

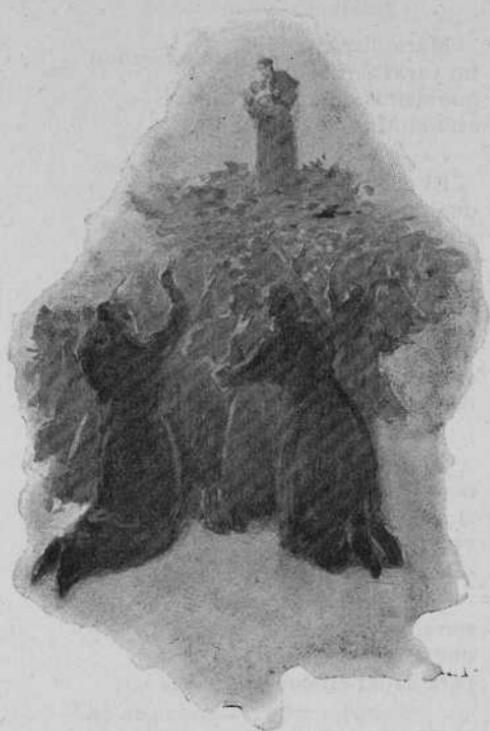
No me caso con herrero,  
que bien puede suceder  
tirarme un día el martillo  
y hacerme coja de un pie.

Que no nací para monja  
al principio declaré;  
pero ya desengañada,  
monja por fuerza he de ser.

Ofrecióme naranjas  
un currutaco;  
yo no quise naranjas  
de tal naranjo;  
pues es seguro  
que conforme es el árbol  
así da el fruto.

Un morenito, niña,  
me dió un recado  
para que te dijera...,  
se me ha olvidado.  
¡Ay!, «que me muero  
por una que se llama...»  
ya no me acuerdo.

Un estudiante quiere  
que yo le adore;  
él es *plusquam* tunante,  
yo *plusquam* pobre;  
mas sé de cierto  
que será en adorarme  
*plusquam* perfecto.



Todas las feas del mundo  
se juntaron una tarde  
á pedirle á San Antonio  
que las bonitas se acaben.

Vamos corriendo al río,  
que se hace tarde,  
á lavar la ropilla  
de mi estudiante;  
porque me agrada  
el tenerle tan blanco  
como su cara.

Permita Dios castigarme  
con un plato de perdices,  
una botella de vino  
y una muchacha de á quince.

Si yo fuera cazador  
y tuviera una escopeta,  
cazaría una perdiz  
de las que gastan peineta.

Marujilla, Marujilla,  
no vayas por agua al río,  
que detrás de aquella piedra  
está el Marujo escondido.

El médico me ha mandado  
una muchacha de á treinta,  
y yo quiero dos de á quince,  
que me sale mejor cuenta.

Tengo yo un caballo bayo  
que se muere por las yeguas,  
y yo, como soy su amo,  
me muero por las mozelas.

En teniendo tantos años  
como palos una silla,  
si no te quiere tu madre,  
vente conmigo, chiquilla.

Vente conmigo, serrana;  
serrana, vente conmigo;  
que no ha de faltarte nada  
para andar en cueros vivos.

El primer amor que tenga  
ha de ser un andaluz;  
ya que no tenga dinero,  
tenga la sal de Jesús.

Yo no sé cavar ni arar,  
ni tampoco coger hierba;  
la que se case conmigo,  
¡qué buena prenda se lleva!

Tuno es aquel que anda  
con las mujeres;  
tuno es aquel que anda,  
que tú no eres.

A la sombra de un árbol  
se sientan muchos,  
unos toman la sombra  
y otros el fruto.

Unos cogen los mimbres,  
otros los pelan,  
otros hacen los cestos  
y otros los llevan.

Mi padre me pega palos  
porque le pido marido;  
vengan palos y más palos,  
y déme lo que le pido.

Mi padre me pega palos  
porque quiero á un albañil,  
y al son de los palos digo:  
«¡Cuándo le veré venir!»

No quiero querer á nadie,  
ni que me quieran á mí;  
quiero andar entre las flores,  
hoy aquí, mañana allí.

El amor y la cotilla,  
todo lo he dejado á un tiempo;  
porque no quiero apretones  
en el alma ni en el cuerpo.

Yo conocí á un don José,  
que era un hombre muy cabal,  
y se metió en el querer,  
y murió en un hospital.

A un viejo quiero y á un mozo,  
aunque con distinta ley;  
quiero al mozo por su cara  
y al viejo por la del rey.

La que se casa con viejo  
tiene penitencia entera:  
de día cruz y calvario,  
y de noche calavera.

Una niña me engañó  
porque me encontró sencillo:  
¿cuándo volverá la niña  
á tener chanzas conmigo?

Como las cañas huecas  
son las mujeres,  
que se llenan de aire  
cuando las quieren.

A tu puerta hemos llegado  
cuatrocientos en cuadrilla:  
si quieres que te cantemos,  
saca cuatrocientas sillas.

A tu puerta estamos cuatro,  
todos rendidos de sueño;  
baja, niña, tus enaguas,  
por no dormir en el suelo.

A tu puerta hemos llegado  
cuatrocientos muertos de hambre:  
si quieres que te cantemos,  
saca cuatrocientos panes.

No canto porque me escuchen,  
ni tampoco porque sé;  
canto porque me da gana  
y por fastidiar á usted.

En la calle en que vives,  
¡maldita sea!,  
viven cuatro muchachas  
á cual más fea.

¡Válgame Dios, qué dicha  
si yo la logro!  
¡Una mujer que apenas  
me llega al hombro!

Me llaman resalada  
porque me traje  
la sal de tu salero  
para un potaje.

Las uvas de tu parra  
dicen: «¡comedme!,»  
y los pámpanos dicen:  
«¡que el guarda viene!»

Camino de Cazorla  
va una zagala;  
ella va por Cazorla,  
yo por cazarla.

Caracoles con cuernos  
son mi comida,  
que una caracolera  
me dió la vida.

Amor antiguamente  
fué trato honesto,  
y ahora de tanto trato  
se ha hecho comercio;  
y como en feria,  
quien da más por la alhaja,  
aquel la lleva.

Pasea la calle, mozo,  
que tú te la llevarás...  
la montera en la cabeza,  
si te la dejan llevar.

Dicen que ya no me quieres,  
porque no tengo qué dar;  
en mi casa tengo un *chavo*  
metido en un mechinal.

Cuando yo te festejaba,  
te peinabas á menudo;  
y ahora que no te veo,  
pareces perro lanudo.

¿Te acuerdas, María Medina,  
la noche del velatorio,  
que te quedaste dormida  
y te quitaron el novio?

Por mucho que usted me quiera,  
no se acerque usted á mi cama;  
que soy como Cartagena,  
que toda está amurallada.

Por una triste peineta  
que me diste para el pelo,  
me quieres tener sujeta  
como anillito en el dedo.

La vergüenza me ha dicho  
que está enojada  
porque pocos la quieren  
tener en casa;  
pues hay mujeres  
que en el día la miran  
como á la peste.

La cinta que te *truji*,  
si yo lo *juera supio*,  
en esa *entlina* cintura  
no te la *jueras ponio*.

El amor es un juego  
de treinta y una,  
según los plantos que hacen  
muchos y muchas;  
y si hay mal juego,  
tan sólo barajando  
se pasa el tiempo.

Como aquel refrán que dice:  
«Pierde el pan y pierde el perro,»  
lo mismo me pasa á mí  
con una novia que tengo.

El amor de esta muchacha  
no lo puedo comprender:  
unas veces no me quiere  
y otras no me puede ver.

Antes de anoche caí  
en la puerta de mi novia,  
y ella dijo desde adentro:  
«¡Si fuera el Tajo de Ronda!»

En Cádiz tengo mi Pepa  
y en Sevilla mi tía Antonia,  
y en el barrio de Triana  
tengo y retengo mi novia.

Yo tengo un novio cadete  
y otro tengo capitán,  
otro que ronda mi puerta  
y otro que á mi casa va.

A mí me ha salido un novio  
vestido de terciopelo;  
olla grande y carne poca,  
fachenda y poco dinero.

Tienes la cara de plana,  
la nariz de berenjena,  
el andar de burra enana  
y el cuerpo de una colmena.

Yo quise hacer buñuelos  
por mi deleite,  
y me faltó la harina,  
leña y aceite.

Como tú no me faltes,  
pan de mi alforja,  
como tú no me faltes,  
todo me sobra.

Cuando sale la aurora,  
sale llorando:  
¡pobrecita, qué noche  
habrá pasado!

Yo soy una muchacha  
tan bien mandada,  
que de cuanto me dicen  
nunca hago nada.

Yo no voy á la iglesia  
porque estoy cojo,  
me voy á la taberna  
poquito á poco.

De las Pepas y Paulas  
soy el diezmero,  
y de las Isabeles  
alcabalero.

Para cuando me case  
ya tengo dote,  
que me lo dió mi padre  
con un garrote.

Para cuando me case  
ya tengo un gato,  
ya no tiene mi padre  
que darme tanto.

Si me caso contigo,  
me da mi madre  
un olivar que tiene  
puesto en el aire.

Si quieres que te quiera:  
me lo has de pagar,  
por cada cariñito  
me has de dar un real.

Por una prima tuya  
te quiero tanto:  
siempre por la peana  
se besa el santo.

Si quieres que yo te quiera,  
ha de ser con condición  
que lo tuyo ha de ser mío  
y lo mío tuyo no.

Si quieres que yo te quiera,  
te has de peinar de rodete,  
con el pelito á la *Fuoco*,  
¡y entonces verás quererte!

Si quieres que yo te quiera,  
ha de ser con un ajuste:  
que yo he de hablar á quien quiera,  
y tú á quien yo quiera y guste.

Un ciego estaba mirando  
cómo se quema una casa,  
un mudo llamaba gente  
y un cojo llevaba el agua.

En la puerta de un baile  
todos son guapos;  
en llegando una quinta,  
cojos y mancos.

Cuando mi maja se pone  
la mantilla de franela,  
va diciendo por la calle:  
«Este cuerpo pide guerra.»

Majo, si vienes á verme,  
átate las alpargatas,  
porque tengo una vecina  
que á todo le pone faltas.

Pasear mucho tu calle,  
mirar y guiñar el ojo,  
entrar y salir la moza...,  
¡muy bien anda este negocio!

Esto de pelar la pava  
tiene mucho que entender:  
unos la pelan sentados  
y otros la pelan de pie.

¿Te acuerdas cuando te dí  
la mano por la gatera,  
y tu madre, que lo supo,  
de rabia mató la perra?

Tú me dijiste que sí  
y tu madre no *quisió*;  
el demonio de la vieja  
*toitico lo escompusió*.

Yo te quisiera querer  
y tu madre no me deja:  
¡en todo se ha de meter  
el demonio de la vieja!

Lo que á mí me sucede,  
sucede á algunos,  
que les gustan las unas  
más que los unos;  
y sé de algunas  
á quien gustan los unos  
más que las unas.

Cuando veo una hermosa,  
al punto digo:  
«A tu prójimo ama  
como á ti mismo;»  
pero si es fea,  
digo: «Jamás codicies  
mujer ajena.»

Es lo peor de un pleito  
los abogados,  
que aun perdiendo, ellos ganan  
lo que han robado:  
y al que le gana  
le dejan con justicia,  
pero sin blanca.

Hurta, por si te prenden,  
cantidad larga,  
porque empieza el verdugo  
si el hurto acaba;  
y aunque te juzguen,  
vivirás aquel tiempo  
que el hurto dure.

Si conforme cantas, hilas,  
¡adiós, libreta de estopa!,  
la madre de esta muchacha  
estará con ella loca.

Convida siempre á misa,  
da buen consejo  
y presta tu bolsillo  
para el dinero:  
sigue esta regla,  
que aunque das mucho bueno,  
pobre no quedas.

Algún día Marcela  
quiso ser monja,  
su zapato era llano,  
larga su ropa;  
muda la escena,  
y ahora sufrir no puede  
las estameñas.

He dado yo en reirme  
de todo el mundo,  
y tengo risa para  
si hubiera muchos:  
que es tontería  
el estarse llorando  
toda la vida.

La música fué siempre  
grande remedio  
para alegrar los sanos  
y aun los enfermos:  
vamos cantando  
para aliviar enfermos  
y alegrar sanos.

Me dices que se ha muerto  
la burra torda:  
¡ay, pollina del alma!  
¿quién no te llora?  
¡Habiendo tantas,  
en ti puso los ojos  
la fiera Parca!

Cuando me dice mi madre  
que vaya y cierre la puerta,  
le doy vueltas á la llave,  
y siempre la dejo abierta.

Entra tú, que estoy solita,  
que mi madre ya vendrá;  
y si no viniera pronto,  
tú á mí no me comerás.

Agua menudita llueve  
y ya corren las canales:  
ábreme la puerta, cielo,  
que soy aquel que tú sabes.

¡Qué buena noche que hace  
para ir á la alameda!  
tápame con tu capote,  
que mi mantilla blanquea.

Así que me dé la mina,  
te he de comprar un refajo  
y unas *naguas* blancas finas,  
que te asomen por debajo.

Ladran muchos perrillos,  
viéndome ausente,  
que desde cerca saben  
que tengo dientes;  
y de estos hombres  
tengo muchos tragados  
á mordiscones.

Al paso de los bueyes  
van los gañanes,  
al paso de los curas  
los sacristanes;  
y esto es tan cierto  
como el Avemaría  
y el Padrenuestro.

De la mar son los peces,  
del cielo estrellas,  
y los más animales  
son de la tierra.

Y esto es tan cierto  
como que el sol alumbra  
con sus reflejos.

A pesar de sus lenguas,  
son las mujeres  
el animal más bello  
que el mundo tiene;  
si acaso es fácil  
exceder á los hombres  
en lo animales.

Si usted me quisiera dar  
lo que le voy á pedir...  
Ya se ve..., usted no querrá...,  
pero vamos al decir.

¡Quién fuera gato montés  
y por tu ventana entrara!  
A ti te hiciera *miau, miau,*  
y á tu madre la arañara.

No quisiera más ventura,  
ni más gloria merecer,  
que de tu boca á la mía  
no cupiera un alfiler.

Tú eres palomita blanca  
y yo palomito azul;  
juntaremos los piquitos  
y haremos *cucurrucú.*

Mariquita, dame un beso,  
que me voy á confesar;  
y si el cura me regaña,  
yo te lo volveré á dar.

— Mariquita, dame un beso,  
que tu madre lo mandó.  
— Mi madre manda en lo suyo,  
que en lo mío mando yo.

Mariquita, tu rodete  
un fraile se lo encontró;  
pensando que era un rosquete,  
en la manga se lo echó.

De *Enhoramala* vayas  
vivo en la calle,  
y en la esquina *Aunque rabies*  
vive mi jaque;  
y así bien puedes  
mudarte á la del *Cuerno*  
cuando quisieres.

Un señor de levita  
se me ha perdido;  
lo puse en el diario,  
no ha parecido.  
¡Lástima fuera  
que un señor de levita  
no pareciera!

Permita Dios que diluvie  
como en tiempo de Noé,  
y que se lleve á mi suegra,  
mi cuñada y mi mujer.

Por mi puerta pasaste  
y *estornudiste:*  
sola estaba yo entonces,  
¿por qué no *entraste?*  
No me *arrempijes,*  
que si me he *equivocado,*  
ya así lo dije.

— Mi suegra me quiere dar  
una cruz para un rosario,  
y tengo yo con su hija  
peana, cruz y calvario.

— Si quieres que yo te quiera,  
dame huevos con tocino,  
y buenas pesetas blancas,  
y muchos tragos de vino.

— Las mujeres de ahora  
son como libros,  
que por nuevos se compran,  
y están leídos;  
y muchos de ellos,  
estando remendados,  
pasan por nuevos.

— El llanto de mujeres  
es una alhaja,  
para usarla la tienen  
como en un arca;  
abren, y lloran;  
la cierran, y se rien  
cuando acomoda.

— Mujer discreta y fea  
sólo es sin duda  
buena para tratarla  
cuando está á obscuras;  
no se ve el mueble,  
y amor por el oído  
bien entrar puede.

— «La vista recogida  
mucho penetra:»  
esto dijo una niña  
porque era tuerta.

— ¡Mire usted con la gracia  
que mira un tuerto,  
con un ojo cerrado  
y el otro abierto.

Lazos en una fea  
hacen lo mismo  
que un arca de reliquias  
sobre un borrico;  
como le miran,  
piensa el burro que le hacen  
la cortesía.

Tú estarás en tu camilla,  
abrigadilla y caliente:  
yo ando por las esquinitas  
pegando diente con diente.

Asómate á la ventana,  
ojos de caracolera;  
si me quieres á mí solo,  
te daré media peseta.

Asómate á esa ventana,  
cara de medio candil,  
narices de chimenea  
y cuerpo de tamboril.

Asómate á esa ventana,  
cara de sardina frita,  
que cada vez que te veo  
se me revuelven las tripas.

Asómate á esa ventana,  
cara de cuerno quemado,  
y verás á tu querido  
de penillas traspasado.

Asómate á esa ventana,  
cara de morcilla frita,  
que puedes darles un susto  
á las ánimas benditas.

Asómate á esa ventana,  
cara de sucio candil,  
orejas de mulo romo,  
cabeza de tamboril.

Asómate á esa ventana,  
retrato de la herejía:  
el que madrugó por verte,  
¡qué poco sueño tendría!

Asómate á esa ventana,  
cara de pastel podrido;  
que después que estás borracha,  
dices que te amarga el vino.

Asómate á esa vergüenza  
cara de poca ventana,  
y dame un poco de sed,  
que vengo muerto de agua.

Un borracho se murió  
y dejó en su testamento  
que lo enterraran en viña  
para chupar los sarmientos.

Madre mía, si me muero,  
enterradme en la bodega;  
abridme la sepultura  
al pie de la cuba nueva.

El día más ingrato  
de las mujeres  
es aquel que al espejo  
canas advierten;  
porque quisieran,  
estando ya en invierno,  
ser primavera.

Pobre y honrada quiero  
para casarme,  
porque á ricas y alegres  
no hay quien aguante:  
que busquen bobos,  
porque yo estoy cansado  
de domar potros.

En mujer y en caballo  
no fíes, Roque,  
que al mejor tiempo pegan  
un par de coces;  
y es un ganado  
que al que mejor lo trata  
da peor pago.

Venden fruta en la plaza  
muchas mujeres,  
y no sólo es la fruta  
lo que ellas venden  
pues con su broma  
suelen vender, si pueden,  
al que la compra.

Dicen que el apio es caliente,  
y el rábano y el pepino,  
y yo digo que es mentira,  
que más caliente es el vino.

—  
Me convidas á correr  
porque tengo los pies malos;  
convídamme á beber vino,  
que tengo el gznate sano.

—  
El aguardiente me gusta,  
y el vino también lo bebo;  
pero en llegando al rosoli,  
¡salero, por ti me muelo!

—  
Esta noche me ha tocado  
de salirme á divertir,  
pero mañana á la noche  
me recojo al buen vivir.

—  
Cualquiera que se fía  
de las mujeres,  
es muy tonto, ó muy loco,  
ó mal se quiere;  
porque ya todas,  
al que de ellas se fía  
mandan y mondan.

—  
La mujer que más sabe,  
sabe en su casa  
governar algún cofre  
de ropa blanca;  
y si está lleno,  
dará razón escasa  
de lo que hay dentro.

—  
La guerra ya sabemos  
que es un azote,  
que destruye ciudades,  
bienes y hombres;  
mas las mujeres,  
que los hombres se acaben  
es lo que sienten.

—  
La viuda hermosa es rosa  
que á todas gana,  
porque no tiene espinas,  
ni tiene guarda;  
y á quien la obsequia  
agradece el alivio  
de sus tristezas.

Se parecen las liebres  
á las muchachas  
en que las corren unos  
y otros las cazan;  
aunque hoy sucede  
correr los cazadores  
más que las liebres.

—  
Muchas veces, siguiendo  
la liebre un galgo,  
otro llega y la coge  
por el atajo:  
calla y no ladres,  
para que no te sigan  
á los alcances.

—  
Hay gatos que callando  
comen pichones,  
y otros hay que mayando  
no ven ratones:  
y de esto saco  
que son los que no mayan  
mejores gatos.

—  
Un cazador se queja  
diciendo á voces:  
«Quien á dos liebres sigue  
ninguna coge;»  
y es cosa rara  
que unos siguen la liebre  
y otros la agarran.

—  
Mañana me voy á Cádiz  
con intención de volver  
cuando se muera mi suegra  
y entierren á mi mujer.

—  
El día que yo me case,  
tengo que alquilar un coche  
para llevar á mi suegra  
desde la iglesia al garrote.

—  
Mi suegra me quiere mucho  
porque le guardo la viña:  
¡no sabe la pobre vieja  
por dónde va la vendimia!

—  
Mi suegra me quiere mucho  
porque le guardo el tejado:  
¡no sabe la pobre vieja  
las tejas que le he quebrado!

Casimiro á su dama  
dijo afligido:  
«Todos te están mirando,  
yo casi miro.»

Al amanecer, por seda  
mandó á su mujer un sastre,  
y no la halló del color  
hasta las tres de la tarde.

Para alivio de mis penas  
me dió Dios una tontona;  
cuando la pego, se ríe;  
cuando la acaricio, llora.

Los enemigos del alma  
todos dicen que son tres,  
y yo digo que son cuatro,  
porque cuento á mi mujer.

Una vez que me prestó  
mi vecina las tenazas,  
quiere que le dé yo ahora  
todo lo que tengo en casa.

En toda mi vida he visto  
justillo de mejor tela  
que aquel que te están cortando  
en el corrillo, Manuela.

Las vecinas de mi calle  
todas se juntan en corro  
y me cortan un vestido:  
¡ese dinero me ahorro!

Ya vienen, vienen los rusos  
por las ventas de Alcorcón,  
y los rusos que venían  
eran cargas de carbón.

Si quieres que te lo diga,  
ven acá y te lo diré:  
tu padre y tu madre fueron...  
un hombre y una mujer.

Te han dicho que he dicho un dicho,  
dicho que no he dicho yo,  
que si yo lo hubiera dicho,  
no hubiera dicho que no.

El sereno de mi calle  
es un pícaro embustero,  
que dice que está nublado,  
y ha amanecido lloviendo.

El animal más fiero  
es el marido,  
pero algunas le temen  
menos que á un niño;  
pues los hay tales  
que de ser hombres pierden  
los memoriales.

Si el casarse fuera un día,  
una semanita ó dos...  
¡Pero por toda la vida,  
eso nunca lo haré yo!

Un fraile fué á un peluquero  
á que le hiciera los rizos,  
y tenía la cabeza  
como un melón invernizo.

Un fraile comió chanfaina  
y luego bebió agua fría,  
y toda la noche anduvo:  
«¡Barriga del alma mía!»

Yo fuí á visitarte  
la otra mañana,  
pregunté á los criados  
con quién estabas;  
dijeron todos:  
«Unas veces con uno,  
y otras con otro.»

En la real oficina  
de tu cariño  
hay varios pretendientes  
entretenidos;  
pero te advierto  
que estos entretenidos  
buscan su ascenso.

La carrera que llevas  
es agitada,  
y aquel que mucho corre,  
muy presto para;  
vete despacio,  
porque estás ya muy cerca  
del desengaño.

Aunque usted diga, niña,  
que es de alta esfera,  
también para las torres  
hay escalera;  
y no hay mozuelo  
que no suba en las fiestas  
y toque á vuelo.

Dame de tu parra un higo  
y un racimo de tu higuera,  
de tu peral una rosa  
y del rosal una pera.

Cuando baja el empacho  
y el amor sube,  
se acaban los ustedes  
y entran los *túes*;  
pero en riñendo,  
vuelven como al principio  
los cumplimientos.

Yo comparo á los hombres  
con las abejas,  
que siempre van buscando  
flores diversas;  
y aunque de paso,  
todas las flores llevan  
su picotazo.

Anteanoche y anoche  
y esta mañana,  
antes de levantarme,  
estaba en cama;  
eso sería  
que antes de levantarme  
me acostaría.

Parece tu cuerpo un saco,  
tu cintura una talega,  
tu pecho dos celemines,  
tu boca una cebadera.

Desde que te vi el cogote  
más negro que una zalea,  
no me asusto de la noche  
por más obscura que sea.

Hoy dudo, al verte con tantos  
fleclos, cintajos y moños,  
si eres mujer, ó eres mula  
de las que sacan los toros.

Tienes el andar de pava  
y los ojillos modestos;  
estas que callan y apañan,  
se la pegan al más diestro.

El cuco y la cogujada  
cantan en el mes de mayo,  
y tú, cara de lechuza,  
no puedes cantar hogaño.

Un cojo cojeando  
cogía coles,  
y otro cojo decía:  
«Cojo, ¿qué coges?»

Si quieres que las damas  
tras de ti anden,  
cuando vayan andando  
ponte delante.

Cinco cuerdas componen  
una vihuela,  
y ¡já cuántos descompone  
sólo una cuerda!

¡Ay, quién viera á mi suegra  
en una sima,  
con aulagas debajo,  
piedras encima!

Un hombre tropezó en Cádiz  
y en Sevilla se cayó;  
fue rodando hasta Madrid,  
y en Francia se levantó,

Soy maestro examinado  
de las cucharas de pan:  
tengo el oficio parado  
por falta de material.

Yo no tengo ningún vicio,  
sino que fumo tabaco,  
suelo jugar un rentoy  
y alguna vez me emborracho.

Dice el sabio Salomón  
que el que engaña una mujer  
no tiene perdón de Dios...  
si no la engaña otra vez.

Según dice quien lo sabe,  
todas las mujeres son  
amigas de los *tomates*,  
mas de los *dátiles* no.

Nadie tenga su viña  
junto al camino,  
porque todo el que pasa  
corta un racimo;  
y entre unos y otros  
se la van vendimiando  
sin saber cómo.

Prendóse de un violinista  
Mariquita Concepción,  
que ya que no tiene espejo,  
quiere tener tocador.

Parece que no hay hombres  
en este mundo,  
según lo que te afanas  
por hallar uno;  
cuando lo encuentres,  
tal vez haberlo hallado  
pesarte puede.

Pide, niña, á tu madre  
los andadores,  
que, aunque quince ya tienes,  
das tropezones;  
y si andas suelta,  
puedes bien relajarte  
cuando tropiezas.

Conozco muchos sastres  
de gran tijera,  
pero como la tuya  
nadie la encuentra;  
pues corta tanto,  
que tela ya no hallas  
para los sayos.

Son como los mosquitos  
tus amores, Juan,  
que pican, hacen roncha,  
cantan y se van.

Al saltar el arroyo  
te vi los bajos,  
yo pensé que eran flecos  
y eran pingajos.

Chata, no tienes narices  
porque Dios no te las dió;  
á Roma se va por todo,  
pero por narices, no.

Dices que tienes buen pelo  
y te haces buen rodete,  
y yo digo que son trapos,  
que son trapos que te metes.

Anteanoche mi suegro  
tiró un zapato;  
mi suegra, que lo supo,  
tiró los cuatro.

Este mundo es una bola  
y el que se muere es un tonto,  
y el que se llega á morir  
deja el mundo para otro.

Yo he visto á un gato segar,  
y á un ratón coger espigas,  
y á una gallina trillar...,  
no lo creas, que es mentira.

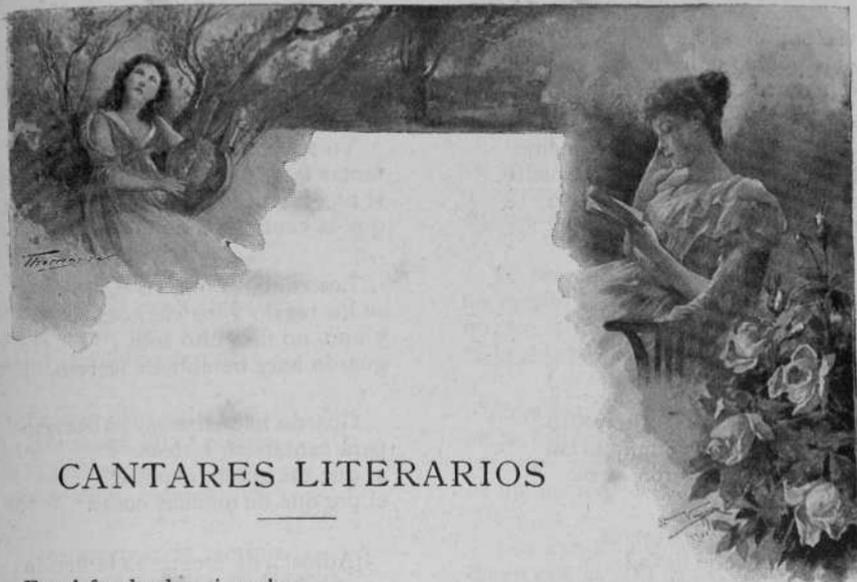
En Ronda perdí un zapato,  
en Lebrija lo encontré,  
en la Puebla me lo puse  
y en Sevilla me lo até.

Al año de casado  
tuve tres penas:  
hambre, poco dinero,  
dolor de muelas.

Cuatro frailes Franciscos,  
cuatro del Carmen,  
cuatro de la Victoria...,  
son doce frailes.

Me dijiste que era ganso,  
ven á cortarme una pluma,  
que las plumas de los gansos  
son abanicos de algunas.

A la mar madera  
y á la tierra huesos;  
y para los hombres mujeres barbianas  
y vinito recio.



## CANTARES LITERARIOS

---

En el fondo de mi pecho  
tengo penas, y muy grandes;  
unas las saben los hombres,  
otras sólo Dios las sabe.

ANTONIO DE TRUEBA

---

Por una mirada un mundo,  
por una sonrisa un cielo,  
por un beso... ¡yo no sé  
qué te diera por un beso!

GUSTAVO BÉCQUER

---

El agua menuda  
es la que hace barro,  
que el agua recia no deja señales  
por donde ha pasado.

Silencio, que duerme  
mi madre la siesta;  
la pobrecita no duerme de noche  
para que yo duerma.

Quando pasé por tu casa:  
«¿Quién vive?» al verme gritaste,  
sólo con la mala idea  
de si aún vivía matarme.

Quando se llama á una puerta  
y ninguna voz responde,  
es señal de que en la casa  
son muy ricos ó muy pobres.

Entre un rosal y una zarza  
nació una flor amarilla  
con tantas y tantas penas  
que se murió el mismo día.

No os extrañe, compañeros,  
que siempre cante mis penas,  
porque el mundo me ha enseñado  
que las mías son las vuestras.

Hace ya muy largos años  
que en todas partes te veo,  
pero no tal como eres,  
sino según mi deseo.

Di á tu madre que sin falta  
me venga á hablar esta noche,  
que le quiero una por una  
contar tus malas acciones.

Pobre me acosté y en sueños  
vi lleno de oro mi cuarto;  
más pobre me levanté  
que antes de haberme acostado.

¿Cómo quieres que yo quemé  
las prendas que me has devuelto,  
si el corazón me lo has dado  
tú misma cenizas hecho?

Le dijo bajo al oído,  
mientras sacaba el puñal:  
«Ya que me dejaste solo,  
quiero que sea verdad.»

De tu huertecillo hermoso  
las flores que más me gustan  
son las que cogieron otros.

Adiós, marineros,  
buen viaje llevad;  
aquí me quedo solita y con penas  
grandes como el mar.

Yo me marché al campo santo  
y á voces llamé á los muertos,  
y para castigo mío,  
los vivos me respondieron.

Los mundos que me rodean  
son los que menos me extrañan;  
el que me tiene asombrado  
es el mundo de mi alma.

Morid contentos vosotros  
que tenéis por compañeras  
dos madres que os acarician,  
la Humildad y la Pobreza.

Me han dicho que hay una flor,  
de todas la más humilde,  
flor que quisiera yo darte,  
flor llamada «no me olvidés.»

Las pestañas de tus ojos  
son más negras que la mora,  
y entre pestaña y pestaña  
una estrellita se asoma.

Por Dios, mujer, no te escondas  
ni te pongas colorada;  
lo que acabo de decirte  
es lo que todos te callan,

Yo no podría sufrir  
tantas fatigas y penas,  
si no tuviera presente  
que la causa ha sido ella.

Los cantares que yo canto  
se los regalo á los vientos,  
y uno, no más uno solo  
guardo hace tiempo en secreto.

Guardo hace tiempo en secreto  
para cantárselo á solas  
al que me quiera explicar  
el por qué de muchas cosas.

¡Adiós!., de muerte es la herida  
que abriste en el pecho mío;  
el puñal hiere mejor  
cuanto más brillante y fino.

Dicen que hablo mal de ti,  
y esta noticia no es cierta:  
si quiero, puedo hablar mal,  
mas no lo hago por pereza.

Me quieres echar del mundo,  
lo cual no me importa nada,  
porque me da el corazón  
que este mundo no es mi casa.

A la luz de las estrellas  
yo te vi, cara de cielo;  
por eso cuando te miro  
de las estrellas me acuerdo.

Que te compren, no me extraña;  
que te vendas..., ¡eso sí!,  
y lo que menos comprendo  
es que no te extrañe á ti.

¡No me quieres dar un beso,  
y me das el corazón  
como si valiera menos!

Eres de lo ajeno avara  
y pródiga de lo tuyo,  
cosas que no se comprenden  
porque son cosas del mundo.

Guárdate del agua mansa  
y guárdate de los hombres  
que, sin conocerse á sí,  
á todo el mundo conocen.

Caminando hacia la muerte  
me encontré con tu querer,  
y por morir más á gusto  
seguí el camino con él.

Lo que tuve ya se fué,  
lo que tengo está perdido;  
si lo que espero no llega,  
¡pobre de ti, cuerpo mío!

Dos amantes se juraron  
guardar por siempre un secreto,  
y por guardarlo mejor,  
dicen que ambos se murieron.

Hay víboras en la tierra,  
manchas negras en el sol,  
centellas hay en el cielo  
y envidia en el corazón.

La muerte ya no me espanta;  
tendría más que temer  
si en el cielo me dijeran:  
«has de volver á nacer.»

No hagas daño, compañero,  
á los que daño te hicieren,  
porque aquel que á hierro mata  
casi siempre á hierro muere.

Las estrellas que en el cielo  
brillan con gran claridad,  
¡cuántas noches de fatigas  
las he querido contar!

Las he querido contar  
sin llegarlo á conseguir,  
que tengo los ojos malos  
de llorar y de reir.

De llorar cuando me acuerdo  
que Dios de mí te apartó;  
de reir al acordarme  
que pronto iré junto á Dios.

Yo no sé lo que yo tengo,  
no sé lo que me hace falta,  
que siempre busco una cosa  
que no sé cómo se llama.

Yo propio juez de mi causa,  
he venido á sentenciar  
que yo la muerte merezco,  
tú la muerte... y algo más.

Eres muy niña y ya clavas  
en tu pañuelo alfileres:  
ya dejan ver desde niñas  
su inclinación las mujeres.

Los que la cuentan por años  
dicen que la vida es corta:  
á mí me parece larga  
porque la cuento por horas.

Dos males hay en el mundo,  
que es necesario vencer:  
el amor de uno á sí mismo  
y el rencor de una mujer.

Al darme la muerte, ingrata,  
á ti misma te castigas;  
pues tu castigo mayor  
es quedarte con dos vidas.

Pasé por un bosque y dije:  
«Aquí está la soledad,»  
y el eco me respondió  
con voz muy ronca: «aquí está.»

Y me respondió: «aquí está,»  
y sentí como un temblor  
al ver que la voz salía  
de mi propio corazón.

Las fatigas que se cantan  
son las fatigas más grandes,  
porque se cantan llorando  
y las lágrimas no salen.

Al ver de tu sepultura  
las siemprevivas tan frescas,  
me acuerdo, madre del alma,  
que estás para siempre muerta.

Si mis ojos no te dicen  
todo lo que el pecho siente,  
no es porque se estén callados,  
es porque no los comprendes.

Puedes hacer lo que quieras,  
que á nada me opongo yo;  
pero comprar mi dinero  
con tu querer..., ¡eso no!

Al verme triste á tu lado,  
no me preguntes qué tengo,  
tendría que responderte  
y yo acusarte no quiero.

He averiguado, aunque tarde,  
que yo mismo voy echando  
leña al fuego de mis males.

Hasta mis ojos se acuerdan:  
por eso, aunque estén cerrados,  
te ven, causa de mis penas.

Tanto me lloraste anoche,  
que no sé lo que me pasa;  
creo que se me han subido  
á la cabeza tus lágrimas.

Las golondrinas ya vuelven,  
y se irán y volverán,  
y tú la misma de siempre.

¿Qué quieres que yo te diga,  
si al pensar en que eres de otro,  
recuerdo que has sido mía?

Di, mujer, ¿qué estás haciendo?  
¿No te ha dado Dios razón  
para ver que, si me engañas,  
nos engañamos los dos?

No vayas tan á menudo  
á buscar agua á la fuente,  
que si á la orilla resbalas,  
se enturbiará la corriente.

Fuego sale de mi pecho,  
fuego brota de mis ojos,  
al ver que tú eres de nieve  
cuando la mano te cojo.

Hay cuentos que no son cuentos  
y que son una verdad:  
escucha, si no, morena,  
el que te voy á contar.

«Se quisieron una hora,  
no se olvidaron jamás...»  
Una hora es una vida;  
es cuento, pero es verdad.

Negro está el cielo allá arriba,  
negros tus ojos, muy negros,  
y mi corazón, morena,  
como tus ojos lo tengo.

Por fuerza me he vuelto loco,  
sin saber cómo ni cuándo,  
puesto que estoy tan perdido  
que me busco y no me hallo.

Vivir cuando justamente  
naciste para morir:  
¿cómo vivir cuando llevas  
la muerte dentro de ti?

No te comprendo, chiquita:  
sólo te acuerdas de Dios  
cuando de Dios necesitas.

Entre tanta y tanta estrella  
una solamente es mía,  
una no más..., ¡y no es buena!

Vengan á mí las fatigas:  
más descansado en la muerte  
cuanto más cansado en vida.

¡Qué alegre está el campo,  
el cielo qué alegre!  
¡Aunque haya penas, qué alegres están  
los que bien se quieren!

En la claridad vivía  
en medio de tu querer;  
á otro pusiste delante  
y en la sombra me quedé.

Este profundo pesar  
sola tú que me lo diste  
me lo podrías quitar.

Ya ves si te quiero bien:  
hasta para lo imposible  
te creo yo con poder.

Te ríes cuando te digo  
que eres causa de mis males:  
¡pobre mujer!, ni siquiera  
á tiempo reírte sabes.

Me has hecho esperar dos horas,  
las más largas de mi vida,  
horas en que hemos forjado,  
yo esperanzas, tú mentiras.

¡Cuántas veces me he parado  
en medio de mi camino  
y he vuelto la vista atrás  
porque al pasar no te he visto!

Tú misma cortaste ramas  
del árbol que yo planté,  
las echastes á la lumbre  
y no querían arder.

Cuando vayas por el mundo  
yo te daré el pasaporte  
y en las señas personales  
te pondré «mujer,» sin nombre.

Muerte que causan los celos  
es la peor de las muertes,  
porque más se ama la vida  
cuantos más celos se tienen.

Por más que la veo  
yo no me acostumbro  
á ver tan cerca, cada vez más cerca  
la pena del gusto.

¡Cuándo me veré, chiquita,  
sin quehacer, para quererte  
todas las horas del día!

¡Ay!, si se murieran todos,  
¡qué á gusto nos quedaríamos  
en el mundo tú y yo solos!

No sé si es amor ó es odio,  
¡pero no más por un día,  
¡ay!, si se murieran todos!

El amor que el egoísta  
tiene á su propia persona  
es como el humo del fuego,  
que no calienta y ahoga.

¿Cómo he de sufrirte,  
mujer, de continuo,  
si muchas veces no puedo, aunque quiera,  
sufrirme á mí mismo?

Cielo, estrellas, luna y sol,  
yo os contaría mis penas  
si tuvierais corazón.

Por tu calle arriba,  
por tu calle abajo,  
¡cómo enseñabas anoche ese cuerpo  
que yo guardé tanto!

Los cantares que yo escribo,  
bien sabes tú, compañera,  
que antes los hago contigo.

Muerto ya, en el otro mundo  
yo te seguiré queriendo  
con tal que se le parezca  
un poco tu alma á tu cuerpo.

Es la mar tres veces  
mayor que la tierra:  
anda mareada desde que lo sabe  
mi pobre morena.

Si me robaste el sentido,  
no hay razón para que vayas  
diciendo que lo he perdido.

Me llama holgazán tu madre:  
¡como si el querer no fuera  
una ocupación muy grande!

Ya se va acercando  
la muerte, la muerte...  
De veras te digo que sólo me pesa  
dejar de quererte.

Mi madre, mi pobre madre  
me dijo más de una vez:  
«No basta que no hagas mal;  
es preciso que hagas bien.»

«Yo canto el cantar eterno,  
el cantar del querer bien;  
canto el cantar de la vida;  
porque vivir es querer.»

Así en la noche, que calla  
para que se oigan mejor,  
canta el ruiseñor sus quejas  
con melancólica voz.

Su compañera le escucha  
y en el nido, sin dormir,  
los pequeñuelos aprenden  
en el querer á vivir.

Mira que todos conocen  
que no viéndonos de día  
nos hemos de ver de noche.

Todo hombre que viene al mundo  
trae un letrado en la frente,  
con letras de fuego escrito,  
que dice: «reo de muerte.»

Me hieres con un puñal,  
yo con mi pluma te hiero,  
mi pecho queda encarnado  
y el tuyo se queda negro.

— ¿Quién eres? — Ya ni me acuerdo.  
— ¿De dónde vienes? — No sé.  
— ¿Adónde vas? — Qué sé yo.  
— ¿Qué haces aquí? — ¿Qué he de hacer?

¡Ay de mí, por más que busco  
la soledad, no la encuentro:  
mientras yo la voy buscando,  
mi sombra me va siguiendo.

La noche oscura ya llega,  
todo en el sueño descansa,  
y tan sólo el corazón  
dentro del pecho trabaja.

No tengo nada completo:  
tanto le sobra á mi alma  
como le falta á mi cuerpo.

Ojos negros, labios rojos,  
dientes blancos..., no me basta,  
morena, con esto sólo.

Me mata poquito á poco  
el querer que yo te tengo:  
no te asustes, compañera,  
pues por lo mismo te quiero.

Si yo tuviera el dinero  
de los que á mí me han vendido,  
ellos fueran menos pobres  
y yo sería más rico.

Los que quedan en el puerto  
cuando la nave se va,  
dicen al ver que se aleja:  
«¡Quién sabe si volverán!»

Y los que van en la nave  
dicen, mirando hacia atrás:  
«¡Quién sabe, cuando volvamos,  
si se habrán marchado ya!»

Si ha muerto: «Dios le perdone,»  
dicen todos, y yo añado  
bajito: «Dios y los hombres.»

AUGUSTO FERRÁN

Yo soy uno, tú eres una,  
una y uno que son dos;  
dos que debieron ser uno,  
¡pero no lo quiso Dios!

¡Ay!, ¡quién, serrana, tuviera  
por almohada tu pecho  
para saber lo que pasa  
en tu corazón durmiendo!

Si pienso que no me quieres,  
me da una cosa en el alma,  
que si me viera mi madre  
de seguro que lloraba.

¿Qué será que no me importa  
lo que ninguna me dice,  
y tú con sólo mirarme  
me pones alegre ó triste?

Yo no sé lo que sentía  
cuando te vi llorar tanto:  
sólo te puedo decir  
que lloro yo al recordarlo.

Cuando te dejo en tu puerta  
entramos juntos los dos;  
di si te vienes conmigo  
cuando yo te digo «adiós.»

Los celos que me da el tiempo  
que he vivido sin quererte,  
tú también debes sentirlos  
si es verdad que tú me quieres.

¡Vaya un hoyito, morena,  
que Dios te puso en la cara!  
Al primer paso que dió,  
en él se enterró mi alma.

Yo no sé por qué la luna  
aquel día me recuerda  
en que me dijiste «adiós»  
con la cara de una muerta.

En la pila de la fuente  
caen golpeando las gotas:  
¡qué callandito que caen  
las que la cara me mojan!

Siempre estoy lejos de ti,  
¡sabe Dios cómo estarás!  
Sé que vives, amor mío,  
porque yo vivo no más.

No tengas miedo ninguno,  
que á veces, por tu respeto,  
los ojos me arrancarían  
porque dicen que te quiero.

La mano que me apretabas  
siempre y en toda ocasión,  
sin saber lo que me hago,  
me la llevó al corazón.

No me digas que te olvide,  
que me lo dices llorando;  
toma tú misma el consejo  
y podrás venir á darlo.

¡Ay!, cuando el pito sonó,  
me arrancaron las entrañas;  
cuando te perdí de vista,  
me quedé como sin alma.

Dicen algunos que el tiempo  
acaba con el amor;  
dime tú, ¿los que eso dicen  
nos conocen á los dos?

ANGEL MARÍA DACARRETE

La guitarra que yo toco  
siente como una persona:  
unas veces canta y ríe,  
otras veces gime y llora.

Tu pálido rostro, niña,  
es como noche de luna,  
y la mata de tu pelo  
de color de noche oscura.

Cuando orillita del río  
tus pies de azucena lavas,  
tiembla de amor la corriente,  
suspira el viento en las ramas.

Tus ojos copian el día:  
entornados..., amanece;  
los abres..., el sol deslumbra;  
los cierras..., la noche viene.

Parte, corazón, volando,  
y pregúntala si hay sitio  
en su corazón de roca  
para hacer en él un nido.

¿Por qué, dime, ese velo  
no te lo subes?  
¿No es más hermoso el cielo  
cuando no hay nubes?  
Tras esas blondas,  
el cielo de tu cara,  
por Dios, no escondas.

Cuando tú me miras,  
me derrito yo,  
aunque no soy nieve,  
como nieve al sol.

Creo en Dios, creo en su Madre  
y en unos ojos muy negros,  
que, aunque de veras me engañan,  
lo estoy viendo y no lo creo.

Audiencia da la fortuna;  
pero el que acude á su audiencia  
tiene que bajarse mucho,  
porque es muy baja la puerta.

Para ir de este mundo al otro  
atravesamos un mar;  
tal vez por eso á la cuna  
forma de barco le dan.

Quise, y tú no quisiste;  
quieres, y digo:  
«Tierra que otro ha segado  
yo no la espigo.»

De jorobas del cuerpo  
todos se burlan;  
¿quién habrá que en el alma  
no lleve alguna?

El cuerpo es cárcel del alma;  
y del alma en el proceso  
es juez la propia conciencia,  
verdugo el remordimiento.

Diciendo está el cigarro  
lo que es la vida:  
fuego de unos instantes,  
humo y ceniza.

Tus ojos verdes recuerdan  
el verde color del mar;  
¡infeliz del que los mire,  
como no sepa nadar!

¡Qué bello es tu rostro, niña!,  
¡y qué dulce tu mirada!,  
¡y tu voz qué seductora!..  
¡Quién pudiera verte el alma!

Las anguilas y la suerte  
se la pegan al más guapo;  
cuando vamos á cogerlas  
se escurren de entre las manos.

Por causa de ese palmito  
no como ni duermo ya:  
¡quíerame usté un ochavito,  
que Dios se lo pagará!

En el árbol de mi vida  
las ilusiones cantaron;  
tiró el dolor una piedra...,  
¡ay de mí!, todas volaron.

Hojas del otoño,  
secas y amarillas,  
¿por qué se entristecen  
todos los que os miran?

En la ciencia de la vida  
solamente hay dos tratados:  
uno, *de las ilusiones*;  
otro, *de los desengaños*.

Para cantarte mis penas  
hago hablar á la guitarra;  
si no entiendes lo que dice,  
no digas que tienes alma.

Por más que todos los días  
tu frente con agua laves,  
no quitarás esa mancha  
que tienes y no ve nadie.

Esperé, sufrí, gocé,  
vencióme, canté victoria:  
¡ay!.., ella para mí fué  
purgatorio, infierno y gloria.

Así que vine yo al mundo  
me leyeron la sentencia,  
y hacia la muerte camino  
arrastrando una cadena.

No extraño yo que tu madre  
de mí y de todos te esconda;  
las perlas hay que buscarlas  
escondidas en su concha

Tiene la que yo quiero  
cara trigueña,  
y su alma la blancura  
de la azucena.

En la posada del mundo,  
tabique por medio, habitan  
doña Vida y doña Muerte,  
como dos buenas vecinas.

Cada vez que meneas  
el abanico,  
siento en el alma un aire  
tan fresqucito!

Siembran los labradores,  
siembran los sabios;  
unos siembran las almas,  
otros los campos;  
y en ellos echan,  
trigo los labradores,  
el sabio ideas.

Tu cara es un sol hermoso,  
tus cabellos son los rayos;  
que al nacer tú, de los suyos  
te dió el del cielo un puñado.

Un sabio, de los muchos  
que yo conozco,  
ha reventado anoche  
de puro tonto.

Antes de verte en el mundo  
ya te conocía yo;  
tú eres aquella que en sueños  
buscaba mi corazón.

Tiene el altar de mi pecho  
una imagen y una luz;  
es la luz el amor mío  
y la imagen eres tú.

El dolor me llamó hermano  
en mi niñez cierto día,  
y yo no le dí la mano  
porque aún no lo conocía.

Si tú fuentecilla fueras  
y yo fuese pasajero,  
¿cómo de agua se pondría  
este pobrecito cuerpo!

En la cárcel de mi pueblo  
como en el mundo sucede:  
ni debe todo el que paga,  
ni paga todo el que debe.

Lllaman á tu madre  
caña de pescar:  
si tú eres el cebo,  
¿quién no picará?

De la luz de tus ojos  
con ansia bebo;  
no los cierres, tirana,  
que de sed muero.

A la muerte le digo:  
«Dame tu mano,  
que de andar por la vida  
ya estoy cansado;»  
pero la muerte  
nunca va á quien la llama,  
va á quien la teme.

Quando yo entraba en tu calle  
se apagó la luz del gas;  
asómate á esa ventana,  
que no quiero tropezar.

Siempre que cantas, acude  
un ruiñeñor á tu reja:  
«¿Adónde vas?» le pregunto;  
y me responde: «A la escuela.»

Dicen que las piedras sienten;  
yo digo que no es verdad,  
pues por ti me estoy muriendo  
y no te he visto llorar.

El barquero de la vida  
tiene un barco que anda mucho;  
por eso dice al que nace:  
«De aquí á la muerte, un minuto.»

Mis suspiros, morena,  
cartas parecen;  
unos llegan muy tarde,  
otros se pierden.

—  
Andando, mi esperanza  
cayó en un pozo;  
el pozo, según cuentan,  
no tiene fondo.

—  
Cárcel obscura es mi pecho,  
pero tiene una rendija;  
cuando á ella asomas los ojos,  
con tu mirada entra el día.

—  
El pensamiento se anida  
en la cabeza del hombre,  
como el águila soberbia  
en la cima de los montes.

—  
Ya los tejados blanquean  
con la nieve que ha caído;  
corazón, dame posada,  
que vengo yerto de frío.

—  
Con otro te casó el cura,  
no digas que no te pesa;  
al verme ayer, te pusiste  
más pálida que una muerta.

—  
Esconderte de mis ojos  
para que te olvide, niña,  
es querer matar el hambre  
escondiendo la comida.

—  
Por falta de viento, inmóvil  
quedó un barco en alta mar;  
los suspiros de un amante  
le hicieron después volar.

—  
Portera de mi casa  
fué la conciencia,  
y no fué en mucho tiempo  
mala portera.  
Durmióse un día,  
y los vicios robaron  
la casa mía.

Un mal hombre fué de caza  
y cazó un pájaro negro,  
que siempre le está cantando:  
«Yo soy el remordimiento.»

—  
Soñé, y un recién nacido  
con grillete pasar vi;  
pregunté, y me dijo un hombre:  
«Lo han condenado á vivir.»

—  
El que á los pobres se baje  
no baja su condición,  
pues la pobreza la quiso  
el mismo Dios, con ser Dios.

—  
En tu escalera mañana  
he de poner un letrero  
con seis palabras que digan:  
«Por aquí se sube al cielo.»

—  
Durmiendo bajo unos olmos  
la vi solita en el monte;  
me acerqué pisando quedo,  
y... no soñé más anoche.

—  
Tendí una mirada al cielo,  
eché una sonda en el mar,  
bajé al corazón humano  
y fondo no pude hallar.

—  
Permita Dios que te siga  
un novillo... imaginario,  
que tropieces... en mis ojos  
y que caigas... en mis brazos.

—  
Dios al mar límites puso  
y los puso á la hermosura;  
cuentan que cuando naciste  
dijo en latín: *Non plus ultra.*

—  
Antes de hacerle la caja,  
á un muerto avaro midieron,  
y el tuno encogió las piernas  
para que costase menos.

—  
No te pongas colorada  
al pasar por este valle,  
pues como no tiene lengua,  
no contará lo que sabe.

La mujer es un misterio,  
misterio que nadie alcanza:  
ya es rosa sin una espina,  
ya panal de miel amarga.

Es la conciencia un espejo;  
muchacha, mírate en él  
á ver si te ves tan bella  
como en el de esa pared.

Buscar el honor perdido  
es lo mismo que buscar  
una aguja de las finas  
que se pierde en un pajar.

Tu boca es una granada  
que brinda con su dulzura;  
la flor la forman los labios,  
los granos la dentadura.

El cantar, para ser bueno,  
ha de ser como la cola;  
que se pegue... al que lo escucha  
cuando salga de una boca.

Yo no sé lo que siento  
viendo á esa moza,  
que no es gusto ni pena  
y es ambas cosas.

A la gallina ciega  
todos jugamos:  
sin vendarse, los menos;  
los más, vendados.

Un cantar bajó al pueblo,  
no era mal mozo;  
pero el pueblo le dijo:  
«No te conozco.»

Al baile mi vecina  
trajo una rosa;  
conforme va danzando,  
se le deshoja.

De soplonos y espías,  
cuando se mueren,  
el diablo en los infiernos  
hace los fuelles.

Domingo de Ramos era;  
una palma se compró,  
y alegre y feliz la puso  
en los hierros del balcón.

Robáronse la una noche,  
y triste y pálida está;  
si se muere, al campo santo  
sin palma la llevarán.

Ya me canso de pedir  
y me canso de esperar;  
ó acábame de matar,  
ó me acabo de morir.

Desde la cuna al sepulcro  
atravesan los nacidos  
un puente como un cabello  
colgado sobre un abismo.

Anda, ve y dile á tu madre,  
si me desprecia por pobre,  
que el mundo da muchas vueltas,  
que ayer se cayó una torre.

A un hombre que no te quiera  
(porque aprendas á sufrir),  
¡ojalá le quieras tanto  
como yo te quise á ti!

Donde jurabas amarme  
ya puedes, falsa poner:  
«Aquí mataron á un hombre;  
al cielo rogado por él.»

Una trenza tengo suya,  
que no miro sin temblar,  
pues para un desengañado  
una trenza es un dogal.

Del cielo cayó una carta  
con dos versos que decían:  
«El que siempre mira abajo,  
no verá lo que hay arriba.»

Cantando pasan los quintos  
con guitarra y pandereta;  
cuanto más alegres pasan,  
más triste la gente queda.

Yo no quiero ir á tu fuente  
esperanzas á beber,  
porque me encienden el alma  
y no me apagan la sed.

Cantar que del alma sale  
es pájaro que no muere:  
cantando de rama en rama,  
Dios manda que viva siempre.

Un hombre cantaba un día,  
su negra suerte al cantar,  
que agua en el mar no hallaría,  
si por agua fuese al mar.

Mira cómo corre el agua,  
cómo se agosta la hierba,  
cómo una luz se consume,  
y dime si algo te enseñan.

De que usted no me quiera  
tanta pena me da,  
que me doy con cebolla...  
y comienzo á llorar.

Te dí la llave del pecho  
y el corazón me robaste;  
¿quién á ladrones confía  
de su tesoro la llave?

Salero, resalero,  
que sal derramando vas,  
¿cómo derramando tanta  
no se te acaba la sal?

Me quisiste cuando tuve;  
ya no tengo, y me desprecias:  
eres como la campana,  
que, si no le dan, no suena.

Ningún sabio satisface  
esta duda que me hiere:  
¿es el que muere el que nace,  
ó es el que nace el que muere?

En la reja de esta casa  
un faro deben poner  
para que nadie se estrelle  
en la falsedad de usted.

Llevan á los paseos  
muchas niñas de ahora  
los vestidos muy largos,  
la vergüenza muy corta.

Después de hacerte, Dios quiso  
poner un lunar por firma;  
cogió el sello de su gracia  
y lo estampó en tu mejilla.

Persiguiendo va la tropa  
un contrabando de sal:  
escóndete, vida mía,  
que si no te prenderán.

De esperanzas cargado  
mandé un navío;  
por ese mar adentro  
se me ha perdido.

Al mirar Dios la peste  
que las gangrena,  
declara puertos sucios  
muchas conciencias.

Tras dos cortinas ocultas  
dos niñas me han vuelto loco:  
las cortinas, tus pestañas;  
las niñas, las de tus ojos.

En el corazón un siete  
los ojos de usted me han hecho:  
¡ay, costurera bonita,  
si quisiera usted coserlo!

Pasé por su calle, y dije:  
«¡Adiós, puerta, y adiós, casa,  
campo santo donde un día  
enterré mis esperanzas!»

Las dichas del hombre duran  
lo que las olas del mar;  
la que nace, muere al punto,  
y olas vienen y olas van.

Mi corazón herido  
pide una venda;  
échale tu pañuelo,  
niña morena.

Aunque canto, no canto  
de buena gana;  
yo canto como el ave  
presa en su jaula.  
¿Cuándo, alma mía,  
de romper tus prisiones  
llegará el día?

La alborada cantaron  
las avecillas,  
creyendo la otra noche  
que el sol salía;  
y es que de pechos  
al balcón te pusiste  
por ver el cielo.

Yo soy aquel navegante  
que al mundo la vuelta dió  
tras una mujer constante,  
y en el mundo no la halló.

Pobre mosca es la vida;  
la muerte, araña  
que una red va tejiendo  
para cazarla;  
teje que teje,  
hasta que entre sus hilos  
por fin la envuelve.

Haz bien, y si mal te pagan  
canta esta copla contento:  
«El bien se siembra en la tierra  
y se cosecha en el cielo.»

En mí nació un mal deseo  
y al punto le dí garrote,  
para impedirle que fuese  
verdugo de mi alma noble.

Negros son tus ojos, niña,  
como la noche más negra;  
cuanto más negra es la noche,  
más relucen las estrellas.

Pisé un hueso de cereza  
y lo pisé con desprecio;  
pero me hizo dar de bruces...  
No hay enemigo pequeño.

VENTURA RUIZ AGUILERA

Te pintaré en un cantar  
la rueda de la existencia:  
pecar, hacer penitencia,  
y luego vuelta á empezar.

Testigo de eterno amor,  
le dí una flor á mi amante;  
mi suerte fué que la flor  
tan sólo duró un instante.

Quisiera al jardín volver  
de tu cariñoso amor,  
si se pudiera coger  
dos veces la misma flor.

Pues yo la perdiz anhelo,  
el mochuelo es para ti;  
ó bien, para ti el mochuelo  
y la perdiz para mí.

Ni te tengo que pagar,  
ni me quedas á deber;  
si yo te enseñé á querer,  
tú me enseñaste á olvidar.

Te enseñó, pues quisiste,  
toda su ciencia,  
¿y hoy le preguntas, ¡tristel,  
por tu inocencia?  
¿Cómo, ¡imprudentel,  
querías, siendo sabia,  
ser inocente?

Con tantos pesares lidia  
mi corazón en el mundo,  
que cuando ve á un moribundo,  
casi se muere de envidia.

Con desdén me has molestado  
y hoy con celos me molestas,  
y más bostezos me cuestas  
que suspiros me has costado.

No engañarías, á fe,  
su fe con tan buenos modos,  
si éste, y aquél, y ése, y todos  
supieran lo que yo sé.

Cual vil cazador me trata  
la cazadora á quien amo:  
se esconde, saca el reclamo,  
va la perdiz, y la mata.

Cuando con fe inextinguible  
pretendas dichoso ser,  
lo primero que has de hacer  
es discutir *si es posible*.

Pasa un día, y sabe Dios  
que en mi atroz melancolía,  
no siento que pase un día,  
sino que no pasen dos.

Mal hizo el que hizo el encargo  
de hacer las cosas al gusto:  
todo es corto ó todo es largo  
y nada nos viene justo.

Para divertir su afán  
cantaba á su reja un loco:  
«Unos estamos por poco  
y otros por poco no están.»

Tanto suelen mi sufrir  
las desdichas apurar,  
que á veces me echo á reir  
por no poderlas llorar.

Por más contento que esté,  
una pena en mí se esconde  
que la siento no sé dónde  
y nace de no sé qué.

Fuí un día á la ciudad  
y me volví al otro día,  
pues mi mejor compañía  
es la mayor soledad.

La vida es dulce ó amarga,  
es corta ó larga, ¿qué importa?:  
el que goza la halla corta,  
y el que sufre la halla larga.

Si te ha absuelto el confesor  
de aquello del Cabañal,  
ó tú te confiesas mal,  
ó él te confiesa peor.

Corro de aquí para allí  
sin que halle mi afán parada,  
y no es porque busco nada,  
es que ando huyendo de mí.

Tenga penas ó contento,  
me nacen á manos llenas  
por cada placer cien penas,  
por cada pena otras ciento.

El tiempo á todos consuela,  
sólo mi mal acibara;  
pues si estoy triste, se para,  
y si soy dichoso, vuela.

Todos pagan la traición  
con el odio y el puñal;  
yo te pagué el mismo mal  
con el amor y el perdón.

Si indócil á mis consejos  
vas de mi cariño á huir,  
yo me voy mucho más lejos,  
porque me voy á morir.

Nunca, aunque estés quejumbrosa,  
tus quejas puedo escuchar,  
pues como eres tan hermosa,  
no te oigo, te miro hablar.

A un mármol Pigmalión  
le dió de mujer el ser,  
y en mí cambió una mujer  
en mármol mi corazón.

Van á la luz de la luna  
nuestros cuerpos tan en pos,  
que no hacen más sombra que una,  
siendo nuestros cuerpos dos.

Me causas tanto pesar,  
que he llegado á presumir  
que mucho me debe amar  
quien me hace tanto sufrir.

Aunque esté muerto de cierto,  
en nombre suyo llamadme:  
si no respondo, enterradme,  
porque de cierto estoy muerto.

Ten paciencia, corazón;  
que es mejor, á lo que veo,  
deseo sin posesión  
que posesión sin deseo.

Así, en inútil porfía,  
pasa esta vida traidora,  
yo pidiéndote que *ahora*,  
tú diciendo que *otro día*.

Aun dí poco por tu amor,  
aunque por él dí, constante,  
veinte años por un instante,  
la dicha por un favor.

Siempre se rinde mejor  
la fuerza de tu conciencia  
á un grano de violencia  
que á cien quintales de amor.

Está tu imagen, que admiro,  
tan pegada á mi deseo,  
que si al espejo me miro,  
en vez de verme, te veo.

Perdí media vida mía  
por cierto placer fatal,  
y la otra media daría  
por otro placer igual.

Más cerca de mí te siento  
cuando más huyo de ti,  
pues tu imagen es en mí  
sombra de mi pensamiento.

Que me vendiste se cuenta,  
y añaden, para tu daño,  
que te dieron por mi venta  
monedas de desengaño.

Lo recuerdo de tal modo,  
que aún creo que estoy mirando  
cómo fuiste colocando  
mano, pie, cabeza y todo.

Cuando cobrar una de uno  
quiere prenda que aún no dió,  
esa una vendió á alguno  
lo que alguno no pagó.

Ya sé que, aunque perdí en ello,  
he perdido tu amistad,  
desde que hablando de aquello  
te dije aquella verdad.

Que es corto sastre, preveo,  
para el hombre la mujer,  
pues siempre corta el placer  
estrecho para el deseo.

¡Qué razón tiene mi amor  
cuando te jura y rejura  
que, aunque grande, es tu hermosura  
de tus gracias la menor!

¿Quién, niña, se te figura  
que amará con más verdad:  
mis sentidos tu hermosura,  
ó el corazón tu bondad?

Cuantos te han tratado y tratan,  
en tu amor aprender suelen:  
todos, las penas que duelen;  
yo, los dolores que matan.

Tus perfecciones al ver,  
suelen los hombres decir:  
«Sólo por verla, nacer;  
después de verla, morir.»

¡Pérfida!, te odio; mas creo  
que al mismo tiempo te adoro,  
pues maldigo, si te veo,  
y si no te veo, lloro.

Tras ti cruzar un bulto  
vi por la alfombra;  
ciego el puñal sepulto...,  
y era tu sombra:  
¡cuánto, insensato,  
te amo, que hasta de celos  
tu sombra mato!

Si entre no haber sido y ser  
hubiera el hombre elegido,  
claro es que hubiera escogido  
el no poder escogir.

Si es fácil una hermosa,  
 voy y la dejo;  
 si es difícil la cosa,  
 también la dejo:  
 niñas, cuidad  
 de amar con una fácil  
 dificultad.

Entonces, con el deseo,  
 sin mirarte te veía;  
 pasó algún tiempo, y hoy día,  
 si te miro, no te veo.

Diciéndolo, no diré  
 lo que aquel pinar esconde;  
 allí, ya recuerdas dónde,  
 nos pasó ya sabes qué.

Pensando que he de morir  
 á tal desventura lleigo,  
 que como un muerto me entrego  
 á la dicha de vivir.

Sufro poco al recordar  
 que ha de acabar mi sufrir;  
 ni gozo cuando, al gozar,  
 recuerdo que he de morir.

Si, como se sabe ya,  
 el que *espera desespera*,  
 quien, como yo, nada espera,  
 ¡cuál se desesperará!

Mira que ya el mundo advierte  
 que, al mirarnos de pasada,  
 tú te pones colorada,  
 yo pálido cual la muerte.

Cuando pasas por mi lado  
 sin tenderme una mirada,  
 ¿no te acuerdas de mí nada,  
 ó te acuerdas demasiado?

Aunque al salir tú del puerto  
 quedé más muerto que vivo,  
 verás, por ésta que escribo,  
 que, con efecto, no he muerto.

¡Cuántos deseos cautivos  
 te manda mi corazón,  
 velados en la expresión  
 de estos puntos suspensivos...!

Casi se lo agradecí  
 cuando el engaño toqué,  
 que si loco me acosté,  
 filósofo amanecí.

Llaman vida á ir de esta suerte,  
 hasta que el cuerpo sucumba  
 en agonías sin muerte  
 y en una muerte sin tumba.

Ayer sudé por ganar  
 lo que hoy me causa desgana,  
 y hoy sudo por alcanzar  
 lo que me aburra mañana.

Yo no siento que la suerte,  
 me abruma cada vez más,  
 lo que siento es que la muerte  
 no venga á tiempo jamás.

La dicha es una ilusión,  
 pues se puede, en mí sentir,  
 una tragedia escribir  
 del más feliz corazón.

Ya de sentimientos llena,  
 siente en falso el alma mía,  
 pues el placer le da pena,  
 y lo que es triste, alegría.

Que no me conoce, ayer  
 juró por no sé qué santo;  
 ¡cómo me ha de conocer  
 si yo le conozco tanto!

¡Qué bien supiste aprender  
 lo que dice cierto autor:  
 «que suele en lances de amor  
 ser la mentira un deber!»

Por mucho que el tren corría,  
 corre tanto un «yo te adoro,»  
 que era tuyo en Valdemoro  
 y en Aranjuez ya eras mía.

No esperes que una mudanza  
me dé la tranquilidad;  
que amo en ti más la esperanza  
que en otras la realidad.

Si hago al juicio una llamada,  
me responde el corazón:  
que si hay juicio no hay pasión,  
y si no hay pasión no hay nada.

Como no vives tú en mí,  
vivo en ti, mas no contigo;  
y hasta no vivo conmigo,  
como vivo sólo en ti.

Ya lo gozado y sufrido  
se ha pasado, y claro está  
que si pasó lo venido,  
lo que venga pasará.

Tarde vi lo inútil que es  
dar gusto á nuestra esperanza;  
pues cuando una cosa alcanza,  
quiere otra cosa después.

Con permiso del Eterno,  
dudo cuál será mayor:  
si aquel dolor del infierno  
ó este infierno de dolor.

Ya ni por saber trabajo  
qué es este mundo de prueba:  
quien sabe por qué me trajo,  
ya sabrá por qué me lleva.

Loca por mí te figuras,  
mas ya ven los que te advierten,  
que nunca haces más locuras  
que aquellas que te divierten.

Un día á Richmond subí,  
y ¡cuán bello lo hallaría,  
que, perdóname, alma mía,  
fui feliz hasta sin ti!

Infeliz el que en la tierra  
sus ilusiones perdió,  
y está además, como yo,  
con sus recuerdos en guerra.

Mucho sabría en verdad  
si supiera la razón  
dónde acaba la ilusión  
y empieza la realidad.

Llorar de placer se suele  
y es que en nuestro corazón  
hay siempre una vibración  
que aun con el placer nos duele.

Dame la vida, ¡oh dolor!,  
compañero eterno mío!,  
pues si no fuera tu amor,  
ya hubiera muerto de hastío.

Después que ya se ha agotado  
todo humano sufrimiento,  
siempre hay un nuevo tormento  
para un viejo atormentado.

No vengas, falso contento,  
llamando á mi corazón,  
pues traes en la ilusión  
envuelto el remordimiento.

Si ayer tropecé bastante,  
hoy tropiezo mucho más;  
antes mirando adelante,  
después mirando hacia atrás.

La tumba es al lecho igual;  
pero bien sabido ten  
que en uno se duerme mal  
y en otra se duerme bien.

Ir hacia Atocha la vi;  
la seguí, miré, miró;  
y no vine, vi y vencí:  
yo vine, vi y me venció.

Mi deseo es desear  
más que alcanzar lo que quiero,  
y mejor que lo que espero,  
lo que quiero es esperar.

Cuando más desesperado  
voy del cielo á maldecir,  
bendigo á Dios que me ha dado  
la esperanza de morir.

Con más fe se soportara  
la vida si se pudiera  
llorar cuando se anhelara,  
morir cuando se quisiera.

Porque en dulce confianza  
contigo una vez hablé,  
toda la vida pasé  
hablando con mi esperanza.

Es tanta mi ceguedad  
que te amo aunque estoy seguro  
que con amarte aventuro  
mi dicha en la eternidad.

Tú presumes, y no es cierto,  
que yo te oculto una cosa,  
y sólo te oculto, hermosa,  
el llanto que por ti vierto.

Absorto en ti mi deseo,  
tan sólo en tu amor creí;  
pero ahora nada creo  
desde que no creo en ti.

Si en tu gracia he de creer,  
quiero tus gracias mirar,  
pues mal te podré aprender  
si no te puedo estudiar.

Piensa con ojos serenos  
cómo y cuándo morirás;  
que siendo el morir lo más,  
el cómo y cuándo es lo menos.

Es el amor un galán  
que ni hambre ni hartura tiene,  
pues lo mata el mucho pan  
y con poco pan se muere.

Desde que perdí el encanto  
de mi primera pasión,  
no he entrado en mi corazón  
por no morirme de espanto.

La amé tanto á mi pesar,  
que aunque yo vuelva á nacer,  
la he de volver á querer  
aunque me vuelva á matar.

Decía yo, de amor loco:  
«¡Penar tan poco por tanto!,»  
y dije al perder mi encanto:  
«¡Penar tanto por tan poco!»

No inquieras con tal constancia  
si soy ó no soy leal;  
que toda dicha cabal  
nace de alguna ignorancia.

Mi madre, que me amaba  
con desvarío,  
siempre al verme decía:  
«¡Consuelo mío!»  
Hoy, santo cielo,  
¡quién consolar pudiera  
á aquel consuelo!

Como asegura un autor,  
la muerte es un grande sueño;  
si es bueno el sueño pequeño,  
el grande será mejor.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

Al dar el postrer gemido  
dijo un inglés moribundo:  
«Si es como este el otro mundo,  
en llegando me suicido.»

En tu frente blanca y tersa  
como una página en blanco,  
escribirá con arrugas  
el tiempo los desengaños.

Un pájaro que volaba  
por el aire iba diciendo:  
«Si en la tierra no me encuentras,  
súbete á buscarme al cielo.»

Si canto, porque alboroto,  
si callo, por desabrido,  
nunca te faltan pretextos  
para regañar conmigo.

En el azul de los cielos  
mi sentencia escrita está;  
cualquiera puede leerla,  
dice: «Ver y no alcanzar.»

Dos espejos encantados  
son los ojos de mi bien,  
donde al mirarse se ven  
felices los desdichados.

Si á las puertas de mi pecho  
viene la duda á llamar,  
asoma la fe y le dice:  
«No hay posada, id más allá.»

Te quise desde un principio  
por lo buena y agradable;  
ya, por mala que te vuelvas,  
no puedo dejar de amarte.

Mañana por la mañana  
pediré al Señor en misa,  
que el día que no te vea  
no me lo cuente de vida.

Dudo á veces por la noche  
si estoy dormido ó despierto,  
porque despierto y dormido  
tengo un mismo pensamiento.

Por las lágrimas regado  
que en tu ausencia vierto yo,  
en la sombra de tu ausencia  
crece el árbol del amor.

«No me olvides,» me decía  
muy quedito al despedirme,  
y cuando me fuí gritaba  
desde lejos: «No me olvides.»

Las noches que no te veo  
en el balcón ó en la reja,  
las paso rezando á solas  
el rosario de mis penas.

Vinieron y me dijeron  
que olvidase tu querer;  
antes que tu amor olvide,  
su consejo olvidaré.

Caminito de la gloria,  
camino lleno de abrojos,  
¿cómo quieres que lo siga  
si va mi bien por el otro?

La alondra anida en los trigos,  
el águila en los peñones,  
penas y remordimientos  
en el corazón del hombre.

En tu ausencia levanté  
todo un castillo de dudas;  
apenas te vi, sus piedras  
cayeron una por una.

Si á la iglesia vamos juntos,  
al rezar juntos los dos,  
lo que ella quiere decirme  
hace que lo dice á Dios.

¡Cuán triste la luna,  
mi bien, se levanta!  
De ver por la noche amantes que gimen  
se ha puesto tan pálida.

Si asomas el rostro  
tras de esos cristales,  
me encienden el alma los besos ardientes  
que no puedo darte.

NORBERTO GUITERAS

Cuando á vivir empezaba,  
y sin perder un segundo,  
una noche me metieron  
en la cárcel de este mundo.

Toda mi vida he pasado  
entre dormir y soñar:  
en dormir sobre mis penas,  
en soñar felicidad.

Hay una estrella en el cielo  
que me sigue por doquiera;  
las demás son relucientes,  
la mía fué siempre negra.

Misterios guarda mi frente,  
arcanos mi corazón:  
anda, ve, cuenta, si puedes,  
los rayos que tiene el sol.

Aunque nací ciegucecito  
y vivo en la obscuridad,  
todas las cosas las veo  
á la luz de la verdad.

En un cañal hice un hoyo  
para enterrar mi secreto,  
y al otro día las cañas  
se lo contaron al viento.

Cuando las niñas no quieren  
escuchar ya mis piropos,  
he de cantarles cantares  
á las niñas de mis ojos

«¡Música!» piden los mozos,  
«¡música!» grita una voz,  
«¡música!» dicen las niñas,  
¡música del corazón!

En lo morado del alma  
tengo una ramita verde,  
que ni el tiempo la deshoja,  
ni la secará la muerte.

Desde el punto en que nací  
á morirme ya empecé;  
para empezar á vivir  
á morirme aguardaré.

Noche y día corre el agua,  
noche y día gime el viento,  
noche y día sueño en ti,  
virgen de mis pensamientos.

Partidos en dos mitades  
tú y yo al mundo vinimos:  
por eso andamos buscando  
á ver si nos reunimos.

Yo soy, morena, un perdido  
de lo más perdido que hay:  
perdido por ti, morena,  
sin poderlo remediar.

Tanto y tanto que te quiero,  
no te lo puedo decir  
sino que sea cantando:  
mira tú si he de fingir.

Primero quise á las flores,  
después fuí en pos de las aves,  
más tarde amé las estrellas  
y hoy el ángel que tú sabes.

En amarte goza el alma,  
en quererte está mi ley,  
toda mi gloria en mirarte  
y en verte todo mi bien.

Tienes, niña, un no sé qué  
que no sé lo que será:  
cada vez que yo te veo,  
la cabeza se me va.

¡Ole con ole, morena,  
mátala, mata la araña!  
¡Viva la sal y el salero  
de las mujeres de España!

La noche en que tú caíste  
cayó del cielo una estrella:  
¡pobrecita de tu madre!,  
de llorar se volvió ciega.

No me cuentes esa historia,  
que la tengo hartó sabida,  
y cada vez que la cuentas  
se me renueva la herida.

¿Ves las montañas de sal  
que tiene el duque en Cardona?  
Pues son terrones de azúcar  
á tu lado, salerosa.

¡Salero, cuánto te quiero!,  
¡salero, quiéreme á mí!,  
¡salero, por ti me muero!,  
¡salero, dime que sí!

Cacho de luna es tu cara,  
hebras del sol tus cabellos,  
tu mirar de las estrellas,  
tu personita es el cielo.

Te miro y vuelvo á mirar,  
á mirarte otra vez vuelvo,  
y mientras te estoy mirando,  
me pongo á soñar despierto.

A la luz de las estrellas  
una noche me adormí,  
y soñé que eran tus ojos  
que velaban sobre mí.

—  
Cuando la luna se esconde  
y el sol amanece ya,  
la noche le dice al día:  
«En mis brazos morirás.»

—  
Dicen que estoy hechizado  
y tengo el seso sorbido,  
y la hechicera eres tú,  
y tus gracias el hechizo.

—  
Tienes más sal que la mar  
y más garbo que las olas,  
y más rumbo que un navío  
que navega viento en popa.

—  
No te quiero comparar  
con el sol ni con la luna,  
sino con las buenas mozas  
contaditas una á una.

—  
Sólo con las buenas mozas  
te quiero yo comparar,  
que son personas reales  
y no pueden engañar.

—  
Tienes los ojos, morena,  
del color de la aceituna,  
pero no cuando está verde,  
sino cuando está madura.

—  
Sino cuando está madura  
y el tordo la picotea:  
si aceituna fueras tú,  
¡quién fuera tordo, morena!

—  
Aunque escondida vivieras,  
como paloma torcaz,  
entre las rocas peladas,  
allí te iría á buscar.

—  
Te estoy mirando á la cara  
como si mirase al cielo,  
y mientras te estoy mirando,  
parece que estoy subiendo.

Tienes los ojos azules  
como las olas del mar:  
á veces dicen bonanza  
y otras veces temporal.

—  
Tienes los ojos más bellos  
que se abrieron á la luz,  
y lo que á mí me enamora  
es que no lo sepas tú.

—  
Tienes el brillo del sol,  
tienes sonrisa de luna,  
y tienes qué sé yo qué,  
que no lo tiene ninguna.

—  
Son tus ojos dos luceros,  
y para ver cómo brillan,  
hasta los cielos se abren  
y las estrellas te miran.

—  
Tu corazón es un lago,  
el mío golfo de mar:  
en el tuyo siempre hay calma,  
en el mío tempestad.

—  
Me abrazaste, y me abrasé;  
me besaste, y me ahogaba;  
me llamaste, y desperté:  
era, ¡ay, tristes!, que soñaba.

—  
Mi pensamiento va y viene  
y mi pasión no se muda;  
por esto empiezo á creer  
que mi mal no tiene cura.

—  
Quiero verte y no te miro,  
quiero hablarte y no te hablo,  
y el corazón dentro el pecho  
está tocando á rebato.

—  
A los Madriles me voy,  
la corte del rey de España,  
á decirle al señor Rey  
que tú reinas en mi alma.

—  
Que tú reinas en mi alma  
y mi voluntad gobiernas,  
y aunque yo viva mil años,  
tú siempre serás mi reina.

Si yo pudiera trocar  
mis palabras en zarcillos,  
promesas de amor constante  
te hablaría á los oídos.

Dos palabritas de amor  
quiero decirte y no puedo,  
que tu madre no te deja  
y á mí no me deja el miedo.

Sortija quisiera ser  
que el dedo te ensortijara  
para que viera la gente  
que tú mano está empenada.

Así te volvieras aire  
y que fuera yo la luz  
para alumbrar el camino  
por donde pasaras tú.

Tú colmena, yo abejorro,  
tú nido, yo golondrina,  
tú concha, yo caracol:  
¡con qué gusto viviría!

Si tú hiedra, yo el roble;  
si tú agua, yo la nube;  
si tú ave, yo la flecha;  
si tú yesca, yo la lumbré.

Tengo un millón de deseos  
y otro millón de ilusiones;  
mira si soy millonario:  
sólo me faltan doblones.

A mi novia servir quiero  
antes que servir al rey,  
porque mi novia es mi reina,  
con permiso de la ley.

Nacistes en primavera,  
sol y agua te engendraron,  
abril te meció en la cuna,  
de flores te vistió mayo.

El reir de las estrellas  
es el reir que tú tienes,  
el color de tus mejillas  
es de rosas y claveles.

Volcán cubierto de nieve  
tu rostro parece, niña:  
con tus miradas me abrasas,  
con tus sonrisas me enfriás.

Tienes frente soñadora,  
y no me deja dormir  
pensar si serán tus sueños  
para otro ó para mí.

Tú eres rosa encarnada,  
yo soy clavel encendido:  
con las espinas que tienes  
mi corazón has herido.

Este fino corazón  
te lo doy de buena gana;  
mas si has de jugar con él,  
pásalo con una daga.

Esto dije á una mujer  
que me tenía rendido:  
«Si quieres, puedes matarme:  
yo sólo el amor te pido.

»Sólo el amor te pedí  
y amor y vida me has dado:  
si quieres, me quedaré  
para servirte de esclavo.»

Por la salud de tu *mare*,  
morena, yo te lo ruego,  
que no me claves tus ojos,  
que me pondrías enfermo.

Me pisastes en el pie  
y resonó toda el alma,  
que en esto nos parecemos  
los hombres á las guitarras.

¿Qué hermosa palabra en sueños  
murmurastes á mi oído?  
¡Ay!, tan quedo la dijiste  
que entenderla no he podido.

Que entenderla no he podido,  
y paso la vida triste  
soñando en esa palabra  
que en sueños tú me dijiste.

¿Qué les dirán á mis ojos  
los sones de esa guitarra,  
que si suspiran, se anublan,  
si llora, derraman lágrimas?

Cuando miro las estrellas  
allá, de noche, brillar,  
lanzo del pecho un suspiro:  
¡si yo pudiera volar!

Yo no te puedo seguir,  
que no sé dónde me llevas,  
y no pueden andar bien  
un ciego con una ciega.

Mucho yerra el caminante  
que se aparta del camino,  
y más yerra aquella niña  
que no escucha lo que digo.

Oye bien lo que te digo,  
que lo digo por tu bien:  
en el mundo juegan todos  
á ver quién engaña á quién.

Mal haya, amén, el mocito  
que palabra no tenía,  
y mal haya la mujer  
aquella que en hombres fía.

No empeñes tus prendas, niña,  
por más que te den palabra:  
lo que por poco se empeña  
se tiene que dar por nada.

Palabras..., ¿qué son?, palabras;  
razones..., ¿qué son?, razones;  
promesas..., sólo promesas;  
obras sí que son amores.

Cállate, no me lo digas  
que ya adivino el secreto;  
barto publican tus lágrimas  
lo que se esconde en tu pecho.

Lo que se esconde en tu pecho  
te sale á la cara vivo:  
yo en tu cara estoy leyendo  
como si fuera en un libro.

En la viña del vecino  
no vayas á coger uvas,  
que cortándolas de prisa,  
te puedes cortar las uñas.

Tus labios son dos carbones,  
dos carbones encendidos:  
desde que en mí los pusiste,  
fuego en mi pecho has prendido.

Por más esfuerzos que hago  
para ver si yo te olvido,  
no puedo, porque me has dado  
hierbamora con el vino.

Al son de su tamboril  
cantaba el tamborilero:  
«Ningún perro baila bien  
si no le enseñan primero.»

Pan y palo dale al perro,  
pan y palo, palo y pan;  
que con el palo el can baila  
y por el pan baila el can.

Tus juramentos escucho  
como quien oyes llover:  
río que sale de madre,  
¿quién lo puede contener?

Si sabes lo que es el mundo,  
por merced que me lo digas,  
y sabré con la verdad  
la mayor de las mentiras.

Cuantas veces tú jurabas,  
otras tantas yo reía:  
no vuelvas á jurar más,  
que de risa moriría.

El pasado ya pasó  
y el presente está pasando,  
y el futuro pasará,  
como yo lo estoy cantando.

Me quisiste y yo te quise;  
me olvidaste, te olvidé:  
moneda sobre moneda,  
con la misma te pagué.

No te engrías ni te alabes.  
 conmigo no puedes nada;  
 lo que fué ya se acabó:  
 todo en el mundo se acaba.

Así que llegué te vi,  
 y así que te vi te amé,  
 y así que me diste el sí  
 en seguida te olvidé.

Yo no quería querer,  
 ni quería ser querido;  
 á querer tú me enseñaste  
 y lo tomé por oficio.

Adiós, flor de la marina,  
 hija del agua y la sal;  
 adiós, pulida gaviota;  
 adiós, junco de la mar.

Si con honra me empené,  
 con honra me desempeño;  
 busca quien te quiera más,  
 que yo buscaré otro dueño.

Yo no quiero querer más,  
 ni quiero ser más querido,  
 que el querer por afición  
 á mí me cuesta un sentido.

Alivio yo te pedí,  
 alivio para mis penas;  
 el que tú me diste á mí  
 fué cargarme de cadenas.

Cada vez que yo te veo  
 la tristeza se me come  
 de pensar que hayas podido  
 dejarme por otro hombre.

Si yo me viera tan alto  
 como se ven las campanas,  
 las verdades que diría  
 habían de ser sonadas.

Mi corazón es lo mismo  
 mismito que mi guitarra:  
 cuando canta, siempre llora;  
 cuando llora, siempre canta.

Aquí dentro de mi pecho  
 tengo una fragua metida:  
 ¿cuándo dormirá ese herrero  
 que trabaja noche y día?

Cada vez que miro al cielo,  
 pienso que tú estás allí,  
 y los ojos se me arrasan  
 por no poderte seguir.

¿Cómo podría olvidarla  
 yo que tanto la adoré?  
 Despierto la estoy soñando;  
 soñando, ¡mira qué haré!

Como en uno dos arroyos,  
 así á juntarnos vinimos;  
 mas al querer separarnos,  
 ¡válgame Dios, qué gemidos!

¡Válgame Dios, qué gemidos  
 exhalaban nuestras bocas!  
 ¡Gotas de agua gimen menos  
 al quebrarse entre las rocas!

A la orillita del río  
 me puse á considerar  
 que así corren nuestras vidas,  
 como los ríos al mar.

Entre la vida y la muerte  
 hay un puente de dolores,  
 y una cadena de males  
 con un sin fin de eslabones.

Peña muda, solitaria,  
 brava mar, ola perdida,  
 náufrago en desierta playa,  
 tal soy yo, tal es mi vida.

Esperanzas é ilusiones,  
 amores, sueños, venturas,  
 dejadme; que no cabéis  
 en mi estrecha sepultura.

TERENCIO THOS

Inmenso río es la vida  
 que arrastra á la humanidad  
 y entre sus revueltas olas  
 la lleva á la eternidad.

Dicen que no me has querido  
 porque eres rica y yo pobre;  
 aunque estés bañada en oro,  
 se verá que eres de cobre.

Me cubrieron de cadenas  
 por oprobio y por tormento;  
 mi cuerpo estuvo en prisiones,  
 pero no mi pensamiento.

En el espacio que media  
 de la cuna al ataúd  
 hay un camino de sombra  
 y otro camino de luz.

Calienta la roja lumbre,  
 calienta el dorado sol;  
 para calentar mi pecho  
 necesito otro calor.

No hay mancha que no se lave:  
 la mirada vuelve á Dios;  
 con llanto la Magdalena  
 todas sus culpas lavó.

Al pasar por el estrecho  
 que llaman de Gibraltar,  
 no sentí tanto mareo  
 como el que dándome estás.

En la cuna hay diferencia,  
 pero no en el ataúd,  
 que el del pobre y el del rico  
 llevan ambos una cruz.

No hay plazo que no se cumpla  
 ni deuda que no se pague;  
 el que tenga que pagar,  
 que tranquilo no descanse.

En un campo de ilusiones  
 se ve brillar una flor,  
 y en sus pétalos se lee:  
 «El rey del mundo es amor.»

Siempre me dan fatiguillas  
 cuando paso por tu calle  
 y veo que á tu ventana  
 por mí no se asoma nadie.

Muchos pidieran á Dios  
 poder y oro en abundancia;  
 yo le pidiera la clave  
 para descifrar las almas.

A la puerta de mi casa  
 el dolor vino á parar;  
 le invité para que entrara,  
 asiento tomó en mi hogar.

Mirad, mirad á lo lejos:  
 la luna en el mar ríela  
 y veréis llegar las olas  
 con cargamentos de estrellas.

Para conquistar la gloria,  
 el hombre lucha y se afana  
 y al fin tiene que dejar  
 al pie del ciprés la palma.

Si por arte de Merlín  
 te pudiera transformar,  
 en pez te convertiría  
 para poderte pescar.

Mis ilusiones huyeron,  
 mis esperanzas volaron,  
 los desengaños vinieron  
 y mis lágrimas brotaron.

Esa mirada de fuego,  
 la palidez de tu cara  
 y esa hechicera sonrisa  
 son perdición de las almas.

Dicen que el primer amor  
 en el alma queda impreso:  
 un amor borra otro amor  
 si hay distancia de por medio.

Me dejó para sudario  
 de mi triste corazón  
 recuerdos que vivirán  
 tanto como viva yo.

Veletas á las mujeres  
 las llaman los hombres todos;  
 verdad es, que todas giran  
 al viento de sus antojos.

Dicen que para vivir  
se necesita dinero:  
si hay dinero y no hay salud,  
¿de qué sirve lo primero?

No me impidas que te ame,  
porque siempre te amaré;  
y si muero, de mi tumba,  
para amarte, me saldré.

Una gitana leyó  
en la palma de mi mano,  
que me habías de matar  
con un negro desengaño.

En la mansión del tirano  
no busques felicidad,  
que la dicha siempre huye  
de donde no hay libertad.

Pálida por mi ventana  
penetra la luna siempre:  
es la amiga del que sufre  
y por eso viene á verme.

Nadie se va de este mundo  
sin decir «amo» ó «amé,»  
las tempestades de invierno  
son las que se han de temer.

¿Lloras? Enjuga los ojos,  
no anubles su claridad;  
el que puede decir «¡madre!»  
pronto consuelo hallará.

Tú pisas, morena mía,  
con tanta gracia y donaire,  
que muchos al verlo piensan  
se te va á llevar el aire.

No hay corazón sin dolor,  
ni hay un alma sin martirio,  
ni hay vida sin un rigor,  
ni hay un amor sin delirio.

Me dicen que á partir vas,  
anda y que te guíe Dios;  
mas no vayas á partir  
tu corazón entre dos.

No codicies esa copa  
que el río apura en su asiento,  
que á veces hay en su fondo  
la hiel del remordimiento.

Yo te amé sin conocerte,  
yo te busqué sin hallarte,  
yo recorrí todo el mundo  
y no paré hasta encontrarte.

No es un suspiro del viento  
el que me hace despertar,  
es el alma de mi madre  
que me viene á visitar.

Yo te bendigo, experiencia;  
mas por decreto insondable,  
tras el desengaño acudes  
y sueles hacerlo tarde.

La ambición que te seduce  
¿dónde te conducirá?  
Hoja que arrebató el viento,  
nadie sabe adónde va.

Dos libros en esta vida  
estudiarás con los años:  
uno es el de los placeres  
y otro el de los desengaños.

El curso que sigue el río  
sin retroceder jamás,  
recuerda el amor primero,  
que pasa y no vuelve más.

Yo no tengo más dolor  
que es el dolor de no verte:  
cuando no te veo, temo  
que un día llegue á perderte.

La luz cuando se consume,  
la lumbre cuando se apaga  
y la noche con sus sombras  
son imagen de la nada.

Tú buscas un pensamiento,  
no busques más, toma el mío  
y él evitará que caigas  
en la sima del olvido.

Sin verte, siempre te veo,  
ya reír, ya sollozar;  
te tiendo amante mis brazos  
y no te puedo abrazar.

No vayas, niña, á la fuente  
donde van tantos soldados,  
que al mirarlos distraída  
podrías quebrar tu cántaro.

Empeñé mi corazón  
como joya de más precio:  
cuando á rescatarlo fuí,  
tenía una ilusión menos.

Hiedra seré si la muerte  
te viene, niña, á buscar;  
te cubriré con mis hojas  
y encontrarte no podrá.

Los claveles de tu reja  
dan envidia á tu vecina,  
porque dice que su novio  
siempre que pasa los mira.

La vergüenza que tenías  
te olvidaste de guardar:  
la perdiste... no sé dónde,  
y no la has vuelto á encontrar.

Yo soñé que me querías  
y soñé que me olvidabas,  
y entre un sueño y otro sueño  
se interpuso un mar de lágrimas.

Todas las generaciones  
representadas están  
por las olas de los mares  
que unas vienen y otras van.

La aurora te dió colores,  
el rocío te dió perlas,  
el sol se fijó en tus ojos,  
la noche en tu cabellera.

Las cuatro ha dado el reloj,  
cierra la reja, serrana,  
que el secreto de tu amor  
no sorprenda la mañana.

Amores halagadores  
que al alma dais tanto afán,  
por un beso de mi madre  
os viera á todos pasar.

Buscaste marido viejo  
y con joyas te adornaste,  
ahora con el llanto empañas  
el brillo de tus diamantes

Dame esa flor que en tu seno  
su blando nido ha buscado,  
yo la guardaré en el mío,  
que está de amor palpitando.

El sol eclipsa á la luna  
y la luna á las estrellas,  
y tú á todas las mujeres  
que crió Naturaleza.

A la Virgen del Recuerdo  
te encomendé, dueño mío,  
y tú á mí me encomendaste  
á la Virgen del Olvido.

Tienen su nido las aves,  
tienen su lecho las flores,  
yo sólo soy quien no tengo  
dónde ocultar mis dolores.

Si en la obscuridad me pierdo,  
niña, no sientas enojos,  
que si me pierdo será  
en la noche de tus ojos.

La oí cuando suspiraba  
y le pregunté: «¿Qué tienes?»  
y dijo, anegada en llanto:  
«Lloro de tu amor la muerte.»

El valle de la esperanza  
es como el de Josafat,  
que todos en él cabemos  
y nadie deja de entrar.

Niña, el amor te ha robado  
los colores de tu faz:  
con ese niño travieso  
nunca vuelvas á jugar.

Las estrellitas del cielo  
se van, al nacer el día,  
á fijarse todas juntas  
en el manto de María.

Ante la luna tranquila  
juraste que me adorabas;  
la luna veló sus rayos  
y no pude ver tu cara.

La vida, tal como viene,  
todos la hemos de tomar:  
es miel de sabor amargo  
con mucha dosis de agraz.

Cáseme usted, padre cura,  
prontito cáseme usted,  
que me tiene mareado  
la puntita de su pie.

A la grupa de mi jaco  
irás á la romería:  
partamos los dos juntitos  
antes de que nazca el día.

Tengo, hermosa, una guitarra  
que compré cuando te vi,  
acompaña mis cantares  
y canta sólo por ti

Sus labios dijeron «no,»  
y sus párpados temblaron;  
¡qué de luchas y deseos  
sus ojos me revelaron!

¿Mañana vas á la guerra?..  
Un laurel voy á plantar  
para que cuando regreses  
su sombra te pueda dar.

Levanté una fortaleza  
para guardarme á mí mismo;  
con el aire de tus faldas  
al suelo toda se vino.

Me amargas el corazón  
y á quejarme no me atrevo,  
porque el mundo me dirá  
que te deje, y yo no puedo.

Pides, para divertirme,  
una caña de pescar:  
sírmete de tu abanico,  
mejor caña no hallarás.

Corro desde que he nacido  
en busca de la Fortuna,  
y está de mí tan distante  
como está el sol de la luna.

Si me dieran el permiso,  
á tu reja subiría  
y los hierros que la tejen  
con mis dientes limaría.

El mundo me dió martirio,  
el dolor fué mi tirano,  
sólo Dios puede curar  
un corazón desgarrado.

Ayes que partís del alma  
en busca de algún consuelo,  
si no lo halláis en la tierra,  
subid volando hacia el cielo.

Cuando vayas, niña, al bosque,  
iré á acompañarte al menos:  
sola no temas perderte,  
entrambos nos perderemos.

Envuelto en la vaga sombra  
que el crepúsculo señala,  
te envió con un suspiro  
todo el fuego de mi alma.

El huérfano es en la tierra  
un ser que buscando va  
una fuente, luz y sombra  
para poder descansar.

Las ilusiones son humo,  
las esperanzas son fuego,  
los desengaños cenizas  
que barre el soplo del tiempo.

Cuando vienes á mi casa,  
vienes por sólo un camino;  
cuida mucho, cuando salgas,  
no cruzar el del olvido.

Cuentan que el sol cierto día,  
al encontrarte durmiendo,  
enrojeció tus mejillas  
y te doró los cabellos.

—  
Cuando el triste desengaño  
se presente en tu camino,  
leerás todas mis cartas  
y arrojarás un suspiro.

—  
Desde el día que quitaste  
la sortija de mi dedo,  
en la cadena de amor  
hay un eslabón de menos.

—  
Cual fragata empavesada  
vas en el mundo á bogar;  
sin brújula que te guíe,  
bien pronto naufragarás.

—  
El amor quiere siempre  
probar de todo;  
no le des dulce, niña,  
que es muy goloso:  
lo que haces mira,  
que una hartura pudiera  
matar su vida.

—  
Que el ampo de la nieve,  
que la flor de agua,  
que luna transparente,  
tú eres más blanca;  
si yo pudiera,  
con el fuego en que ardo  
te enrojeciera.

—  
Cuando la tarde acaba,  
las golondrinas  
suben á ver las nubes,  
tiernas amigas;  
y se van luego  
á medir los espacios  
lejos, ¡muy lejos!

—  
Madrecita del alma,  
dame un espejo;  
quiero ver si el semblante  
conservo bello:  
¡madre, una\*arruga!  
Si la vejez no avanza,  
dolor la ayuda.

Dicen que amor es fuego  
que arde en el alma  
y al soplo de la ausencia  
presto se apaga;  
papel y pluma  
cuidan de que ese fuego  
no se consuma.

—  
Ante el amor no debes  
mostrarte serio;  
debes siempre el semblante  
tener risueño:  
que amor es niño  
que si no le acarician,  
se vuelve esquivo.

—  
Llora el grande en silencio  
sus amarguras,  
que ante el mundo no puede  
mostrarlas nunca:  
¡feliz yo en tanto,  
que puedo por doquiera  
verter mi llanto!

—  
Una niña, orgullosa  
de su hermosura,  
se miraba al espejo  
de la laguna:  
¡espejo vano!,  
tiró el tiempo una piedra,  
se hizo pedazos.

—  
Dos suspiros se encuentran  
en el espacio  
cuando la luz del día  
se va acabando:  
son de dos almas  
que se aman en silencio  
y entonces se hablan.

—  
Quisiera ser, mi vida,  
paloma blanca,  
de perfumado pico,  
brillantes alas,  
y á tu palacio  
llegara cuando Febo  
sube á su carro.

Yo no tengo más bienes  
que la esperanza,  
y aunque el tiempo transcurra,  
nunca se acaba:  
es para el pobre  
una fuente que mana  
raudal de goces.

Los celos son visiones  
que evoca el alma,  
que la razón perturban,  
la vida embargan;  
de esa locura,  
el ser que la padece  
no vuelve nunca.

Eres humilde y quieres  
noble marido,  
la boda ha de costarte  
muchos suspiros:  
pues cada oveja  
ha de juntarse, niña,  
con su pareja.

Deseaste una prueba  
de su constancia,  
y entre los dos pusiste  
ausencia larga:  
no es maravilla  
que aquel que se levante  
pierda su silla.

No creas, porque canto,  
que estoy contenta,  
porque, al cantar, tan sólo  
canto mis penas;  
y éstas son tantas  
que mi vida es muy corta  
para cantarlas.

ISABEL DE VILLAMARTÍN

Como es mi vida una guerra,  
soy á un tiempo viejo y joven;  
que al soldado en la campaña  
se le cuenta el tiempo doble.

Yo no extraño que los campos  
quemem, niña, las heladas;  
que tú eres también de hielo  
y mi corazón abrasas.

Eres bella como el alba,  
deslumbrante como el sol.  
¡Qué lástima, vida mía,  
que no tengas corazón!

Yo tengo en el pecho el fuego  
que tienes en la mirada,  
tú tienes luto en los ojos  
y yo lo tengo en el alma.

Por lástima no corté  
la única flor de tu huerto,  
y á la mañana siguiente  
la había cortado un necio.

CARLOS RUBIO

Alcé la vista hacia arriba  
y te vide en un balcón;  
siempre que se mira al cielo,  
se ve la gracia de Dios.

Si vara de medir fuera,  
fuera á mujeres midiendo  
lo que les sobra de vanas,  
lo que les falta de seso.

Las flores que tú me diste  
más que un tesoro las guardo,  
y nunca se ven marchitas  
porque las riega mi llanto.

MANUEL CASTELLANO

Mi amor para ti es tan grande  
que si, muerto ya de un mes,  
me das un beso, es seguro  
que resucito á tus pies.

El amor que de ti logre  
no se lo cuentas á nadie,  
que es el amor que se cuenta  
pluma que se arroja al aire.

No cuentes tu amor á nadie,  
porque el amor es aroma  
que en el corazón se acendra  
y en la lengua se evapora.

Si te dicen que hay aquí  
quien te quiera más que yo,  
no te disputes por mí,  
di con la lengua que sí  
y con el alma que no.

Eres pálida y pequeña,  
señas de alto precio son:  
rica esencia en pomo chico,  
la más cara, la mejor.

La escalera de tu casa  
beso cuando no me ves,  
porque yo adoro hasta el polvo  
donde pones tú los pies.

Los balcones de tu cuarto  
tienen la luz al Oriente:  
para mí hasta que los abres,  
ni sale el sol, ni amanece.

Que no busquen, si te mueres,  
para enterrarte panteón:  
tu sepulcro, si me quieres,  
ha de ser mi corazón.

No cantes donde te oiga,  
porque es un áspid tu voz,  
que se entra por mis oídos  
á morderme el corazón.

JOSÉ ZORRILLA

Al hacer tus dos pupilas  
dos milagros hizo Dios  
con dos gotas de tinieblas  
y con dos rayos de sol.

FEDERICO BALART

Al hipócrita comparo  
con los santones de yeso:  
grande perfección por fuera  
y polvo y nada por dentro.

ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

Ayer me vi en el cristal  
de esos tus ojos de cielo:  
¡sí en tu corazón me viera  
como en tus ojos me veo!

En un cuerpo que parece  
arde viva una pasión:  
¿por qué, si el hombre envejece,  
no envejece el corazón?

VÍCTOR BALAGUER

Mejor alumbrá una luz  
si puro cristal la cerca,  
y es la virtud más hermosa  
velada por la modestia.

MANUEL TAMAYO

Cuando yo canto, en tropel  
acude la humanidad;  
que para gozar son buenos  
todos los hijos de Adán.

Dime, prenda de mi vida,  
si tu padre es confitero,  
pues tienes los labios dulces  
lo mismo que el caramelo.

No te diré una palabra  
cuando pases por mi lado,  
que el lenguaje de los ojos  
no lo traducen los labios.

Tienes á gala el ser pobre,  
y eso cautiva, mi bien;  
que es la pobreza en las niñas  
el lujo de la honradez.

Pinté en tu puerta una cruz  
y me aplaudió el vecindario,  
pues sabe que siempre está  
detrás de la cruz el diablo.

La hermosura andaba errante  
buscando un bello aposento,  
y al hallar tu rostro dijo:  
«Lo que es de aquí no me muevo.»

Me engañaste y te perdono.  
porque el amor es muy noble;  
mas de haberte perdonado  
pido á Dios que me perdone.

Quando la campana toca,  
presto toda mi atención  
y oigo como va diciendo:  
«También me escucha tu amor.»

Desde mi casa á la tuya  
voy de ilusiones cargado;  
desde la tuya á la mía,  
cargado de desengaños.

Quando á la playa te acercas,  
parece que hay temporal  
y es que á verte se levantan  
todas las olas del mar.

Suponen que eres muy pobre  
y hacen mal en suponerlo,  
porque eres la poseedora  
de todos mis pensamientos.

Quisiera que me quisieras,  
y quisiera en ti más fe;  
mas como te quiero tanto,  
ya nada puedo querer.

Soñé ayer que en un sudario  
envolviste el amor mío;  
el sueño fué realidad,  
aquel sudario el olvido.

No es menester que te diga:  
«Desde que te vi, te adoro;»  
que el amor, si es verdadero,  
hace lenguas de los ojos.

«Seré tuya hasta la muerte,»  
me dijiste, y es verdad:  
desde que me has olvidado,  
has muerto para mí ya.

El amor así exclamó  
al ver pasar dos suspiros:  
«Éstos de mi reino son  
los servidores más listos.»

Quando tu casa veo,  
¡me alegre tanto!  
Si el altar tanto alegra,  
¿qué será el santo?

Dijo el ave: «¿Qué es lo que hay  
que cual yo, rompiendo el viento,  
suba al cielo?,» y Dios responde:  
«Pajarito..., el pensamiento.»

Nunca he visto, niña mía,  
salir de tus ojos lágrimas;  
quien tiene secos los ojos,  
más enjuta tendrá el alma.

Huye tu orgullo la gente,  
mujer necia y orgullosa;  
que los árboles muy altos  
no suelen dar buena sombra.

JOAQUÍN ASENSIO DE ALCÁNTARA

Dijo el sabio Salomón,  
y dijo el sabio muy bien,  
que para saber cantar  
basta con saber querer.

¡Desgracia como la mía!  
Ver reír me causa llanto,  
y ver llorar, alegría.

Yo quise subir al cielo  
por la escala del amor,  
y me faltó la constancia,  
que es el último escalón.

Escondida en su concha  
vive la perla,  
y al fondo de los mares  
bajan por ella:  
no olvides nunca  
que lo que mucho vale  
mucho se busca.

Al calor de la lumbre,  
junto á los seres  
que en esta triste vida  
con fe nos quieren,  
tranquila el alma,  
las veladas de invierno  
¡qué bien se pasan!

Vi marchitarse una flor,  
y dije: «Mueren sus hojas,  
pero su perfume no.»

Las aguas del mar amargan,  
amargan como la sal;  
amargos son mis cantares  
como las aguas del mar.

Una es siempre la desgracia  
como es una la verdad;  
por eso al cantar mis penas  
canto las de los demás.

Cavando estaban su fosa  
y dije al sepulturero:  
«Para un corazón tan grande  
no hay nicho en el cementerio.»

Quiero que hagamos juntos  
unos cantares:  
mírame tú y yo escribo...  
¡Qué bien nos salen!

Nadie se jacte en el mundo  
de fortuna y de poder:  
el mar llega hasta la playa,  
y atrás se vuelve otra vez.

Por la puerta del pobre  
¡qué pocos pasan!  
La amistad se detiene  
y entra en la casa.

Dentro del alma dormían  
mis cantares ignorados;  
pasaste tú por mi puerta  
y todos se despertaron.

Cogí la guitarra  
y templé sus cuerdas;  
pero al ir á cantar mis dolores  
saltó la primera.

Porque mis dolores,  
al ir á cantarlos,  
siempre me han pedido que los acompañe  
de mi propio llanto.

¡Cuántas florecillas!,  
¡cuántas tiene el prado!  
Viven ignoradas y la muerte encuentran  
del hombre á los pasos.

Un jilguerillo alegre  
dejó su jaula,  
y por volar al cielo,  
voló á tu casa.

No te avergüences, bien mío,  
de ese llanto que derramas,  
que si el mundo hizo el dolor,  
Dios, en cambio, hizo las lágrimas.

El camino de la vida  
es un camino penoso...  
¡Pobres de los corazones  
que van caminando solos!

Las cuerdas de mi guitarra  
parece que están de broma:  
cuando yo quiero que canten,  
ellas... ¡llora que te llora!

LUIS MONTOTO

Tienen ya tus ojos, niña,  
tal costumbre de matar,  
que lo mismo les importa  
muerte menos, muerte más.

Hoy me enamoran dos niñas  
asomadas á dos rejas:  
son las niñas de tus ojos  
entre tus pestañas negras.

Tus ojos, niña, robaron  
la paz de mi corazón:  
quien lo robado no vuelve  
no tiene perdón de Dios.

Cuando veo que se acercan  
esos ojos relucientes,  
al corazón digo: «¡Alerta,  
que los enemigos vienen!»

Quisiera ser el librito  
que en la misa te acompaña,  
para que devota siempre  
los ojos en mí fijaras.

Con sólo una mirada  
de mi morena,  
podía arder á un tiempo  
toda la tierra.

Yo no me contento, niña,  
con que me mires un poco,  
que mis ojos serán siempre  
girasoles de tus ojos.

Tus ojos fueron cuna  
de mi esperanza:  
¡ay! ¿por qué la mecieron  
para matarla?

En tus vivos ojos negros  
hallar la vida creí,  
y no vivo, niña mía,  
desde que tus ojos vi.

Si luz al sol yo le pido  
el sol me dará tinieblas,  
que luz pido yo á tus ojos  
y tus ojos me la niegan.

BLANCA GASSÓ

Callando te hablaba,  
callando me hablaste,  
y aquel secreto que oculto creímos  
el mundo lo sabe.

Yo le pregunté á un anciano  
que qué frutos recogió;  
miróme, y con triste acento:  
«La ingratitud,» contestó.

«Toma este beso, dijiste,  
como prueba de cariño;»  
no sé por qué me acordé  
del que le dieron á Cristo.

Dicen que pasando el tiempo  
todas las llagas se curan;  
¡ay!, las que llevo en el alma  
no se cicatrizan nunca.

Una sola vez amé  
y un solo día refí;  
va siempre la mala suerte  
corriendo detrás de mí.

Ni el veneno más activo,  
ni el puñal más afilado,  
hubieran muerto mi alma  
como lo han hecho tus labios.

Más grande ni más terrible  
no se ha visto una venganza;  
la abandoné á la clemencia  
del juzgado de mi alma.

Epílogo de tu historia  
es el ansia con que anhelas  
borrarla de tu memoria.

La elocuencia del amor  
se expresa con un suspiro  
que sale del corazón.

En la fuente de mis lágrimas  
empapé la pluma mía;  
por eso son mis cantares  
amargos como el acibar.

Cogiendo una tarde flores,  
me fijé en la siempreviva,  
y mirándola con pena,  
exclamé: «Todo es mentira.»

Yo fui la paloma santa  
que llevó el ramo de olivo,  
tú la sierpe venenosa  
que envenenaste mi pico.

Con el alba perfumaste  
mi vida del corazón;  
cuando el sol se despedía  
era cadáver mi amor.

La dicha dura un instante,  
los pesares duran más,  
porque tienen la conserva  
del vinagre y de la sal.

Con lágrimas en los ojos  
me confesó su cariño,  
y á conocer me enseñó  
cómo llora el cocodrilo.

Si quieren saber fingir,  
si quieren saber llorar,  
que les miren un instante  
y alleccionados saldrán.

El *Cantar de los Cantares*  
no lo escribió Salomón;  
lo compone aquel que ama  
con todo su corazón.

Quisiera abrasar mi mente  
y calcinar mis recuerdos,  
taladrar el pecho mío  
y que tocan á muerto.

Fijo un pensamiento  
tortura mi mente,  
y es en vano que quiera explicarlo:  
me abraza la fiebre.

EUGENIA N. ESTOPA

Treinta años hace que voy  
detrás de unos ojos negros:  
estos ojos son los míos  
porque delante los llevo.

Pajarillos picoteros  
que en la arboleda cantáis,  
picoteros pajarillos,  
¡buenos pájaros estáis!

U. SEGARRA BALMASEDA

Desde que el amor primero  
enterré en mi corazón  
llevo en él este letrero:  
«Cerrado por defunción.»

Conociéndote te quise,  
por eso no tengo pena,  
yo soy el ratón que ha entrado  
por gusto en la ratonera.

El hombre, cuando se embarca,  
debe rezar una vez;  
cuando va á la guerra, dos,  
y cuando se casa, tres.

Mira tú si hay malas lenguas  
y si hay corazones malos:  
por dar la camisa á un pobre  
me llaman descamisado.

Si usted se fuera á su casa  
y se apoyara usted en mí,  
y cayéramos los dos...,  
¡ayúdeme usted á sentir!

Con cataplasmas de olvido  
se curan muchos enfermos;  
con píldoras de esperanza  
¡cuántos y cuántos han muerto!

Permita Dios, niña hermosa,  
que me agarre un vendabal  
y entre tus brazos me estrelle  
aunque me deje señal.

Más de diez novios te rondan  
á pie y á caballo, Elena;  
los de á caballo se pasan  
y los de á pie nunca llegan.

Una mujer y una gata  
domestico yo á la vez;  
los arañazos que tengo  
todos son de la mujer.

El amigo verdadero  
ha de ser como la sangre,  
que acude siempre á la herida  
sin esperar que la llamen.

A buscar dichas y penas  
salí con otro á un camino:  
cuando él con las dichas dió,  
dieron las penas conmigo.

Pelo rubio y ojos negros,  
¡vaya una contradicción!,  
á un tiempo blanca y morena,  
fuego y nieve, luna y sol.

El temple de las navajas  
puso Dios en tu firmeza:  
si dan en madera, cortan;  
si dan en hierro, se mellan.

Los cristales de mis ojos  
son, desde que me hago viejo,  
para el placer, naturales;  
para las penas, de aumento.

Como el pez en el agua  
vive aquí el bueno,  
esperando á que el malo  
le eche el anzuelo.

Amor es como el vino;  
guárdate á tiempo,  
y te sabrá más dulce  
cuanto más viejo.

Para querer, una fea;  
para perderse, una hermosa;  
para casarse, una rica;  
para aburrirse, una tonta.

Hay aquí muchos héroes  
y muchos sabios,  
dignos, no ya de Esparta,  
sino de esparto.

Amores contenidos  
no son amores;  
cuanto más quieta el agua,  
más se corrompe.

He de mandar que me entierren  
sentado cuando yo muera,  
porque no falte quien diga:  
«Ya no vive y aún espera.»

No todo el mundo es capaz  
de dar una puñalada;  
pero ¿una mala noticia?,  
la persona más honrada.

Sólo una vez de pasada  
vi la fortuna delante;  
la llamé: ¡estaba ocupada  
enriqueciendo á un tunante!

A cierta edad la mujer  
se parece á la ensalada;  
sólo bien aderezada  
hay quien la pueda comer.

Capilla de los Dolores  
donde la vide rezar,  
los dolores han quedado:  
es ella la que no está.

En el viaje de la vida  
van los ricos á caballo,  
los caballeros á pata,  
y los pobres arrastrando.

Cielos y mundos podría  
mi corazón contener:  
¡cómo serán mis dolores  
que no me caben en él!

Que no sales de la iglesia  
ayer me dijo tu madre;  
para pecadora es pronto,  
para arrepentida es tarde.

Buena copla es la que deja  
al que la canta ó la escucha,  
en el corazón consuelo,  
y en los labios amargura.

MANUEL DEL PALACIO

Camino del cementerio  
se encontraron dos amigos:  
«¡Adiós!», dijo el vivo al muerto,  
«¡Hasta luego!», el muerto al vivo.

Rico es el pobre que sabe  
ganar á sus hijos pan;  
pobre es el rico que gasta  
lo que no sabe ganar.

Las flores de tu ventana  
de fijo se secarían  
si no te vieran la cara.

El niño llora riendo,  
el rico goza gastando,  
el pobre vive muriendo,  
y el pueblo canta llorando.

¡Que te diga si he sufrido!:  
¿qué sabes tú de pesares  
si nunca los has tenido?

FRANCISCO J. DE HOYOS

La mujer reina en el hombre:  
niña, es su esperanza y sueño;  
joven, su olvido de todo;  
vieja, su arrepentimiento.

Mil estrellas necesita  
el cielo para brillar:  
cielo es tu cara, y deslumbra  
con dos estrellas no más.

Hoy, al romper nuestro lazo,  
llanto vertimos los dos;  
tú lloraste con los ojos  
y yo con el corazón.

Como dos árboles somos  
que la suerte los separa:  
ponen en medio un camino,  
pero se juntan sus ramas.

No tapes con la pintura  
los colores de tu cara,  
que sólo en las casas viejas  
se revoca la fachada.

Tres maestros he tenido:  
mi madre me enseñó á amar,  
el mundo á dudar de todo,  
y una mujer á olvidar.

Hoy, cuando leo tus cartas,  
la risa juega en mis labios:  
¡qué bien se ven las mentiras  
al través del desengaño!

Lloraste á tu madre poco  
y lloras mucho á tu amante;  
amantes tendrás de sobra,  
mas no hallarás otra madre.

Todo enemigo es malo  
aunque pequeño,  
pues se ve que una chispa  
causa un incendio.

Es el hombre como el globo  
que se remonta á los cielos;  
cuanto más sube y más sube,  
se le mira más pequeño.

Ayer, Domingo de Ramos,  
fuiste con palma á San Luis:  
el cura, que te conoce,  
no la quiso bendecir.

Si sufro, déjame solo;  
si sufres, venme á buscar:  
mío es mi dolor, y mío  
el dolor de los demás.

TEODORO GUERRERO

Compañerita del alma,  
mírame bien á los ojos:  
no me pidas confesiones,  
que ellos te lo dirán todo.

Mira aquí las gradaciones  
de la escala de tu amor:  
deseo, ilusión, placer,  
cansancio, hastío y dolor.

Yo te pago con acciones,  
tú con promesas me pagas,  
yo con moneda de ley  
y tú con moneda falsa.

Ciego estuve mucho tiempo,  
y así no vi, en mi ilusión,  
que en ti tan sólo adoraba  
á mi propio corazón.

¡Que te cuente mi cariño!,  
no te lo puedo contar;  
¡cómo hacerlo si he jurado  
no darte ningún pesar!

No sé qué tienen mis ojos  
desde el día en que te vi;  
por todas partes que miran  
tan sólo te ven á ti.

He de consultar al cura  
sobre una duda que tengo:  
si podré ganar la gloria  
queriéndote cual te quiero.

No me tienes que mirar,  
ni me tienes que atender;  
déjame estar á tu lado,  
que con esto ya estoy bien.

No tengo más que la vida  
y la he de dar toda entera,  
porque tan sólo un momento,  
como te quiero, me quieras.

Tú en tus encantos te gozas,  
yo en tus gracias me recreo:  
¡ya ves cómo coincidimos  
en un mismo pensamiento!

Cuando pasas y me pongo  
tan pálido como un muerto,  
es que el alma me abandona  
para volar á tu encuentro.

Desde que juré olvidarte,  
tan bien lo quiero cumplir,  
que no te olvido, pensando  
que he de olvidarme de ti.

Si una tarde mi morena  
quisiera mirar al sol,  
yo no sé quién quedaría  
más moreno de los dos.

En cada copla que canto  
otras mil coplas se envuelven,  
pues cada cual en el corro  
á su manera la entiende.

Suele el amor ser balanza  
en que los enamorados,  
cuando uno toca en el cielo,  
el otro toca en el fango.

El banco, el árbol, tu nombre,  
el cielo lleno de luz,  
todo lo mismo que entonces,  
¡todo!., ¡todo!., menos tú!

Si te engañé y me engañaste,  
no fué engaño nuestro engaño:  
el engaño hubiera sido  
el no habernos engañado.

Los pasos que dimos juntos,  
las matitas que pisamos,  
¡cuántas veces en tu ausencia  
á solas las he pisado!

No llores, compañerita,  
porque me vaya á la guerra;  
ahí te dejo el corazón  
para que nadie lo hiera.

Mira el cortejo que llevo  
cuando de mí te separas:  
tu recuerdo, tus promesas,  
mis dudas, mis esperanzas.

Desde que tu imagen fría  
puse dentro de mi pecho,  
dudo yo de si la nieve  
se deshace junto al fuego.

Ayer la encontré en la calle  
y por mi lado pasó:  
¡ni yo la conocí á ella,  
ni ella á mí me conoció!

No usarías en verdad  
de tanto rigor conmigo  
si te contase mi almohada  
lo que yo á solas le digo.

Dicen que el cuerpo se muere  
y que el alma nunca acaba:  
dentro de mi cuerpo, vivo,  
llevo muertecita el alma.

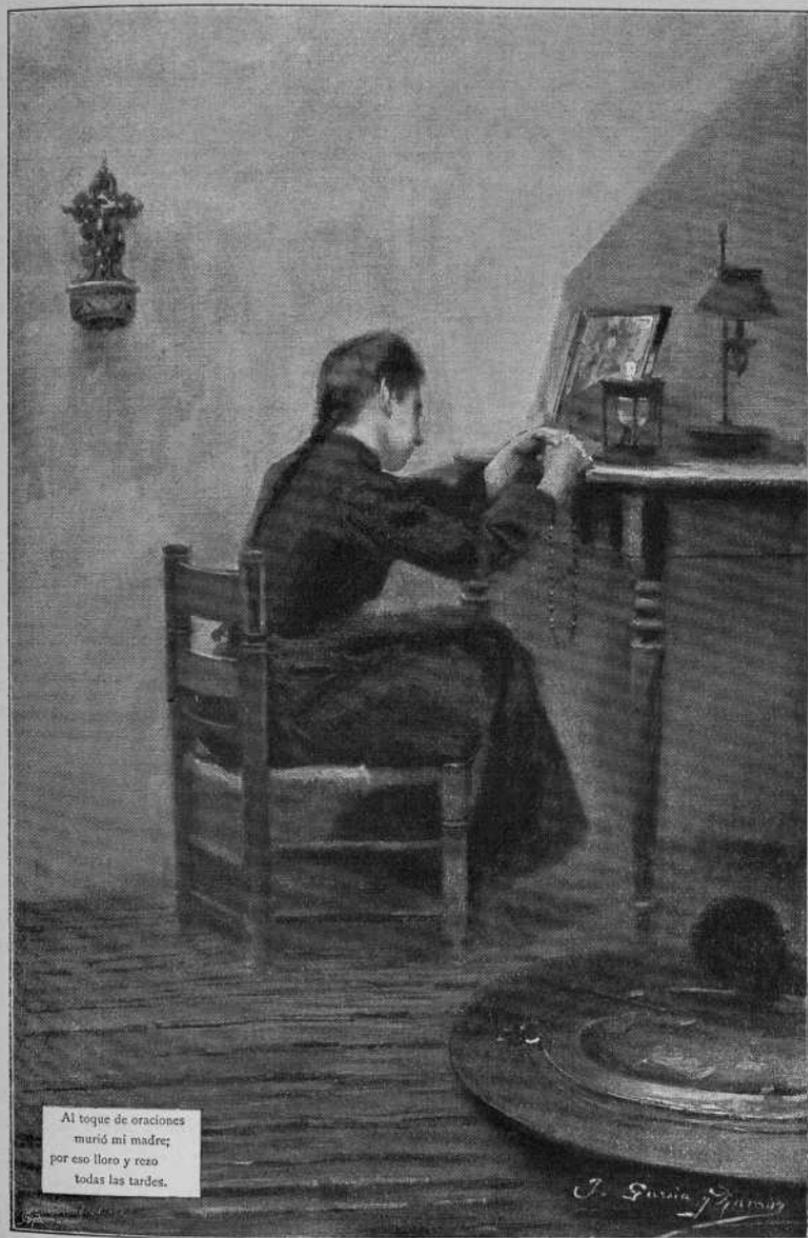
¿Qué será que mi guitarra  
con el mismo son envía  
pesares al que está triste  
y al que está alegre alegrías?

Desde que tú me quieres  
con tal extremo,  
no sabes, vida mía,  
cuánto te quiero.

¡Mucho le habrás de querer  
si el cariño que te tengo  
se lo has de dar todo á él!

Llevábanlo al cementerio,  
celoso corrí por verle,  
y al cruzar dije con ira:  
«¡Y yo que juré su muerte!»

Y yo que juré su muerte,  
cuando le iban á enterrar,  
al verla por él tan triste,  
¡segui llorando detrás!



Al toque de oraciones  
murió mi madre;  
por eso lloro y rezo  
todas las tardes.

*J. García Ramos*

J. García Ramos dibujó



Una boca tan bonita  
como Dios te ha dado á ti,  
no es para decir que *no*,  
que es para decir que *sí*.

Un pajarito chiquito  
tengo yo dentro del alma,  
y cuando me miras tú,  
mueve las alas y canta.

No me mires, no me mires,  
que sin hablarme palabra  
es mucho lo que me dices.

Pone para la ensalada  
el aceite tu papá,  
tu mamá pone el vinagre,  
niña, y tú pones la sal.

Los ojos de mi morena  
relumbran algunas veces  
como navajas abiertas.

Como corre por la sierra  
agua de los manantiales,  
yo siento dentro de mí  
la vena de los cantares.

No desprecies mis cantares,  
porque si no son de oro,  
te digq que son de sangre.

Si Lagartijo va al cielo,  
aunque sin coleta ya,  
al torito de San Marcos  
lo ha de banderillar.

Para meterse á torero  
se necesitan tres cosas:  
corazón, vista y salero.

Si hoy mismo resucitaran  
aquí en Córdoba los moros,  
cada cual se iba á su casa.

Los moros que te labraron,  
*Capilla del Zancarrón*,  
merecían ser cristianos.

Cuando me dijo que *sí*  
la mujer que me quería,  
¡qué modo de repicarme  
el corazón de alegría!

¡Compañerilla del alma,  
el cariño que te pido  
me hace muchísima falta!

Tiene mi niña, si quiere,  
para poner una tienda,  
los ojos de terciopelo  
y las manitas de seda.

Con las piedras de la calle  
te tengo comparadita,  
porque no te ablanda nadie.

Me dijo que me quería  
y luego se arrepintió:  
permita Dios que le falte  
agua y aire, tierra y sol.

Con las pestañas tan largas  
y el color como la cera,  
si cierras los ojos, niña,  
va á parecer que estás muerta.

Jilgueros y verdones  
tengo en la jaula,  
y con su algarabía  
se alegra el alma.

Yo tenía un olivar  
y se lo comió el gorgojo,  
y una novia que tenía  
al fin se casó con otro.

Tienes unos ojos  
tan negros, tan negros,  
que una sima honda, muy honda, muy honda,  
parecen por dentro.

Cuando mi niña sonríe,  
es más bonita su cara;  
será que la alumbró el sol  
que tiene dentro del alma.

«¡Yo te adoro!,» una noche  
dije dormido,  
y desperté celoso  
de haberme oído.  
¡Porque pensaba  
que alguno te decía  
que te adoraba!

Asómate á la ventana  
antes de que salga el sol,  
porque si sale después,  
¿quién va á parar de calor?

El día que tú te mueras  
y te lleven á enterrar,  
si no me entierran contigo...,  
con otra me enterrarán.

A la gloria dicen  
que se van los niños.  
¡Qué gloria más gloria  
que tenerlos vivos!

Nacemos casi todos  
mirando al suelo,  
y á todos nos entierran  
mirando al cielo:  
es el destino,  
que nos indica siempre  
nuestro camino.

«¡Caramba!, dijo un chico  
de Paracuellos;  
¿qué será que me gustan  
más ellas que ellos?»

No he visto cosa más grande  
que el corazón de Dolores;  
doce estuvimos á un tiempo,  
y cabían otros doce.

Nunca se van del pecho  
las esperanzas,  
que siempre hay rinconcitos  
para guardarlas.

Asoma la carica  
por la gatera,  
y yo seré el gatico  
que esté por fuera.

¡Pobre flor del olvido,  
qué sola naces!  
Cuanto menos te cuidan,  
más grande te haces.

El sol está en el aire,  
también la tierra;  
si está en el aire todo,  
¿dónde hay firmeza?

Tengo yo una lista  
que es lo que hay que ver:  
¡con cada conquista....  
que he debido hacer!

Suspiros que de ti vienen,  
suspiros que de mí van...,  
ganas de perder el tiempo  
y ganas de suspirar.

¡Ay, quién fuera la pila del agua,  
del agua bendita,  
donde metes los días de fiesta  
tu hermosa manita!

No me has dicho que me quieres,  
pero me miras del modo  
con que sabéis las mujeres  
decir «¡nada!» y decir «¡todo!»

Las dos penas que he tenido,  
que más me han atormentado,  
una es haberte querido,  
otra es no haberte olvidado.

Eres como el eco  
de la encrucijada,  
que responde «¡Te quiero!,» á un «¡Te quiero!,»  
y no quiere nada.

Por besarte me diste  
cuatro cachetes,  
¡ay qué ganitas tengo  
de que me pegues!

A la flor que me diste  
le dí mil besos;  
la marchité en un día  
sin conocerlo.

Cuando Dios hizo el llanto  
no tuvo prisa,  
y luego, en un segundo,  
creó la risa:  
por eso el llanto,  
como hay tanto en el mundo,  
nos dura tanto.

Cuando sale de casa  
mi dulce dueño,  
los chiquillos del barrio  
la van siguiendo;  
y ella se vuelve,  
y á los más pequeñitos  
besa en la frente.

Las mujeres exclaman:  
«¡Bendita seas!»  
y los ancianos dicen:  
«¡Dios te proteja!»  
Yo, suspirando,  
digo: «¡Quién se volviera  
chico del barrio!»

CONSTANTINO GIL

Cuando me esté retratando  
en tus pupilas de fuego,  
cierra de pronto los ojos  
á ver si me coges dentro.

Cuando me envuelvo en la lumbre  
de tus pupilas siniestras,  
como terrible martillo  
toda mi sangre golpea.

Tengo los ojos rendidos  
de tanto mirar tu cara;  
si los cierro, no es que duermo,  
es tan sólo que descansan.

Rayito fuera de luna  
para entrar por tu ventana,  
subir después por tu lecho  
y platearte la cara.

En el altar de tu reja  
se dice misa al amor;  
tú eres la virgen divina,  
y el sacerdote soy yo.

El día de conocerte,  
¡mira qué casualidad!,  
tu nombre estuve escribiendo  
en la escarcha de un cristal.

Creuyendo en mis sueños  
poder abrazarte,  
¡cuántas veces, mi bien, he oprimido  
las ondas del aire!

Sobre la almohada  
donde duermo á solas,  
¡cuántas cosas te he dicho al oído  
sin que tú las oigas!

Tu desaire más ligero  
pone mi pecho vibrando,  
como un granillo de arena  
hace temblar todo un lago.

Si quieres darme la muerte,  
tira donde más te agrada,  
pero no en el corazón,  
porque en él llevo tu imagen.

Va el universo gigante  
retratado en tus pupilas,  
y me gusta ver en ellas  
una copia tan chiquita.

Para que tú lo comprendas,  
te hago un poema en cantares,  
y sólo quiero por gloria  
la gloria de que los cantes.

Como levanta un ruido  
la bandada de palomas,  
levanta en mí tu mirada  
una bandada de coplas.

Eres tú la nieve,  
yo soy el incendio,  
y entre si te fundo y entresi me apagas,  
me devora el fuego.

Pensando en ti, hice  
castillos de sueños,  
y han cogido debajo á mi alma  
al venir al suelo.

Cada minuto á mi pecho  
la esperanza va á llamarme;  
no quiero abrirle la puerta  
por temor de que me engañe.

Entre esperanza y tristeza  
batalla mi corazón;  
unas veces en él llueve,  
y otras veces sale el sol.

Deshojando con desdenes  
vas la flor de mi esperanza;  
cada hoja que le quitas  
arranca un grito á mi alma.

Si de tu guitarra  
punteo las cuerdas,  
me parece que tengo en mis brazos  
tu cuerpo, no ella.

Seis cuerdas sonoras  
tiene tu guitarra,  
y yo he de arrancarme, para que las toques,  
seis fibras del alma.

La lección que me pusiste,  
á puntear aprendí,  
y cada nota que suena  
me habla al oído de ti.

Como en ti, cintura y pecho  
que hay en tu guitarra miro,  
y ella también, como tú,  
el pecho tiene vacío.

Las cuerdas de tu guitarra  
son las fibras con que siente:  
fibras tiene un instrumento,  
y tú, en cambio, no las tienes.

Es tu mirar una espada  
hecha de un rayo de sol,  
y atravesada la llevo  
en medio del corazón.

En tu pecho mandas,  
y en mi pecho yo;  
¿qué trabajo te cuesta quererme?  
¡Quiéreme por Dios!

Cuando tocas las cuerdas  
de tu guitarra,  
me parece que tocas  
también mi alma;  
y en el momento,  
como las cuerdas tiembla  
todo mi cuerpo.

Del papel que me diste  
lleno de notas,  
aprendí el dulce tango  
que suena á gloria;  
cuando lo leo,  
voy sobre cada signo  
dejando un beso.

Calculo que quinientas  
son tus pestañas;  
cada pestaña airosa  
es una espada.  
Cuando las mueves,  
¡con quinientas espadas,  
niña, me hieres!

Cuando entonas alegre  
las malagueñas,  
en mi pecho se fijan  
música y letra;  
el tiempo pasa,  
¡y aún escucho en mi pecho  
tu voz que canta!

No es tan grande mi locura  
porque ambicione una estrella,  
pues mi mano alcanzaría...,  
si quisiera bajar ella.

Tierra miserable  
seremos tú y yo,  
antes de ser tierra, seamos, bien mío,  
ternura y amor.

Está el mar contra la roca  
golpe viene y golpe va,  
y tú piensas que mi pecho  
es un peñasco del mar.

Sin tu amor voy por el mundo  
igual que un muerto que anda,  
y va sola el alma mía  
en medio de tantas almas.

En lo infinito del tiempo  
la vida es sólo un minuto,  
y ese minuto que vivo  
lo estás vistiendo de luto.

En tus manos tiene presas  
mi inspiración sus dos alas,  
y ya no puede subir  
al cielo donde volaba.

A una línea de tus labios  
hoy he tenido mi boca,  
y dije: «¡Qué cerca está  
el Infierno de la Gloria!»

Tan cerca de mi semblante  
el tuyo pusiste tú,  
que pudieron nuestros ojos  
mezclar sus rayos de luz.

Hoy me has mirado un instante,  
y como fué con amor,  
de tus ojos á los míos  
sentí que pasaba Dios.

Me han parecido tus dientes,  
al sonreirme tu boca,  
un criadero de perlas  
en el fondo de una rosa.

Verte pronunciar la *n*  
me gusta al oírte hablar,  
porque haces el movimiento  
que se hace para besar.

En tus dos bellas pupilas  
mi figura miro impresa,  
y si los párpados juntas,  
me parece que la besas.

Asomarse á tus dos ojos  
es asomarse á la gloria,  
y á un nido lleno de besos  
es asomarse á tu boca.

Cuando cerca me miraste  
se alumbró el cielo y la tierra  
y nadó en un mar de luz  
mi corazón de poeta.

Cuando cerca vi tu cara,  
sentí horrible tentación  
de regalarte en un beso  
la vida que Dios me dió.

Como las olas del mar  
el alma mía va y viene;  
ayer creí que me amabas  
y hoy pienso que me aborreces.

Reloj es mi corazón  
que dice, mientras se mueve:  
una vez, «Me está adorando,»  
y otra vez, «Ya no me quiere.»

En dos sílabas consiste  
mi muerte ó mi salvación,  
en que me digas que *sí*  
ó en que me digas que *no*.

Ni para matarme  
tienes valentía;  
de una vez el brazo levanta, cobarde,  
y á mi pecho tira.

Tienes, como el gato,  
dulzura y perfidia,  
como el gatolames, y como él la zarpa  
á los ojos tiras.

Mi cerebro es una hoguera,  
mi corazón un incendio,  
y tú te ríes de ver  
lamer las llamas mi cuerpo.

Encerrada en su ataúd  
dejaste al fin mi esperanza;  
yo amortajé tu recuerdo  
y le eché tierra á la caja.

Con pedazos de mi carne,  
de ti me arranqué el recuerdo,  
y creí que eran raíces  
de tu amor todos mis nervios.

Después de arrojar tu nombre  
de la iglesia de mi fe,  
me quedé en medio del mundo  
como un cadáver en pie.

Tiré al lago del olvido  
con valentía tu nombre,  
y sentí que por mi alma  
se derramaba la noche.

Ya no viene tu memoria  
á abrasarme las entrañas,  
voló el buitre de mi pecho  
y me soltaron sus garras.

Cuando eche mi cuerpo flores,  
sólo una cosa te pido:  
que las pongas en el pecho  
donde no pude estar vivo.

En mis párpados cerrados  
sentí un ala vagorosa;  
fué tu recuerdo que vino  
en forma de mariposa.

¿Qué quieres de mí, mujer,  
que á romper vienes mi sueño?  
Mi última gota de sangre  
llévate, y deja á mi pecho.

Sin misericordia llamas  
sobre mi losa de muerte:  
ya estoy sentado en la tumba  
y te pregunto: «¿Qué quieres?»

Con mis pupilas de muerto  
miro de nuevo tu cara,  
y siento temblar de dicha  
el velo de mi mortaja.

No me llesves á la vida  
de nuevo, mujer infame;  
cierra mis ojos, y deja  
que en mi sepulcro descanse.

Unos instantes tuvimos  
casadas nuestras dos manos,  
y en ideal desposorio  
nuestros ojos se enlazaron.

Con mis manos en las tuyas  
estuve algunos momentos,  
y vi que se deshacían  
en luz la tierra y el cielo.

Se trenzaron nuestros dedos,  
pero no así nuestros labios:  
¡ay, cuándo harán vuestras bocas  
lo que hicieron vuestras manos!

Si yo fuese enredadera  
me enroscaría á tu cuerpo,  
y con cada campanilla  
daría en tu boca un beso.

Tengo que pedirle á Dios  
que me vuelva mariposa,  
para cuando estés dormida  
pararme sobre tu boca.

De ser una mariposa,  
de seguro me cogieras  
y quizás tus frescos labios  
sobre mis alas pusieras.

Mariposa quiero ser  
para estar continuamente  
describiéndote coronas  
en derredor de la frente.

Si fuese una mariposa  
suelta en la luz del ambiente,  
te besaría en los labios  
y no podrías cogerme.

Por el viento están las palmas  
beso viene y beso va,  
y estando cerca de ti  
yo no te puedo besar.

Sin saberlo más que el aire,  
se están las palmas amando:  
sin que lo sepa ni el viento,  
tú y yo podemos besarnos.

Tengo ganas de que pongas  
tu oído sobre mis sienes,  
para que sientas rugir  
la tempestad de mi frente.

El trato engendra el cariño,  
y el cariño se hace amor,  
como un grano se hace planta  
y la planta se hace flor.

La semilla de mi amor  
no se ha arraigado en tu pecho,  
y es porque tú no me dejas  
sembrártela con un beso.

Mira si es noble la tierra,  
que de un grano hace cien granos:  
cada beso que te dé  
dámelo centuplicado.

Tengo que mirarte arder  
y lanzar chispas de fuego,  
y ni una gota de agua  
he de echar en el incendio.

Lloras por darme fatigas;  
lo mismo se me da á mí  
de que llores ó que rías.

Ríes por darme dolores;  
lo mismo se me da á mí  
de que rías ó que llores.

Se va poniendo tu cara  
pálida como la muerte,  
y parecen tus ojeras  
dos lirios sobre la nieve.

El clavel que hay en tu pelo  
parece flor de tus rizos,  
y por él sé, al agitarse,  
que tiembles cuando te miro.

Cuando quiero hacer, morena,  
que te tiembles tus encajes,  
no tengo más que ponerme  
enamorado á mirarte.

Tus labios, cuando te miro,  
encarnados se estremecen,  
igual que tiembla una rosa  
cuando el céfiro la mueve.

Igual que tiembla mi pecho,  
el tuyo tiembla y se agita:  
¡enlazando nuestras almas,  
temblemos como dos lirios!

Ahora eres tú la que lloras  
como yo estuve llorando,  
y yo te debiera hacer  
pasar por lo que he pasado.

Al tocarlas con mis manos  
se inflaman tus dos mejillas,  
y á mis ojos les parecen  
rojos claveles *de á libra*.

Porque rocé tu vestido,  
á temblar se echó tu pecho  
como palpitan las alas  
de los pájaros en celo.

Al cogerla entre las mías,  
á temblar se echó tu mano,  
y adiviné que de amor  
estabas toda temblando.

¿Que si he de ponerte  
un beso en la boca?  
De los muertos nunca, tirana divina,  
profano la fosa.

Conque tú te mueras,  
la vida no acaba;  
nuevas rosas brillan y nuevas mujeres  
á cada alborada.

No llores, no llores  
y álzate del suelo;  
¡ha de ser mi pecho tan frío y tan duro  
como fué tu pecho?

Cuando á besar van, tus labios  
rosa plegada semejan,  
y cuando acaban y ríen  
parecen la rosa abierta.

Creyendo darlo en tu boca  
he dado en el aire un beso,  
y el beso ha culebreado  
como una chispa de fuego.

En un sueño me besaste,  
y creí, al sentir tu boca,  
que se inflamaban los cielos  
y se entreabría la gloria.

No me pongas tu mano  
sobre mi pecho,  
que se abrirá la puerta  
que guarda el fuego;  
y si se abre,  
en un río de lumbre  
vas á anegarte.

Siempre que te hablo de amores  
se alza tu pecho temblando  
y se ponen tus mejillas  
como flores de granado.

Al acercarme hacia ti  
se enciende tu tez divina  
y tus mejillas parecen  
dos rosas de Alejandría.

Tus mejillas, si te miro,  
pierden su color moreno  
y brillan en tu semblante  
como dos dalias de fuego.

Lo mismo que yo me vi  
tengo que verte, mujer,  
llorando gotas de sangre,  
arrodillada á mis pies.

Tras de mí, como mi sombra,  
vienes, cual fuí tras de ti,  
y me río de tu amor  
cual te reíste de mí.

No te pongas flores  
para deslumbrarme;  
por muchas que pongas en tu pelo negro  
no habrán de gustarme.

Cantar que va por la vida  
parece una mariposa  
que en lugar de flor en flor  
revuela de boca en boca.

SALVADOR RUEDA

No te fíes de los hombres  
que tienen dos enemigos,  
el afán de que los quieran  
y el orgullo de ser listos.

CARLOS F. SHAW

Aunque tengas un amigo,  
no le cuentes tus secretos:  
el mejor cañón revienta  
aun siendo de buen acero.

Ven aquí, no tengas miedo:  
yo soy como la granada,  
amarguita la corteza  
y muy dulces las entrañas.

Mira lo que estoy pensando,  
que aquel que vive dormido  
tiene un despertar muy malo.

El cantarito quebrado,  
los pedazos por la tierra  
y el agüita derramada  
llorando el mal de su dueña.

Dicen que me has olvidado,  
digo que no puede ser:  
donde nunca ha habido fuego,  
¿qué ceniza puede haber?

Orillas del mar te vi,  
las olitas te escondieron,  
las olitas que buscaban  
aquella sal de tu cuerpo.

El corazón amoroso  
es una piedra en el aire:  
si cae en blando, descansa;  
si cae en duro, se parte.

Apenas convaleciente,  
caí enfermito de amor:  
si la enfermedad es mala,  
la recaída es peor.

Digo que no puede ser  
andar en medio del barro  
y no mancharse los pies.

No me importa vivir poco;  
este mundo es una venta:  
si es muy larga la posada,  
muy larga será la cuenta.

En el campo está la espiga,  
y en la espiga está el granito,  
y en cogerlo la fatiga.

A las orillas del vicio  
quise yo lavar mis penas:  
cuanto más las remojaba,  
se me volvían más negras.

Gitana, calla esa boca;  
ni eres mía, ni soy tuyo:  
perrito de muchos amos  
no quiere bien á ninguno.

Pececillos de colores  
son las ilusiones, madre:  
vivos en el agua, y muertos  
cuando se sacan al aire.

Siempre que la veo, lloro,  
no puedo esconder mi pena;  
mi corazón, como un niño,  
se quiere marchar tras ella.

Madre, yo me estoy muriendo  
de una extraña enfermedad;  
aquello que me la cura  
es lo que me hace más mal.

Como la mosca he de ser:  
aunque me espantes cien veces,  
cien veces he de volver.

Los malos por no ser buenos,  
los buenos por no ser santos,  
aquel puente de la muerte  
todos lo pasan temblando.

LUIS RAM DE VIU

Quisiera ser, alma mía,  
cuando rezas el rosario,  
cuentecita entre tus dedos  
y oración entre tus labios.

Soy tan dado á confusiones,  
que al Dios del cielo le pido  
que entre tú, baturra, y yo  
armemos un baturrillo.

Asómate á la ventana,  
asómate, vida mía,  
para que al salir el sol,  
se encuentre que ya es de día.

Cuando yo me case  
sin bulla ha de ser,  
sin ruido ninguno, porque no es tu mano  
la del almirez.

Tal me han puesto mis quereres  
que cuando miro á un espejo  
no conozco al que hay enfrente,

Con el burro de la noria  
comparo nuestro cariño:  
siempre andando, siempre andando  
y siempre en el mismo sitio.

Amores que de otro fueron,  
ni me los des, ni los busco,  
porque no quiero que digan  
que era mejor el difunto.

¡Si será intención la tuya!  
Desde que pedí tu mano,  
te dejas crecer las uñas.

Si no eres el cielo,  
te falta poco;  
que eres la levadura  
para hacer otro.

Dile á tu madre que somos  
las saetas del reloj,  
que cuando ella da una vuelta  
doy una docena yo.

LUIS ROYO Y VILANOVA

Quiero al vivir, porque vives,  
al aire porque suspiras,  
quiero al sol porque te alumbra  
y al cielo porque lo miras.

¿Qué es lo que tu boca, niña,  
tiene que envidiarle al mar,  
si tiene coral y perlas  
y está rebosando sal?

Yo no sé si me quisiste,  
yo no sé si te quería;  
pero cuando tú te fuiste,  
yo de pena me moría.

Son tus ojitos azules  
sobre tu cara morena  
los resplandores del cielo  
cayendo sobre la tierra.

Si es fuego tu pensamiento  
y es hierro tu voluntad,  
lábrame tú las cadenas  
y odiaré la libertad.

Muerta estaba, muerta estaba,  
y hasta muerta se reía,  
que hasta muerta se burlaba  
del amor que le tenía.

Eran tus labios dos rosas  
y me abrasaba tu aliento:  
nunca he visto crecer flores  
á la orillita del fuego.

Yo soñé que estaba muerta  
y sentí pasar mi entierro;  
soñé que tú me llorabas,  
¡qué mentiras son los sueños!

BLANCA DE LOS RIOS

Son el hombre y la mujer  
cobardes en el dolor  
y esclavos en el placer.

Al hombre todas las penas  
le hacen llorar si son propias,  
y reír si son ajenas.

¡Qué feliz es la mujer!..  
Quita á los hombres la vida  
y, además, los puede hacer.

La conciencia es cancerbero  
que grita por el deber  
y calla por el dinero.

Roba mucho cuando robes,  
porque la justicia humana  
no se tuerce con los pobres.

Sediento de sus hechizos,  
miré por la cerradura...,  
y al suelo, entre mil postizos,  
vi caer tanta hermosura.

No imaginéis que se ha muerto  
porque esté insensible y yerta;  
eso es igualmente cierto  
estando viva que muerta.

Aunque he llorado su muerte,  
me hube al fin de consolar,  
pensando que de esa suerte  
ya no me vuelve á engañar.

Cuando sobre tus ojos  
echas el velo,  
parece que de sombras  
se cubre el cielo;  
cuando le subes,  
parece que el sol sale  
de entre las nubes.

¿Que si quiero á esa doncella?..  
¡Ya lo sabe todo el mundo,  
todo el mundo menos ella!

Te voy á hacer con mis brazos,  
sobre mi pecho, una cama  
con muchos besos y abrazos.

Rodea el mar blanda arena,  
y un vestido de percal  
el cuerpo de mi morena.

Dame un beso, ciento, más...  
Siempre parece el primero  
el último que me das.

No eres guapa y, sin embargo,  
para mis gustos, morena,  
lo mismo que hecha de encargo.

Sólo sabe qué es sufrir  
el que ha oído á una mujer  
entre sus brazos mentir.

Por un beso te daría...,  
no la vida, ¡qué vale eso!,  
capaz de darte sería  
mil besos por cada beso.

El hombre, en el mal y el bien,  
no sólo vive de pan,  
sino de farsa también.

Pagan todos la jornada,  
larga ó breve, de la vida,  
con lágrimas á la entrada,  
con penas á la salida.

Los ojos á la mujer  
le sirven para mirar,  
á los hombres para ver  
y al ciego para llorar.

Quien quiera tener amigos  
ha de callar lo que sienta,  
pensar lo que ha de decir  
y hacer lo que le convenga.

Cuando nuestra ventura  
depende de otros,  
la desgracia es segura  
para nosotros.

¡Ruín egoísmo,  
nunca amarás á nadie  
como á ti mismo!

VICENTE COLORADO

No prodigues las sonrisas  
de tu boca, ángel de amor,  
que del cielo las bajaste  
y habrás de dar cuenta á Dios.

Al amanecer, morena,  
no salgas á la ventana,  
no sea que te confundan  
con el lucero del alba.

No temas, aunque mi cuerpo  
se halle en brazos de la muerte;  
que siendo inmortal el alma,  
no he de dejar de quererte.

No reces junto á mi tumba  
cuando me llegue á morir,  
que se agitarán mis huesos  
al verse cerca de ti.

Dios no te perdonará  
la falta que cometiste,  
pues me robaste la calma  
y no me la devolviste.

Mucho quieres al espejo,  
porque tu beldad retrata;  
¡y eres adusta conmigo  
que te he grabado en el alma!

No llores, luz de mis ojos,  
no llores con amargura,  
porque tu llanto marchita  
las flores de mi ventura.

El honor en el alma  
Dios aposenta;  
un beso es el resorte  
que abre su puerta:  
no el beso cedas,  
que al ver la puerta franca  
salir pudiera.

Sencilla flor que te inclinas  
á los halagos del río,  
pronto en sus brazos irás  
á parar al mar bravío.

No hay dos cosas tan opuestas  
que unidas causen más gozo,  
que lo blanco de tu cara  
y lo negro de tus ojos.

Por la libertad suspira  
el que se halla encarcelado,  
y en cambio yo la cediera  
por estar siempre á tu lado.

El que presume de sabio  
porque poderoso nace,  
es como los grandes globos,  
que pesan menos que el aire.

Al sereno de mi barrio  
pregunté qué hora sería;  
te asomaste, y exclamó:  
«Las doce del mediodía.»

Es cual la espuma del mar  
tu querer, según voy viendo;  
no bien se llega á formar,  
ya se está desvaneciendo.

A las fraguas del amor  
me ha llevado el dios Cupido,  
y todo el tiempo me paso  
machacando en hierro frío.

Es tu corazón, morena,  
igual que la sensitiva,  
pues se ha cerrado al contacto  
del amor que te tenía.

Pajarillo, vuela, vuela,  
y repara allá en el cielo  
si puede quererse á un ángel  
más de lo que yo la quiero.

Madre, ¿por qué cuando marchan  
de la aldea los soldados,  
ellos se alejan riendo  
y ellas se quedan llorando?

Los ojitos de mi niña  
miro siempre con empeño;  
pedacitos son de gloria  
y es la gloria lo que anhelo.

Fué tu amor lámpara débil;  
el mío, radiante estrella;  
la luz del tuyo cesó,  
mas la del mío es eterna.

No amargamente llores  
cuando me muera,  
la paz de los sepulcros  
goce siquiera;  
niña querida,  
tus lamentos pudieran  
darme la vida.

«Tosca» llamó á la tierra  
la flor altiva;  
«Pues sin mí, dijo aquélla,  
tú ¿qué serías?»

No han de causarme la muerte  
los desdenes de una ingrata;  
que el viento dobla la espiga  
pero no logra arrancarla.

Perdona al que te ofende:  
haz cual la planta,  
que da abrigo al gusano  
que la taladra.

Cuando pretendas cargar  
con la cruz del matrimonio,  
observa primero bien  
si está detrás el demonio.

Siempre me dice el doctor  
que mi mal no tiene cura,  
anda y demuéstrole tú  
que es falso lo que asegura.

No quiero que los sauces,  
cuando me muera,  
viertan su triste llanto  
sobre la tierra;  
antes prefiero  
junto á mí dos cipreses  
mirando al cielo.

Blancos tengo mis cabellos  
y el fuego en mi pecho anida;  
poco le importa á un volcán  
la nieve que haya en su cima!

Lo rojizo de mis ojos  
bien claro viene á mostrarme,  
que cuando acabe las lágrimas,  
verteré gotas de sangre.

Muchas, á las que son bellas  
las calumnian por envidia;  
siempre es la fruta lozana  
la que los pájaros pican.

No temas aunque Dios juzgue  
la causa de nuestro amor,  
pues han de pesar lo mismo  
tu desdén y mi perdón.

Todos al tiempo pasado  
sabrían poner remedio,  
pero ninguno lo aplica  
á lo que está venidero.

Mi cariño se asemeja  
á las olas de la mar,  
que al muro que las rechaza  
besando están sin cesar.

De tu traición el recuerdo  
no ha de borrarse de mí,  
pues aunque cure la herida  
siempre queda cicatriz.

En el mármol de su frente  
cuantos más besos le daba,  
más á su frío contacto  
mi corazón se abrasaba.

Si sufrimos desengaños  
por querer á una coqueta,  
bien está que en el pecado  
llevemos la penitencia.

No temas que te maldiga  
por más que matas mi anhelo;  
ese es muy poco motivo...  
¡para lo bien que te quiero!

Tened cuidado, mocitas,  
cuando vayáis á la fuente,  
que el lodo que allí se forma  
no salpique vuestra frente.

Cuando tu boca hechicera  
lanza amorosos engaños,  
me acuerdo de esas cerezas  
que dentro tienen gusano.

La primer vez que te vi,  
de azul vestías, bien mío,  
¡color de pureza!; y... dime,  
¿qué hiciste de aquel vestido?

El corazón de una madre  
es un suavísimo fruto,  
que cuanto más se le oprime  
da más abundante jugo.

No vengas cuando me muera  
junto á la tumba á llorarme,  
antes debes de mirar  
el modo de no matarme.

Si ha de estar para ir al cielo  
el alma purificada,  
que sea mi purgatorio  
el fuego de tu mirada.

Cuando me halle en la agonía  
procura estar junto á mí,  
que mis últimos suspiros  
serán todos para ti.

En la corriente del mundo  
has de mirar dónde vas;  
que el río, amargo se vuelve  
al penetrar en la mar.

¡Cuán distante el cielo se halla,  
¡cuán cerca te hallas de mí!...  
Y el cielo ganar espero,  
y nada espero de ti.

Por la senda del querer  
despacio debes andar,  
que es difícil si te caes  
que te puedas levantar.

Tus ojitos de cielo  
quemán mi alma,  
¡cuánta moneda corre  
falsificada!

No puede la mariposa  
negar su origen villano,  
pues si acaricias sus alas  
manchada queda tu mano.

Del amor ante la imagen  
un pensamiento me ocurre;  
si se habrá quedado ciego  
de llorar ingratitudes.

Si ves que voy á expirar  
no dejes tú de abrazarme,  
que es muy bueno para el alma  
morir en brazos de un ángel.

Antes mi pecho inflamó  
un sí de tus labios rojos,  
y ahora aquel fuego lo apago  
con el llanto de mis ojos.

Muy valiente es el querer,  
pues continuamente veo  
que, si tiene que morir,  
muere siempre combatiendo.

No desprecies al humilde;  
antes bien, observa, niña,  
que el diamante y el carbón  
son una misma familia.

Del invierno es la nieve  
pura y hermosa,  
y de la primavera  
la linda rosa;  
y ¡cosa rara!,  
¿cómo juntas las veo  
siempre en tu cara?

Si piensas que borra el tiempo  
los recuerdos del pasado,  
tu conciencia te dirá  
que vives equivocado.

Muerte y vida han prometido  
apartarme de mi bien;  
la muerte con una losa,  
la vida con el desdén.

¿Sabes por qué nadie ha escrito  
códigos sobre el querer?  
Porque todos fueran reos,  
y no habría un solo juez.

Aquel día venturoso  
que miré tu cara, niña,  
en el fondo de mi pecho,  
floreció una *siempreviva*.

Dios perdonará al que dice  
que la vida acaba aquí,  
siempre que en su abono tenga  
el haberte visto á ti.

Ni aun con el mar se compara  
la amargura de mis duelos,  
que hasta el mar se endulza á veces  
con el agua de los cielos.

Yo no sentiré, al morir,  
el frío del cementerio,  
pues tu recuerdo, bien mío,  
dará calor á mis restos.

De cristal debe de ser  
tu pecho, pues han pasado  
por él mil rayos de amor  
*sin romperlo ni mancharlo*.

Si amar al prójimo manda  
nuestra santa religión,  
quíereme, niña, siquiera  
para no ofender á Dios.

Mira si tienes poder,  
que basta un sí de tu boca  
para transportar un alma  
del purgatorio á la gloria.

No arranques nunca una flor  
para realzar tu hermosura;  
ya que no lo necesitas,  
no le arrebatas la suya.

Yo no sé, cuando me muera,  
si habrá perdón para mí,  
pues dejé mis oraciones  
desde que vi el cielo en ti.

Yendo en pos de un buen querer  
la senda, niña, he perdido:  
dame la luz de tus ojos  
para hallar nuevo camino.

El alma yo te entregué  
y no creo haber pecado,  
que el cielo estará contento  
al verla en tan buenas manos.

Cuando era marinero  
todas las noches soñaba  
que eras la estrella del Norte  
que mi embarcación guiaba.

Mala tierra debe ser  
la del jardín de mi amor;  
siempre mi llanto la riega  
sin que brote ni una flor.

A mi madre la vi muerta,  
la besé, y estaba helada,  
y al faltarme su calor  
brotó mi primera cana.

No rebajes al pobre,  
pues te prevengo  
que si por tosca arrojas  
la concha al suelo,  
tal vez suceda  
que al choque producido  
salte una perla.

Le voy á pedir á Dios  
que llegue el fin de mi vida  
cuando me encuentre soñando  
que puedo llamarte mía.

Del amor en el cielo  
son las hermosas,  
las estrellas que brillan  
esplendorosas;  
mas tú, sol bello,  
siempre las obscureces  
con tu destello.

Con mis lágrimas reunidas  
formé un río bien amargo,  
y fué en el mar del olvido  
cada gota por su lado.

En una cajita guardo  
el corazón de una niña,  
y la caja pesa igual  
que cuando estaba vacía.

Por ser tan bienhechora,  
quiero á la luna,  
pues de noche ilumina  
las sepulturas:  
su luz tranquila  
da esperanza á los muertos  
de nueva vida.

Si adoro tu hermosura,  
luz de mis ojos,  
¡qué importan tus engaños  
ni tus enojos!  
¿No fuera vano  
privarme de la rosa  
por el gusano?

Yo aposté que al mundo entero  
lograría resistir,  
mas no digas lo que sabes,  
pues se reirían de mí.

Has muerto mi corazón,  
con él murió mi alegría:  
como es eterna la muerte,  
será eterna mi desdicha.

A un rico he despreciado  
y un pobre me enamora;  
que el cuerpo no lo vendo,  
y el alma no se compra.

A consolar á mi pena  
la alegría se acercó,  
y al ver lo profunda que era,  
llorando se separó.

Poco á poco se borran  
los desengaños:  
¡lástima que entretanto  
pasen los años!

Pídeme cuanto tú quieras  
mas no pidas que te olvide,  
que aunque en ello te empeñaras,  
no puedo hacer imposibles.

¡Hijos de la misma aldea  
y tan distintos los dos!  
¿Por qué una misma raíz  
dará la espina y la flor?

Tu oración ante la Virgen  
en vano estás elevando:  
¿cómo ha de darte consuelos  
mientras yo quedo llorando?

¡De un corazón tan pequeño  
tantos y tantos desdenes!  
¡Ay, con qué poco veneno  
me estás causando la muerte!

Yo soy tan egoísta  
de mis dolores,  
que llega á darme envidia  
de que otro lllore.

Si tú me lo has inspirado,  
¿por qué rechazas mi amor?,  
¿por qué no coges el fruto  
que tu belleza sembró?

—  
Cuando mi amante murió,  
todos consuelo me daban,  
mi consuelo era llorar  
y hasta el llanto me amargaban.

—  
Delante de ti me puse  
tu belleza á contemplar;  
¡válgame Dios, y qué cara  
pagué mi curiosidad!

—  
Te abandoné, madre mía,  
y á correr mundo me fuí;  
y ahora que solo me encuentro,  
ahora me acuerdo de ti.

—  
No llores arrepentida  
del daño que me has causado,  
que en tu mano está el remedio  
si quisieras aplicarlo.

—  
Tu corazón, muy pequeño,  
y tu belleza, muy grande:  
¿por qué tan rica vivienda  
para tan ruin personaje?

—  
Te quiero aunque me aborreces,  
y en eso imita mi alma  
á las hojitas que aun secas  
permanecen en la rama.

—  
Nuestros cariños, hermosa,  
nunca juntos logran ir,  
que adonde se eleva el mío  
no puede el tuyo subir.

—  
Huye de tiernos halagos,  
que bien puede, en tu perjuicio,  
bajo una capa de flores  
ocultarse un precipicio.

—  
En una cosa igualitas  
son mi sombra y mi esperanza:  
en que siempre van conmigo  
y nunca puedo abrazarlas.

Tú mataste mi querer  
y ahora intentas recobrarlo;  
¿para qué quieres la flor  
después que la has deshojado?

M. SERRANO DE ITURRIAGA

—  
Para hacer tus labios Dios  
cogió corales y rosas,  
mucha sal y mucha miel,  
y fundió en el sol su obra.

—  
Sentí frío al darte un beso  
y tú sentiste calor;  
me besaste con los labios,  
yo á ti con el corazón.

—  
Como la nave sin rumbo,  
soy juguete de las olas:  
unas por gusto me mecen,  
otras por placer me azotan.

—  
No me beses, no me beses,  
déjameo desear,  
que es más dulce la ilusión  
que la misma realidad.

—  
En la cabeza claveles  
y en el pecho violetas:  
¿cómo llorarán las rosas  
al ver que te olvidas de ellas!

—  
¿Qué tienes, pastora?,  
¡dímelo por Dios!,  
las penitas tuyas no son sólo tuyas,  
que son de los dos.

—  
No sé qué pasa por mí,  
serrana, cuando te veo,  
que me dan ganas de huir  
y sin saberlo me acerco.

—  
Válgame Dios de los cielos,  
cómo te vas acabando;  
llevas la muerte por dentro  
y la sonrisa en los labios.

—  
Mira tú si te querré,  
que porque sé que le quieres  
le voy tomando querer.

Como loco, dando gritos,  
voy rodando por las calles  
en busca de un corazón,  
y ya no lo tiene nadie.

Tus ojitos y los míos  
se decían ayer tarde:  
los míos: «¿Puedo pasar?,»  
y los tuyos: «¡Adelante!»

Que eligiese entre ella y tú  
ayer me dijo mi madre;  
hoy vengo á vivir contigo:  
¡mira qué infamia más grande!

Si las almas se compraran,  
yo compraría la tuya  
para que no la mancharas.

Este tronco fué aquel árbol;  
esta piedra, aquella ermita;  
este hastío, aquel amor;  
esta pena, aquella dicha.

Yo tenía un corazón  
y se lo dí á una mujer,  
que lo tiene hecho pedazos  
de tanto jugar con él.

Todos tenemos defectos,  
pero los de los demás  
son más gordos que los nuestros.

Todos al mundo venimos  
llorando de una manera,  
que parece que venimos  
*castigados á la tierra.*

Que le diste de comer  
cuando era un pobre mendigo;  
pues si se llega á saber,  
ya tienes un enemigo.

Si con mi suerte maldita  
soy médico alguna vez,  
al que le tome yo el pulso,  
*requiescat in pace, amén.*

Que te duele el corazón,  
me dices..., ¡qué tonta eres!  
¿De cuándo acá, vida mía,  
tienen *eso* las mujeres?

ALFONSO TOVAR

Déjale al río que corra  
por donde suele correr;  
corazoncito, no quieras  
cosas que no pueden ser.

Dígale usted al sacristán  
que no toque las campanas,  
que está durmiendo mi niña  
y pudieran despertarla.

Me dicen que tu querer  
me ha de costar el infierno,  
y yo digo que te adoro  
sin reparar en el precio.

A la mujer y al fusil  
comparaditos los tengo:  
si los coge el enemigo,  
se disparan contra el dueño.

No te cases en marzo,  
abril, septiembre,  
enero, mayo, octubre,  
junio ó diciembre;  
pero tampoco  
en noviembre, febrero,  
julio ni agosto.

JOSÉ ESTREMERÁ

Yo no sé qué tengo  
cuando no te he visto,  
que la gente me dice en la calle  
que no soy el mismo.

Tienes tan podrido el cuerpo,  
que en la tierra los gusanos  
no van á querer comerlo.

Tú la tienes en un nicho  
y puedes ir á rezarla;  
la mía murió en un barco  
y me la echaron al agua.

El último aliento  
que exhaló mi madre,  
lo tengo en mi pecho tan hondo, tan hondo,  
que no hay quien lo arranque.

La vi de cuerpo presente:  
hasta entonces no sabía  
lo triste que era la muerte.

No pidas lluvia sin lodo,  
ni pidas vejez sin canas,  
ni pidas acciones buenas  
en mujer que ha sido mala.

La cajita en brazos  
llevó al cementerio:  
¡yo no sé cómo pudo aquel hombre  
llevar aquel peso!

Mira mi cara sin vida,  
mira sin sangre mis venas,  
mira mis ojos sin brillo,  
y aprende á querer, morena.

Eres mala como el tiempo:  
como él robas juventudes,  
como él quebrantas los cuerpos.

Mi mal no tiene remedio,  
nadie mi dolor consuela,  
dejadme todos solito,  
¡quiero vivir con mis penas!

Permita Dios que la muerte  
atravesase tus umbrales,  
y allí la tengas metida  
hasta que con todo acabe.

Has de seguir siendo mala,  
puesta la argolla en el cuello,  
sentada en aquel banquillo  
y amarrada á aquel madero.

Pude decir «no te quiero,»  
pude volverle la espalda,  
y en cuanto me vi sin ella  
se me saltaron las lágrimas.

Le pido á Dios solamente  
que me dirija por sitios  
en donde yo no la encuentre.

¡Qué triste es la calma  
de los cementerios!  
¡Los rumores del aire parecen  
quejidos de muertos!

Dijo á la lengua el suspiro:  
«Échate á buscar palabras  
que digan lo que yo digo.»

Me dijo un preso en la cárcel,  
que él hubiera sido bueno  
con un mucho de cariño,  
con un poco de dinero.

En el libro del delito,  
página de la traición,  
capítulo de la infamia,  
allí está tu corazón.

Madrecita mía,  
¡qué malo es el mundo!  
¡Hay hombres que firman sentencias de muerte,  
y existen verdugos!

A la sombra de aquel árbol,  
allí me senté con ella  
y la estuve contemplando.

Apura mucho el cigarro,  
y verás cómo te quemas  
los deditos de la mano.

ENRIQUE PARADAS

Me enseñastes á ser bueno  
cuando me quisiste bien;  
ahora que me has olvidado,  
¡qué malo me vas á hacer!

Tu corazón quiere el rey  
y es de otro tu corazón;  
el rey manda en sus vasallos,  
en los corazones no.

Nació un rosal en tu zanja  
y de flores está lleno;  
cuando beso aquellas rosas,  
me parece que te beso.

Una gota de rocío  
se despertó una mañana,  
y al verse lejos de ti  
se convirtió en una lágrima.

—  
Cuando Dios formó tus ojos  
hizo fundir en un beso  
el resplandor de la luna  
y la claridad del cielo.

—  
Sentí la brisa en mi frente  
al despertar de mi sueño;  
por si tus suspiros eran,  
la recibí con un beso.

—  
Como es el bosque tan grande,  
en el bosque me he perdido,  
y necesito tus ojos  
que me alumbren el camino.

—  
Un vestido voy á hacerte  
con el color que yo quiero:  
celeste como tus ojos,  
como el mar y como el cielo.

—  
Una estrella del cielo  
te cedería  
por el lunar que llevas  
en la mejilla.

—  
A tu ventana mando  
mis pensamientos:  
cuando tú te despiertes,  
les das un beso.

—  
Cuando me besas, chiquilla,  
y siente el alma tu beso,  
nace una flor en la tierra,  
nace una estrella en el cielo.

—  
Un suspiro de mi pecho  
se ha perdido por el mundo  
buscando una perchelera  
á quien contar lo que sufro.

—  
Con tus desdenes me matas  
porque lo manda tu madre,  
igual que mata el verdugo  
porque le mandan que mate.

Era más bella que tú  
la rosa de aquel rosal,  
y hoy la corta el jardinero  
porque deshojada está.

—  
Cuando tus ojos divinos  
á formar empezó Dios,  
tomó colores del cielo  
y resplandores del sol.

—  
¡Quién sabe las cosas  
que oyó la ventana!  
pero no te inquietes,  
las rejas no hablan.

—  
Llegué á subir y á vencer,  
pero nadie me ayudó;  
cuando empezaba á caer,  
todo el mundo me empujó.

—  
Que no murmure el arroyo,  
que los pájaros no canten,  
pues tengo enferma mi alma,  
¡está malita mi *mare!*

—  
Quiero no verla y la veo,  
quiero no hablarle y le hablo,  
¡y vuelven las esperanzas  
detrás de los desengaños!

—  
Quisiera que me quisieses  
lo mismo que yo te quiero,  
para hacerte que bebieras  
la misma hiel que yo bebo.

—  
El valor para mentir  
te fué muy fácil hallar,  
y te falta ese valor  
para decir la verdad.

—  
Siempre en el mismo lugar  
preparando la asechanza  
y forjando las sonrisas  
para arrancarme las lágrimas.

—  
Madrecita, no me duele  
la herida de aquel puñal;  
¡las heridas de sus ojos  
son las que me duelen más!

Ya me falta corazón  
para sentir mis desdichas,  
lágrimas para llorarlas,  
y fe para combatir las.

Firmamos una escritura  
de no olvidarnos jamás,  
yo por gusto de cumplirla,  
tú por gusto de faltar.

Mira siempre aquella estrella  
que luce en el cielo azul,  
piensa que la estoy mirando  
siempre que la miras tú.

Cuando pasa por el puente  
que hay camino de su casa,  
todas las aguas del río  
se detienen á mirarla.

Quisiera tenerte siempre  
donde ninguno te viera,  
en casa sin miradores,  
sin ventanas y sin puertas.

El beso que ibas á darme  
envidiaron cielo y sol,  
se ocultó el cielo entre nubes  
y entre las nubes el sol.

Tres noches con sus tres días  
siempre esperando aquel beso;  
¡un siglo cada minuto,  
un año cada momento!

Quiero alejarme de tí  
para salvar á mi alma,  
y á cada paso que doy  
me acerco más á tu casa.

Un beso me has ofrecido,  
y es prometerme ese beso  
como prometer la gloria  
á quien vive en el infierno.

Empezó por un capricho,  
después por orgullo fué,  
ahora va en ello mi vida,  
¡ya ves si lo desearé!

Quiero ser fraile cartujo  
y la soledad deseo;  
viviendo en tu corazón,  
¡qué más soledades quiero!

Ya ves tú si este cariño  
será puro y será grande,  
que mezclo en mis oraciones  
con tu nombre el de mi madre.

Cuando paso por la pila  
donde te hicieron cristiana,  
pienso que te has vuelto hereje  
desde que tan mal me tratas.

Para causar grandes daños  
bajó un rayo desde el cielo,  
pero se halló con tus ojos  
y se deshizo al momento.

Los cantares que yo escribo  
de tí recibieron nombre,  
la inspiración de tus ojos  
tan negros como mis noches.

¡Cantares donde se encierran  
mis más dulces ilusiones,  
que vagan en torno tuyo  
y ni siquiera los oyes!

Cada flor y cada piedra  
de las que cercan tu casa  
son testigos silenciosos  
del amor de nuestras almas.

Flores y piedras recuerdan  
juramentos y palabras,  
besos que en el aire flotan  
y suspiros y miradas.

¡Ojalá que ese camino  
no lo reguemos con lágrimas,  
y cada flor, cada piedra,  
no recuerde alguna infamia!

Una obscura golondrina  
viene todas las mañanas  
y rozando mis cristales  
detiene su vuelo y canta.

En esa dulce avecilla  
que se acerca á mi ventana  
miro el alma de mi madre  
que me despierta y me llama.

Mas no, que las golondrinas  
emigran de playa en playa,  
y las almas de las madres  
de los hijos no se apartan.

Todos dicen que estoy loco  
y por algo lo dirán,  
mas cuando todos lo dicen  
es cuando razono más.

Es cuando razono más,  
pues he comprendido al fin  
que no hay locura más grande  
que no alejarse de ti.

Entre la hermosa y la fea  
no me detengo á escoger,  
que más tarde ó más temprano  
con todas me reuniré.

Con todas me reuniré  
en el lecho funeral,  
y no podrán distinguirse  
la belleza ó la fealdad.

La belleza ó la fealdad  
no pasan del ataúd,  
¡allí sólo se conoce  
la maldad y la virtud!

Estaba el árbol gigante  
cubierto de verdes ramas,  
y el jilguero sobre el nido  
cariñoso aleteaba.

Se elevaban las canciones  
de las flores y las auras,  
¡y tú esperándome siempre  
alegre y enamorada!

¡El nido se halla vacío!,  
¡no hay flores ni verdes ramas!,  
¡ya no tengo en aquel valle  
quien espere mi llegada!

Era tanta mi alegría  
al ofrecerme aquel beso,  
que supieron mi ventura  
sol y luna, tierra y cielo.

Y tuvieron tanta envidia,  
que reunidos se opusieron  
cielo y tierra, sol y luna,  
y me robaron tu beso.

En los amores del mundo  
es regla que nunca miente:  
¡cuando uno quiere, otro olvida!  
¡cuando uno olvida, otro quiere!

Así consigo explicarme,  
sin que á desmentirlo llegues,  
el cariño que te tengo  
y el olvido en que me tienes.

Serán esta primavera  
más encarnadas las rosas,  
porque se riegan los campos  
con nuestra sangre española.

Colores de sangre y oro  
lucen en nuestra bandera;  
¡no hay oro para comprarla,  
ni sangre para vencerla!

Canta, soldado español,  
que tus cantares son gritos  
que forma dentro del alma  
el eco del patriotismo.

¡No he de luchar por mi patria  
si tengo una madre allí,  
cuyos ojos no se secan  
desde que me vió partir!

El miedo no encontró sitio  
en ningún pecho español,  
que el valor y el entusiasmo  
llenan cada corazón.

Cuando España grita: «¡Guerra!,»  
contestan cien corazones  
en cada palmo de tierra.

En la bandera española  
puso este letrado Dios:  
«¡O la victoria ó la muerte  
para el soldado español!»

—  
Cuando agoniza un soldado,  
no se halla solo jamás,  
que está el alma de su madre  
besándolo sin cesar.

—  
El cantar del patriotismo  
es el cantar de mi España,  
*y honran las glorias de un pueblo  
á los hijos que las cantan.*

—  
Dame ese pañuelo rojo  
con que adornas tu cabeza,  
que al vencer al enemigo  
lo llevaré por bandera.

—  
Mi madre en su despedida  
en mi frente puso un beso,  
rozó aquel sitio una bala  
y sin herir cayó al suelo.

—  
Pasan cantando los moros  
por las puertas de Melilla:  
«¡Quien ofende á un español  
tiene pena de la vida!»

—  
Los moros tras de las rocas  
acometen á traición;  
¡los soldados españoles  
presentan el corazón!

—  
Tu escapulario en mi pecho  
y tu lazo en mi fusil;  
¡ya verá la morería  
cómo me bato por ti!

—  
La Virgen de la Victoria,  
cuando parten los soldados,  
les da consuelo á las madres  
y á los hijos entusiasmo.

—  
Adiós, patria de mi vida;  
si defendiéndote muero,  
guárdame un lecho de flores  
para sepultar mi cuerpo.

—  
Ya cuando rezan los moros,  
viendo vencido á su Dios,  
dicen: «¡Mucho puede Alá,  
pero más un español.»

—  
Las percheleras desean  
combatir por la nación:  
como los moros las vean,  
se rinden á discreción.

—  
Dentro de mi corazón  
un altar tengo formado,  
donde mi madre y mi patria  
se funden en un abrazo.

—  
España no ha de morir  
mientras tenga patriotismo;  
¡parece muerto el león  
cuando sólo está dormido!

—  
Si es que en el combate muero,  
quiero tener por mortaja  
un pañuelo de mi madre  
y la bandera de España.

—  
Cuando su tierra querida  
abándona un español,  
flotando entre mar y cielo  
se deja su corazón.

—  
Desde lejos me bendicen,  
cuando la batalla empieza,  
mi padre desde los cielos,  
mi madre desde su aldea.

—  
Con los jaiques de los moros  
haré una alfombra muy larga,  
para que al salir los pise  
la morena de mi alma.

—  
Al abrazar á mi madre,  
me dijo antes de partir:  
«Acuérdate de tu patria,  
aunque te olvides de mí.»

—  
Por otro blanco cambiaste  
aquel mantón encarnado;  
ya vas buscando las paces,  
¡bastante guerra me has dado!

Cuando empezó este cariño,  
¡quién nos dijera, chiquilla,  
que las penitas de entonces  
hoy fueran mis alegrías!

Es preciso que se borren,  
si quieres verme feliz,  
todas aquellas promesas  
que no has podido cumplir.

No es fácil que se comprenda  
el final de nuestra historia,  
en que el vencido sonrío  
mientras el que vence llora.

Ahora que á todos parece  
que me has llegado á olvidar,  
es cuando sube la lava  
hasta el cráter del volcán.

Me has causado tanto daño,  
que si yo hiciera las leyes,  
á todos los ojos negros  
pusiera pena de muerte.

Quieres que escoja, morena,  
entre mi madre y tu madre:  
al escoger he dudado,  
¡mira tú si seré infame!

No cambio mi escapulario  
por un millón de millones,  
que allí me guarda tu rizo  
la Virgen de los Dolores.

¡Quién pudiera como tú,  
estrellita de los cielos,  
al alumbrar su camino  
irla mirando de lejos!

¡A esa calle y á ese sitio  
cariño no he de tener,  
si allí al alma de mi alma  
la vi por última vez!

Me está diciendo al oído  
una voz que mucho oí:  
«No llores, y da al oído  
á quien ya te olvidó á ti.»

La rosa que más quería  
fué la primera en secarse;  
la mujer que más amaba,  
la primera en engañarme.

Se dice que un campo santo  
te propones construir  
para que entierren á todos  
los que se mueren por ti.

Guardo la flor que envidiosa  
cayó desde tus cabellos  
al ver unidas dos almas  
en las cadenas de un beso.

Los cantares de mis labios  
van saliendo poco á poco,  
del mismo modo que salen  
las lágrimas de mis ojos.

A la entrada de tu calle  
he visto una cruz de piedra,  
¡primera cruz que señala  
el Calvario que me espera!

Cuando hay gente que nos mira,  
tan lejos de ti me hallo,  
como cercano me encuentro  
cuando á solas nos hablamos.

Cuando dos que se han querido  
se encuentran en una calle,  
ni saben lo que decirse,  
ni saben cómo mirarse.

No te acerques, mala sangre,  
que ya me tienes esclavo  
y besando las cadenas  
que yo mismo me he forjado.

De la perdición que llega,  
sin que se pueda evitar,  
está teniendo la culpa  
quien ha de sentirla más.

El pensamiento en amores  
forma castillo muy alto,  
y hace un santo de un demonio,  
y hace un demonio de un santo.

Años de vida daría  
sólo por mirar de nuevo  
los colores que encendió  
en tu rostro el primer beso.

La prudencia y el cariño  
siempre viven en pelea:  
cuando cariño me pidas,  
nunca me pidas prudencia.

Me dijo una margarita:  
«Con ella serás feliz.»  
¡Hasta las flores del campo  
nos enseñan á mentir!

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR

Ella á un lado y él á otro  
y en medio de ambos el mar,  
las olas que van y vienen  
¡cuántos besos ahogarán!

¡Quién fuera campanero  
cuando tú pasas,  
para hacerte un saludo  
con las campanas!

En vano me vas buscando  
llorosa y arrepentida;  
tu llanto lava la sangre,  
pero no cura la herida.

Un lucero de la tarde  
quitó Dios al cielo azul,  
y le dió un cuerpo y un alma  
y viniste al mundo tú.

De rodillas te pedí  
que me quitaras mis penas,  
y tú me las vas quitando  
con el dolor de otras nuevas.

¡Tantos odios, tantos odios,  
para que haya un cementerio  
donde se acaban las luchas  
y se confunden los cuerpos!

Octubre lleva las hojas,  
mayo las trae otra vez;  
la primavera del hombre  
se va para no volver.

De ser tú tan religiosa  
no estoy yo muy satisfecho,  
porque á mí me estás robando  
lo que á Dios le estás queriendo.

Cuando se nace hay sorteo  
como para ir á la guerra,  
y á unos les toca la blanca  
y á otros les toca la negra.

Madre mía, me han herido,  
me han herido al defenderte  
de uno que pasó á mi lado  
insultando á las mujeres.

Si tú quieres complacerme,  
vístete siempre de negro,  
para estar los dos iguales,  
tú por fuera y yo por dentro.

Aquel clavel que me diste  
me lo he prendido en la carne  
para que vaya viviendo  
con el jugo de mi sangre.

Te meten en una caja,  
te cubren después de tierra,  
y, por si acaso te sales,  
ponen candado á la puerta.

Lucha una raza con otra,  
un pueblo con otro pueblo,  
y dentro de un hombre solo  
luchan el alma y el cuerpo.

Mi madre se me murió,  
yo lloro por ella á mares;  
el día que yo me muera,  
¡quién llorará por mi madre!

El agua la estaba ahogando,  
á salvarla me eché al mar,  
las olas que yo movía  
la llevaban más allá...

Yo tuve un amor muy grande,  
y otro luego y después otro;  
de tantos amores juntos  
he hecho para tí uno solo.

Murió la que á mí me amaba;  
no quiero desengañarme  
de que en tan poco terreno  
cupo un cariño tan grande.

Se emboban ante la estatua  
y la llenan de laureles,  
y la modelo está viva  
y la desprecia la gente.

A tus ojos van mis ojos  
y á tus labios van mis labios,  
no pongas en su camino  
desdenes ni desengaños.

ANSELMO GUERRA

El cantar es el lenguaje  
del amor y el sentimiento,  
que un cantar encierra á veces  
todo un poema en su seno.

Besaste una flor llorando  
y en la flor cayó una lágrima:  
desde entonces hay rocío  
en las hojas de las plantas.

¿Cómo quieres que te olvide  
si el olvidarte es mi muerte  
y yo no quiero morirme?

Que Dios no te tenga en cuenta  
lo que me has hecho sufrir,  
porque entonces un infierno  
será poco para ti.

Déjame heber tus lágrimas,  
porque su amargura es dulce  
en cuanto tocan tu cara.

Antes se borra la huella  
del amor de una mujer  
que la que deja en el agua,  
cuando va nadando, un pez.

Tan cerca me hallaba de ella,  
que con mis labios sentía  
correr la sangre en sus venas.

Sólo son grandes las penas,  
sólo son grandes y amargas,  
cuando el que sufre no tiene  
un amigo á quien contarlas.

Aquí que todo se acaba,  
jurar un amor eterno,  
si no es un grave pecado,  
al menos debiera serlo.

Cuando te hagan declarar  
ante el tribunal de Dios,  
no digas que me has querido,  
ó te acuso de traición.

La quería con el alma  
y hoy estoy triste sin ella;  
la separó de mi lado  
sólo un puñado de tierra.

¿En dónde se encuentran  
las dichas del mundo,  
que yo no las hallo  
por más que las busco?

Que Dios te haga tanto bien  
como tú daño me has hecho,  
porque entonces no te paga  
ni con la gloria del cielo.

Un sabio me profetiza  
que jamás llegaré á rico,  
y no sabe ese profeta  
que poseo tu cariño.

Si dices que no te quiero,  
pecas más que si dijeras  
que no está Dios en el cielo.

La práctica vale mucho,  
pero es funesta en amor:  
el que ama por vez primera  
sabe amar mucho mejor.

Dos cosas quiero del mundo:  
vivir bien aunque sea poco,  
y al morirme, una persona  
que amante cierre mis ojos.

En este mundo infernal  
hay más de uno que se muere  
por querer ser inmortal.

Yo no sé cómo hay quien llore  
los desdenes de una ingrata  
mientras haya en este mundo  
varas de fresno baratas.

LUIS GONZÁLEZ Y LÓPEZ

Si la mar se desespera  
porque tardo en embarcarme,  
dile que amanse su furia,  
que para ella no es mi carne.

Es un soldado muy viejo  
y muy astuto el furriel:  
mientras pague, me permite  
hablar mal del coronel.

De los de Dánae hermanos  
son mis cantares,  
porque de su lamento  
nadie caso hace.

Soñé que estaba luchando  
en los profundos del mar  
y al despertar me hallé preso  
en tus labios de coral.

JUAN ROIG Y BALLESTA

La dicha dura un momento  
y es eterno el padecer:  
«que la rosa vive un día  
y cien años el ciprés.»

Los contratiempos que sufro  
aumentan mi pasión loca:  
si no existiese el infierno,  
valdría menos la gloria.

Los que me juzgan de hielo  
conocen poco la vida  
ó no saben distinguir  
la nieve de la ceniza.

«Un clavo saca otro clavo,»  
dice un antiguo refrán;  
pero no añade palabra  
de si queda la señal.

Mi cariño es más profundo  
que el abismo de tus ojos,  
y sabe Dios que en la tierra  
como los tuyos no hay otros.

No me escuchas y te escucho,  
no me ruegas y te ruego,  
no me miras y te miro,  
no me quieres y te quiero.

Las flores en el arroyo  
doblan el tallo y se miran:  
las mujeres y las flores  
siempre fueron presumidas.

Cuando á convencerte llegues  
de lo mucho que te quiero,  
tú serás vieja, muy vieja,  
yo seré viejo, muy viejo.

Lo mismo aquí que en la China  
un ¡ay! denota pesar,  
que el lenguaje del dolor  
siempre ha sido universal.

Una tarde me embarqué,  
perdí de vista la orilla,  
el viento rompió las velas  
y oí gritar: «Esa es la vida»

F. J. PÉREZ DE GRANDALLANA

No hay una cosa en el mundo  
que me dé tanta alegría  
como el dar una limosna  
antes de que me la pidan.

En la calle te encontré,  
del fango te recogí:  
si tú no me lo agradeces,  
tanto peor para ti.

Te olvidaste de tu madre:  
vete á la iglesia á rezar  
hasta que Dios te perdone,  
¡que no te perdonará!

J. JACKSON VEYÁN

Hasta que llegué á este puerto  
y vi estos barcos tan grandes,  
creí que el palo mayor  
era el que me dió tu padre.

Su historia en esta campaña  
duró solamente un día;  
comenzó en un «¡viva España!»  
y acabó en un «¡madre mía!»

CELSO LUCIO

Con el pañuelo mi madre  
me dijo adiós en la orilla:  
¡cuándo veré aquel pañuelo  
dándome la bienvenida!

G. PERRÍN

Igual que con las monedas  
me ocurre con las palabras:  
conozco por el sonido  
la que es buena y la que es mala.

Voy á poner por las noches  
un farol junto á tu puerta,  
que quiero que sepan todos  
que es sitio en que se tropieza.

¡Qué sabes tú de querer  
si has arrastrado cadena  
por culpa de una mujer!

CARLOS ARNICHES

Dios formó, niña, tu cuerpo  
con perfección singular;  
pero la hechura del alma  
la encomendó á Satanás.

J. VALVERDE

Me distes agua á beber  
en la cuenca de tus manos,  
á mieles me supo el agua,  
á gloria me supo el vaso.

PEDRO MARQUINA

El rey vive en un palacio,  
San Pedro vive en el cielo,  
y aun es mejor mi vivienda,  
que vivo... en su pensamiento.

RICARDO SEPÚLVEDA

Dime que te vas con pena  
aunque no sea verdad;  
si la mentira no es buena,  
¡es santa la caridad!

Yo nada entiendo de amores,  
mas discurro que ha de ser  
un fuego que abrasa el alma  
y en los ojos se ve arder.

LEÓN DE LA VEGA

El que no quiera ver locos  
en este mundo embustero,  
debe encerrarse en su cuarto  
y hacer pedazos su espejo.

Hizo Dios de rosa y nácar  
los dedos de la mujer,  
pero faltaban las uñas  
y éstas las puso Luzbel.

MARIANO DE CAVIA

Ni eres mía, ni soy tuyo,  
somos los dos del amor,  
que volverá eterno al cielo  
cuando á la tierra tú y yo.

MIGUEL DE UNAMUNO

¡Mal haya ese viento  
que alza tu vestido  
y á todos descubre tu pie, que quisiera  
mirar yo solito!

Cuando la olearon  
aún vi aquellos pies,  
que siempre formaron mi ilusión, mi encanto,  
¡por última vez!

ENRIQUE C. GIRBAL

Mi corazón es presidio  
de mucha seguridad:  
tristeza que en él se mete  
ya no vuelve á salir más.

RAFAEL OCHOA

En todo somos iguales,  
¡qué mala suerte te veo!  
tú á quien te quiere no quieres,  
yo á quien me quiere no quiero.

No hay en este mundo llanto  
más triste que el llanto mío,  
¡me estoy muriendo de sed  
á la verita del río!

ARTURO REYES

En la tierra que me cubra  
no plantes una cruz negra,  
que nadie turbe mi sueño  
jurando amores por ella.

RICARDO GIL

Las almas caritativas  
á los vientos se asemejan,  
levantan á los caídos  
como el aire la hoja seca.

ENRIQUE REDEL

Cuando por merced divina  
nos reunamos en el cielo,  
¡cuántas cosas que hoy llamamos  
muy juntitos nos diremos!

R. ALVAREZ

El cariño y el desprecio  
siempre se encuentran unidos,  
porque ambos son los peldaños  
de la escala del olvido.

Yo lloraba, tú reñas,  
este es el contraste eterno:  
muchas sombras en la tierra  
y mucha luz en el cielo.

MANUEL PARDO

Rubilla del corazón,  
permíteme que lo diga:  
tu cinturita y tu liga  
tienen la misma extensión.

A. F. DE MOLINA

Una lágrima vertí  
por la traición de una hermosa,  
tu enjugué con mi pañuelo  
y dejó una mancha roja.

VICENTE CAZORLA

El que no tiene dos reales  
hace mal si lo publica,  
pues ni le da nadie un duro,  
ni le dan los buenos días.

CALIXTO NAVARRO

El corazón se me parte  
cuando se me acerca un pobre  
y me pide una limosna  
por la Virgen de tu nombre.

Aunque te vayas muy lejos,  
yo no dejo de mirarte;  
para mí llenas el mundo  
con ser el mundo tan grande.

A la madre de mi amigo  
acompañé al campo santo,  
y al volver, ¡con qué alegría  
le dí á mi madre un abrazo!

ENRIQUE DE QUIRÓS

Tengo sed horrible,  
no puedo apagarla,  
pues en cuanto me acerco á una fuente  
se queda sin agua.

Anda, ve y dile á tu madre,  
si me desprecia por pobre,  
que más pobres son las ratas  
y el mejor queso se comen.

Si las gotas de agua  
horadan las piedras,  
tanto llanto he vertido en su tumba  
que pronto he de verla.

Cada vez que otro te mira,  
tiembla mi pecho afligido,  
como tiembla entre la rama  
el abandonado nido.

ANGEL R. DE OBREGÓN

Son como estrellas fugaces  
los pobres cantares míos;  
cruzan del amor el cielo  
y mueren en el vacío.

Mira si despidas lumbre  
por esos ojazos negros,  
que es verano, si los abres,  
y si los cierras, invierno.

Me jurastes el quererme  
más que á nadie en este mundo:  
¡qué pronto te has olvidado  
del mandamiento segundo!

Dentro de cuarenta siglos,  
todo el mundo contará  
que como yo á ti te quise...  
no se ha vuelto á querer más.

No te enceles, no te enceles  
porque á dos niñas adoro;  
que esas niñas que yo quiero  
son las niñas de tus ojos.

Un día que los querubes  
quisieron ver *cosa buena*,  
se asomaron por las nubes  
para ver á mi morena.

Te he querido con locura,  
con locura te querré,  
porque el amor verdadero  
sólo locura ha de ser.

Te extraña que, siendo joven,  
tenga los cabellos blancos;  
¡tú no sabes lo que nieva,  
lo que nieva un desengaño!

Las horas que tiene el día  
las he repartido así:  
nueve, soñando contigo,  
y quince, pensando en ti.

Cuando á mi amor se llevaban  
camino del cementerio,  
si ella en la caja iba muerta,  
yo detrás me iba muriendo.

Mira, mira, mira, mira,  
mira tú si era gallarda,  
que cuando se fué á los cielos  
hasta su espejo lloraba.

No se le pide cariño  
á quien de veras se quiere:  
mientras se tiene, se vive;  
cuando se pierde, se muere.

Yo conocí al desengaño  
en la puerta del querer,  
y desde entonces vivimos  
como la carne y la piel.

Sólo una ventaja tienen  
los desengaños de amor,  
que ponen una coraza  
de diamante al corazón.

A la luz de una ilusión  
he vivido mucho tiempo,  
me la apagó el desengaño  
y ahora entre tinieblas muero.

Mira tú si te conozco,  
que te quise y no te quiero;  
y eso que eras para mí  
aire, tierra, mar y cielo.

Por amarme la insultaban,  
y mira si la quería,  
que me alejé de su lado  
sabiendo que me moría.

Pídele á Dios el no amar  
á quien no te ha de querer,  
porque es muy triste sembrar  
y luego no recoger.

Como soy contrabandista,  
de noche te vengo á ver;  
¡mira tú si serán negras  
las horas de mi querer!

Si he de vivir para amarte,  
pon los ojos entornados,  
porque abiertos se me clavan  
en el alma como rayos.

Al amor lo pintan ciego,  
¡y ojalá que fuera así!  
No hubiera visto tu engaño  
tan claro como lo vi.

Los contratos del amor  
con un abrazo se firman,  
un beso ardiente los sella  
y lágrimas los rubrican.

En las batallas de amor,  
según por el mundo veo,  
siempre la muerte le da  
la Posesión al Deseo.

Desde que tú no me quieres  
yo no sé lo que me pasa;  
pero mis ojos se nublan  
si cruzo frente á tu casa.

Morena, que eres mi encanto,  
yo no puedo comprender  
que, queriéndote yo tanto...,  
no me llegues tú á querer.

Desde el día que el cariño  
mataste en mi corazón,  
llevo en él este letrero:  
*Cerrado por defunción.*

Con el fuego de tus ojos  
mira si me abraso yo,  
que un día no me miraste  
y el corazón se me heló.

Si el Padre Santo me echara  
de penitencia el quererte,  
antes que volver á amarte...  
me condenaba mil veces.

Tengo un tesoro de amor  
y no sé dónde esconderlo:  
¡son tan traidoras las almas!,  
¡son tan villanos los pechos!

En los infiernos de amor  
son los demonios los celos,  
las tinieblas son las dudas  
y las brasas los deseos.

No sé qué me pasa,  
no sé lo que siento;  
sólo sé que al mirarme en tus ojos,  
ni vivo, ni muero.

Bésame en la boca,  
pero muy despacio;  
que quiero quedarme con todas las mieles  
que tienen tus labios.

Huyo de su vista  
desde que me engaña,  
porque si me mira con aquellos ojos...  
voy á perdonarla.

Nadie me distraiga  
de mis pensamientos,  
que aunque tristes amores recuerdan,  
no vivo sin ellos.

Las cosas del mundo  
yo no las entiendo;  
la mitad de la gente llorando...  
y la otra riendo.

¡Mira si es mala mi suerte!,  
que ahora que me estás queriendo  
tengo que dejar de verte.

¿Dices que yo no te quiero?  
Y un día que no te vi,  
por poquito si me muero.

No quiero amor que se venda:  
quiero un amor que no compre  
todo el oro de la tierra.

Es cosa que no comprendo  
el que un hombre haga sufrir  
á la que le está queriendo.

Entablé lucha contigo  
y saqué de la batalla  
acribillada á desdenes  
la bandera de mi alma.

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

El desengaño y la pena  
engendran el canto mío;  
no te extrañe su amargura:  
¡tales padres, tales hijos!

Al unirse, una cruz forman  
los hierros de tu ventana,  
cruz que al caminante indica  
dónde mataste mi alma.

No extrañes no rían  
mis labios ya secos,  
que la risa se fué de mi boca  
con tu último beso.

Es muy sencilla la historia  
de aquel amor tan profundo;  
fué mi corazón su cuna,  
tu corazón su sepulcro.

Ilusiones que se pierden,  
esperanzas que se alejan,  
¡pompas de jabón que estallan  
y en gotas de agua se truecan!

Me da horror siempre que alguno  
me recuerda tu cariño;  
después de una borrachera  
repugna hasta hablar del vino.

Esas ilusiones  
que á alentarnos vienen  
son como las nubes: en el aire nacen  
y en el aire mueren.

Huye, amor, huye ligero,  
que el desengaño te alcanza,  
¡y pobre de la paloma  
si el halcón le echa la garra!

Te adornas con flores,  
y yo no comprendo  
cómo no se marchitan, estando  
cerca de tu pecho.

Es mi corazón un templo  
do sólo una imagen queda:  
¡la imagen de tu cariño  
sobre el altar de mis penas!

Tener en mi muerte  
dos cosas deseo:  
por caja tus brazos, y como sudario  
tus negros cabellos.

Por tu parte, serranilla,  
se han roto nuestros amores;  
los amores y las cuerdas  
por lo más débil se rompen.

Me arrebató su cariño  
y me dejó la existencia;  
¿para qué quiero la concha  
si ya no guarda la perla?

Lástima me inspiran  
los que mucho aman;  
pero aquellos que nunca han amado  
me inspiran más lástima.

Mis cantares son tan tristes  
porque son gotas de llanto  
que en vez de huir por los ojos  
se desbordan por los labios.

Si toco una flor, se seca;  
si cojo un ave, se muere;  
serrana del alma mía,  
no me pidas que te bese.

No puedo olvidarte;  
desde que nos vimos  
me parece que llevo tus ojos  
dentro de los míos.

Para dos que bien se quieren  
no hay ausencias ni distancias:  
cuanto más lejos los cuerpos,  
están más cerca las almas.

Cuando doblan las campanas  
me pongo á pensar en ti;  
no estás muerta para el mundo,  
pero lo estás para mí.

La copa de mis cantares  
te ofrezco, mas no la bebas;  
¡es tan amarga!, ¡he vertido  
tantas lágrimas en ella!

FRANCISCO VILLAESPESA

Yo creo, serrana,  
que habrá poesía  
mientras haya cantares gitanos  
en Andalucía.

Soy el tren que está parado  
y tú el tren que empieza á andar.  
¡Parece que yo me alejo,  
y eres tú la que se va!

Las dos frases que en España  
hemos profanado más  
han sido: «¡viva tu madre!»  
y «¡viva la libertad!»

El amor que te tengo,  
como la luna,  
si todo lo entristece,  
todo lo alumbra.

Si has llegado á general,  
ha sido porque no tienes  
nada de particular.

Para niñas de gracia  
las de Sevilla,  
que prenden corazones  
en la mantilla;  
que las mujeres  
prenden los corazones  
con alfileres.

Me diste una crucecita  
al jurarme tu querer;  
la crucecita se ha roto,  
y el juramento también.

Piensan que no tengo penas  
porque no me ven llorar;  
yo conozco un millonario  
que nunca gasta un real.

Llamó eterno á su querer,  
y hablaba con propiedad:  
¡todo lo que cansa pronto  
parece una eternidad!

Cantares gitanos,  
os llevo en el alma:  
aquel angelito que ya se me ha muerto,  
¡qué bien los cantaba!

La escala de mis dolores  
¡qué difícil es de andar!  
¡Cada peldaño que subo  
me falta un peldaño más!

¿Quién tendrá la esperanza  
de un amor cierto,  
mientras haya campana  
que toque á muerto?

Si el azúcar es muy dulce  
y muy dulce la mujer,  
una mujer con azúcar  
¡qué dulce debe de ser!

Se burla de los que rezan.  
¡Cuánta lástima me da  
porque no ha tenido madre  
que le enseñara á rezar!

Los cielos y los infiernos  
están juntos en la tierra:  
¡qué más infierno que amarla,  
ni qué más cielo que verla!

La libertad y la patria  
han de ser como la novia,  
que cuanto más se la quiere,  
tanto menos se la nombra.

Son las esperanzas más  
como las olas del mar:  
¡si no rompen en la playa,  
rompen antes de llegar.

Enterraron á mi niña,  
y yo me quedé diciendo:  
«¡Qué pequeña es esa tumba  
para dos almas y un cuerpo!»

Cuando los enamorados  
empezaron á llorar,  
dicen que poquito á poco  
iba formándose el mar.

Cuando vayas á olvidarme,  
que me mates es mejor;  
que á los muertos se les reza,  
y á los olvidados no.

Para matarme las penas  
salgo al bosque á pasear,  
y voy mirando á los nidos  
y pienso en el gavilán.

Las lágrimas que se lloran,  
poco tiempo hacen sufrir.  
¡Las malas son esas lágrimas  
que no llegan á salir!

Un beso tuyo, otro mío,  
perdiéronse en el espacio;  
Dios los cogió en una estrella  
y los ató con un lazo.

No te avergüences, niña,  
porque en la tierra  
ya ha pasado de moda  
tener vergüenza.

Tras una nube de plata  
se ocultó el sol á la tierra;  
tras una nube de plata  
se evaporó tu inocencia.

Los que desde el mundo al cielo  
sólo sus ojos levanten,  
verán los astros muy chicos,  
verán los hombres muy grandes.

Pero los que con los ojos  
levanten el pensamiento,  
verán muy grandes los astros  
y los hombres muy pequeños.

Por tres cosas te pareces  
á la estatua de Colón:  
por lo duro, por lo tieso  
y por tu conversación.

En la corteza de un árbol  
enlazamos nuestros nombres.  
¡Si fué eterna la alianza,  
díselo á los leñadores!

Yo escucho cantares  
que bajan del cielo,  
cantares que llegan al fondo del alma  
y alumbran sus huecos.

Yo tengo cantares  
que vienen de adentro,  
cantares que salen del fondo del alma  
y suben al cielo.

RICARDO J. CATARINEU

¡Mira tú si será buena  
que debía de hacer Dios  
otro cielo para ella!

Si no hubiera purgatorio,  
mis culpas yo purgaría  
viéndote querer á otro.

Para adorarla hubo muchos;  
para defenderla, pocos;  
para servirla hubo menos;  
para rezarla..., ¡yo solo!

El caminito del cielo  
es la calle donde vive  
la mujer á quien yo quiero.

Su hermana murió sin honra,  
su madre en el hospital;  
¡qué dirá luego la gente  
si se mete á criminal!

Por ella á un hombre maté,  
y cuando cumplí el arresto  
la vi viviendo con otro...  
¡Qué pena me da del muerto!

MIGUEL DE SILES CABRERA

Soy lo mismito que el sol  
con el amor de mi niña.  
¿Que reñimos? Me separo,  
pero vuelvo al otro día.

La calumnia es cual la hiedra:  
basta un palmo de terreno  
para que se arraigue y crezca.

Estoy malo, dame el lecho  
que le das á la guitarra  
cuando la tienen tus brazos  
para cantar sevillanas.

J. ENRIQUE DOTRES

Tú encierras dulces amores,  
yo siento angustias divinas;  
tú eres un ramo de flores,  
yo una corona de espinas.

Canta tu boca graciosa  
como un jilguero en la rama,  
da olores como una rosa  
y besa como una llama.

No forjó ninguna espada  
la fábrica de Toledo  
que brille cual tu mirada,  
ni cause, al brillar, más miedo.

Ser constante me has jurado  
al despedirme esta noche:  
lo mismo al viento le dijo  
la veleta de la torre.

G. BELMONTE MULLER

Las flores tienen lenguaje  
y el abanico también:  
¡y no lo tienen, en cambio,  
ni las penas ni el querer!

Mienten; no es el mal de muchos  
el consuelo de los tontos;  
que alivia el ver compartidas  
nuestras desdichas con otros.

En el siglo del vapor  
y de la electricidad,  
nadie sabe del amor  
de la misa la mitad.

Adondequiera que vaya  
dos puntos de luz me siguen:  
son los ojos de mi madre  
para que no me extravié.

Aunque al fuego le echés leña,  
no me podré calentar;  
que donde yo siento el frío  
no puede el fuego llegar.

El pecho es una escopeta,  
el corazón es la bala,  
y los ojos los que apuntan  
y por los labios disparan.

Es tu cara tan bonita,  
que me ha dicho un serafín  
que Dios no te lleva al cielo  
porque no pequen allí.

Si fueran libros de texto  
los ojillos de tu cara,  
me daban sobresaliente  
siempre que me examinara.

Cuando te mueras, serrana,  
habrá alegrías y duelos;  
mucho pesar en el mundo,  
mucho júbilo en el cielo.

Cierra tú mis ojos  
cuando yo me muera:  
fíjate un poquito y verás en ellos  
tu imagen impresa.

Por disimular mi pena  
canto y canto sin parar;  
otros cantan su alegría,  
y yo canto mi pesar.

Ya vuelven las golondrinas;  
mi tristeza se ha acabado;  
ya tengo alegres vecinas  
al borde de mi tejado.

No siento lo que he llorado,  
eso lo he olvidado ya;  
mucho más que lo pasado,  
me aterra lo que vendrá.

Yo bien quisiera probarte  
la grandeza de mi amor;  
pero con nada del mundo  
cabe la comparación.

No le echas agua, niña,  
no le echas agua  
al fuego que incremento  
toma en mi alma;  
no lo apagaron  
ni miserias, ni penas,  
ni desengaños.

Lo que yo por ti he pasado  
y lo que por ti he sufrido,  
en un momento de enfado  
todo lo has dado al olvido.

Eres la casualidad:  
cuando no te busco, vienes;  
cuando te busco, te vas.

Llovía al morir mi madre,  
y las gotitas heladas,  
en vez de caer al suelo,  
me caían en el alma.

No estoy quejoso por nada,  
y sin embargo, estoy triste.  
La felicidad soñada  
nadie sabe en qué consiste.

JOSÉ IRUELA

Llevo en mi memoria muertos,  
muertos sólo para mí,  
que andan vivos por la calle  
haciéndome sonreír.

Piensa en otros, piensa en otros,  
que el pensamiento es muy grande  
para emplearlo en ti solo.

Fíjate tú al despedirte  
en el que se pone aparte,  
pues casi siempre en la vida  
es el amigo más grande.

A mí hay uno que me da,  
mas con una condición:  
que he de bajarme á pedírselo,  
y así no lo quiero yo.

FERNANDO DE ARTEAGA

Deja, amor, que el amor mío  
lo lleve el aire en sus ondas;  
que lo sientan muchas almas  
y lo canten muchas bocas.

Cuando me fuí de mi casa  
dejé á mi madre llorando;  
los hijos que más se quieren  
son los que salen más malos.

¡Qué bien dijo un sabio  
por una coqueta,  
que no hay en el mundo ni cielo sin nubes,  
ni amores sin penas.

Yo soy pájaro que vuela  
sin saber adónde va;  
las ramas donde me paro,  
esas no florecen más.

Entre los cabellos  
flores no te pongas;  
mira tú que las flores contigo  
son las que se adornan.

Amor como el amor mío  
no existe sobre la tierra,  
que es fuego que me consume  
y esperanza que me alienta.

Tu desdén me hiera,  
tu traición me mata,  
pero es sarcasmo que á tus labios sale  
me destroza el alma.

Los ojos que me miraron,  
¡qué ingratos conmigo fueron!  
Cuando mi amor olvidaron,  
pena de muerte me dieron.

La canción de los amores  
es la canción que yo entiendo;  
no tiene más que una escala  
hecha con notas de besos.

Con una copa de vino  
consuelo todas mis penas;  
como la copa me quiere,  
no encontraré quien me quiera.

«Luz, dijo un sabio al morir,  
mucha luz, que si no, muero;»  
y murió por no haber visto  
la luz de tus ojos negros.

Yo no quiero que me quieras  
más que como yo te quiero,  
y quiero que si me olvidas,  
tus ojos me lloren muerto.

Hay un milano que acecha  
los cruces del palomar;  
paloma que huya del nido,  
¡quién sabe si volverá!

La musa de mis cantares  
lleva la noche en el alma;  
por eso lloran de pena  
las cuerdas de mi guitarra.

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

Los que dicen que en el mundo  
nada les pasma ni arredra,  
es porque nunca supieron  
lo que es una mala lengua.

Cuando voy al cementerio,  
salgo llorando de allí,  
porque á pensar llego entonces  
que puedo perderte á ti.

Si hablara tu celosía  
y alguno la preguntara,  
¡cuántas cositas diría!

La carga del deshonor  
debe ser la que más pese;  
por eso el que está sin honra  
lleva tan baja la frente.

Las amistades del mundo  
no las pretendas probar  
estando preso en la cárcel  
ó enfermo en el hospital.

Dicen que el cielo es azul,  
pero yo así no lo creo,  
porque el cielo está en tus ojos  
y tus ojos son muy negros.

Te regalé un pensamiento  
y le arrancaste las hojas;  
¡qué puedo esperar de ti  
si hasta las flores te enojan!

Cuando te pregunte el cura  
«si le quieres por esposo,»  
permítame Dios que te acuerdes  
de lo que juraste á otro.

Tú dices que no me quieres,  
yo digo que no te quiero,  
pero nos venden los ojos  
y pregonan el secreto.

Si te preguntan por mí,  
contesta que me mataron  
las penitas que sufrí.

No temas, niña, no temas  
que vacile tu firmeza,  
si sigues temiendo á Dios  
y temiendo tu conciencia.

Para el viento hay un abrigo,  
para el mar hay una playa,  
para los desdenes tuyos  
los sufrimientos del alma.

Buscar es en vano  
alivio á mi duelo:  
las heridas que llegan al alma  
se curan... ¡muriendo!

Eres, mujer, libro obscuro  
bien difícil de estudiar:  
con penas sabes reír,  
con dichas sabes llorar.

La cadena del amor  
tiene eslabones muy duros,  
los he querido romper  
y no desgasté ninguno.

Mi corazón ya no es mío  
porque tú me lo has robado;  
¡ay, quién pudiera del tuyo  
decir, serrana, otro tanto!

Quiero ocultar mi fatiga  
y me vende mi tormento;  
¡no caben dentro del alma  
disimulo y sentimiento!

Todo te parece mal;  
anda y ve y dile á tu madre  
que te meta en un fanal.

¿Qué tiene el poeta  
que arroba y halaga?  
Tiene un alma que sueña, que siente,  
que llora, que canta.

PACO PINTO

Gotas que de arriba caen  
aquí abajo fructifican;  
gotas de llanto aquí abajo,  
dan sus frutos allá arriba.

El pecho humano es la puerta,  
el corazón es la aldaba,  
los bienes pasan de largo,  
el mal se detiene y llama.

Sed divina y sed humana  
se apagan de dos maneras,  
con manantiales del cielo  
ó con charcos de la tierra.

Mi corazón era bueno  
y el mundo muerte le dió:  
¡ahora sí que soy dichoso  
viviendo sin corazón!

El novio y el cazador  
corren los dos igual riesgo,  
si desdichados confunden  
la perdiz con el mochuelo.

Se pule el duro diamante,  
el acero se moldea,  
pero no hay buril que labre  
los corazones de piedra.

Sobre las farsas del mundo  
flota una sola verdad:  
el amor de nuestras madres,  
que ese no miente jamás.

Las pasiones son hogueras  
que apaga, al pasar, la muerte,  
y es el hombre el tronco que arde  
y en pavesas se convierte.

Son dos notas musicales  
el marido y la mujer:  
si desafinan..., ¡qué mal!  
si van acordes..., ¡qué bien!

La falta fué igual en ambos  
y no lo fué la expiación;  
á él conquistador le llaman,  
á ella mujer sin honor.

Un niño hambriento y desnudo  
miraba un nido de aves,  
y entre sollozos decía:  
«¡Dichoso quién tiene madre!»

RICARDO GUIJARRO

Su gachó la dió una tunda  
y ella fué á Roma á quejarse,  
y en Roma, naturalmente,  
la vieron los *cardenales*.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

¡Cuánta gente en este mundo  
anda enseñando las piernas,  
unos por falta de medios,  
otros por falta de medias!

VITAL AZA

Una mujer pa ser buena  
dos cosas tié que tener:  
muchas ganas pal trabajo  
y muy pocas pa comer.

No t' importe que te pegue,  
que el cariño es como el fuego;  
cuando no hay leña abundante,  
dura na más un momento.

No te apartes de tu madre  
ni un cuarto de hora en to el día:  
¡quí Dios que, si ella se muere,  
le hagas también compañía!

Igual que con las olivas  
sucede con el cariño:  
han de amarguear un poco  
pa que abran el apetito.

No te extrañes que algún día  
te pegue alguna morrada,  
pues como te voy quisiendo,  
voy teniendo confianza.

De callos y sabañones  
se me han de llenar las manos:  
los sabañones, del frío;  
de hacerte fiestas, los callos.

Las mujeres y los gatos  
tíen una condición mala:  
¿les das de comer?, te siguen;  
¿les acaricias?, te arañan.

De solteras las mujeres  
tíen dos onzas de güervenza;  
dimpués que se casan, una,  
y en cuantico enviudan, media.

Dijiste que me querías  
y yo te entendí que no  
y te batí cuatro muelas:  
perdona la distracción.

No pases mucho la barca,  
que la barca se pué hundir,  
y aunque yo esté en la otra orilla,  
no he de moverme de allí.

ALBERTO CASAÑAL

Ojos azules tenía  
la mujer que me engañó,  
ojos de color de cielo:  
¡mira tú si fué traición!

¡Cómo quieres que la olvide,  
cuando le he dado más besos  
que recibe un relicario  
al pasar de pueblo en pueblo!

«Que las olas me sepulten,  
dijiste, si hablo con otro »  
Olas del mar, perdonadla,  
que yo también la perdono.

En las rosas de tu cara  
un beso acaban de dar:  
rosas que picó un gusano  
presto se deshojarán.

Oí que quien siembra coge,  
y no dí paz á la mano:  
sembré dichas y esperanzas,  
y recogí... desengaños.

Dijo un sabio: «Yo no paro  
hasta encontrar la verdad:»  
y en los brazos de la muerte  
vino por fin á parar.

Soñé que el fuego se helaba,  
soñé que la nieve ardía:  
¡mira qué cosas soñé  
que hasta soñé que eras mía!

De tanto mirarme en tí,  
como tú me estoy volviendo;  
que si el mar es tan azul,  
es de mirar tanto al cielo.

De la mar en las playas,  
junto á las olas,  
te encontré, hermosa niña,  
cogiendo conchas.

Entre la arena  
tú una concha buscabas,  
yo hallé una perla.

Río arriba, río arriba  
nunca el agua correrá;  
que en el mundo, río abajo,  
río abajo todo va.

En el cementerio entré,  
y dije al sepulturero:  
«abre un hoyo pequeñito  
para un corazón que ha muerto»

¡Pajarillo, tú que vuelas  
por esos mundos de Dios,  
dime si has visto en tu vida  
un ser más triste que yo!

Como eres tan bondadosa  
yo te comparo á las nubes,  
que toman agua de mar  
y van lloviendo agua dulce.

Para colores, la rosa;  
para brillo, las estrellas;  
para blancura, la nieve;  
para firme, mi firmeza.

No me compadezcas nunca  
por las lágrimas que vierto;  
compadéceme más bien  
por las que se quedan dentro.

Dios quiso que la vergüenza  
fuese una flor encarnada:  
para que la vieran todos  
la hizo brotar en la cara.

¡Que no llore! Y ¿qué me importa  
lágrima menos ó más?  
¿Qué importa que llueva ó no  
sobre las aguas del mar?

Tienes en la cara, niña,  
lo mejor de cielo y tierra;  
dos rosas en tus mejillas,  
y en tus ojos dos estrellas.

En el sitio en que te hallé  
mandé poner una cruz;  
que allí murió mi alegría  
donde me miraste tú.

Para ocultar un secreto  
practiqué un hoyo en la tierra,  
lo dije bajo, muy bajo,  
pero lo oyó mi conciencia.

Como voy siempre con ella  
y es tan hermosa su cara,  
no falta quien la confunda  
con el ángel de mi guarda.

Por encima de las aguas  
vi una esperanza flotando,  
y vi que la echaba á fondo  
el peso de un desengaño.

Prócura no despertarme  
cuando me veas dormir;  
no sea que esté soñando,  
y sueña que soy feliz.

Orillitas de la mar  
voy á llorar sus desvíos,  
porque me duele amargar  
la corriente de los ríos.

Las lucecitas que brillan  
de noche en el cementerio,  
están diciendo á los vivos:  
«Acordaos de los muertos.»

La ilusión nace con alas,  
y apenas nacida, vuela;  
el desengaño es de plomo,  
y donde nace se queda.

Por una puñaladita  
me tienen preso en la cárcel;  
me has partido el corazón,  
y andas suelta por la calle.

Siempre niño es el amor;  
siempre joven la belleza;  
la dicha está por nacer;  
la experiencia siempre es vieja.

Te quiero si abres los ojos,  
pero más si los entornas,  
que á mí siempre los capullos  
me gustan más que las rosas.

Las semillas del amor  
que á un tiempo los dos cogimos,  
yo en mi pecho las sembré,  
tú en los campos del olvido.

Los anchos mares crucé  
para lograr olvidarte,  
y más veces pensé en ti  
que gotas miré en los mares.

Caminito del deseo  
me encontré con la verdad;  
pero la vi tan severa  
que me hizo volver atrás.

Del color de la violeta  
deben ser tus ojos, niña:  
yo nunca te los he visto,  
pero esto mismo lo afirma.

Si lo que yo pienso en ti  
colgara de mis cabellos,  
cabellos me faltarían  
para tantos pensamientos.

Viéndote rondar mi casa,  
ayer mi padre me dijo:  
«Desde que anda este espantajo  
no se nos comen el trigo.»

Tu nombre grabé en un árbol  
y de la herida murió:  
murió de la misma muerte  
que mi pobre corazón.

A los hierros de tu reja  
les contaré mi pesar,  
y se ablandarán de oírme,  
y ancho paso me abrirán.

Toda dicha que se acaba  
toma gigantesca forma,  
que el sol se agranda al ponerse,  
y agranda todas las sombras.

Para leer en los libros  
he estado dale que dale;  
para leer en tus ojos  
me bastó sólo mirarte.

Por ver si te olvidaría  
me llevaron á un jardín,  
mas las flores, tus hermanas,  
todas me hablaban de ti.

¡Cómo quieres que los aires  
cruce un pájaro sin alas!  
¡Cómo quieres que yo viva,  
si me quitas la esperanza!

Yo planté una flor de bosque  
en bien cuidada maceta,  
y, viviendo en el regalo,  
se me murió de tristeza.

Sólo una cosa, alma mía,  
sólo una cosa te pido,  
que no le cumplas á otro  
lo que á mí me has prometido.

Fuiste piedra mal sentada  
de mi vida en el arroyo;  
en ti mi planta apoyé,  
y sumérgime en el fondo.

Para volar nace el ave;  
para perfumar, la flor;  
para morir nace el hombre;  
para amar, el corazón.

Morenita, que en los ojos  
y en el traje llevas luto,  
no vistas de color negro  
la esperanza que en ti fundo.

A la luna contar quise  
mis daños y desventuras;  
mas callé, que me dió pena  
hacer penar á la luna.

Tus ojos negros me llevan  
derechito al cementerio,  
pues si los abres me matan,  
y si los cierras me muero.

Dios no la quiso en el cielo  
y la transportó á la tierra,  
porque temió que en los ángeles  
la envidia nacer pudiera.

Mientras la vida nos dura,  
la muerte estamos temiendo;  
procuremos que al morir  
la vida no nos dé miedo.

¡Y eres tú la que te quejas  
de que es amargo mi llanto!,  
¡tú, que has vertido en mi pecho  
la hiel de los desengaños!

El cuadro de tus facciones  
tan bello á Dios pareció,  
que, por darle marco de oro,  
cabellos de oro te dió.

Unas tierras he comprado  
con una casita en medio,  
mas le falta no sé qué  
que siempre busco y no encuentro.

En mi corazón tu imagen  
parece una salamandra,  
pues no se consume nunca  
ni aun en medio de las llamas.

Dios, con rodear de espinas  
las rosas de los rosales,  
nos enseñó que lo bueno  
se logra á fuerza de sangre.

El suspiro dice: «Ansío,»  
el beso dice: «Te quiero,»  
el ay dice: «Sufro mucho,»  
el llanto: «Ya no hay remedio.»

Estrellitas de los cielos,  
no la dejéis subir más,  
y decidla que me espere,  
que poco puedo tardar.

Cuanto más tú me maltratas,  
más aumenta mi cariño;  
también se pisan las uvas  
y pagan la ofensa en vino.

En la gloria de los cielos  
¡cuán distinto será todo!  
Hasta para ver los astros  
habrá que bajar los ojos.

Sentada junto á la mar  
iba diciendo sus penas,  
y al preguntarle yo cuántas,  
me señaló las arenas.

Consulté con las estrellas  
para saber mi destino,  
y noté que se movían  
y formaban tu apellido.

Arroyo que presuroso  
te diriges hacia el mar,  
despacio caminarías  
si supieras donde vas.

Yo te quisiera poner  
junto al astro más brillante,  
para que te vieran todos  
y no te alcanzara nadie.

Hasta el sol voy á subir  
y coger dos ó tres rayos  
para atarte esos cabellos  
que en el aire están flotando.

Pequeñita la quisiera,  
pequeñita, y con razón,  
pequeñita que cupiera  
dentro de mi corazón.

Quieren, por ver si te olvido,  
poner tierra de por medio:  
hay poca tierra en el mundo  
para el amor que te tengo.

Es un ave la calumnia  
que, en cuanto sale del nido,  
se echa á volar, repitiendo  
las canciones que ha aprendido.

Mirando la de mi amada  
me ha ocurrido un pensamiento,  
que en las bocas más pequeñas  
es donde caben más besos.

Bien desgraciado nací  
en este mundo maldito:  
hasta el vino tiene madre,  
y yo no la he conocido.

Que en mi corazón viviste  
no podré nunca olvidarlo;  
vaso que tuvo perfume  
queda siempre perfumado.

Desde que gimo en prisiones,  
 todos me dan que sentir:  
 que hasta los rayos del sol  
 se han olvidado de mí.

Bien se engañó aquel que dijo:  
 «Cuatro son los elementos,»  
 que más poder tiene amor  
 que aire, tierra, mar y fuego.

Mi corazón es de hierro:  
 en frío, nadie lo forja,  
 y estando rojo de amor,  
 se adapta á cualquiera forma.

— ¿Dónde vais, ojos, por agua  
 para llorar tanto y tanto?  
 — Vamos por ella á los mares  
 profundos del desengaño.

Mi querer y tu querer  
 se hallaron en un camino;  
 el mío le dijo al tuyo:  
 «¿Dónde vas, chiquirritito?»

La dicha es una ave errante  
 que en torno nuestro circula;  
 nos toca con sus alitas,  
 pero no se posa nunca.

Al cruzar el firmamento  
 abandonando la tierra,  
 sólo por verla pasar  
 se agrupaban las estrellas.

Cuando en la gloria penetres,  
 déjate la puerta abierta;  
 bien te seguirá en el cielo  
 quien te ha seguido en la tierra.

Cuando esté en el campo santo,  
 ¿sabes lo que pediré?  
 Que venga el día del juicio  
 sólo por volverte á ver.

¡Cómo quieres que yo cante  
 si perdí mis ilusiones!;  
 en los árboles sin hojas  
 no trinan los ruiseñores.

Soñé anoche que robaba  
 para tí miles de estrellas;  
 de prisita, de prisita,  
 antes de que el sol saliera.

Si mi deseo se cumple  
 y en una tumba nos ponen,  
 el ángel que llame á juicio  
 tendrá que dar más de un toque.

Confíate á la fe ciega  
 y sabrá guiarte al cielo,  
 que el camino de su casa  
 lo saben siempre los ciegos.

Una cayó en una rosa,  
 de dos gotas que iban juntas;  
 otra en el lodo cayó,  
 ¡mira lo que es la fortuna!

— ¿Sabes, niña, por qué el sol  
 está muy triste al ponerse?  
 Porque le duele pasar  
 toda una noche sin verte.

A la orillita del río  
 prometiste serme fiel;  
 y el río, que te conoce,  
 murmuró... no sé por qué.

No niegues tu pan al pobre  
 que de puerta en puerta llama;  
 quizá te enseña el camino  
 que tú seguirás mañana.

Yo quise á través del aire  
 mandarte mi pensamiento;  
 mas era tan puro y casto,  
 que se fué volando al cielo.

Gotas parecen mis lágrimas,  
 gotitas de agua de mar,  
 en lo amargas, en lo muchas  
 y en que al cabo me ahogarán.

Soy feliz cuando mis actos  
 con una mirada aprueba,  
 que mi amor la ha convertido  
 en mi segunda conciencia.

Claveles por labios  
adornan tu boca.  
¡Dios quiera que nunca tu llanto de pena  
despinte sus hojas!

—  
¡De qué sirven los civiles  
(vayan, benditos de Dios),  
si en la mitad del camino  
me han robado el corazón!

—  
Si un día á olvidarme llegas,  
oye el favor que te pido,  
mátame, y, después de muerto,  
me lo dices callandito.

—  
Dijo Dios: «Todo en el mundo  
ha de acabarlo la muerte;»  
y mirando á la Esperanza:  
«Sólo tú vivirás siempre.»

—  
Procura ser cual la nieve  
del pico de las montañas,  
que no baja nunca al llano  
por no dejar de ser blanca.

Fiel dijiste que serías  
y no has dejado de serlo;  
mas eres fiel de balanza,  
que se inclina al mayor peso.

—  
Los labios de la que adoro  
vió una mañana el coral,  
y, avergonzado, escondióse  
en lo profundo del mar.

—  
Por toda una eternidad  
que me amarías juraste:  
¡válgame Dios y qué cortas  
que son tus eternidades!

—  
Orillas del mar soberbio  
me puse á considerar  
que las olas que más suben  
son las que descienden más.

—  
La campana de mi pueblo  
sí que me quiere de veras:  
se alegró cuando nací  
y llorará cuando muera.

MELCHOR DE PALÁU

FIN

The first of these  
is the fact that the  
total number of  
cases is increasing  
and is becoming  
more and more  
serious.

The second of these  
is the fact that the  
total number of  
cases is increasing  
and is becoming  
more and more  
serious.

The third of these  
is the fact that the  
total number of  
cases is increasing  
and is becoming  
more and more  
serious.

The fourth of these  
is the fact that the  
total number of  
cases is increasing  
and is becoming  
more and more  
serious.

The fifth of these  
is the fact that the  
total number of  
cases is increasing  
and is becoming  
more and more  
serious.

The first of these  
is the fact that the  
total number of  
cases is increasing  
and is becoming  
more and more  
serious.

The second of these  
is the fact that the  
total number of  
cases is increasing  
and is becoming  
more and more  
serious.

The third of these  
is the fact that the  
total number of  
cases is increasing  
and is becoming  
more and more  
serious.

The fourth of these  
is the fact that the  
total number of  
cases is increasing  
and is becoming  
more and more  
serious.

The fifth of these  
is the fact that the  
total number of  
cases is increasing  
and is becoming  
more and more  
serious.

# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO. . . . .	5
<b>CANTARES POPULARES</b>	
Piropos y flores . . . . .	21
Declaración. . . . .	43
Finezas y juramentos. . . . .	51
Cante y baile. . . . .	75
Despedida. . . . .	81
Ausencia. . . . .	89
Constancia . . . . .	99
Celos. . . . .	107
Quejas. . . . .	119
Desdenes. . . . .	145
Amarguras y penas. . . . .	156
Máximas y consejos amorios. . . . .	179
Madres é hijos. . . . .	197
Religiosos. . . . .	203
Virgen del Pilar. . . . .	213
Sentenciosos y morales. . . . .	217
Refraneros . . . . .	229
Marineros. . . . .	232
Históricos y tradicionales. . . . .	233
Regionales y locales. . . . .	235
Estudiantes. . . . .	243
Soldados. . . . .	245
Presos. . . . .	249
Mineros. . . . .	256
Contrabandistas y jaques . . . . .	257
Pícaro-burlescos. . . . .	263
<b>CANTARES LITERARIOS</b>	
De Antonio de Trueba. . . . .	287
- Gustavo Bécquer. . . . .	287
- Augusto Ferrán. . . . .	287
- Angel María Dacarrete. . . . .	292
- Ventura Ruíz Aguilera. . . . .	293
- Ramón de Campoamor. . . . .	299
- Norberto Guiteras. . . . .	304
- Terencio Thos. . . . .	305

	Páginas
De Isabel de Villamartín . . . . .	310
- Carlos Rubio . . . . .	310
- Manuel Castellano . . . . .	316
- José Zorrilla . . . . .	316
- Federico Balart . . . . .	317
- Antonia Díaz de Lamarque . . . . .	317
- Víctor Balaguer . . . . .	317
- Manuel Tamayo . . . . .	317
- Joaquín Asensio de Alcántara . . . . .	317
- Luis Montoto . . . . .	318
- Blanca Gassó . . . . .	319
- Eugenia N. Estopa . . . . .	320
- U. Segarra Balmaseda . . . . .	321
- Manuel del Palacio . . . . .	321
- Francisco J. de Hoyos . . . . .	322
- Teodoro Guerrero . . . . .	322
- Cayetano de Alvear . . . . .	323
- Angel Avilés . . . . .	327
- Constantino Gil . . . . .	328
- Salvador Rueda . . . . .	329
- Carlos F. Shaw . . . . .	334
- Luis Ram de Viu . . . . .	334
- Luis Royo y Vilanova . . . . .	335
- Blanca de los Ríos . . . . .	335
- Vicente Colorado . . . . .	330
- M. Serrano de Iturriaga . . . . .	337
- Alfonso Tovar . . . . .	342
- José Estremera . . . . .	343
- Enrique Paradas . . . . .	343
- Narciso Díaz de Escobar . . . . .	344
- Anselmo Guerra . . . . .	350
- Luis González y López . . . . .	351
- Juan Roig y Ballesta . . . . .	352
- F. J. Pérez de Grandallana . . . . .	352
- J. Jackson Veyán . . . . .	352
- Celso Lucio . . . . .	353
- G. Perrín . . . . .	353
- Carlos Arniches . . . . .	353
- J. Valverde . . . . .	353
- Pedro Marquina . . . . .	353
- Ricardo Sepúlveda . . . . .	353
- León de la Vega . . . . .	353
- Mariano de Cavia . . . . .	353
- Miguel de Unamuno . . . . .	353
- Enrique C. Girbal . . . . .	353
- Rafael Ochoa . . . . .	354
- Arturo Reyes . . . . .	354
- Ricardo Gil . . . . .	354
- Enrique Redel . . . . .	354
- K. Alvarez . . . . .	354
- Manuel Pardo . . . . .	354
- A. F. Molina . . . . .	354
- Vicente Cazorla . . . . .	354
- Calixto Navarro . . . . .	354

De Enrique de Quirós. . . . .	354
- Angel R. de Obregón. . . . .	354
- Joaquín Alcaide de Zafra. . . . .	355
- Francisco Villaespesa . . . . .	357
- Ricardo J. Catarineu . . . . .	358
- Manuel de Siles Cabrera. . . . .	359
- J. Enrique Dotres . . . . .	360
- G. Belmonte Muller. . . . .	360
- José Iruela. . . . .	360
- Fernando de Arteaga. . . . .	361
- Salvador González Anaya. . . . .	361
- Paco Pinto. . . . .	362
- Ricardo Guijarro. . . . .	363
- Juan Pérez Zúñiga. . . . .	363
- Vital Aza. . . . .	363
- Alberto Casañal. . . . .	363
- Melchor de L'alaú. . . . .	364

---



# CATÁLOGO

DE OBRAS PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL  
DE MONTANER Y SIMÓN. — BARCELONA

---

## SECCION DE HISTORIA

**HISTORIA GENERAL DEL ARTE**, ARQUITECTURA, PINTURA, ESCULTURA, MOBILIARIO, CERÁMICA, METALISTERÍA, GLÍPTICA, INDUMENTARIA, TEJIDOS. — Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno y se envían prospectos á quien los solicite.

**HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA**, DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, por *D. Modesto Lafuente*, continuada hasta nuestros días por *D. Juan Valera*, con la colaboración de *D. Andrés Borrego* y *D. Antonio Pizala*. — Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección *numismática española*. — Seis magníficos tomos en tamaño folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino, y canto dorado. — Su precio, 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — *Se ha impreso asimismo una edición económica de éste libro, distribuída en 25 tomos lujosamente encuadernados, á 5 pesetas uno.*

**HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA. — EL CONSULADO Y EL IMPERIO**, obras escritas por *M. A. Thiers* con un juicio crítico de la Revolución y sus hombres por *D. Emilio Castelar*. — Edición ilustrada con grabados intercalados en el texto y láminas tiradas aparte. — El precio total de los cinco tomos, que constituyen el completo de la obra, es de 120 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

**HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBINA**, escrita por *D. Francisco Pi y Margall*. — Magnífica edición ilustrada con cromolitografías y grabados que representan monumentos, vistas, retratos, ídolos, antigüedades de toda clase, etc., etc. — Se vende encuadernada en dos tomos, de unas 1.000 páginas cada uno, al precio de 85 pesetas.

**LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA (SAVONAROLA-LUTERO-CALVINO Y SAN IGNACIO DE LOYOLA)**, por *D. Emilio Castelar*. — Edición ilustrada con láminas en colores y grabados en acero. — Esta obra consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados ricamente con tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales.

**HISTORIA UNIVERSAL**, escrita parcialmente por veintidós profesores alemanes bajo la dirección del eminente historiador *Guillermo Oncken*. — Historias generales de los grandes pueblos. — Estudios de las grandes épocas. — Monografías de los grandes hechos. — Biografías de los grandes hombres. — Traducción directa del alemán por reputados escritores, revisada por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Edición ilustrada espléndidamente con grabados intercalados, mapas, facsímiles rarísimos, monedas, armas, y el completo de las cromolitografías que constituyen la magnífica obra *Historia del traje en la antigüedad y en nuestros días*, publicada en alemán por el profesor FEDERICO HOTTENROT. — Consta de 16 tomos y se venden al precio de 317 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

**HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS**, desde su primer período hasta la administración de Jacobo Buchanan, por *J. A. Spencer*, continuada hasta nuestros días por *Horacio Greeley*, traducida por D. E. Leopoldo de Verneuil. — Tres tomos ilustrados, que se venden encuadernados al precio de 90 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

**GRAN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO**, de CIENCIAS, ARTE Y LITERATURA, escrito por los más renombrados *hombres de ciencia y artistas de España y América*. — Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas; monedas y medallas de todos los tiempos, etc., etc. La obra consta de 25 tomos (26 volúmenes) encuadernados, y se vende al precio de 711 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales.

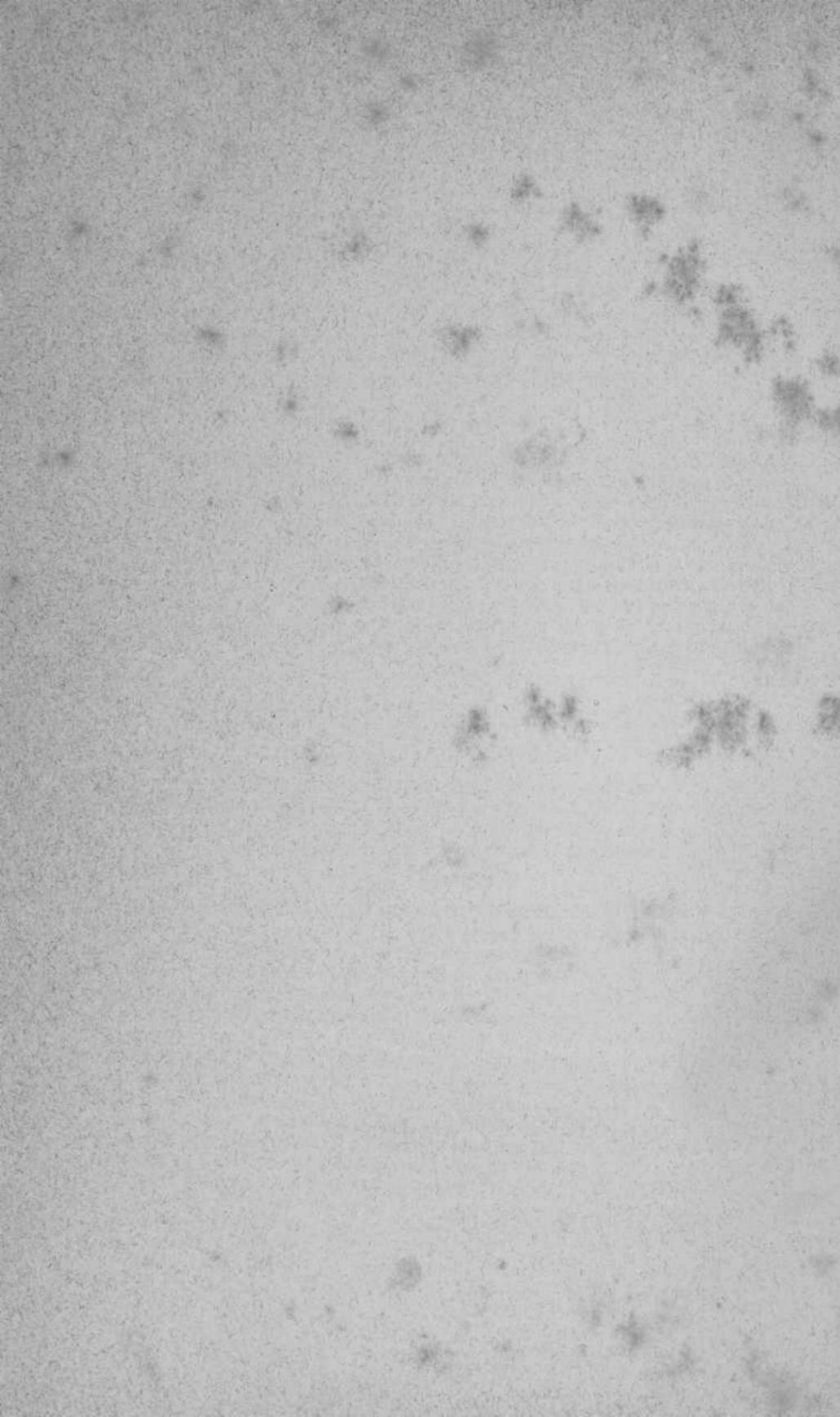
## SECCIÓN DE OBRAS CIENTÍFICAS

**EL MUNDO FÍSICO**, por *Amadeo Guillemin*, traducción de D. Manuel Aranda y Sanjuán. — GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, LUZ, CALOR, ELECTRICIDAD, MAGNETISMO, METEOROLOGÍA y FÍSICA MOLECULAR. — Ilustrada con numerosas viñetas intercaladas en el texto. — Esta lujosa edición consta de cinco tomos ricamente encuadernados y se venden al precio de 60 pesetas

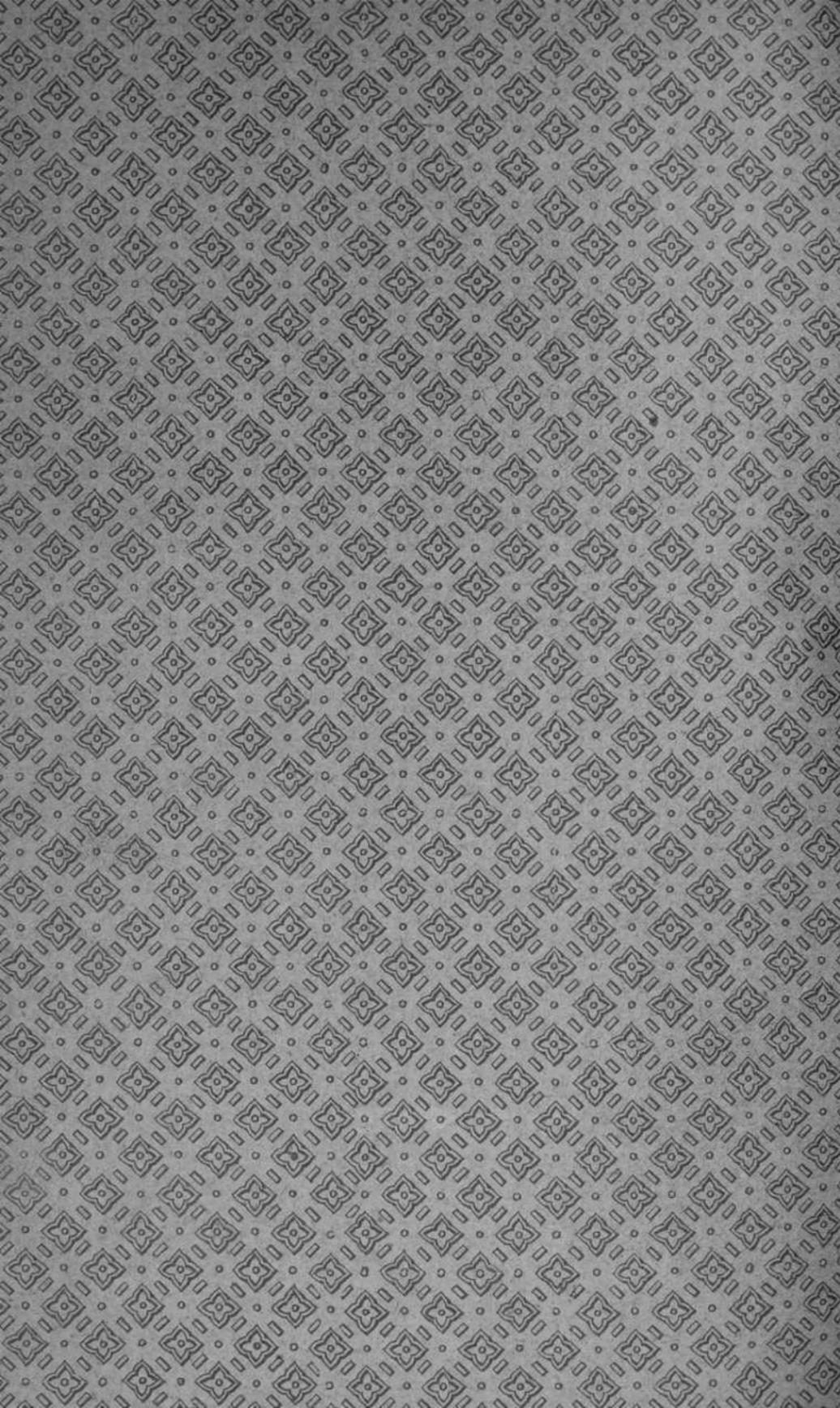
**EL MUNDO ANTES DE LA CREACIÓN DEL HOMBRE**. — ORIGEN DEL HOMBRE. — PROBLEMAS Y MARAVILLAS DE LA NATURALEZA Ó FORMACIÓN DEL UNIVERSO. — HISTORIAS POPULARES DE LA CREACIÓN Y TRANSFORMACIONES DEL GLOBO. — Obras escritas por *L. Figuiér* y *W. F. A. Zimmermann*, traducidas por *Enrique Leopoldo de Verneuil*. — Esta interesante obra está dividida en dos abultados tomos profusamente ilustrados. — Su precio es de 60 pesetas el ejemplar encuadernado, pagadas en doce plazos mensuales.

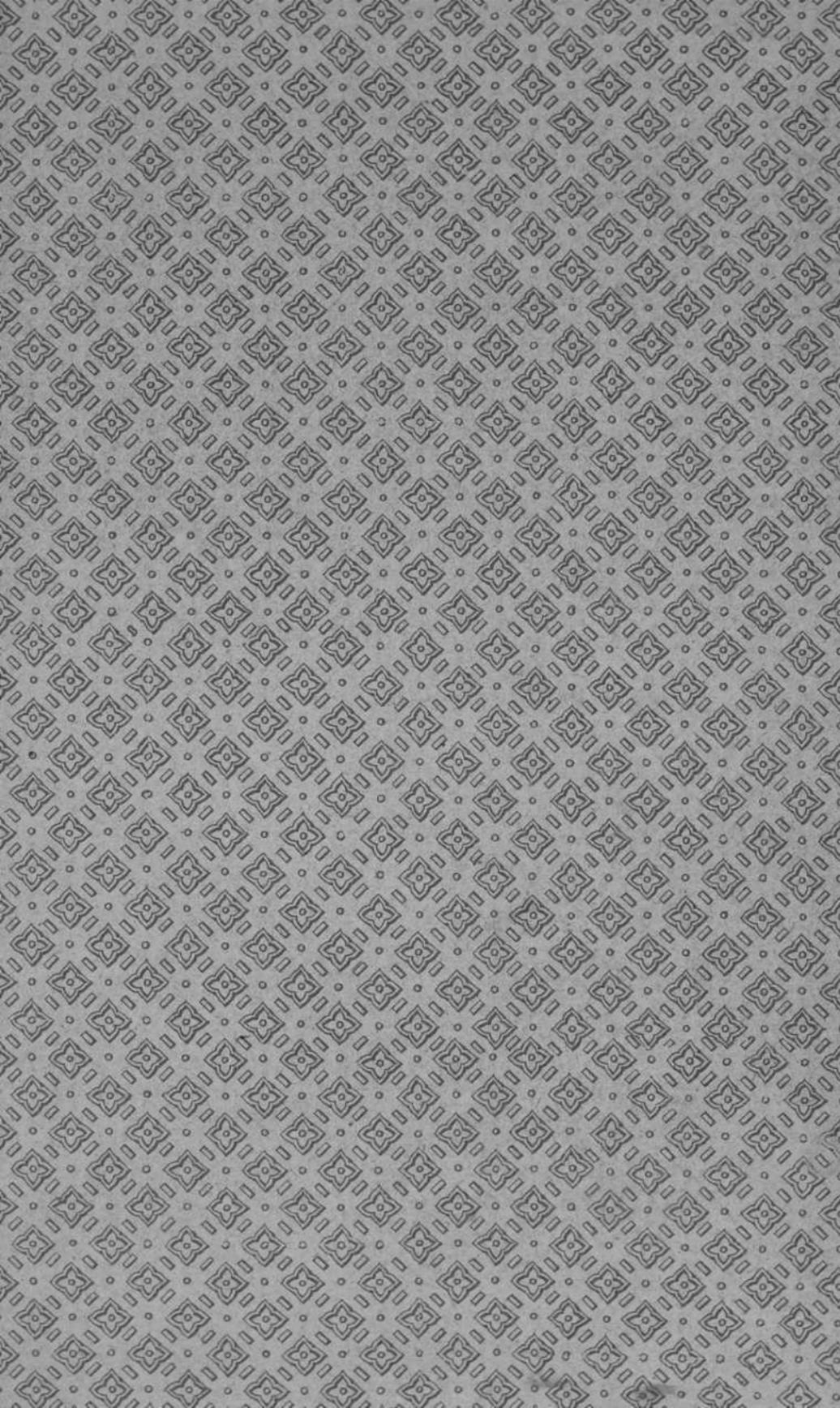
**HISTORIA NATURAL**, novísima edición cuidadosamente corregida y profusamente ilustrada. — División de la obra: *Antropología*, por el doctor *P. Topinard*; *Zoología*, por el doctor *C. Claus*, catedrático de Zoología y Anatomía comparada de la Universidad de Viena; *Botánica*, escrita por el catedrático de la Universidad de Barcelona *D. Odón de Buen*; *Mineralogía*, por el *Dr. Gustavo Tschermak*, profesor ordinario de Mineralogía y Petrografía en la Universidad de Viena; *Geología*, por *Archibaldo Geikie LL. D., F. R. S.*, Director general de la Comisión geológica de Inglaterra é Irlanda. — Lujosa edición, la más notable, completa y económica de cuantas en su género han visto la luz en Europa, ilustrada con MILES de preciosos grabados: la obra consta de 13 tomos, que se venden al ínfimo precio de cinco pesetas en toda España.













ESTABLISHED  
1850  
WATERBURY  
CONNECTICUT  
MIRRALES  
1850

ESTABLISHED  
1850  
WATERBURY  
CONNECTICUT  
MIRRALES  
1850

MIRRALES